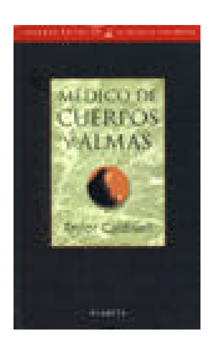
EL MÉDICO
DE CUERPOS Y ALMAS



TAYLOR CALDWELL

El Médico de Cuerpos y Almas
Taylor Caldwell
Digitalizador: ✠ Belkis A.
L-01 – 25/09/03

ÍNDICE:

"Os saluda Lucas, el médico amado"
San Pablo

Al Dr. Samuel A. Vogel y Frances Vogel
Buffalo, Nueva Cork

PROLOGO

Este libro ha estado elaborándose durante cuarenta y seis años.

La primera versión fue escrita cuando yo tenía doce años, la segunda a los veintidós años de edad, la tercera a los veintiséis y durante todo este tiempo nunca dejé de trabajar en la obra.

Desde mi niñez, Lucano o Lucas, el gran apóstol, ha sido una obsesión para mí. Fue el único apóstol que no era judío. Nunca vio a Cristo.

Todo cuanto está escrito en su elocuente aunque mesurado Evangelio lo supo de oídas, por testigos de Cristo, de su Madre, de los discípulos y de los apóstoles. Su primera visita a Jerusalén tuvo lugar un año después de la Crucifixión.

Y sin embargo fue uno de los apóstoles más importantes. Al igual que Saulo de Tarso, conocido más tarde por Pablo, el Apóstol de los Gentiles, creyó que Nuestro Señor había venido no sólo para los judíos sino también para los Gentiles. Tenía mucho en común con Pablo, por que Pablo tampoco había visto nunca a Cristo. Cada uno de ellos recibió una revelación individual. Los dos hombres tuvieron dificultades con los primeros apóstoles porque éstos creyeron testarudamente y durante un tiempo considerable que Nuestro Señor se encarnó y murió para salvar sólo a los judíos y se mantuvieron en esta creencia incluso después de Pentecostés.

¿Por qué me ha obsesionado siempre San Lucas y por qué le he amado desde la niñez? No lo sé. Ante esta pregunta sólo sé citar una frase de Nietzche: "Se oye —ni se busca ni pregunta quién da— no he podido elegirlo por mí mismo".

Este libro trata de Nuestro Señor solo indirectamente. Ninguna novela ni libro histórico puede narrar la historia de su vida tan bien como la Santa Biblia. Por lo tanto la historia de Lucano, o San Lucas, es la historia de la peregrinación de todos los hombres, que a través de la desesperación y la vida en tinieblas, el sufrimiento y la angustia, la amargura y la pena, la duda y el cinismo, la rebelión y la desesperanza han llegado a los pies y la comprensión de Dios. La búsqueda de Dios y la revelación final son las únicas cosas que dan sentido a la vida del hombre. Sin ellas el hombre vive como un animal irracional, sin consuelo ni sabiduría y toda su vida es vana, sin que lo evite su posición social, poder o nacimiento.

Un sacerdote, que nos ayudó a escribir el libro, afirmó que San Lucas "fue el primer trovador de Nuestra Señora". Únicamente a San Lucas reveló María el Magnificat, que contiene las más nobles palabras escritas en cualquier literatura. El amó a María más que a ninguna otra mujer en su vida.

Mi esposo y yo hemos leído más de mil libros acerca de San Lucas y de su época; y al final de esta novela se da una nota bibliográfica para quien quiera que desee continuar leyendo sobre el tema. Si el mundo de San Lucas parece sorprendentemente moderno al lector, es porque así fue en realidad.

Este libro puede que no sea el mejor del mundo pero ha sido escrito con amor y devoción hacia nuestros prójimos y, por este motivo, lo ponemos en sus manos, porque su contenido concierne a toda la humanidad.

Casi todos los acontecimientos y detalles de los primeros años de San Lucas, de su edad juvenil y de su búsqueda, así como los que se refieren a su familia y a su padrea adoptivo, son históricos. Hay que recordar siempre que por encima de todo San Lucas fue un gran médico.

Cuando la autora de esta obra tenía doce años, encontró un libro escrito por una monja de Antioquía que contenía muchas leyendas y tradiciones oscuras acerca de Lucas, incluyendo muchos milagros al principio desconocidos como tales, incluso para él mismo, realizados antes de su viaje a la Tierra Santa. Algunas de estas leyendas provienen de Egipto, otras de Grecia y han sido incluidas en esta novela. Por entonces Lucas no sabía que era uno de los elegidos de Dios no que alcanzaría la santidad.

El poderoso y espléndido imperio babilónico no resulta familiar para muchos lectores, no lo son los conocimientos de entonces en la medicina y la terapéutica de los sacerdotes-médicos, como tampoco su ciencia, todo lo cual fue heredado por los egipcios y los griegos. Los científicos babilónicos conocían las fuerzas magnéticas y las sabían usar. Estas cosas se hallaban en los miles de volúmenes de la maravillosa Universidad de Alejandría, que fue quemada por el emperador Justiniano, varios siglos después, en un arrebato de celo mal entendido. La medicina y la ciencia moderna empiezan ahora a redescubrir estas cosas. La época presente es más pobre de lo que hubiese sido, de no haber mediado el furor de Justiniano. Si la ciencia y la medicina babilónica hubiesen llegado hasta nosotros por medio de una tradición ininterrumpida, nuestro conocimiento del mundo y los hombres sería ahora mucho más amplio de lo que es actualmente.

No hemos descubierto aún cómo los babilónicos iluminaban sus velas con un "fuego frío más brillante que la luna", no cómo hacían lo mismo en sus templos. Aparentemente conocían algún medio para usar la electricidad que nos es desconocido a nosotros, y que no era, además tan burdo como los nuestros. Se nos menta que usaban "navíos terrestres", iluminados por la noche y capaces de alcanzar grandes velocidades. (Véase el libro de Daniel). También sabemos que usaban "piedras" raras o alguna clase de mineral para la cura del cáncer.

Tenían gran experiencia en el uso del hipnotismo y en la medicina psicosomática. Abraham, que había residido en la ciudad de Ur, en Babilonia, transmitió a los judíos el conocimiento de la medicina psicosomática y éstos la usaron durante siglos. Los Magos "los hombres sabios de Oriente", que llevaron ofrendas al Niño Jesús, eran babilónicos, aunque por entonces aquella nación hacía tiempo que había entrado en una gran decadencia.

En los puntos en que los eruditos difieren respecto a algunos incidentes narrados en este libro, a los detalles históricos, he tomado la teoría más probable. Tan sólo he usado el Evangelio de San Lucas, sin referirme a cuanto aparece en los de San Mateo, San Marcos y San Juan.

Deseo expresar mi gratitud al doctor George E. Slotkin de Eggertville, N.Y. urólogo famoso y profesor emérito de la Escuela de Medicina de Buffalo, N.Y., por su valiosa ayuda en el campo de la medicina antigua y de la moderna.

TAYLOR CALDWELL

PRIMERA PARTE

Sin Duda Dios escoge a sus siervos al nacer,
O quizás incluso antes de nacer.
EPICTETO

CAPITULO I

Lucano nunca estaba seguro de si sentía o no cariño por su padre. Una cosa sí era cierta: que sentía lástima por él. Los hombres sencillos y sin pretensiones podían ser admirados. Los hombres sabios podían ser honrados. Pero su padre no era ni sencillo ni sabio.

Los contables y archiveros ocupan un lugar importante en la vida, especialmente cuando son diligentes y conocen la importancia exacta de sus cargos, sin pretender que poseen dones especiales. No les favorece hablar de "hombres inferiores" en tono culto y superficial. Pero la madre de Lucano sonreía tan tierna y dulcemente cuando su esposo expresaba estos ridículos prejuicios, que su compasión anonadaba a su hijo.

Además existía la costumbre que Eneas tenía de lavarse las manos en leche de cabra frotando cuidadosamente el blanco líquido por todas las arrugas, grietas y coyunturas. A la edad de diez años, Lucano había comprendido que su padre no trataba únicamente de suavizar y blanquear sus manos sino que intentaba borrar las huellas de una anterior esclavitud. Esto irritaba a Lucano, porque incluso entonces sabía ya que cualquier clase de trabajo no degradaba a menos que fuese degradante en la mente de quien lo realizaba. Pero cuando Eneas agitaba delicadamente sus manos húmedas en el aire suave de Siria para secarlas; Lucano podía ver las zonas desfiguradas en las palmas y la desagradable gran cicatriz sobre el dorso de la grácil mano derecha y entonces una oleada de piedad le inundaba con un vago sentimiento de amor. Sin embargo, su comprensión era aún pueril.

Eneas alcanzaba su máxima estatura moral cuando, un poco antes de la cena, ofrecía la acostumbrada libación a los dioses. Lucano le contemplaba entonces con una veneración inexpresable.

La voz de su padre, suave, débil y fina por lo general, se hacía humilde y vacilante. Sentía gratitud hacia los dioses porque le habían liberado, porque habían hecho posible aquella pequeña y agradable casa, con sus jardines de palmeras, flores y árboles frutales, porque le habían levantado del polvo y concedido autoridad sobre otros hombres. Pero el momento más solemne, para Lucano, era cuando Eneas llenaba de nuevo la copa de vino y con una reverencia incluso mayor, ofrecía el rojo líquido, lenta y cuidadosamente, con palabras de casi inaudible suavidad "Al Dios Desconocido".

En aquellos momentos los grandes ojos azules de Lucano se llenaban de lágrimas. El Dios Desconocido. Para Lucano aquella libación no era sólo una antigua costumbre de los griegos Era un saludo místico, un rito universal. Lucano contemplaba la caída de las gotas de rubí y su corazón se estremecía con una casi insoportable emoción, como si contemplase el derramamiento de sangre divina, la ofrenda de un inescrutable Sacrificio.

¿Quién era el Dios Desconocido, innominado? Eneas solía contestar a esta pregunta de su hijo: era una antigua costumbre de los griegos verificar aquel rito dedicado a Él y era necesario mantener las costumbres civilizadas de los griegos cuando se vivía entre bárbaros romanos, a pesar de que estos bárbaros dominaban el mundo. Sus arrugadas manos se unían en un inconsciente gesto de homenaje y su delgado rostro, insignificante y ordinario, adquiría distinción y gravedad. Entonces era cuando Lucano estaba seguro de que amaba a su padre.

Lucano había sido cuidadosamente educado por su padre acerca de los dioses, a quienes denominaba con nombres griegos y no con los groseros nombres que empleaban los romanos. A pesar de sus nombres poéticos y amables eran para Lucano hombres que habían crecido hasta transformarse en seres gigantescos e inmortales, dotados de las mismas cualidades de crueldad, lujuria, rapacidad, odio y malicia que los hombres. Pero el Dios Desconocido no parecía poseer los mismos atributos que el hombre, ni sus vicios o virtudes. "Los

filósofos han enseñado que Él no puede ser comprendido por el hombre”, había dicho en cierta ocasión Eneas a su hijo. “Pero es todo poderoso, omnisciente y omnipresente, patente en todo cuanto tiene ser, sean vegetales, animales u hombres. Así lo afirmaban los inmortales pensadores de nuestro pueblo”.

—El chico es muy serio para su edad —dijo Eneas en cierta ocasión a su esposa Iris-. Sin Embargo, no hemos de olvidar que su abuelo, mi padre, era poeta y, por lo tanto, no debo censurar al niño.

Iris sabía que el abuelo poeta era una de las más patéticas invenciones de su esposo, pero asintió demostrando estar de acuerdo.

—Si, nuestro hijo tiene alma de poeta. Aunque lo veo y oigo jugar alegremente con la pequeña Rubria; persiguen a las ovejas juntos y juegan al escondite entre los olivos; a veces sus ruidosas risas son escandalosas. —Al decir esto contemplaba cariñosamente como su esposo levantaba su alargada cabeza con importancia e intentaba fruncir el ceño.

—Espero que no abandone sus estudios. Con todo el respeto hacia mi patrono, me cuesta olvidar que es un bárbaro romano y que su hija no puede ofrecer a mi hijo ninguna diversión intelectual.

—Y añadió rápidamente:

—Sin embargo debemos recordar que sólo tiene diez años y la pequeña Rubria es aún más joven. ¿Dices que siempre juegan juntos, querida mía? No me he dado cuenta; claro que estoy siempre ocupado, desde que amanece hasta que anochece, en la casa del tribuno.

—Lucano ayuda a Rubria en sus deberes escolares. —Iris se echó para atrás un dorado rizo que caía sobre su frente—. Es una pena que el noble tribuno Diodoro Cirino no te emplee en enseñarla.

Eneas asintió y besó suavemente la frente de su esposa con agradecimiento.

—Pero, ¿Quién cuidaría entonces de los negocios romanos en Alejandría, de llevar el control, de supervisar a los encargados de los esclavos? ¡Ah, estos avarientos e insaciables romanos! Roma es un abismo en el que toda la riqueza del mundo se hunde sin un solo sonido, un abismo del que nunca ha surgido ni surgirá ni una nota de música.

Iris se contuvo de mencionar ante su esposo a Virgilio. Eneas solía compararle desdeñosamente con Homero.

A Eneas le ofendía que su patrono tan solo fuese un rudo tribuno y no un augustal. Muchos de los tribunos romanos eran augustales pero no Diodoro, que despreciaba a los patricios y cuyo héroe era Cincinato. Diodoro poseía una educación considerable y un gran intelecto; era hijo de una sólida y virtuosa familia en la que habían habido muchos soldados, pero mantenía la actitud de desprecio de los militares hacia los hombres que prefieren las cosas del intelecto. Se aferraba a las viejas virtudes y afectaba ignorancia de cosas que conocía bien, hablando en los términos sencillos y rudos de un soldado para quien los libros eran despreciables. A su manera era tan afectado como el propio Eneas. Ambos eran falsos, se decía Iris a sí misma con tristeza, pero de una piadosa falsedad. Que Eneas transigiese con el soldado cuyo padre le había hecho libre y que Diodoro usase deliberadamente un lenguaje incorrecto e hiciese gala de malos modales, eran a fin de cuentas, cosas de poca importancia.

El padre de Diodoro Cirino, un hombre de recta moral y nobles sentimientos, había comprado al joven Eneas a un conocido, famoso por su extremada crueldad con los esclavos, una crueldad que era infame incluso para una gente endurecida y cínica. Se contaba de él que ninguno de sus esclavos carecía de alguna cicatriz, desde los que trabajaban sus campos, viñedos o molinos de aceite, hasta las mujeres más jóvenes que tenía en su casa.

A pesar de las leyes, no se privaba de sus ansias de matar, para satisfacer sus crueles deseos, o cuando un esclavo le caía en desgracia. Había ideado formas de tortura y asesinato que le proporcionaban un inmenso placer. Era un augustal de familia orgullosa aunque decadente, de inmensa fortuna y poder, también senador, y se contaba que hasta el propio César le temía.

Sólo un hombre en Roma se atrevía a despreciarle públicamente: el virtuoso tribuno Prisco, padre de Diodoro, querido por las multitudes romanas que, a pesar de su servilismo y adulación para con los señores, le honraban por sus virtudes militares y por su integridad. La plebe incluso le admiraba por su amabilidad y justicia en el trato de sus esclavos, hecho paradójico entre un pueblo par quien un esclavo era menos que una bestia irracional.

Eneas, el esclavo griego, había sido uno de los trabajadores de las tierras del Senador y nadie sabía seguro como Prisco había conseguido comprarle, excepto el propio Eneas, quien nunca hablaba de ello. El hecho es que Prisco había llevado a su casa al herido y quebrantado muchacho, había llamado a su médico para que le cuidase y le había asegurado un lugar en su casa, exigiendo de él tan sólo obediencia.

—Todos estamos sujetos a la obediencia —había dicho Prisco a su nuevo esclavo con severidad—. Yo obedezco a los Dioses y a las leyes de mis padres, y hay motivos para sentirse orgulloso de tal sujeción, porque es voluntaria y obligatoria para todos los hombres honorables. Un hombre sin disciplina es un hombre sin alma.

Eneas era analfabeto, pero rápido y respetuoso y con una inteligencia despierta y ordenada. Prisco, que creía que todos los hombres, incluso los esclavos, debían tener la oportunidad de realizar sus máximas posibilidades, había permitido a Eneas sentarse en un rincón de la habitación donde su hijo recibía lecciones. En un período de tiempo sorprendentemente corto, Eneas había alcanzado a Diodoro; su memoria era

asombrosa. No tardó mucho en sentarse por orden de Prisco, a los pies de la mesa en que se sentaba Diodoro y su tutor.

— ¿Tenemos aquí a un erudito griego? —Había preguntado Prisco al tutor con ironía—. Pero el tutor respondió sagazmente que Eneas no era un erudito sino un joven de clara inteligencia.

A la edad de veinticinco años, Eneas dirigía ya las posesiones de su dueño Prisco, mientras que Diodoro había abrazado la profesión de soldado y estaba de ayudante del procurador de Jerusalén. Eneas también se había enamorado de una esclava, la joven Iris, bella muchacha griega, favorita de la casa, doncella de la esposa de Prisco, educada personalmente por Antonia que sentía por ella el afecto de una madre por su hija. Prisco y Antonia había presidido los esponsales de los dos jóvenes y les habían hecho innumerables regalos, pero sobre todo, el inapreciable don de la libertad.

Después de la muerte de sus padres Diodoro Cirino volvió a la casa solariega y quedó encantado con su liberto Eneas, porque sus posesiones en Roma se hallaban en perfecto orden. Recordaba a su compañero de estudios como un "muchacho vulgar", sin ninguna característica sobresaliente, pero supo reconocer sus cualidades y su honradez, aunque le molestaba ver la petulancia y pequeñas arrogancias que empleaba en el trato con los esclavos que estaban bajo sus órdenes. Sin embargo Diodoro, como hombre inteligente y, en el fondo, compasivo, comprendió que en esta forma Eneas se desquitaba de los años de su propia esclavitud.

El solitario joven romano, que tenía entonces veintisiete años de edad, cinco menos que Eneas, se casó pronto con una joven de sólida familia romana, que poseía sus mismas vigorosas cualidades, pero sin su gran inteligencia. Poco después Diodoro fue nombrado gobernador de Antioquía, en Siria, y llevó consigo a Eneas y a Iris. Allí Eneas encontró un campo más amplio para aplicar su talento meticuloso y preciso en la administración y por primera vez tuvo su propia casa en una finca de los suburbios de Antioquía. Por las tardes soñaba con los hombres gloriosos de la antigua Grecia y se identificaba a sí mismo con ellos; leía poemas de Homero y los declamaba en alta voz ante su esposa e hijo. Su conocimiento intelectual, sin embargo, seguía siendo pequeño y escaso. Hablaba de Sócrates, pero los diálogos estaban más allá del alcance de su entendimiento. Sabía muy bien de los personajes menos famosos de Grecia y casi nada de los grandes estadistas de su nación. Servía a los dioses con la misma fidelidad que a Diodoro. Para él eran probablemente la representación de Grecia. Su amabilidad, delicadeza y esplendor le recordaba que sus homónimos romanos eran groseros, lascivos y brutales; alejados de toda sutileza y gracia, simples sombras agigantadas de los propios hombre romanos. Eneas encontraba en sus dioses refugio de las amargas memorias de su esclavitud; en ellos descubrió su propio orgullo porque incluso los romanos les honraban y construían templos y hacían distinciones entre ellos y sus propios dioses.

Eneas hubiese preferido Roma a Antioquía porque aunque desdeñase a la plebe romana, le gustaba el ajetreo de las calles concurridas, las excitaciones de la ciudad y su ambiente de poder. Antioquía era para él demasiado "extranjera", invadida constantemente por ruidosos marineros procedentes de cientos delegares bárbaros y desconocidos. Sentía por ellos una gran aversión y su presencia le producía una profunda repugnancia. Sin embargo tenía su pequeña casa propia, acogedora, fresca, con brillantes cortinas de algodón, arcos y jardines y lo bastante alejada de la casa de Diodoro para que pudiera hacerse la ilusión de que era un terrateniente por derecho propio. Gran parte del placer que esta situación le proporcionaba se empañaba con frecuencia, cuando entraba en contacto con Diodoro y tenía que sufrir en silencio el expresivo y rudo lenguaje del romano.

Diodoro se sentía más sólo en Siria que en Roma. Su esposa Aurelia, una exuberante joven matrona, estaba por entero dedicada a su casa, sus esclavos, su esposo y su joven hija. Era devota y reverente a la manera de las antiguas matronas romanas. Pero carecía de educación, aunque no de astucia, y era poco refinada en comparación con el refinamiento natural, aunque secreto, de su esposo. Sus temas de conversación eran los esclavos, su hija, las últimas modas de Roma, el latrocinio de la servidumbre en la cocina, el clima de Siria y los platos que ella misma preparaba ante las miradas de las cocineras. No hay duda que era una mujer estimable y aunque estaba algo gruesa, su rostro redondo y sonrosado, enmarcado en una exuberante cabellera negra, y sus grandes ojos marrones hacían de ella una mujer bonita. Diodoro escuchaba su charla con satisfacción y luego se retiraba a la biblioteca, para sacar allí sus libros que tenía convenientemente escondidos y entregarse a la lectura hasta la medianoche, mucho después que todos los habitantes de la casa se hubiesen retirado a descansar. Sus aficiones predilectas eran la poesía, la historia y la filosofía. Leía en voz alta, para su deleite, poemas enteros, con voluptuoso abandono a la sonoridad de los cantos y frases.

Por la mente de aquel archimoral romano jamás pasó la idea de buscar placeres sexuales en los burdeles de Antioquía, ni unirse a otros romanos, compañeros de armas, en la ciudad para entregarse al juego, la lucha de gallos o la simple charla. El lugar de un hombre, después de su trabajo, era su hogar, aunque la conversación de su esposa fuese trivial. Bebía muy poco y sólo en la mesa porque creía que la embriaguez era uno de los mayores pecados; su única distracción era, por estas razones, el trabajo.

Aurelia tenía amigas entre las familias romanas de Antioquía, pero eran tan virtuosas y vulgares como ella misma. Criticaban juntas a la s mujeres más emancipadas que pertenecían al círculo de sus conocidos y comentaban sus ligerezas con escalofríos. Desconocían por completo la depravación de su patria, su corrupción moral y sus vicios, las maneras y costumbres licenciosas y criticaban a otras mujeres por comportarse con una ligereza de costumbres que era en Roma corriente y hasta aceptable. Sus lares y penates era la cosa más importante en sus vidas y sus comadreos eran tan inocentes como pueden ser los de

unas colegialas. Sin embargo eran felices; tenían sus hogares, sus hijos, sus maridos y eran industriosas y devotas.

Diodoro Cirino encontraba algún alivio en el trato con los soldados rasos de la guarnición en Antioquía y hablaba con ellos libremente sobre cuestiones militares, con gran humillación y violencia de sus oficiales más jóvenes. Estos se consideraban a sí mismos exilados en aquel país, y soñaban con las delicias, placeres y vicios de Roma sintiendo hacia su superior un poco de asombro y secreto desprecio. No dudaban de su honradez, pero esto no les inspiraba respeto; le creían un tonto. Incluso su rígida justicia, que nunca quedaba empañada por la debilidad o el favoritismo, era, para ellos, inhumana. Castigaba a un oficial con la misma prontitud que a un simple soldado de infantería, sin tener en cuenta la importancia de su familia o influencias en Roma. Eneas simpatizaba con ellos y se unía a sus gestos cuando Diodoro daba alguna orden excesivamente rigurosa.

Un día las cosas había ido demasiado lejos, Diodoro, rodeado de sus oficiales, contemplaba como los esclavos cargaban un barco romano con los frutos de Siria: miel, aceitunas, aceite de oliva, lana y otros muchos artículos. Aunque era en el mes de diciembre y las fiestas saturnales se acercaban, el sol calentaba con una intensidad desacostumbrada; el aire estaba saturado de humedad y las oscuras aguas parecían estar cubiertas de grasa encendida. Los capataces gritaban irritados y el chasquido de sus látigos sonaba incesantemente en el húmedo aire del día. Pero los esclavos, sudando profusamente, languidecían en su tarea. De pronto, emitiendo una maldición de impaciencia, Diodoro había abandonado la mesa instalada en el muelle donde Eneas anotaba cuidadosamente el número de barriles y fardos embarcados y había cargado sobre sus hombros una gran caja con la misma facilidad que si hubiese sido un pequeño corderito. Ascendió en dos zancadas por la plancha del barco y colocó la caja, con un movimiento rápido y preciso, en el lugar que correspondía entre los fardos. Después, se había erguido sonriendo con satisfacción.

Los oficiales parpadearon asombrados; Eneas miró delicadamente hacia otro lado; los soldados contemplaron a su jefe con asombro y los capataces y esclavos quedaron petrificados. Pero Diodoro, flexionando sus músculos y respirando profundamente, había exclamado:

— ¡Vamos, el ejercicio es saludable para el alma!

Eneas, como buen griego, sentía un profundo desprecio y aversión por toda clase de trabajos manuales y este episodio le había hecho estremecer. Pero tanto él como los demás se sintieron anonadados cuando Diodoro dirigiéndose a los esclavos gritó:

— ¿Sois hombres o gusanos enfermos? Esto ha de estar cargado antes de la puesta del sol o tendréis que trabajar a la luz de las antorchas. ¡Vamos, moveros como hombres decididos y acabemos de una vez!

De nuevo se había inclinado sobre un barril y lo subió rodando por la plancha mientras los músculos de sus hombros y piernas resaltan como si fuesen a estallar. Era evidente que se estaba divirtiendo.

Los látigos pusieron a los esclavos en movimiento, pero estimulados por el ejemplo de Diodoro aceleraron su trabajo. El romano empezó a cantar roncamente una canción con ritmo de marcha y los esclavos rieron y cantaron con él. Mucho antes de la puesta del sol la nave estaba cargada. Ni un solo oficial, ni un soldado había participado en la tarea, porque Diodoro, con una mirada despectiva había rechazado sus ofrecimientos.

Después Diodoro había vuelto a reunirse con sus oficiales mientras se secaba el sudor con el pañuelo, que uno de ellos le había ofrecido y contemplaba con satisfacción el barco a punto de zarpar.

El capitán de la nave se había acercado a él con respeto y asombro y Diodoro le había dicho con rudeza:

— ¡Di a los afeminados de Roma que Diodoro Cirino, hijo de Prisco, ayudó a cargar este barco! Diles, cuando veas como se perfuman con nardo y esencia de rosas, escuchan música y se entretienen con otras delicadezas, que hoy has visto a un romano trabajar tal como antaño trabajaban los romanos y tal como habrán de trabajar si Roma quiere sobrevivir y no perecer en medio de jarrones floridos, cantantes, vino y elegancias.

Después, volviéndose hacia sus oficiales —que estaban avergonzados por la actitud de su jefe— había maldecido violentamente y exclamado de nuevo:

— ¿Dónde están vuestros callos y cicatrices, vuestros músculos y piel tostada? Sois todos muy delicados. ¿Sabéis lo que es la guerra, el trabajo y los hombres que viven con sobriedad y fortaleza? ¡Al infierno con todos vosotros! ¡Por Mercurio que sois menos hombres que esos pobres esclavos!

Estas palabras eran imperdonables. Los esclavos murmuraban entre ellos y los rostros de los romanos se oscurecieron amenazadores. Pero ninguno se atrevió a replicar. Diodoro era capaz de golpear el rostro de cualquier imprudente a la vista de todos; lo había hecho más de una vez, incluso ante soldados rasos y esclavos.

Por desgracia para ellos, Diodoro aún no había terminado.

—Cincinato dejó su arado para salvar a Roma y no se entretuvo no siquiera en lavar sus manos o poner sandalias en sus pies cubiertos de polvo. Más ninguno de vosotros dejaría los brazos de una puta siria para salvar la vida de un hombre o mantener en su jurisdicción la ley de Roma.

Bruscamente se había vuelto hacia su caballo atravesando el muelle y se había lanzado a galope hacia su casa en los suburbios. Dejó atrás su carro para que un oficial lo condujese a sus establos y Eneas fue llevado en él hasta la casa.

Una vez en el hogar Eneas había contado a Iris el horripilante episodio, que su esposa había escuchado en silencio. Eneas esperaba que ella se sintiese anonadada, pero Iris se limitó a decir suavemente, con una de sus encantadoras sonrisas:

—El noble tribuno fue antaño mi compañero de juegos en la casa de Prisco. Siempre fue un chico ruidoso; algunas veces me llevaba sobre sus espaldas y pretendía ser Júpiter que, como un toro, raptaba a Europa.

Al ver la recelosa expresión del rostro de Eneas había añadido gentilmente:

—Ah, querido; éramos simples niños entonces.

A veces Eneas no comprendía a Iris y en esta ocasión contestó pomposamente:

—Veo que no alcanzas a ver las grandes implicaciones del episodio de hoy, Diodoro habla constantemente de disciplina y, sin embargo, ha humillado públicamente a sus oficiales ante los soldados y los esclavos. ¿Acaso esto no compromete su autoridad?

Iris comprendía que la ira de Diodoro no iba tanto contra los hombres que dependían de él como contra las costumbres modernas y corruptas de Roma, que para él eran insoportables. Sus hombres habían sido la causa inmediata que había precipitado la ira concentrada y sorda del tribuno. Por eso asintió ante las palabras de su esposo y dijo:

—Estoy segura de que no volverá a repetir una escena así.

—Nunca se puede estar seguro —respondió Eneas— con un hombre tan caprichoso. Confieso que nunca he podido entenderlo.

La furiosa excitación de Diodoro había durado durante toda la comida. Le había contado todo a Aurelia y ella había asentido con sabiduría de esposa, aunque todo el asunto estaba más allá de su comprensión. Después de oír su relato había dejado pasar unos minutos en silencio y luego había dicho con ansiedad y como si su esposo no le hubiese dicho nada:

—Nuestra pequeña Rubria ha vuelto a toser y escupir sangre y se queja de dolores en las piernas y brazos. El médico ha ordenado que le demos friegas en la garganta y las articulaciones y hemos conseguido que al fin se durmiese, pero su rostro sigue sofocado. ¡Qué triste es ver sufrir a esta niña, que nunca ha gozado de salud y qué pena tengo, querido esposo, porque sólo he podido darte esta débil corderilla y no unos hijos fuertes!

Diodoro olvidó inmediatamente su ira, tomó a su esposa en los brazos y la besó. Aurelia no sentía repulsión hacia el fuerte olor a sudor que desprendía su esposo, sino más bien le confortaba su fuerza. Enlazó sus brazos alrededor de su cuello y dijo:

—Pero tengo sólo veinticinco años y puede que los dioses nos concedan aún algún hijo. He de ir pronto a Antioquía y ofrecer un sacrificio especial a Juno.

Rubria era la niña de los ojos de Diodoro, aunque creía que sólo él conocía esto. Suavemente ascendió las escaleras de mármol blanco que conducían a las habitaciones de su hija y silenciosamente corrió los pesados tapices de roja seda que cubrían la entrada.

La niña había conciliado el sueño gracias a la frescura del temprano anochecer y su aya vigilaba su sueño sentada junto a la cama. La pequeña ventana de la habitación era como un cuadro escarlata y sombras púrpuras penetraban iluminando los rincones de la habitación. Diodoro se inclinó sobre su hija y su indomable corazón desfalleció a la vista de la fragilidad de aquella criatura. Aquel color rojizo de su cara, ¿sería el reflejo del sol poniente o era causado por una fiebre siniestra y desconocida? Las largas pestañas negras de la niña temblaban ligeramente, resaltando sobre sus delgadas y enfebrecidas facciones; sus aniñados labios ardían. ¡Aquella tierna paloma tan dulce y querida, llena de alegría y vivacidad aún en el dolor! La tosca mano de Diodoro acarició la negra mata de cabello que reposaba sobre la blanca almohada, mientras rogaba desesperadamente a Esculapio que curase a su hijita.

“Te ruego, señor de los médicos, hijo de Apolo, que envíes a Mercurio en las alas de la compasión sobre esta niña y que tu hija Higea se muestre propicia a ella. Mercurio, acude pronto en su ayuda porque, ¿no es ella como tú, rápida como el fuego, veloz cual el viento y variable como un ópalo?

Prometió sacrificar un gallo a Esculapio, que prefería este sacrificio y un par de bueyes blancos a Mercurio, adornados con anillos dorados en sus morros. El terror se apoderó de él al acariciar de nuevo el cabello de Rubria y ver el temblor de las pequeñas manos que reposaban sobre la sábana. Había honrado a los dioses durante toda su vida y sin duda éstos no le arrebatarían aquella niña de su corazón. “Nunca he temido la espada o la lanza, ni a hombre o cosa alguna”, se dijo a sí mismo, “y sin embargo esta noche el miedo debilita mi valor”. “No es que esta enfermedad sea algo nuevo; más bien parece como si mi alma temblase ante algún presentimiento”.

Renovó sus oraciones añadiendo una dedicada a Juno, la madre de los niños. Los dioses de Roma nunca le habían parecido depravados, ni siquiera Júpiter, a pesar de sus aficiones por las doncellas. Se preguntaba perplejo si debiera rogar a Marte, su dios predilecto, el patrón de los soldados. Decidió que no; Marte no comprendería que un soldado considerara la vida de un niño más importante y preciosa que la misma guerra. Un ruego como el suyo posiblemente inspiraría la ira del dios de la guerra. Diodoro volvió a rogar fervientemente a Mercurio, el dios de las sandalias aladas y del caduceo.

Cuando volvió de nuevo junto a Aurelia ésta se hallaba en la antecámara de sus habitaciones, hilando lana con diligencia, a fin de tejer una manta para la niña. Sentada ante la rueca era la verdadera personificación de una antigua matrona romana, sus pies moviendo rítmicamente el pedal, la mano sobre el huso, el cabello recogido en un moño sobre su redonda cabeza y el rostro serio y absorto.

Sus blancos vestidos caían alrededor de su figura en modestos pliegues y las mangas cubrían la mitad de sus voluptuosos brazos. Diodoro veía en ella una figura confortante. En lugar de entregarse a inútiles lamentos

por causa de la enfermedad, tejía telas de abrigo para la niña. Diodoro acarició su cabeza amorosamente, después sus labios. El activo pie no disminuyó su ritmo aunque Aurelia sonrió.

— ¿Por qué no das un paseo por el jardín aprovechando la puesta del sol, querido? Encontrarás consuelo allí, como siempre.

Su voz era firme y segura.

Diodoro pensó en sus libros. Precisamente aquel día había recibido, por un mensajero especial, un rollo que contenía la Filosofía de Filón. Se rumoreaba que Filón era superior a Aristóteles. Diodoro no lo creía, pero sentía curiosidad y excitación. De pronto sintió un gran peso y tristeza en su corazón y decidió seguir el consejo de su esposa. El libro podía esperar; se sentía demasiado inquieto par poderle dedicar su entera y penetrante atención.

Salió al patio. Una rojiza curiosidad se extendía por entre las palmeras; el perfume del jazmín ascendía a oleadas en el cálido aire del anochecer. Los naranjos y limoneros mostraban su cargazón de dorados y verdes frutos. El zumbido de los insectos llenaba el aire y, repentinamente, un ruiseñor rompió a cantar hacia el purpúreo cielo. Las piedras blancas colocadas en los bancos de exóticas flores estaban inundadas con sombras de heliotropos y una tenue luz iluminaba los arcos de las columnatas que rodeaban el patio. Una fuente, en cuyo centro se alzaba un fauno de mármol, rumoreaba suavemente mezclando su canción con la del ruiseñor. El color púrpura y escarlata de la puesta del sol se reflejaba en la taza de la fuente, que hervía viva con brillantes peces diminutos. Las palmeras rumoreaban ahora movidas por la refrescante brisa que procedía del mar y a través de las móviles hojas de una, Diodoro pudo ver el radiante parpadeo de la estrella vespertina. Los troncos de los árboles resaltaban contra las altas paredes del patio, semejantes a grisáceos fantasmas.

Ningún sonido procedía de la casa que se alzaba a espaldas de Diodoro; los pilares de la misma quedaban difuminados en la media luz y parecían hechos de materia insustancial más que de mármol. Diodoro descubrió repentinamente que el silencio le oprimía, la voz del ruiseñor no le extasiaba como solía hacerlo; era una voz que no le consolaba, sino que más bien le producía melancolía; el sonido de la fuente parecía murmurar penas inhumanas. Diodoro, asaltado de nuevo por su soledad, pensó en Antioquía y en las fiestas que justamente habían empezado en honor de Saturno. Terminarían como siempre, en un desenfreno general, pero al menos allí encontraría el sonido de hombres y mujeres. Pensó en cabalgar de nuevo hasta la ciudad y llamar a su lado a unos cuantos de sus oficiales, aquellos que menos repugnancia le producían. Pero sabía que les aburriría; ellos querían participar en las exaltadas diversiones y su presencia sólo serviría para inhibirles. "Si al menos tuviese un amigo –pensó el solitario tribuno-. Uno sólo con quien pudiese hablar, a fin de ahogar la voz del miedo que suena en mí, uno con quien compartir una copa de vino y discutir las cosas que a mí me preocupan. Un filósofo, o un poeta, o simplemente un hombre sabio".

Oyó un pequeño sonido, casi un simple roce, y volvió sobre sus pasos hacia la fuente.

La luz del sol poniente iluminó por un instante las rumorosas cimas de las palmeras y puso al descubierto la dorada cabellera de un niño que con la cabeza inclinada sobre la taza de la fuente, absorto, no se había percatado de la presencia de Diodoro.

Moviéndose en silencio Diodoro avanzó hacia el niño, que estaba sentado sobre la hierba con su mirada fija en la ventana de Rubria. Cuando Diodoro llegó al lado opuesto de la fuente, exclamó para sí: "Pero si es el joven Lucano, el hijo de mi liberto Eneas". Sintió su corazón embargado por una indefinible nostalgia y pensó en su antigua compañera de juegos, Iris, con su áureo cabello, sus maravillosos ojos azules, sus carnes suaves y blancas, su redonda barbilla y elegante nariz griega. Oyó, como a través de un largo y brumoso corredor, el sonido de su risa infantil, las preguntas que sobre él lanzaba de continuo. Iris no había existido para él, ni siquiera como recuerdo de una compañera de juegos, desde el momento de su matrimonio con aquella pretenciosa y precisa mediocridad que era su esposo Eneas. Pero ahora recordaba que cuando había estado alejado del hogar en sus campañas, antes de la muerte de sus padres, Iris había brillado como una estrella en su mente, la dulce e inteligente Iris, la joven esclava de su madre, su doncella predilecta para quien había sido como una madre.

El, un tribuno joven, ambicioso y osado, procedente de una familia intachable, había incluso soñado en casarse con Iris. Sus padres, estaba convencido, a pesar de su amor por Iris, hubiesen muerto de humillación si su hijo hubiese condescendido a casarse con una esclava y si ella hubiese respondido a su proposición con "Donde tú estés, Cayo, allí estaré yo, Caya". Y sin embargo, cuando recibió la noticio de su muerte, estando destinado en Jerusalén, su primer pensamiento, después de haber pasado el primer momento de tristeza, había sido para Iris. Había vuelto a Roma y había encontrado que ella no sólo era libre sino que estaba casada y encinta, y desde aquel instante había alejado sistemáticamente el recuerdo de ella de su mente. Sin duda su soledad había empezado entonces, aunque él creyó que era la nostalgia que sentía por volver al servicio activo en Oriente.

El patio estaba ahora cubierto de una suave sombra de púrpura en la que destacaba la cabeza inclinada de lucana como una dorada luna de verano. Diodoro podía apreciar su bello perfil y pensó: "Es la misma cabeza de la niña Iris". Nunca le habían interesado los niños, excepto su hija Rubria, y, aunque había deseado hijos, había pensado en ellos como jóvenes soldados y como herederos suyos. Ahora contemplaba a Lucano, esforzando sus ojos en el coloreado crepúsculo, y de nuevo su corazón palpitó inundado de ternura.

Lucano permanecía sentado, silencioso e inmóvil, contemplando aún el borroso cuadro de la habitación de Rubria. Usaba una túnica blanca y delgada; sus largas piernas, tan blancas que parecían alabastro, estaban dobladas bajo su cuerpo. En sus manos sostenía una gran piedra de extraña forma y tonalidad, variante en la

luz del atardecer. Toda la actitud de lucano parecía de arrobada adoración, aunque se mantenía en perfecta inmovilidad. Sus sonrosados labios estaban entreabiertos y las cuencas de sus ojos estaban llenas de un extraño azulado. Parecía como si estuviese escuchando algo y Diodoro, supersticioso como eran todos los romanos, le contemplaba con un cierto temor nervioso y con escalofríos en la piel.

Habló de pronto en voz alta, dirigiéndose a Lucano.

— ¿Eres tú, Lucano?

El muchacho no se inmutó. Tan sólo se movió un poco volviendo su extasiado rostro hacia Diodoro. No se puso en pie; se mantuvo quieto y sentado allí con la piedra entre sus manos. Parecía como si no hubiese visto al tribuno.

Diodoro iba a hablar de nuevo, más ásperamente, cuando el muchacho sonrió y pareció darse cuenta de su presencia por primera vez.

— Estaba rogando por Rubria —dijo, y su voz era la misma voz de Iris cuando era joven.

Diodoro dio la vuelta alrededor de la fuente, vaciló, luego se sentó sobre sus talones y miró atentamente al muchacho que estaba sentado frente a él en completo abandono y tranquilidad. El tribuno había cambiado su pesada ropa militar, nada más llegar a casa, por una túnica suelta de lienzo blanco, la cual recogía con un sencillo cinturón de piel repujado en plata. Bajo el suave material del vestido resaltaba su moreno cuerpo, cuadrado y sólido, y sus recias piernas de poderosos músculos. Dobló sus fuertes brazos sobre las rodillas y contempló a Lucano que le sonreía con sencilla serenidad.

Lucano no sentía temor ni asombro frente al soldado. Contemplaba el fiero rostro oscuro, rígido y firme, con la misma tranquilidad con que hubiese mirado a su padre. La aguda y saliente barbilla del soldado, o los penetrantes y firmes ojos negros protegidos por negras y espesas cejas no le anonadaban. Pero Diodoro, enfrentado con la misma imagen de la niña que una vez conoció, se daba cuenta de su propia personalidad, su redonda cabeza cubierta de crespo cabello negro, corto y sin brillo y la ruda fuerza de su disciplinado cuerpo.

"El chico no tiene nada que hacer en este patio", pensó Diodoro automáticamente. E inmediatamente se sintió avergonzado por el recuerdo de Iris. Pero ¿qué había dicho? "Estoy rogando por Rubria". Los niños eran compañeros de juego, como lo habían sido él e Iris. Diodoro suavizó su voz:

— ¿Estás rogando por Rubria, muchacho? Ah, ella necesita tus oraciones, la pobre.

— Si, señor —contestó Lucano con seriedad.

— ¿A qué dios ruegas? —preguntó Diodoro.

"Sin duda —pensó—, los dioses se sienten conmovidos por las oraciones de los inocentes". Y este pensamiento alivió un poco su dolor.

— Al Dios Desconocido —contestó Lucano.

Las oscuras pestañas del tribuno parpadearon con sorpresa. Lucano estaba diciendo:

— Mi padre me ha enseñado que Él está en todos los sitios en todas las cosas. —Extendió la extraña piedra hacia Diodoro con sencillez y añadió—: He encontrado esto hoy. Es muy hermosa, ¿verdad? ¿Crees que Él está aquí y me oye?

CAPITULO II

Diodoro cogió la piedra gravemente, sentado aún sobre sus rodillas. Apenas podía verla ahora en la oscuridad crepuscular, pero notó que estaba cálida y cuando le dio vuelta entre sus dedos desprendió unos curiosos reflejos de muchos colores que brillaron en la última luz del día.

Estaba cálida, probablemente debido a que había estado mucho tiempo entre las manos del niño. Pero su tibieza no disminuía a pesar de que el aire se iba enfriando rápidamente. Más bien parecía aumentar. El supersticioso Diodoro deseaba dejar caer la piedra, pero esto hubiera sido un gesto molesto para el niño.

— ¿Crees tú, señor, que Él está aquí y me oye? —repitió Lucano. Tenía una voz firme y segura, sin servilismo, voz de un patricio de nacimiento.

— ¿Qué? —dijo Diodoro. De nuevo volvió la piedra entre sus manos mientras la miraba con insistencia.

Diodoro sabía todo lo que se decía del Dios Desconocido. Una vez, incluso, en un templo griego le había ofrecido un sacrificio, aunque los griegos creían que no le eran gratos los sacrificios. ¿Quién ere ese Dios sin nombre? ¿Cuáles eran sus atributos' ¿De qué hombres era protector? En ningún sitio existían imágenes suyas. ¿Sería el Dios de los judíos, acerca del cual había oído tantas cosas en Jerusalén? Pero sabía que los judíos le sacrificaban palomas y corderos en una de sus fiestas, la Pascua, guante la primavera. Los judíos le llamaban Señor y parecían conocerle muy bien. En su imaginación Diodoro veía el gran templo de oro y mármol destacándose contra el multicolor cielo de Jerusalén. Lucano era griego, no judío. Podía ser que los griegos hubiesen oído hablar del Dios de los judíos y, como no conocían su nombre, le llamasen Desconocido.

Diodoro movió su cabeza. Una gran luna, como un recipiente lleno de fuego suave, se alzaba ahora tras las palmeras. Su luz llenaba el patio con una cascada de pálida luz y las sobras de las palmeras se marcaban distintamente sobre las blancas piedras del suelo y las paredes de la casa y se introducían por entre las columnatas que brillaban como si fuesen de mármol amarillo. El perfume de los jazmines envolvía ahora al

hombre y al niño; los grillos cantaban en la hierba y entre las oscuras flores. En algún lugar invisible un animalito arañaba las piedras del suelo.

Diodoro recordó un nombre que oyó a un príncipe judío: Adonai. Dirigiéndose a Lucano dijo:

— ¿Se llama Adonai?

—No tiene nombre conocido por los hombres, señor —replicó el muchacho.

—De todas formas me parece recordar que significa "Señor" —dijo Diodoro evasivamente—. Es el Dios de los judíos.

—Pero el Dios Desconocido es Dios de todos los hombres —replicó Lucano con apasionamiento—. No es el Dios de los judíos sólo, sino de los romanos, griegos, paganos, esclavos, césares y de los hombres salvajes de los bosques y de las tierras desconocidas.

— ¿Cómo sabes tú eso, niño? —preguntó Diodoro con una ligera sonrisa.

—Lo sé, lo sé en mi corazón. Nadie me lo ha dicho —dijo Lucano con sencillez.

Diodoro se sintió extrañamente conmovido. Recordó que los dioses prefieren con frecuencia conceder su sabiduría a los niños cuyas mentes no han sido pervertidas ni mutiladas por la vida.

—Algún día —dijo Lucano— yo le encontraré.

— ¿Dónde? —preguntó Diodoro inclinado a la indulgencia.

Lucano había alzado su rostro hacia el cielo y su perfil fue iluminado por completo por la luz de la luna.

—No sé dónde pero lo encontraré. Oiré su voz y le conoceré. Él está en todos los sitios, pero yo le conoceré en particular y Él me hablará, no sólo a través de la luna, el sol, las flores, las piedras, los pájaros y el viento, el alba y el ocaso. Yo le serviré y le daré mi corazón y mi vida.

La voz del muchacho tenía un tono de alegría y de nuevo Diodoro sintió un estremecimiento de superstición.

— ¿Y le has rogado a favor de Rubria? —preguntó.

Lucano volvió su rostro hacia él y sonrió.

— Sí, señor.

— ¿Pero cómo le llamas cuando le ruegas?

Lucano vaciló. Miró a Diodoro como solicitando su comprensión.

— Le llamo Padre —dijo en voz baja.

Diodoro no pudo reprimir su sorpresa. Nadie había llamado nunca a ningún dios Padre. Era ridículo. Afrentaría a los dioses ser invocado con tanta familiaridad por una criatura tan insignificante como el hombre. Si este muchacho hablaba así al Dios Desconocido, quién sabe lo que haría en su divino furor. ¿No descargaría su ira furiosamente sobre el objeto de los ruegos? ¡Rubria!

—Ningún hombre —contestó Diodoro—, ni siquiera los hijos de los dioses, se atrevieron a llamar a un dios "Padre". Es ofensivo. Es cierto que muchos dioses han tenido hijos de hombres y mujeres mortales, pero incluso en estos casos…

—Señor, tú hablas con enojo —dijo Lucano en un tono de voz que no expresaba temor ni servilismo sino más bien sentimiento por haber ofendido sin quererlo y deseando ser perdonado—. El Dios Desconocido no se ofende cuando uno de sus hijos le llama Padre. Más bien se complace.

—Pero ¿cómo sabes tú eso, criatura?

—Lo sé en mi corazón. Por lo tanto le llamo Padre y le ruego que cure a Rubria; sé que Él me escucha con interés y que la curará porque la ama.

Un dios amable. Esto era absurdo. Los dioses no eran amables. Eran celosos de su honor, vengativos, remotos y poderoso. Diodoro miró a Lucano. Su primera intención fue reprender al muchacho y acordarse después de recomendar a Eneas que castigase a su pretencioso hijo. Las palabras de frío reproche estaban ya en los labios de Diodoro, cuando la luna iluminó de lleno el rostro de Lucano, que apareció transido de un resplandor sobrenatural.

Entonces recordó lo que el chico había dicho "Él la ama". Los dioses no amaban a los hombres. Pedían que les prestasen culto y ofreciesen sacrificios, pero el hombre, como tal, era una cosa insignificante para los dioses.

«Él la ama». ¿Sería posible que uno de los atributos del Dios Desconocido fuese su amor por los hombres? ¡Oh, qué absurdo! ¡Qué presunción! ¿Qué estaba haciendo allí él, Diodoro, hablando con el hijo de un miserable liberto, como un hombre hablaría con un igual?

Diodoro se levantó con un movimiento rápido y enérgico.

—Vamos, muchacho, es tarde; te llevaré a casa de tus padres.

Se sorprendió de sus propias palabras. ¿Qué significaba este niño, este hijo de Eneas para él? ¿Qué le importaba a él si sabía volver a casa o andaba perdido hasta el amanecer? Pero era el hijo de Iris, y de pronto Diodoro deseó volver a ver a su antigua compañera de juegos. Además había peligro en el perfumado camino que iba de la casa del tribuno hasta las casas de menos categoría.

Lucano se levantó y a la luz de la luna Diodoro pudo ver que el muchacho sonreía tristemente.

—Señor, ¿llevarás esa piedra a Rubria y la pondrás en su almohada esta noche? Porque parte del Dios Desconocido está contenida en ella.

La piedra, la palpitante piedra. ¿Palpitaba realmente en su mano, la mano de Diodoro, como un lento y reflexivo corazón lleno de misterio? De repente Diodoro dejó de tener miedo a la piedra. Un poco avergonzado se dijo a sí mismo que era una cosa bonita y extraña y posiblemente gustaría a Rubria, que siempre amaba lo

poco corriente. Puso la piedra en una bolsa que colgaba de su cinturón de cuero. Pero Lucano le ofrecía ahora un saquito de lienzo. Diodoro lo tomó; desprendía un olor intenso y silvestre.

—Son hierbas —dijo Lucano—. Las he recogido hoy en el campo, como obedeciendo a una orden. Señor, ordena que un esclavo las mezcle con vino caliente y haz que Rubria lo beba; se le irán los dolores.

— ¡Hierbas! —Exclamó Diodoro—. Niño, ¿cómo sabes que algunas no son venenosas?

—No son venenosas, señor. Para estar seguro, sin embargo, comí unas cuantas hace algunas horas y un dolor de cabeza que tenía ha desaparecido.

Diodoro no salía de su sorpresa. Cogió a Lucano por la barbilla y alzó su rostro para estudiarlo, sin saber si debía tomarlo a broma. Pero el muchacho había hablado con autoridad; había dicho: "como obedeciendo una orden". Podía ser que el propio Apolo, que debía parecerse mucho al muchacho, de un perfil tan claro, hubiese dirigido al chico. A nadie perjudicaría obrar como Lucano sugería y Diodoro colocó el saquito de hierbas en su bolsa.

—Las tomará a medianoche, cuando, como de costumbre, se despierte —afirmó.

Tomó a Lucano de la mano con un gesto paternal y juntos caminaron bajo la plateada media luz, manteniéndose cuidadosamente en el sendero de tierra por temor a las serpientes. Diodoro iba pensando: "Este no es un muchacho ordinario, sino un chico inteligente, dado a pensar y sin temores". Sin duda Eneas le preparaba para seguir sus pasos de contable. Por alguna razón desconocida esta idea anonadó a Diodoro.

—Eres muy joven —dijo—, pero seguramente has pensado con frecuencia en qué serás cuando seas hombre. ¿Qué deseos tienes?

—Encontrar al Dios Desconocido, señor, y servirle; servir en Su nombre a los hombres —replicó Lucano—. Yo puedo servir más a los hombres como médico que como ninguna otra cosa y peste es mi más ferviente deseo. He estado en el puerto y he visto los hombres enfermos en los barcos. Les he visto morir; vienen de todas las partes del mundo y yo he rogado que pueda ayudarles. Conozco a los filósofos y médicos griegos y he leído sus libros de remedios para las enfermedades de los hombres, tanto físicas como mentales, la mayoría de las cuales han aprendido de los egipcios. He visitado también con frecuencia las casas de los médicos de Antioquía y no me han echado sino que me han explicado muchas cosas. Y estoy aprendiendo otras lenguas, incluso egipcio y arameo, para poder hablar a los enfermos en su propia lengua.

Diodoro sintió una enorme sorpresa. Apretó la mano de Lucano y dijo quedamente:

—Existe una gran escuela de medicina en Alejandría de la cual he oído hablar mucho.

—Allí iré yo —dijo Lucano sencillamente—. Yo también, señor; he oído hablar de ella, porque los médicos de Antioquía hablan acerca de ella con reverencia. Me costará mucho dinero, pero Dios lo proveerá.

—Así que tenemos un Dios que no sólo carece de nombre, o de atributos comprensibles, de rostro o de forma, y que está en todos los sitios a la vez, sino que también es banquero —dijo Diodoro con una sonrisa— ¿Crees que también solicitará intereses, muchacho?

—Sin duda alguna—. La voz del chico era grave y llena de seguridad—. Toda mi vida, toda mi devoción.

Diodoro pensó que si le hubiese hablado así a un hombre le hubiese tomado por loco. Diodoro había oído con frecuencia a los judíos hablar de hombres sabios que no pensaban ni escribían de otro tema que de su Dios. Pero los judíos eran un pueblo incomprensible, sobre todo para un romano, aunque César Augusto, como hombre tolerante y además supersticioso, había dispuesto que en Roma el Dios de los judíos recibiese alguna clase de reconocimiento, aunque nada más fuese para que ablandase las duras cabezas de su pueblo y disminuyese el resentimiento que sentía hacia los romanos y, de este modo, hacer su gobierno meno difícil. Diodoro empezó a reírse suavemente para sí mismo. Recordaba cómo él, cuando era un joven tribuno, había ofrecido poner una estatua del Dios judío en el templo romano de Jerusalén y cómo se había horrorizado el sumo sacerdote, alzando sus manos y agitándolas violentamente en el aire como implorando a su dios que fulminase al tribuno o maldiciéndole silenciosamente. Diodoro, asombrado, supuso que había cometido un error imperdonable, pero el cómo o el porqué de las excitadas imprecaciones del sacerdote fueron cuestiones que nunca pudo descubrir. Había intentado razonar con el piadoso hombre. ¿Cómo podía una estatua del Dios de los judíos, colocada en un templo romano, afrentarle y por qué iba Él a despreciar el honor que le hacían los romanos? El sumo sacerdote sólo había sabido tirarse de la barba y rasgar sus vestiduras y había mirado a Diodoro con ojos tan terribles que el pobre joven tribuno había desaparecido de su presencia rápidamente. Esto le había acabado de convencer de que los judíos estaban locos, especialmente los sacerdotes.

Pero Lucano era griego, no judío, aunque hablase de consagrar su vida al Dios Desconocido, como los judíos hablaban de consagrar las suyas a su propio Dios. Diodoro recordaba como, en las calles de Jerusalén, había visto a unos hombres llamados rabbís seguidos por humildes multitudes que escuchaban ansiosamente sus palabras de sabiduría. Algunos tenían fama de obrar milagros, y esto había interesado a Diodoro, que creía fervientemente en milagros divinos. Pero no creía en aquellos hombres que con frecuencia iban descalzos, harapientos y ruinosamente pobres, a pesar de sus llameantes ojos e incomprensibles palabras. Diodoro, caminando con Lucano, movió su cabeza.

—Debieras visitar el templo de los judíos que hay en Antioquía —dijo en tono divertido. Lucano respondió serenamente.

—Ya lo hago, señor.

— ¡Vaya! —Exclamó Diodoro, apartando unas zarzas para que el muchacho pasase, como hubiese hecho con su hija—. ¿Y es su Dios el Dios Desconocido?

—Sí, Señor; estoy seguro que Él es.
—Pero Él no ama a todos los hombres. Sólo ama a los judíos.
—Él ama a todos los hombres —dijo Lucano.
—Estás equivocado, muchacho. Yo ofrecí colocar una imagen suya en el templo romano de Jerusalén y fui rechazado. —Diodoro empezó a reír—. ¿Se oponen los judíos a que entres en su templo? Ahora recuerdo. En Jerusalén el templo tiene un lugar llamado Patio de los Gentiles. Éstos no pueden entrar en el santuario interior de los judíos.
—Yo adoro en el Patio de los Gentiles de la sinagoga de Antioquía —dijo Lucano.
¡Qué chico tan peculiar! Pero Diodoro empezó a pensar en la escuela de medicina de Alejandría y dijo:
—Creo que el Dios Desconocido ha conseguido arreglar un medio para que estudies medicina, Lucano. —Y de nuevo comenzó a reír. Era un hombre justo y caritativo, pero como romano "viejo" era prudente en cuestiones de dinero y creía que dos piezas de oro prestadas debían volver al dueño acompañadas de otras dos.
Habían llegado ya a un claro frente a los jardines de la casa de Eneas. Altas palmeras se alzaban hacia el cielo; el aire de la noche estaba cargado con perfume de flores. En medio de las palmeras se alzaba la casa del contable, deslumbradoramente blanca, pequeña, baja y compacta, rayada con las sombras de las palmeras. Una luz salía por la puerta abierta y mientras Diodoro y Lucano se acercaban a la entrada el contorno de una mujer joven, bien formada, se destacó a contra luz, haciendo que la luz procedente de su espalda transformase su cabellera suelta en una nube de oro. Estaba vestida con una sencilla túnica blanca propia de una mujer que pasaba todo su tiempo en la casa; su voz sonó ansiosamente:
— ¿Lucano? ¿Eres tú, querido mío?
Lucano respondió:
—Soy yo, madre. —Iris descendió hasta el césped y se detuvo al ver quien acompañaba a su hijo.
—Te saludo, Iris —dijo Diodoro, y su voz sonaba gruesa y baja. Pensó en las palabras de Homero: "Hija de los dioses, divinamente alta y más divinamente rubia".
—Saludos, noble Diodoro —replicó Iris con incertidumbre. Él se había dirigido a ella con gentileza, como un hombre se dirige a la esposa de uno de sus iguales y, sin embargo, su tono había sido de ansiedad y esperanza. Por alguna razón los ojos de Iris se llenaron de lágrimas y recordó al compañero de juegos de su niñez. Había sido un muchacho cándido y valeroso, vez, amable, honorable y lleno de afecto hacia ella. No le había visto, salvo a distancia, desde hacía mucho tiempo, y desde que se casó con Eneas él apenas si se había dado cuenta de que ella existía.
Eneas apareció en la puerta y en seguida descendió. Al ver a Diodoro hizo una reverencia.
—Bienvenido a nuestro pobre hogar, señor —dijo con el acento tembloroso del hombre que está abrumado.
—No es un hogar "pobre" —respondió Diodoro con irritación—. Era la vivienda del anterior legado de Antioquía antes de que mi casa fuese construida, y él no la consideró indigna.
Empujó a Lucano hacia su padre y dijo con cierta aspereza:
—He traído al muchacho a casa. Estaba en nuestro jardín y podía haber sido mordido por una serpiente o un escorpión después de la puesta del sol.

Eneas estaba confundido y tembloroso. Había ofendido a Diodoro y volvió su ira sobre su hijo.
— ¿No te importa que tu madre estuviese preocupada y a punto de salir en tu busca? ¿No te importa haber ofendido al noble tribuno?...
—No me ha ofendido —interrumpió Diodoro. La luz de la puerta iluminaba al hermoso y preocupado rostro de Iris. Diodoro hubiese deseado poner su mano sobre sus hombros para consolarla—. La pequeña Rubria es su compañera de juegos. Le encontré en los jardines, rezando bajo su ventana, porque está enferma. Tengo motivos para estarle agradecido. —contempló a Iris y se dio cuenta que empezaba a sonreír con agradecido alivio. Dirigiéndose al tembloroso Eneas añadió en un tono de mayor familiaridad:
—Este hijo tuyo, Eneas, es un muchacho poco corriente y ha sido para mí un privilegio hablar con él. —Vaciló un momento—. Mi garganta está seca, ¿puedo tomar una copa de vino con vosotros?
De nuevo Eneas se sintió abrumado. Apenas podía creer lo que oía. Miró a Lucano con respeto. ¡Era de su hijo de quien el tribuno había hablado! Y era por causa de este hijo que el tribuno había condescendido a pedir una copa de vino en la casa de su liberto. Eneas estaba asombrado. Tan sólo pudo murmurar algo mientras se apartaba para dar paso a Diodoro al interior de la casa. Miró brevemente y con torpeza a Iris, pero ésta había puesto el brazo alrededor del cuello de su hijo y le conducía hacia el interior, eneas les siguió, sus piernas aún temblorosas. El tribuno había traído al chico a casa, cuando debía haberle expulsado de sus jardines o, si se hubiese sentido amable, haber enviado un esclavo con él.
Diodoro había recobrado su buen humor. Permaneció en pie en la pequeña, pero no humilde, habitación y la observó con una mirada expansiva. Había un jarrón con flores sobre la mesa y flores en los tiestos del suelo de mármol. Las puertas que conducían a las cocinas y dormitorios estaban cubiertas con cortinas de algodón de tonos alegres, las cuales se movían mecidas por el viento que entraba por las pequeñas ventanas y puerta. Aquí y allá Diodoro reconoció, entre los muebles dejados por el anterior administrador, sillas y mesas de la casa de sus padres, regaladas a Eneas el día de su boda con Iris. Diodoro miró una silla en particular y con placer. Era de ébano con incrustaciones de marfil, y había sido una de las favoritas de su padre. Había incluso

una mesita de preciosa madera de limonero, despidiendo destellos bajo la luz de la lámpara, que había pertenecido a Antonia. Sostenía la lámpara de plata de la que surgía una brillante lengua de fuego.

—El esclavo que te asigné hace bien su trabajo —dijo Diodoro cada vez más complacido. Se instaló en la silla de ébano y estiró sus bronceadas y musculadas piernas con el gesto poco afectado de un soldado. Mientras Eneas permanecía de pie a su lado con incertidumbre, vestido de rigor con una túnica blanca, el contable parecía más el patricio, con sus gráciles formas y delgada cabeza, que el franco y poco ceremonioso tribuno vestido con una corta túnica familiar.

« ¿Por qué tendrá que vestir esta pobre criatura una toga incluso en la intimidad del hogar?», pensó para sí Diodoro.

—No tengo un vino digno de ti, señor —dijo Eneas. Pero Iris se deslizó suavemente tras una cortina y apareció con un ánfora y dos copas de plata que Diodoro también recordó haber visto en su niñez. Iris, moviéndose como una grácil y animada estatua, colocó las copas sobre la mesa de madera de limonero y sirvió el vino. Una luz sonrosada se reflejó sobre su cara procedente del líquido y Diodoro pensó en una doncella de mármol iluminada por el sol poniente. Deseaba tocar su maravilloso cabello, que tan fácilmente había acariciado en la niñez. Recordaba su sedoso tacto y todo su ser se estremeció. Pensó que su madre, Antonia, debía haberse opuesto con más vigor a la boda de Iris y Eneas.

—No soy un conocedor de vinos, gracias a los dioses —dijo Diodoro—. Una viña es para mí igual que otra. —Extendió su mano para tomar la copa que Iris le alargaba con su inefable sonrisa, porque Eneas estaba aún demasiado sorprendido para reaccionar voluntariamente—. ¿Por qué no bebes conmigo? —dijo Diodoro en un tono un tanto burlón. Eneas tomó una copa y parte del vino se derramó sobre sus temblorosos dedos.

Lucano, obediente a un ligero gesto de su madre, se inclinó ante Diodoro y le dio las buenas noches respetuosamente. Diodoro sonrió gravemente y el muchacho abandonó la habitación. Diodoro vertió una pequeña libación en honor de los dioses y Eneas, aún muy pálido, le siguió en el mismo gesto. El tribuno contempló como el griego vertía un poco más de vino mientras sus labios se movían reverentemente.

— ¡Ah, sí! —dijo Diodoro—, el Dios Desconocido.

—Es una costumbre griega —dijo Eneas en tono de excusa.

—Excelente costumbre —respondió Diodoro, y su fiero rostro se tornó suave. Volvió su mirada y vio como Iris había desaparecido siguiendo a su hijo. Se sintió profundamente decepcionado, pero como romano “viejo”, aprobó esta actitud.

—Dime, Eneas —añadió—. Estoy interesado por ese hijo vuestro. ¿Qué esperas de él en el futuro?

— ¿Puedo sentarme, noble Diodoro? —preguntó Eneas. Se sentó rígidamente en una silla a cierta distancia de su invitado. Consideró las palabras de Diodoro y de nuevo se sintió asombrado y humillado por su concesión—. He pensado, señor, que debiera seguirme en tu servicio.

— ¿Llevar cuentas y libros ese chico? —preguntó Diodoro agresivamente—. No, de ninguna manera. ¿No te ha confiado sus deseos de ser médico?

Eneas, palideciendo más aún, apenas podía hablar. Ciertamente que el chico le había expresado su deseo, a él y a Iris, pero Eneas había fruncido el ceño severamente ante un pensamiento tan presuntuoso y se había sentido ofendido.

—Veo que sí os ha contado —dijo Diodoro—. Pues bien, mi buen Eneas, será doctor. —De nuevo vaciló un momento—. Le enviaré por mi cuenta a la escuela de medicina de Alejandría cuando sea mayor. Entre tanto tomará lecciones con el tutor de la pequeña Rubria.

Las lágrimas inundaron los ojos de Eneas. Antes de que Diodoro pudiese evitarlo el contable se había postrado ante las polvorientas sandalias del tribuno. Incapaz de hablar, tan sólo pudo murmurar su gratitud e incredulidad.

—Vamos, hombre, vamos —dijo Diodoro, que nunca podía soportar que le diesen las gracias por nada—. No tengo ningún hijo y éste es el muchacho que yo debiera haber tenido. Será médico. Levántate Eneas. No eres un esclavo. ¿Has olvidado que también tú tomaste lecciones conmigo?

Conocía ciertamente las pretensiones de Eneas y sabía que consideraba a su dueño un bárbaro, y a sí mismo un filósofo exilado de una tierra que nunca había visto, y conocía qué mentalidad tan estrecha, aunque honesta, tenía Eneas. ¿Es que no olvidaría nunca que ya no era un esclavo? Diodoro contempló ceñudo al hombre vestido de blanco que tenía a sus pies. Los retiró, temeroso de que Eneas los besase impulsado por su extremado asombro y gratitud; esto procediendo del esposo de Iris, hubiese sido para él insoportable.

Eneas volvió de nuevo a su silla y se secó las lágrimas. Diodoro miró discretamente hacia otro lado y sus ojos descubrieron un pergamino enrollado sobre una mesa cercana. Se sintió inmediatamente interesado y dijo:

—Hoy me han traído algunos de los libros de un nuevo filósofo, Filón. Se habla mucho de él y deseaba compararlo con Aristóteles.

Por un momento la esperanza surgió en el solitario tribuno. Sabía por pasadas experiencias y por haber hablado brevemente con Eneas, que aunque el liberto podía citar largos pasajes de Platón y Aristóteles con toda exactitud y en griego, era incapaz de una comprensión sutil. Y, sin embargo, Diodoro tenía alguna esperanza.

— ¿Filón? —murmuró Eneas débilmente. Un gesto de desdén, completamente involuntario, pasó por su larga y pálida boca. Después temeroso de haber ofendido de nuevo a Diodoro, añadió de prisa:

—Sin duda debe ser un gran filósofo.

Diodoro asintió.

—Hay muchos en Roma que le aclaman. Si se puede juzgar a un hombre por los enemigos que se ha hecho, también puede ser juzgado por los que le honran. Filón, pese a su juventud, ha recibido ya demasiados honores para que valga mucho. —Hizo una pausa. En muchos aspectos César Augusto se parecía a los "viejos" y olvidados romanos, porque se decía de él que era un hombre moral en comparación con aquellos que rodeaban su trono. Había intentado respetar al Senado; si no podía respetar a los senadores no era culpa suya—. He oído —añadió Diodoro— que el propio César ha conversado mucho con Filón. De todas formas, sabré pronto si Filón es digno de tanta consideración.

Cruzó sus musculosos brazos sobre el pecho y contempló a Eneas. Continuó diciendo en tono reflexivo:

—Me gustan las definiciones de Aristóteles. En muchos aspectos su filosofía es superior a la de Platón, porque Platón, aunque se consideraba a sí mismo un realista, se escondía en velados misticismos. Pese a que enseñó que los universales tienen existencia, se oscurece a sí mismo con un ropaje poético en su República que, en mi opinión, es una obra de gran elevación. ¿Qué dice Aristóteles de él?: «Amo a Platón, pero más amo a la verdad».

Eneas, para quien Platón era la mismísima esencia de la verdad revelada, sólo pudo parpadear. Luchó esforzadamente por seguir a Diodoro, a quien no creía capaz realmente de comprender a los filósofos griegos. No encontraba palabras, por lo que se contentó con asentir solemnemente.

Diodoro vio que Eneas no le seguía, pero por lo menos la pobre criatura tenía una familiaridad lejana con las palabras de los filósofos. El tribuno se estiró de nuevo.

—Platón, aunque heredó la manía de definir los términos de su maestro Sócrates, no se percataba en realidad de las connotaciones de los términos —dijo el tribuno volviendo de nuevo al asunto—. Él no lo sabía, pero cuanto escribió y dijo era subjetivo. Aristóteles es el verdadero padre de la lógica. El particular absoluto era el único particular que él reconocía. Era completamente objetivo. —Diodoro flexionó, enojado por un instante—. Platón era una paradoja. Pidiendo precisión, se hundió finalmente en el mar de sus generalidades. Es interesante recordar que Aristóteles fue una vez soldado, y un soldado sabe que existen absolutos tales como la disciplina, el honor, la obediencia, el patriotismo y el respeto a la autoridad.

—Ciertamente existen absolutos —murmuró Eneas. ¿Qué, en nombre de los dioses, sería un "absoluto"?

Los fieros ojos de Diodoro brillaron casi con cariño hacia su liberto. Bostezó y bebió su vino hasta última gota.

—Es también interesante recordar que Aristóteles perteneció a la fraternidad médica de los seguidores de Esculapio. Esto me trae de nuevo a Lucano. Creo que será filósofo a la vez que médico. No le niegues el acceso a tus valiosos manuscritos, Eneas.

Eneas se olvidó por un momento de sí mismo y dijo con orgullo:

—Tiene acceso a ellos ya. Yo mismo le enseño, señor.

—Bien. —Diodoro se desperezó y se puso en pie y Eneas se levantó al instante. "Que Dios proteja al muchacho de las enseñanzas del padre", pensó Diodoro. Hizo un agradable gesto de adiós dirigido a Eneas y volvió solitario hacia su casa a través de la luz de la luna, que era ahora blanca y distinta. Empezó a rumiar su frustración. Le dolía el corazón y recordaba a Iris. Aún cuando quisiera comportarse como uno de los necios cerdos de la Roma moderna, sabía que estaba fuera de su alcance.

Iris, una antigua esclava, la esposa de su liberto, no se atrevería a negarle. Si aún le recordaba con amor, él no podía violar ese amor. Sí, era una matrona virtuosa. La había mirado esta noche con ojos humedecidos y la había sonreído como posiblemente no podía sonreír a su esposo. Pensó en la doncella predilecta de su madre con reverente ternura, con un sentimiento tan diferente de su amor por Aurelia que no se podía acusar a sí mismo de licencioso ni siquiera en pensamiento. Comparaba a Iris con Diana, la inviolada, eternamente pura.

Miró hacia la luna y, en su profunda sencillez, imploró a la diosa que protegiese a aquella mujer griega que él había amado y a quien aún amaba. Sintió que un pequeño consuelo se adueñaba de él.

No recordó al chico, Lucano, hasta que entró en su casa y encontró a Aurelia normalmente ansiosa. La pequeña Rubria había despertado y gemía de dolor mientras preguntaba por su padre.

CAPITULO III

Cogidos de la mano subieron las escaleras y entraron en la habitación de la niña. Dos lámparas ardían en la pequeña cámara y contribuían a crear una atmósfera pesada. Diodoro tosió, casi sofocado por el contraste con el aire fresco de la noche; miró a la pequeña y alta ventana abierta en la blanca pared, sobre la que bailaban las sombras del esclavo médico de la casa, Keptah, y la enfermera que se hallaban inclinados sobre la cama. Las cortinas de seda estaban corridas, y Diodoro, con un gesto rápido y enérgico, las descorrió.

— ¡Puff! —exclamó—. ¡Vais a asfixiar a la niña! ¿A qué diablos huele aquí?

Diodoro respiró profundamente el fresco que entraba por la ahora abierta ventana. Cogió las cortinas y las movió en abanico, haciendo que la brisa nocturna penetrase en la habitación.

—Si la niña no ha quedado asfixiada esto la reanimará —dijo. Indicó a la enfermera que continuase moviendo las cortinas, la cual obedeció precipitadamente abriendo sus ojos con gran alarma.

Diodoro se acercó a la cama. Rubria le sonrió desde su almohada. Pero era una sonrisa dolorosa; movía su oscura cabeza con inquietud mientras extendía su pequeña mano hacia el padre. Él la tomó con fuerza entre

sus morenas y recias manos y aunque su corazón temblaba al notar la temperatura de la niña, dijo con acento firme:

— ¿Qué es lo que pasa, hijita?

Sus ojos recorrían el pequeño rostro, notando los débiles rasgos en él, los secos y ardientes labios. La fiebre consumía a aquella pequeña y amada criatura. Bajo la sofocada carne la muerte realizaba su labor destructora, como una marea inexorable bajo las aguas rojas del sol. El terror se apoderó del corazón de Diodoro, oprimiendo todas sus aurículas y llenándolas con una angustia puramente física.

Keptah decía suavemente:

—Señor, he frotado los miembros de la niña con un ungüento de grasa de buitre mezclada con hiel del mismo animal. Es esto lo que huele tan mal. Pero he aprendido que es el tratamiento más eficaz para el dolor de los miembros y tendones.

Diodoro escuchaba el lento y tortuoso respirar de los jóvenes pulmones de Rubria; podía ver, a la luz vacilante de las lámparas, la palpitación de las torturadas arterias en la garganta de la niña y en sus sienes. Sosteniendo aún su mano colocó su propia mano derecha sobre el pecho de la niña. Los latidos del corazón llegaron hasta él rápidos y acelerados. La misteriosa enfermedad que tanto afligía los tiernos nervios de su cuerpo había ganado su corazón y estaba estrangulándolo.

Se inclinó sobre la niña, que, aunque joven, pudo ver el temor de su padre y deseó tranquilizarle. Débilmente murmuró:

—Estoy mucho mejor, padre. El dolor no es tan fuerte.

Él acarició los largos y oscuros cabellos que reposaban sobre la almohada con dedos temblorosos; estaban húmedos de sudor. Acarició las agitadas mejillas y la delicada curva de su garganta mientras murmuraba para sí mismo: "Que muera yo, pero se salve mi hija. Que mi cuerpo sea despedazado y arrojado al polvo, pero que mi hija se salve". Sintió que un grave y amenazador silencio se apoderaba de él.

El médico mezcló un brebaje en una copa y lo ofreció a Rubria para que lo bebiese, pero la niña empezó a hacer arcadas ante él. Diodoro apartó al médico y tomó la copa en su mano. Entonces la niña, obedientemente y dominando su asco, bebió con lentitud, parando con frecuencia para tomar aliento. Aurelia había empezado a frotar las partes inflamadas de los pequeños brazos y piernas, paciente y continuamente, y Diodoro contemplaba esta operación mientras sostenía la copa en la boca de su hija. ¡Qué tranquila estaba su esposa! Si sentía terror no lo dejaba traslucir. Rubria suspiraba ahora, bajo los efectos del masaje de su madre, y los espasmos fueron haciéndose menos violentos. La enfermera continuó abanicando la habitación con las cortinas y Keptah se alejó de las cama, inescrutable y silencioso.

Aurelia mojaba sus dedos una y otra vez en el ungüento contenido en un plato de plata, mientras continuaba friccionando a su hija. Sus cortos y blancos dedos se movían con fortaleza y decisión. Parecía saber cuándo debía presionar o cuando moverlos suavemente. Parecía moverse con firmeza frente a su enemigo, confiada y sin temor. El cuerpo de Rubria perdió rigidez, poco a poco, y aflojó su tensión agónica, menos dominado por el sufrimiento.

—Ah, ah —dijo Aurelia en un tono suave y acariciador—, lo echaremos fuera, ¿verdad?

Los músculos de sus brazos y redondas manos, subían y bajaban visiblemente iluminados por la luz de las lámparas. Estaba luchando, pero no había señales de lucha en su plácido rostro, en sus serenos y sonriente ojos. "Mi Aurelia —pensó Diodoro con un nuevo sentimiento de humildad— puede carecer de imaginación, pero es una mujer, y hay fuerza de ejércitos en las mujeres". Rubria mantenía aún su mano entre las de su padre, pero inconscientemente volvió su mirada hacia la madre, con la mirada confiada de un recién nacido. La túnica de Aurelia cayó hacia delante y Diodoro pudo ver las ricas curvas de su pecho, un pecho tranquilo y en calma. Brillaba de sudor, pero no se movía con respiración agitada por el temor.

Aún friccionando a su hija, Aurelia miró a su esposo y su sonrisa estaba llena d amor. Sus ojos marrones parecían decirle: "La salvaré para ti. No te entristezcas, querido". No había celos en su mirada. Lo único que le importaba era ahorrar a Diodoro una abrumadora tristeza. Las mejillas de Aurelia brillaban a causa de su pausado ejercicio y sus llenos labios se curvaron. Se había soltado el negro cabello para la noche y le caía en oscura catarata sobre sus redondos y jóvenes hombros.

El temor de Diodoro disminuyó. Se volvió hacia Keptah, el médico. Tenía a este esclavo en gran consideración y con frecuencia lo había prestado a sus amigos enfermos. Prisco le había enviado a la gran universidad de Alejandría porque había descubierto pronto que el muchacho tenía genio para la medicina. Al padre de Diodoro le había gustado como persona y había conseguido la promesa de Diodoro de que cuando Keptah alcanzase la edad de cuarenta y cinco años recibiría su libertad y bastante oro para asegurar su futuro. Diodoro pensaba cumplir esta promesa, pero aunque sentía respeto por su esclavo como médico, le disgustaba como hombre. Diodoro no tenía paciencia para aquel hombre sutil, ambiguo, sarcástico en el fondo, oscuramente enigmático y suavemente escéptico y silencioso. Porque Keptah, a sus cuarenta años, era todo esto. Nadie había sabido nunca su origen racial, aunque había algo de egipcio Ens. Fino rostro melancólico, remoto, misterioso y oscuro, con una nariz aguda y ganchuda y una boca delgada y firme. Su cabello, corto como el de Diodoro, parecía pintado con un pincel oscuro sobre su largo y frágil cráneo. Era alto, escuálido, y bajo su túnica resaltaban sus anchos y flexibles hombros. Tenía unas manos morenas largas y flexibles, con uñas blancas y largas articulaciones. Diodoro creía que estas manos eran propias de un filósofo, pero Keptah, si tenía su propia filosofía, oculta y misteriosa, que Diodoro hubiese explorado con gran placer, había evadido

ágilmente todos los intentos de su señor. “No lo sé, señor —murmuraba ante las preguntas del tribuno, en un tono de voz suave y curiosamente acentuado—. Tan sólo soy un esclavo.”

Esta ridícula parodia de humildad nunca dejaba de irritar al intelectualmente hambriento tribuno, que se sentía rechazado como un tosco y estúpido soldado. Diodoro sospechaba que Keptah se reía de él. Sin embargo, no tenía dudas de que era un hombre sabio y un gran médico.

Diodoro, mirándole ahora aparte, pero no ausente, recordó un extraño acontecimiento ocurrido en aquella casa unos meses antes.

El encargado de los esclavos había estado celebrando su cumpleaños en la sala de los esclavos. Diodoro, buen señor como en realidad era, y reconocido por los servidores fieles, había ordenado que buen vino y buena comida de su propia mesa les fuesen servidos aquella noche. Como regalo personal había dado al encargado una bolsa de monedas de oro. La fiesta no iba a ser limitada por ningún impedimento y Diodoro, que estaba leyendo ensimismado un oscuro tratado de ética, había tenido que abandonar el rollo de pergamino y había fruncido el ceño. Todo estaba en calma e iluminado por una lámpara en su biblioteca, pero el tumulto en las habitaciones de los esclavos era ensordecedor y llenaba el cálido aire de la noche. Después Diodoro había sonreído haciendo un esfuerzo de indulgencia. Teodoro, ya viejo, no tendría muchas ocasiones más para la hilaridad y las fiestas. Que bailasen las chicas guapas ante él, los muchachos presumiesen, el vino corriese, los huesos fuesen arrojados sobre el suelo de mármol y la música resonase sobre las paredes de la casa.

Pero el ruido se hacía cada vez mayor. La pequeña Rubria iba a ser molestada y también Aurelia, que se levantaba antes que sus esclavos. Había un límite para todas estas cosas, incluso la celebración de un cumpleaños. Diodoro no quería confesarse a sí mismo que el sonido de vida humana gozosa bajo la luna le molestaba, porque ¿no era él un austero romano que detestaba la frivolidad? Murmuró para sí mismo que debía parar aquel tumulto, pero sus pasos eran ligeros y rápidos mientras se dirigía a las habitaciones de los esclavos.

La fiesta se había extendido al patio de los esclavos. Habían colocado lámparas sobre mesas sacadas de la sala e iluminaban oscilantes las palmeras, flores y humildes estatuas colocadas en los rincones alejados. La luz de la luna se mezclaba con la de las lámparas para iluminar la desenfrenada escena. Las esclavas jóvenes, especialmente aquellas que poseían un sonrosado y delicioso cuerpo, estaban desnudas; sus cabellos se enrollaban en sus cuerpos al compás de asombrosas y cimbreantes danzas, mientras sus rostros brillaban de lascivia, juventud y embriaguez. Trenzas de rubios, negros y castaños cabellos se agitaban como banderas sobre pechos y caderas desnudas. Los jóvenes, vestidos de faunos y sátiros, saltaban alrededor de las muchachas con gestos desvergonzados. Y la música subía y bajaba, parecía danzar y reír, incitar, inducir y, estremecer. Reclinado sobre un blando diván como si fuese un señor, Teodoro contemplaba todo con placer e imponente lascivia, su blanca cabeza siguiendo el compás de la música y sus dedos retorcidos tecleteando.

La fragancia de las flores, las hierbas, vino, sudor, carnes asadas humeantes y pan, flotaba en el aire como una niebla. Las lámparas como si también estuviesen inspiradas, alumbraban con más brillo, y las luces y sombras se perseguían por el patio como danzas borrachas.

Diodoro quedó anonadado. ¿Dónde habían aprendido aquellos muchachos y muchachas semejantes danzas vergonzosas, aquellos gestos licenciosos, canciones y obscenos gritos en aquella casa discreta, comedida y decorosa? ¡Aquello era una bacanal! ¡No podía permitirse! ¡Diodoro, oculto en las sombras, se ruborizó! Hablaría con Aurelia por la mañana. Pero sin duda Aurelia estaba oyendo todo aquel escándalo. ¿Por qué no había llamado a un esclavo y ordenado con severidad orden y el fin de todo aquello?

Vaciló un momento. Teodoro estaba cantando con voz quebrada y vacilante. Había empezado a palmotear. Luego, para sorpresa de Diodoro, el viejo había empezado a incitar a las jóvenes y muchachos a mayores excesos con palabras que su señor no hubiese imaginado nunca que él conocía. ¡Y qué palabras, por los dioses!

Más acostumbrado a la oscuridad y a la luz de las lámparas y la luna que al principio, Diodoro dejó vagar su mirada por el cuadro. Al otro lado del patio vio un suave movimiento, luego el brillo de una túnica blanca. Reconoció la alta y majestuosa figura de Keptah, el médico. Keptah nunca se juntaba con los otros esclavos en ninguna ocasión. Sin embargo, allí estaba contemplando el espectáculo como Diodoro. Él también debía sentirse solitario.

Keptah surgió de pronto de entre las sombras, manifestándose en su larga túnica de médico, erguido, tranquilo e incomprensible. La luz de una lámpara iluminó completamente su rostro y Diodoro casi no la reconoció, tan extraña, brillante, críptica y concentrada parecía. Keptah contemplaba los cuerpos saltarines, los ondulantes brazos, piernas, el flotante cabello, el exotismo de carne ardiente, el gozoso abandono de la juventud voluptuosa y ebria. Los pies de los danzantes se acercaban a él cada vez más. Algunas veces, quedaba tapado por las doncellas; luego ellas se retiraban, seguidas por los muchachos y chicos en un ritmo perfecto, que extendían sus manos en ondulaciones tras los amorosos pechos, los flotantes cabellos. Pero Keptah no se movía ni se retiraba. Había empezado a sonreír y Diodoro, viendo aquella sonrisa frunció el ceño. La luz sobre el rostro de Keptah se hizo trémula.

Entonces Keptah alzó su mano derecha. “Si piensa detenerlos es idiota”, pensó Diodoro. Sólo un rayo podría hacerlo.

Keptah permanecía con su mano extendida y Diodoro podía apreciar la plana y oscura palma. No era un gesto de mando. El pulgar se curvaba sobre la palma en un gesto curioso y los dedos estaban separados. Diodoro estaba tan absorto en la contemplación de su médico que pasaron unos momentos antes de que se

diese cuenta de que todo había quedado silencioso. Incluso los músicos habían dejado de tocas su salvaje música.

Diodoro parpadeó. Miró a su alrededor con incredulidad y la sorpresa más intensa se apoderó de él. Los bailarines se habían quedado detenidos en sus movimientos. Los flautistas y arpistas habían quedado rígidos, sus manos extendidas y quietas en el aire. La cabeza de Teodoro había caído sobre su viejo pecho. Sólo existía ahora un profundo silencio en el patio, roto por el silbido de las lámparas, el ruido de los insectos nocturnos, los cantos de distantes pájaros y el lejano ladrido de un perro. La luz de la luna iluminaba el patio; las lámparas se iban extinguiendo. Los danzarines permanecían quietos, sus piernas alzadas, los brazos extendidos, los rostros blancos y en trance. Esto podía ser la escena de una pintura mural, o un patio lleno de estatuas, la bacanal esculpida por un escultor loco.

Diodoro no podía creerlo. Carraspeó y miró intensamente, frotó sus ojos y volvió a mirar. La noche era muy cálida, pero de pronto Diodoro se sintió mortalmente helado. Algo rozó el suelo; el sonido de unos pasos suavísimos. Saltó con un repentino terror y se volvió. Keptah estaba a su lado, sonriendo oscura y respetuosamente, y luego, haciéndole una reverencia, murmuró:

—Te estaban molestando, señor.

Diodoro se estremeció. Se retiró dos o tres pasos y silabeó:

— ¿Qué les has hecho?

Los insondables ojos le contemplaron seriamente, pero en su hondura brillaba una chispa roja.

— ¿Yo, señor? —Dijo el médico alzando sus cejas como sorprendido ante alguna chiquillada-. Nada en absoluto. Te vi a través del patio y me pareció evidente que estabas disgustado. Por lo tanto mandé a esos locos que parasen y han parado.

— ¿Qué les has hecho? —repitió Diodoro, y ahora su voz, pese al temblor, era alta y dura.

De nuevo Keptah le estudió con aquella burlona mirada de sorpresa.

—Algo que he aprendido como médico, señor. —Se volvió un poco y contempló la asombrosa escena ante ellos. La luz de la luna aquí y allá iluminaba un joven y marfileño pecho, un marfileño y detenido brazo, la curva de una blanca pierna— ¿Te alarma, señor? —preguntó Keptah como si estuviese asombrado—. No es nada.

Diodoro levantó su brazo en un gesto de horror y amenaza involuntario.

—Libéralos al instante —gritó, y se apartó del médico, mientras que la superstición hacía estremecer su carne.

— ¿Al abandono y al ruido, señor? —Keptah parecía sorprendido—. Dentro de poco amanecerá.

— ¡Libéralos, maldito seas! —gritó Diodoro. Estaba terriblemente asustado.

— ¿A una mayor compostura? —preguntó la insidiosa voz con cierta ansiedad.

Diodoro guardó silencio. Keptah parecía reflexionar sobre la excitación de su dueño. Luego se encogió de hombros. Alzó de nuevo la mano y murmuró algo para sí.

La escena no cambió de repente. Lentamente, con movimientos interminables, los brazos y las piernas empezaron a moverse, a caer en silencio. Los cuerpos empezaron a cobrar vida, aunque con pereza. Como si se moviesen en sueños las cabezas empezaron a volverse, los pies a moverse, no bailando sino como encantados. La luz de la luna, fría e inmóvil, iluminaba los pesados cuerpos y miembros. Uno a uno los esclavos empezaron a salir del patio sin hablar, sin mirarse unos a otros, completamente ignorantes de la presencia de los demás. Era como contemplar una escena de total agotamiento y de inconsciencia animal. Para Diodoro era como una silenciosa y asombrosa pesadilla.

Ahora el patio estaba vacío. Sólo quedaban las lámparas, las mesas llenas, las sillas vacías. Los instrumentos de los músicos yacían en el suelo, como abandonados en una huida. Las lámparas empezaron a apagarse. La luna empezó a ocultarse lentamente y las palmeras crujían agitadas por el viento.

Keptah habló y a Diodoro le pareció que habían permanecido allí por un tiempo sin fin.

—Se olvidarán, señor. Creerán que se acostaron después de una noche e jolgorio y alegría. —Hizo un gesto de asentimiento—. ¡Qué afortunados son teniendo un señor tan indulgente!

La vestidura de Keptah caía a su alrededor en pliegues angulares. La luz de la luna permanecía en los hoyos de su rostro, poniendo de relieve las arrugas alrededor de su boca.

—Me has creído malo, señor —dijo—. Pero poseo saber. Existe una antigua leyendo que dice que el saber y el mal son una misma cosa. No es bueno saber. Es mucho mejor ser como un animal inocente. —Miró a Diodoro y el lugar de sus ojos eran como cuevas de insondable hondura.

—Pero —añadió— ¿Quién de nosotros preferiría pasar sin el conocimiento del bien y del mal? No saber es no ser hombre. O dioses —añadió más suavemente.

Se alejó de allí y no produjo ningún ruido.

Fue como había dicho. Cuando Diodoro preguntó a Teodoro con cautela sobre la fiesta de la noche anterior, el esclavo respondió con alegría:

—Gracias a ti, señor, fue una noche gloriosa. Nunca han sido tus siervos más felices.

Dobló sus crujientes rodillas y besó las manos de Diodoro. El sol brillaba sobre su arrugada cara.

—Lo recordaremos siempre —añadió.

Entonces Diodoro ordenó que Keptah viniese a su presencia, el cual acudió con pasos que parecían deslizarse por el suelo.

—Anoche me hablaste del bien, del mal y del saber —le dijo— Tu lenguaje fue muy oscuro.

Diodoro hizo una pausa. Miró a Keptah, no como un dueño mira a su esclavo, sino como un hombre mira a otro hombre.

—Sin duda estudiaste a Aristóteles durante los años que estuviste en Alejandría. Recordarás que el sabio habló de absolutos ¿Crees tú en los absolutos?

Keptah estaba ahora perplejo. Sabía que Diodoro había pensado largamente sobre su última conversación. En realidad conocía cuanto había que saber acerca del tribuno.

—No señor, no creo.

— ¿Y por qué no?

—Porque, señor, no hay absolutos excepto en Dios.

—Pero Aristóteles fue un gran filósofo. ¿Pretendes contradecirle?

Diodoro se movió en su silla como afrentado. Keptah sonrió con su sutil sonrisa.

— ¿Terminó la sabiduría con Aristóteles? —preguntó.

Diodoro frunció el ceño, pero quedó desconcertado.

—Entonces, ¿la última palabra no ha sido aún dicha?

—Aún no, señor.

Diodoro frunció aún más su ceño.

— ¡No hay absolutos, ni últimas palabras!

Se sintió desalentado. Ya era bastante mal que la política fuese tan inestable, que la vida fuese tan caprichosa. Pero la filosofía sin duda y una filosofía como la de Aristóteles, era una cosa eterna e invariable. ¿Qué le quedaba al hombre para asirse en un mundo incomprensible sino la filosofía, la memoria de sus antepasados, los templos de sus dioses, la sabiduría? Miró de nuevo a Keptah y vio la extraña incertidumbre de sus ojos, la línea oscura de sus labios sin sangre.

—Dime —preguntó el tribuno—, ¿qué hiciste a los esclavos anoche?

—Fue tan sólo una especie de hipnotismo, señor —dijo el médico—. Una ilusión, si lo prefieres.

— ¿Ilusión de quién?

Diodoro estaba airado. Keptah encogió sus hombros con un gesto delicado.

— ¿Quién lo sabe, señor?

Diodoro le despidió con irritación. Los pensamientos que Keptah le inspiraba le turbaban, por lo que los suprimía siempre que podía. No los había pensado de nuevo hasta aquel momento.

Y ahora, considerando a Keptah, estaba más convencido que nunca de que su esclavo le tomaba, a él, el poderoso tribuno, por un hombre muy sencillo. Era, pues, una cuestión de simplicidad creer en la virtud, el patriotismo, la moral, el honor y el deber; Diodoro sospechaba que para el misterioso Keptah tal simplicidad era absurda. Pero sin duda, un hombre que no creía en nada absoluto era un hombre corrompido. ¿Estaría bien que tal hombre cuidase de Rubria? Pero… ¿quién en Antioquía o incluso en Roma era mejor médico que él?

Fue entonces, por razones que no conocía, que Diodoro se acordó de pronto de Lucano.

Metió la mano en su bolsa y tocó la piedra y el saquito de hierbas. Vio que Keptah le contemplaba sin demostrar que lo hacía. Dirigiéndose a él dijo con el acento avergonzado de un niño de escuela.

—Tengo aquí un amuleto.

Keptah alzó sus negras cejar y contestó cortésmente:

— ¿Un amuleto? Ah, los amuletos poseen con frecuencia cualidades sobrehumanas.

Diodoro frunció el ceño. ¿Se estaba burlando de él otra vez? Pero Keptah estaba serio y esperaba cortésmente. Casi arrojó la extraña piedra a la mano del médico.

Keptah la estudió. Luego una expresión inescrutable cruzó su rostro. Volvió su espalda a las lámparas quedando en la sombra, y Diodoro miró por encima de sus hombros. En las manos de Keptah, en la semi-oscuridad, la piedra brillaba como si ardiese con un fuego interno e inextinguible. Proyectaba una luz frágil, pero constante, sobre los largos dedos oscuros de Keptah.

— ¿Qué es? —preguntó Diodoro con impaciencia.

Keptah contempló la alarma de su dueño y la repentina congestión de su rostro con la secreto ironía que le era propia.

—Me la han dado esta noche —dijo Diodoro—, el hijo de mi liberto, el pequeño Lucano, para Rubria. Me dijo que la había encontrado: afirmó que los dioses o Dios, estaba en ella.

—El rostro de Keptah cambió.

— ¿Lucano? —dijo. Se quedó pensativo. Conocía el cariño que existía entre el joven griego y Rubria, un amor inocente y delicado. Conocía también el enorme poder de la sugestión. Se dirigió a la cama e imperiosamente, como si él fuese el dueño y Aurelia no más que una esclava, apartó a la mujer que, instintivamente, obedeció. Rubria estaba llorando suavemente, pero alzó los ojos hacia Keptah como temerosa. El médico sonrió a la niña y le mostró la piedra, que no era una piedra corriente, pero carecía de poder aparte de su belleza.

—Esto —dijo dirigiéndose a ella— es una piedra mágica encontrada por tu compañero de juegos Lucano. Los dioses han debido enviársela. Te ayudará, pequeña, si tú crees en ella, puesto que ¿acaso Lucano no la encontró para ti?

Rubria miró la piedra y la tocó tímidamente con un débil dedo. Empezó a sonreír. Keptah cambió su postura con destreza; presionó el redondo contorno de la piedra contra su costado izquierdo, en la región desinflamado bazo.

—Debe permanecer aquí —dijo a los padres y a la enfermera —por muchos días, hasta que la niña recobre la salud.

Miró a la niña con un gesto mandatario, y ésta parecía expectante igual que Diodoro y Aurelia.

Diodoro se frotó la barbilla, podía ser supersticioso, pero era también un hombre razonable y lógico. Se inclinó sobre su hija y estudió la piedra y vio cómo sus reflejos parpadeaban. Luego, con una mirada de sospecha, miró también a Keptah, que estaba luchando por conservar su gravedad.

—No creo en la magia —murmuró el tribuno. Keptah luchaba con su casi incontenible deseo de reír, pero contestó:

—Señor, existe mucha magia en el mundo. Sólo se ha de creer para encontrarla.

El tribuno pensó que esto era una afirmación ambigua y frunció el ceño, pero Keptah parecía muy serio. “Bien —pensó Diodoro—, es posible que yo no sepa todo y además no soy médico ni tratante en magia como este charlatán”. Su atención se volvió rápidamente hacia Rubria y movió la cabeza.

— ¿Qué es lo que padece la niña? —demandó—. No has definido, más bien has estado evasivo, Keptah. Que si la sangre, articulaciones flojas, que si áreas irritadas en la carne, dificultad en la respiración, hemorragias en las encías e inflamación de las glándulas.

Keptah desvió la mirada.

—No es una condición mala —dijo con suavidad—, aunque difícil de curar.

Para él era imposible decir al padre que la niña tenía la enfermedad blanca que invariablemente era fatal; sentía una gran piedad por él.

—Pero, ¿vivirá la pequeña Rubria? —preguntó Diodoro, y sus ojos se hundieron ante el simple pensamiento de la muerte.

Keptah le miró largamente antes de contestar y luego dijo:

—No está ordenado que muera ahora, señor, ni en un futuro inmediato.

Rubria, notando el contacto de la piedra de Lucano contra su joven carne, se sintió aliviada y Keptah no dejó de notar este detalle. “La fuerza del espíritu —pensó— puede con frecuencia mantener a la muerte a raya y la fe conseguir en ocasiones lo imposible.

Diodoro no se sintió satisfecho. El miedo aceleraba su corazón.

—Hablas evasivamente. ¿Ese amuleto la curará por completo?

—No lo sé, señor.

Los ojos misteriosos miraron a Diodoro con una expresión en la que el romano no podía reconocer una remota compasión.

—Entonces —dijo Diodoro con un gesto de enfado—, ¿sin duda morirá en el futuro?

— ¿No es éste acaso nuestro destino común, señor?

Diodoro inclinó la cabeza sobre el pecho mordiéndose los labios. Entonces pensó en la diminuta bolsa de hierbas que aquel incomprensible muchacho, Lucano, le había dado. Con dedos temblorosos la extrajo de su bolso y la extendió con repentina rigidez hacia Keptah.

—Lucano también me dio esto y dijo que había que mezclarlo con vino caliente y dárselo a la pequeña Rubria.

Esperaba un nuevo gesto de burla por parte de Keptah, pero el médico recogió el saquito con rápido y delicado gesto. Lo abrió e inmediatamente la cálida y pequeña habitación quedó llena de un olor intenso, amargo, pero, sin embargo, agradable. Keptah alzó la bolsita hacia su nariz, cerró los ojos e inhaló el fuerte olor.

— ¿Dónde, señor, encontró el muchacho estas hierbas y cómo las recogió?

—No lo sé —contestó el frenético Diodoro—. En los campos, me dijo. No me contó cómo las había elegido. ¡Dioses! ¿No va a tener fin este misterio? ¿Qué contiene la bolsa?

Keptah sonrió y cerró cuidadosamente la bolsa.

—Hierbas que no he podido encontrar yo mismo, aunque las he buscado por tiempo interminable.

Pasó sus huesudos dedos por la boca, como para calmarlos. Dio la bolsa a la enfermera y le ordenó que mezclase su contenido inmediatamente con vino caliente. Luego se volvió silenciosamente, se acercó a la cama y contempló en silencio a Rubria con la expresión de uno que acaba de ver un milagro.

Diodoro cogió al médico por un brazo:

—El chico, Lucano, ha dicho que desea estudiar medicina, y yo le he prometido……..

Se detuvo y sus fieros ojos se estrecharon con expresión pensativa mientras su mente sencilla se apresuraba.

— ¿Si, señor? —preguntó Keptah, apareciendo de nuevo como el esclavo irónico que aparentaba humildad.

—Le prometí que podría estudiar con la pequeña Rubria y que después…después…acaso podría estudiar… —Diodoro hizo una pausa y su feroz ceño se frunció—. …Le enseñarás tú, Keptah, y si crees que tiene capacidad para ser médico, entonces…—respiró profundo y heroicamente abandonó toda precaución— le enviaré a Alejandría.

Esperaba que Keptah manifestase incredulidad o diversión. Pero Keptah inclinó su cabeza con seriedad.

—Señor, lo que has dicho está determinado.

— ¿Qué diablos quieres decir con eso? —Preguntó Diodoro con perplejidad—. Supongo que no hablarás otra vez de los destinos. ¿Acaso no han hablado Sócrates y Aristóteles de la libre elección de los hombres y ridiculizado lo que está establecido?

—Muchos filósofos no son sabios en todas las cosas —dijo el irritante Keptah en tono de calma—. Si un hombre tuviese que vivir únicamente por las teorías de los filósofos no sobreviviría, ni siquiera se mantendría cuerdo.

Sonrió abiertamente a Diodoro, como un padre compasivo sonría a un hijo obstinado.

La enfermera había traído una copa de vino caliente y Keptah mezcló en él las hierbas con gran destreza.

Los quejidos de la pequeña eran ahora más suaves, pero era evidente que aún sufría grandes dolores. Keptah dio la copa a Aurelia y ésta la colocó sobre los labios de Rubria con una sonrisa cariñosa. La niña bebió obedientemente entre profundos suspiros de sufrimiento. Keptah se mantuvo junto al lecho y observó a la niña con gran atención durante largos momentos.

Los quejidos se hicieron menos frecuentes y los ojos de la niña se agrandaron con asombro y tranquilidad. Su cabeza descansaba sobre las rodillas de su madre y de nuevo Diodoro sostenía su mano. Alzó la cabeza, como sorprendida ante la reducción de la angustia, y después empezó a respirar con regularidad profunda y lentamente como si suspirase.

¡Oh, dioses! —murmuró Diodoro mientras sin pestañear sus ojos se humedecían con gratitud.

Como una marea roja, el rubor de la fiebre se retiró de las mejillas y los labios de Rubria y era reemplazado por una palidez fantasmal. Para los padres esto era excelente porque habían olvidado que aquella misma palidez había precedido su última enfermedad grave y que, unas semanas antes, había despertado su ansiedad. Keptah asentía para sí sombríamente.

—La niña se ha dormido —exclamó suavemente Aurelia. Y así era: Rubria dormía, blanco como la muerte bajo sus oscuros cabellos.

— ¡Sacrificaré a Esculapio no uno sino dos gallos! —Exclamó Diodoro, sintiéndose débil a causa del alivio—. ¡Y a su mensajero, el glorioso y ligero Mercurio, dos hecatombes!

Se volvió hacia el médico y, olvidando que era el dueño de aquel inescrutable esclavo, tomó su mano, parpadeando para ocultar las lágrimas.

—Keptah, pídeme lo que quieras. Te será concedido por el trabajo de esta noche.

Keptah se mantuvo pausado, mientras Diodoro agitaba su mano "Sólo los oportunistas —pensó— buscan sacar provecho de lo que no es suyo". Pero los esclavos no tenían más ocasiones que la oportunidad. En un tono suave, sin mover apenas los labios, dijo:

—Mi libertad, señor.

Diodoro fue cogido por sorpresa. Cerró con fuerza su boca y miró oscuramente a su esclavo. En un tono de amenaza dijo:

—Ah, ¿te aprovechas de mi emoción, natural en un padre?

Keptah se encogió de hombros.

—Fuiste tú quien lo sugirió, señor, no yo —respondió.

El cabello de Diodoro se erizó con una de sus repentinas iras. Las aletas de su aguda nariz se agitaron. La sospecha volvió a aparecer en su mirada.

— ¡Qué bribón más zalamero eres, Keptah! Sabes que prometí a mi padre darte la libertad cuando alcances la edad de cuarenta y cinco años y bastante oro para que vivas con comodidad. ¿Vas a hacerme romper la promesa de mi padre?

Keptah no pudo evitar una sonrisa ante semejante sofisma, y Diodoro, al verle sonreír, sintió crecer su ira y bastante vergüenza. Soltó la mano de Keptah, alzó los hombros con gesto obstinado y permaneció como un toro dispuesto al ataque. Intentó hacer bajar la mirada de su esclavo sin éxito. Pero Keptah se mantuvo tranquilo y digno, jugando distraídamente con un pliegue de su túnica.

Diodoro olvidó el sueño de su hija por un momento y gritó:

— ¡Muy bien, sinvergüenza! Que sea así. Dentro de unos días irás conmigo al pretor. —Agitó su grueso dedo ante la cara de Keptah—. Pero sólo con esta condición: que permanecerás conmigo voluntariamente hasta que yo te despida.

— ¿Creías que te iba a abandonar, señor? —preguntó Keptah como asombrado—. Además, ¿no me has ordenado que permanezca en esta casa y enseñe al hijo de Eneas?

Pero Diodoro no se había calmado. Bufaba intentando intimidar al otro. Keptah, sin embargo, no parecía intimidado.

—El pretor y tú, señor, sin duda os pondréis de acuerdo sobre un estipendio justo, que yo preferiría sugerir.

Diodoro estaba a punto de estallar de nuevo cuando sintió los dedos de Aurelia sobre su sudoroso brazo. Le estaba sonriendo, sus mejillas tenían otra vez el color habitual y un hoyuelo se formaba junto a su boca. Parecía una muchacha, sentada sobre el borde de la cama de la niña y su cabello húmedo caía sobre sus hombros y frente en rizos.

—Que nunca se diga que el noble Diodoro ha faltado a una promesa —murmuró.

Su apariencia, su amor, conmovieron en secreto el corazón de Diodoro. Pero era necesario no traicionar una flaqueza tan poco militar. Alzó sus brazos en un gesto de involuntaria rendición.

—Lo he dicho, por tanto que sea así —exclamó—. Debo también añadir que siempre he despreciado al hombre exigente, sea esclavo o señor. Keptah, te he respetado; ahora siento conmiseración por ti.

—La conmiseración de un hombre como tú, señor, vale más que el honor de otros hombres —dijo Keptah, y Aurelia rompió a reír divertida.

Keptah esperó la orden de que se retirase y cuando le fue dada hizo una profunda reverencia ante Diodoro y Aurelia y se dirigió al instante a su cerrada farmacia, donde componía sus pociones y ungüentos, y donde guardaba cuerpos disecados y órganos de animales, insectos, extrañas hierbas, capullos y substancias inorgánicas, acerca de las cuales nada sabían otros médicos salvo los que eran como él.

Esta farmacia era parte de sus propias habitaciones, alejadas de las de los demás esclavos. No era necesario recomendarles que se mantuviesen alejados de allí, sentían terror ante el aire abstruso y la compostura de Keptah. Más terror sentían aún por la magia encerrada tras aquella puerta. Murmuraban que visitaba los crematorios y extraía la sangre de los muertos antes de su incineración para usarla luego en sus remedios. Algunas veces flotaban olores repugnantes a su alrededor como un aura y con frecuencia las luces brillaban hasta mucho después de medianoche a través de sus ventanas. Algunos esclavos juraban que aquellas no eran luces de lámparas sino chispas móviles como estrellas y que estas chispas con frecuencia flotaban en los dinteles de las ventanas como frías moscas de fuego.

Keptah compuso un líquido marrón oscuro como moho y con olor ultraterreno. Lo vertió enana probeta y mantuvo el recipiente en la mano. Estaba inmóvil en su farmacia, con las espectrales estanterías y tarros a su alrededor, tan quieto como una piedra, y sus ojos, repentinamente fijos en el cielo más allá de su ventana. Su corazón dio un vuelco, empezó a latir aceleradamente; luego se detuvo y reanudó sus movimientos trabajosamente.

—Ha llegado —murmuró en voz alta. Luego, con excitación, repitió con voz temblorosa—: ¡Ha llegado! ¡Benditos sean mis ojos que han vivido para verlo!

Tanteó su pecho en busca de un pequeño objeto y lo sacó a la luz. Estaba hecho de oro y tenía una forma sencilla. Lo presionó contra sus labios inclinándose una y otra vez y repitiendo sin cesar:

—Santo, Santo, Santo.

Cayó de rodillas y su cabeza reposó sobre el pecho; apenas parecía respirar, apresado por algún encanto más allá del conocimiento de este mundo. El objeto que había extraído de entre sus ropas quedó colgando ante él de una cadena de oro y la luz de la lámpara se reflejó sobre él con tanta viveza que brilló como el sol agrandándose ante los transidos ojos de Keptah hasta parecer que abrazaba todo el universo.

La luna era una pálida y nebulosa sombra en el lejano cielo cuando Keptah salió por su puerta privada al patio. Las palmeras se mezclaban con el cielo y él se deslizó hacia la oscuridad, que parecía misteriosamente trémula con sombras de plata. Tenía necesidad de espacio abierto n el cual poder respirar. Se preguntaba a sí mismo, una y otra vez, notando el latido de su corazón en los oídos: “¿Me dejarán ellos ir? ¿Dejarán Ellos que mis ojos lo vean? Pronto seré libre, nada puede impedir que me vaya por algún tiempo”. Cruzó las manos sobre su pecho y oró convulsivamente que Ellos consintiesen.

Anduvo por el enmarañado jardín hasta alejarse mucho de la casa y de nuevo percibió como cada hoja, cada brizna de hierba, estaba bañada en un plateado sobrenatural. Para él era un reflejo santo; algunas veces se detenía para sonreír y acariciar alguna gruesa y brillante hoja y luego mirar al cielo. Aquellos astrónomos que no eran caldeos como él, estarían ahora hablando temerosos de cometas, aunque no se esperaba ninguno. Pero su Hermandad sabía a qué atenerse. Deseó estar con ellos; había orado en el pasado, que si la Estrella aparecía durante su vida él pudiese estar en aquello hora entre los miembros de su Hermandad. La Estrella había llegado, y había que recorrer una gran distancia a pie para llegar a Antioquía, donde la Hermandad estaría velando su gozosa vigilia, sus oscuros ojos llenos de misterio y gratitud. Habían observado aquella vigilia por tanto tiempo que sus orígenes se perdían en el pasado desde los días de Ur, desde la época en que florecía Bit Yakin, desde los días en que ellos habían venido a un distante desierto, cuando eran aún un pueblo sacerdotal —el Kalu— antes de que fuesen llamados babilonios por los judíos. “Ni a nuestros mayores sabios se les ha concedido saber la hora; sólo Él lo sabe”. Le habían enseñado a Keptah. “Ni siquiera los Santos en el cielo lo saben, solamente el más Santo entre los Santos, cuyo nombre sea bendito”.

Keptah había llegado a un lugar abierto de los amplios jardines y se encontraba en la ribera baja de un estuario del río Orontes. El estuario era estrecho, pero rápido, más veloz entonces, como si corriese sin aliento para llevar las nuevas al río y luego a los mares cuyas aguas bañan el mundo. Las orillas estaban oscuras, aunque veloces lanzas de luz plateada las cruzaban. Pero la estrecha corriente estaba iluminada por una luz más intensa que la de la luna; su movible superficie de negro y blanco bailaba y corría, caracoleaba y reverberaba. Su voz era como una mezcla de flauta y tambor, aunque no soplaba el viento.

Allí Keptah, sobre la orilla, con su inescrutable rostro y vestiduras radiantes de luz, miró hacia el abierto cielo. La Estrella permanecía en los cielos, casi tan brillante como el sol, sus agudos rayos brillando con firmeza en la silenciosa oscuridad circundante. Había sido predicho que se movería y mostraría el camino. Mas aún estaba quieta. “Entonces —pensó Keptah—, Ellos aún no han escogido a quienes han de seguirla”.

Mientras contemplaba la estrella, enorme y brillante, empezó a orar humildemente arrodillado. “¡Oh!, Tú a quien el mundo tanto ha esperado, bendito sea yo por haberme sido concedido ver Tu Señal. Bendita la tierra que te ha recibido. Bendita aquella que te ha concebido en un lugar desconocido para mí. Bendito sea el hombre porque Tú le has redimido. Porque los lugares oscuros serán abiertos ahora y los lugres secretos

revelados, y las puertas de la Casa del Señor permanecerán abiertas hasta el fin de los tiempos y la muerte no existirá ya más".

Un repentino sentimiento de increíble dulzura se apoderó de él, un éxtasis intenso, como si alguien profundamente adorado le hubiese sonreído, le hubiese reconocido y enviado un mensaje de amor. Las lágrimas rodaron por sus escuálidas mejillas y alzó sus manos al cielo en gesto de adoración e inspirada humildad. Murmuró en alta voz:

—He sido purificado. He sido salvado. Todo lo malo, o malicioso, o dudas que en mí existían han sido destruidas. He sido bañado en las aguas de la vida. Desde este momento en adelante soy un nuevo ser. ¡Bendito sea el nombre del Señor!

Una gran tranquilidad y serenidad descendió sobre él como una bendición. Una gran paz le rodeó. No importaba que no fuese elegido para ver con sus ojos a Aquel que había nacido aquella noche. Aquel que había nacido estaba con todos los hombres, en todos los lugares de la tierra, en aquella hora y para no partir nunca jamás.

La estrella brillaba demasiado para mantener la mirada fija en ella por mucho tiempo, y los ojos de Keptah se apartaron de ella. Permaneció de rodillas, en completa quietud, contemplando la rápida e iluminada corriente que corría ante él. Y entonces su mirada percibió un pequeño movimiento y fulgor brillante no lejos de él, en la parte baja del estuario. Poniendo toda su atención en ello descubrió una pequeña y rubia cabeza, hecha casi incandescente por la luz de la estrella [1].

Pudo apreciar el delicado perfil del niño sentado sobre la ribera del estuario, un perfil levantado hacia el cielo. La elegante y larga nariz, la curva exquisita de mejilla y barbilla, la caída de los dorados cabellos, destacaban perfectamente como si una luz interna brillase en alabastro. "Es el muchacho, Lucano", pensó Keptah maravillándose.

Se levantó y silenciosamente descendió por la ribera hasta quedar detrás del desprevenido muchacho, que estaba contemplando la estrella. Sus ojos azules reflejaban su fulgor; sonreía con las manos cruzadas sobre las rodillas. Estaba sentado en absoluta quietud, como en un trance, sin pestañear, y su blanca garganta perfilada con tanta claridad y suavidad como si fuese de mármol.

Entonces Keptah habló con suavidad, a fin de no sobresaltar al muchacho.

—Lucano, ¿Por qué estás fuera de casa tan tarde?

Lucano volvió la cabeza despacio y sonrió.

—Eres tú, Keptah. No podía dormir, así que me deslicé de mi dormitorio porque había visto la estrella a través de la ventana. Parecía como si me llamase y no pude desobedecer.

Su voz era serena y sin temor mientras miraba a Keptah con su acostumbrado respeto, aunque Keptah era aún un esclavo.

—Ciertamente, niño —dijo Keptah—, no podías desobedecer.

Se sentó junto a Lucano y juntos contemplaron la estrella. "No es posible que él lo sepa", se dijo a sí mismo. "¿Le diré lo que significa?". Esperó una respuesta y ésta vino completa y firme: No. Pero también llegó una orden, y un conocimiento siguiendo a la palabra. Keptah estudió al muchacho con curiosidad. Recordó como Lucano tenía una forma de andar silenciosa, de aparecer de no se sabía dónde cuando cuidaba de esclavos enfermos y como contemplaba sus curas desde alguna puerta o cortina a una distancia indecisa y ansiosa. Su presencia había irritado con frecuencia a Keptah. Los chicos eran pequeños animales inquisitivos; les gustaba contemplar la violencia o el dolor como si algún sentimiento de salvaje primitivismo les fuese excitado; Keptah había considerado a Lucano de esta forma hasta aquella noche.

—Es una estrella extraña, ¿verdad? —dijo, y esperó una respuesta con atención.

—Sí —contestó Lucano—. Es extraña y hermosa. Siento que nos está diciendo algo.

Su voz era más la de un joven que la de un niño, y Keptah, que le había oído hablar pocas veces anteriormente, se percató de aquella voz por vez primera.

— ¿Y qué crees, Lucano, que nos está diciendo?

Lucano permaneció en silencio. Sus rubias cejas estaban contraídas.

—No lo sé. Pero sé que algún día me será revelado.

Keptah asintió para sí mismo. Rodeó con su moreno brazo los hombros del muchacho y le atrajo hacia sí.

—Lo sé —murmuró.

Volvió al muchacho hacia sí, y el chico, sorprendido, le miró avergonzado y atentamente. Kepth estudió el hermoso y sereno rostro, los firmes rasgos bajo la delicada expresión, la ardiente curva de la boca y la pasión en los ojos azules.

—Voy a ser tu maestro —dijo, y sonrió—. Así lo ha ordenado el gran Diodoro esta noche.

El rostro de Lucano expresó sorpresa y alegría.

—Después —continuó Keptah— serás enviado por el señor a Alejandría para posteriores estudios.

Lucano tomó la mano de Keptah y la besó con vehemencia.

—Soy tu esclavo, noble Keptah —exclamó, y apretó la atezada mano contra su pecho en un gesto emocionante y exaltado. Keptah colocó su otra mano sobre la cabeza del muchacho, como bendiciéndole.

[1] La estrella fue vista en todo el mundo conocido.

— ¿Nunca me has temido, Lucano?
—No. —El rostro del muchacho expresaba asombro—. Sólo te he honrado en mi corazón, señor.
Keptah se echó a reír un poco tristemente.
—No me llames “señor”, Lucano. El noble Diodoro no lo aprobaría. Tiene un sentido inmenso de las distancias.
Pensó en Diodoro con tristeza y sin su acostumbrada diversión. “Es cierto que hay cosas mayores y más eternas que esas absurdas y rígidas “realidades”. Pero me equivoqué y fui cruel la noche en que los esclavos bailaban tan alocados en mi intento de desilusionarle. Estuvo bien que no alcanzase éxito”.
La estrella brillaba con esplendor sobre el hombre y el muchacho, sus rayos, cada vez más anchos, eclipsando todas las estrellas y planetas mayores, descendían siguiendo la curva del cielo y hacia la luz del amanecer. Keptah la contempló de nuevo, olvidando a Lucano quien fijó su mirada en aquel esculpido y oscuro perfil oriental.
Lucano preguntó:
— ¿Quién eres tú, Keptah?
Keptah no respondió durante un largo momento, como si estuviese preguntando y contestando a sí mismo. Luego, sin mirar al muchacho, empezó a hablar.
—Soy caldeo, según me dijeron hace años, porque yo no lo sabía al principio ya que llegué a la casa de Prisco cuando era un niño pequeño y un esclavo. Mi padre era Kalu, es decir, un sacerdote, pero quién fue mi madre es cosa que ignoro aún. Hicimos un viaje cuando aún estaba en los brazos de mi madre; mi padre sabía cosas misteriosas y marchaba de viaje hacia..... un país lejano. —Contempló la brillante estrella—. Él creía, equivocadamente, que había sido establecido que él viese….. —Se detuvo y empezó a moverse con inquietud—. En el camino hacia aquel país la caravana en la que él, mi madre y yo viajábamos fue asaltada por ladrones y tratantes de esclavos. Mis padres fueron asesinados. Yo, un niño entonces, fui vendido como esclavo con el resto de los hombres y mujeres; Prisco me compró y me condujo a su casa en Jerusalén y luego a Roma.

Lucano esperó a que continuase, pero Keptah mantuvo silencio. Su críptico rostro tenía un aire majestuoso revestido de una pena fría y contenida.
— ¿Quién te contó esto, Keptah, si ni incluso el noble Diodoro lo sabe?
Keptah miró con rapidez al muchacho y se echó a reír con ternura.
— ¿De modo que has estado preguntando al señor a mis espaldas, eh? —Su risa cesó de pronto—. No te sientas violento, muchacho; no me ofende que lo hayas hecho. —Suspiró—. Deja que esto sea suficiente para ti, Lucano. Me lo contaron, pero nunca podré decirte quién. Pero puedo hablarte de Caldea o Babilonia, de mi pueblo, lo cual me ha sido encomendado que te cuente aunque la razón de esto no esté clara para mí. Somos un pueblo tan antiguo que incluso los judíos, que pretenden ser también muy antiguos, carecen de leyendas acerca de nuestro origen. Pero dimos un Abraham a los judíos que ahora le llaman padre Abraham. Llegamos primero a la tierra de Ur procedentes de un lugar del que no se guarda memoria, y allí tuvimos, en la antigüedad, la capital más floreciente, sabia, urbana y madura que ha existido en la tierra desde entonces; su nombre era Bit Yakin. Pero cuando una alcanza tanta sabiduría, si esta sabiduría es sin Dios, uno se corrompe… ¿Por qué miras así, muchacho?
—No es nada —murmuró Lucano. Pero Keptah le ordenó hablar con sus penetrantes ojos y el muchacho dijo, un poco entrecortadamente:
—Estoy pensando en el Dios Desconocido de los griegos.
—Ah, sí. Es el mismo —dijo Keptah abstractamente. Luego continuó:
—Al principio y durante siglos, Bit Yakin recordó a Dios y floreció, fue poderosa y hombres sabios de todas las latitudes acudían a ella para estudiar bajo los Kalu; algunos misterios les eran participados con cautela a la vez que sabiduría. Los hombres sabios llevaron aquellos misterios cuando volvieron a sus países y Egipto fue uno de ellos; también un hombre llamado Moisés se familiarizó con aquellos misterios y a través de los Kalus que habían sido enviados a Egipto para enseñar al joven príncipe egipcio más cosas de las que sabían los sacerdotes de Egipto entonces. ¿Has oído hablar de Moisés, Lucano?
—Si, los judíos me lo han contado, en Antioquía. Él dio los Mandamientos de Dios a los hombres.
Keptah asintió y dijo con ironía:
—Y los hombres durante siglos se han ocupado asiduamente en violarlos todos.
Lucano temió que Keptah se había olvidado de él, puesto que de nuevo se mantuvo silencioso por un largo tiempo, por fin volvió a hablar.
—Porque los hombres son hombres, se hacen orgullosos, especialmente cuando alcanzan fama. Incluso muchos de los Kalus se volvieron orgullosos, y cuando ocurrió esto perdieron su sabiduría, porque habían olvidado de donde venía el conocimiento de los misterios. Así que se transformaron en charlatanes en lugar de sacerdotes, y en nigromantes porque recordaban las palabras ocultas de la magia y las usaban para malos fines y ganancias. Aquellos sacerdotes, dedicados a tan burda magia, no fueron ya astrónomos, médicos, científicos y sacerdotes. Eran hombres malvados, ocupados en vulgares adivinaciones, que transmitieron a sus hijos. Y cuando el sacerdocio decae, decae el pueblo, y así toda Caldea, traicionada por sus sacerdotes, fue lentamente corroída por la corrupción. Quedó transformada en nada y cayó en manos de los enemigos. Si una nación carece de Dios, esta nación por fuerza ha de caer, pero cuando una nación tiene Dios, entonces todos

los poderes del mal y todos los ejércitos no pueden conmover sus fundamentos; no, ni incluso aunque el mundo entero se alzase contra ella.

Keptah miró a la estrella y sus labios se movieron en silencio por unos momentos. Luego continuó:

—Así que los Kalus fieles, de los cuales quedaron pocos, abandonaron Caldea llorando y fueron a otros muchos países. Son los hombres sabios de Oriente, los médicos, astrónomos, adivinos de los elegidos, astrólogos, científicos y metafísicos. Sólo ellos saben quienes son: sólo ellos sabrán siempre quiénes son, porque sospechan de la humanidad, por razones muy convincentes. Forman una oculta Hermandad y eligen a quienes deben entrar en ella.

Keptah dedicó entonces toda su atención a Lucano y pensó para sí “¿Por qué habré estado tan ciego?” Luego añadió:

—Esta historia no la aprenderás en Alejandría y debo encargarte que no la repitas a oídos indiscretos, Lucano. –Su voz sonó dura y autoritaria.

—No la repetiré, pero la recordaré —dijo Lucano con sencillez.

Keptah se suavizó.

—Lo sé, muchacho. No existe corrupción en ti. Pero déjame continuar. Caldea o Babilonia, se corrompió y enorgulleció tanto que dejó de reverenciar a los Kalus y dejó de llamarse la tierra de los hombres sabios. Miró hacia sus vecinos con codicia de oro, esclavos y tierras y empezó a llamarse a sí misma la tierra de los Kaldi-K sh, que significa “conquistadores”. De modo que guerreó, conquistó, esclavizó y oprimió, y puesto que las naciones guerreras han de morir, Caldea murió, porque la guerra es, por encima de todos las cosas, la más necia y abominable de todas ante la mirada de Dios, la más impía, porque destruye lo que el Santo ha creado con amor, y porque degrada al hombre al nivel de una hormiga irracional que obedece sin saber porqué obedece y lucha sin saber porqué lucha. Porque en la guerra ciertamente, el hombre lucha por nada.

Contempló la seriedad y concentración mental de Lucano por largo tiempo. Luego, como obedeciendo una orden, extrajo el objeto de oro de su pecho y lo mostró sobre su palma abierta.

— Mira, muchacho, y dime qué es esto.

Lucano contempló el objeto que Keptah mantenía en su palma y se estremeció.

—Es una cruz, el signo de la infamia, porque en ella ejecutan los romanos a los criminales de peor clase.

La cruz de oro palideció en la mano de Keptah y adquirió un tono blanco y brillante a la luz de la Estrella. Parecía poseer incandescencia propia.

—Es la luz del mundo —dijo Keptah—. Un día lo sabrás. Durante siglos, tantos que los hombres han perdido la memoria de ellos y han sido enterrados en el polvo, este signo fue conocido por los Kalus por lo que es. No puedo decirte su significado porque está prohibido. Los Kalus lo llevaban sobre sus pechos antes de que los judíos fuesen una nación o un pueblo, antes de que Egipto tuviese faraones, antes de que Grecia naciese, antes de que Rómulo y Remo fuesen amamantados por una loba. Algunos de los sabios egipcios llevaron este signo a su patria desde Caldea sin saber su significado, y puede ser visto hoy en las pirámides, un signo oculta que nadie, aparte de los escogidos de Caldea, conoce. Los sacerdotes de Grecia sabían alfo de él, vagamente, aunque sin comprender nada, y bajo su influencia elevaron los altares al Dios Desconocido.

Una emoción incontrolable estremeció a Lucano. Sus ojos se llenaron de lágrimas. La cruz parecía ensancharse en la mano de Keptah. Lucano alargó su mano y la tocó con un dedo tembloroso, y fue invadido de pronto por un sentimiento de inefable dulzura y amor.

— ¡Mira! —exclamó Keptah, y Lucano miró. Keptah señalaba al cielo. La grande y maravillosa Estrella se movió hacia el este, inflexible, como guiada por un propósito. Lucano miraba con profunda admiración. El sonrosado tono del alba yacía bajo ella como un lago y la estrella reflejaba sus rayos sobre él de modo que reverberaba. Keptah lloraba.

—Los elegidos han sido escogidos —murmuró para sí—. Se han puesto en camino y yo no he sido elegido.

Contemplaron la Estrella hasta que lentamente descendió en el rosado mar del amanecer y desapareció para ellos dejándoles desolados.

—Ha desaparecido —dijo Lucano.

—No —contestó Keptah, secando sus ojos en la manga—, nunca se perderá, nunca hasta el fin de los tiempos.

Contempló la cruz que tenía en la mano y pensó: “Y escupirán sobre ésta, la despreciarán, la ignorarán y ridiculizarán, la degradarán y blasfemarán, pero nunca será olvidada, nunca arrinconada ni desvanecida, a pesar de las iras de las razas aún no nacidas, a pesar de la guerra, la sangre, la agonía, la oscuridad y el fuego de los últimos días y la última insensatez de desesperanzada furia de los hombres”.

Se volvió hacia Lucano, y por un momento sintió envidia. “Bendito tú, niño”, dijo para sí mismo. Y luego pensó: “Bendito yo, que tengo que enseñarte”.

La fría austeridad volvió al rostro de Keptah. El alba traslúcida, de color amapola, se extendía tras de los grandes árboles; las palmeras murmuraban mecidas por el aire matutino. Keptah dijo:

—Rubria padece la enfermedad blanca y nunca llegará a mujer. ¡Vamos, hombre! No llores tanto ni tan fuerte y no te sientas tan abrumado. ¿Por qué lloras? La vida no es una cosa agradable para infinidad de nosotros. Nacemos oscuramente, vivimos oscuramente y nos morimos en la oscuridad; al final todos partimos a través

del mismo dintel por el que entramos. Sin embargo, lo que te he dicho no debes repetirlo al tribuno Diodoro, si no quieres romper su corazón antes de tiempo.

Lucano se cubrió el rostro con las manos y Keptah movió la cabeza compasivamente. Par la juventud, la muerte es imposible, el supremo e increíble horror. Miró al cielo de color perla donde la Estrella había estado y suspiró.

—Has de decirme dónde encontraste las hierbas que aliviaron el dolor de la pequeña Rubria.

—Las encontré en los campos y tras los riachuelos y supe que eran buenas, Keptah.

La voz del muchacho era un murmullo temeroso.

—Son buenas. Has de encontrar más, para librarla de su sufrimiento, y yo las disecaré y pulverizaré; destilaré su esencia porque son inapreciables.

Se levantó, alto, huesudo y remoto, y Lucano se levantó también.

—Ha amanecido —dijo Keptah— y tu madre estará buscándote. Vete muchacho, y no hables de lo que te he contado porque si lo haces no te enseñaré nada más.

CAPITULO IV

Bien, ya eres libre —dijo Diodoro con rigidez, después que Keptah y él regresaron de visitar al pretor de Antioquía—. Pero no estoy obligado a darte aquella gran suma de oro, hasta que tengas cuarenta y cinco años. Esta parte de la promesa hecha a mi padre pienso cumplirla.

El día había sido caluroso; la ciudad demasiado alborotada y exuberante para la moral del romano. Estaba sentado en el blanco recibidor de mármol de su casa y con gesto arisco paladeaba una copa de vino fresco y comía higos maduros que tomaba de una bandeja de plata colocada a su lado.

— ¡Bah, este resinoso vino griego! —exclamó. Estaba de mal humor—. Aún creo que te aprovechaste de un momento de debilidad para imponerte sobre mí. Pero dejémoslo, dejémoslo, sinvergüenza. Me has fastidiado bastante con la cantidad que fijaste como estipendio. Pronto serás tan rico como uno de esos sirios en el bazar y sin duda establecerás tu propio negocio, comprarás tus propios esclavos y yo tendré que ir a mendigar tu indulgencia para que atiendas mi casa.

Keptah contuvo una sonrisa. Estaba de pie ante Diodoro y le miraba con un humor sombrío.

—Señor —dijo—, te estaré siempre agradecido y a tu disposición; donde tú vayas iré yo y mi vida está aún a tus órdenes, es aún tuya.

—Bonitas palabras —murmuró Diodoro. Sus airados ojos se posaron sobre el liberto con enojo. Pero dijo:

—Supongo que la ocasión necesita celebrarse. ¡Qué el diablo te lleve! Detrás de ti, sobre aquella mesa, hay otra copa. Si puedo darte órdenes, como dices, te mando que participes de este vino conmigo y tomes un higo o dos.

—Señor, prefiero los vinos romanos, y te ruego que me releves de la necesidad de beber los griegos.

Diodoro maldijo para sus adentros, pero se sintió un tanto pacificado. Contempló el vino que contenía su copa.

—Es ciertamente un líquido maldito —dijo—. Respeto tu gusto. El próximo barco traerá buenos vinos. —Y añadió con sarcasmo:

—Confío en que me permitirás enviar unas cuantas botellas a tus habitaciones para tu deleite.

Sacudió sus herradas sandalias sobre el blanco suelo y contempló a Keptah con sus ojos cubiertos por unas erizadas y negras cejas.

—Toma un higo —dijo.

Keptah inclinó con elegancia su largo cuerpo y tomó una fruta. Con pereza Diodoro introdujo otra en su boca.

—Por Pólux, que ésta es una ciudad detestable —exclamó—. Un montón de basura procedente de todas las cloacas del mundo. Si no tuviese un sentido del deber tan arraigado pediría el relevo. Pero ¿Pero quién otro podría tratar mejor con esa masa de viles gusanos?

—Nadie sino tú, noble Diodoro.

Diodoro le contempló de nuevo con una mirada en la que brillaba la sospecha.

—Tienes una voz tan untosa que fluye, brilla y se pega. Ácido mezclado con miel.

—Siento no serte grato, señor. —Keptah sonrió de nuevo.

—No podrías complacer menos a Plutón —dijo Diodoro, aún agresivo.

Tomó otro higo y se chupó los dedos.

—Ordenaré que sea dado un sextercio a cada esclavo en tu honor. ¡Qué perro más arrogante eres con todo ese aspecto de humildad! No hay nadie tan sabio como tú, en tu opinión.

Keptah mantuvo su dignidad pese a los impulsos que sentía de echarse a reír.

—Sin duda que ahora te darás más aires que nunca, pero te aconsejo que no vuelvas a usar otra vez trucos como el que usaste la otra noche con aquellos pobres esclavos.

Keptah estuvo estudiándole. ¿Debía decir a Diodoro la verdad? ¿Debía revelarle que, en realidad, no había hipnotizado a los esclavos sino tan solo al tribuno? Decidió no decir nada. Diodoro no le perdonaría nunca. Hizo una reverencia y dijo:

—Te prometo, señor, que no volveré a usar trucos. Y ahora, si me permites partir, debo ir a ver a la pequeña Rubria.

El rostro de Diodoro se aclaró.

— ¡Ah! Está mucho mejor ¿Verdad? Puede ya abandonar su lecho y tiene un color en el rostro que no es de fiebre, sino de salud ¿Cuándo crees que estará curada?

Keptah vaciló.

—Creo, señor, que dentro de pocos días podrá dejar la casa y salir al jardín, y en otros catorce días podrá reemprender sus estudios con el tutor que enseñará también a Lucano, el hijo de Eneas. Y después de esas lecciones, ¿queda entendido que estudiará conmigo?

— ¿Por un estipendio extra? —preguntó Diodoro de nuevo enfurecido.

—No, señor; le enseñaré cuanto sé en agradecimiento hacia ti.

Diodoro gruñó mientras contemplaba la alargada sombra de su liberto deslizarse por la pared de mármol, al pasar Keptah por entre ésta y el sol, que derramaba sus rayos por entre la columnata que quedaba a su derecha.

—Soy demasiado blando —se dijo Diodoro después de otro trago de la copa de vino resinoso—. Trato a mis libertos como iguales y a mis esclavos como a libertos. Así no hay que maravillarse de que no me respeten. Tendré que hacer sonar el látigo con más frecuencia e imponer un poco de disciplina militar en esta casa.

Pero en el fondo estaba convencido de que era incapaz de ser brutal o injusto, lo mismo que les había ocurrido a sus virtuosos padres, los cuales habían respetado las vidas y las personas del más humilde de los hombres. Diodoro comenzó de nuevo a pensar con desagrado en Roma moderna y su rostro volvió a ensombrecerse.

¡Aquellos generales que podían dirigir con petulancia las campañas de endurecidos comandantes en lejanos campos de batalla y proyectar tácticas y estrategias como si supiesen algo acerca de tales asuntos! ¡Aquellos suaves y pálidos senadores vestidos con blandas togas, dedicados a la compra y venta en la bolsa, después de una larga mañana en los baños, recuperándose de una noche de orgía y restaurados parcialmente gracias a la habilidad de los esclavos que con manos ágiles, daban masaje a sus fláccidos músculos! ¡Los perros, comprando y vendiendo lo que había costado las vidas de otros hombres ofrecidas en aras de Roma, mientras ellos agitaban perfumados pañuelos ante sus rostros, en tanto que regateaban, ofrecían y se engañaban unos a otros y mientras, entre oferta y oferta, comentaban el último chisme obsceno de la ciudad! Sus degeneradas mujeres, concubinas, esposas depravadas, que llevaban los nombres más nobles de Roma y cometían adulterios como si fuesen pasatiempos de moda…. Desgraciadamente lo eran. ¡Aquellos parásitos, los augustales, que entraban y salían del Palatino, tan aristocráticos, como estatuas, podridos de cuerpo, con arpías en sus mentes y traición en sus almas astutas! ¡Literas de oro y mimados muchachos esclavos mantenidos con propósitos vergonzosos; aquella rapacidad y lujuria de lo que antes había sido una sociedad disciplinada, modesta, heroica y frugal; aquella lenta desaparición de una sólida clase media, desaparición que había sido deliberadamente proyectada! ¡La brillante ciudad, la amada del mundo, transformada ahora en un sumidero de corrupción, avaricia, traición, placer, conspiración y decadencia, en una pestilente impureza de la que manaban fiebres, locura y enfermedad, que estaba infectando los más lejanos rincones del Imperio! ¡Y luego, aquellas multitudes romanas procedentes de todas las razas! ¡Incluso Julio César las había temido, con razón, y se había acobardado ante ellas; las había adulado y complacido! ¡La turba romana, versátil, inestable, políglota, sangrienta, desalmada y avariciosa! Donde antes había existido una población sobria y parca, orgullosa de los antepasados, celosas de la república, que encontraba su cabal expresión en el trabajo, la familia y los dioses; que vivía feliz en hogares tranquilos y bajo la sombra de sus árboles, ahora vivía una multicolor y rapaz canalla, presta siempre a aclamar o asesinar, presta a la pelea y a insensatos asentimientos, amontonada en malolientes y congestionadas casas, aborreciendo el trabajo y prefiriendo mendigar y solicitar continuamente del Senado que la mantuviese, adulando a viles políticos que cedían a sus peticiones y amenazando a los pocos hombres honrados que se oponían a sus exigencias por el bien de Roma y de ellos mismos; una multitud que pedía continuamente pan y circo, ansiosas de mezquinos placeres, fanática de gladiadores insensatos y adorando al último corredor, actor y lanzador de disco, como si fuesen los más grandes hombres; una multitud que, en su indolencia, devoraba las contribuciones, cada vez más pesadas, impuestas sobre hombres que valían mucho más que ella, para poder pagar su miserable sustento, cuando el mundo hubiese sido mejor si el hambre o la peste le librasen de ella, ¡Ah, la plebe romana, las malditas multitudes, apropiados señores y esclavos de sus amos, políticos y receptores de sus votos!

No era extraño que Roma tuviese ahora tan pocos artesanos buenos comerciantes y constructores. El monstruoso gobierno chupaba el fruto de su trabajo y medio de impuestos a favor de una canalla perezosa, gruñona y devoradora mantenida a expensas del Estado. ¿Qué le importaba al esclavizado hombre de la calle, de mirada turbia y boca rapaz, haber destruido el heroico esplendor de Roma, difamado sus dioses y envilecido con estiércol las estatuas de los antepasados? ¿Acaso no conseguía ahora, por medio de gruñidos e inscripciones pintadas en las paredes por la noche, que su plato fuese colmado una y otra vez con más grano, sopa y pan, y contemplar espectáculos cada vez más sangrientos en el Circo Máximo? Los amos eran dignos de sus esclavos, y éstos de aquellos.

En el Palatino aún vivía el anciano soldado, César Augusto, un hombre rígido y moral. Pero, ¿qué podía hacer rodeado como estaba por senadores corrompidos y estadistas elegidos por una canalla aún más corrompida? Diodoro recordó de pronto una carta que había recibido unas semanas antes de uno de sus

amigos, sellada cuidadosamente y enviada por un mensajero de confianza. (¿Cuánto tiempo hacía que los hombres honrados se veían forzados a sellar sus cartas para protegerlas de los rapaces y vengativos ojos de espías empleados por el Estado?) Su amigo le había escrito: "Temo que Roma esté muriendo. Yo, como tú, querido amigo, he creído durante mucho tiempo (y he rogado para que así fuese) que las viejas virtudes aún florecían en algún lugar de la ciudad, como flores excelentes y bellas en un olvidado jardín, preparando la semilla que crecería de nuevo en amplios espacios. ¡Pero el jardín no existe! Ha sido pisoteado en el barro de la plebe, y por sus codiciosos dueños, que viven del favor de la multitud"

Diodoro, hundido en un estado de impotencia y desesperación como nunca antes había experimentado, pensó en los dioses de Roma. Antaño habían personificado el trabajo honrado, el amor, la santidad del hogar y la propiedad privada, la libertad, gracia y amabilidad, las virtudes castrenses del deber y devoción, el cariño hacia los niños, el respeto entre los empleados y quienes empleaban, el patriotismo, la obediencia a decretos divinos e inmutables, y el orgullo y dignidad del individuo. Pero ¿qué había hecho Roma de estos dioses? Les había transformado en réplicas venales e indescriptibles de sí misma en todos los aspectos.

Diodoro arrojó la copa que sostenía, la cual se estrelló contra la pared de mármol. Se puso en pie y empezó a pasear arriba y abajo sobre los solitarios y blancos suelos, haciendo sonar las sandalias con un sonido parecido al repique de un tambor.

Recordó el final de la carta de su amigo: "La única esperanza de Roma es volver a los valores religiosos…".

No una vuelta a los indignos dioses…. ¿Pero a qué? ¿A quién? ¿Al "Dios Desconocido" de los griegos? ¿Pero quién era y dónde estaba? ¿Él, el Incorruptible, el Padre, el Amante y Justo? ¿Por qué estaba silencioso si existía? ¿Por qué no hablaba a la humanidad y reordenaba el maloliente mundo, trayendo paz a los que no la tenían, esperanza a los desesperanzados, amor a quienes carecían de él, satisfacción a aquellos que tenían hambre de justicia? Si existía, ésta era la hora en la que debiera manifestarse, antes de que el mundo quedase envuelto por su propia iniquidad o muriese por su propia espada.

Diodoro se sintió lleno de impaciencia e incontrolable ansiedad. Se detuvo entre dos columnas blancas, con las piernas separadas y firmes, de pie, como están los soldados, y contempló el sol poniente sobre los árboles y palmeras. Su dolor disminuyó por un momento. Nunca había visto tan gloriosa puesta de sol, tan llena de luz sonrosada y dorados reflejos, tan brillante y pura que las ramas de los árboles, las brillantes frondas de las palmeras y las columnas de la casa brillaban con reflejos propios y reflejaban los colores del cielo. Irradiaba majestad y belleza como si una voz hubiese concedido una bendición sobre el mundo entero, como su una poderosa mano se hubiese alzado en un gesto de ternura y amor. El rostro fiero de Diodoro se suavizó y adquirió una expresión casi infantil. Su mente disciplinada le decía que aquello era tan sólo una esplendorosa y poco corriente puesta de sol; su alma le decía que la palabra había sido pronunciada.

Entonces recordó los excitados rumores que circulaban en Antioquía aquel día. Una estrella particularmente brillante, más intensa que la luna, más esplendorosa, había aparecido en el cielo la noche anterior y había sido vista por muchos, incluso durante las horas más vergonzosas de las Saturnales. Había producido mucho temor y las multitudes habían corrido ciegamente por las calles a causa de su terror, con sus alegres vestidos esparcidos por todos los sitios. Pero un sacerdote del templo de Mercurio había informado a Diodoro que había sido un simple cometa o meteoro, y había hablado con indulgencia. Diodoro había preguntado:

—Pero, ¿dónde estabas tú que no la viste?

—Estaba durmiendo, noble tribuno —había contestado el sacerdote.

Diodoro miró hacia el lugar donde la estrella había permanecido según sus informantes. Allí no había nada sino la estrella vespertina parpadeando suavemente. Pero, de pronto, creyó que ciertamente había habido una estrella. Su corazón se sintió elevado por una poderosa ola de alegría y consolado, aunque no podía explicarse por qué.

El jazmín nocturno despertó con una ola de fragancia que Diodoro aspiró como si fuese incienso. Se sintió humilde y en paz, lleno de fuerza. "Haré lo que pueda y viviré de acuerdo con los valores y verdades que me han sido enseñados, de acuerdo con las virtudes y justicia que conozco y sin duda. Él se acordará de mi, aunque el mundo entero se vuelva loco".

Empezó a caminar entre las columnas por el sendero de mármol hacia las habitaciones de las mujeres. De pronto encontró en el patio a dos de sus oficiales, dos jóvenes que amaba porque les había enseñado él y en quienes confiaba a causa de sus rostros honrados, sus cándidos ojos y su devoción hacia él y las antiguas virtudes. Prestaron atención en cuanto le vieron y le saludaron con marcialidad; Diodoro se detuvo tratando de aparecer severo pese a su gran cariño por ellos.

— ¿Cómo es que no habéis vuelto a Antioquía, muchachos? —preguntó. Nunca mantenía una guardia personal en su casa, como hacían otros jefes militares, porque confiaba en su propio brazo derecho y le disgustaba un excesivo despliegue de militarismo.

—Noble Diodoro, hoy hemos oído rumores alarmantes en Antioquía —replicó uno de los soldados—. Una parte de la plebe murmura que la estrella que pretenden creer que vieron anoche indicó la caída de Roma y la ira de los dioses contra los romanos. Se dice que la estrella se movía hacia el Este, alejándose de la Ciudad Imperial, y esto indica, según dicen, que Roma está a punto de caer. Y cuando un imperio cae, creen ellos, es el momento para que un país sojuzgado se levante y muerda.

—No te alarmes, Sexto —dijo Diodoro, y puso su mano sobre el hombre del joven capitán—. Vamos, vamos, ¿no temeréis por mi causa? ¿Es por esto por lo que habéis desobedecido mis órdenes expresas? Os aseguro que si Roma cae será a causa de la falta de mentes disciplinadas.

—De todas formas, noble tribuno, preferiríamos permanecer de guardia durante algunas noches —dijo el joven Sexto con obstinación y una mirada de súplica en los ojos.

Diodoro se detuvo. Contempló a Sexto y al centurión y vio su obstinación. "Si les mando que vuelvan a Antioquía, pensó, se ocultarán en los jardines, a cubierto de mis miradas, insomnes y hambrientos, y esto será para ellos una carga. ¿Es esto una recompensa justa por lo que consideran es su deber?". Con un deje de emoción dijo:

—Bien está, jóvenes locos y testarudos como mulas, permaneced aquí tanto tiempo como queráis. Ordenaré que dispongan habitación y comida para vosotros y patrullaréis alrededor de la casa vigilando las puertas para que estéis tranquilos. No es que me disguste vuestra actitud —añadió con cierta precipitación por causa de la disciplina—, pero cuando estoy en casa no soy un soldado. Soy tan sólo un pacífico cabeza de familia.

Llegó a los departamentos de las mujeres y estaba a punto de ordenar a una esclava que llamase a Aurelia cuando ésta apareció acompañada de Iris. Reían suavemente como si fuesen hermanas, y la mano de Aurelia descansaba levemente sobre el brazo de Iris, que nunca había parecido tan hermosa a Diodoro. Fue a ella a quien él miró y como si en sus sorprendidos ojos hubiese habido algo terriblemente revelador, el rostro de Iris se oscureció y sus azules ojos se humedecieron como con pena y ansiedad.

Para la "vieja romana" Aurelia, la esposa de un liberto no era un ser despreciable, aunque hubiese sido esclava anteriormente. Si era digna de amor, recibía amor, y si de respeto, respeto. Aurelia e Iris eran íntimas amigas. Pero Diodoro ignoraba que Iris visitaba con frecuencia su casa cuando él se hallaba ausente. Aurelia se sintió sorprendida y feliz al verle.

— ¿Llego tarde, Diodoro? —Preguntó, acercándose a él y tomando su mano—. El sol aún no se ha puesto del todo.

—Soy yo que vengo temprano —replicó él. Deseaba besar su redonda mejilla, besarla de lleno en los labios. Era un reflejo contra algo que le amenazaba.

Aurelia empezó a charlar alegremente, en su forma acostumbrada:

—Iris me ha estado ayudando a tejer los lienzos y lanas de invierno. ¡Mira mis dedos! Están encallecidos y casi sangrantes.

Extendió sus manos ante él y se echó a reír. Su cabello, peinado para estar en casa, colgaba sobre sus hombros en dos brillantes trenzas que llegaban por debajo de su cintura; el rostro y la frente brillaban a causa de un ligero sudor y unos rizos oscuros y juveniles caían sobre sus mejillas y frente.

Iris se mantuvo aparte, inabordable como una ninfa de mármol, el dorado cabello peinado a la manera griega, sujeto sobre su cabeza con cintas blancas. La misma clase de cintas sujetaban su esbelta cintura sobre la que se alzaba un pecho perfecto. La luz poniente cayendo sobre ella, daba un tono trasluciente a su carne y Diodoro pensó que no era Diana sino la griega Artemis. El rostro, los brazos, la garganta de Iris parecían una rosa, la compostura de su tranquila expresión y la gentil dignidad de su figura eran las de una soñadora estatua sumergida en lejanos pensamientos sin relación con la humanidad. Su aspecto hizo pensar a Diodoro, pese a la presencia de su esposa, que él era como Acteón y sin duda le estaba prohibido mirarla.

Aurelia vio la fijeza en el rostro de Diodoro al mirar a la joven liberta, e hizo un gesto de comprensión. Entonces Iris, tras una profunda reverencia, se alejó, perdiéndose su alta y bien formada figura entre las sombras de los soñolientos árboles. Diodoro contempló como desaparecía. Aurelia le tomó su brazo afectuosamente. No sentía celos. Amaba a Diodoro demasiado y conocía bien la virtud de Iris. Ciertamente era permisible que un hombre mirase a una mujer y su esposa tenía demasiada dignidad y respeto hacia sí misma para sentirse molesta.

Entraron juntos en la casa mientras Diodoro se quejaba de la guardia personal. Aurelia, sin embargo, se sintió aliviada. Había oído rumores entre los esclavos sobre los sentimientos de la gente en Antioquía.

—Hemos de arreglar alojamiento y comida para esos devotos soldados —dijo con placidez. Le encantaba que otros amasen también a Diodoro. Quería mostrar a su esposo la milagrosa mejora de su hija Rubria y aunque Diodoro preguntaba sin parar acerca de l a condición de la niña. Aurelia se limitó a asentir y sonreír misteriosamente. Diodoro, seguido por Aurelia, ascendió por la ancha escalera y entró en la habitación de Rubria.

En la habitación estaba la enfermera, Keptah y el muchacho Lucano, pero Diodoro sólo vio a su hija, sentada en la cama y riendo. Las mejillas de la niña tenían un saludable color y sus ojos se movían con viveza; tenía recogido el negro pelo detrás de la cabeza con una cinta dorada. Sus diminutas manos sostenían una muñeca hecho por Lucano, pintada de brillantes y alegres colores y con los brazos y piernas flexibles. La muchacha hacía bailar la muñeca sobre sus rodillas y adoptar posturas grotescas. Lucano la contemplaba con un firme y ansiosa mirada mientras Keptah mezclaba una poción en una copa.

Al ver a Diodoro Rubria se sentó erecta en la cama y exclamó con excitación:

— ¡Mira, padre! ¿No es una maravilla? ¡Lucano me la ha traído hoy!

Besó a Diodoro a prisa, con deseos de volver a su juego, y él la contempló amorosamente. ¡Ah, la pequeñita había escapado del mismo borde de los campos Elíseos!. Viviría y alegraría el corazón de su padre con una buena boda posteriormente y niños a quienes mecer en las rodillas. "Pero debemos regresar a Roma —pensó el tribuno—. Este clima es malo para la niña". Llevaría a la familia a su granja en una provincia cercana a Roma donde el aire era excelente y seco; allí viviría como un terrateniente, olvidando la corrompida ciudad, disfrutando de su familia, y acaso también vendrían hijos.

Miró a Lucano. El muchacho captó su mirada y dijo con deferencia, pero en tono de orgullo:

—Rubria ha estado hoy sentada en su silla durante dos horas, señor.

Luego rompió a reír con la niña ante las contorsiones de la muñeca y de nuevo eran ambos dos niños. Por primera vez Diodoro pensó en los gastos en la Universidad de Alejandría sin que le doliesen. El chico terminaría por reemplazar a Keptah cuando éste fuese demasiado viejo. Permanecería con la familia, que le amaba, doquiera ellos fuesen. Puesto que Lucano había nacido libre podría casarse con la hija de alguna buena y virtuosa familia romana, quizá la de un comerciante próspero, acaso de una familia romana. Lucano y su esposa (que sería elegida por Diodoro teniendo en cuenta su dote, moralidad y capacidad para ser una madre saludable) tendrían un hogar en la granja. El alma paternal del tribuno se ensanchó. En su vejez estaría rodeado de voces y risas infantiles, de la vista de los campos y bosques, del agradable mugido del ganado, de árboles frutales, de sombra y del murmullo sonoro de un río.

Más feliz que nunca, desde hacía mucho tiempo, Diodoro ordenó a Lucano que se quedase a cenar y dijo a la enfermera que enviase un esclavo a la casa de Eneas para informar a los padres del muchacho de que llegaría tarde a casa. Lucano se ruborizó; nunca había sido invitado a comer en la mesa del tribuno y su esposa, pero no vaciló. Rubria pidió al momento que la bajasen abajo y Keptah sintió a la mirada interrogante de su señor. Diodoro llevó a la niña en sus brazos y su corazón estaba tan aliviado que no notó su fragilidad. Tan sólo tenía conciencia de sus risas y de su cabeza apoyada en su pecho.

El comedor estaba decorado con estuco pintado y una alfombra persa cubría el suelo. Las ventanas se abrían frente a las palmeras cuyas ramas estaban teñidas de escarlata por los últimos rayos del sol; fragancia de jazmines y rosas llenaban el cálido aire. Estaba todo tan tranquilo y sereno que podía oírse la voz del río. Keptah, a causa del nuevo honor que le dispensaban como liberto y valioso médico, se sentaba lejos, al final de la mesa, pero Lucano quedó instalado junto a Rubria. “Es como un hijo mío”, pensó Diodoro de pronto, y sintió amor por el rostro de Lucano, tan parecido al de su madre, apreciando la nobleza de su frente. “Después de todo —pensó—, llegando al fondo de su repentina democracia y pérdida de las convenciones, los romanos hemos concedido siempre la superioridad a los griegos, incluidos los filósofos. Este muchacho sin duda tiene antepasados patricios, probablemente más antiguos que los míos”.

La comida fue una sorpresa para Lucano, porque la mesa de su padre era mucho más lujosa y los vinos mejores. Sirvieron un plato de cordero cocido frío, no muy bien aderezado y demasiado lleno de aceite; luego pan vulgar y varias clases de quesos de los menos distinguidos y el vinagre y aceite con que estaban arreglados los rábanos y pepinos eran de la más baja calidad, debido a la frugalidad y falta de aprecio de Diodoro. Lucano vio que ni el tribuno ni Aurelia tenían paladar; eran en verdad, gente sencilla y cordial que preferían comidas sencillas y sólidas, las cuales comían con agrado. Lucano echó de menos la mesa de su padre; Iris podía aderezar y sazonar tan hábilmente un sencillo plato de humildes alubias que se transformaba en una delicia epicúrea.

Keptah, admitido por primera vez en la mesa del tribuno, arrugó su oscura y aquilina nariz. Aquello era comida de cerdos, no de hombres. Diodoro roía un pequeño hueso; olía fuertemente a ajo. “Un hombre civilizado puede ser distinguido de la plebe por la cantidad de ajo de su comida”, pensó Keptah, limitándose por su parte a un bocado de queso, un trozo de pan y un poco de vino de la clase menos repulsiva. Sin embargo, sentía considerable afecto por Diodoro.

Rubria quedó de pronto cansada y su vivaz voz juvenil se hizo más lenta. Diodoro la llevó a su habitación en la parte de arriba de la casa. Los esclavos estaban encendiendo luces por toda la casa. Lucano acompañó al tribuno; Rubria suspiró satisfecha entre sus almohadas. Extendió su mano a Lucano que la tomó y con un ademán suave besó sus dedos. Rubria cerró los ojos y sonrió, e inmediatamente quedó dormida.

Había oscurecido ya y Diodoro informó a Lucano que sería él y no un esclavo quien le llevaría a casa. En el camino, a través de la noche que avanzaba rápidamente, Diodoro habló de Alejandría con mucho detalle porque conocía la ciudad. El colegio de medicina solo era enorme; la biblioteca era una de las maravillas del mundo. Lucano debería sentirse humilde ante el pensamiento de ser un estudiante allí. Lucano asintió con gravedad.

—Costará mucho dinero —dijo Diodoro cautelosamente, mientras trataba de ver la cara que ponía Lucano por medio de la débil luz de las estrellas y la naciente luna—. No soy un hombre rico, Lucano. Tus matrículas serán pagadas, pero habrás de ser frugal.

Lucano ocultó una sonrisa y dijo:

—Señor, estaría agradecido con un camastro en el suelo de un establo y mis necesidades serán pequeñas. A cambio, te ruego que me permitas servirte. Y si no, que pueda pagarte luego con lo que gane como médico.

Diodoro se sintió complacido ante esta austeridad. Había tomado a Lucano por la mano y la apretó.

—Tonterías, tonterías —dijo generosamente—. Sólo deseo que aprecies tu fortuna. Desde luego, después de que te gradúes permanecerás con la familia. Keptah será entonces viejo; también él recibirá un generoso estipendio, que mi padre, Prisco, le dejó. ¡Qué hombre tan extraño y elíptico!

Detrás de ellos, desapercibido incluso para el agudo oído del soldado, un joven centurión les seguía, escondido entre los árboles en la distancia y con la espada desenvainada para protegerles. Por fin llegaron a la vista de la casa de Eneas y Lucano rogó a Diodoro que no siguiese más lejos. Entonces echó a correr hacia la casa, deteniéndose un momento para decir adiós con la mano, y un poco triste, a su benefactor, que correspondió al saludo con indulgencia. “Si —pensó Diodoro—, éste es el hijo que yo debía haber tenido”. Por un momento se sintió invadido de tristeza. Se detuvo. Lucano entró corriendo a la casa. Ahora estaba todo en silencio, excepto los pequeños cantos de los grillos y el misterioso susurro de las palmeras y los árboles.

Diodoro no sabía porqué se había detenido y porqué sentía una repentina desolación en su pecho. La única lámpara encendida en la casa de Eneas vaciló. Entonces la puerta se abrió y apareció Iris sola. La luz de la luna daba un aspecto de plata flotante a su vestido blanco. Anduvo como una diosa hacia un árbol y se reclinó en él, ignorante de la presencia de Diodoro allí cerca. Su dorado cabello caía suelto sobre sus hombros.

Diodoro contuvo la respiración. Apenas podía distinguir el perfil de la muchacha en la plateada y difusa luz. Pero podía ver que ella miraba en dirección de su casa y permanecía tan quieta como una estatua. La mano apoyada en el árbol y el brazo extendido eran perfectos y esbeltos, más blancos y radiantes que la misma luna.

Por un momento los oídos de Diodoro zumbaron. Pasaron unos instantes e Iris aún miraba hacia la casa del tribuno, estaba tan inmóvil, que Diodoro pensó en una aparición. Entonces percibió el sonido de un llanto suave y quedó perplejo. Iris se cubría el rostro con las manos.

Diodoro dio un paso hacia delante en su dirección, luego se detuvo. Deseó gritar, pero no pudo. Tan sólo tenía que acercarse a Iris y tomarla entre sus brazos; su carne sentía un incontenible deseo. Podía sentir el cuerpo de ella contra el suyo, sus manos hundidas en aquel maravilloso cabello, con el que tan descuidadamente había jugado cuando era un muchacho. Sería como seda dorada, perfumado con flores recién cortadas.

Pero no se movió, a pesar de que su apasionado deseo hacía temblar sus brazos y palpitar su corazón con violencia. Bajó la cabeza y silenciosamente, retrocedió, pasó a paso, se retiró entre los árboles y se alejó de allí.

CAPITULO V

El maestro griego de Rubria y Lucano era un joven activo y pequeño, con un rostro oscuro y travieso y modales grotescos. Era esclavo y valioso, porque poseía mucho saber. Le había costado a Diodoro quinientas monedas de oro, una extravagancia que de cuando en cuando producía al tribuno un estremecimiento. Se llamaba Cusa, un nombre que a Diodoro le parecía pagano, ni griego ni romano, y tenía los rasgos de un sátiro joven y una lengua picante e impúdica. No temía a nadie ni a nada excepto a Diodoro, y aunque era juguetón y a veces tramposo y alborotador con los otros esclavos, poseía un ingenio brillante y cualidades de poeta. Sobre todo odiaba el analfabetismo y la estupidez y se metía con ellos en un lenguaje tan sucio que hacía reír a Diodoro aunque reprendía a su esclavo.

—Por todos los dioses —le había dicho en una ocasión—, creí, por ser soldado, que conocía todas las palabras, pero tus inventivas, mi querido Cusa, han superado a todas.

Cusa la tomó con Lucano desde un principio. Como muchacho feo que era, envidiaba la belleza apolínea del chico. Como esclavo, consideraba que Lucano, hijo de padres que habían sido esclavos, era una imposición sobre él. Pero el amo era un hombre caprichoso y había que obedecer sus órdenes. A pesar de todo, Cusa se proveyó de una pequeña fusta que usaba sobre Lucano más a menudo de lo necesario, cuando, en opinión de Cusa, el chico hacía alarde de evidente estupidez. Hacía esto en ausencia de Rubria o cualquier otro que pudiese informar al tribuno, y Lucano, aunque indignado y fastidiado, no se quejaba. Pero algún día, se prometió a sí mismo, “cogeré la fusta y la usaré sobre los hombros de Cusa para que escarmiente”. Cusa veía a veces un brillo de orgullo en los azules ojos del muchacho y hacía una mueca. “Soy bajo de estatura —pensaba—, y tú eres más alto que yo, mi querido ignorante, a pesar de tu edad; ¡pero el amo aquí soy yo!

La habitación de clase era pequeña, amueblada con una sola mesa, tres sillas y una estantería llena de libros enrollados. Cusa dejaba la puerta abierta y algunas veces, cuando tenía buen humor y como deferencia a Rubria, dejaba que sus alumnos saliesen fuera y se sentasen en la hierba, Rubria sobre un cojín para protegerla de la humedad. En estas ocasiones solía decir:

—Los filósofos vagabundeaban por entre columnatas y se reclinaban sobre piedras.

Entonces ordenaba a Lucano que se sentase sobre una piedra particularmente incómoda y manifestada socarronamente:

—Hemos de aprender a ser estoicos; es excelente para el alma y la disciplina de la mente.

Pero como él no era nada estoico extendía su rojo manto de lana sobre la hierba para sus propias posaderas.

En cierta ocasión dijo a Diodoro:

—Señor, te ruego que no te sientas contrariado. Ese chico puede que sea hermoso, pero su cabeza es como el mármol que parece.

—Enséñale a ser carne y cerebro —dijo Diodoro comprendiendo bien a Cusa—. Te aconsejo que lo prepares para Alejandría tan rápidamente como sea posible.

Estas palabras hicieron que Cusa aborreciese a Lucano más que nunca. « ¡Ah! —Decía para sí— la única cosa que hace falta para atraerse un benefactor es tener el pelo amarillo y la piel blanca. Tú, mi buen Cusa, pareces un camello o un mono, y esto es tu desgracia.»

Sin embargo, a lo largo de las horas, semanas, meses, y, al final, de dos años de contacto, tuvo que reconocer y respetar, aunque involuntariamente, la rapidez con que Lucano aprendía, su poder de concentración y la casi milagrosa captación de conocimiento que el muchacho tenía. El chico poseía una mente devoradora; datos, poemas y lenguas eran captadas, asimiladas y hechas suyas. Hacía mucho tiempo que

había dejado a la pequeña Rubria muy atrás, y ella le miraba con admiración y aplaudía sus éxitos. Por ser muchacha no se esperaba de ella una inteligencia desacostumbrada; su padre deseaba que aprendiese lo bastante para que pudiese disfrutar de la poesía y de los libros menos pesados. Diodoro, sabiendo, por su hija, los progresos de Lucano, solía decir:

—Ahora es cuando ese sinvergüenza de Cusa empieza a ganar el dinero que gasté en él.

A pesar suyo, Cusa empezó a encontrar placer enseñando a Lucano. El chico le mantenía siempre excitado y las horas de enseñanza dejaron de ser aburridas como cuando sólo había tenido a Rubria por discípula. Intentó llegar a los límites de la capacidad de Lucano enseñándole intrincadas lecciones, muy superiores a la que correspondían a su edad, pero Lucano siempre iba un paso más allá y con facilidad. Cusa, que era un verdadero maestro, sentía un secreto y anonadado orgullo por su discípulo, aunque su sarcástica lengua no lo dejase traslucir jamás.

—Serás un buen contable —decía con frecuencia—. Pero, ¿qué fantasía te persuade de que llegarás a médico? Nada sabes sino es de memoria y lloro ya por tus futuros pacientes.

Su fusta estaba siempre a punto. Al cabo de dos años Lucano podía discutir con Diodoro sobre los principales poetas y filósofos, con gran contento por parte del tribuno. Diodoro abría su valiosa biblioteca al muchacho y Lucano estudiaba allí después de las horas de clase y sólo la oscuridad le arrancaba de aquel lugar. Pasaba también algún tiempo con Keptah y las horas con él eran para Lucano las más compensadoras de todas.

Cuando estaban juntos nunca hablaban de la inevitable muerte de Rubria. Era cierto que su juvenil cuerpo empezaba a redondearse con la dulzura de la próxima pubertad, pese a que era dos años más joven que Lucano. Su hermosa cara morena estaba más llena y vivaz, con la alegría de ser joven y mimada y su apetito había mejorado e incluso podía jugar vigorosamente con Lucano, aunque breves momentos. Pero Keptah sabía que su mortal enfermedad tan sólo estaba contenida.

Para Lucano era bastante estar con Rubria, tocar su pequeña y cálida mano, cambiar miradas divertidas a expensas de Cusa, correr sobre la hierba o coger una enorme y húmeda flor roja para tirarla contra Rubria. Se tiraban pelotas uno a otro, reían y gritaban. Imitaban el canto de las aves y miraban con asombro e interés a los pequeños seres silvestres de los árboles. En algunos momentos se sentían tan llenos de inexpresable alegría que tan sólo podían permanecer mirándose a los ojos con un radiante y tímido gozo. Día, tras día aumentaba la belleza de Rubria y también el amor que su compañero de juegos sentía por ella. Lucano pensaba en ocasiones:

«Sin duda que Dios no puede arrebatarme este tesoro, esta amada mía, hermana y corazón de mi corazón. Sin Rubria no habría canciones, ni delicias, ni ternura, ni razón de existir.» Jugaba con el cabello de Rubria como Diodoro lo había hecho con el de Iris, y se alegraba en sus sedosas trenzas impregnadas de frescura y oloroso olor de vida. Algunas veces se abrazaban, incapaces de hablar, y la impresión de la mejilla de Rubria junto a la suya le invadía de un reverente éxtasis. Sostenía a Rubria entre sus brazos y sentía como si el mundo entero estuviese lleno de belleza y suavidad.

Keptah veía esto y ya no hablaba a Lucano de la inevitable desolación que tendría que llegar. Se creía a sí mismo en la presencia de algo santo y lleno de inocencia. En ocasiones se preguntaba tristemente: « ¿Da Dios sólo para quitar?» ¿Arrebata con el único propósito de hacer que el corazón humano vuelva a él?

Una tarde Cusa descubrió a Rubria y Lucano que habían salido de clase. Lucano tejía una guirnalda de flores para Rubia y ella le contemplaba con un atento placer. Tenía sobre su hombro un pájaro amaestrado rojo y jade, que picoteaba su oído. De cuando en cuando, ella se volvía y besaba su amarillo pico. El maestro, que siempre tenía a punto un comentario cáustico sobre la pérdida de tiempo, se sintió repentinamente silencioso. Les contempló desde alguna distancia y le invadió la melancolía. Los dioses envidiaban celosamente la belleza, juventud y felicidad de los mortales. Aquel muchacho era como Febo, el dios del sol, y ella una doncella de dulce y piadosa virginidad. Cusa, cargado de tristeza, se alejó de allí. Aunque era un escéptico, aquella noche rogó a los dioses que no sintiesen envidia de tanta hermosura y sincera dulzura. A la mañana siguiente, dijo, a Lucano con doble intención:

—Si has de ser erudito y médico, te aconsejo que no juegues descuidadamente con las muchachas jóvenes. Esto es para el vulgo y la plebe. ¡Atención! Esta mañana volveremos a los diálogos de Sócrates. Estás muy obtuso con ellos, chico.

Aquel fue un verano delicioso, todo serenidad. La solicitud que Diodoro había enviado pidiendo el traslado a Roma no había sido contestada aún, pero tenía buenas esperanzas. Cultivaba asiduamente el trato con su esposa y esto le proporcionaba bastante serenidad. Evitaba a Eneas cuanto podía y no volvió a acompañar a Lucano hasta su casa. Iris permanecía en su mente como el recuerdo de la mañana, pero evitó con firmeza los encuentros con ella. Era un sueño, para ser recordado como un sueño. Si un hombre era incapaz de controlar con rigor sus pensamientos no era un hombre y mucho menos un hombre romano. La vida exigía disciplina de cuerpo y mente y muy particularmente del corazón. Recibía libros de Roma y se sumergía en su lectura. Aquellas filosofías de hombres ascéticos, llenos de sabiduría, tenían ahora para él un significado especial que levantaba solemnes notas de paciencia y fortaleza. Sumergido en filosofía eterna, olvidaba la corrupción de Roma, y el fétido y alborotado presente. «Que el mundo entero se pierda. La verdad es eterna.» «La gente estúpida acude a Roma —se decía a sí mismo—, pero el hombre encuentra refugio en la verdad.»

Rubria alcanzó la pubertad y Aurelia se sintió llena de alegría. Se ofrecieron importantes sacrificios en el templo favorito de Aurelia, el templo de Juno. Encomendó a su hija a la esposa de Júpiter, la guardiana de la

salud, la familia y los niños. Miraba los ojos luminosos de Rubria, puros e inocentes, y soñaba con nietos. Aún existían familias romanas que tenían hijos fieles, devotos de los dioses y de su patria. Podía tener nietos, ya que no había tenido hijos. Recogió el cabello de Rubria con cintas y le aconsejó modestamente. Le enseñó el arte de la cocina, del gobierno de la casa y cómo una esposa puede mejor complacer a su marido. Escribió a sus amigos de Roma comentando la creciente belleza y madurez de Rubria.

—Te estás precipitando —dijo Diodoro una tarde—. La niña sólo tiene once años.

Tenía celos del joven que se llevase a su hija y gozase de sus risas y dulzura, que la uniese a su vida e hiciese que ella olvidase a su padre.

Aurelia, ocupada laboriosamente con una tableta cubierta de cera en la que estaba escribiendo a una amiga muy querida, madre de apuestos muchachos, preguntó distraídamente:

— ¿Cuál será la dote de nuestra hija? Diodoro, te ruego que olvides tus bancos. Debemos tener en cuenta la fortuna de Rubria. En menos de tres años estará dispuesta para el matrimonio. «Tres años. Soy un viejo», pensó Diodoro con resentimiento. Luego contestó:

—Estás precipitando las cosas. La chiquilla juega en la hierba y es todavía una niña.

Aquella noche acunó a la niña en sus brazos, cantando canciones hasta que se durmió; luego se sentó a su lado y contempló las sombras de sus pestañas proyectadas sobre las sonrosadas mejillas y observó la dulce curva de su boca. "Querida mía —pensó—, querida de mi corazón. Sin duda que nunca a existido una doncella tan hermosa, inocente, cálida y querida. Una Hebe nacida para servir a los mismos dioses." Apartó este pensamiento con repentino terror. "¡Que los dioses tengan otros servidores! Son dioses y disponen de multitudes", mientras que él sólo tenía a su hija.

Una tarde Keptah entró en la sala de clase y dijo brevemente a Lucano.

—Vente.

Cusa frunció el ceño y le contestó:

—El muchacho estudia en este momento a Platón.

—Vamos —repitió Keptah, ignorando al tutor que, a. fin de cuentas, era tan sólo un esclavo. Lucano, sin una palabra, se levantó y abandonó la habitación con el médico. Pero en el dintel, se detuvo; e hizo una reverencia a Cusa, pues sabía que los esclavos y siervos son muy sensibles.

Diodoro había puesto un asno al servicio de su liberto Keptah.

—Un animal innoble —decía el médico en tono vejado—. Pero me consuela haber oído decir que los asnos son con frecuencia más sabios que los hombres y que tienen además un gran sentido del humor.

Tomó prestado otro para Lucano.

—Hoy vamos a Antioquía —dijo—. Bien, aquí llega tu animal del establo. Es una suerte que no hayamos pedido caballos, porque nos hubiéramos sentido decepcionados. A pesar de ser romano, nuestro señor no se deja impresionar por la raza equina y todos sus animales están comidos de pulgas. ¿Para qué sirve el dinero si no es para disfrutarlo? Hay, sin embargo, hombres que gozan más con el pensamiento de sus cofres que con el de aprovecharse de ellos.

La mala intención de Keptah hizo sonreír a Lucano. Los asnos estaban rollizos y tenían la piel brillante y miraban al médico y al muchacho con ojos arrogantes.

—Tampoco se dejan impresionar por nosotros —dijo Keptah montando. Sus largas y huesudas piernas colgaban casi hasta el suelo y Lucano se echó a reír. Por su parte, se instaló en el asno que le habían asignado y acarició el cuello del animal, que cerró los ojos aburrido. Iniciaron un trotecillo por la carretera que conducía a Antioquía y Keptah mantenía un silencio desacostumbrado. Había cubierto su cabeza con la capucha, más con el propósito de permanecer en soledad que para protegerse de los intrusos rayos del sol. De vez en cuando Lucano arreaba a su burro hasta conseguir que galopase, disfrutando del aire y del sol, que no parecían afectar su rubia piel. Con el dorado cabello suelto cantaba feliz. No sabía adonde le llevaba Keptah, pero le bastaba estar libre en plena luz, ser joven y poder contemplar las múltiples agrupaciones de flores silvestres azules, granates y escarlatas que adornaban el estrecho camino. Y soñaba.

Antioquía, como siempre, era un tumultuoso crisol de colores, olores y calores. Flotas recién llegadas de Oriente y de otros lejanos países estaban ancladas en el intenso azul del puerto, con sus velas blancas y verdes resaltando contra el cielo. En las estrechas, pendientes y tortuosas calles sonaban voces extrañas, y en todas las puertas, parajes y galerías aparecían voraces rostros oscuros y resonaban con exclamaciones blasfemas, gritos y risas. Las tiendas eran hormigueros. Los gritos de los mercaderes ensordecían. Los camellos gruñían; cruzaban carros y rebuznaban asnos; un fuerte olor agrio de carne cocida caliente, vino y especias reinaba en los cálidos rincones de las calles. Judíos, sirios, sicilianos, griegos, egipcios, tesalonicenses, negros, galos y bárbaros inclasificables, vestidos con los más raros atuendos, paseaban o alborotaban por todas las calles, levantando nubes de blanco polvo que brillaban a la luz del sol. Aquí o allá surgían acaloradas discusiones y querellas; edificios pálidos y brillantes se alzaban en el aire. Bandadas de niños jugaban en el paso de los vehículos y animales, maldecían a los conductores o mendigaban limosna con rostros impertinentes y tostados por el sol.

A Lucano le gustaba la ruidosa ciudad y se sentía excitado. Veía a hombres y mujeres que entraban en pequeños templos de columnas con palomas y niños pequeños en los brazos. Contemplaba las brillantes banderas y aspiraba el fuerte olor a polvo o el cálido olor del heno. Esperaba que Keptah le llevase a la taberna favorita del médico, pero pasaron ante ella sin que éste se dignase ni mirarla. Soldados romanos cortejaban a muchachas vestidas con atuendos de vivos colores y se sentían especialmente atraídos por las doncellas

cubiertas con velos. Asediaban a las mujeres jóvenes y los ojos, negros brillaban con destellos a la luz del sol. El polvo era palpable en el sobrecargado aire de la ciudad y, por encima de los demás olores, prevalecía un fuerte olor a estiércol y ajo. Diodoro hablaba de Roma, la Ciudad Imperial, pero a Lucano le parecía que ninguna otra ciudad podía tener tales olores y semejante atracción. Muchas mujeres se asomaban a los balcones de sus casas. Del interior de algunas surgía el alborozado ruido de música y risas. Jardines interiores, protegidos por altas paredes, exhalaban perfumes de rosas y de naranjos en flor hacia las polvorientas calles.

Keptah mantenía el trote de su asno, aislado y remoto, a los ojos de Lucano como una figura deprimente en medio de tanto color. Un grupo de marineros vestidos tan sólo con taparrabos y con grandes anillos dorados en las orejas, reñían en una esquina con gestos vehementes y rostros morenos, fieros y violentos. Sus voces extrañas hablaban una lengua que Lucano no pudo reconocer, resonaban en el cálido ambiente y un cuchillo brilló de pronto. Keptah continuó su camino como si fuese solo y Lucano suspiró. Había más que ver en la vida que en la filosofía. Cuerpos calurosos se apiñaban alrededor de su asno, y un acre olor a sudor reinaba por doquier. Palmeras secas y cubiertas de polvo aparecían a intervalos en las calles. Vendedores ambulantes con bandejas de manzanas en dulce, cubiertas de moscas, gritaban sus mercancías o corrían tras el hombre de morenos pies descalzos que les robaba, y luego, casi siempre, incapaces de darle alcance, le maldecían a gritos. Infinidad de mendigos permanecían sentados contra las paredes, gimiendo, agitando sus platos, cubiertos de barbas enmarañadas y sucias. Mujeres ofrecían flores en cestos y viejos caminaban en medio del alboroto como ciegos, igual que si ya no perteneciesen a este mundo. Un grupo de cabras conducidas por un muchacho interrumpió el paso momentáneamente, balando, saltando y moviéndose inquietas. Lucano, como siempre, estaba encantado. Se echó a reír al ver un mono insolente sobre el hombro de un hombre y quiso inspeccionar una tienda de loros.

Las calles por las que transitaban ahora estaban más quietas y menos llenas, y Lucano empezó a ver que había menos gente y menos vehículos en ellas. Los edificios eran viejos y decadentes y presentaban un aspecto ruinoso. Los ruidos de la ciudad disminuyeron. Los aullidos de los perros dejaron de oírse. Lucano, más tranquilo, cabalgó junto a Keptah y preguntó.

— ¿Dónde vamos? Nunca he estado aquí antes de ahora.

—Tranquilidad —respondió Keptah en un tono de voz débil y áspera que parecía salir de su capucha—. He estado esperando durante mucho tiempo respuesta a un mensaje y hoy mismo ha llegado.

El aire de aquella parte de la ciudad era más fresco, los guijarros del suelo estaban húmedos y brillantes como si hubiese llovido, y las paredes de las casas cerradas y sombrías. Los cascos de los asnos despertaban ecos y levantaban un polvo áspero. Un reguero de agua de desagües corría sobre las piedras, oscuro, brillante y maloliente, produciendo un ruido ahogado. A ambos lados de la cerrada calle se alzaban paredes de piedra oscura y de ellas no procedían voces ni ruidos. Pero una o dos veces Lucano oyó el suave maullido de invisibles gatos que le sugirieron el pensamiento de Isis, la venerable diosa de los egipcios, de ritos ocultos y de los misterios de oriente. El muchacho se estremeció; un helado sudor enfrió su cuerpo y deseó haber traído con él una capa.

De pronto Keptah detuvo su asno gris e hizo un gesto al muchacho. Se había detenido ante una elevada pared de basalto, negra y lisa. Ninguna ventana se abría sobre su impresionante y poderosa vaciedad. Ningún sonido de vida procedía de detrás de su altura. Sólo una pequeña puerta se abría en aquella fachada repelente. Keptah sin decir una palabra, llamó a la puerta como con una señal. La llamada despertó ecos entre las dos paredes de la calle. Keptah esperó; luego volvió a llamar de nuevo. Esta vez hubo un sonido de cadenas y corrimiento de cerrojos. La puerta se abrió con quejidos de bisagras. La abertura se ensanchó y apareció un viejo, vestido con una tosca túnica gris, un hombre increíblemente bajo con una barba blanca y los ojos más brillantes que Lucano había visto en su vida, ojos de niño sonriente y asombrado. De su cinturón de cáñamo colgaba un manojo de tintineantes llaves; sus pies estaban descalzos.

Habló a Keptah en una lengua incomprensible, rápida y con acento de bienvenida, y luego hizo una profunda reverencia... Durante todo este tiempo sus ojos se posaban en Lucano con curiosidad. Abrió por completo la puerta, hizo otra reverencia y se apartó para dejar paso.

Lucano parpadeó sorprendido. Al otro lado de la puerta se extendía un amplio jardín de afelpada hierba, palmeras de dátiles, árboles brillantes, fuentes, setos de rosas, lilas y toda clase de flores. El jardín, inundado de sol, parecía otro mundo. Grupos de sauces agitaban sus ramas como verdes cataratas en el más suave y dulce aire. Las fuentes parecían cantar y los árboles contestar su canto. A cierta distancia, en medio del brillo y perfume, se alzaba un edificio cuadrado bajo y radiante, construido de mármol blanco y más allá de éste se alzaba otro de granito gris, con ventanas de arcos, cerradas contra la luz y tan silencioso como un sepulcro.

A través del jardín discurrían senderos de piedra amarilla y aquí y allá había bancos de mármol bajo la sombra protectora de algún árbol. Lucano no había visto nunca belleza y tranquilidad semejantes a la que reinaba, con aire de retiro y dignidad, en los jardines, y edificios, el silencio que no rompía ni una sola voz y la ausencia absoluta de personas visibles en el jardín o alrededor de los dos edificios. El muchacho estaba asombrado. Permanecía incierto mientras la puerta se cerraba tras él y Keptah, y ni se dio cuenta cuidadoso cierre de cadenas.

—Ven —dijo Keptah, y Lucano le siguió por sobre la suave hierba. Pájaros de todos los colores le miraban desde las brillantes ramas. Las fuentes murmuraban. Las rosas se mecían y exhalaban una suave fragancia. Los lirios alzaban sus blancos cálices y emitían su sagrado perfume mientras las abejas volaban sobre ellos y

sumergían sus dorados cuerpos en la profundidad de las copas. De pronto Lucano se percató de un sonido que no había percibido antes; apenas era perceptible para el oído. Ni cántico, ni canción, sino una débil combinación de ambas cosas. Formaba parte del aire brillante, de las fuentes y de la brisa, y, sin embargo, era una voz humana.

Keptah condujo a Lucano en silencio a través de la hierba hacia el edificio cuadrado de mármol, que carecía de ventanas y de pórticos. Una puerta de bronce grabada con extrañas figuras resaltaba, en medio de tanta blancura y una vez abierta Keptah dijo:

—Entra.

Pese a su asombro, Lucano se sintió picado por la curiosidad. Ninguna mano había abierto la puerta; parecía haberse movido por su cuenta y sin crujido de goznes. Lucano se detuvo en el umbral y vaciló antes de entrar. Keptah murmuró:

—No hables nada, ni hagas preguntas. Te voy a dejar por un rato.

La puerta se cerró ante el y Lucano quedó solo. Aunque no había ventanas y la puerta no estaba abierta, la desnuda blancura de la gran habitación emitía una insegura y perlada luz que aumentaba y disminuía su intensidad, se difuminaba y volvía de nuevo a brillar. Era imposible ver el origen de aquella luz que palpitaba como un corazón tranquilo. Estaba perfumada con un olor parecido al incienso que procedía de todos los sitios y de ninguno en concreto. Lucano sintió al instante que estaba en un templo, Pero no sabía qué clase de templo, y por alguna razón inexplicable empezó a temblar.

En el centro de la habitación se alzaba el objeto más extraño que había visto en su vida, pero era algo que llenó de un repentino temor el alma del muchacho. En una ancha plataforma central compuesta de tres blancos escalones de mármol, se alzaba el gran símbolo del objeto más infamante en el mundo, el símbolo de la más vil de las muertes y del crimen: Era una enorme cruz hecha de algo que parecía transparente alabastro, y se elevaba casi hasta el techo plano de piedra. El temor de Lucano fue transformándose en expectación y asombro. La cruz se erguía solitaria, y no había en el templo más que su sencilla e impresionante majestad, ni sonido alguno que turbase el absoluto silencio.

La luz vacilaba y palpitaba mientras la cruz permanecía invariable. Lucano se mantuvo durante mucho tiempo contemplándola, notando en los oídos el latido de su corazón. Unas pocas veces, muy pocas, había visto como crucificaban a un hombre en una de las colinas cercanas a Antioquía, y se habla sentido emocionado hasta el llanto por una indescifrable ira. También había visto la cruz de oro en la mano de Keptah la noche de la Estrella, hacía unos dos años, pero casi lo había olvidado.

Con timidez, andando despacio a fin de no turbar aquel sagrado silencio ni acelerar el ritmo de la fluyente radiación, se acercó a la cruz y se detuvo al pie de las deslumbradoras escaleras, mirando hacia arriba. Sus grandes brazos se extendían abiertos en lo alto. Tenía una cualidad expectante y misteriosa, ultraterrena y fría. Su cuerpo era firme y poderoso, y, sin embargo, parecía menos pétrea para el muchacho, como si fuese algo eterno y vigilante, inconmovible en su grandeza, esculpido en majestad.

Lucano permaneció en quieta contemplación, incapaz de retirarse de allí. No sentía nada aparte de un indefinido sentimiento de anticipación. Sintió oprimida la garganta. Sin que su voluntad interviniese, las rodillas se doblaron y quedó arrodillado en el primer escalón, con las manos unidas y sin dejar de contemplar la cruz. Se alzaba sobre él y percibió su impresionante presencia y como los brazos se extendían protectores sobre su cabeza. La luz del templo aumentó de intensidad, como un reflejo de luna sobre grandiosas alas.

Lucano no pensaba, ni sentía la presencia de la carne, sólo un sentimiento de profundo asombro y algo como gozo mezclado con tristeza. Se mantuvo de rodillas durante largo tiempo, con la vista fija en la cruz y las manos unidas.

No supo en qué momento la cruz aumentó su fulgor ni cuándo empezó a teñirse de un tinte rosado de tonos pálidos. Parecía como si su alma se hubiese dado cuenta antes de que su mente adquiriese conciencia de ello, por lo que no sintió alarma. Percibía también, como entre sueños, una invisible presencia, que era una misma cosa con la cruz, con la luz y con el mármol. La presencia era como un rayo de profunda luminosidad, lleno de masculina ternura. Lucano exclamó en voz alta, moviendo sus pálidos labios: "¡El Dios Desconocido!"

Durante los dos últimos años, la abundancia de su vida, el apasionado goce del saber, las ambiciones, el intenso amor por Rubria, su sentimiento de pertenecer al mundo y a aquellos que le amaban, su dedicación a la medicina, su entrega a Keptah, la vivacidad y gozo propios de la edad, su exuberante salud y deleite en todas las cosas, habían oscurecido y difuminado cuanto conocía o sentía como niño. Incluso el Dios Desconocido había venido a ser uno más en el panteón; y las leyendas, benevolencia y aspectos de los dioses habían intrigado su joven corazón con tremendas fantasías de belleza. Sus días, durante más de dos años, yacían ante él, delante y detrás, como un río de vivos colores lleno de promesas. Cusa era escéptico y Lucano había adquirido el hábito de considerar todas las cosas bajo un aspecto humorístico, incluso los sueños y misterios que había conocido de niño. Como si se diese cuenta de este fenómeno, Keptah había hablado con él cada vez con menos frecuencia del Dios Desconocido y se había limitado a darle lecciones de medicina. Algunas veces su rostro desconfiado y ausente había hecho que Lucano sintiese un incierto sentimiento de culpabilidad.

Pero en aquellos momentos, su vida parecía una sombra, la vida de un muchacho muy joven, y se encontraba de nuevo en presencia del gran Milagro, que no le reprochaba nada, sino que le daba la bienvenida. No comprendía el significado de la cruz en su mente; tan sólo su corazón comprendió, pero carecía de palabras para expresar sus intuiciones.

Quedó sumido en un éxtasis, como si ante él se hubiesen abierto visiones magníficas aunque dolorosas, con dolor sobrenatural, más allá de la comprensión humana.

Los destellos de la cruz se hicieron más profundos en matices, y más intensos, en tal forma que las blancas paredes, techo y suelo, palidecieron como nubes y adquirieron un tono tenue. Lentamente, momento tras momento, el sonrosado y variable matiz fue pareciéndose a sombras de sangre que cubrían y se extendían por todo el enorme cuerpo de la cruz. La leve luminosidad que inundaba el templo se movió con mayor rapidez, como si presencias etéreas ganasen intensidad y concentración. El muchacho notaba que no sentía temor; tan sólo un creciente asombro y un amor tan profundo que apenas si su cuerpo podía soportarlo. Los reflejos escarlatas de la cruz se reflejaban en su rostro, en la blanca túnica, las manos unidas, los ojos y sus dobladas rodillas.

Lentamente, como movido por un encantamiento, se puso en pie y ascendió los bajos escalones hasta quedar al nivel de la cruz. Era un árbol de rojo y blanco intermitente, palpitante con una vida desconocida para él. Se atrevió a colocar la mano sobre ella y tocarla; el tacto era frío y, sin embargo, vibraba ligeramente. De repente se sintió poseído por una pasión indescriptible, transportado al mismo corazón de la cruz. Sus piernas se debilitaron y cayó sobre la plataforma rodeando el cuerpo de la cruz con sus brazos y reposando su rostro contra ella y, sin la menor conciencia de lo que ocurría, todo su cuerpo empezó a temblar con adoración y la paz más profunda que había experimentado se adueñó de él. Cerró los ojos; se sentía en el mismo centro del universo.

La puerta de bronce se abrió silenciosamente, como movida por una mano invisible, y cuatro hombres aparecieron en el umbral, uno de ellos Keptah. Se detuvieron y a través de la abertura vieron al postrado muchacho, con sus brazos abrazando la cruz, las mejillas sobre su base. Tres de los hombres, mucho más altos y anchos que el propio Keptah, sonrieron tiernamente y se miraron entre sí. Se acercaron a la plataforma con pasos que parecían deslizarse sobre terciopelo y se detuvieron para contemplar la cruz en silencio por varios momentos. Después los cuatro se arrodillaron, inclinaron las cabezas sobre el pecho y cerraron los ojos. Sus labios empezaron a moverse en una oración.

Tres de los hombres iban vestidos como majestuosos reyes, por que eran reyes en verdad. Sus túnicas y mantos brillaban con granate, azul, blanco y el más delicado jade. Cinturones de oro labrado, incrustados de piedras preciosas y raras, ceñían sus cinturas. Tocados de pura y blanca seda cubrían sus cabezas, adornados con gemas que brillaban con luz celestial. Alrededor de sus cuellos llevaban grandes collares de oro y plata, de varias vueltas, y adornados con otras preciosas joyas de varios colores. Sus desnudos brazos morenos llevaban anchos y enjoyados brazaletes por debajo de los hombros y alrededor de las muñecas, y sus pies iban calzados con sandalias de oro. Sus rostros orientales estaban tostados por el sol de los desiertos y sus cortas barbas eran viriles y brillaban con el reflejo de aceites perfumados. Bajo sus espesas pestañas brillaban unos ojos que despedían destellos como estrellas, sus narices aguileñas, ganchudas y majestuosas, les daban un aspecto indomable, confirmado por la firmeza de los labios.

Lucano no supo en qué momento se percató de la presencia los extranjeros y de Keptah. Pero no le pareció extraño que estuviesen allí y les miró con una tranquila expresión confiada, esperando, mientras sus brazos se mantenían aún alrededor de la cruz Cuando ellos se levantaron él no se movió, porque parecía como si le hubiesen olvidado o no lo viesen. Abandonaron el templo y Lucano volvió a quedar sumido en un estado de sueño o inconsciencia que no pudo después explicarse a sí mismo. Sentía una gran resistencia a abandonar la cruz; mientras permanecía allí le parecía estaba seguro, en paz y con todos sus deseos colmados.

Keptah se mantuvo separado de los extranjeros mientras éstos hablaban entre sí, escuchando atentamente al que hablaba y gestos de asentimiento llenos de la más profunda gravedad. Hablaban una lengua que ni el mismo Keptah entendía, aunque sus tonos tenían para él una resonancia familiar, como si oyese ecos de su niñez.

Luego, como si hubiesen llegado a una conclusión, sonrieron Keptah con afecto; uno de los extranjeros se le acercó y, cuando Keptah se arrodilló ante él, puso sus manos sobre su cabeza en gesto de bendición. Después habló y Keptah pudo entonces comprender sus palabras:

—No estás equivocado, hermano —dijo—. Tienes razón. El muchacho es uno de los nuestros. Pero no puede ser admitido en la Hermandad, aunque no puedo atreverme a decirte porqué. Existe para él otro camino y otra luz, aunque a través de largos y desolados lugares, grises y áridos, y él debe encontrarlo. Dios tiene para él una tarea que deberá realizar antes de que haga su último viaje, y un mensaje único que darle. No te sientas desolado ni llores. Has obrado bien y Dios aprueba tu labor. Muchos serán llamados desde los más remotos lugares de la tierra, pero cuándo y cómo son escogidos no está en nuestras manos sino en las de Dios. Enséñale lo que puedas, después déjale marchar, pero ten la seguridad que no andará perdido en las tinieblas y de que volverá de nuevo a la cruz.

Uno de ellos miró pensativamente hacia el jardín, como si viese una lejana visión. Luego murmuró:

—Irá a ella y se sentará a sus pies. Ella le hablará de las cosas que guarda en su corazón y acerca de las cuales no hablará a ningún otro hombre. Apenas si es mayor que el propio Lucano en edad, y también sufrirá la angustia que aceptó la noche de la anunciación angélica. Él verá su belleza y dulzura y oirá su dulce voz. Pero todo esto ocurrirá en el futuro y no está dispuesto para ahora.

—He deseado verla y tocar su manto —dijo Keptah con voz temblorosa—. He tenido sueños en los que la he visto con el infante en los brazos.

—La verás —dijo uno de los extranjeros en tono bajo—. Si no aquí, en el cielo.

—Misteriosos son los caminos de Dios —manifestó aún otro de ellos—. No podemos hacer más que obedecer.

—No tengo nada que dar —dijo Keptah.

—Estás dando tu vida. Eres fiel y estás lleno de sabiduría.

Keptah se levantó e inclinándose besó las gemas de las túnicas de los extranjeros, mientras sus ojos se cegaban con lágrimas. Ellos se alzaron, le abrazaron y partieron en dirección del edificio de granito.

—Dadme sabiduría —murmuró Keptah mirando en su dirección.

Lucano atravesó la puerta abierta parpadeando, cegado por la luz, y encontró a Keptah solo. El muchacho y el hombre se miraron frente a frente, demasiado llenos de pensamientos para poder hablar por el momento. Después Lucano dijo:

— ¿Quiénes son esos hombres? Parecen reyes.

—Son reyes —dijo Keptah suavemente—. Son los Magos.

Tomó la mano helada de Lucano y le condujo hacia la salida.

—No me hagas preguntas, que no puedo responder. No me está permitido hablar.

CAPÍTULO VI

Uno de nuestros grandes sabios en Babilonia, o Caldea, declaró en cierta ocasión que el hombre que se privaba a sí mismo de las cosas buenas del mundo, que Dios y los hombres toleran, será llamado a cuenta con severidad —dijo Keptah—. Esto es algo que los ascéticos moralistas de largos rostros y los intelectuales fariseos judíos niegan y, posiblemente, también lo negaría nuestro buen señor tribuno. Sin embargo, es la realidad. Esta forma de pensar no está reñida con la afirmación de Sócrates de que el desear lo menos posible es acercarse más a Dios. Se trata, como siempre te he dicho, mi joven Lucano, de interpretaciones individuales y lo que para un hombre es la felicidad, la moral o el bien, puede resultar para otro una cosa odiosa.

Lucano se echó a reír.

—No es extraño, Keptah, que Diodoro se queje siempre de que eres un sofista capaz de hacer una afirmación placentera y otra desagradable y que ambas resulten igualmente ciertas.

—Mi pequeño griego —dijo Keptah con indulgencia—, te lo he dicho otras veces: soy un hombre tolerante y por eso parezco complicado a los simples y a los maliciosos e indigno de confianza. Para ser un hombre sabio no sólo se deben conocer los argumentos propios, sino los de los demás: Me complace ver que puedes entender que una afirmación repugnante a nuestras propias creencias, puede ser tan cierta como otra que nos resulte completamente agradable. Todo esto, sin duda, pertenece a los negocios de este mundo, que yo, por mi parte, encuentro infinitamente divertidos.

Estaban sentados en la taberna favorita de Keptah, un lugar muy alabado por los hombres de negocio, los estudiantes, eruditos y comerciantes de las infinitas razas que habitaban en Antioquía. Fuera, en la calle empedrada con cantos negros, la luz brillaba hiriente y su estrechez palpitaba con blancas nubes de polvo, gruñidos de camellos y rebuznos de asnos, voces de hombres rudos, tableteo de ruedas y pasos de una multitud apresurada. Enfrente de la taberna se alzaban unos cuantos edificios de color amarillo blancuzco, que reflejaban el calor y la luz como un tembloroso espejo y ante los cuales desfilaban mujeres y hombres ataviados con los más diversos atuendos, rojos, negros, amarillos, verdes y escarlatas. Pero en la taberna reinaba la frescura y la tranquilidad, y el local, sombreado y lleno de olor a Vino, buenos quesos y excelentes pastelillos calientes, se mostraba acogedor. Escudillas de madera, llenas de picantes, negras y diminutas aceitunas de Judea, reposaban sobre las fregadas y blancas mesas, junto a uvas de las viñas locales —purpúreas y resplandecientes incluso en la semioscuridad—, granadas como globos de rojo fuego, pilas de dátiles que rezumaban miel y otras muchas frutas. Las toscas paredes de la taberna habían sido pintadas por un artista local que, aunque carecía de técnica, composición y delicadeza y lo había hecho con una cierta crudeza, compensaba estas faltas por medio del uso de un vivo colorido y una inocente ingenuidad. El suelo de ladrillos rojos contribuía a la frescura del lugar ya refrescar los acalorados pies de Keptah y su discípulo, mientras saboreaban sendas copas de vino fresco. La cabeza de Lucano era un halo de esplendor en la sombreada frescura de la taberna y atraía la atención de hombres morenos que estaban —instalados en otras mesas de la tienda. Uno de ellos, en especial, alto y atezado, tocado con un turbante al estilo oriental, parecía encontrar grandes atractivos en el muchacho. Su rostro delgado, astuto y vital, iluminado por un par de ojos de extraordinaria viveza y enmarcado en una fina y corta barba, parecía prendado en la contemplación del joven griego. Sus vestidos, rojo pálido y delicado verde, manifestaban a cualquier observador que era un hombre de buena posición confirmada por los muchos y deslumbrantes anillos que llevaba en los dedos. Sus criados permanecían cerca de la puerta abierta, bebiendo copas de Vino y bien armados con dagas. Tenían un aspecto decidido y las piernas que asomaban por debajo de sus multicolores vestidos denotaban firmeza.

El extranjero se dirigió finalmente a Keptah, que ofrecía un raro contraste con él, vestido de una larga túnica de blanco lienzo, y expresándose en griego, con acento execrable, dijo:

—He estado oyendo tu discurso, señor, con gran interés. Permíteme que me presente a mí mismo: Soy Linus, el mercader de Cesárea, en Judea, y trato en sedas, jades y marfiles de Catay. Mi caravana está de paso hacia Roma.

Hablaba a Keptah, pero sus inquietos ojos permanecían con deleite fijos en Lucano, que, dándose cuenta de su presencia por primera vez, se ruborizó involuntariamente bajo aquella mirada codiciosa. El muchacho se movió con inquietud.

Keptah estudió a Linus fríamente y con deliberación, apreciando en particular su hipnótica mirada sobre Lucano. Pareció reflexionar. No era demasiado pronto, decidió finalmente, para permitir que Lucano aprendiese algo de los aspectos más repugnantes y oscuros de la vida. En consecuencia, respondió con cortesía:

—Yo soy Keptah, el médico del tribuno Diodoro, procónsul de Siria. —Vaciló un momento y luego continuó—: Has dicho que eres de Judea, ¿eres judío, señor?

El rostro de Linus Cambió momentáneamente de expresión cuando se enteró de la posición de Keptah. El procónsul tenía una reputación muy mala entre los mercaderes que viajaban por las riberas del Gran Mar, y resultaba que éste era Keptah, su médico. Compuso el gesto y adoptó una expresión de respeto que no era del todo fingida. Sin embargo, se sintió complacido. Aquel muchacho de cabellos como el sol, era sin duda el esclavo del apreciado médico y por lo tanto la cosa aún podría ser tratada como había sospechado.

— ¿Puedo ofrecerte una botella de vino, maestro Keptah —preguntó Linus—, junto con mis respetos?

—Sí, si te unes a nosotros —respondió Keptah con gravedad.

Linus se puso en pie rápidamente; era un hombre de gestos elegantes, alto y ágil. Al abrirse un poco sus ropas, Keptah pudo apreciar un collar de oro macizo, de delicado y extraño trabajo, colgando de su cuello, a la moda egipcia, pero que estaba ahora imponiéndose entre los jóvenes romanos más elegantes. Lucano, aún sonrojado y violento sin saber porqué, corrió un poco su silla para hacer sitio al mercader y mientras hacía esto sintió un pellizco en su rodilla, que interpretó como un mensaje de Keptah, que también le dirigió una rápida mirada como una orden, mandándole contener la lengua bajo cualquier circunstancia.

Para Linus no era sorprendente que un esclavo se sentase con tanta familiaridad con su señor, puesto que aquel muchacho era sin duda alguna. El preferido del señor, el mimado y regalado, empleado sólo para ciertos propósitos. Ahora que estaba más cerca de él, se sintió aún más interesado. Conocía precisamente el senador romano que encontraría a este muchacho delicioso y no pondría reparos a su precio. Mil sextercios no sería mucho. Linus sonrió y la canina blancura de sus dientes resaltó contra la morena oscuridad de su astuta e inteligente cara.

—No, maestro Keptah, no soy judío —dijo—. ¡Que Baal lo impida! Soy de una raza más antigua: babilonio, aunque otras razas orientales importantes han contribuido también en la formación de mi sangre.

Lucano miró a Keptah, quien de nuevo pellizcó por debajo de la mesa.

—Muy interesante —respondió imperturbable.

El tabernero se acercó a la mesa y Linus, con gesto señorial, pidió que trajese el mejor vino que tuviese, a lo que Keptah asintió aprobadoramente, diciendo a continuación:

—El Abraham de los judíos era babilonio. ¿Quizás has oído hablar de él; señor Linus?

—Oh, sí —respondió éste con descuido, y de nuevo hizo un guiño—. Cuando estoy en Judea soy judío, cuando en Siria, sirio; cuando me encuentro en Roma, soy romano, y cuando en Grecia, griego.

Se echó a reír con ligereza.

Keptah se sirvió unas cuantas aceitunas negras y respondió:

—Y cuando estás en Africa sin duda serás negro.

La sonrisa de Linus desapareció bruscamente. Su enjoyada mano descendió rápidamente hacia la daga. Keptah, con toda tranquilidad, escupió los huesos de las aceitunas sobre la palma de su mano y luego los arrojó al suelo. En seguida añadió, con una excesiva admiración:

—Un hombre inteligente es un camaleón. Todas las cosas para todos los hombres. Veo que eres filósofo, como yo mismo cuando no me dedico a destilar pociones o atender a la familia del ilustre Diodoro. —Miró hacia arriba y sus enigmáticos ojos se fijaron en los del mercader, cuya mano se retiraba lentamente del puñal—. ¿Creo que he mencionado que soy el médico de la casa del procónsul de Siria, un romano de gran influencia y virtud? Y especialmente dispuesto para la disciplina y la espada.

Linus, que había estado dos o tres veces bajo la atención de Diodoro por causa de sus actividades poco legales, sonrió con tolerancia:

—Espero que te pague bien —respondió con cierta insinuación.

Keptah mantuvo su rostro inescrutable.

—Ah, si. Tan bien como un caballero avariento puede permitirse a sí mismo, y mi señor es famoso por su tacañería. Es uno de los romanos "antiguos". Permanezco con él a causa del cariño que siento por su casa, aunque he recibido excelentes proposiciones de otras personas.

Linus respiró aliviado y se reclinó en la silla con un gesto elegante. Miró de nuevo a Lucano, que encontraba esta conversación incomprensible. El tabernero llegó con una botella de excelente vino cubierta de polvo que el hombre conservaba con reverencia, e hizo una inclinación. Keptah y Linus inspeccionaron la botella con ojos críticos, y luego hicieron un gesto de conformidad. El vino fue escanciado en copas de plata apropiadas, por su rareza, para la ocasión. Keptah sirvió un poco en la copa de Lucano y el muchacho pudo percibir la delicada fragancia de la bebida.

—En la casa de Diodoro no encontrarías un vino como éste. ¡Que los dioses bendigan su avaro bolsillo y bárbara lengua! —exclamó Keptah.

Linus, que conservaba desagradables y memorables recuerdos del procónsul, creyó descubrir cierto desprecio en el tono de Keptah y se sintió más confiado aún.

—Sin embargo —añadió el médico con una furtiva e irónica mirada hacia Lucano— es cuidadoso con los que le sirven bien y especialmente con su médico. Sentimos un mutuo respeto y nos apreciamos nuestro respectivo valor. Es por eso que ha designado para mi protección cuatro robustos y bien armados esclavos que esperan al alcance de mi voz ahí fuera, en la calle, guardando mi litera.

Los rojos labios de Lucano se abrieron asombrados ante esta mentira, pero Keptah saboreaba en aquel momento su vino con aire complacido de un epicúreo. Las oscuras cejas de Linus se alzaron en un gesto de repentina sorpresa, pero ni por un instante dudó de la veracidad de Keptah. "Este hombre es importante —pensó—; tiene un aire elegante y seguro, propio sólo de aquellos que están muy bien considerados." El tabernero, en atención al vino que habían solicitado, llevó un recipiente de bronce y un plato que colocó sobre la mesa.

—Ah —dijo Keptah en tono de aprecio—, cogollos de girasol en aceite y vinagre, con un discreto condimento de cebolletas y salsa. Éste es uno de los pocos platos romanos que puedo soportar. —Tomó un pedazo de pan y lo sumergió en el recipiente, llevándose luego a la boca lo que pudo extraer de él y comiéndolo con un gesto elegante—. Es cierto que los romanos no son gente civilizada, pero de cuando en cuando tienen sus inspiraciones.

Linus empezaba a impacientarse. Era un mercader y, por lo tanto, amigo de pocos rodeos. Extendió un dedo hacia Lucano y dijo:

—Maestro Keptah, ¿este muchacho es griego sin duda? El dorado cabello y la blancura del cutis, esos ojos azules, todo el aspecto de su expresión son encantadoramente griegos.

— ¿Has visto muchos como él en Grecia? —preguntó Keptah afectando sorpresa—.

No, los griegos son una raza baja de estatura y de complexión morena. Adoraban a los seres rubios por esta razón y los han inmortalizado en sus estatuas. Puedes estar seguro de que el ideal del hombre nunca se parece a sí mismo excepto en sueños. Sin embargo, este muchacho es griego, aunque sin duda sus antepasados descendieron a Grecia procedentes de las frías regiones del Norte o de la Galia, donde los hombres viven en bosques primitivos, se visten con pieles de animales y se adornan con sus cuernos. ¿Verdad que el chico es hermoso y a la vez de una infantil virilidad?

Lucano no podía comprender a su tutor y maestro y se sentía humillado e indignado. Además no sólo temía a Linus y le disgustaba su actitud sino que ahora le detestaba.

La forma de hablar de Keptah, como si Lucano no fuese humano y pudiese hablarse de él como se habla de un excelente caballo o perro, convenció a Linus de que el muchacho era un esclavo y el criado de Keptah.

—Un hermoso muchacho —contestó con complacida satisfacción—. ¿Cómo se llama y qué edad tiene, maestro Keptah?

Keptah continuó bebiendo su vino entornando los ojos con reverencia, Linus esperaba. Sus joyas brillaban en la penumbra de la taberna.

—Tiene sólo trece años, aunque para esta edad es muy alto, como suelen ser los paganos. ¿Verdad que es un chico agradable?

Linus se sintió cada vez más complacido. El muchacho tenía trece años, por lo tanto, no había alcanzado la edad de la pubertad. El viejo senador romano quedó de pronto olvidado. Había señoras patricias, hartas de sus mandos y amantes, damas de gran riqueza, que encontrarían delicioso inducir al muchacho en la pubertad y luego introducirlo en sus propias camas para iniciar su inocencia en las artes del amor. No sería imposible conseguir que pagasen dos mil sextercios por un tesoro así para distraer su aburrimiento. Conocía a la esposa disoluta de un muy distinguido augustal, por ejemplo, bien entrada ya en la madurez, que se perdía por tales muchachos; quedaría fascinada por tal belleza y sería incapaz de resistir la compra. Linus se inclinó hacia Keptah y dijo en voz baja, pero que no se escapó a los oídos de Lucano:

—El noble tribuno es un hombre notable, como has dicho, por su tacañería. Permaneces con él por razones virtuosas, tales como la devoción y lealtad a su familia. ¿No es este muchacho uno de sus esclavos?

—No —dijo Keptah—. En cierta forma me pertenece. El tribuno lo ha dejado en mis manos como premio a lo que tú, amablemente, has llamado mis virtudes.

Los labios de Lucano volvieron a abrirse con una nueva ola de indignación, luego parpadeó a causa del pellizco que Keptah le proporcionó. Linus estaba radiante.

—Quizá, Keptah, podamos llegar a un acuerdo. Tengo clientes en Roma que se mostrarían encantados con este muchacho.

— ¿De veras? —Dijo Keptah—. ¿Un señor acaso, o alguna señora que ha explotado todos los deleites y se siente aburrida? —Se volvió hacia Lucano y preguntó con tono afectuoso—. ¿Te gustaría ir a Roma, Lucano?

—No —contestó Lucano.

Pero Linus le mandaba ya en tono perentorio sacudiendo su dedos.

— ¡Levántate, chico! ¡Quiero examinarte mejor!

Lucano, incrédulo ante un tono de voz que nadie había empleado con él antes y asombrado, se refugió en un extremo de la silla miró a Keptah. Pero el médico le devolvió la mirada en la forma alusiva e impenetrable que sólo él era capaz de adoptar y refugiado en su sombría expresión no dijo nada. Fue esta expresión lo que confundió por completo a Lucano y le hizo ponerse en pie más como un primer movimiento de huida que obedeciendo a la orden de Linus. El rostro de Keptah continuó inexpresivo; apoyó uno de sus largos y enjutos brazos sobre el respaldo de su silla, y los pliegues de su toga cubrieron el brazo contorneando un perfil que parecía cubrir un miembro de hueso.

Linus se acercó a Lucano, y los demás mercaderes, estudiantes y eruditos que se hallaban en la taberna, prestaron franca y curiosa atención al muchacho. "¡Por Venus! —pensó un romano tratante en aceites y perfumes— es ciertamente el mismísimo Adonis con cabello como el sol y unos ojos parecidos al invernal cielo azul del Norte, Es como una estatua, con la dulce firmeza de la juventud en el rostro y la delicada severidad de la inocencia en su boca. ¡Y qué frente! Parece hecha de mármol; esos pies están arqueados como pequeños puentes y su estatura sin duda proviene de los dioses."

El propio Linus se sintió sorprendido ante la estatura de Lucano y un poco desconfiado. Pero la corta túnica blanca del muchacho estaba bordeada con la pálida púrpura de la pre-adolescencia, y los ojos escrutadores de Linus, después de un momento de examen, vieron con claridad que a pesar de la estatura y anchura de hombros el muchacho era muy joven. Lucano miró violentamente cuando Linus extendió su morena mano y levantó la túnica para palpar las posaderas. Sus ojos azules relampaguearon con ira, y, sin embargo, un nuevo orgullo le mantuvo quieto y rígido, como si fuese una estatua.

—Ah —murmuró Linus pensativamente—. Pensaba en un califa rico como Creso si las posaderas hubiesen sido un poco más suaves y redondeadas. Pero esto es a todas luces un hombre en embrión, no un objeto de juego para un caballero persa.

Manejó a Lucano con el grosero interés de quien inspecciona un animal de raza que está a la venta.

Lucano, pese a que en su mente reinaba la confusión y la ira, se percató, por primera vez en su vida, de un mal profundo e inexpresable a causa de su infinita vileza. Oía los murmullos de Linus a medida que continuaba su examen y su carne se estremeció, quedó helada y hubiese sido incapaz de moverse por cuenta propia, como no hubiese podido hacerlo la estatua de mármol a que se parecía. Pero sintió su corazón encogido y su espíritu enfermo a causa del horror que sentía. Percibió abismos que nunca antes había pensado existiesen y las ardientes profundidades de obscenidad que reinan en el espíritu del hombre. En el hogar del virtuoso tribuno nunca había encontrado estas cosas ni había soñado que pudiesen existir. Tampoco se daba completa cuenta de las implicaciones que aquello comprendía, ni las entendía por entero. Era como un niño que corriendo y riendo por una gruta, descubre de pronto una escena licenciosa y aunque sin comprenderla por entero, recibe la impresión de que hay algo vergonzoso y secreto y se siente aterrado.

Las manos de Linus, a medida que palpaban, pellizcaban e inspeccionaban, ejercían sobre el muchacho un monstruoso efecto hipnótico. Se sentía degradado e incapaz de repeler la degradación; sintió que su humanidad era insultada, su integridad asaltada. Y, sin embargo, como una víctima muda, carecía de poder para resistirse. Tan sólo podía continuar mirando ciegamente a Keptah y sentir las náuseas de aquella increíble traición, el fuego de la ignominia y una furiosa ira en su pecho.

Linus, con una deslumbradora sonrisa, volvió a su asiento y dijo a Keptah:

—Quinientas monedas de oro. —Extrajo su bolsa de uno de los grandes discos de oro que formaban su cinturón alrededor de la estrecha cintura. Sacó de ella un brillante montón de deslumbrantes monedas. Seamos breves. Comprenderás, maestro, que no puedo escoltar a este muchacho por las calles a la luz del día. —Tosió e hizo un guiño al críptico médico—. He tenido alguna pequeña diferencia con esos malditos soldados del procónsul y no deseo encontrarme con ellos otra vez. Aquí tienes cien sextercios. Entrégame el muchacho esta noche en la posada, en la calle de las Doncellas, y recibirás las restantes cuatrocientas monedas.

Todo el cuerpo de Lucano se estremecía como si hubiese sido rociado de fuego, y los pulsos en sus sienes palpitaban visiblemente. Uno de los mercaderes exclamó:

— ¡Quinientos sextercios! Es un robo, señor. Yo te ofrezco mil —Medio se levantó en su silla en su excitación.

Entonces Keptah habló con suavidad.

—El muchacho no está a la venta.

Linus se sonrojó indignado, e inclinándose hacia él dijo:

— ¿Qué no está a la venta? ¿Qué no vendes este esclavo... por una fortuna? ¿Estás loco?

—Mil sextercios —repitió el otro mercader, acercándose a la mesa.

Los demás clientes de la taberna aplaudían, silbaban, protestaban y reían. Al oír la conmoción, el tabernero salió a la tienda a toda prisa, llevando con él una bandeja de pastelillos recién salidos del horno. Keptah, haciendo un gesto con el dedo para que se acercara, le dijo:

—Mi buen Sura, ¿Quieres acercarte, por favor, hasta la próxima calle y decir al joven capitán Sextus que Keptah, el médico del noble tribuno Diodoro, requiere su presencia aquí inmediatamente?

El tabernero hizo una reverencia y salió corriendo hacia la calle. Linus se puso al instante de pie jurando. Agitó su puño bajo la inmóvil nariz de Keptah. Los restantes parroquianos quedaron de pronto en silencio, esperando ver qué pasaba.

— ¡Maldito egipcio! —Gritó Linus—, ¡Haré que te corten el cuello! —Hizo un gesto furioso y sus criados acudieron con presteza junto a él con los cuchillos desenvainados y dispuestos. Keptah, sin perder la serenidad respondió:

—No soy egipcio, mi querido amigo de muchas, abominables y desconocidas sangres. Ni soy hombre que desee la sangre de otros. Date prisa y desaparece de aquí antes de que llegue el capitán con sus hombres. No has comprendido. El muchacho es la niña de los ojos del procónsul, que le trata como si fuese su hijo y ha nacido libre en la casa de Diodoro.

Los demás parroquianos, desaparecieron de la taberna a toda prisa sin querer estar presentes cuando llegasen los soldados y temerosos de su brutalidad. Linus quedó solo con sus criados. Miró a Lucano, y sus

delgadas manos se abrieron y cerraron en movimientos inconscientes como si deseasen apoderarse de él y llevárselo de allí al instante. Respiraba entrecortadamente. De pronto dio media vuelta y desapareció de la taberna con la velocidad del viento, sus ropas flotando alrededor de él y seguido por sus criados. Keptah y Lucano quedaron solos. El muchacho se sentó lentamente, su pálido rostro estaba perlado con gotas de sudor y una mirada helada brillaba en sus ojos airados.

Keptah, sin aparentar la más mínima preocupación, tomó un puñado de dátiles y empezó a masticarlos con aprecio, La pila de monedas de oro permanecía sobre la mesa y brillaba en la azulada penumbra. La atención de Keptah se dirigió entonces al muchacho, a quien sonrió:

—Ese mercader sinvergüenza, no se entretuvo en pagar la cuenta —comentó—. Sin embargo, dejó generosamente el dinero y yo la pagaré y me guardaré el resto. Sin duda que él dispuso las cosas así y yo no soy hombre que rehúsa un regalo.

— ¡Cómo te atreves! —Exclamó Lucano, y de nuevo era un niño a punto de echarse a llorar—. No sólo eres un embustero, Keptah, sino también un ladrón y un malvado.

Empezó a llorar y secándose las lágrimas con el dorso de la mano gimió:

—Me has traicionado. Me has avergonzado y degradado. Y yo creía que eras mi amigo y maestro.

—Escúchame, Lucano —contestó Keptah en tono duro y tranquilo. Lucano retiró las manos de sus ojos y miró al médico—. Ya no eres un niño, porque has visto, oído y sentido el mal. Es bueno que lo vayas conociendo, porque el conocimiento del mal nos hace hombres, nos aparte de él. Ahora ya estás armado. —Movió unas cuantas monedas con un dedo— has nacido en un hogar virtuoso donde los esclavos son tratados con gran consideración. Nunca has visto que los tratasen con crueldad sino tan sólo con justicia. Este trato es excepcional. La casa de Diodoro no es, en este concepto, un hogar corriente.

Un brillo feroz y frío apareció en los ojos semi-cerrados por entornados párpados.

—Te han avergonzado; tu humanidad ha sido tratada ignominiosamente; tu dignidad de hombre, insultada. Has visto las cicatrices en las manos de tu padre, que fue antaño un esclavo y como, niño las has aceptado con serenidad, como algo corriente. ¿Has preguntado alguna vez a tu padre qué significa ser esclavo, ser tratado como algo inferior a lo humano, inferior incluso a un perro o caballo valioso? ¿Le has preguntado alguna vez por su propia juventud ignominiosa, su vergüenza y amargura y por la época cuando su propia humanidad era pisoteada? ¿Sabes tú lo que es ser esclavo?

Lucano permaneció quieto. Una o dos lágrimas quedaban aún en sus pupilas. Luego dijo en voz baja:

—No, no. Perdóname. No comprendía. Era un niño y no comprendía. Me has enseñado.

Keptah sonrió tristemente.

—Aprender cuesta lágrimas, dolor y sufrimiento. Esto es justo porque el hombre no puede comprender a Dios cuando es joven, feliz e ignorante. Sólo puede conocer a Dios por medio del dolor, el suyo propio y el de los demás.

—Ningún hombre será para mí, a partir de ahora, esclavo, sino un ser digno. Odiaré la esclavitud con toda mi alma y corazón —respondió Lucano con voz temblorosa.

Keptah colocó su mano sobre el hombro del muchacho con un gesto protector.

—Te he expuesto al mal para que nunca más te encuentres sin defensa. He dejado que la vil atmósfera de la esclavitud te tocase para que nunca más transijas con ella. Y ahora, aquí tenemos a nuestro buen Sextus con dos de sus excelentes soldados. Ah, Sextus, espera un momento, por favor, y bebe un poco de este excelente vino con nosotros. Hemos sido molestados por un despreciable individuo y corremos algún peligro. Quisiéramos tu escolta. Nuestros asnos están atados a alguna distancia de aquí y seguramente las pobres bestias estarán ya impacientes.

— ¿Qué diablura has suscitado hoy? —preguntó el joven capitán de buen humor y con tono algo cínico. Se sirvió una copa de vino y la bebió de un solo trago, mientras la boca de Keptah se torcía en un gesto de censura.

—Bebes este vino como si no estuviera destilado de las propias viñas del cielo —dijo—, como si fuese el vino barato de tus cuarteles.

Sextus chasqueó la lengua, pensó un momento y luego contestó:

—No tiene un gusto demasiado excelente. Eres un malabarista, Keptah. —E hizo un guiño a Lucano. Después, percibiendo la palidez del muchacho preguntó:

— ¿Está el chico enfermo?

—Muy enfermo —respondió Keptah levantándose—, pero no morirá de esta enfermedad.

El tabernero se acercó tímidamente a él, y el médico, con un gesto espléndido, pagó su cuenta y la de Linus, añadiendo una moneda de oro extra como propina. El tabernero se sintió encantado.

—Bueno, señor —dijo—, siento que te hayan molestado, pero no ocurrirá otra vez.

—No hagas promesas imprudentes —contestó Keptah—. Hemos pasado una tarde muy instructiva.

Llenó su bolsa con las restantes monedas de oro y dijo:

—Y ahora, Lucano, vámonos.

CAPÍTULO VII

Diodoro Cirino despertó bajo el peso de tres enojosas impresiones: el marido de la hermana mayor de Aurelia, el senador Carvílio Ulpiano, era un desagradable huésped en la casa. Había llegado la noche anterior, y adoptado un aire de paternal protección porque, al parecer, había olvidado que, aunque miembro de una familia muy antigua y noble, se había casado con Cornelia por causa de su dinero. Este dinero no sólo había contribuido a que llegase a senador (gracias al soborno, decía Diodoro con furor), sino que le había permitido dedicarse a su pasión por el arte egipcio. Había oído hablar de unos jarrones y pequeñas estatuas que databan de la segunda dinastía, y estaba de camino hacia Egipto para tratar de adquirirlas.

El segundo hecho miserable que Diodoro tenía ante sí aquella mañana consistía en que aquel era el día señalado para celebrar sesión con los magistrados sirios en la Casa de Justicia, escuchar las quejas de los nobles locales; de los propietarios y jefes, acerca de los impuestos que se recogían en la provincia y especialmente de los que pesaban sobre ellos, y para recibir los informes de los perversos cobradores de impuestos, a quien Diodoro odiaba más que a ninguna otra clase de hombres. Para Diodoro, un cobrador de impuestos, aunque aparentemente necesario en aquellos degenerados días, era más despreciable que el más sucio chacal y tenía algo que recordaba los hábitos de los chacales, sobre el cual Diodoro maldecía en alta voz en compañía de sus oficiales y en los términos groseros de los soldados. Esto, invariablemente, animaba a las víctimas de los cobradores de impuestos.

Su tercera miseria era que le dolía la cabeza. Conocía aquellos dolores de cabeza que le atormentaban particularmente en días como aquél, y todo el arte de Keptah apenas si podía aliviarle. Se había despertado con un repentino y deslumbrador relámpago de luz ante los ojos. Luego había sentido náuseas; después la aguda disminución de la visión y la temporal pérdida de vista y, por último, aquel maldito dolor de cabeza en uno de los lados. El hecho de que Keptah le dijese en tono doctoral que era una migraña y que Hipócrates había escrito un largo y exacto tratado acerca de ella, no disminuía su dolor ni el martilleo en el lado izquierdo de su cabeza, ni la sensación de que la muerte no sería a fin de cuenta una visita desagradable.

— ¡Que el infierno trague a tu Hipócrates! —Decía furiosamente a Keptah—. No, no más infusiones ni más pociones.

Pero invariablemente se sometía a las infusiones y a los brebajes y después triunfalmente vomitaba ante Keptah y le miraba con mirada acusadora. La migraña no le abandonaría hasta el atardecer. Tan pronto como dejase Antioquía, de regreso a casa, desaparecería todo, excepto la agradable debilidad que anticipaba los amantes cuidados de Aurelia y su preocupación. Sometido a los cuidados de su esposa, diría a Keptah:

—Ves, las manos de una mujer son más sabias que las de cualquier médico.

A esto Keptah sólo sonreía. Había dicho una vez a Diodoro que los dolores de cabeza eran una protesta contra los magistrados y los cobradores de impuestos a quienes detestaba, pero Diodoro se había sentido tan enfurecido ante la insinuación de mujeril histerismo, que Keptah nunca más había repetido la indiscreción. Diodoro, el romano virtuoso, creía que los miembros de un hogar responsable debían levantarse antes del amanecer. El senador no se levantaba al amanecer y Aurelia, que sentía afecto incluso por su cuñado, no permitía que los esclavos hiciesen el asalto habitual y bullicioso con escobas y estropajos sobre las columnas, suelos y paredes hasta que el senador hubiese pedido su desayuno en cama. Esto, para el tribuno, era degradación sobre degradación. ¡Una casa sucia y el desayuno en la cama! Era el típico caso de la moderna Roma, por supuesto. El séquito del senador, esclavos consentidos y secretarios (siempre estaba escribiendo cartas, incluso cuando visitaba a Diodoro «asegurándose de que sus clientes no olvidasen mantener sus cofres llenos durante su ausencia», eran instalados invariablemente en las mejores habitaciones de la parte de la casa dedicada a los esclavos. Normalmente traía dos jóvenes y hermosas esclavas, lo cual aumentaba la ira de Diodoro que terminaba cerrando a las muchachas enojado.

—En esta casa no habrá orgías —decía al indulgente y sonriente senador, que siempre se sorprendía ante las hermosas esclavas que habitaban aquella casa y que nunca despertaban el interés ni la mirada del dueño.

Además, el senador usaba agua de colonia y aceites perfumados, ante lo que Diodoro exclamaba en voz alta:

— ¡No sólo una casa sucia y el desayuno en cama, sino perfumes!

Encontraba al senador insufrible, lo cual convenció a éste de que Diodoro debía permanecer en Siria a pesar de sus cartas a Roma. Esto era una cuestión sobre la cual el senador aún no había hablado con su cuñado. Pensó que necesitaba antes un prolongado descanso. Todo el viaje hasta Antioquía lo había pasado mareado. Además, Diodoro era un hombre difícil.

El dolor de cabeza era extraordinariamente severo aquella mañana, y Keptah, mezclando pociones mientras su señor gruñía que no las tomaría, comprendió que Carvílio Ulpiano representaba una tortura extra que añadir a su enfermedad. Dio la copa a Diodoro y dijo suavemente:

—Un estudiante de Hipócrates preguntó en cierta ocasión al gran médico: ¿Un asesinato consentido no calmaría los sufrimientos de un paciente? A lo cual Hipócrates respondió: Sin duda alguna".

— ¿Estás insinuando que si yo cometiese un asesinato, digamos de alguien elegido a capricho y sin sentir repugnancia, mi dolor de cabeza desaparecería? —preguntó Diodoro enfurecido y sentándose en la cama.

Keptah asintió. Diodoro empezó a jurar, luego sonrió con añoranza pensando en su cuñado.

— ¡Agua de rosas! —murmuró—. ¡Uf!

Se hundió de nuevo entre las almohadas y se dedicó a fantasear placenteramente. La migraña perdió un poco de intensidad y esta vez Diodoro no devolvió la poción. Sin embargo, aún estaba en malas condiciones y de muy mal humor cuando salió de la casa a la fresca y brillante mañana, sin haber desayunado, porque no

podía comer cuando le afligía el dolor. Este descendiente de una larga línea de cerdos podía por lo menos haber traído a Cornelia con él —pensó—, para que visitase a mi esposa en lugar de traer cartas de su parte.» Pero Cornelia, tan sencilla, simple y poco imaginativa como Aurelia, hubiese inhibido algo las diversiones del senador. Diodoro se consoló a sí mismo pensando que las visitas del senador eran pocas y muy espaciadas.

La migraña, después de un primer momento en el que la vista disminuía, siempre hacía que Diodoro viese las cosas con una claridad anormal, demasiado agudamente, en forma tal, que el ver ya era de por sí doloroso. Esta intensa conciencia de las cosas le deprimió. Oyó reír y parpadeó, llevándose una mano a la cabeza. ¿Quién podía reír mientras el dueño de la casa estaba muriendo de dolor y temiendo el ruido, los crujidos y repiqueteo de la cuádriga que pronto llegaría para llevarle a Antioquía? Murmurando palabras que nunca usaba con nadie, salvo con los cobradores de impuestos, dejó el patio y salió a los jardines. Su hija Rubria y Lucano jugaban a la pelota con dos jóvenes esclavas y hacían un ruido capaz de despertar a los mismos muertos. «Esto es —pensó Diodoro— bastante para despertar a cualquiera, excepto al perfumado y aceitado senador.»

Era un cuadro agradable, el de la doncella de oscuros ojos vestida con una larga y sonrosada túnica corriendo para coger la pelota que Lucano o una esclava tiraban, sus mejillas rosadas y su negro cabello flotando al aire. Lucano parecía un rubio y juvenil dios, contrastando con ella; las esclavas, vestidas con la misma sencillez que su joven señora, e igualmente encantadoras, parecían ninfas; sus blancos pies estaban salpicados de rocío, las rojas y morenas trenzas flotaban detrás de ellas cual banderas. Alrededor de los jóvenes, el jardín parecía recién salido de las manos de Ceres; las palmeras se inclinaban y murmuraban en el perfumado aire; brillaban las estatuas, las fuentes saltaban como nítida plata y la bóveda celeste estaba teñida del más inefable azul.

Por un momento el mal humor de Diodoro se suavizó. Contempló a las muchachas y al chico y pensó: « ¡Qué maravilloso es ser inocente y bello!» Después volvió de nuevo a estar enfadado. Nadie tenía derecho, ni incluso una doncella y un chico, a ser inocentes en un mundo podrido, compuesto de perfumados senadores, viles cobradores de impuestos, magistrados, oficiales y césares que no contestaban a cartas urgentes.

«La niña tiene catorce años ahora; debiera estar ya prometida y preparándose para el matrimonio», pensó Diodoro con resentimiento. El hecho de que el senador hubiese mencionado discretamente a uno de sus propios hijos, que tenía diecisiete años y estaba dispuesto para el matrimonio, y de que esta mención hubiese hecho que Diodoro apareciese como un verdadero Marte con ojos enrojecidos por el furor, fue completamente olvidada por el tribuno. Rubria, aunque aún demasiado grácil, y propensa a repentinos ahogos y a una blancura excesiva alrededor de sus labios cuando se cansaba, tenía ya un pecho redondo, y sus piernas, que brillaban inmodestamente bajo su flotante túnica, eran indiscutiblemente las piernas de una mujer. Diodoro se sintió abatido ante este nuevo aspecto de su hija y ante el hecho de que aún no estuviese prometida. Se sintió enfurecido con Lucano por alguna oscura razón. Alzó la voz y con tono estentóreo dijo:

— ¿Qué es este juego? ¿No es acaso la hora de la escuela? ¿Por qué este desenfreno?

Las esclavas le miraron aterrorizadas y huyeron hacia la parte de atrás de la casa como pétalos esparcidos por el viento. Rubria, aún sonriendo, quedó de pie con la pelota en sus gráciles manos morenas, y Lucano se ruborizó.

—No es la hora, padre —dijo la niña, y corrió a besarle. Enrolló sus brazos alrededor de su cuello y él no pudo evitar el responder a sus caricias. Pero miró con el ceño fruncido a Lucano.

— ¡Dieciséis años —exclamó— y jugando con chicas! ¿No puedes encontrar compañeros de juego mejores entre los de tu propio sexo?

Rubria le besó de nuevo en la forma en que lo hacía su madre, pero el padre siguió mirando a Lucano con el ceño fruncido y sombrío, por encima del hombro de su hija. El joven permaneció en silencio, su dorada cabeza alzada orgullosamente y su rostro frío y remoto.

— ¿Y con quién va a jugar? —preguntó Rubria, mientras sus manos acariciaban los brazos de su padre. No se sentía turbada, había aprendido de su madre a tratar a Diodoro como un querido pero, de cuando en cuando, furioso niño—. Ninguno de los esclavos tiene su edad, y no hay familias que tengan hijos cerca de nosotros —dirigió a Lucano una sonrisa y una maliciosa mirada—. Además, es demasiado serio.

—No demasiado serio para descuidar sus lecciones y entretenerse en tonterías de niño —dijo Diodoro. No le gustaba el joven aquella mañana—. ¿Acaso hay que esperar que el reloj de arena haya dejado caer el número exacto de granos antes de empezar a estudiar? ¿En tal irresponsable debo gastar mi dinero?

Lucano le miró con unos ojos azules claros y duros y abrió la boca para responder furiosamente, pero entonces vio que Diodoro tenía un color amarillo enfermizo y que no se había afeitado. Su barba era oscura sobre la gruesa piel. Lucano recordó que éste era el día de los magistrados y cobradores de impuestos y que en tales días Diodoro inevitablemente tenía mal humor. La barba sin afeitar era un signo tan seguro como la lectura de un reloj de agua. Por lo tanto, respondió con suavidad:

—Haces bien en reprobarme, señor. —Después se alejó de allí andando con movimientos graciosos, y Diodoro le vio marchar más deprimido que nunca.

—Vete con tu madre —dijo a su hija con una rudeza desacostumbrada. La cuádriga se acercaba. Podía oír su infernal ruido y repiqueteo, y parpadeó de nuevo mientras emitía un quejido. Rubria le besó, acarició su rostro, le dirigió una mirada de cariñosa conmiseración y se alejó de allí. Diodoro la siguió con su mirada hasta que se perdió de vista y sintió que el corazón le dolía. Ayer era una niña, en el pecho de su madre; hoy ya era una mujer, y pronto abandonaría a sus padres. Era una de las más insoportables trampas de la naturaleza. Pensó de nuevo en Lucano y otra vez su incomprensible furor volvió. Había visto la ardiente mirada que Rubria

dirigía al muchacho y cómo Lucano había respondido con una profunda sonrisa. Diodoro azotó a sus caballos y se sintió atemorizado. Si a él no le era posible marchar de aquel lugar, enviaría a Rubria a Roma e incluso el hijo del senador, que era un frágil y estudioso muchacho, no precisamente el ideal para Diodoro, haría un yerno soportable. Por lo menos algo del dinero volvería a la familia, pensó Diodoro, que consideraba ofensivo que Carvílio Ulpiano pudiese gastarlo.

Un viejo orgullo volvió al romano, y su corazón se endureció con la afrenta. Le molestaba ahora que Lucano, el hijo de un liberto, pudiese siquiera mirar amorosamente a su hija. Olvidó, en su creciente y negra ira, que Lucano era el hijo de Iris, a quien no había visto desde hacía mucho tiempo y cuando la veía era únicamente pasar a distancia. Diodoro decidió tener una seria conversación con Aurelia aquella misma noche. Él, Diodoro, mantendría la promesa de educar al joven, a: fin de que éste pudiese servir a la familia humildemente; una esclava de alguna categoría, modesta y hábil en las artes de la casa, sería liberada y su matrimonio con Lucano arreglado. El señor romano tan sólo tenía que mandar y sin duda mandaría. Que Lucano llevase a su esposa a Alejandría con él y que ella cuidase de la humilde casa para su esposo estudiante, cociese su pan y le sirviese el vino inferior que propiamente le correspondía. «He sido suave y débil», pensó el tribuno, mordiéndose el labio inferior y castigando con el látigo a sus caballos. «He olvidado, en esta sofocante, suave y depravada provincia., que soy romano. He tratado a mis esclavos como si fuesen mis iguales.»

Había olvidado también muchas otras cosas. El rostro de Eneas se alzó ante él —aquel insignificante, dulzón, suave de palabras, imitación de hombre—. La ira le cegó los ojos por unos momentos y su corazón palpitó como si hubiese sido humillado más de lo que podía soportar. Luego una vieja angustia, indescifrable, volvió a morder su pecho. Estaba en un humor vengativo cuando llegó a Antioquía. Nunca había matado a un hombre, excepto en batalla, pero ahora deseaba matar. Si él fuese Hércules, destrozaría aquella ciudad con sus manos desnudas. Su nariz, asaltada por los olores de la ciudad, percibió el olor predominante que flotaba en ella: olor de orina. «Una ciudad que parece un urinario...» ¿Y qué hacía un procónsul romano conduciendo él su cuádriga como un pobre mercader? ¿No se le respetaba? ¿Dónde estaban sus oficiales, sus soldados? Olvidó que él mismo había dispuesto las cosas así y que con frecuencia afirmaba que era un soldado sencillo, no un afeminado como los que vivían en la moderna Roma y que Cincinato había cabalgado por la ciudad imperial sobre el lomo de un asno, sin ningún ayudante salvo aquellos pobres granjeros como él. ¡Habrá que hacer un cambio!», se prometió a sí mismo Diodoro en un silencio amenazador.

Fue recibido por Sextus y una tropa de soldados, cubiertos con yelmos y escudos, armados, como era costumbre el día que se administraba justicia. Diodoro gritó a Sextus, con su rostro congestionado por la ira.

— ¿Es ésta la hora más temprana en que puedes salir de la cama y venir a mi encuentro para escoltarme? ¿Soy acaso un perro provinciano o un magistrado indigno de honores y de escolta, y debo conducir mi carro como el más pobre campesino desde mi propia casa?

Sextus estaba acostumbrado al mal humor del tribuno en días como aquél, pero no a tales ataques contra su integridad de soldado y de oficial valioso y leal. Por lo tanto, se sintió anonadado.

No se refugió en una reserva militar y obediente, como había aprendido debía hacer cuando fuese azotado por la lengua de un superior, sino que exclamó en respuesta:

—Noble Diodoro, me he limitado a obedecer tus expresas órdenes. Constantemente has rehusado la escolta, has ordenado que ningún soldado permanezca cerca de tu casa. —Miró a Diodoro con desmayo y sus soldados mantuvieron rostros inexpresivos, y se miraron unos a otros mientras alzaban las fasces y las banderas.

Diodoro detuvo sus caballos con tanta violencia que éstos se encabritaron y estuvieron a punto de patear el rostro de Sextus. Sin embargo, éste no retrocedió. Sus juveniles ojos brillaron con reproche y excitación.

— ¡Vamos, por Zeus! —Gritó Diodoro azotando a sus caballos—. ¿Dónde está tu discreción militar? —Consiguió controlar a los caballos y juró contra ellos—. ¡No sólo me acompañarás hoy a la Casa de la Justicia, sino que volverás conmigo a mi casa y permanecerás allí presto a mis órdenes!

Partió a galope y Sextus hizo un gesto de desmayo. Después, volviéndose hacia los soldados, dio una orden seca de seguir tras el tribuno. La cuádriga de Diodoro estaba ya al final de la empedrada calle, envuelta en una blanca nube de polvo calizo. Sextus y sus soldados iniciaron un trote militar tras él y la humillación del joven soldado fue completa ante la mofa de los transeúntes. Rechinó los dientes con ira.

Bien porque los magistrados fuesen más aburridos que de costumbre, o los informes de los recaudadores de contribuciones más tediosos, o los mercaderes locales más quejosos que otras veces, el caso es que para Diodoro aquel fue el peor día que recordaba. Gritó, golpeó con el puño sobre la mesa esparciendo papeles; denunció, insultó y adscribió vergonzosas ascendencias a los magistrado, jueces, nobles y cobradores de impuestos por igual. Tenían cabezas de asno; sus madres habían estado entregadas a innumerables obscenidades desde la pubertad; eran analfabetos y habitaban el más despreciable y depravado país del mundo. Tenían inteligencias de mosquito. Antioquía era una cloaca, y ellos habitantes dignos de tal lugar. Les despreciaba en el lenguaje más descriptivo que podía usar. En alguna ocasión, sin duda, había ofendido en forma imperdonable a los dioses porque de otro modo no estaría allí. Les envió a todos a Plutón; puso en tela de juicio su honradez, sus decisiones y sus informes. Eran unos ladrones, mentirosos, idiotas e inútiles. Aunque sus muñecas estaban sujetas con muñequeras de cuero se dislocó una mano de tanto golpear con el puño sobre la mesa de madera, y su rostro, congestionado y escarlata, parecía a punto de estallar. No quiso comer nada, y cuando le ofrecieron vino expresó su opinión sobre él y escupió con desprecio.

Cuando por la tarde salió de allí una tempestad de dolor rugía en su cabeza y los músculos del cuello se contraían en espasmos dolorosos. Quienes quedaron detrás estuvieron de acuerdo por primera vez. El tribuno estaba loco, sin duda alguna, y era un bestia como todos los romanos. Mercaderes y cobradores de impuestos unieron sus cabezas y conferenciaron unos con otros. Los magistrados expresaron con murmullos su ferviente esperanza, no sólo de que el tribuno descendiese pronto al infierno, sino también que Roma le siguiese.

Sextus se había agenciado caballos para él y tres de sus oficiales jóvenes, y galoparon tras la cuádriga de Diodoro. Apenas si podían conservarse a la altura del tribuno. «Conduce como Apolo —pensó Sextus—; con habilidad, pero sin la belleza de Apolo. Debería acudir a las carreras del circo. ¡Dioses, va a matar a esas pobres bestias!» Pero su corazón militar estaba lleno de consternación. El tribuno se hallaba aparentemente enfermo y, por el momento, fuera de sus cabales. Sextus invocó a Marte, mientras galopaban tras de Diodoro por la mal pavimentada carretera.

El húmedo calor era intenso y bajo las armaduras los hoscos soldados sudaban sintiendo que los escudos pesaban demasiado. Uno o dos de ellos se preguntaban qué clase de castigo les esperaría por unas faltas que desconocían.

El senador Carvílio Ulpiano estaba elegantemente sentado en el pórtico exterior de la casa con su cuñada Aurelia, paladeando uno de los vinos más caros de Diodoro y comentando su calidad para sí en un lenguaje muy expresivo. Aurelia, como buena ama de casa, cosía con hacendosidad, un hábito vulgar que también tenía su hermana Cornelia, la cual nunca llegaría a ser una dama elegante. Fueron sorprendidos por el tronar de cascos de caballo y la visión de una gran polvareda luminosa en la distancia. El senador se puso en pie al tiempo que sus blancas ropas caían a su alrededor, y exclamó:

— ¡Por Mitra! ¿Es el Minotauro que se acerca o Plutón que sale violentamente de debajo de la tierra?

—Probablemente es Diodoro —respondió Aurelia imperturbable. Este es siempre un mal día para él. Pero, ¿no vienen otros caballos con él?

Apartó su costura y permaneció en pie mirando y escuchando. Era una mujer joven y optimista y nada que se saliese de lo corriente le parecía amenazador.

— ¿Traerá huéspedes con él para cenar?

—Si son huéspedes no hay duda que deben ser corredores que se entrenan —contestó el senador, cubriendo sus ojos con la mano para protegerlos del sol del atardecer y tratando de ver a lo lejos.

De pronto rompió a reír al ver a Diodoro azotando a sus caballos y de pie en la cuádriga como un corredor, y los soldados a galope tras él envueltos en una radiante nube de polvo. Empezó a aplaudir y gritar con entusiasmo, como alguien que estuviese añorando a los corredores del circo.

— ¡Lo conseguirá! ¡Llegará el primero a la puerta!

— ¡Dios bendito! Con este calor —murmuró Aurelia— y con su dolor de cabeza. ¿Por qué vienen Sextus y los otros con él?

— ¿Soy su esposa para saber lo que suele hacer Diodoro? —preguntó el senador aún riendo.

Diodoro llegó como un trueno a la puerta, saltó de la cuádriga y arrojó las riendas a un lado. Sus seguidores frenaron violentamente y apenas si tuvieron tiempo para evitar estrellarse contra el carro. Sus caballos se movieron, bracearon y se encabritaron alrededor de él, relinchando de cansancio. La luz del sol se reflejó en las armaduras y cascos de los soldados y la espuma que cubría los caballos. Diodoro cruzó por la puerta con rapidez y luego por el patio exterior. Miró al senador e ignoró a su esposa.

— ¿Cómo? ¿Todavía estás aquí? —preguntó en tono áspero—. ¿No empiezas aún a echar de menos a tus bacantes y corifeos, ni sientes ansiedad por tus gladiadores y actores favoritos?

Estaba jadeante, con las sienes enrojecidas y chorreando sudor.

—Querido —empezó Aurelia, asombrada por la rudeza y el aspecto de su esposo. Dio un paso hacia él, pero el tribuno la apartó con un gesto.

—Vete a tus habitaciones, mujer —dijo sin mirarla, y Aurelia recogiendo sus labores desapareció tras las columnas de la casa con lágrimas en los ojos. Diodoro nunca le había hablado en aquel tono.

El senador no perdió la calma. Se mantuvo allí de pie, mostrando su alta elegancia y con un gesto de humor en el rostro. Pensó que Diodoro era un grosero, un militar imbécil cuyo temperamento, como el de todos 1os militares, era más propio de un animal que de un hombre. Alzó las cejas, sonrió y contemplando enigmáticamente la copa que sostenía en su mano respondió:

—Baco desdeñaría tal vino, mí querido amigo y hermano, y, por lo tanto, aunque los echo de menos, a mí alrededor no acuden las bacantes.

El sutil insulto hizo estremecer a Diodoro. Se mantuvo en pie ante aquel suave patricio de manos delicadas y elegante toga como la figura selvática y oscura de un bárbaro militar, cubierto de polvo, con ojos brillantes y rostro enrojecido y convulso. Su jadeo era claramente audible en la tranquilidad del atardecer. Se quitó el casco y lo tiró sobre las piedras del suelo. Carvílio Ulpiano tomó un delicado sorbo de vino y movió su cabeza con un gesto de censura. El casco rodó y repiqueteó sobre el pavimento.

El senador volvió a sentarse con un gesto elegante. Sus sandalias eran de plata y cintas de oro.

—Siéntate —sugirió, con el tono de un hombre que recibe en su propia casa a otro de inferior condición—. Toma un poco de vino; te refrescará. ¿Sigue el dolor de cabeza siendo tan intenso? Mi médico, que está aquí conmigo, tiene una medicina muy beneficiosa. ¿Quieres que requiera sus servicios?

Sentado en la silla tenía el aspecto de una figura majestuosa y cómoda que contrastaba con el crudo pórtico y frente a una casa que él creía plebeya en extremo y apropiada sólo para un superintendente de esclavos.

— ¡Que Mercurio maldiga a tu médico! —Respondió Diodoro—. Se dejó caer en una silla y empezó a secarse el sudor de la frente con las manos. Cuando el senador le ofreció su propio y perfumado pañuelo para que se enjugase, lo rechazó con un juramento. El senador se echó a reír.

—Debe haber sido un día muy excitante en la Casa de la Justicia —comentó sirviéndose una fruta almibarada de una bandeja de plata que reposaba en una mesa junto a él. Miró alrededor en busca de un criado. Era esperar demasiado que en aquella bárbara casa hubiese un criado a mano, por lo tanto, el propio senador escanció una copa de vino para el tribuno y se la ofreció con una leve reverencia. Diodoro quiso rechazarla, pero su boca estaba seca y áspera de polvo y fiebre, por lo que cogió la copa y la vació de un largo trago. Empezaba a sentirse embarazado por haber insultado a su huésped, aunque éste fuese su cuñado. Estaba sentado, con las piernas separadas y su poderoso y enjuto cuerpo inclinado hacia delante y la cabeza un poco caída. Contempló el interior de la copa vacía y dijo sombríamente:

—Todo mi cuerpo es una pura y dolida irritación.

Carvílio Ulpiano se preguntaba dónde estarían sus propios criados. La plebeya libertad y falta de costumbres de aquella casa sin duda les había contagiado, y andarían criticando con los demás esclavos de la casa. Sin embargo, se sintió cómodo. Encontraba el aire de Siria tranquilo y la temperatura gratamente cálida para un hombre poco sanguíneo como él.

El senador comprendió que Diodoro se disculpaba ante él menos que por sentirse furioso, como por haber cometido una falta grave contra las buenas maneras, seria incluso para un soldado. Adoptó una expresión aristocrática, agradable y comprensiva, y sus pequeños ojos, pálidos, de color indefinido, adoptaron el aire benigno que usaba cuando trataba con sus clientes, especialmente con aquellos propietarios de los que espera un favor particular o una tarifa respetable.

El tribuno se puso en pie y se quitó la coraza, aflojó el cinturón de cuero y se desprendió de la corta espada, dejándolo todo sobre una silla. Se mantuvo en pie, cubierto sólo con la túnica de tejido casero color rojo tierra que la industriosa Aurelia había hilado, tejido y cosido para él. Sus musculosas piernas, brazos y pecho, cubiertos de crespo vello negro, exhalaban tal fuerza, masculinidad y sudor que el senador cerró sus delicados ajos. «Los soldados —reflexionó— son inevitablemente violentos y estúpidos, y Diodoro no es una excepción.» Aunque Cornelia, aquella simple mujer, afirmaba que los libros que el senador estaba constantemente obligado a mandar a Antioquía eran para el uso personal de Diodoro, el senador no lo creía. Era un vándalo. Él, su padre y todos sus ascendientes tenían en Roma reputación de absoluta integridad, honor, virtud y cualidades militares. Esto, consideraba el senador, eran sus cualidades: faltos de imaginación, groseros y poco inteligentes. A pesar de todo, aunque los augustales se reían de Diodoro e incluso el frío César Tiberio sonreía a la mención de su nombre, tenía influencia en Roma entre aquellos que eran igual que él, y nunca se podía desestimar el poder de los tribunos y los militares, pese a su falta de inteligencia.

Diodoro llenó de nuevo la copa y un poco de vino cayó sobre sus manos. La rojiza luz del sol se reflejaba sobre las blancas paredes de la casa y transformaba las columnas en sonrosados pilares. Un perfume dulce y cálido procedía del jardín en la parte de atrás de la casa y las palmeras murmuraban. Todo estaba tranquilo y en paz, y aquella quietud era buena para los nervios de un caballero que acababa de llegar de Roma, donde el mismo aire que se respiraba estaba cargado de intrigas. Diodoro volvió a sentarse, y repitió en un tono menos agresivo, pero más firme:

—Todo mi cuerpo es una pura y dolida irritación.

El senador suspiró y contempló sus enjoyadas manos pensativamente. No podía evitarlo, pero lo intentó.

—Seguramente que no es —dijo— a causa de esta tranquilidad y del poder que tienes en toda la provincia. César está muy satisfecho de ti. Me dijo un poco antes de partir: «Mis saludos a nuestro buen Diodoro y dile que no conozco otra provincia que esté mejor gobernada.»

—Quiere decir —respondió Diodoro con rudeza— que yo no soy un ladrón ni un embustero, que le envío las contribuciones puntualmente y que manejo los asuntos de la provincia con tanta justicia como es posible para evitarle dolores de cabeza.

El senador suspiró de nuevo. Tenía una cabeza estrecha y delgada, cubierta con escaso pelo oscuro. Su boca era demasiado afeminada y excesivamente roja para un hombre. Diodoro continuó, y su voz tembló un poco:

—Recuerdo a mi antiguo camarada de armas, Cayo Octavio, a quien vuestros petimetres llamaban Augusto. Cuando me escribiste que había muerto en Nola, el ancestral hogar de sus padres, y en brazos de su esposa, sentí que mi corazón se rompía. No reconozco a su sucesor como a mi César, por lo menos en mi corazón, y a pesar de que vosotros habláis de él como una divinidad, ¡divinidad!

El senador miró a su alrededor con rápido gesto. Esperaba que nadie les estuviese espiando, alguien que pudiese repetir afirmaciones tan peligrosas. Tosió y murmuró:

—Un hombre debe ser discreto. No te muestres tan airado, mi buen Diodoro. Si no recuerdo mal, en las cartas que me dirigías te quejabas de que tu «viejo camarada de armas» había finalmente destruido la República Y extinguido las libertades políticas. Quemé aquellas cartas porque eran muy peligrosas.

—Absurdo —contestó Diodoro, con ira y acento sombrío—. Le escribí a él mismo en relación con este asunto. Los viejos amigos, los antiguos compañeros de armas, son honrados unos con otros. Yo era como un hijo para él. Discutimos acerca de los honores que había aceptado y mi padre discutió también con él por las mismas razones. Sí, la República murió con él y no fue únicamente por su falta. Era un excelente soldado, mejor, en mi opinión, que el propio Julio César. Al buen soldado se le pueden perdonar muchas cosas, aunque

no, por supuesto, la usurpación de poder, y, por lo tanto, yo mismo le reprendí muchas; veces y él me dijo, cuando ya era un viejo lleno de sabiduría: «Los ciudadanos corrompidos incuban gobernantes corruptos y es la multitud la que, al fin de cuentas, decide cuándo ha de morir la virtud.»

En contra de su voluntad, el senador se sintió sorprendido y por primera vez, empezó a sentir respeto por Diodoro, capaz de reprender a un Cesar con impunidad y recibir de él una respuesta de excusa.

—Ese indeseable que ahora está coronado con hojas de laurel y que es un individuo de sangre fría, puede ser técnicamente mi emperador, y yo le sirvo como soldado, como mi padre sirvió a Cayo Octavio, pero no tengo por qué pretender que le adoro y le considero como uno de los dioses. —Diodoro se movió inquieto en la silla—. Además, deseo volver a mi granja cerca de Roma y olvidar vuestras malditas multitudes, toda vuestra política y depravación, y quedarme con mi familia bajo mis árboles frutales.

— ¿Y olvidar también que eres un soldado, mi fiero Marte?

Diodoro vaciló.

—Si Roma me necesita como soldado, deberé responder: No soy necesario en Siria. Enviad aquí a uno de vuestros sinvergüenzas que ocupe mi plaza; él encajará en este condenado lugar mejor que yo. —Suspiró profundamente—. Por lo menos, mi César era un hombre virtuoso y su esposa fue querida hasta su muerte durante más de cincuenta años. ¿Es Tiberio un hombre así?

El senador frotó su barbilla y su mirada recorrió el pórtico y la abierta puerta. Con mucho tacto respondió:

—Soy un hombre a quien no gustan las discusiones; mi tarea es la política y aunque veo con frecuencia al César, nunca discutimos cosas que puedan dar pie a controversias.

—En otras palabras: Tiberio no ha hecho caso de mis cartas y tú no las has discutido con él. —Los vehementes ojos de Diodoro destellaron.

—Paciencia, paciencia —murmuró el senador, mientras se preguntaba cuándo servirían la cena. Empezaba también a sentir dolor de cabeza. Luego añadió, esperanzado:

— ¿Habrá invitados a la cena?

Unos invitados producirían un efecto tranquilizador sobre aquel intratable soldado.

— ¡Invitados! —Exclamó Diodoro—. No. ¿Acaso vaya invitar en mi casa a mis inferiores? No conoces Antioquía te lo aseguro. Es aquí donde me irrito. Si no visitase una vez o dos al año al procurador de Judea, me moriría de aburrimiento e ira. ¿No esperarás un banquete como los que estáis acostumbrados a celebrar en Roma con Tiberio?

«¡Oh, dioses!», pensó el senador con desmayo. Pero dijo en voz alta, con acento razonable:

— ¿Por qué estás en contra de Tiberio? Después de todo, es un magnífico soldado: ha disminuido los impuestos tanto como ha podido en nombre de la economía; es, relativamente, un hombre honrado y un caballero honorable; es justo en el trato con las provincias y ha consolidado el Imperio. En cuanto a los banquetes, como soldado, Tiberio no disfruta de ellos. ¿Te crees que es un Baco?

—Estuve con él en una campaña —dijo Diodoro sombríamente y frotándose su dolorida frente—. No puede compararse a Cayo Octavio —añadió en tono defensivo—. Es un espíritu silencioso y un hombre frío. Tiene demasiadas deferencias con vosotros los senadores; consiente que demasiadas lenguas sueltas anden libres, y esto no es propio de un emperador. No impone disciplina…

—Sin embargo, al contrario que tu querido Octavio, es un romano de tu propia clase. Cuando ascendió al trono había menos de cien millones de sextercios en el tesoro. Ahora la cantidad aumenta día por día. Es muy frugal...

—Sin embargo —repitió Diodoro—, usa perversos espías e informadores, lo cual no haría ningún soldado. Cuando un hombre desconfía de sus propios compatriotas y teme el asesinato, habría que examinar a tal hombre. —De nuevo miró al senador con ira—. ¿Por qué no contesta mis cartas?

—Porque estás administrando esta provincia a su completa satisfacción. Si no lo hicieses te llamaría abruptamente. Te lo aseguro: Tiberio y tú sois de la misma clase.

—Esto no me enorgullece —dijo Diodoro. Se levantó—. Si yo fuese el César os pondría a vosotros los senadores en el lugar que os corresponde.

—En otras palabras: serías un tirano —dijo el senador sonriendo.

—Impondría disciplina — respondió Diodoro ajustándose el cinturón de su túnica—. Apoyaría a los hombres «nuevos», las clases medias en Roma; a los hombres ilustres del campo, a los mercaderes, comerciantes, abogados, médicos y constructores. Ya sé que ellos no son patricios, pero tampoco lo soy yo. Muchos de ellos proceden de antiguas familias etrurias. —Sus ojos brillaron—. En cuanto a lo que a mí respecta, daría Italia a los etruscos y les dejaría, a ellos, a los «nuevos» hombres romanos, que tratasen a la canalla romana, y no la adulasen como hacéis vosotros, los senadores, para lograr sus indignos favores. Tampoco llenaría mi palacio con gladiadores, sinvergüenzas y libertos, ni les llamaría mis clientes. ¡Canalla!

El senador se sentía bastante divertido.

—Tiberio no es Catilina, y en cuanto a mí se me alcanza, los hombres «nuevos» no han conseguido ningún nuevo Cicerón.

Diodoro empezó a alejarse, gruñendo su desdén. Se detuvo un momento y dijo:

-Recordarás, mi buen Carvílio, que cenamos cuando suena el gong. Entre tanto, voy a lavarme el polvo pegajoso de Antioquía de mis manos y cara.

El senador quedó solo en la purpúrea y decadente luz del atardecer; se reclinó hacia atrás en su silla y suspiró con satisfacción. Unos pocos días más aliviarían por completo su nerviosismo. Aquella casa, aunque

bárbara, con pocos muebles y carente de toda clase de lujos y distinción y en especial de marfiles, cristales valiosos, con pocas estatuas buenas ni aún de los dioses, sin candelabros de bronce corintio, ni pinturas de mérito, y a pesar de que los dormitorios eran simples agujeros destinados al sueño primitivo y animal y no al placer, respiraba un reposo sencillo. Mejor aún: nadie esperaba de él ningún favor y no había necesidad de mantenerse en guardia. Los bárbaros eran en ocasiones, dignos de ser admirados. También consideró que en Roma no le perjudicaba lo más mínimo estar asociado por matrimonio a la respetada y antigua familia de Diodoro. Incluso Tiberio sonreía a Carvílio Ulpiano con más frecuencia que a sus colegas, y aunque su sonrisa era invariablemente apenas perceptible y ácida, por lo menos era una sonrisa. Además preguntaba por Diodoro con cierta regularidad.

Las fuentes en el jardín de detrás de la casa, murmuraban un claro y musical sonido en el silencioso atardecer y los pájaros coreaban esta música Desperezándose de placer, el senador se levantó y se dirigió hacia los jardines. Tenía su propia finca fuera de las puertas de Roma, pero no podía recordar que fuese tan tranquila, como aquella, ni que las fuentes murmurasen tan armoniosamente ni reflejasen igual la dorada curva de la saliente luna. El oeste se había transformado en una serie de pequeños lagos de fuego rodeados por un deslucido y difuminado tono verde, como un prado celestial. Las blancas columnas de la casa, sencillas y de estilo jónico, y las lisas columnatas, parecían nieve esculpida, salpicadas aquí y allá, con los últimos reflejos anaranjados del sol.

El senador llegó a los jardines. Todo el recinto reflejaba la luz del heliotropo, callada y secreta, pero el agua de las fuentes brillaba como la plata. El perfume del jazmín flotaba en las alas de la suave brisa del atardecer y las palmeras agitaban sus abanicos contra el cielo oscuro del color de la amatista. Miró a su alrededor con placer, gozando del silencio que sólo rompía el sonido del agua y las lánguidas voces de las aves. De pronto quedó sorprendido.

Nunca había percibido aquella bella estatua de mujer, de tamaño natural, que permanecía cerca del centro de la fuente con un níveo brazo extendido en tal forma que los dedos podían tocar las fantásticas aguas en la taza de mármol. ¿Dónde había conseguido Diodoro; que nunca apreciaba una obra de arte, creación tan maravillosa? El senador se estremeció de envidia. Probablemente en Sicilia. Los sicilianos coloreaban sus estatuas y algunas veces lo hacían con delicadeza. La estatua tenía el cabello dorado, iba vestida a la moda griega, y en encantador y curvado perfil color rosa estaba tan perfectamente logrado que casi se podía jurar era carne viviente. La túnica admirable de alabastro envolvía un perfecto y bellísimo pecho, que casi parecía respirar en aquella tenue y misteriosa luz, y los pliegues de la túnica, sencillos y nobles, caían desde la cintura rectos como una vara y se adaptaban sobre las torneadas caderas. El senador nunca había visto una cosa tan adorable. Plaxíteles jamás había modelado una forma tan gloriosa y de tan exquisita perfección.

De pronto, para terror del supersticioso augustal que no creía en los dioses, pero los temía, la estatua se balanceó un poco y empezó a moverse. Retrocedió un paso, mojándose los labios. No le hubiese sorprendido que la móvil estatua hubiese alzado su plateada frente y le hubiese dirigido una flecha contra su corazón por haber pretendido mirar a la propia Artemisa en su virginidad. Fue entonces cuando vio a Diodoro, de pie en medio de uno de los arcos de las columnas, sin ver a su huésped entre las purpúreas sombras cada vez más oscuras. Diodoro estaba mirando a la escultural muchacha, que, con la cabeza baja, marchaba lentamente hacia la puerta del jardín.

La absoluta inmovilidad del tribuno llamó la atención despierta del senador. Contempló el rostro de Diodoro, y su oscura intensidad podía ser apreciada aun en la oscuridad del atardecer. Vio su perfil, contraído por algún dolor intenso y desesperada nostalgia. La muchacha, sin haber visto a los dos hombres, llegó a la puerta, la abrió y desapareció en la oscuridad. «¡Vaya, por Jove! —Pensó el senador, intrigado por la actitud y expresión de su cuñado—. Después de todo no es invulnerable. Ésta no es la expresión de un esposo virtuoso ni de un soldado olvidadizo. Es la de un hombre enamorado Y no se lo reprocho. Esa esclava suscitaría el éxtasis del propio Júpiter.» tuviese.

Oyó el corto suspiro de Diodoro, que sonó en el atardecer como un sonido terrible, Y percibió las velludas manos del tribuno apoyadas en sus lados. Más intrigado que nunca, el senador tosió y luego se acercó a su cuñado. Diodoro se sintió sorprendido Y miró a su huésped inexpresivamente, mientras el dolor se iba borrando lentamente de sus fieros ojos. Pareció no ver al senador por un momento o dos.

—Bien —dijo Carvílio Ulpiano con una expresión de genial felicitación—, es la más bella esclava que he visto en mi vida. Por un momento pensé que era una estatua y que podría comprártela. En realidad, mi oferta sigue en pie.

Diodoro no respondió; parecía que hubiese perdido el habla temporalmente. Tan sólo podía mirar al senador con aquella falta de expresión, como si hubiese sido profundamente turbado. Carvilio Ulpiano le palmeó afectuosamente en un hombro.

—Afrodita nunca estuvo vestida de semejante belleza —añadió—. ¿Qué mercader te vendió esa mercancía y dónde está ese ejemplar? ¿Tiene otras delicias semejantes? ¿Posees un establo de tales eurídices, de semejantes encantadoras formas y rostros olímpicos? —Chasqueó los labios delicadamente. Estaba sofocado por el deseo y la envidia. Luego continuó:

—Aunque es posible que haya perdido su virginidad —y al decir esto tosió— estoy dispuesto, mi querido Diodoro, a hacerte una espléndida oferta por ella.

Se sintió anonadado por el gesto de Diodoro al volverse hacia él, una expresión de tan salvaje furor, sufrimiento Y afrenta que el senador retrocedió precipitadamente y se preguntó si no estaría frente a un loco.

Pero cuando Diodoro habló lo hizo en voz baja y ronca, como si se estuviese ahogando: —Estás equivocado. Esa mujer no es esclava. Es mi liberta.

— ¿Que has dado la libertad a una criatura tan gloriosa? —preguntó el senador con un asombro que superaba a su anterior excitación.

—Era como una hija para mi madre —dijo Diodoro, su voz, aún contenida—. No es una muchacha. Es una mujer de casi treinta años de edad, la esposa de mi contable, Eneas, un liberto. —Respiró pesadamente—. Además es la madre de mi protegido Lucano, a quien estoy educando para que sea médico.

El senador, desilusionado y sofocado, movió la cabeza.

—Hubiese jurado que era una virgen joven. Es una calamidad que sea libre. Hubiese proporcionado una fortuna a su dueño. —Se rascó la barbilla descuidadamente con una cuidada uña—. ¿Te estaba esperando acaso, Diodoro, y he venido a molestarte?

—No —contestó Diodoro, casi en un susurro—. No sabía que estuviese aquí. Es evidente que se ha retrasado.

Sus ojos adquirieron un oscuro brillo de tristeza; se volvió y desapareció en el interior de la casa. En aquel momento sonó el gong y el senador, tratando de tragar heroicamente su disgusto ante la rudeza de su cuñado, que le había precedido sin una sola palabra, le siguió con elegantes movimientos.

CAPÍTULO VIII

El vino servido durante la cena no podía ser del agrado del delicado paladar de Carvílio Ulpiano. Apicius, cuyo libro de cocina era usado incluso en las cocinas de Tiberio, había descrito setenta y cinco maneras distintas para preparar alubias, todas ellas delicadas. Pero Aurelia y sus cocineras aparentemente sólo conocían una, la más grosera, propia tan sólo para esclavos de galeras. El patricio senador miró su plato de alubias, bien sazonado con ajo, al cual habían añadido una carne de aspecto dudoso, de cabra o de las partes menos delicadas del cerdo. El pan estaba duro, las legumbres flácidas, y el único plato que no producía náuseas al delicado Carvílio Ulpiano eran las pequeñas y saladas aceitunas negras de Judea. Había olvidado lo repugnantes que eran las comidas en aquella casa. Diodoro le miraba con ironía bajo la débil luz de las humeantes lámparas de estaño, y no de plata. El tribuno tocó la base de una de ellas y dijo:

—Pareces turbado, hermano. Siento que estas lámparas no sean de cristal de Alejandría. Si lo fuesen, podrías ver tu comida más claramente.

—Siempre que te visito dices las mismas palabras —contestó el senador pacientemente. ¿Qué clase de grasa era la que había sobre el pan? Tenía un aspecto extraño, y el senador, que a pesar de todo era un hombre valeroso, sonrió y se llevó un pequeño trocito a la boca. Era también un hombre educado y hubiese murmurado algún cumplido sobre la cena si aquel pan no le hubiese producido una náusea repentina.

— ¡Por Hécate, Diodoro! —Exclamó agitado—-. ¿Es necesario vivir así? Eres tan rico como Creso. Podrías cubrir tu mesa con cristales tallados y llenar tus lámparas con un aceite que no produjese arcadas. Podrías tener copas brillantes de oro y piedras preciosas y música de laúdes por las tardes. Y también podrías tener una cocinera con algo de talento.

Diodoro, cuyo oscuro rostro estaba aún lívido a causa de alguna emoción pasada, miró agriamente al senador.

—También podría tener divanes sobre los cuales reclinarme durante las comidas, y muchachas chipriotas para bailar danzas abominables y ungir tus pies con bálsamo. Yo, sin embargo, no soy ciudadano de la urbe. Soy un soldado sencillo y vivo como tal.

— ¡Qué actitudes más odiosas! —Dijo el senador—. Julio César era también soldado y lo mismo tu querido Cayo Octavio. En campaña vivían con austeridad. Pero cuando estaban en Roma, vivían como romanos, no como pugilistas.

Diodoro empezó a sonreír. Comía el pan con fruición y un oscuro parpadeo brillaba bajo sus gruesas y negras pestañas.

—Quizás —dijo— es que prefiero ahorrar mi dinero —llevó a la boca un gran bocado de alubias—a fin de dotar debidamente a mi hija, que está ya a punto para el matrimonio.

El senador, que no sentía la menor aversión por el oro, y que tenía cuatro hijos, perdió repentinamente su mal humor.

— ¡Ah! —dijo—. Éste es un asunto que me interesa. La pequeña Rubria es de constitución delicada, pero, sin embargo, parece haber ganado una salud considerable en este agradable clima. También tiene una belleza vivaz, casi oriental.

—Sí —contestó Diodoro pensativamente—. Estoy considerando la posibilidad de enviar a Roma a Aurelia y a la niña en un futuro próximo. No hay ninguna familia romana en Antioquía que tenga un hijo digno de ella ni de la edad apropiada.

—En tal caso —dijo el senador—, es posible que Tiberio, que es un hombre justo aunque tenga agua helada en sus venas, te reclame.

—Sí —respondió Diodoro. Los dos hombres estaban solos, sentados en el comedor y como al tribuno no le gustaba la molesta presencia de esclavos, tenía una campanilla de bronce en la mano por medio de la cual podía llamarlos si era necesario. Acarició con un dedo el poco valioso relieve de la campanilla.

—Hoy he pensado mucho —lanzó al senador una aguda mirada—, y también —añadió— he tenido dolor de cabeza. —Al senador este comentario le pareció totalmente inoportuno.

Carvílio Ulpiano sentía aún curiosidad por Iris, que era, pensó, lo bastante hermosa para conmover al propio y frío Tiberio y crear en Roma una verdadera conmoción. Era liberta, y, sin embargo, no habría ningún augustal ni patricio que no se sintiese dispuesto a llevarla a su cama e inundarla con todo el oro de sus cofres. El senador pasó la lengua por los labios mojándolos con un gesto elegante.

—Sin duda llevarás contigo toda tu casa, si te mandan volver.

Diodoro no contestó. Su dolor de cabeza no había desaparecido y maldecía a Keptah en su fuero interno. El senador, impulsado por el deseo y el recuerdo de Iris continuó:

—Incluido tu contable y su familia; él debe ser de un valor incalculable para ti. ¿Dijiste que en un tiempo fue esclavo de tu padre Prisco y que se sentía muy complacido con él?

—Sí —respondió Diodoro con voz sombría—. Sin embargo, Eneas es tan frugal como yo, y ha sabido ahorrar dinero. Ha comprado un pequeño huerto de olivos no lejos de Antioquía que cultiva medio de dos de mis esclavos. Ha aprendido a arreglar las aceitunas como lo hacen los judíos y son bastante agradables. Además, tiene un respetable rebaño de ovejas y vende su carne en los mercados de Antioquía y a mí. Dudo de que quiera regresar a Roma conmigo.

La conversación languidecía. Cuando el senador comentó que sin dudas Eneas se mantendría leal a su señor y aceptaría sus deseos como los deseos de los dioses, Diodoro movió la cabeza con gesto negativo.

—No le impondré esa lealtad, si es que él la tiene —replicó.

—Además, la lealtad es una palabra con la que los griegos están poco familiarizados.

Nunca más vería a Iris. Pensaba en ella con terror. Cuando la había visto en el jardín, tan cercana, tan próxima, como hacía años que no la había visto, su corazón había dado un vuelco. Se había controlado a sí mismo para evitar correr hacia ella y tomarla en sus brazos y hundir su rostro en su dorado cabello. Un grito mezclado de angustia y gozo había sonado dentro de él. Sintió que la desolación le abrumaba.

El senador contemplaba las pasiones y desánimos que reflejaba el vital y sencillo rostro del tribuno y sonrió para sí. Una pena escondía en la cara de la joven mujer griega, recordó. Venus nunca había tenido unos devotos más reacios. Diodoro era un imbécil. ¿Por qué no se castraba y acababa de una vez? El tribuno miró involuntariamente hacia arriba y vio la sutil sonrisa brillando en el rostro mundano del senador y se sonrojó. Llenó de nuevo su sencilla copa y bebió el vino de un trago. Luego dijo:

—Puede que te sorprenda, Carvílio, saber que soy un esposo virtuoso.

—Desgraciadamente no es una sorpresa —dijo el senador. Se sentía un tanto sorprendido ante la percepción de Diodoro, Le vio bostezar y esto le sorprendió aún más. No era hora de retirarse. De pronto recordó que en aquella bárbara casa todo el mundo se retiraba a dormir temprano. Reflexionó tristemente que no sería confortado por una de sus bonitas esclavas en su dura cama. ¿Cómo había podido pensar que podría pasar varios días en tal lugar? Se marcharía en cuanto fuese posible, después de llegar a un acuerdo con Diodoro acerca de Rubria. Antes de acostarse, Diodoro pasó por las habitaciones de su esposa. Aurelia, cuyas morenas y sonrosadas mejillas mostraban huellas de recientes lágrimas y cuyos amables ojos estaban enrojecidos en los bordes, permitía Que una esclava peinase su largo y oscuro cabello. Se hallaba sentada ante una mesa, vestida con un atuendo nocturno de blanco lino y, bajo el vestido, su voluptuosa figura tenía un inconfundible aire maternal. Cuando vio a Diodoro torció en un gesto sus rojos labios y sus ojos se iluminaron. Se contuvo al instante y dio a su rostro un aire frío.

Diodoro hizo una muda indicación a la esclava, pero Aurelia, por primera vez desde que estaban casados, dijo con un acento poco común a causa de su agudeza.

-No te vayas, Callíope. No has terminado de peinar mi cabello y además hay otras cosas que hacer.

—Sí, señora —respondió Callíope. Tenía una voz tosca y desagradable que hería el oído, una voz demasiado fuerte para una chica tan pequeña y bien formada.

Diodoro siempre estaba algo desorientado sobre los criados que había en la casa, y rara vez se daba cuenta de su existencia. Pero, puesto que ahora tenía algo en la mente, miró de cerca a Callíope y dijo con su acostumbrada falta de tacto:

—Callï ope, ¡y con esa voz!

La muchacha se ruborizó e inclinó la cabeza.

—Sí, señor.

Diodoro la estudió. Evidenciaba tener unos diecisiete o dieciocho años, un rostro vivo e impertinente, no bello, pero tan animado que le proporcionaba cierto encanto; un aire arisco y competente y un cuerpo de considerables encantos, con largas trenzas brillantes que caían hasta sus caderas. Diodoro percibió un brillo, aunque pálido, bajo las morenas pestañas. Miró a sus manos. Estaba acostumbrada al trabajo duro bajo la dirección de su señora. Evidentemente era muy apropiada para lo que el tribuno tenía en la cabeza.

— ¿Te gustaría casarte? —le preguntó de pronto.

— ¡Oh, si señor! —Le miró imprudentemente con las pestañas entornadas.

—Bien. Tengo un excelente marido para ti —dijo, concluyendo aparentemente el asunto. De nuevo hizo un gesto para que se marchase y, esta vez, la sorprendida Aurelia no dio la contraorden de que se quedase.

Cuando la muchacha hubo salido y corrido la pesada cortina de lana azul que cubría la puerta, Aurelia dijo en un tono de ofendido pesar:

—Creo que es una prerrogativa de la señora arreglar bodas para sus esclavas y muchachas.

—Sí, sí —respondió Diodoro con impaciencia—. Pero en este caso se trata de una ocasión especial.

Aurelia alzó su espejo de plata y pretendió estar ocupada contemplando su rostro. Diodoro finalmente se dio cuenta de que su esposa estaba disgustada con él. Dijo:

— ¿Qué te he hecho?

Aurelia estudió su propio rostro y suspiró.

—Debo ser muy malo — añadió Diodoro— pero no es ésta ocasión de matronales enfados.

Aurelia estaba enfadada. Dejó caer el espejo sobre la mesa y la lámpara de bronce vaciló. Sus débiles rayos hacían brillar la austera cama, sin tallas ni adornos. Era de madera sencilla y las mantas que yacían sobre las sábanas eran de lana marrón.

— ¿Es que acaso soy una caprichosa? —preguntó—. ¿Soy amiga de armar escándalos? ¿Cuándo te he molestado, Diodoro? ¿Cuándo merecí el insulto que me hiciste esta noche delante del esposo de mi hermana?

— ¡Oh! —exclamó Diodoro frunciendo el ceño. Se sentó y contempló sus desnudas rodillas—. No sabía que te hubiese insultado. Suplico tu perdón, Aurelia. Hoy he tenido un infernal dolor de cabeza. —Esperó las acostumbradas palabras de Aurelia expresando preocupación, pero ella tan sólo gruñó un poco y la frialdad de su rostro se hizo mayor.

—Debo haber hecho algo muy malo —repitió Diodoro.

Aurelia empezó a cepillar su cabello y Diodoro intentó contener su impaciencia. Se sentía herido porque su esposa no le compadeciese y porque no abría su caja de ungüento para frotar su frente ni le invitaba a su cama a fin de que pudiese sostenerle entre los brazos como solía en tales ocasiones acariciarle hasta que olvidase su dolor o éste desapareciese.

—Quiero decir —dijo el tribuno irascible— que es muy malo que una esposa no muestre solicitud por un esposo. —Aurelia suspiró de nuevo. Las brillantes y largas trenzas de su cabello discurrían por entre sus dedos—. Además —dijo Diodoro en voz más alta— juro por todos los dioses que no sé en que te he ofendido ante ese elegante de la toga. ¿Por qué no usa una toga sencilla en la casa?

—Es un caballero —informó Aurelia a su esposo intencionadamente. Diodoro la miró y ella le devolvió la mirada. Era tan distinta de la amable Aurelia que sentía por todo el mundo un gran y difuso afecto, que Diodoro se sintió sorprendido.

—Entonces yo no soy un caballero —observó.

—Nunca lo has sido. —A pesar de sí misma, un hoyuelo apareció en su morena mejilla. Luego desapareció—. ¿Qué hay acerca de la boda de Callíope? ¿Y con quién?

—Lucano —dijo Diodoro y golpeó sus rodillas como si el asunto estuviese terminado.

Los ojos de Aurelia se abrieron con asombro. Sus gordezuelas manos, cayeron desde el cabello sobre el regazo—. ¡Lucano! —Exclamó—, ¿el hijo de Iris?

— ¿Quién otro? —preguntó Diodoro con excitación.

— ¿Ha pedido él la chica? —preguntó Aurelia con incredulidad.

—No, no he dicho eso. Lo he decidido yo por mi cuenta. Antes de que se case con ella la haré libre y se la daré como regalo. ¿Quién es él para negarse a cumplir mis órdenes?

La boca de Aurelia se abrió incrédulamente.

— ¿Has olvidado que no puedes obligarle a que se case con una chica que tú has escogido para él aunque seas un procónsul y un tribuno? Ha nacido libre. —Se sentía más y más incrédula. Tenía un gran cariño por Lucano, que era el hijo de su amiga Iris y un hermoso joven, compañero de estudios y juegos de Rubria. Pero había creído que Diodoro sentía un excesivo entusiasmo por el muchacho.

—Yo puedo darle órdenes —gritó Diodoro con furor—. ¿Quién es él, sino el hijo de un pobre perro que antes era esclavo, ese Eneas?

Aurelia mantuvo silencio. Después, mirándole de cerca dijo:

—También es el hijo de Iris.

Diodoro abrió la boca para hablar, pero calló de pronto. Aurelia continuó:

—Y no me grites. Puede que te sorprenda, pero a veces yo también tengo mis propios dolores de cabeza, aunque tú pareces no darte cuenta de los dolores de cabeza que afectan a los demás. Déjame continuar. Lucano nació libre. Es orgulloso. No puedes ordenarle que se case con una esclava. No puedes azotarle o encarcelarle si te desobedece. Creo que mencionaste con aprobación que el propio Tiberio ha proclamado edictos prohibiendo la violencia y las órdenes ilegítimas.

— ¡Tiberio! —Exclamó Diodoro en un tono que parecía consignar al emperador al peor de los sitios—. Escúchame: hablaré con Eneas y le diré mi deseo. Él, por lo menos, no se atreverá a desobedecerme. Lo he dicho. Está hecho.

—Se levantó con aire de haber terminado. Pero Aurelia no se dejó impresionar.

— ¿Has tenido en cuenta a Iris, a quien estás a punto de ofender profundamente? No puedo permitir este ultraje.

El rostro de Diodoro se llenó de furor ante estas palabras.

— ¡Ultraje! —Exclamó— Doy al chico una esclava para que le atienda mientras yo pago sus grandes gastos en Alejandría, privando a mi propia hija de su dote...

Aurelia se tapó los oídos con las manos. Cuando Diodoro paró, indignado, los destapó y habló con suavidad.
—Sin duda te sientes movido por los más elevados motivos. Sin embargo, regala Callíope a Lucano cuando parta para Alejandría así lo deseas.
—Lo haré —dijo Diodoro.
La curiosidad se apoderó entonces de Aurelia.
—Pero, ¿por qué? —preguntó.
—Lo he dicho. ¿No es bastante?
—No —respondió Aurelia. Empezó de nuevo a cepillar su cabello. Luego movió la cabeza—. No sé lo que te traes entre manos. ¿Sabes que en ocasiones eres siniestro?
—Diodoro estaba a punto de estallar otra vez en furiosos gritos cuando una palabra llamó su atención: Siniestro. Nunca se había considerado a sí mismo así. Por alguna razón el pensamiento le intrigó. Frotó su frente humildemente y dijo en un tono más suave:
—Lo he dicho muchas veces: soy un soldado sencillo. Mis motivos son tan puros como la leche de vaca.
Aurelia parecía saberlo bien y ésto complacía más a Diodoro. Ella dijo:
—Incluso si Callíope fuese una perla de Cos, dotada por las mismísimas gracias, Lucano no la querría. Iris me dijo ayer con mucha tristeza, que ha hecho a los dioses un voto sagrado de no casarse nunca.
— ¿No casarse nunca? —Exclamó Diodoro—. ¡Qué tontería! ¿Qué le ha impelido a semejante tontería? ¿No le atraen las muchachas?
Aurelia se encogió de hombros.
—No considero a Lucano como un hijo, tal como con frecuencia haces tú —dijo significativamente. Dejó que esta indirecta penetrase en Diodoro durante un momento—. No tengo su confianza; es demasiado silencioso y reservado para ser tan joven. Sin embargo, un hombre no hace votos sagrados de no casarse si no se siente atraído por las jóvenes.
Esto parecía razonable. Diodoro frunció su fiera frente. Ya no estaba enfadado. Murmuró:
— ¡Incomprensible!
Aurelia volvió a encogerse de hombros.
—Tú tienes algo en la cabeza —dijo—. Y siento gran curiosidad.
Un gran alivio inundó a Diodoro; sonrió y dijo:
—Si ha hecho ese voto entonces no lo violará, por lo tanto el asunto está terminado.
—Todavía siento curiosidad —dijo Aurelia.
Diodoro sabía que su esposa no era intelectual ni sutil. Pero era muy aguda. Sentía por Aurelia un gran respeto.
—No soy hombre que satisfaga la curiosidad de una mujer —dijo con ironía, puesto que su dolor de cabeza había desaparecido milagrosamente—. Pensé hacer a Lucano un beneficio, y ésto es todo.
— ¡Oh! —dijo Aurelia poco convencida. Bostezó. Había perdido interés en la conversación y olvidado sus heridos sentimientos. Miró hacia la cama, luego sonrió a su esposo inocentemente.
—Hoy has estado sometido a un exceso de trabajo, Diodoro. ¿Estuvieron muy pesados los magistrados, cobradores de impuestos, nobles y los jefes?
—Son unos perros —dijo Diodoro desahogándose. Había percibido la mirada de su esposa hacia la cama. Sus manos empezaron a desatar el cinturón. Aurelia se levantó, sacudió sus trenzas, luego se inclinó y redujo la luz de la lámpara.
Cuando estuvieron en la cama y abrazados, Diodoro dijo:
—He arreglado el matrimonio entre nuestra Rubria y tu sobrino favorito Piso. —Apoyó la cabeza en el pecho de su esposa y sintió calidez y el latido de su corazón. Su frente sintióse aliviada. Se acogió casi con desesperación en la fortaleza de ella y Aurelia le acarició las sienes con suavidad. Cerró los ojos y deseó olvidar a Iris que había desaparecido como la luna desaparece tras las nubes.

CAPITULO IX

Por la mañana Diodoro se despertó de un humor expansivo y una cierta impresión de arrepentimiento. Lucano era tan sólo el hijo de un liberto; sin embargo, Diodoro, que ciertamente le amaba como un hijo, se sentía avergonzado de sí mismo. La culpa era de aquella maldita migraña, desde luego, que ejercía el mismo efecto sobre la razón de un hombre como Medusa sobre la carne. ¿Qué le había hecho olvidar que ninguna doncella romana modesta podía casarse sin el consentimiento de su padre? «Era su joven corazón lo que yo probablemente tenía en cuenta», pensó el tribuno. No deseaba que fuese torturado. Como él había amado a Iris también podía ser que la gentil Rubria amase a Lucano. Este pensamiento hizo que Diodoro se afirmase más que nunca en el propósito de enviar a la niña y a su madre a Roma. Entre tanto, durante el desayuno, concluyó los detalles del matrimonio de Rubria con Carvílio Ulpiano. Regatearon acerca de la dote. El precavido tribuno deseaba asegurarse de que si Piso alguna vez se divorciaba de Rubria, o si ella decidía abandonar su casa, la dote volvería a ella. El senador estaba de buen humor, aunque había decidido a dejar aquel imposible y sencillo lugar a la mañana siguiente.

Aquel sonrosado amanecer Keptah fue a la habitación de Rubria para el examen matinal acostumbrado. Se sintió profundamente afligido. La mortal enfermedad de la muchacha había sufrido un retroceso que había durado más tiempo que ningún caso de los recordados por Hipócrates o sus discípulos. Pero las señales de su vuelta estaban allí. Las suaves mucosas y membranas de la boca y garganta mostraban los bultos fatales de la enfermedad blanca. Una de sus rodillas estaba hinchada y caliente, y de la noche a la mañana había perdido el color de las mejillas y su rostro estaba de nuevo amarillento. Se hallaba lánguida y enfebrecida pero en medio de todo había una buena señal: su espíritu aún se mantenía alegre. Podía producirse un nuevo retroceso si no aparecían hemorragias internas. El médico examinó su orina e hizo ciertas preguntas a la enfermera. En cuanto a las secreciones corporales no había en ellas señales de sangre. Aconsejó Que permaneciese en cama durante algunos días.

Encontró a Diodoro en la escalera. El tribuno tenía una expresión de satisfacción y contento en su feroz rostro.

— ¿Por qué no está la muchacha con su madre? —preguntó.

—Se siente un poco cansada —dijo el médico con voz suave.

Diodoro se detuvo en la escalera.

— ¿Está enferma? —preguntó, y el corazón le dio un vuelco.

El médico vaciló. ¿Cuánto tiempo mantendría al tribuno ignorante de que su hija moriría? Diodoro contemplaba su rostro con mucha atención. Keptah sonrió.

—Creo que ha estado jugando con exceso —dijo— y se ha torcido una rodilla. Debe permanecer en cama hasta que desaparezca la hinchazón. —Luego añadió—: Le he dado una medicina para que duerma a fin de que descanse la parte herida.

La tensa compresión alrededor de la garganta de Diodoro se aflojó. Movió la cabeza.

—Es poco comprensible que una doncella de catorce años se comporte como un juguetón chiquillo de cuatro. Te estaba buscando, mi querido Keptah. Antes de que empiecen las lluvias la señora de la casa, Aurelia, mi hija y tú, partiréis para Roma. Acabo de arreglar el matrimonio de Rubria con mi sobrino Piso, hijo de Carvílio Ulpiano.

Keptah se sintió abrumado. Dobló sus delgadas y oscuras manos sobre la blanca túnica a fin de que Diodoro no pudiese apreciar su repentino temblor.

—Señor —dijo—, aún no es tiempo. Rubria ha hecho algún progreso en este clima cálido y agradable. Ha estado bien durante unos años. Sin embargo, su constitución es aún delicada y exponerla tan pronto a la humedad y los duros inviernos de Roma será peligroso.

—Tonterías —dijo Diodoro, pero se sintió alarmado—. He visto a chicas muy enfermas transformarse en fuertes y robustas mujeres después del matrimonio y particularmente después del nacimiento de hijos. Rubria ha estado demasiado mimada.

Keptah mojó sus labios y mantuvo los ojos bajos a fin de que el tribuno no descubriese el temor que reflejaban. La muchacha tenía menos de un año de vida; incluso, podía morir dentro de un día o dos. Alejarla de su padre, de su querido compañero de juegos, del cálido y perfumado ambiente de Siria, aceleraría su muerte y la privaría de su tranquilidad.

—Un año, seis meses —rogó Keptah—, tan sólo tiene catorce años.

—No —dijo Diodoro golpeando enfáticamente con su mano sobre la blanca pared de la escalera—, dentro de un mes.

Keptah, olvidando su posición alzó la voz y exclamó:

—En el nombre de Dios, Diodoro, no envíes a la niña lejos de ti. Su corazón es tu corazón, te ama más que a nadie en el mundo.

—Lo sé —dijo Diodoro en un tono más suave—. ¿Crees que será fácil para mí prescindir de ella? Pero si ella y su madre van a Roma, ese César de sangre helada puede que me reclame. Carvilio Ulpiano hará cuanto pueda; Tiberio siempre escucha a los senadores y Carvílio tiene muchos amigos entre ellos. Quiero paz. Quiero retirarme a mi granja.

Keptah pensó en el amor que existía entre Rubria y Lucano. Había visto la creciente e inocente pasión entre la doncella y el hijo de Eneas. Últimamente no había mencionado ante Lucano que la muchacha debía morir. Que ellos disfrutasen de su propio sueño de amor, el más alegre y dulce de todos, hasta que llegase el momento inevitable. Era Un amor puro; desgraciadamente iba transformándose poco a poco en el amor de una mujer por un hombre. Si Rubria no estuviese muriendo, Keptah hubiese suplicado al tribuno que alejase a su hija de una situación que inevitablemente le producía tristeza.

Keptah se encontraba ante un doloroso dilema. No podía hacerse a la idea de decir al padre que aquella niña moriría inevitablemente dentro de unos meses como máximo. Sin embargo, sabía que ella no podría ir a Roma a morir, entre lágrimas derramadas por Lucano y su padre. Sólo una cosa podía hacerse. Haciendo una silenciosa reverencia al tribuno, se dirigió hacia las habitaciones de las mujeres y pidió a una esclava que rogase a Aurelia le concediese un momento de consulta. Aurelia, hilaba industriosamente entre sus esclavas y le llamó sin detener su trabajo. Keptah la estudió. Era una mujer de sentido común y fortaleza, nunca histérica, nunca caprichosa, nunca deprimida e irracional. Sus mejillas aparecían aquella mañana más rosadas que de costumbre y sus grandes ojos marrones más suaves, como si estuviese soñando acerca de algún placer pasado de amor.

— ¿Puedo hablarte en privado, señora? —preguntó Keptah. Aurelia mandó a sus esclavas que se retirasen inmediatamente, pero sus manos continuaron moviéndose activamente.

— ¿Cómo está nuestra Rubria esta mañana? —preguntó—.

Keptah dijo:

—Hay algo que yo debo decirte, señora, y que no me atrevo a decir al noble tribuno.

Aurelia sostuvo el huso en su mano y su pie se detuvo sobre el pedal. Palideció un poco, pero sus ojos no se oscurecieron ni se agrandaron con alarma. Preguntó con tono tranquilo.

— ¿Está Rubria otra vez enferma?

—Sí, señora. Y no puede vivir. Morirá antes del otoño.

Aurelia palideció bajo la morenez de su piel. Dejó el huso sin un simple temblor en sus manos. Luego dijo con voz apresurada:

—Cuéntame.

Keptah nunca la había admirado tanto como la admiraba ahora. Su fuerza era la fuerza de un roble, azotado por una tempestad pero no derribado por ella. Como Ceres, que había perdido su hija Proserpina en manos del dios de la muerte, Plutón, así ella perdería su hija. En forma distinta a Ceres, Aurelia no maldeciría la tierra, ni andaría de arriba abajo gimiendo. Sus raíces eran profundas y bien afirmadas.

—La pequeña Rubría tiene la enfermedad blanca —dijo Keptah, y no pudo evitar que las lágrimas brotasen de sus enigmáticos ojos. Aurelia las vio y se sintió emocionada. Luego dijo:

—La enfermedad blanca. No hay cura para esto, lo sé. ¿Estás seguro, Keptah?

—Sí, señora; ha sufrido un retroceso durante un cierto número de años, mucho más allá de lo que yo esperaba. Pero ahora la enfermedad ha vuelto. Dios hizo un milagro una vez por causa de sus propios y misteriosos propósitos; esta vez Él no hará otro.

Aurelia cruzó sus firmes manos sobre las rodillas y se quedó contemplándolas.

—No le he dicho al tribuno que estoy esperando un niño. Quería estar segura. ¿Debo decírselo a fin de aliviar el golpe que para él significará la próxima muerte de Rubria?

—Señora puedes hablarle del futuro hijo dentro de dos semanas. Entonces estaremos seguros. No le digas nada de Rubria. Su corazón está en las manos de su hija.

Aurelia asintió. Mantuvo silencio durante un largo tiempo, mientras Keptah permanecía en pie ante ella en aquella desnuda y brillante habitación. Empezó a llorar, pero en silencio. Aceptaba incluso la muerte con fortaleza.

—Dejémosle que tenga paz. Dejémosle que se alegre con su hija y con el hijo que ha de nacer —dijo Keptah honrando a su señora—. Te he dicho la verdad, señora, porque necesito tu ayuda. Rubria no puede ir a Roma. Puesto que ha de morir inevitablemente es mejor que muera junto a su padre.

—Comprendo —dijo— Aurelia. Mecánicamente hizo un gesto como para alzar el huso, pero luego lo abandonó—. Le diré a Diodoro que prefiero permanecer aquí hasta el otoño, y que el verano en Antioquía mejorará más la salud de Rubria. Teníamos que partir dentro de catorce días.

Miró de nuevo a Keptah y su pecho tembló.

—Gracias —dijo con profunda gratitud, y tomó de nuevo el huso.

Keptah interceptó a Lucano cuando el joven estaba a punto de entrar en la sala de clase donde Cusa preparaba sus lecciones.

—Vente conmigo —dijo Keptah.

Tomó del brazo al muchacho y le condujo a través del azul y dulce aire de aquella mañana primaveral. Permanecieron en el centro del jardín, donde nadie podía oírles. Keptah miró al interior de los ojos del joven y le dijo con suave seriedad:

-Tengo muy malas noticias para ti, querido Lucano; la enfermedad blanca ha vuelto a Rubria y la niña morirá antes de que caigan las hojas.

Lucano se puso rígido. Sus mejillas emblanquecieron como el mármol. Durante los últimos dos o tres años había llegado a creer que Rubria viviría. Más aún, le parecía que su propio espíritu se había unido al de ella con la firmeza de los troncos injertados o las almas de marido y mujer que han recibido gracia de los dioses a causa de su gran amor. No había hablado con Keptah de Rubria. Le había dado gran temor hacerla. Cada día que ella florecía, él se alegraba; cada hora con ella, era como el oro recién extraído y prístino. Su risa era más clara y más fuerte, el color de sus mejillas, más brillante, sus miembros más ligeros y veloces de movimientos. Dios había obrado un milagro y aunque Keptah le había avisado al principio que aquello era sólo un retroceso, Lucano había llegado a creer en silencio, que el milagro era permanente.

—No lo creo —dijo Lucano con voz sofocada. Y trató de liberar su brazo de la mano de Keptah. Sus ojos adquirieron una transparencia viva y aterrada y miró a Keptah como a un mortal enemigo. Keptah apretó su mano.

—Yo no miento —dijo—. La chica está muriendo.

—Dios no puede permitir que una cosa tan terrible ocurra —dijo Lucano con odio en la voz. Miró hacia la trasluciente bóveda del cielo—. Él no puede llevarse a Rubria, que no ha hecho mal a nadie, cuyo corazón es puro, que trae deleite y amor incluso en su propia sombra.

Keptah suspiró.

—Si Dios solamente se llevase a los malvados entonces este mundo sería ciertamente un paraíso: Se dice que aquellos a quienes los dioses aman, mueren jóvenes. Dios ama a esta niña. La llevará con Él para que descanse, esperándote en paz, por siempre.

Pero el joven corazón de Lucano se sublevó violentamente. Su mente se llenó de oscuridad y desesperación. La suave brisa acariciando su carne le hizo estremecer. Odiaba a Dios, que podía privar al mundo de Rubria y desgarrar en pedazos su espíritu. Todo cuanto había sabido de Dios, todo el amor que le había dado humildemente, con gozo y entusiasmo, murió de pronto en amargas cenizas que fueron dispersadas por un aire mortal. A menudo había rogado: «No Rubria, Padre, sino yo. Salva a Rubria.» Y había creído que Dios le oía y le concedería su petición. Se dijo para sí distraídamente: «No lo creo, no puedo creerlo. Si Dios se lleva a Rubria entonces es que es malo y no hay en el mundo otra cosa sino el mal. No hay Dios».

Si Rubria hubiese muerto cuando ya una vez había estado a las puertas de la muerte, Lucano lo hubiese aceptado con la simplicidad y tristeza de un niño inocente, y hubiese rogado por el alma de Rubria. Él la amaba ahora como un hombre, con poder e intensidad y con todo el deseo de su alma y su dedicación. Como hombre Como hombre creyó repentinamente que si ella moría, él la perdería completamente y para siempre.

Keptah, contemplándole, vio el odio fiero y la agonía en los ojos del joven, la amarga rebelión, su resistencia frente a tan cruel destino. Con tono de alarma dijo:

— ¿Entonces, has olvidado cuanto sabías, mi Lucano? ¿Has olvidado la Estrella, el amor, la comprensión? ¿Has perdido tu devoción a Dios y el conocimiento que de Él tenías?

La respuesta surgió de entre los secos labios de Lucano.

—He olvidado. Soñé como un niño. Ahora vivo en un mundo de hombres.

—Entonces, como hombre, debes aceptarlo. Rechazar es propio de niños sin conocimiento.

Keptah suspiró de nuevo. Puso su mano sobre el hombro rígido de Lucano. Recordó que los Magos habían predicho que el muchacho debía llegar a Dios a través de un oscuro y solitario sendero. Sin embargo, deseó que el muchacho no hiciese el camino solo.

— ¿Crees que sólo tú has conocido el dolor? —Preguntó Keptah—. El corazón rechaza el dolor y esto es natural. Pero tú has experimentado más cosas que el dolor. Has conocido a Dios. ¿Te es tan fácil olvidarlo?

Lucano permaneció silencioso.

—No rechazar el dolor instantáneamente no es humano —continuó Keptah con vehemencia—. Siéntete feliz porque todos estos años han sido tuyos; porque la tristeza no te ha tocado, porque has tenido el amor de tus padres y de Diodoro; porque tu vida ha sido serena y gozosa, porque has tenido el amor de Rubria. Dios ha sido tierno y amante contigo. Y sin embargo, en el mismo momento en que Él pide de ti que comprendas, que tengas fe, que en la desesperación y la tormenta le aceptes con la misma sencillez que le aceptaste cuando brillaba el sol, la belleza, y la risa, te vuelves con odio y exclamas dentro de tu alma: No hay Dios.

Lucano suspiró profundamente.

—Que Él realice otro milagro.

Keptah movió su cabeza con gesto negativo.

— ¿Eres tú quien va a establecer las reglas de lo que Él debe hacer? —Luego agregó—: He sido tu maestro. Has estado conmigo por todos los lugares de esta gran casa. Has visto dolor, sufrimiento y muerte. Te has arrodillado al lado de los lechos de esclavos moribundos y les has consolado con palabras de paz, amor y fe y has dirigido sus pensamientos a Dios. Pero... Dios no puede tocarte a ti; Él no debe hacer vibrar tu propio corazón. Tú eres tan sacrosanto que no puedes consentir que te impongan el destino común de todos los hombres. ¡Oh, egoísta, hombre de poca fe!

Lucano no respondió. Sus ojos eran como azules piedras. Keptah continuó:

—Una mujer es más fuerte y más sabia que un hombre. He dado la noticia a Aurelia, y ella le ha aceptado con valor y sumisión.

Añadió:

—No se lo he dicho a Diodoro. Él, como tú, carece de fortaleza.

Lucano exclamó:

— ¿Cómo puede existir la fortaleza cuando no hay respuesta al dolor y al sufrimiento? Keptah miró al cielo meditativamente.

—Hubo un hombre llamado Job que hizo esta misma pregunta. Y Dios le dijo: « ¿Dónde estabas tú cuando puse los fundamentos de este mundo?» Y Job tuvo que callar.

—Esto es la respuesta de un sofista —dijo Lucano.

—Sin embargo, es una respuesta más consoladora que cualquier otra.

Lucano apretó las manos sobre sus ojos y Keptah le miró con compasión. Luego le dijo:

—Alégrate con los dones pequeños. Era el deseo de Diodoro que Rubria te abandonase dentro de dos semanas para ir a Roma. Ahora la heroica dueña, Aurelia, le disuadirá porque sabe lo que ocurrirá. No permitirá que su hija muera tan lejos de su padre. Y tan lejos de ti. ¿No puedes tú ser tan noble como una mujer?

Cusa salió al jardín.

—Ah, ¿estás aquí villano griego? — Dijo el tutor—. ¿Evitas tus lecciones, verdad? Date prisa, vagabundo.

Lucano le miró con ira. Pero Keptah sonrió, y tocando su brazo dijo:

—Mi buen Cusa, tu discípulo está a punto. Acabo de completar una lección.

Luego volviéndose hacia Lucano añadió:

— ¿He completado la lección?
Pero Lucano le miró sombríamente. Después se alejó de Keptah que le siguió con la mirada triste.

CAPÍTULO X

Sin duda preferirías seguir a Keptah por entre los camastros de los esclavos llenos de fiebres infecciosas y estar sabiamente examinando sus orinales —dijo Cusa sarcásticamente—. Sin embargo, si has de llegar a Alejandría con algo más que una capa de sabiduría te aconsejo que te apliques a tus lecciones. Aunque —añadió sombríamente— ello no haga mucho bien a uno de tu limitada inteligencia.

Esta era su manera de espolear a Lucano a esfuerzos extraordinarios. Normalmente Lucano contestaba con una de sus tranquilas y austeras sonrisas. Pocas veces conseguía Cusa excitar su ira, pero cuando lo conseguía se transformaba en un ser tan resistente como la piedra y un relámpago amargo y azul brillaba en el fondo de sus ojos.

Lucano estaba sentado hoy en silencio, su mano inmóvil sobre el estilo, los libros enrollados y la cabeza inclinada. Pero cuando Cusa le vituperó miró a su maestro y el helado fuego de sus ojos puso en guardia al tutor. Sin embargo Cusa añadió:

—No me mires tú, que eres hijo de un antiguo esclavo, como si fueses mi dueño y yo te hubiese insultado imperdonablemente. Es sólo la fortuna que te hizo libre. En una casa más sensible estarías fregando las piedras y vaciando los orinales en lugar de estar sentado en una mesa de mármol como un patricio.

—Déjame en paz —dijo Lucano en tono sofocado.

Entonces Cusa vio que el joven estaba sometido a alguna terrible preocupación y que más insultos le incitarían a la violencia. El maestro hacía mucho tiempo que había dejado de pegarle durante las lecciones. En el fondo de su corazón amaba a su discípulo y casi había dejado de envidiarle por su belleza y los favores que Diodoro le dispensaba.

—Bien —dijo Cusa pensativamente y rascándose su barbilla de sátiro.

Estudió a Lucano. Su mente iba de un lado a otro como si fuese una saltarina cabra. Miró a la silla vacía de Rubria. La doncella había estado más sofocada de lo corriente en los últimos días, y una o dos veces había cerrado los ojos como si fuese a desmayarse y sus labios y mejillas habían adquirido una palidez particularmente espectral. Cusa, cuya curiosidad era insondable había pasado muchos años estudiando los libros de medicina de Keptah y algo se deslizó en su ágil mente. Era algo mortal. Reflexionó que Lucano no estaría sometido a una angustia tan grande si la enfermedad de Rubria fuese trivial. Cusa vio que el joven también miraba hacia la silla vacía de Rubria y que su boca se contraía rígidamente. Como Cusa temía, los dioses habían estado esperando en su luminoso silencio para golpear a la doncella en forma mortal y Lucano lo sabía. El maestro aclaró su garganta.

—Rubria no está aquí —dijo, contemplando a Lucano con atención—. Ah, ¡qué debilidad es ser mujer! Ella estará presente mañana.

Pero Lucano sin oírle, tan sólo miraba a la silla de Rubria y su garganta estaba tan rígida como el mármol. Cusa sintió una piedad poco corriente en él.

—Atención —dijo desenrollando un manuscrito. El libro crujió en el silencio—. Diodoro gasta mucho tiempo, esfuerzo y también dinero en ti. Seamos hombres, no niños.

Lucano no contestó. Sus dedos estrujaron el estilo corno si estuviesen torturados. Cusa reflexionó. Luego dijo:

—Consideremos por un momento y al pasar a Anacrusio. Observa su filosofía: «Es en los momentos críticos, cuando un hombre demuestra lo que es. Por lo tanto, cuando la crisis te afecte recuerda que Dios, como un entrenador de luchadores, te ha enfrentado con un rudo y valeroso antagonista. ¿A qué fin? preguntarás. A fin de que puedas salir victorioso en los grandes juegos.»

Una sonrisa sardónica y triste cruzó los labios de Lucano. Miró a su maestro.

—Siempre has declarado que Dios era una alegoría. Una imaginación de poetas.

Cusa movió su cabeza en tono de reproche.

—Así es. Pero últimamente he estado pensando que es algo más: El elemento vital del universo, como dice Aristóteles.

—Así pronto te veremos sacrificando en algún templo —dijo Lucano con frío desdén.

Cusa se encogió de hombros.

—Se ha dicho que los sacrificios no hacen daño a nadie. Si los dioses existen, los sacrificios les complacerán y esto es bueno. Si no existen, los vecinos comentarán acerca de tu piedad y esto es todavía mejor.

Le había herido el hecho de que su intento de aligerar el sombrío humor de Lucano no hubiese tenido éxito.

—Atención, Anaxágoras declaró que el hombre se hizo inteligente porque aprendió a usar sus manos. Carecía de observación: los monos usan sus manos y sin embargo su inteligencia no es notable. Los conejos del campo alzan las zanahorias con sus patas delanteras y las devoran como lo harían los hombres, pero los conejos son tan sólo un poco menos estúpidos que algunos estudiantes humanos que yo podría mencionar. Aristóteles sostuvo que el hombre aprendió a usar sus manos porque se había transformado en un ser inteligente. También mantuvo que el cerebro es sólo un órgano para enfriar la sangre. Los filósofos orientales

declaran que el cerebro, y no el corazón es el asiento del alma, el ego y la mente. Aristóteles tuvo sus momentos de estupidez, y yo prefiero a los filósofos orientales en este asunto. Sin embargo no es éste el asunto en discusión. ¿Qué filósofo te parece a ti más acertado en este asunto? ¿Anaxágoras o Aristóteles? ¿Y por qué?

El estilo de Lucano se movía perezosamente, pero con mayor velocidad a medida que su mente tomaba el problema en sus invisibles manos y le daba vueltas estudiándole y pensándole. Escribía limpia y concisamente en letras pequeñas. Cusa le admiraba furtivamente. Alguna noticia odiosa había impresionado al joven; sin embargo podía permitir que una idea se adueñase de sus pensamientos. Sólo un rústico se dejaba abrumar por sus emociones. «Sin embargo, reflexionó Cusa con un poco de melancolía, los hombres rústicos gozan de una paz mental considerable, una paz desconocida al hombre educado. ¿Acaso el precio de la inteligencia era siempre el dolor?»

Cusa bostezó; a medida que Lucano, aún muy blanco y rígido, se aplicaba a sus lecciones. El día se había hecho muy caluroso, silencioso y sofocante. El sol brillaba excesivamente, los pájaros estaban callados. De pronto, a pesar del sol, un cavernoso y atronador sonido llenó todo, sacudiendo la casa, y, haciendo estremecer momentáneamente a los árboles que se veían a través de la abierta puerta. Luego siguió un amenazador silencio. Cusa salió a la puerta y miró hacia el jardín. La hierba y las flores, las mismas fuentes parecían haber sido apresadas por una luz absoluta, a la vez extraña y aterradora. Todos los colores habían intensificado sus tonalidades y absorbido vagamente una nota de terror.

Cusa se encontró respirando con dificultad; era como si la tapa de una caldera hubiese sido levantada de pronto. Contempló el cielo. La luz tenía una curiosa tonalidad metálica, oscureciendo el azul. «Ajá, pensó Cusa, vamos a tener mal tiempo». Conocía aquellas rápidas y semitropicales tormentas, violentas y destructivas. Sin embargo, pasaban rápidamente. Pero nunca había visto una luz tan metálica. En un momento la tierra quedó cubierta de color anaranjado. Las mismas palmeras estaban bañadas en una luz ocre. Las hojas de los árboles adquirieron tonalidades amarillas. La hierba un color topacio. Los blancos lirios parecían amarillentos. Una inquietud amenazadora llenaba el aire y el calor aumentó insoportablemente a medida que el sol parecía agrandarse hasta transformarse en el dorado escudo de Zeus, vuelto hacia el mundo, no en nubes, sino en azafranada inmensidad.

«No me gusta eso», pensó Cusa. Como en respuesta de una burla de los dioses, los cielos explotaron con llamarada ambarina. La furia se apoderó de los árboles, de las palmeras y de la hierba. Se retorcieron incontrolablemente. Los libros fueron arrojados de la mesa de mármol en la sala de clase. Un terrible chirrido llenaba el aire, como si millones de loros se hubiesen vuelto locos. Todo color desapareció de los jardines envuelto en un brillo amarillento. «El mundo entero se ha vuelto cetrino», pensó el aterrorizado Cusa. Luchó con la puerta, porque la tempestad le azotaba el cuerpo con violentos golpes. Llamó a Lucano en su auxilio, pero su voz fue arrastrada por el viento. Sin embargo, el joven griego estaba junto a él. Fue necesaria la fuerza combinada de los dos para cerrar la puerta y una vez cerrada permanecieron mirándose uno al otro y jadeando. No había posibilidad de hablar. El trueno, continuo y ensordecedor, les envolvía, acompañado por un terrible y constante relampaguea de color de limón. El suelo retemblaba sin parar bajo sus pies. Mantenían sus bocas abiertas, luchando por respirar, ya que el calor era como la llamarada procedente de muchos hornos. Una o dos veces oyeron un ruido salvaje, como el de aguas atormentadas.

Después llegó la lluvia; no caía continua, sino en cortinas de agua aplastante que procedía de los lados y tenía color amarillo. Cusa y Lucano se dirigieron hacia la mesa de mármol, que temblaba bajo sus sudorosas manos. Los labios de Cusa se movían en una frenética oración. Lucano le contemplaba y su boca se contrajo con desagrado. Cusa, pausando un momento en sus rezos, quedó sorprendido por la expresión del joven. Cusa continuó en sus oraciones a toda prisa, porque el sonido de un trueno atronó cual las ruedas de un poderosísimo carro cruzando sobre la tierra. Pero continuó rezando. El inflamado relampagueo iluminaba una y otra vez el rostro de Lucano con un reflejo amarillo y parecía como si se reflejase sobre el de una trágica estatua. Una y otra vez la tierra se estremeció.

El huracán golpeaba contra la puerta de bronce con puños de hierro. La cortina de la ventana, desplegada como una vela. bailaba sin cesar. Deslumbrado por los relámpagos, estremecido en el fondo de su corazón, Cusa se tapaba los ojos. No vio cómo el agua empezó a penetrar bajo la puerta. Primero penetró en pequeñas filtraciones vacilantes. Luego en un ancho y culebreante avance, discurriendo y murmurando, inundó el enladrillado suelo. Cuando llegó a las sandalias de Cusa, éste dio un salto y abrió los ojos. Pero Lucano no se movió. Su cabeza estaba inclinada y parecía como si meditase. «Sin duda esto pasará pronto», pensó el aterrorizado maestro. Pero la tempestad aumentó de intensidad. Parecía como si quisiese devorar la tierra en fuego. Un raro sonido subrayaba el rugido del trueno, susurrante e indescifrable. Cusa perdió la conciencia del tiempo. Si las columnas de la casa hubiesen caído, si las columnatas hubiesen sido sacudidas, él no se hubiese sorprendido. Nadie se acercó a la escuela por la puerta interior. Toda la casa estaba acobardada. De cuando en cuando el continuo estallido del trueno quedaba salpicado de otro sonido y una nueva llamarada, cuando un árbol era derribado. Las blancas paredes de la habitación palpitaban en olas de brillante luz, que se oscurecía momentáneamente para luego quedar otra vez encendidas.

Cusa nunca había visto una tormenta como aquella. Deseó el consuelo humano y el valor. Lucano, sin embargo, no podía ofrecérselo. Aparentemente no percibía los asaltos sobre la tierra de los crujientes y atronadores cielos. Tenía el codo apoyado sobre la mesa y soportaba su barbilla con el pulgar y el índice de su mano izquierda. Parecía más bien un estudiante que estuviese considerando un teorema.

De pronto, con la misma rapidez que había empezado, todo acabó. El relampagueo cesó de blandir su llameante espada sobre la tierra; el trueno paró tan abruptamente como una voz ahogada. Las llamas que habían golpeado las paredes de la habitación desaparecieron. La cortina cayó flácida sobre la ventana. Los oídos de Cusa, sin embargo, continuaron vibrando por muchos minutos más. Pasó algún tiempo antes de que pudiese controlar sus temblorosas piernas, levantarse y pisar sobre las límpidas aguas que inundaban el suelo. Abrió la puerta y nueva cantidad de agua penetró dentro.

Un sol inocente y claro, recién nacido y amplio, miraba sobre la tierra. Palmeras y árboles derribados yacían sobre el suelo como leña. Las fuentes derramaban el exceso de agua en cascadas de plateada luminiscencia. Pero las flores habían sido derribadas como frágiles y coloreados cuerpos. De pronto, el dulce olor de la rosa procedente del suelo y las rotas flores se mezcló con el de jazmín. Los pájaros iniciaron un tímido canto de agradecimiento por su preservación. La voz del río, demasiado cercana, continuaba su agitado diálogo con el cielo. Por todos los sitios brillaba un color plateado, a través de las derribadas hierbas y los caídos árboles y desde los troncos y las hojas.

De la casa empezaron a salir esclavos. Contemplaron la destrucción y empezaron a lamentarse. Cusa les gritó:

— ¿Dónde habéis estado escondidos, cobardes? Traed pan, vino y queso al instante. ¿Hemos de morirnos de hambre en medio de los libros?

Por primera vez Lucano miró hacia arriba y sonrió ligeramente. Pero ya no era la sonrisa de la juventud; era la sonrisa de un hombre cansado. Un esclavo, aún temblando, trajo una bandeja de pan duro, vino barato y un grueso trozo de seco y amarillento queso, junto con unos pepinillos en leche agria. Al llegar dijo:

— ¡Oh, hay mucho daño hecho! Dos de nuestros mejores cerezos han sido derribados, seis manzanos y todas las plantas de granadas destruidas. En cuanto a los olivos, uno se estremece al pensar en ellos. Mucho ganado ha sido carbonizado en los campos lejanos y las ovejas han desaparecido.

Cusa se acercó a la mesa con aire fanfarrón, hundió un dedo en el tazón de los pepinillos y leche agria y chupó uno.

—No está bastante maduro —comentó con tono crítico. Miró al esclavo.

— ¿Eres un niño para temer a la tempestad? Mientras duraba — ¿ha habido una tempestad?— nosotros considerábamos el Fedón. Lárgate.

El agua salía ahora por la puerta. Lucano dijo:

—Me pregunto quién sería el que se acurrucaba junto a mí gritando a la vez imprecaciones y rezos.

—Atención —dijo Cusa—. Vamos a considerar las categorías de Aristóteles.

El ardiente sol secó el agua y el cielo quedó brillante. Ahora todo el jardín, toda la tierra, estaba envuelta en una niebla radiante. El río mugía aún, y Cusa, con cierto temor, se preguntaba si no invadiría la tierra. Todo goteaba; mil pequeñas voces musicales repiqueteaban por todas partes. Las estatuas en el jardín estaban inundadas por una luz aguada. El perfume del jazmín tenía el olor de los blancos lirios que crecían en las orillas del Lete, imponiéndose por completo a los sentidos. Las voces de .los esclavos desde fuera llegaban hasta la escuela, llenas de exclamaciones y asombro ante la destrucción de la tempestad.

Cusa comió con alivio, pero Lucano se limitó a beber un poco de vino. Parecía absorbido en sus libros. Transcurrió una hora. Luego otra y otra más. El sol primaveral empezó a descender hacia el oeste. Cusa no podía leer en el rostro tranquilo de Lucano, estaba poseído de una firmeza masiva. El estilo se movía produciendo un suave sonido.

La puerta interior se abrió y Diodoro penetró en la clase mientras Lucano y Cusa se levantaban. El rostro del tribuno estaba blanco y tenso. Se acercó a la mesa de mármol y miró de lleno a los ojos de Lucano. Intentó hablar pero no pudo. Lucano exclamó cogiendo uno de sus musculosos s brazos:

— ¡Rubria!... ¿Rubria?

—Ven conmigo —dijo el tribuno y extendió su brazo alrededor de los hombros del joven como un padre.

Iris estaba augusta en medio de su dolor. Aurelia lloraba junto a ella, pero Iris no lloraba. Lucano no podía acercarse a su madre porque a su alrededor había tal majestad que rechazaba todo gesto de consuelo. Se hallaba en pie, en el centro del recibidor de la casa, envuelta en silencio con el rostro ciego y ausente y las manos unidas ante ella. Parecía oír sólo a Diodoro, quien le estaba contando cómo había ocurrido la muerte de su esposo Eneas.

—Mientras otros huyeron como gallinas, él permaneció con sus cuentas en el pequeño cobertizo cerca del río —decía Diodoro en voz baja—. Hay ocasiones en que el valor es una locura, pero ¿quién pondrá en tela de juicio la lealtad y el valor? El no podía llevarse los libros y por lo tanto permaneció allí. Pero el río se desbordó y arrastró a Eneas cuando se retiró.

Sentía profunda admiración y reverencia hacia su liberto, que había intentado guardar sus archivos aún a costa de su vida. No sabía que para Eneas, los archivos, la simple escritura de su mano eran más valiosos, en momentos de desastre, que su propia vida. Habían simbolizado para Eneas la razón de su existencia; en ellos quedaba plasmada la evidencia de que él había sido un hombre importante y en su limpieza una refutación a su anterior esclavitud. Triunfalmente, al fin había visto a Diodoro marchar hacia terrenos más altos, incapaz de arrancarle del lado de sus tabletas, su mesa, sus estilos.

Sólo Lucano, en virtud de una percepción interna, comprendía y se sentía sorprendido. Durante los últimos años él y su padre se habían distanciado más y más y la figura de Eneas se había difuminado ante los ojos de su joven hijo. No había escuchado debidamente cuando Eneas, por las tardes, le había expuesto

pomposamente los filósofos griegos. Lucano sabía más sobre ellos, con más certidumbre y profundidad. A menudo le había irritado observar la superioridad de su padre. Tan sólo la presencia de Iris había evitado que Lucano expresase su impaciencia. Algunas veces había encontrado a su padre insufrible. Le habían enfurecido los corrosivos comentarios sobre la falta de cultura de Diodoro. Decía que el interés del tribuno por Lucano era un reconocimiento de la inferioridad del romano. «Es un tributo que la grosería con poca frecuencia ofrece al razonamiento», solía decir. Lucano abría la boca con un gesto impulsivo, pero el gesto de ternura de su madre y la azul mirada de aviso le hacían desistir conteniéndose.

Para Lucano la muerte de su padre era una tragedia que iba más allá que la misma muerte. No podía llorar. Tan sólo podía permanecer sentado contemplando a su madre. Deseó caer a sus pies, pidiendo perdón.

«He vivido tan sólo en casa de Diodoro —pensó Lucano—. He vivido sólo para Rubria, Keptah y mis libros. Todo hombre desea. Aparecer como un dios ante los ojos de su hijo. He dejado que mi padre sintiese que era un pigmeo. El se ha visto disminuido ante mí. ¡Oh, no podía dejarle creer que era importante, aunque traté de hablarle con acento de respeto! ¡En tal degradación he caído!»

—Cuando el río entregue su cuerpo, haré que le hagan un funeral de héroe —dijo Diodoro, mirando a la bella Iris, que le devolvió la mirada con azul ceguedad—. Yo mismo encenderé la pira. Ordenaré que pongan banderas y trompetas y la presencia de soldados en uniforme de gala; e incienso, sonido de tambores y una túnica roja y blanca.

Aurelia, llorando, pensó en que hubiese sido de ella si Diodoro hubiese sido lo bastante estúpido como para intentar rescatar aquellos inútiles libros y archivos.

—Mañana empezaré sacrificios en el templo de Hércules, el dios de todos los héroes —dijo Diodoro.

Si Aurelia, Lucano y Keptah no hubiesen estado presentes se hubiese arrodillado y besado el borde del vestido de Iris. Deseaba honrarla, a causa de su esposo muerto. El desprecio que sentía por Eneas había sido devorado por su admiración y por su amor a Iris. Su tranquilo y maravilloso rostro emocionó su corazón y deseó exclamar: «Iris, mi compañera de juegos, mi amada, mi vida es tuya con solo que la pidas.»

Keptah había desaparecido tras una cortina que conducía a la cocina. Volvió a salir con un brebaje en una copa, e inclinándose ante Iris, como ante una diosa, puso en su mano la copa. Ella bebió, pero aún miraba a Diodoro con aquellos profundos ojos que, no veían.

—Elevaré una estatua en su memoria —dijo Diodoro desconsoladamente—. Tendrá un nicho de honor cerca del altar de Hércules En el nombre de Eneas te será pagada una cierta suma cada año, Iris. Es lo menos que puedo hacer.

Aurelia lloró de nuevo con mayores lágrimas. Los libros, después de todo, habían sido arrastrados con Eneas. Su gesto de trágico heroísmo había sido inútil. ¡Oh, la emocionante locura de los hombres, que creen que un gesto es más importante para sus familias que sus propias vidas! Los hombres eran héroes; pero las mujeres eran sensibles. Aurelia se sentía muy apenada por Iris, que tenía un héroe por esposo.

—No le amaba como a mi esposo, sino como una madre ama a un hijo —dijo Iris hablando por primera vez. Aurelia comprendió y asintió entre sollozos. No estaba sorprendida ante su honradez.

—Era para mí como mi hijo, digno de mi ternura y de mi protección —dijo Iris en tono débil y soñoliento—. Era un hombre trágico.

—Sí, sí —dijo Diodoro sin comprender nada—. Pero la tragedia es el destino de los héroes.

Estaba muy cansado y cubierto de barro. Había trabajado durante horas para salvar lo que pudo ser salvado. Tres barcos cargados con los mejores productos de Siria se habían hundido. Había nadado junto con sus oficiales buscando el cuerpo de Eneas en vano. Cuando vio que Eneas era arrastrado, se había lanzado con sus sandalias, espada, coraza y todo en las rugientes y amarillas olas. Su único pensamiento había sido Iris.

—Creo —dijo Keptah con voz muy suave— que será mejor que el ama Aurelia condujese a Iris a su dormitorio. El brebaje está haciendo efecto.

Iris había empezado a vacilar irresistiblemente. Aurelia se puso en pie y colocando sus brazos alrededor de su amiga, la condujo Al marchar dijo a su a través de la cortina hacia el dormitorio. Al marchar dijo a su esposo:

—Permaneceré aquí algún tiempo. Cuando vuelvas, Diodoro, envía aquí a mi esclava especial, Maia, para que guarde y vele a Iris durante la noche.

Los tres hombres quedaron solos. Diodoro miró a Lucano, quien en su dolor estaba sentado en presencia del tribuno. Diodoro puso su mano sobre el hombro del muchacho.

—Que la nobleza y el sentido del deber de tu padre sea una perdurable lección para ti —dijo en tono mesurado. Keptah dobló sus manos sobre su túnica y cerró los ojos.

—No he sido un buen hijo —respondió Lucano.

Diodoro palmeó sus hombros.

—Siempre nos reprochamos cuando aquellos que amamos nos son arrebatados —dijo—. Pero si meditamos podemos ver cómo ellos pueden inspirar nuestras vidas, hacer nuestros años más significativos, gracias a sus lecciones.

—Ruego tu perdón, señor, pero no comprendes —dijo Lucano, abatido a causa de su pena.

—Nunca entiendo; esto es lo que todo el mundo me dice —dijo Diodoro con un poco de irritación. Su cansancio le hacía débil. De nuevo palmeó los hombros de Lucano— Permanece con tu madre. Consuélala. Anima su espíritu, porque es la esposa de un héroe.

Lucano se levantó y acudió a la habitación de su madre. Iris yacía en su cama como una blanca estatua caída. Tenía los ojos cerrados. Se arrodilló al lado de ella mientras Aurelia colocaba las mantas sobre sus

helados pies. Lucano besó una flácida mano. Iris abrió sus ojos y le miró y sus labios se movieron. Por primera vez lloró y Lucano inclinó su áurea cabeza contra su pecho y la mantuvo allí en un mudo y dolorido abrazo.
Su corazón era como una inmensa piedra. Deseó rezar por el alma de su padre que estaría vagabundeando en algún espiritual campo de Elíseo, clamando débilmente y solitario. Pero no podía pensar, incluso entonces, sino en Rubria, la brillante, tierna y adorable joven que pronto recorrería también aquel odioso sendero hacia las profundidades de la muerte y a quien él perdería para siempre.

CAPÍTULO XI

Rubria se recobró un poco, lo bastante para ser bajada al jardín, bajo un árbol en la cálida luz de primavera. El pálido aspecto de su rostro adquirió un color débil. Keptah había dicho a Diodoro que la joven frecuentemente tendría estas recaídas de parcial invalidez. El devoto padre no sabía que las largas mangas que la niña usaba, y los vestidos de lana a pesar del calor, eran para ocultarle las dolorosas hemorragias visibles bajo su delgada piel y para calentar aquel débil cuerpo. Aurelia y él habían acordado que ella y Rubria no marcharían a Roma hasta el otoño. Entretanto, se cruzaban calurosas cartas entre él y el senador acerca de la dote.
Cusa permitía tanto como podía y cuando Lucano le complacía particularmente que éste tuviese sus lecciones en el jardín, cerca de Rubria, a fin de que el joven pudiese estar con la doncella. Rubria ya no estudiaba; su vacilante fuerza, su delgadez y repentinas caídas en una gran debilidad, prohibían todo esfuerzo, pero sonreía con infinita dulzura cuando Lucano recitaba sus lecciones. Reía amablemente ante alguna de las salidas de Cusa. Él siempre se había creído a sí mismo ingenioso. En favor de la muchacha, Cusa con frecuencia permanecía en vela toda la noche, inventando agudezas o historias alegres. El corazón del hábil griego se hacía de mantequilla en presencia de Rubria. Él que creía que todos los hombres eran malos, incapaces de motivos verdaderamente desinteresados, de naturaleza de lobos, disolutos en sus pensamientos, se asombraba de sí mismo. Ante aquella muchacha se sentía inspirado tan sólo por el amor.
En la casa había esclavas más bellas que aquella doncella. En comparación con Iris, lo bastante mayor para ser su madre, ella era como una mortal comparada con una deslumbradora diosa. Y sin embargo, Cusa empezó a creer que nunca había nacido una criatura tan perfectamente amorosa. A medida que su moreno y grácil rostro adelgazaba, sus oscuros ojos se hicieron enormes, brillantes y llenos con una luz sobrenatural, húmedos de ensueños y de amor. Su boca, se decía Cusa a sí mismo, era cual una flor. Su largo y negro cabello parecía tejido de cristal, cayendo en cascada sobre sus hombros y sus aniñados pechos. Cuando se reclinaba hacia atrás en la silla con las piernas y pies cubiertos con mantas de lana, incluso en los días calurosos, los contornos de su cuerpo tomaban un aspecto impalpable, como los contornos de un espíritu. Cuando dormía, parecía no respirar. Se despertaba tan repentinamente como había caído en la modorra y miraba a su alrededor con ardiente tristeza y cariño. A pesar de ser una doncella romana, de noble familia, trataba a los esclavos con la misma cortesía que si fuesen sus iguales. Abrazaba la vida con cariño y reverencia. A medida que su vida mortal declinaba, su alma tomaba unas dimensiones más allá de la comprensión de los hombres.
Cuando se estaba con ella, parecía que toda la existencia era buena y estaba llena de poesía y significado. Sus pájaros favoritos acudían sobre sus hombros para comer el pan o la fruta que ella sostenía entre sus labios para ellos. Se colgaban en uno de sus delicados dedos y se inclinaban hacia ella con intensidad, como para aprender de ella algún inefable secreto. Incluso el sol parecía ser más brillante cuando ella estaba presente, y brillar más cálidamente. Si sufría, nadie, excepto Keptah, lo sabía. La tranquilidad y serenidad le rodeaban como un aura; no tenía temor. Durante los últimos meses, desde que la enfermedad se había apoderado de ella de nuevo, se transformó en una mujer y, según la humilde creencia de Cusa, en una divinidad. El sabía que ella estaba muriendo; todos lo sabían excepto el apasionado y devoto padre. Cusa sospechaba que Rubria también lo sabía. Su sublime paciencia, su ternura, la forma de mirar el jardín que se extendía a su alrededor y los rostros de aquellos que la rodeaban con tranquila intensidad y delicia, afirmaba en él la creencia de que ella comprendía que pronto abandonaría todo esto, antes de que el invierno llegase. Y sin embargo, nunca se quejaba: tan sólo sonreía como si poseyese algún divino secreto.
Y diariamente Lucano se hacía más duro, más frío, excepto cuando estaba con Rubria. La austeridad de su rostro parecía haber llegado hasta los mismos huesos. Estaba triste por su padre, y Rubria lo sabía. Ella había visto pocas veces a Eneas, pero sufría por Iris y Lucano. No hablaba del muerto, pero algunas veces suspiraba mirando a su viejo compañero de juegos. Era un requisito específico impuesto por ella que Lucano comiese con frecuencia con ella y sus padres, cuando tenía fuerza suficiente para bajar al comedor. A fin de ahorrar ansiedad al padre, descendía andando lenta y débilmente hasta su lugar en la mesa. Cuando estaba allí, toda su atención era para Diodoro, que no dejaba de mirarla amorosamente. El creía que mejoraba. Keptah evitaba sus más agudas preguntas con respuestas evasivas y suaves.
Diodoro, feliz porque Carvílio Ulpiano había finalmente prestado su consentimiento a los términos de la dote, se sintió inspirado en la creencia de que su hija mejoraba lenta y seguramente. También le excitaba la perspectiva de que Aurelia le proporcionase un hijo.

—Naturalmente —decía con orgullo a su esposa—, será un chico. ¿Acaso no he sacrificado bastante a los dioses? Ayer mismo sacrifiqué una hecatombe. ¡Con los precios que cargan estos sirios, los muy ladrones! He dedicado el chico a Marte. Deberá nacer en Roma, desde luego, no en esta malvada tierra.

Aurelia sonreía. Cuando algunas veces él descubría su llanto, ella le decía tristemente:

—Debes recordar que las mujeres tienen estas debilidades cuando esperan un hijo. Pon tu mano sobre mi vientre, querido; nota cómo el niño salta como un cordero. ¡Ah, es fuerte! Es casi digno de su padre.

Un día, al final del verano, Rubria y Lucano estaban solos bajo la sombra de un gran y susurrante árbol verde. Lucano estaba sentado junto a ella, que permanecía un poco amodorrada, estudiando sus lecciones Y desarrollando los libros de referencia. De pronto una temerosa debilidad le envolvió y la sensación de una insufrible desesperación se apoderó de él. Dejó a un lado las tabletas Y el estilo. Miró a Rubria a sus largas pestañas negras que sobresalían de sus pálidas mejillas como sombras; sus manos dobladas tan transparentes como alabastro. Tenía el aspecto de la muerte, de una suprema rendición Y su pecho apenas se movía. Entonces supo, con absoluta certidumbre, a pesar de su rebelión, a pesar de sus exclamaciones y algunas veces blasfemas oraciones, a pesar de su lucha contra la voluntad de Dios, que ella moriría y que moriría muy pronto. Los huesos de su rostro eran como marfil bajo la piel sin carne; su garganta era como un tallo. Lucano dejó caer la cabeza lentamente sobre sus rodillas, cerró los ojos Y se abandonó a la tristeza.

«Cuando muera, me marcharé —pensó—. Me transformaré en un vagabundo sobre la faz de la tierra. Me iré en la noche y me iré a los últimos extremos del mundo donde nadie conozca mi nombre. No hay nada para mí sin la amada de mi corazón, nada de cuanto ciertamente yo he amado.»

Los pájaros cantaban y revoloteaban, pero no los oía. El sol danzaba sobre las hojas de cada flor, pero tan sólo la oscuridad se extendía ante sus ojos. Era joven y ardiente; pero se sintió viejo, y frío como la muerte. Todo deseo de vivir le había abandonado. Cuando la oscuridad de la tumba o la pira funeral devorase a aquella muchacha, también le devoraría a él. Una débil paralización corrió su carne Y se sintió mortalmente enfermo, como si él también fuese a morir. Un débil gemido surgió de su garganta.

Una mano ligera como una hoja, tocó la cima de su dorada cabeza y le hizo mirar hacia arriba. Rubria le estaba sonriendo con la tierna sabiduría de una mujer. Sus ojos brillaron llenos de amor y de comprensión. Él tomó una de sus manos y la besó con una fuerza de desesperación. Podía percibir su fragilidad, su frialdad, su casi espiritual vaporosidad.

Entonces ella habló:

—No debes apenarte, querido Lucano —dijo en voz baja e infinitamente tierna.

El corazón de Lucano dio un vuelco. Entonces, la muchacha lo sabía. Era posible que lo hubiese sabido desde hacía mucho tiempo. No podía sufrir que un ser joven y bello hubiese conocido la verdad y la hubiese aceptado sin el temor natural, sin pena, tan sólo con un valor sublime. Maldijo a Dios en su interior y pensó: «Cuando ella muera, iré con ella, porque no hay nada para mí sin ella.» Una gran tranquilidad le inundó y le aquietó.

—No te apures —repitió, y su voz sonó con mayor suavidad—. Me siento feliz. No estaré separada durante mucho tiempo de ti y mi padre. Los dioses son buenos; ellos no odian el amor entre los mortales.

«Pero Dios es malo», pensó Lucano. Puso de nuevo su cabeza sobre las rodillas de Rubria y la belleza del jardín que les rodeaba se transformó para él en algo fantasmal, lleno de formas agónicas.

Rubria habló de nuevo débilmente.

—Siento en mi corazón lo que estás pensando, querido. No debes pensar así. Dios tiene un gran destino para ti. Él es nuestro Padre, y nosotros somos sus hijos. ¿Crees que Él nos inflige dolor y pena sin un propósito? Nos hubiese llevado con Él.

—No —dijo Lucano—. Si Él es como tú dices, Rubria, que te alce de esta silla, ponga sangre en tu rostro y fuerza en tus miembros.

Su garganta se cerró en un angustioso espasmo.

La doncella suspiró.

—Seguramente Él sabe lo que es mejor. Seguramente que la paz que siento es por Su gracia y Su bondad. Hoy no tengo ningún dolor. Anoche dormí como un niño y mis sueños fueron maravillosos, más allá de todo lo imaginable. Me sentí llena de gozo y el gozo está conmigo hoy. El mundo es hermoso, pero el lugar donde yo voy es más hermoso aún y allí no habrá separaciones.

Alzó su cabeza de la almohada y contempló el grave rostro de Lucano, su rígida boca, y el brillo amargo en sus azules ojos.

—Ah, tú has olvidado —dijo— Cuándo éramos más jóvenes eras tú quien me decías todo esto.

«Pero es mentira», pensó Lucano. No podía hablar; no podía privar a la joven de su último consuelo, aunque éste fuese falso.

Rubria le miró con gravedad.

—Es verdad —dijo—. Todo cuanto me dijiste cuando éramos niños, es verdad. Mi alma lo dice así, y no hay mentiras al borde de la sepultura. Voy a Dios. —Llevó la mano a su pecho y extrajo la cruz de oro que Keptah le había dado y la puso en la palma de la mano de Lucano. Luego miró al cielo—. Keptah es un hombre extraño y lleno de sabiduría, Lucano. Él me ha dicho que Uno que morirá sobre esta cruz está viviendo con nosotros en el mundo ahora, apenas más que un niño. Donde Él vive nadie lo sabe, y quién es Él sólo lo sabe Su madre. Su nacimiento fue profetizado por los sacerdotes de Babilonia hace miles de años, y Él ha venido. Él nos conducirá a la vida eterna, y allí no habrá más muerte, sino únicamente gozo.

Lucano repentinamente pensó en la gran cruz blanca que había visto en el templo secreto de los caldeos de Antioquía. Y se sintió ridículo, abrumado de ira, odio y disgusto. Los sacerdotes eran notorios farsantes, con sus oráculos, sus profecías, sus conjuros, sus engaños, su lenguaje misterioso. Se reían en secreto ante la ingenuidad de aquellos que creían en ellos. Engordaban de los sacrificios. Cometían abominaciones. Llenaban sus cofres con el oro de los fatuos. Ante la presencia de la muerte sus grises rostros se difuminaban y sus voces quedaban silenciosas.

La cruz de oro brilló en la mano de Lucano. Deseó apasionadamente arrojarla lejos de él y maldecir por la falsedad que era. Pero Rubria, inclinándose en su silla, colocó gentilmente sus dedos alrededor de ella.

—Es mi regalo para ti.

El sol poniente se mantuvo en el cielo occidental, un mar de escarlata y oro, lleno con las verdes tonalidades de dispersas nubes. La brisa gentil desapareció; el olor de las flores y de la tierra fértil se elevó como un incienso. Rubria dormía y Lucano estaba sentado junto a ella, con la cabeza sobre su regazo, y las manos de ella sobre su dorado cabello. No supo cuanto tiempo habían permanecido así. Los bordes de la cruz cortaban sus manos, pero no lo sentía.

Por fin alzó la cabeza, y la mano de la doncella cayó de ella pesadamente. Una sonrisa iluminaba el rostro de Rubria, como si hubiese despertado a un gozo y serenidad completa. Sus mejillas y sus labios habían palidecido hasta alcanzar una absoluta blancura y su frente brillaba. Sus pestañas caían sobre sus mejillas proyectando una suavísima sombra.

Lucano se levantó lentamente y el peso de la edad cayó sobre él. Se inclinó sobre Rubria y emitió un solo, vibrante y terrible gemido.

CAPÍTULO XII

Los cipreses aún se alzan ante la puerta de la casa de Diodoro y de ésta —dijo Iris a su hijo—. Un padre desesperado llora por su hijo y una madre con el corazón roto está inconsolable. Y yo..., yo, que soy tu madre, recuerdo a tu padre. ¡Pero sólo tú sufres! No oyes más gritos de lamento que los tuyos. Eres, sin embargo, un hombre Y debieras dejar las cosas de niño. ¿Creíste que el mundo era un sueño de dulzura y felicidad? Éste es el sueño de los insensatos, de aquellos que serán siempre niños, de quienes temen la noche y quisieran tener siempre a su lado a los ruiseñores, como Aedon, cantando eternamente para no oír la voz de la tragedia. ¡La felicidad! Quienes dicen que existe, que debiera existir, que los hombres tienen derecho a ella, simplemente por haber nacido, son como niños idiotas cuyos balbuceantes labios están untados de miel.

Has cerrado la puerta a ese pobre esclavo, tu tutor, Cusa, y al médico Keptah. Has cerrado tu puerta ante mi propia cara. Te vengas del mundo porque aquella a quien amabas te ha abandonado. Te vengas de los dioses. Te quieres marchar y todos se sentirán desolados, crees tú. Pero te aseguro que Diodoro se sentirá consolado cuando le nazca el hijo y se olvidará de ti, o pensará en ti con desprecio. Tu tutor tendrá otro discípulo. Tan sólo yo me acordaré de ti, yo, tu madre, a quien tú no has visto como una mujer sin esposo y sin hijo.

Tembló a causa de su ira. Fuera de las ventanas y puertas los vientos y lluvias de otoño murmuraban quejumbrosos. Iris había entrado en el dormitorio de su hijo; la triste media luz le mostró sentado ante la mesa con la cabeza entre las manos, pero por primera vez desde hacía mucho tiempo, escuchaba. Finalmente alzó su rostro, miró hacia su madre y la vio. Su macilento rostro se contrajo con dolor inexpresable.

— ¡Oh —exclamó Iris—, has sido tan favorecido! Has estado rodeado de amor. No eres esclavo. Eres un hombre libre, que ha nacido libre. ¿Qué sabes tú de la terrible agonía y dolor del mundo? Eres joven y has sido mimado. Pero no eres capaz de soportar tu dolor y llevarlo como un hombre. Igual que Orfeo has de llorar por siempre jamás.

—He visto la muerte y el sufrimiento muchas veces —respondió

Lucano con la voz ronca de quien ha pasado muchos días sin hablar—. No me son desconocidos. —Sus hundidos ojos brillaron en la penumbra y contrajo los puños sobre la mesa—. ¿Acaso puedes saber lo que he pensado durante todas estas semanas? Dios es un torturador; el mundo un circo donde los hombres y las bestias son llevadas a la muerte salvajemente, sin razón y sin consuelo.

Iris se alegró de que su hijo mostrase al fin alguna emoción. Pero respondió con severidad:

—Es malo blasfemar contra los dioses.

Pero las palabras brotaban de Lucano como las aguas de una presa puestas en libertad.

— ¿Para qué nace el hombre? Nace tan sólo para marchitarse en el tormento y luego morir tan ignominiosamente como ha vivido y en la misma oscuridad. Clama a Dios, pero no recibe respuesta. Apela a Dios, pero apela a un verdugo. Sus días son cortos y nunca están libres de tormento ni dolor. Su boca se extingue con polvo y desciende a la tumba y el terrible enigma de su ser permanece. ¿Quién ha vuelto del sepulcro con un mensaje de consuelo? ¿Por qué no ha dicho Dios nunca «levántate y aligeraré tu carga y te conduciré a la vida?» No, no ha habido un tal Dios ni nunca le habrá. É es nuestro enemigo.

Se quedó contemplando sus puños, luego los abrió y miró las palmas y dedos de las manos. Su rostro se endureció y ensombreció a causa de la ira.

—Aprenderé a derrotarle —murmuró—, le arrancaré Sus víctimas. Quitaré Su dolor de sobre los desamparados. Cuando extienda Su mano para alcanzar a un niño, golpearé esa mano para que se retire. Donde Él declare muerte yo declararé vida. Ésta será mi venganza sobre Él.

Se levantó. Estaba débil a causa de los pocos alimentos tomados. Vaciló y se sostuvo en el borde de la mesa. De pie miró a su hermosa madre y vio lágrimas en sus ojos. Empezó a llorar también y cayó sobre sus rodillas abrazando la cintura de su madre y reclinando la cabeza sobre su cuerpo. Ella puso las manos sobre su cabeza y silenciosamente le bendijo; luego se inclinó sobre él y besó su frente.

—Hipócrates ha dicho que esta vil cosa algunas veces se cicatriza espontáneamente —dijo Keptah—. Una vez afirmó que era una señal de los dioses. Si así fuese, no serían mejor que los hombres. Recomienda infusiones y destilaciones de ciertas hierbas para aliviar el agudo tormento, y aconseja compresas empapadas en vino y pociones para aliviar a las mujeres que son afligidas por esa enfermedad, la cual devora las partes internas. Para los hombres aconseja cauterizaciones y castración. Cree que es una enfermedad de las partes privadas, aunque vacila en algunos de sus asertos. ¿Es una sola enfermedad o varias? Un discípulo suyo pensó que era parecida a la lepra, cuando ataca la piel. ¿Es la misma cosa cuando una mancha alarga su negrura y mata rápidamente? ¿Es también la enfermedad blanca? ¿La enfermedad que destruye la sangre y la hace pegajosa como una jalea? ¿Es esto lo que hace decaer los riñones, pulmones, hígado e intestinos? Hipócrates no está seguro. Pero yo lo estoy. Es el mismo mal, en manifestaciones diferentes, y el peor de todos los males porque llega como un ladrón en la noche y al final hace que la víctima pida y ruegue la muerte cuando el cuchillo mueve y remueve sus entrañas.

Él y Lucano se hallaban en el pequeño hospital establecido para los esclavos. Cinco camas estaban ocupadas por hombres y mujeres que gemían y se removían. Tres esclavos les seguían con recipientes de bronce, aceites y vendas de blanco lienzo. Otro esclavo llevaba una bandeja de pequeñas botellas llenas de líquidos. El médico y Lucano habíanse detenido junto a la cama de un hombre que se ahogaba en la más completa agonía. El lado izquierdo de su rostro estaba comido como por una monstruosa larva, la carne, ensangrentada y lacerada, el labio hinchado y supurando sangre. El esclavo miró al médico que le contemplaba con lástima. Lucano permaneció de pie y le miró con la más amarga desesperación. Murmuró a Keptah:

—Seguramente será piadoso darle una poción que le proporcione la paz y la muerte.

Keptah movió la cabeza con lentitud en forma negativa.

—Hipócrates ha declarado que está prohibido. ¿Quién sabe qué instante el alma reconocerá a Dios? ¿Mataremos al sufriente esta noche, cuando el reconocimiento llegaría a la mañana siguiente? Además, el hombre no puede dar la vida. Por lo tanto, no tiene autoridad para dar la muerte. Sólo Él, que es desconocido para nuestras naturalezas y que se mueve en misterios, tiene derechos sobre ellas.

— ¡Mátame! —gimió el esclavo, revolviéndose en la cama. Tomó el brazo del médico en su mano esquelética—. ¡Dame la muerte! —Su voz quedó ahogada por un vómito de sangre.

Keptah se volvió hacia Lucano, que miraba con horror al paciente. Tocó su brazo y Lucano movió la cabeza y miróle con severidad como en un ruego.

— ¿Hubieses privado a Rubria de una hora de su vida? Y puedo asegurarte que ella sufrió tanto como éste, o incluso más.

Empapó unas compresas en un líquido blanco que vertió de un recipiente. Lucano rechinó sus dientes con odio. ¿Qué había hecho aquel pobre esclavo, un jardinero, contra los dioses para merecer aquello? Era un alma inocente y sencilla, que se gozaba en las flores, orgulloso de sus setos, que amaba sus lirios y velaba como un padre por sus rosas. Existían millones menos dignos de paz que aquél. El mundo estaba lleno de monstruos que comían, bebían y reían, y cuyos niños danzaban en los gratos jardines de sus hogares y que no conocían el dolor.

Keptah, con gran delicadeza, tomó la mano desolada del esclavo y la sostuvo con firmeza.

—Escúchame —dijo—, porque eres un hombre bueno y me comprenderás. Hay otros que tienen esta enfermedad, pero en su espíritu, y te aseguro que sufren más que tú. Cuando tu boca supura sangre sus almas supuran violencia y veneno. Donde tu carne es despedazada, ellos tienen sus corazones despedazados. Pero te juro; Niger, que tú eres más afortunado que ellos.

El esclavo dejó de quejarse, y sus ojos se agrandaron y pacificaron. A través de su sangre suspiró:

—Sí, señor.

El violento escarnio era para Lucano como un ácido. Miró a Keptah mientras colocaba el empapado lino en la horrible y desfigurada cara. El esclavo jadeó. Los otros esclavos, menos graves, contemplaban la escena desde sus lechos. Por fin apareció en los ojos del esclavo una niebla de alivio, un trémulo descanso. Una lágrima corrió desde el extremo de su pestaña. Keptah tomó una copa y puso su brazo bajo la cabeza del esclavo y le alzó tan tiernamente como una madre alza a su hijo, puso la copa en los retorcidos labios y, lentamente, Niger bebió con emocionante obediencia. Después Keptah volvió a colocar su cabeza sobre al almohada. Niger había caído en un profundo sueño, quejándose suavemente. Keptah le contempló enigmáticamente por largos momentos. Su oscuro rostro y penetrantes ojos eran ilegibles.

—Ha invadido ya la laringe —murmuró—. No vivirá mucho. —Se volvió hacia uno de los esclavos—: Dale esta poción siempre que él no pueda ya soportarlo, pero nunca antes de cada tres horas, de acuerdo con el reloj de agua.

— ¿Y esto es todo lo que puedes hacer? —exclamó Lucano.

—No. Si hubiese venido a mí cuando la primera pequeña, dura y blanca irritación apareció en el interior de su mejilla, podía haberla quemado con un hierro al rojo. No acudió a mí hasta que era muy difícil para él tragar y las partes interiores de su boca ya estaban supurando, corrompidas y desprendidas. Recuerda que tanto si se trata de una enfermedad del espíritu como de una de la carne, es mejor buscar consuelo y ayuda desde el mismo principio. Después todo está perdido.

Se trasladaron al lecho de una joven esclava que sufría casi tanto como Niger. Su cama hedía a causa de las evacuaciones de su vagina. Keptah se volvió hacia un esclavo y exclamó:

— ¿No te he dicho que mantuvieses los lienzos secos y limpios? Esto es el veneno que la deja. Informaré al capataz, así que prepárate para unos Cuantos azotes.

—Señor, tengo otros deberes –gimió el esclavo.

—No hay mayor deber que curar o aliviar el sufrimiento. Ciertamente, la medicina es un arte divino. Basta ya. Trabaja mejor y olvidaré los azotes.

La esclava, a pesar de su inconsciencia y fiebre, era hermosa y llamativa. Keptah tocó su frente, notando su calor. Dijo a Lucano:

—Intentó abortar con un sucio y primitivo instrumento que usan los salvajes. Aquí tienes el resultado.

—No podía tener un hijo nacido en la esclavitud —gimió la muchacha. Keptah respondió sombriamente:

—El pensamiento era virtuoso: la acción no. Debieras haberte mantenido virtuosa. ¿Tienes un dueño malo? Si le hubieses pedido un marido te hubiese dado uno. Ésta es una casa virtuosa. Pero tú te has divertido, y has seguido tus deseos y lujuria. No tienes excusa. Te enseñaron a leer y a escribir, a hilar y coser, a guisar y hacer otros servicios valiosos. No eres como las esclavas de Roma a quienes sus dueños obligan a acostarse con ellos a capricho. Bien. Veamos cómo estás.

Pero primero se lavó las manos con agua y luego las frotó con un aceite oloroso. Entonces examinó a la llorosa muchacha y tocó sus inflamadas y supurantes partes.

— ¿Voy a morir, señor? —exclamó Julia aterrorizada.

Keptah no replicó. Con un trozo de lienzo hizo un pequeño cono blanco y lo introdujo en uno de los recipientes. La muchacha palideció. Pero Keptah con firmeza separó sus piernas e introdujo el cono en su cuerpo. Ella gimió. El aire quedó lleno de un olor aromático.

—Que la compresa permanezca hasta la noche —instruyó Keptah a su ayudante esclavo—. Luego quítala y destrúyela. Está infectada y es peligrosa. Después lava las partes con agua corriente y limpia, haz otra compresa Y que la muchacha misma se la ponga. Para entonces será menos doloroso.

Golpeó suavemente las manos de la muchacha y le dio algo a beber. Luego le dijo:

—No morirás, espero. Me temo que vivirás para pecar más.

Miró a Lucano.

—Visítala al anochecer. Haz que mis órdenes se cumplan.

— ¿Por qué reprochas a esta pobre niña? —Preguntó Lucano con resentimiento—. ¿Es ella mayor que su naturaleza con la cual Dios la dotó? Él le dio los instintos naturales.

—Cuando los instintos naturales pueden ser peligrosos, entonces deben ser controlados —dijo Keptah—. ¿Y qué es lo normal? ¿El mundo? Se debe disciplinar uno mismo para derrotar las pasiones del mundo, o un hombre no es más que una bestia.

La muchacha, un tanto aliviada, sonrió a Lucano, con coquetería. Él se volvió, avergonzado y asqueado.

Las ventanas estaban abiertas y el frío aire invernal de las brisas llenaba la habitación.

—El aire y la luz son los enemigos de la enfermedad —decía Keptah, contra el consejo de los demás médicos—. La limpieza es también un enemigo, sin mencionar el respeto propio y la estima por la carne que viste al espíritu.

Se pararon junto a la cama de una joven y apuesta mujer que tenía un vientre enormemente hinchado. Junto a ella se hallaba agachado un joven y hermoso esclavo, su esposo, cuyo rostro estaba mojado por las lágrimas. Se alzó rápidamente y miró a Keptah con brillantes y suplicantes ojos.

— ¡Ah, señor! —Dijo—. ¿Sin duda está encinta y el niño está a punto de nacer?

—Keptah suspiró.

—Te lo he dicho, Glauco. No es un niño sino un gran tumor. Hay que quitárselo o no vivirá. Lo he dejado en tus manos, aunque pude haber operado antes. Tú has esperado, y así reduces sus posibilidades de vida. No puedo esperar por más tiempo, decídete ahora.

—Señor, soy tan sólo un esclavo. Tú tan sólo debes mandar —dijo —Glauco llorosamente.

Keptah movió la cabeza con gesto negativo.

—Ningún hombre es esclavo, por muy atado y encadenado que esté, hasta que admite que lo es. Eres un hombre. ¿Salvo a tu esposa ahora o esperas y la dejas morir? Ella morirá sin la operación; puede vivir si la realizo.

Se volvió hacia Lucano y dijo:

—Palpa el vientre.

Lucano sentía profunda piedad por aquella joven y estoica mujer que no se quejaba y sonreía con valor.

Alzó su ropa. El vientre estaba liso y se notaban las venas como las vetas de un mármol, y brillaba a causa de la distendida tensión. Lo reconoció cuidadosamente cerrando los ojos para concentrar mejor toda su

atención en la punta de sus delicados dedos. En el lado derecho palpaba un objeto duro como una piedra, pero estaba lleno de líquido y tenía un tacto esponjoso, a medida que sus dedos se corrían hacia el ombligo.

—Estoy seguro de que no es carcinoma —dijo a Keptah, que asintió con un gesto complacido.

—Es un tumor lipoide de suero —dijo el médico—, muy común. Debiera haber sido suprimido hace muchos meses, pero esta pareja deseaban un hijo y creían que el tumor lo era, después de tres años de matrimonio. Está cogido al ovario derecho y deberá ser también suprimido.

— ¿Entonces no tendremos ningún hijo —gimió Glauco—, ni siquiera una niña?

—No seas tonto —reprobó —Keptah. Aristóteles desechó la antigua teoría de que un ovario produce un niño o una niña y que un testículo produce sólo un sexo. Tu esposa conservará su ovario izquierdo, y está en la misteriosa mano de Dios el que ella tenga después un hijo o una hija.

Puso unas hojas frescas en un filtro, añadió un poco de vino y se lo dio a Hebra, que lo tomó obedientemente. Keptah dijo a uno de los esclavos:

—Permanece con ella, dale una gran copa de vino y después otra. Cuando duerma llámame.

Los ojos de Hebra empezaban a cerrarse mientras su esposo la contemplaba temerosamente. Lánguidamente levantó su amable mano y acarició su rostro con un gesto de consuelo.

—Las mujeres, observa, tienen menos miedo a la muerte y a la vida que los hombres —dijo Keptah a Lucano mientras se dirigían a otra cama—. ¿Es la fe o es que las mujeres, más realistas que los hombres, aceptan la realidad con mejor espíritu?

Lucano le miró sombríamente. «Quizá —pensó— todos estos comentarios van dirigidos a mí en esta primera mañana de mi vuelta a la casa de Diodoro y a sus lecciones.» Y eran pequeños dardos de reproche que herían su sensibilidad, Se sintió enfadado y avergonzado.

El hombre que yacía en el lecho siguiente estaba muy grueso y tan blanco y flácido como la escarcha. Miró a Keptah con un silencioso resentimiento. Keptah contempló la pequeña mesa que había junto a él, en la que se hallaba una botella de agua y un vaso,

— ¿Has bebido toda esta agua hoy, amigo?

El hombre murmuró algo en su garganta. Un olor de manzanas, o heno, surgía de su pesado aliento.

—Te aconsejé hace muchos meses que limitases tu amor por los pasteles, los panecillos y las mieles —dijo Keptah con severidad—. Tienes la enfermedad dulce y si no prestas atención harás que tus músculos y huesos salgan de ti en un río de orina. Pero veo que no te has limitado a comidas ligeras de carnes suaves y vegetales, de los cuales hay abundancia en esta casa, en la que reina la creencia de que son suficiente comida para sus esclavos. Si no controlas tu apetito de cerdo morirás pronto entre convulsiones. Es tuya la elección. Decide tú.

Se volvió hacia Lucano y le dirigió un pequeño discurso sobre aquella enfermedad:

— Siempre es del hombre su propia enfermedad. Aquel que sufre la enfermedad dulce, en el cual hasta la misma orina es sacarina, a menudo resulta ser un hombre de temperamento tolerante consigo mismo, que tiene su origen en un egoísta rechazado de complacer a otro que no sea a sí mismo. De esta forma los demás no le aman y para satisfacer sus deseos de amor humano, se alimenta de las dulzuras de la tierra en vez de las dulzuras del espíritu. Hay otras manifestaciones de esta enfermedad, especialmente entre los niños, que invariablemente mueren de ella. Sería interesante hablar con esos niños que, incluso en sus tiernos años, posiblemente tienen una disposición sibarita, cuidándose tan sólo de sí mismos. No podemos hacer nada, sino prescribir las comidas más sobrias, los vegetales y frutas menos dulces y restringir u omitir los dulces y los alimentos compuestos de almidón. Sin embargo, poco se consigue aparte de la prolongación de una vida restringida a menos que el paciente tenga un espíritu despierto y sea capaz de amar más allá de sí mismo.

Miró huraño al esclavo que le había estado contemplando con unos ojos que parpadeaban rápidamente.

—Cuida de tu vida con amor —amonestó—. No digas: «ella me pertenece y me servirá...» Di mejor a tu corazón: ésta es mi esposa querida, y ¿qué puedo hacer yo para que sea la más feliz de las mujeres a fin de que diga que se ha casado con el más noble de los hombres?

A medida que se alejaban, Lucano preguntó:

—Entonces, ¿esto no es una enfermedad orgánica?

Keptah se detuvo y consideró la pregunta. Por fin, respondió:

—No hay separación entre la carne y el espíritu, porque es por medio de la carne que el espíritu se manifiesta. Te preguntarás cómo es que algunas personas contraigan enfermedades durante las epidemias y otras no. Hipócrates habló de una inmunidad natural de quienes escapan. Uno de sus discípulos creía que aquellos que escapan poseen en sí mismos alguna esencia que rechaza la enfermedad, pero, ¿por qué? ¿Puede ser que ciertos temperamentos resistan la infección, mientras otros no? ¿Inmunidad? Si es así, entonces es la inmunidad del espíritu, aunque otros médicos no crean en esto. No estoy hablando del bien y del mal. Hablo simplemente del temperamento.

Llegaron a la última cama. Yacía allí un joven con fiebre alta, su pierna derecha contraída en tal forma que los músculos sobresalían como cuerdas. Tenía un rostro oscuro y agudo que reflejaba inteligencia poco corriente, ojos atrevidos y expresión de enfado. Keptah miró a uno de los esclavos auxiliares.

—He dicho que esta pierna debe estar constantemente envuelta en compresas calientes de lana, día y noche, y tan calientes como pueda soportarlas. No me deis excusas. —Enfadado, alzó la mano y golpeó el rostro del esclavo—. ¿Tenemos aquí hombres y mujeres que buscan tan sólo su placer y satisfacción? Vete.

Miró al joven que reposaba sobre la cama y dijo a Lucano:

—Aquí tenemos a un joven de naturaleza altanera, orgulloso, inconsiderado, hinchado con su propia estimación y arrogancia. Desprecia la ignorancia y la vulgaridad. Posee una mente aguda y afilada como la hoja de un cuchillo. Desprecia sus prójimos, que raramente tienen su inteligencia. Carece de paciencia y de amabilidad. Le he enseñado a leer y escribir; tiene acceso a mi biblioteca, va y viene a voluntad. Nunca piensa con el corazón sino con el cerebro. Descubrirás que quienes son como él están propensos a coger esta enfermedad paralizante. Descubrirás también que cuanto más estúpidos y bovinos, más libres se ven de ella, incluso entre los niños.

Diomedes sonreía con una mezcla de orgullo y mal humor.

—Gracias, señor, por tus palabras acerca de mi intelecto —dijo.

Evidentemente sufría un gran dolor, pero su orgullo no le permitía expresarlo.

—No te estoy adulando —dijo Keptah—. Era casi inevitable que sufrieses esta enfermedad, que, me temo, está destinada a dejarte cojo de una pierna.

—Me preocupo poco por mi cuerpo en tanto pueda alimentar mi mente —dijo Diomedes.

Keptah miró a Lucano.

—Observarás las mismas señales —en gente afligida como éste. ¿Por qué debe un hombre despreciar su carne y la carne de los demás, cuando es una maravillosa invención de Dios y puede ser más bella que ninguna otra cosa viviente? Es por medio de la carne que nos comunicamos con otros. Los hombres como Diomedes no desean comunicación. Sólo desean adulación y obediencia a sus excelentes inteligencias. A los padres que tienen hijos como éste yo les digo: «Enseñad a vuestros hijos a amar, a dar, Y educarles en la obediencia de Dios.»

Los labios de Lucano se curvaron, pero continuó callando. Keptah dirigió la palabra a Diomedes y le dijo:

—Haré que te envíen algunos libros esta tarde. Veo que has terminado los que te mandé previamente. Pero existe esa doncella, Leda, que a menudo escribe cartas para el ama Aurelia. Es una hermosa muchacha, inteligente, amable y que te adora. Toma su amor, pero devuélvelo con todo tu corazón. Sé que tal cosa será dura para ti, pero tú puedes amar a otros si lo deseas. Nada es imposible con una mente despejada, determinada e inquisitiva. El ama Aurelia se siente tan atraída por esa muchacha que ella me ha dicho que cuando desee casarse recibirá su libertad. ¿Le privarás de un don como ése?

Diomedes empezó a gruñir. Luego su rostro se suavizó, y repentinamente lo escondió contra la almohada.

Sus hombros empezaron a agitarse. Keptah dijo suavemente:

—Se han salvado más almas por medio de lágrimas humildes que por todas las pociones que existen en el mundo.

Lucano dijo para sí mismo con tono de desafío: «Simplifica demasiado» Pero se sintió conmovido por los sollozos de Diomedes, que no podía controlarse pese a los esfuerzos que hacia con sus músculos. Keptah dijo:

—Date prisa y ponte bien, Diomedes. Te necesitaré como mi ayudante cuando seas capaz de sentir compasión y amor por los demás. —Diomedes apartó el rostro lleno de lágrimas de la almohada y el gozo brilló en sus ojos. Tomó la mano de Keptah.

— ¿Me dejarás ayudarte, señor? —exclamó incrédulamente. Keptah respondió:

—Serás un excelente ayudante, Diomedes: cuando ames, tengas compasión y sientas el dolor de los demás en tu propio cuerpo.

Volvieron a la cama de Hebra, que estaba dormida y respirando suavemente. Keptah ordenó que fuesen colocados unos biombos alrededor de la cama. Hizo salir a Glauco del recinto Colocó una bandeja sobre una pequeña mesa, y sobre la que reposaban agujas, suturas y tres escalpelos, uno grande y dos pequeños. Dijo a Lucano:

—Es la hora de que veas la primera operación. Si vomitas, usa este cubo, por favor, pero no digas nada. Si te desmayas te dejaré caer. Hay una vida que salvar. Necesitaré tu ayuda. Toma este paquete de lienzo y sumérgelo en aceite oloroso. La infección llena hasta el mismísimo aire.

Lucano empezó a temblar. Pero obedeció silenciosamente las órdenes. Miró hacia la intoxicada muchacha, que tenía un aspecto dulce en su inconsciencia. Se sintió lleno de una apasionada conmiseración. ¿Por qué un dios cualquiera afligía a una criatura que sólo deseaba tener hijos, el amor de su esposo y una vida tranquila? ¡Oh, tú que haces este mal a los hombres, te desprecio!... ¿El hombre más bajo del mundo no era más compasivo?

Keptah dejó al descubierto el brillante e hinchado vientre de Hebra. Lo palpó con cuidado. Luego, con seguros trazos de su escalpelo, como si estuviese dibujando un cuidadoso diagrama, hizo correr el cuchillo sobre la blanca carne. Su camino quedaba trazado por una roja línea, que se ensanchaba y abría, como una boca hambrienta. Lucano se sintió enfermo, pero continuó mirando. Los brillantes y rojos músculos fueron expuestos, nervudos, trenzados con palpitantes venas. Keptah los apartó diestramente, con suavidad, y dijo:

—Ahora usaremos estos ganchos egipcios para ligar los vasos sanguíneos y mantener el campo de operación tan libre como sea posible a fin de evitar que se desangre. Observa estos vasos, y los pulsos del corazón que bombean en ellos. ¿No es todo perfecto? ¿Quién puede mirar esto y no sentir reverencia hacia Dios en su corazón? Él ha diseñado al hombre en forma maravillosa, como ha creado los soles y los planetas. ¡Ah, ten cuidado! Usa tan sólo pequeños lienzos para mantener la herida abierta. No dejes que tus dedos toquen ninguna parte de la herida, porque hay veneno en tus dedos y en el aire. Los egipcios sabían esto hace muchos cientos de años, pero los griegos y los romanos lo han despreciado preguntando: « ¿Dónde está el

veneno?», no podemos verlo. Hay millones de cosas en el universo que el hombre no puede ver; y sin embargo existen.

Hebra empezó a gemir y a hablar incoherentemente.

—Es su carne violada la que habla —dijo Keptah—. El espíritu también protesta de la ignominiosa pasividad a que está sometido por efecto de la droga. Hay quienes dicen que las drogas someten al espíritu; no es así. ¿Siente ella el dolor? Sin duda. Pero cuando se despierte no recordará que ha sufrido. Dirá: «Es como si hubiese dormido en medio de una tormenta.»

Lucano, lleno de compasión hacia la muchacha, dijo en lo profundo de su alma dirigiéndose a ella: «Descansa, súfrelo, ten valor. Te salvaremos, querida niña.»

Dirigió toda la fuerza de su mente hacia ella para infundirle seguridad. Quizá fue tan sólo por efecto de las drogas que había tomado y del vino estupefaciente, pero de pronto respiró y pareció relajada. Los tensos músculos se aflojaron y no volvieron a tensarse.

Los brillantes intestinos, de un color rojo grisáceo, quedaron expuestos. Allí estaban, convulsos y deslizándose masa tras masa. Palpitaban y se estremecían un poco y Lucano les habló suavemente en su mente y quedaron flácidos. Con el más exquisito cuidado Keptah los apartó y una enorme vejiga opalescente ascendió de debajo, como un mal que florece de pronto, apartándolos rudamente; una transparente brillante vejiga, supurando corrupción y rápidos ramalazos de sangre. Se agitó inquieta sobre los intestinos. Estaba unida por debajo con un tejido de color más oscuro.

—Éste es el momento vital —dijo Keptah, trabajando con manos seguras—. Ahora miraremos el ovario cuidadosamente. Al más ligero descuido explotará esta vejiga y llenará todo su vientre de muerte.

—Expuso el blanco y amarillento ovario—. Bien —dijo Keptah—, está sano. Después de todo, la salvaremos. Estás demasiado preocupado. Usa más lienzos, mantén la carne aparte con firmeza.

De pronto, toda la escena se difuminó y vaciló ante los ojos de Lucano. El olor de sangre casi le ahogaba. Sus piernas temblaron violentamente, y una arcada seca y poderosa llenó su estómago. Se dijo para sí: «Si yo fallo a esta muchacha, si me desmayo, ¿quién la ayudará?» Miró la malvada e inquieta vejiga y trató de calmar su natural y humana repugnancia. Intentó ver las capas de grasa sobre el peritoneo, amarillentas y húmedas como la grasa de oveja. Presionó los lienzos con más fuerza contra la abierta boca de la herida. Sus músculos se tensaron y tembló. Keptah estaba atando limpiamente los tejidos que sujetaban la vejiga en varios lugares, tensando el hilo de lienzo. La opalescente corrupción adquirió un color lechoso; las señales de sangre se oscurecieron; entonces, con un lento movimiento del escalpelo, Keptah cortó el cordón. La vejiga quedó; quieta sobre los intestinos.

Con el máximo cuidado y lentitud, Keptah la alzó y la dejó caer sobre una bandeja. Los ojos de Lucano estaban llenos de agua y gotas de sudor caían sobre su rostro.

—Contempla cómo coso estas capas ahora, con tanta limpieza como una modista —dijo el médico—. No debe cometerse ningún error en las suturas.

Empleaba un tipo de cosido en cruz, usando un hilo de color claro que, explicaba, estaba hecho de tendones.

—El cuerpo absorberá esto con el tiempo Y los tejidos quedarán tan firmes como antes. Algunos médicos usan hilo de lienzo, que el cuerpo no absorbe y que, posteriormente, causa dificultades.

La vejiga, sobre la bandeja, era tan grande y estaba tan arrugada como un niño recién nacido. Con infinitos cuidados, el médico fue uniendo los diversos tejidos del vientre y cosiéndolos con firmeza.

—La grasa es difícil; algunas veces se separa del hilo o se rompe. Bien. Aquí la tenemos ahora. Y ahora vamos por la piel, que es muy fuerte. Ahora usaremos hilo de lienzo, que cortaremos dentro de una semana.

El vientre se había aplanado milagrosamente. La muchacha gimió una y otra vez, respirando con desesperadas boqueadas.

—Se está una despertando —dijo Keptah. Ató el último y experto nudo. Sumergió una tela en agua caliente y la puso sobre el corazón de la muchacha; luego mojó otro pedazo de lienzo y lo colocó sobre sus pies y otro sobre sus muñecas. Se inclinó sobre el pecho de la muchacha y escuchó su corazón.

—Rápido, pero firme. No tendrá conmoción, cosa que hay que temer. Coloca el cubo cerca de su boca y sostén la cabeza.

Vendó el cuerpo con largas tiras de tela, con la misma firmeza que si la estuviese embalsamando. Después se puso en pie y miró a la muchacha con satisfacción. Estaba muy tranquilo. Miró a Lucano, y vio que la túnica del muchacho estaba húmeda y goteaba. Se rió suavemente.

—Lo has sufrido muy bien. Te felicito. Bebe este vino tan rápido como puedas. Puedo incluso decir que me siento orgulloso de ti.

La muchacha abrió sus inexpresivos ojos. Keptah se inclinó sobre ella.

—Todo ha pasado ya, niña. Estás bien.

Ella gimió y empezó a llorar. Keptah exprimió más hojas ácidas e introdujo la poción en su boca y luego le dio agua. Ella lo tragó febrilmente. Estaba tan blanca como la muerte.

—Duerme —le dijo—, el sueño cura más enfermedades que el arte de cualquier doctor.

Hizo un gesto hacia Lucano.

—Me he dado cuenta, con placer, que has llevado la cuenta de los lienzos usados para contener la sangre. Ahora puedes limpiar todo eso y la visitarás dentro de unas cuantas horas.

—Glauco —murmuró la muchacha. Keptah corrió el biombo y llamó al esposo, que se acercó con la rapidez del viento. Se arrodilló junto a su esposa y puso su mejilla junto a la de ella sollozando.

—Es mucho más duro para el esposo —observó Keptah.

Dejó a Lucano el sucio y repulsivo trabajo de limpiar todas las evidencias de la operación. Las manos de Lucano se movían con debilidad y temblores. Limpió los escalpelos y los volvió a colocar en la bandeja. El olor de la sangre y los efluvios del cuerpo violado le ponían enfermo. ¿Por qué no podía hacer un esclavo aquella labor? Se sentía irritado. Cuando salió de entre las cortinas encontró a Keptah conversando genialmente con los otros pacientes y dando órdenes. Keptah le dijo:

—No siempre tendrás un ayudante. Con demasiada frecuencia un cirujano debe permanecer solo y hacerlo todo él.

Miró a Lucano y rápidamente tomó un cubo, y Lucano vomitó tan violentamente que parecía que las propias entrañas, el estómago y el hígado iban a salir por su agitada boca. Keptah demostró paciencia.

—De nuevo te felicito, mi Lucano. Es mejor abandonarse a uno mismo después de una emergencia que durante ella. Vete y échate hasta que estés listo para ir con Cusa.

Lucano limpió su agria boca.

—Prefiero ir a casa.

—No —dijo Keptah—, pensarías demasiado en lo que ha ocurrido.

Contente a ti mismo; continúa con tu trabajo.

Los vientos de otoño gemían como las voces de una multitud de palomas cuando Lucano abandonó la escuela. Las lluvias grises caían sobre las palmeras y los árboles y goteaban sobre las columnas de la casa de Diodoro y repentinamente la voz de la brisa marina agitaba todas las hojas, todas las ramas y troncos, blanqueaba la hierba; un silencioso gemido surgía de la tierra, un sonido doloroso. Lucano se echó la capucha del manto sobre la cabeza y miró sombríamente al blanqueado y marchito jardín. Las fuentes se quejaban con tristeza; las estatuas dejaban correr sobre ellas las aguas grises; las flores inclinaban sus cabezas en dócil sufrimiento. Lucano era joven; olvidó que mañana todo estaría de nuevo sonriente y cálido, las palmeras brillarían, los pájaros volverían a cantar y el cielo estaría azul Así como estaba ahora, estaría siempre, siempre para él; roto con torturada angustia, replicando febrilmente al viento que rugía desde el mar, inclinándose infinita y desesperadamente como las hierbas de un fantasmal campo elíseo.

«Todo está muerto —se dijo Lucano—, todo vencido y gris; todo inundado, marchito, hundido y perdido. Lo que he amado se ha ido.» Lucano secó su mojado rostro con la punta de su manto y sintió la más aterradora desolación en sí mismo. Una angustia, una vaciedad, en la que no había ni un solo sueño ni una sola esperanza, le abrumó. Su carne joven pesaba sobre sus huesos como si fuese vieja, seca y unida a la tierra. Miró al vaporoso cielo, tan descolorido como la misma muerte, y deseó llorar, pero no había lágrimas en él, sólo aridez en la que nada crecía ni nada se movía.

Deseó estar en casa y, sin embargo, se sintió estremecer ante el pensamiento. Iris, su madre, estaría allí con su bello rostro blanco y silencioso de dolor; le miraría interrogadora y él no tendría respuestas que ofrecerle. Ella era vieja, tenía treinta y un años. Los viejos carecían de sabiduría, tan sólo tenían quejas; sólo la juventud tenía respuestas, podía responder cuando era feliz. «En verdad—se dijo Lucano a sí mismo—, no hay respuesta para la nada. Y nada es cuanto existe.» Luego se sintió lleno de una salvaje y tumultuosa ira y se levantó, sus puños cerrados, contra el cielo.

— ¡Yo te derrotaré! —exclamó—. ¡Te privaré de tus sacrificios!

La violenta galerna del mar golpeó su rostro y su cuerpo y sintió que era como una burla de desafío. Empezó a cruzar los jardines, temblando de furor, y llegó ante el abierto pórtico, frente a la casa. Las puertas mirándolas de bronce y le parecieron esculpido estaban cerradas. Permaneció hacia ante ellas mirándolas y le parecieron impenetrables. Se dirigió hacia ella sin pensar y las golpeó con su puño. Cuando se abrieron dijo al esclavo:

—Deseo hablar con tu dueño Diodoro.

El portero de la casa le contempló con descaro.

—El señor está en la biblioteca. No ha hablado durante muchos días. ¿Deseas importunarle, Lucano? No te verá. Ha rehusado ver a sus amigos romanos. ¿Verá al hijo de un liberto?

Lucano empujó la puerta y la abrió por completo; apartó al esclavo hacia un lado. La espectral y aguda luz del cielo cayó sobre el blanco y negro mármol del portal y Lucano avanzó por él haciendo que sus sandalias despertasen ecos, mientras su blanco manto flotaba a su alrededor con fantasmales pliegues. El frío y oscuro aire de la casa parecía el aire de una tumba, impresionante y muerto. Ningún movimiento ni voz rompía el silencio, excepto el ruido de los pasos de Lucano. El arco de entrada a la biblioteca estaba cerrado con una gruesa cortina y Lucano la apartó. Tan sólo cuando estuvo dentro de la biblioteca se preguntó repentinamente el por qué y para qué había ido y qué estaba haciendo allí.

Diodoro se hallaba sentado ante una mesa de mármol, con muchos libros enrollados a su alrededor, las manos sujetando su cabeza. Estaba tan quieto como una estatua esculpida en oscuro bronce, porque incluso su túnica era de color oscuro. Cuando oyó el ruido de la cortina dejó caer sus manos pesadamente y alzó su rostro sin luz y miró ciegamente a Lucano; Lucano, a quien no había visto desde la muerte de Rubria.

Lucano quedó anonadado por la apariencia de su señor, el color ceniciento de sus mejillas, la sequedad de su boca, las ojeras en las que sus oscuros ojos se hundían sin luz ni interés. La misma carne del tribuno parecía haberse marchitado. Sus hombros caían pesadamente y cuando se movía lo hacía como si le costase un gran esfuerzo. Lucano, de pronto, sintió su propia juventud, la fuerza de su cuerpo, la flexibilidad de sus

miembros, la vitalidad de su sangre, a pesar de su pena y de insondable furor. Aquí, como su madre había dicho, estaba la desesperación absoluta, más allá de toda consolación.

— ¿Qué? —murmuró Diodoro como si no reconociese al joven. Contempló como Lucano se acercaba a él y con un completo desinterés vio como éste se arrodillaba junto a él, la cabeza inclinada sobre el pecho. Un sonido sofocado salió de Diodoro, un gastado e insondable sonido. Después dejó caer otra vez la cabeza entre sus manos y olvidó a su visitante.

Las palabras surgieron en los labios de Lucano involuntariamente:

—Señor, hay una vieja historia que mi padre solía contarme. Un hombre anciano perdió a su único hijo, y sus amigos llegaron hasta él Y le dijeron: ¿Por qué lloras? Nada puede devolverte a tu hijo. Y el anciano respondió: Por eso lloro.

De una de las altas ventanas de la biblioteca procedía una insegura y crepuscular luz, sombría y vaga. El silencio llenaba la habitación. El joven permanecía arrodillado junto al hombre y ambos estaban absolutamente inmóviles. Después, Diodoro, lentamente y con vacilaciones, puso su mano sobre el hombro de Lucano. Luego dijo con voz ronca:

—Tú también la amabas. Pero tú no eras su padre.

—Perdí a mi padre —dijo Lucano, volviendo su mejilla de manera que descansase sobre la mano de Diodoro. Sus palabras brotaron de él con ronca precipitación.

—Mírame, noble tribuno. Soy un hijo que aunque no llegué a odiar a mi padre, le desprecié un poco como a hombre de poco conocimiento y muchas pretensiones. Me hice arrogante e impaciente y condescendiente. Olvidé todo lo que había sufrido, todo cuanto había conocido. No encontraba sus alardes emocionantes; los encontraba risibles. No perdí a mi padre en aquellos años, sino que mi padre perdió un hijo. Y ahora el hijo ha perdido a su padre; no puedo llegarme hasta él y pedirle su perdón por mi crueldad, impaciencia y el orgullo de mi juventud.

La mano de Diodoro descansaba aún sobre el hombro de Lucano y por primera vez la vida y la comprensión volvieron a los ojos del tribuno. No podía ver el rostro de Lucano, escondido en la sombra y la oscuridad. Pero dijo suavemente:

—Seguramente los dioses no rechazan la contrición y sin duda las sombras en las regiones de los muertos se dan cuenta del arrepentimiento.

Pero Lucano movió su cabeza, incapaz de hablar.

—Yo honré a mi padre —dijo Diodoro compasivamente—. No soy un hombre sin comprensión. Puedo imaginar lo que debe ser recordar que uno ha despreciado a su padre. —Se detuvo un momento—. Eneas era un hombre bueno y honrado y yo confiaba en él sin reservas. Si él ansiaba la sabiduría esta ansia no era despreciable. Tan sólo cuando un hombre no desea superarse es cuando es menos que un buen perro. Honremos a aquellos que saben en sus corazones que no son grandes, porque ellos respetan y reverencian la grandeza.

—Sí —dijo Lucano—, pero esto no me absuelve.

Diodoro mantuvo silencio durante algunos momentos, luego habló como si pensase en voz alta:

—Es bueno vivir en tal forma que cuando uno de los que amamos muere, no sintamos arrepentimiento. Pero, ¿quién no siente arrepentimiento? ¿Quién no ha sido rudo, duro e insensible a veces? ¿Quién no ha sido humano, con todas las faltas? Por lo tanto, ¿por qué castigamos a nosotros mismos? y exclamar en voz alta: « ¡Si lo hubiese sabido, si sólo hubiese tenido cuidado, entonces quizá podría haber detenido la negra muerte con mis manos desnudas antes de que hubiese sido demasiado tarde!»

Una luz débil de asombro brilló en su atormentado rostro. Luego continuó:

—A menudo me he dicho a mí mismo que he sido poco vigilante, que no velé por mi niña con demasiado cuidado; que si hubiese sido más cuidadoso quizás ella no hubiese muerto. Pero ahora veo que los dioses tienen sus horas escogidas. No podemos hacer nada, sino rogar por las almas de los que nos han dejado; que ellos tengan paz y que sepan que nosotros les hemos amado y les continuamos amando.

Pero la sequedad interior de Lucano, se hizo más árida aún, y lo que Diodoro había dicho sonó en él como un eco sin significado.

—Sí, sí —exclamó Diodoro—. ¿Por qué me he apartado de la vida? ¿Por qué he sido menos que un bruto, que se lamenta, pero después vuelve a vivir? Sea como los dioses lo han querido. No necesitan respondemos, porque su naturaleza está más allá de nuestro entendimiento. —Movió su cabeza con vehemencia. Su mano apretó el hombro de Lucano—. ¡He dejado que mi pobre esposa llore sola en su cama y ella es la madre de mi hija y además espera un hijo! La he abandonado y cuando vino a consolarme me aparté de ella. ¿Ha sufrido ella? Lucano, sin duda los dioses compasivos te han enviado hoy. Si hubiese continuado meditando por más tiempo acaso me hubiese lanzado sobre mi propia espada.

« Yo la vengaré —murmuró Lucano para sí mismo—. La vengaré durante toda mi vida.»

Diodoro miró al arrodillado joven, cuyo rostro pétreo y blanco estaba escondido con la capucha, y al tribuno le pareció que era un mensajero del Olimpo. Puso sus vigorosos brazos de soldado alrededor de los hombros del joven, como un padre que abraza a su hijo.

—No debemos pedir por más tempo el ser absueltos de nuestros crímenes contra los muertos, sino de nuestros crímenes contra los vivos —dijo Diodoro—. Levantémonos, pues, como hombres, atendamos a nuestros negocios en la vida. Los vivos nos esperan.

Después, como Ulises y su hijo, lloraron juntos, y mientras las lágrimas de Diodoro le curaban de su pena, las de Lucano eran como un ácido que producía mayor irritación.

Lucano se dirigió a casa a través del húmedo bosque mientras decía para sí incrédulamente: « ¿Qué le he dicho? ¿Qué mensaje le llevé? En verdad no dije nada. Hablé acerca de mi padre, por quien yo verdaderamente no me lamento, sino por quien siento solamente pesadumbre, pero cuando hablé mis pensamientos estaban con Rubria y no con Eneas, mi padre. Y es a ella a quien yo vengaré contra cualquier Dios que exista.»

Diodoro acudió a la habitación de su esposa, donde ella yacía tristemente en su cama. Aurelia se levantó cuando entró su esposo, y al ver su rostro se arrodilló en su cama con un grito sollozante y extendió sus brazos hacia él, que la cogió entre los suyos mientras exclamaba:

—Perdóname, querida —y sus lágrimas se mezclaron con las de ella.

Iris, de pie ante su puerta en la tenebrosa y nebulosa oscuridad del atardecer, vio acercarse a su hijo y le esperó sin saludarle de lejos o darle la bienvenida. Él entró en la casa y se quitó la capa, y ella vio la palidez de sus labios, la dureza azul y pétrea de sus ojos; y le dijo:

— ¿Has visto a Diodoro? Había rogado que fueses a verle, porque has recordado que él es para ti como un padre. Dime, ¿Está aún quebrantado por la pena?

Los ojos de Lucano parpadearon:

—Hay algo que no comprendo y que quizá comprendía cuando era un niño no endurecido. Hablé con Diodoro. Hablé con él, pero no de Rubria, sino de mi padre. Y él se alzó y pareció como un hombre renacido. No me preguntes lo que le dije porque no lo recuerdo.

Iris había encendido una lámpara. Volvió su rostro hacia su hijo y a éste nunca le había parecido tan bella, tan vestida de dorada luz, tan parecida a una estatua esculpida por Fidias. Ella se acercó a Lucano y colocó suavemente una mano sobre sus mejillas.

—Aquellos que reciben un mensaje de los dioses no siempre comprenden el mensaje —dijo; y por primera vez desde que Eneas había muerto sonrió—. Otros escuchan y sus corazones responden.

Lucano nunca había respondido a su madre con rudeza, pero entonces lo hizo:

—Hablas neciamente —dijo—; hablas como una mujer, y las mujeres muchas veces hablan por nada. ¡Ah! —Exclamó, y su voz cambió de tono—. Lo siento; no llores, madre. Tienes un corazón muy tierno. Pero yo no siento nada si no odio y deseo de venganza. Y alcanzaré a vengarme...

Se dirigió a su habitación, no desorientado, sino con un propósito definido. Tomó los rollos de libros de sus estanterías, encendió una lámpara y empezó a estudiar.

CAPITULO XIII

«ARQUÍMEDES —pensaba Cusa—, afirmó que con una palanca apropiada podría moverse el mundo. Pero, ¡Oh, diosa de Cipro, la más poderosa de todos los inmortales, tú puedes no sólo mover el mundo, sino los mundos y a los dioses mismos; puedes alzar la vida de los mismos brazos de Plutón, dar a los hombres una estatura que pueda desafiar al Olimpo con un solo juramento que será oído por la más lejana estrella!»

Miró con oculta conmiseración a Lucano, el cual ya no parecía dormir, sino que devoraba las lecciones como si tuviese todos los ojos de la Hidra. En cierta ocasión había dicho a Lucano con una sonrisa, pero también con alarma:

—Virgilio ha dicho que la prerrogativa de dioses y hombres es la risa. Tú nunca ríes ahora. ¿Es que odias? Recuerda que el odio consigue victorias pírricas.

Pero Lucano respondió con una breve mirada y desenrolló otro libro e inclinó su dorada cabeza sobre él, como si Cusa hubiese hecho el más asnal de los comentarios.

Cusa con alguna irritación:

—Virgilio también afirmó que la humanidad hacía reír a los dioses. ¿Sería porque los hombres son demasiado serios, especialmente cuando son jóvenes? ¡Por Atenea, pronto me dejarás sin material que enseñarte!

En otra ocasión dijo:

—Hay otras muchas cosas en el mundo aparte de la medicina. Espera que llegues a Alejandría. —Movió su cabeza con gesto de lástima—. Claudio Vesalio está allí, una persona baja y cortante, te meterá en razón con las matemáticas, acerca de las cuales sabes tanto como un mono.

Caminando solitario a través de los bosques, o a lo largo del río, o en los jardines, o tendido en su lecho, bebiendo o comiendo austeramente, trabajando en sus lecciones, o ayudando a Keptah, Lucano sólo tenía una enorme pregunta: « ¿Dónde está Rubria?» Toda la luz, color y maravillosas formas de flores, árboles y hierbas; de pájaros, animales, insectos, mariposas, abejas y estrellas, habían desaparecido de la vista de Lucano. Todo su trabajo era un medio para alcanzar un fin vengativo, y la belleza había desaparecido para sus observadores e inteligentes ojos. No respondía a nada sino a los gritos de dolor. Cuando un esclavo moría se sentía inconsolable durante días. Ninguna mano era más amable o compasiva que la suya y ninguna mirada más amarga cuando Keptah era incapaz de ayudar a un sufriente.

—Si esto es todo cuanto puedes hacer, entonces no puedes hacer nada —decía. Keptah respondía suavemente, pero con cierta severidad:

— ¿Son los hombres inmortales?

Desconsolado, Lucano se preguntaba a sí mismo: « ¿Si nosotros no somos inmortales entonces por qué hemos nacido? Si al menos pudiese creer que no hay Dios. ¡Pero creo en Él y de Él he de arrancar sus víctimas o su respuesta! Él me persigue. Persigue a todos los hombres para satisfacer su odio.»

Antaño el mundo le había parecido iluminado por alguna luz profunda que no procedía del sol, luna o estrellas, sino de una emanación que yacía debajo y, sin embargo, rodeando su apariencia física y dentro de ella. Ahora el mundo, para él, estaba iluminado por un fiero brillo que hería sus ojos, llevando con él una incandescencia infernal. A medida que los días pasaban, su ira y angustia no decrecían. Era como un fuego alimentado continuamente; cada noche, cuando dormía, se sentía abrasado hasta las cenizas; por la mañana se alzaba en aquellas cenizas como un fénix, herido de agonía. Keptah, al contemplarle con disimulo, pensaba: «Es como Jacob, inquieto, luchando con el ángel, pero mi pobre discípulo lucha sumido en odio y tormento. No tiene la visión de la escalera por la que los ángeles se elevaban hacia Dios. Su escalera tiene eslabones de fuego que conducen a regiones infernales. Como el rey de Nemi, camina entre las tumbas de ira con una espada desenvainada, esperando al destructor.» Y Keptah rogaba: « ¡Oh!, Tú el más santo, el más misericordioso, divino, compasivo, que caminas por esta tierra hoy, en un lugar desconocido y en la forma de un niño. Mira con compasión sobre uno que es un poco mayor en la carne que Tú.... Como Jacob gritó por ti, así grita en su corazón, y aún no ha oído Tu voz. ¡Sé misericordioso, Señor, sé misericordioso...!»

Cuando Lucano era un niño había preguntado las cosas más sencillas e inocentes: « ¿Estás ahí, o allí?» Pero ahora que se daba cuenta de las cosas, todo lo que preguntaba era: « ¿Dónde está Rubria?» El único alivio de su dolor era cuando atendía a algún sufriente. Los esclavos le veían acercarse y Keptah se maravillaba del repentino brillo y esperanza reflejado en sus rostros, de cómo sus quejidos cesaban cuando Lucano les preguntaba amablemente y de cómo contestaban humildemente y con esperanza. Tan sólo tenía que poner su mano sobre una frente enfebrecida para que la fiebre desapareciese y diese lugar a que el pobre esclavo se durmiese. Sus ojos azules habían adquirido una profunda y penetrante suavidad y una apasionada ternura. Ayudaba a Keptah en los partos y sostenía a los pequeños en sus brazos como un padre, cerca de su pecho, como protegiéndoles. Los esclavos olvidaron que era el hijo de un anterior esclavo. Los mayores olvidaron que en un tiempo le habían ridiculizado por sus pretensiones y habían corrido tras él cuando era un niño y le habían azotado y envidiado, e incluso abofeteado. En pocas semanas se había transformado en un libertador, alguien santo que podía aliviarles, cuyos ojos podían hacer que los suyos se cerrasen con descanso, cuyas manos tenían una extraña cualidad de consuelo, cuya voz alejaba el terror o la conciencia de la culpa. «Apolo le ha tocado», murmuraban entre ellos. Le consideraban con una expectación supersticiosa, con miedo y reverencia. Cuando un esposo, una esposa o un niño moría, los parientes cogían la mano de Lucano y le rogaban, desconsolados, que les consolase. Tan sólo tenía lágrimas que darles, pero veían aquellas lágrimas y pensaban de ellas lo que se piensa de las lágrimas misericordiosas de los dioses, y se sentían consolados. Keptah no se sentía sorprendido ante estas manifestaciones y el mágico poder de curación que Lucano poseía. Su única preocupación era el propio Lucano. Cuando estaba alejado del pequeño hospital, la suave luz de su rostro juvenil desaparecía; adquiría un tono de dureza, austeridad y lejanía.

Un día Keptah llamó a Lucano a sus habitaciones. El médico estaba sentado ante su mesa, con muchos libros desordenados a su alrededor y un rostro grave y sombrío.

— ¿Te das cuenta, por supuesto, Lucano, de que tienes un don de curación? ¿Te sientes sorprendido? No lo estés. Basta, no puedo discutir esto ahora. Estamos ante una grave dificultad. —Alzó un frasco que contenía unos turbios orines—. Dime, ¿qué es lo que ves aquí? Lucano tumbó el frasco, olió su contenido, dejó que éste resbalase sobre el interior del claro cristal. Luego dijo:

—Este hombre está muy enfermo; su orina está llena de veneno, condensado, malo y de color oscuro. Creo que veo la presencia de sangre. Sus riñones están peligrosamente comprometidos. —El rostro juvenil se animó—. Tenemos que ordenarle grandes cantidades de agua y prohibirle la sal y prescribir baños de vapor en seguida para que sude profundamente.

Keptah dijo:

—No es un hombre. Esta orina procede de una mujer que pronto dará a luz. Tiene una endematosis alrededor del vientre, el rostro y las ingles.

—Entonces debemos retirar el fluido —dijo Lucano en tono de pregunta. Examinó de nuevo el frasco y añadió—: Puede morir.

—Sí —dijo Keptah, y suspiró profundamente—. Faltan por lo menos seis semanas para que el niño esté a punto para nacer. Sin embargo, debo precipitar el nacimiento inmediatamente. El niño seguramente morirá por prematuro. Es una elección terrible la que debo hacer. La única oportunidad para salvar a la madre ahora, que está siendo envenenada por su propio feto, es un rápido nacimiento. En verdad, no hay elección posible. La situación es desesperada.

— ¿Y el niño no puede vivir?

—Hay muy pocas posibilidades. —Keptah se cogió la cabeza entre las manos y suspiró casi con un quejido.

Lucano se sintió preocupado por él y por la pobre mujer y más aún por el niño inevitablemente condenado a morir tanto si nacía como si no. Luego se dijo a sí mismo: «Y, sin embargo, ¿es bueno vivir?» Dijo a Keptah:

—La mujer podrá tener otros hijos y puede perder éste. ¿Ha tenido hijos previamente?

Keptah le miró con una mirada extrañada:

—Sí, uno. Y aquel niño murió. La mujer no es joven; ha esperado a este niño durante muchos años y ahora se sentirá inconsolable cuando éste muera también. Y el esposo se sentirá mucho más apenado, mucho más, porque ha deseado durante largo tiempo un heredero.

Lucano se sentó repentinamente y su rostro empalideció. Después sus manos cogieron con fuerza la mesa.

—Aurelia —murmuró. Keptah respondió:

—Todo ha ido muy bien hasta hace cinco días. Es una toxemia de embarazo, una cosa mortal. Lo temía cuando el ama Aurelia empezó últimamente a tener dolores de cabeza y algo de fiebre. Has observado su orina. Sabes lo que todo esto significa. Necesito tu ayuda. He enviado un esclavo a buscar a tu madre. Es una suerte que el noble tribuno no haya ido a Antioquía hoy.

Se levantó y miró a Lucano con severidad.

—Aurelia ha tenido dos convulsiones esta mañana. Le he dado un sedante, y sus enfermeras están con ella, sin dejarla ni un momento. Pronto le haré una sangría, y necesitaré tu ayuda. —Se detuvo y la mirada hacia el joven adquirió mayor firmeza—. ¿Cómo es esto? ¿Te sientes como si la muerte se hubiese apoderado de ti? —Alzó la mano con un gesto de prohibición—. Hay un serio trabajo a realizar y si tú me fallas aconsejaré a Diodoro que está malgastando su tiempo y malgastará su dinero en tu educación. ¡Vamos!

Keptah precedió en el camino desde sus habitaciones a través de la casa, hacia la biblioteca donde Diodoro le estaba esperando con impaciencia. Sus fieros ojos estaban iluminados por el miedo.

—Bien —exclamó—. ¡Ya era hora, por todos los dioses! Me enviaste un mensaje para que permaneciese en casa esta mañana en relación con Aurelia. ¿Qué es lo que ocurre?

Lucano le miró con piedad y temor. No amaba exactamente a Diodoro, porque su natural temperamento austero y reservado rechazaba la fuerte violencia y las emociones expresadas con vehemencia, y era muy raro que él se manifestase airado o furioso. Para él, Diodoro era demasiado impulsivo en sus reacciones, demasiado feroz, amenazador, y con frecuencia alarmante, en sus tumultuosos cambios de humor. Sospechaba que Diodoro era un ser inestable, aunque le honraba por su sabiduría y por el amor que sentía por la belleza de un poema escrito o prosa de alta calidad y por su vasta, y algunas veces para Lucano increíble, sabiduría. Lucano sabía que el procónsul le amaba, no como a un hijo, pero quizá como a un sobrino favorito y se sentía agradecido de modo tranquilo e intentaba siempre devolver aquel afecto hacia él con respeto y simpatía. Sin embargo, para tristeza suya, no podía devolver una medida correspondiente al afecto que Diodoro mostraba por él.

Se había sentido menos impresionado ante el pensamiento del trabajoso laborar o posible muerte de Aurelia que a la repentina reaparición de su dolor por Rubria en una casa que había conocido la muerte hacía poco tiempo. Para Lucano no era Aurelia en sí la que estaba en peligro, sino la madre de Rubria.

Pero cuando miraba en silencio a Diodoro su corazón se estremeció y sintió el amor de un hijo por un padre y deseó caer de rodillas, como si fuese su hijo, ante el procónsul y reclinar la cabeza contra su mano y cubrirla con sus lágrimas. Instantáneamente supo que el romano de nariz aguileña y ojos fieros estaba otra vez a punto de sufrir la agonía del dolor, sino por su esposa, de nuevo por un hijo; y hubiese dado su propia vida en aquel instante por evitar a Diodoro aquella inexpresable tortura.

Keptah dijo:

—Señor, tengo malas noticias para ti. Debo acudir inmediatamente junto al ama Aurelia, pero, sin embargo, debo prepararte. He de precipitar: el nacimiento del niño al instante, o tu esposa no vivirá. —Se detuvo, y su oscuro rostro se puso lívido a causa de la emoción.

Diodoro cayó pesadamente sobre una silla. Trató de mojar sus gruesos labios. Después se hundió en un paroxismo de seca tos, como si se ahogase. No podía ni mirar al médico, que permanecía junto a él como a una descarnada estatua de dolor vestido con una túnica de lienzo gris.

Keptah continuó con rapidez:

—No tengo elección posible, señor. No puedo decirte: Salvaré a la señora, o salvaré al niño. A menos que nazca, ella morirá y no podrá llegar el niño a buen término porque morirá en su cuerpo. Deseaba prepararte para el hecho de que el bebé será prematuro cuando nazca, y probablemente morirá al instante. Y ahora debo partir.

Diodoro cogió un pliegue de la túnica de Keptah y la apretó con mano trémula; en su rostro se reflejaba la más profunda desesperación.

— ¡Salva a Aurelia! —rogó con una voz ahogada. Miró salvajemente, casi cegado, al médico y se colocó sobre el borde de la silla mientras su poderoso cuerpo temblaba violentamente.

— ¿Para qué quiero un hijo si mi esposa muere? ¿Qué me son una docena de hijos?

Las venas de sus sienes adquirieron un tono púrpura y se congestionaron, y sus poderosos pulsos se hincharon en su morena garganta.

— ¿La salvarás? ¡Debes salvarla!

Su voz quebrada dejaba traslucir un ruego y una creciente angustia.

Lucano se acercó a él rápidamente y puso su mano sobre el ancho, hombro. Luego dijo en una voz clara y firme:

—Has sido un padre para mí, señor, y como un hijo déjame que te consuele. Te doy mi fuerza. ¡Daría mi vida por ti!

Keptah, mientras se alejaba, miró por encima del hombro a Lucano y sonrió débil y extrañamente. Pero Diodoro, que acababa de soltar la única, volvió la acongojada faz hacia Lucano aunque era muy evidente que no le veía ni le comprendía.

—Vamos —dijo Keptah—. Necesitaré tu ayuda y no podemos detenernos ni un solo instante.

— ¿No puedo permanecer con él?

—No. ¿Crees que es una mujer? Es un hombre.

Keptah salió rápidamente de la habitación envuelto en su flotante túnica, sus pies calzados con sandalias deslizándose rápidamente sobre el suelo de mármol. Lucano vaciló. Gotas de sudor, como grandes y húmedas piedras, descendían pesadamente de la frente de Diodoro y quedaban intactas sobre el pecho de su túnica o rodaban hacia abajo. Lucano corrió hacia la mesa, llenó una copa de vino y la acercó a los resecos labios de Diodoro. Como si estuviese estupefacto, e incapaz de ofrecer resistencia, el tribuno bebió obedientemente, a tragos cortos y seguidos.

« ¡Si al menos pudiese orar!», pensó Lucano, y un helado terror se apoderó de él, y se dio cuenta completa, por primera vez, de lo que la ayuda de Dios significaba para un hombre en sus horas supremas, y percibió su horrible soledad. Pero no se ruega en la aflicción a un dios que no se preocupa de trabajo humano sino que más bien lo ha ordenado.

Diodoro murmuraba sordamente:

—Si ella muere, yo no podré vivir, porque la he sido infiel en mi corazón, y ella es la más amable y tierna de las esposas, la más sacrificada, la más querida.

Lucano se dio cuenta de que el abatido tribuno apenas si percibía su presencia más que la que hubiese percibido de una sombra. No podía soportar aquel seco murmullo de un gemido, y dijo:

—Señor, permíteme: has sido el mejor de los esposos Y los... dioses... no te abandonarán. Sin duda vivirá.

Los ojos de Diodoro carecían de lágrimas; todo lo que podía dar procedía de su sudorosa frente. Pero Lucano lloró, inclinando su cabeza sobre el tribuno en tal forma que su mejilla yacía sobre su rudo y erizado cabello. Diodoro oyó aquel sonido de lamento y se movió vaga e inquietamente Y vio a Lucano por primera vez.

— ¡Ah!, eres tú —murmuró—. Me consolaste antes; me consuelas ahora, Lucano.

Lucano dejó la copa vacía, arrimó el brasero de ardientes brasas más cerca del tembloroso tribuno, tomó una túnica de lana de una silla y la colocó sobre aquellos arqueados hombros, porque era un día helado, de sol pálido y sin color. Diodoro permitió aquellos pequeños servicios de amor, y un débil asombro se filtró a través de su rostro para quedar reemplazado por una mirada vacía.

—He de ir a ayudar a Keptah —dijo Lucano, Y sintió de nuevo su terrible soledad. Sin mirar hacia atrás corrió fuera de la habitación, con lágrimas aún en las mejillas.

Keptah había encontrado a Aurelia un poco adormecida a causa de la droga que le había administrado. Pero gemía en su cama, un terrible color azul cubría su rostro. Había alzado las piernas bajo las mantas, y tenía colocada una mano con fuerza contra su vientre dolorido. Sus músculos se retorcían por todo el cuerpo como si estuviesen poseídos de una vida independiente. Su hinchada lengua medio salía de entre sus labios congestionados Y en los bordes tenía una espuma sanguinolenta. Su respirar estentóreo llenaba la habitación. Fijó sus ojos en Keptah con brillo vidrioso y fijo. Las enfermeras informaron al médico que hasta hacía unos pocos momentos la pobre señora había permanecido tranquila Y aparentemente dormida.

Keptah tomó su pulso; inclinó su oído contra el pecho y escuchó su corazón. Se movía con rapidez y palpitaciones. Alzó la cabeza y Aurelia empezó a estremecerse contra los mullidos cojines que la rodeaban, que habían sido colocados allí para evitar que se arrojase de la cama durante una convulsión. Sin embargo, fue adquiriendo mayor conciencia a medida que su cuerpo se retorcía. Dijo a Keptah:

—Debes salvar al niño. Estoy muy enferma. Posiblemente moriré. Esto no importa. Salva al niño para mi querido esposo.

Medio se alzó en la cama, tomó su enjuto brazo y sus oscuras húmedas trenzas cayeron retorcidas sobre sus hombros y pecho.

Keptah cogió una bandeja que una enfermera le alargaba y vertió un dorado líquido, viscoso y brillante, en una pequeña copa. Con respiración entrecortada Aurelia le miraba ausente, con la cada vez mayor aprehensión de los que están casi moribundos.

— ¿Salvarás al niño? —rogó con tono lastimero.

El médico la honraba demasiado para mentirle. Por lo tanto, dijo:

—Señora, ¿supón que es el deseo de Diodoro que tú vivas, y el niño muera?

Ella entreabrió sus congestionados labios y sonrió tristemente:

—El niño le consolará. Además, tendrá otro consuelo y yo bendigo ese consuelo; y. si me es permitido, cuando cruce la Stigia rogaré por su felicidad. Porque él ha sido para mí más que padre y madre, que hermano y hermana y que un hijo.

Keptah hizo una inclinación hacia ella, con la reverencia que se tiene a una diosa, sostuvo la copa en sus manos, y ella bebió su contenido de un trago doloroso, porque su garganta estaba inflamada. Entonces, por encima del hombro de Keptah vio a alguien y sus vidriosos ojos se llenaron de atención, con un profundo sentimiento de amor y ruego. Keptah siguió su larga mirada y vio que Iris había entrado en la habitación, envuelta en un blanco lienzo contra el frío, sus doradas trenzas caídas casi hasta sus rodillas.

La mujer griega acudió al instante junto a Aurelia y acarició el oscuro y húmedo cabello con una solicitud amorosa, mientras sus ojos azules estudiaban la azulada y congestionada cara de la enferma. Aurelia olvidó a

todos los demás en la habitación excepto a su amiga. Alzó su temblorosa mano y tomó la de Iris, y las manos de las dos mujeres parecieron intercambiar un elocuente e inaudible mensaje.

Entonces Aurelia volvió a caer sobre sus almohadas y miró en derechura a Keptah:

—Se dice que Julio César fue cortado del vientre de su madre moribunda a fin de salvar su vida. ¿No puedes hacerme caso? ¿Qué es mi vida comparada con la felicidad de mi esposo?

—Lo que te he dado producirá un efecto casi inmediato, señora —dijo el médico—. He visto sobrevivir a niños más prematuros.

Lucano entró en la habitación y permaneció junto al médico. Su rostro conservaba aún la evidencia de sus lágrimas.

Él y su madre llenaron la habitación con la belleza y serenidad de estatuas. Incluso el alto y patricio Keptah quedó disminuido. El helado y último viento invernal alzó la cortina de la ventana. Recipientes de bronce, cerrados y llenos de calientes brasas envueltos en lana habían sido colocados alrededor del convulso cuerpo de Aurelia. Su mente se aclaraba a medida que la muerte se acercaba. Iris se arrodilló junto a ella, porque Aurelia no soltaba su mano. Dijo a la liberta con voz débil:

—Todo lo que tengo te lo dejo a ti. No llores. Has sido mi amiga, y las amigas son más que la sangre, son más que el nacimiento, más que el dinero, más que la posición social, incluso más que la propia Roma. Ruego de ti lo que en cualquier situación darás: devoción, amor y todo tu corazón.

Lucano, de pie, mirando a Keptah que esperaba, se sintió confusamente sorprendido. ¿Qué es lo que Aurelia decía a su madre? ¿Qué significaba aquella extraña y críptica conversación y por qué su madre tan sólo lloraba y no hacía preguntas? Después olvidó toda su apasionada preocupación por Aurelia porque un cambio se había apoderado en su rostro, una rigidez como si estuviese escuchando algo que sólo ella podía oír en su alma. El hinchado cuerpo quedó instantáneamente rígido, y ella alzó sus brazos y arqueó la espalda en una repentina convulsión. Su cuello se tensó, sus hombros se alzaron, y sonó en la habitación un vasto y subterráneo gemido que más bien parecía surgir de un lugar profundo de su carne, que proceder de su garganta. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, su lengua mojaba continuamente sus enrojecidos labios.

—Atención —dijo Keptah en voz baja a Lucano.

Separó las mantas de la cama y levantó el atuendo nocturno de Aurelia. El inflamado y azulado vientre, recorrido de venas como mármol, palpitaba con fuerza. Olas musculares le recorrían. Después, del canal de nacimiento, surgió un continuo chorro de agua mezclado con sangre, y la habitación se llenó de su olor. Keptah introdujo sus largos y delgados dedos en el cuerpo de la pobre señora y ésta gimió de nuevo, e Iris tomó ambas manos estremecidas y las sostuvo con firmeza. Una de las enfermeras empezó a gemir y las otras dos cayeron sobre sus rodillas en una oración desesperanzada. Aurelia se abandonó a un continuo gemido hasta que éste pareció formar de la misma habitación y del aire invernal.

Lucano sabía lo que debía hacer. Presionó con ambas manos la parte alta del vientre y rítmicamente ayudó a los músculos en sus intentos de separar el niño de la carne de su madre. Pero los músculos estaban contraídos a causa de las convulsiones de Aurelia y se resistían como acero en las manos de Lucano. Cerró sus ojos y dejó que sus sensitivos dedos y manos hiciesen su oficio; cuando una ola muscular se debilitaba, él le prestaba su fuerza.

Las convulsiones causadas por la enfermedad de Aurelia impedían que el niño surgiese, pero Keptah vacilaba antes de la terrible cosa que él sabía ya que tenía que hacer. Tenía que tomar una terrible decisión. El niño posiblemente moriría al nacer o nacería muerto; sin embargo, existía forma viable para que naciese y una insignificante posibilidad de que el niño sobreviviera. A fin de que esto pudiese ocurrir, sin embargo, el convulso canal debía ser agrandado por el cuchillo y el niño ser extraído por fuerza. Aurelia entonces moriría de hemorragia, con sus partes dañadas. La cabeza del niño no podía ser alcanzada por fórceps en la presente condición, porque aún no había descendido a la boca del vientre a causa de su prematurez y también debido a las convulsiones del cuerpo de Aurelia. Para mayor desgracia Keptah vio, después de un nuevo examen, que el niño se presentaba, además, de culo.

— ¡Oh, Dios mío! —murmuró en voz alta.

A una señal de Keptah, Lucano colocó su oído junto al agitado pecho de Aurelia. Miró con alarma al médico porque el corazón de la señora se percibía muy débil, aunque palpitaba como si estuviese aterrorizado. Más aún, la agonía de Aurelia estaba transformándose en algo más de lo que podía soportar. Cuando Lucano vio la oscura y temblorosa mano de Keptah alargarse para tomar un corto y agudo cuchillo, movió sus labios con fuerza y se sintió lleno de una furiosa e impotente ira.

Entonces se inclinó sobre Aurelia y tomó su helado rostro entre las manos.

Por la fuerza de su voluntad hizo que los ojos de ella se volviesen hacia los suyos y empezó a murmurar hipnóticamente:

—Tú no sufres dolor, el dolor se ha ido. Estás somnolienta y cansada. El dolor se ha ido, estás somnolienta..., estás relajada..., el dolor se ha ido..., duermes ahora...

Aurelia vio sus ojos y oyó su voz. Sus ojos eran como brillantes lunas para ella, sumergidos en oscuridad. Llenaban todo el universo, iluminándolo instante por instante. Y todo giró alrededor de su voz; ella sentía que flotaba en un mar ligero pero infinitamente consolador y sin dolor. Una tranquila sensación se apoderó de ella. Una ligereza y libertad de la angustia. Todo estaba explicado, todo comprendido, todo era gozo y paz. No sintió el cortar del cuchillo en sus partes vitales, ni la catarata de su sangre. Estaba sin cuerpo. Sonrió y su sonrisa

parecía venir de algún lugar profundo que salía a su encuentro, una profundidad llena de amor, ternura y compasión.

—Mamá —dijo débilmente y con cariño; luego se quedó quieta.

Lucano alzó su cabeza y miró a Keptah, y se sintió invadido por una corrosiva ola de amargura.

—Se ha ido —dijo.

Pero Keptah estaba sacando las delgadas piernas del niño del cuerpo de su madre, piernas dobladas grotescamente, pequeñas como las de un muñeco y azuladas. Después apareció un diminuto vientre con mayor rapidez, luego su pequeño pecho y por fin la cabeza empapada de sangre, no mucho mayor que una manzana. Su rostro parecía de cera, salpicado de sangre, igual que todo su cuerpo; los ojos de muñeco estaban cerrados y no parecía respirar.

Cuando el niño quedó echado entre las piernas muertas de su madre, tan inmóvil como ella, en medio de un charco de su sangre, Iris puso su cabeza junto al inmóvil pecho de Aurelia y sus sollozos llenaron la habitación, donde el gemido había cesado, como la continuación de su lamentable sonido.

Todo había acabado. No se había salvado ninguna vida. Keptah se cubrió el rostro con las manos y se arrodilló al pie de la cama. Lucano se irguió rígido. Su mismo cuerpo parecía estallar con helada furia, despecho y coraje. Dos habían muerto sin ningún significado y por ningún propósito; dos, de nuevo, habían sido llevados salvajemente a la muerte por la mano de Dios.

— ¡No! —gritó Lucano vehementemente—. ¡No!

Corrió al pie de la cama y tomó al niño que no respiraba en sus brazos. Por un instante su ligereza le sorprendió. Pesaba menos que aquella muñeca que él había dado a Rubria hacía muchos años Su carne estaba fría y pálida, su rostro azul, su cabeza caída. Lucano forzó los labios infantiles, los abrió e introdujo un dedo en la garganta. Extrajo un coagulo de sangre y moco. Nadie le miraba cuando tomó una manta caliente y envolvió al niño en ella. Abrió de nuevo la increíblemente diminuta boca, alzó al niño hacia su rostro y forzó profundas aspiraciones en su garganta y pulmones. Concentró toda su atención, toda su voluntad, en el bebé. Iris continuaba quejándose; Keptah, arrodillado, lloraba por las dos almas que habían abandonado aquellos cuerpos; las enfermeras, lamentándose, estaban postradas en el suelo.

— ¡Vive! —mandó Lucano al niño, mientras grandes gotas de sudor caían de su frente y mojaban sus vestidos.

Su fuerte respiración entraba y salía por la garganta del infante como la misma vida, firme y llena de propósito, decidida a no ser rechazada. Sus dedos presionaban el pecho del niño con suavidad y firmeza, contrayéndolo Y dilatándolo, sosteniendo al pequeñito contra su corazón con la mano izquierda y respirando sin cesar en su garganta.

Iris cubrió con una colcha el rostro tranquilo y yerto de Aurelia y sus gemidos murieron cuando vio la débil y plácida sonrisa en los labios de su señora. El trozo de cielo gris, visible a través de la ventana, se oscureció a causa de una tormenta que se acercaba hasta allí llegaba el distante sonido del trueno, y luego el fulgor del rayo. Las esclavas continuaban llorando y gimiendo y rogando por los muertos. Keptah se sentó sobre las piernas, su cabeza caída. El trueno y el sonido del viento se mezclaban con sus voces.

De pronto Keptah se alzó con rapidez. Había un nuevo sonido En la habitación, débil e inseguro como el grito de un pajarillo. Se apagaba, luego sonaba con más fuerza. Keptah corrió hacia Lucano y exclamó con asombro:

— ¡El niño vive! ¡No está muerto!

Pero Lucano no le veía ni le oía. Sus dedos se movían continuamente; proyectaba su respiración y su voluntad y su vida sobre aquel infinitesimal cuerpo. El niño se estremeció contra su corazón; frágilmente, como un pájaro que luchaba. El ensangrentado rostro perdió palidez, se coloreó profundamente. Una mano, increíblemente diminuta, se crispó bajo la manta de lana.

— ¡Vive! -exclamó Keptah inundado de gozo—. ¡Respira, es un milagro de Dios! Nadie sino Iris vio a Diodoro entrar en la habitación, vacilando como un borracho. Ella se dirigió hacia él y cayó sobre sus rodillas ante él, y tomó sus brazos, sus piernas y lloró en voz alta.

CAPITULO XIV

LUCANO leía el séptimo libro de Herodoto, en el que decía que Jerjes había llorado el día de su victoria. Entonces Artabano, tío de Jerjes, se había acercado a él y dicho: «Señor, primero felicítate a ti mismo y luego llora», a lo que Jerjes había replicado: «Me sentí invadido de piedad ante el pensamiento de la brevedad de la vida humana, al percibir que de todas estas multitudes, ni un solo individuo vivirá dentro de cien años.»

Artabano había replicado: «En la vida tenemos otras experiencias menos lastimosas que ésta. El tiempo de nuestra vida es ciertamente tan breve como dices y, sin embargo, no hay un solo individuo que sea tan completamente feliz como para que en el transcurso de su vida, breve como es, no desee, no una vez sino muchas, el estar muerto y no vivo.»

Sí, Lucano dejó el libro e inclinó la cabeza contra la mano contemplando sin ver el rayo amarillo y caluroso de un sol de verano que caía sobre sus pies vestidos de sandalias. En aquel tiempo estudiaba mucho en casa, huyendo de la clase tan pronto las lecciones acababan, para escapar de los esclavos, que persistían en

inclinarse ante él, o tocar sus vestidos, o caer de rodillas ante él implorando su intercesión ante los dioses. Le horripilaba Y repelía que él, extraño y desesperanzado en cuanto a Dios, fuese rogado que actuase de intermediario entre los sufrientes y Él. Huía de los ojos que le adoraban y de las manos alzadas. Deseaba gritar: « ¡Os digo que Él os odia! Nos da la vida para que muramos en la oscuridad. Nos da la vida para que veamos la fealdad de la muerte. Nos da el amor a fin de que pueda destruimos; ¡Mejor adorar a Caronte que a Él!»

Pero no podía decir aquello aunque se estremecía desesperadamente en su corazón. Desde que había salvado la vida del pequeño Prisco, los esclavos creían devotamente que había sido tocado por la divinidad. Ya no podía ir al hospital, ni visitar esclavos enfermos en compañía de Keptah. Las cosas estaban así desde hacía seis meses. Pronto partiría para Alejandría, donde sería uno entre los muchos anónimos y desconocidos estudiantes, el hijo de un antiguo esclavo, el protegido de un romano de buen corazón. Entretanto mantenía su puerta cerrada contra aquellos que se acercaban humildemente a ella; se tapaba los oídos con las manos para no oír las inoportunas palabras que le dirigían a su madre y sus tristes y compasivas respuestas. Estudiaba dibujos de anatomía muerta con Keptah, pero no oía a los vivos. Cuando en una ocasión Keptah le había reprochado, exclamó frenéticamente:

— ¿Debo decirles lo que creo, que Dios es su enemigo? Sin duda diré esto si me presionas a que hable con ellos… Y ¿Para qué les servirá? No soy un embustero.

—Eres como un arquero parto que, retirándose, lanza dardos envenenados hacia atrás —dijo Keptah—. Te digo que Él te persigue y no escaparás a Él. Tus dardos no le herirán, pero Él persigue impulsado por amor, no por odio.

Sin embargo el médico comprendía con la más profunda piedad.

Una abeja entró zumbando a través de la abierta ventana y se posó sobre un libro cerca de la escuálida mano de Lucano. Sus doradas alas temblaban; atrevidamente exploró el rollo. Sus patas delicadas se movían nerviosamente. De pronto se lanzó y se posó sobre la parte de encima de los dedos de Lucano. Él vio sus enormes y brillantes ojos y suspiró. Se levantó gravemente y con lentitud se acercó a la ventana y dejó que la pequeña criatura volase desde allí siguiendo su brillante vuelo hasta que desapareció. Un gran dolor le dominaba y tenía los ojos secos. ¡Oh, los inocentes, que viven sólo para poder morir! Lucano apoyó la frente sobre el alféizar de la ventana y sintió una tremenda compasión y amor por todo lo que vive, es torturado, se machita y cae en el polvo, desde una abeja hasta un hombre, desde una hoja a un niño, desde un árbol a un buey; desde una estrella a una araña. Deseó abrazar la vida con sus brazos, consolarla, murmurar amor y consuelo, y sosteniéndola así, retar a su Destructor.

Se dio agudamente cuenta de los sonidos de la casa. La risa de una niña. La niña era muy joven, la hija de la esclava que amamantaba al pequeño Prisco. Iris era ahora el guardián del hijo de Diodoro. Le había llevado a su casa pocas horas después de su nacimiento, junto con la nodriza y otra esclava. Era Iris quien mimaba a Prisco y le atendía, no dejándole ni un momento durante el precario mes de su vida. Fue Iris quien vio su primera desdentada sonrisa y oyó su primer murmullo afectivo. Le mecía sobre sus rodillas; dormía junto a su pequeña cuna. El menor ruido hacía que acudiese corriendo junto a él. Tejió sus vestidos y los cosió. Mecía su cuna cuando estaba inquieto, se inclinaba sobre él tranquilizándole. Lavaba su diminuto cuerpo. Nunca se separaba de él.

Lucano oyó la voz de su madre, y la gutural respuesta del pequeño niño. Frente a la ventana de Lucano pasó la aureolada cabeza; llevaba a Prisco en los brazos, cogido firmemente contra su pecho. El rostro del niño aparecía por encima de los hombros de Iris y sus ojos se encontraron con los de Lucano. El joven se estremeció porque el pequeño rostro era como el de Rubria y no podía soportar su vista, Prisco giró sus ojos alegremente, porque era un alma feliz, lleno de afabilidad hacia todos. A su pesar Lucano sonrió en respuesta. El niño echó hacia atrás su cabeza balbuceando feliz y tocó el oído de Iris. Ella le llevaba al fresco y pequeño jardín en la parte de atrás de la casa. Allí se sentaba bajo un gran árbol, murmurando y cantando hasta que el niño se dormía. El sol descendía hacia el oriente. Un aire claro difuminado con oro, se llenaba de susurros de vida secreta. El aroma de la tierra, las flores y la hierba se mezclaba con suave luz y en algún lugar de la casa una esclava canturreaba mientras hacía sus deberes. Las palmeras sonaban y se estremecían y los pájaros saltaban de árbol en árbol, reflejando la luz del sol en sus alas como oro.

Lucano salió al jardín. Iris había cogido una flor blanca y Prisco, sobre sus rodillas, estaba activamente examinándola. Era aún muy pequeño para su edad, pero tenía un cuerpo inquieto y atento, y sus ojos negros brillaban con el deleite de ver y existir. Estaba desnudo excepto un blanco pañal; su pequeño pecho era ancho y moreno. Unos rizos negros se curvaban alrededor de sus orejas, cuello y frente. A pesar de ser tan pequeño tenía una fuerza casi increíble para un niño de tan corta edad y nacido prematuramente. Parecía un diminuto guerrero, aunque su sonrisa era la sonrisa de Rubria, ganadora y dulce, con un toque de malicia en la expresión de sus ojos, cariñosos e inquisitivos como los de Rubria. Por esta razón, Lucano evitaba normalmente al niño. Prisco le vio antes que Iris y gruñó de nuevo feliz y agitó la flor como dándole la bienvenida.

Iris sonrió a su hijo, ocultando su constante ansiedad por él.

—Mira —dijo—, ¿no es como un arquero, o un luchador, o un corredor? Sus músculos son verdaderas armaduras.

La boca del niño tenía aún las huellas de la leche que acababa de tomar y jugueteaba sobre las rodillas de Iris a fin de que ésta riese y le sujetase. Lucano alzó un dedo frente a Prisco y éste lo cogió, lo examinó con

intensidad Y luego se lo llevó a la boca. Lucano sonrió. Sentía hacia el niño afecto de padre. Después frunció el ceño.

—Es extraño que Diodoro permanezca en Roma tanto tiempo. Da la impresión de que no piensa en su hijo.

Luego exclamó:

— ¡Ay, tiene dientes!

—Cuatro —dijo Iris orgullosamente—. ¿No es maravilloso?

Su rostro era tan sonrosado y puro como el de una joven. Tras un momento añadió en forma abstraída:

— ¿Diodoro? Sí, hace casi seis meses. Esta vez no volverá hasta que consiga permiso para abandonar Antioquía. Así me ha escrito. Me imagino —añadió con una débil sonrisa— que estará mareando a Carvílio Ulpiano sin piedad y acosando al Palatino. Ya no puede soportar Siria por más tiempo y está determinado a retirarse a sus posesiones. Creo que se ha transformado en la sombra de César porque es un hombre obstinado y tiene considerable influencia.

Acarició la ágil cabeza del niño. Diodoro había llevado las cenizas de su hija y su esposa a Roma para enterrarlas en el cementerio familiar. Iris sabía que aquél había sido un viaje doloroso y sin consuelo. Diodoro, después de la muerte de Aurelia, se había enmudecido, había partido para Roma, y pasado muchas semanas antes de que escribiese brevemente para contarles acerca de sus planes y preguntar por su hijo. Su pregunta había sido indiferente, sólo había visto a Prisco unas pocas veces y no había manifestado ninguna emoción. Pero su última carta había sido más interesante. Estaba convencido de que Siria era maléfico para su familia. Cuando volviese sería tan sólo a fin de recoger su casa e instruir a su sucesor y luego abandonaría aquella maligna tierra para siempre. Su hijo sería educado en la tierra de sus antepasados, frente a la vista de las siete colinas, bajo la protección de sus dioses.

Había escrito sólo una línea respecto a Iris: «Confío que tú, mi antigua compañera de juegos, mi hermana espiritual, consentirás en volver conmigo, para continuar el cuidado maternal de mi hijo».

Iris suspiró. Esperaba mucho más que aquello. Su propio hijo estaría lejos, en Alejandría; aquel hijo tan torturado, atormentado, tan poseído por un dolor sin remedio, tan sombrío y desolado. «Ah, pensó, pero es joven, y tiene mucho que estudiar y que aprender.» Se dio cuenta de que Lucano era como ella tanto en naturaleza como en apariencia: Paciente, delicado, profundo y calmosamente amante, reservado en el habla y la acción, viviendo una oculta aunque profunda vida, disciplinado y un tanto rígido de temperamento. Aún no había adquirido su presente flexibilidad, su gentil resignación, y profunda fe en que Dios era bueno y no malévolo.

Siempre se habían comprendido más que hablando por medio de elocuentes miradas, una ligera sonrisa, el más pequeño gesto, la menor inclinación de cabeza. Entre los dos, había siempre existido la más profunda comprensión hasta que Rubria murió. Desde entonces Lucano se había retirado incluso de su madre y había permanecido frío y alejado a distancia. Hasta aquel día había rechazado interesarse por el niño que él había salvado, aunque Iris sospechaba tiernamente que era menos frialdad que temor a verse envuelto una vez más en un amor personal por algo, porque en el amor, creía él, existía un constante peligro y una amenaza de desastre.

Se sintió intensamente emocionada cuando Lucano repentinamente se inclinó a fin de poner su rostro a nivel con el del niño. Prisco se sintió encantado. Alzó la mano y cogió la nariz de Lucano.

—Tiene la mano de un gladiador —exclamó el joven— y unos talones de águila.

Prisco balbuceaba de alegría. Soltó la nariz de Lucano y cogió el rizado cabello que caía sobre la frente del joven y tiró de él. Lucano se maravilló de su fuerza. He aquí un niño que sólo seis meses atrás había yacido en sus brazos como una rota marioneta, sin respirar y azul, flácido y tan blando como la cera. De pronto Lucano se sintió lleno de orgullo y afecto. Extendió sus brazos hacia el muchacho, y Prisco rápidamente se echó en ellos. El cálido, pequeño y firme cuerpo rompió el corazón de Lucano; besó los desnudos y morenos hombros, acarició los brazos y los codos. Besó los ojos, tan parecido a los de Rubria, y luego, muy tiernamente, la boca que era una pequeña réplica de la de ella. Sus párpados se sintieron invadidos por las lágrimas y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. « ¡Oh, que pueda amar de nuevo!», rogó a una deidad sin rostro.

Volvió el niño, pese a sus protestas, a los brazos de Iris; se alzó repentinamente y se alejó. Iris le siguió con una larga y triste mirada; sin embargo se sintió consolada.

A la mañana siguiente de llegar Diodoro a Antioquía, el tribuno ordenó que Keptah se presentase ante él. El médico penetró en la biblioteca de su señor y sus penetrantes ojos apreciaron instantáneamente el estado mental y físico de aquél. El rostro de Diodoro estaba gastado y más pálido. Los años parecían haberse acumulado sobre sus rasgos; aunque toda su persona parecía rodeada de una triste inquietud y parecía haber adquirido una madurez más dura. Era más romano que nunca, y menos sencillo que jamás había sido.

—Tengo buena salud —dijo abruptamente antes de que Keptah pudiera, ni siquiera saludarle—. No es necesario que tus médicos ojos me examinen de arriba a abajo. Dentro de cuatro semanas partiré para Roma con toda mi casa. Ya no eres un esclavo. Tengo entendido que has comprado viñas y olivos en los alrededores y que has efectuado algunas inversiones en la propia Roma. No tengo tiempo que perder. No te puedo mandar puesto que eres un liberto. Sólo puedo preguntarte: ¿Volverás conmigo a Roma?

— ¿Es necesario preguntarme esto?, señor.

Diodoro no respondió durante unos momentos. Luego dijo con una nueva quietud en su voz.

—He aprendido una sola cosa en todos estos meses pasados en Roma: Un hombre nunca puede fiarse de otro; si lo hace es a costa de su propia seguridad y quien niega esto es o un mentiroso o un estúpido. ¿Quién fue el filósofo que dijo: «Sé amigo de todos pero no tengas intimidad con ninguno?» No es sólo, como algunos me han dicho en Roma, que el hombre es intrínsecamente malo y no es el mismo hombre hora tras hora, de día en día. Mi pregunta no era un insulto para ti. Estaba simplemente interrogando. Keptah no respondió. Se sentía lleno de compasión hacia aquel hombre más delgado y menos vehemente, cuyos fieros ojos estaban aún sumidos y llenos de dolor. La animación había desaparecido del tribuno y su vitalidad estaba en decadencia. Sin embargo, aún quedaba ferocidad y sombría expresión en él.

—Pensé, cuando partí para Roma, que volvería a reunirme con mis viejos camaradas y que ellos me recordarían con afecto. No puedes imaginarte lo idiota que fui. Es cierto que me saludaron con afecto y mucho placer. Esto es debido a que se acordaron de que tengo mucha influencia incluso con ese Tiberio que por lo menos recuerda que soy un soldado excelente, aunque no parece que recuerde que soy un ser humano. Creí que encontraría algún alivio en Roma...

Hizo una pausa y una sombra oscura recorrió su rostro. Se levantó y llenó una copa de vino, luego hizo un gesto a Keptah de que se sirviese.

—En resumen, señor —dijo Keptah, después de haber bebido respetuosamente su copa de vino—, has descubierto que los hombres no son diferentes en Roma de lo que son en Siria, en Bretaña, en la Galia, en Judea, en Egipto o en Grecia.

Diodoro dejó su copa lentamente y sin hacer el gesto violento que solía. Se notaba la ausencia de su anterior énfasis y violencia en sus maneras y voz. Respondió:

—Tienes toda la razón. Pero estaba ausente de Roma desde hacía mucho tiempo y había olvidado. Te hablaré de esto más tarde.

Empezó a pasear abajo y arriba de la biblioteca con un pesado y arrastrado ruido.

— ¿Por qué son la inteligencia y el intelecto tan raros? ¿Por qué hay que buscar estas cualidades como si buscáramos oro?

—Los dioses —dijo Keptah sombríamente— aún están celosos de la sabiduría. Es el fuego de Prometeo, que cuando arde en algún hombre los dioses le castigan, aunque sus prójimos le castiguen más aún. Se ha dicho también que no puedes enseñar al hombre nada; sólo puedes ayudarle a que lo encuentre dentro de sí mismo. Si carece de inteligencia entonces todas las exhortaciones, todas las lecciones, todo intento de mejorar sus medios, todo sacrificio y todo ideal no le arrancarán de su bestialidad. Porque si presumimos de que es inteligente porque tiene forma de hombre se volverá y lo negará con sus actos. Encuentro en esto una retribución justa.

Diodoro le miró con interés. Llenó otra copa de vino y la bebió de un trago. Después miró al fondo de la copa vacía y parecía dirigirse a ella al hablar, más que a Keptah.

—Necesito una madre para mi hijo.

El rostro de Keptah adquirió un aspecto de alarma.

— ¿No has encontrado tal señora en. Roma, señor?

Pensó en Iris con tristeza. Pero Diodoro era romano de pies a cabeza.

—He cometido una vil acción —dijo Diodoro como si Keptah no hubiese hablado.

Volviese hacia el médico y su rostro había adquirido un tono de dureza

— ¿Por qué confío en ti, un hombre que puede traicionarme mañana? ¿Tendré que sobornarte para asegurar tu lealtad y evitar que me critiques y difundas esto por todo Roma? ¿Puedo estar seguro de que no será repetido en los oídos de alguna prostituta Cuando hayas bebido, si es que alguna vez bebes más de la cuenta? ¿Puedes garantizarme que no serás mi enemigo este año o el que viene? Después de todo creo que es mejor para ti que no vuelvas a Roma conmigo.

—Como tú quieras, señor —respondió Keptah, y en su voz vibraba una nota de ira.

Diodoro dejó la copa con algo de su antiguo fuego.

—Después de todo —dijo—, ¿Quién aceptaría la palabra de un antiguo esclavo contra la palabra de Diodoro?

Keptah cruzó sus brazos sobre el pecho.

—Es verdad —dijo—, por lo tanto no necesitas confiarte en mí, señor. No he pedido tu confianza. Para tu propia paz mental, prefiero que no me la des.

—Sin embargo, me sentiré más seguro contigo como mi médico en Roma. ¡He oído tales historias!… Pueden, o no ser ciertas, pero se dice que Tiberio se ha librado de algunos hombres intransigentes e incluso de dos senadores, sobornando a sus médicos. Probablemente es mentira; Tiberio puede que sea un hombre de cabeza muy fría, pero el veneno no es la forma en que un soldado trata con enemigos, incluso si emplea espías. Sin embargo, lo sé por buenas fuentes, muchos ricos depravados, indeseables que ocupan altos cargos en Roma, han sobornado a los médicos de hombres, con cuyas esposas habían adulterado o de quien habían conseguido posesiones o alguna ventaja política.

Dirigió a Keptah una mirada sombría.

Cuando el escándalo se filtró, no fueron los sobornadores quienes recibieron el castigo. Los médicos fueron hallados en el Tiber un poco tiempo después.

Keptah no pudo evitar el sonreír para sus adentros.

—El Tíber no me atrae como el lugar de mi sepultura, señor.

Diodoro rió sin alegría.
— ¡Que las furias carguen contigo! No has comprendido aún. Necesito un amigo. ¡Y debo acudir a mi liberto par tenerlo! ¿No es esto irónico?
— ¿Y tú no has encontrado amigos entre tus camaradas de armas, y entre los de tu rango, señor? —preguntó Keptah.
—No —respondió Diodoro, se sentó y contempló por entre sus piernas el suelo de mármol.
—Veo que has respondido a mi pregunta. Sin embargo, para asegurar tu presencia con mi casa en Roma y mantenerte fiel, triplicaré tu estipendio y te daré una casa propia en mis propias posesiones.
—No —dijo Keptah—. No estoy en venta, señor.
Su voz se alzó con dura frialdad.
—Observo que Roma no te ha probado. Te ruego que recuerdes que confiaste en mí implícitamente antes de volver allí, que tu padre confió en mí y estaba profundamente unido a mí. Que el ama Aurelia me introdujo en su confianza y que nunca te he engañado, ni una sola vez en tu vida, excepto cuando creí, por razones de afecto que la verdad podría herirte. ¿Puedo retirarme, señor?
—No —dijo Diodoro.
Continuó mirando al suelo. No era propio de un romano excusarse ante uno de menor rango que él, pero, sin embargo, dijo:
—Lo siento.
Keptah se sintió conmovido y asombrado. Tomó una de las manos de Diodoro y la besó y dijo:
—Señor, tú sabes cuán profundamente honro a Dios. Si puedo ayudarte a que confíes en mí, aunque prefiero que no lo hagas por tu propio bien, juro por su más santo nombre que nunca te traicionaré, que en el mismo instante en que me hagas tus confidencias las olvidaré.
Diodoro le estudió sombríamente.
—Entonces debo contarte la vil acción que he cometido, la mentira que he dicho en Roma, no sólo porque eras mi amigo, sino porque estoy confuso y porque...
Se detuvo y respiró profundamente.
—Hay un senador que es amigo de Carvílio Ulpiano y sólo su riqueza y la despiadada reputación de vengativo y cruel de que goza, mantiene su secreto desconocido para todos, excepto para Carvílio. Tuve que discutir un cierto asunto con mi cuñado y durante la discusión me confió el secreto del senador. Sospecho, debo añadir, que el senador tiene alguna clase de poder sobre Carvílio que le arruinaría si no guardase silencio. ¿Te das cuenta de lo suspicaz que me he hecho?
Keptah se mantuvo esperando y en silencio. Diodoro se ruborizó lentamente.
—Hice lo que el senador había hecho. Él amaba a una esclava de su casa, una de las que tenía en sus posesiones de Sicilia. La libertó. Su mujer era estéril y por lo tanto se divorció de ella. Después solicitó que un genealogista inventase un buen árbol genealógico para su liberta y se casó con ella con todos los honores; hoy es una gran favorita en Roma y una matrona digna.
Keptah frunció el ceño.
—Comprendo, señor. Tú has solicitado los servicios del mismo genealogista y has inventado una descendencia griega distinguida para Iris.
Se sintió enormemente aliviado.
—Sí —dijo Diodoro sombríamente.
Keptah recibió la primera alegría que había sentido durante muchos meses. Luego su rostro se oscureció.
—Olvidas, señor, que toda tu casa sabe que Iris fue anteriormente una esclava. ¿Cómo puedes asegurarte que no trascenderá?
—En ese árbol genealógico —dijo Diodoro ignorando el comentario—, he hecho escribir que Iris fue raptada de su distinguida familia en Cos por tratantes de esclavos, que se sintieron atraídos por su infantil belleza, y que sólo después fue descubierto quién era ella realmente. Sus padres murieron de tristeza; después de su muerte se descubrió que habían dejado a su raptada hija una fortuna considerable.
Keptah consideró estas palabras críticamente.
—Bien, señor —dijo al fin—. Entonces no necesitabas haberme confesado que el árbol genealógico ha sido inventado. ¿Por qué lo has hecho?
Diodoro movió su cabeza lentamente.
—Ha habido sólo un hombre a quién no he podido mentir o a quien no mentiría. Extraño es que hayas tenido que ser tú... Prefiero, por causa de alguna perversión, que sepas la verdad.
—Y mientras deseabas confiarte en mí, me estabas amenazando.
Diodoro le miró con la irascibilidad que había sido característica de antaño.
—Para ser un sabio, eres muy obtuso. —Se puso en pie y anduvo de arriba abajo—. Carvílio Ulpiano también sabe la verdad. Pero no la dirá, ni siquiera a Comelia, la hermana de mi difunta esposa. Por muchas razones.
Diodoro detuvo sus paseos. Habló con la espalda vuelta a su médico y en tono de voz muy bajo.
—
He amado a Iris desde que éramos niños y estábamos juntos. Ella puede aún tener hijos. No puedo concebir el casarme con otra mujer, ni siquiera con una mujer de la mejor familia de Roma. Tú no conoces a las mujeres romanas. Han perdido toda su feminidad. Se han transformado en hombres fraudulentos y disolutos. Se

mueven por Roma en sus literas doradas sin compañía y pueden citarte los últimos precios de la banca con la facilidad de banqueros... Muchas de ellas prefieren no casarse, pero tienen muchos amantes. ¡A tal degeneración ha llegado Roma! No deseo manchar mi boca con la lista de sus abominables prácticas. —Colocó sus manos atrás—. He tenido muchos sueños extraños en los que Aurelia se acercaba a mí sonriente; no como una sombra, como nos ha enseñado, sino en plena y juvenil plenitud, con amor en sus ojos y consuelo en sus manos. Me ha instado a que me case con Iris, a quien ella llamaba su hermana. —Se volvió hacia Keptah y le retó con sus agresivos ojos—. ¿Crees que soy supersticioso? ¿Aseguras con las palabras oscuras que sueles usar, que los sueños son tan sólo el cumplimiento de secretos deseos?

—Creo, en este caso —dijo Keptah seriamente—, que no eres supersticioso, que no estás tratando de racionalizar un deseo profundo por el cual te atormentas con conciencia de haber pecado. Antes de que Aurelia muriese, Iris se acercó a ella...

Y contó a Diodoro lo que Aurelia le había dicho a su liberta con tanta prisa y tanta esperanza.

Mientras Keptah hablaba el rostro de Diodoro cambió y palideció. Cayó sobre una silla. Después inclinó su cabeza sobre sus manos y gimió. Keptah se sintió alarmado. Había esperado alegría y alivio, pero Diodoro parecía haber recibido una mortal impresión.

—De modo —dijo con voz quejumbrosa— que a fin de cuentas no engañé a mi pobre esposa. Ella supo siempre que en el fondo de mi corazón yo le era infiel. Pero ella no supo cuanto luché contra ello; no supo cuánto la amé. ¡Lo que ella debe haber sufrido! ¡Qué soledad y tristeza! No fue bastante que su hija muriese. No fue bastante que ella tuviese que morir dándome un hijo. Yo debí quitarle lo que es más querido a una mujer. Y sufrió todo esto en silencio, con devoción y ternura.

—Estás equivocado —exclamó Keptah acercándose a él—. El ama Aurelia puede que no fuese una mujer instruida y sutil. Pero ella comprendía todo cuanto había que comprender. Era una mujer buena.

Deseó con excitación y piedad que Diodoro fuese menos complicado, menos inteligente y un hombre menos difícil, menos dado al hábito mórbido de inspeccionarse a sí mismo críticamente. Inventaba culpabilidad para sí mismo cuando no existía la menor culpabilidad.

Diodoro dejó caer pesadamente las manos desde su rostro, que quedó marcado con señales rojizas dejadas por la presión de sus dedos y, aunque no había llorado, sus ojos estaban congestionados. Muy quedamente dijo:

—Todo está bien. Pero ahora veo que nunca podré casarme con Iris. Mi conciencia no me lo permitirá. No la llevaré a Roma conmigo. Todo ha acabado. La vida ha terminado.

CAPÍTULO XV

DIODORO llamó a Iris ante su presencia aquella misma tarde. En el camino, acompañada por una esclava y por el niño, se dirigía mentalmente a Aurelia desde lo más profundo de su alma: «Me ha llamado a su presencia, señora; tú sabes cuánto nos hemos amado, y que nunca te fuimos desleales porque te amábamos a ti. Puedo ir ahora a él y decirle: donde tú estés, Cayo, allí estoy yo, Caya. Querida amiga, te recordaremos con amor y con la más preciosa de las memorias. Si somos bendecidos con hijos, llamaremos a la primera niña como tú, la más amable de las amigas.»

Su gozo era tan exuberante que su bellísimo rostro brillaba con luz. Se había recogido el dorado cabello con blancas cintas y su estola estaba cuidadosamente plegada, los bordes caídos sobre sus blancos pies. Estaba radiante y joven como una diosa y su cuello tenía un tinte rosado causado por la rapidez del pulso de su sangre. A causa de su excitación tenía que dominarse para no correr.

Entró sola en la biblioteca, y el azul éxtasis de sus ojos era como un relámpago del cielo. Diodoro, de pie ante su mesa, sintió una insoportable agonía y desesperación, pasión y amor al verla y pensó que Afrodita, surgiendo de entre las olas, no tendría un aspecto tan radiante, una belleza tan perfecta para asombrar al mundo. No había recordado por entero la maravilla de su cabello, la blancura de su carne, la moldeada nieve de sus brazos, la iridiscencia de su carne. Pero no era sólo su belleza lo que le producía asombro; ella emanaba algo, para él, algo divino envuelto en luz, incontaminado de infección humana. Mostraba su maravillosa belleza tan simple e inocentemente como un lirio y poseía la misma pureza.

Se mantuvo de pie frente a la mesa, vestido con su corta túnica militar y armadura; su espada, corta y ancha, ceñida al cinto. El casco reposaba junto a él sobre la mesa y era evidente que estaba a punto de partir para Antioquía. Le rodeaba un aire de prisa y rudeza, de frío militarismo, de lejanía. Y fue este aire lo que detuvo a Iris repentinamente en el pórtico y la contuvo de caer sobre sus rodillas ante él y besar su mano. Un agudo sentimiento de calamidad se apoderó de ella y la luz desapareció de su rostro. Aquel hombre gastado y más delgado, aquel hombre formidable y amenazador, no era el Diodoro que ella conocía, era un extraño.

—Saludos, noble señor —murmuró y el sentimiento de calamidad se profundizó en ella—. Espero que hayas tenido un viaje agradable hasta aquí.

—Entra, Iris —respondió él, y volvió su rostro dejando su perfil claramente destacado ante ella e Iris pudo ver la férrea voluntad de contenerse que le dominaba—. No te detendré por mucho tiempo. He sido informado del tierno y maternal cuidado que has dado a mi hijo, por lo cual ningún oro bastaría: Pero esto es todo cuanto tengo para ofrecerte.

Iris le miró con una sonrisa que experimentaba su desilusión.

—No me debes nada, señor —dijo desmayadamente—. Ha sido un gozo hacer de madre de tu hijo, que es como un joven Marte, lleno de alegría.

Se detuvo. Sintió que un dolor agudo se apoderaba de su pecho y garganta.

Mirando el rostro desesperanzado de él sintió una profunda opresión y ansiedad, olvidándose de sí misma. ¿Estaría enfermo? ¿Por qué aquella expresión de profunda angustia, aquella pálida dureza en sus labios, aquella amarga arruga en su frente? Exclamó con temor:

—Señor, no te encuentras bien... ¿Contrajiste las fiebres en Roma? Se acercó a él, con su corazón temblando de amor y temor, y sus ojos azules se fijaron intensamente en él, recorriendo los detalles de su perfil. Él no la miraba. Tenía la mano apoyada sobre el casco y los tendones se contraían sobre él. « ¡Pobre Diodoro!», exclamó ella para sí. « ¡Alma de mi alma! ¿No sabes que daría mi vida gozosamente por ti? Dime, ¿qué es lo que te atormenta?»

Diodoro aún no se atrevía a mirarla. Percibió la fragancia de su carne, cálida y juvenil, dulce como una flor. Su mano se contrajo en un espasmo de aguda angustia. Habló como si ella no hubiese hablado.

—En mi última carta a ti, Iris, te preguntaba si volverías a Roma conmigo cuando me vaya para siempre de este maligno lugar a fin de que cuidases a mi hijo —se detuvo. La carne grisácea que rodeaba sus ojos se distendió— pero ahora no puedo pedirte eso. Tu hijo parte dentro de tres semanas para Alejandría. Desearás permanecer junto a él. Como un don, y como una señal de estima hacia ti, te doy a Cusa, que ayudará en la educación de Lucano en Alejandría, y Calíope, que es ahora su esposa, para que te ayude. Mas aún; depositaré cinco mil sextercios de oro para ti a fin de que puedas vivir confortablemente en alguna casa cerca de la universidad y todos los meses de diciembre la misma cantidad te será entregada. Comprendo, desde luego, que todo esto es un pago pobre por lo que tú y tu hijo habéis hecho por mí, pero es todo cuanto tengo.

El terror, el abandono y desmayo se apoderaron de Iris, Miró a Diodoro incrédulamente.

— ¿Me envías lejos de ti, señor?.., ¿para siempre? —Ella exclamó, y presionó sus manos contra el pecho de él—, ¿para siempre, Diodoro? ¿Soy tan odiosa a tus ojos? —Las lágrimas empezaron a descender por sus blancas mejillas.

—Estoy intentando ser justo —dijo Diodoro en voz ronca—. Pensé que preferirías estar cerca de tu hijo. Comprendo que será duro separarte de Prisco, para quien has sido como una madre, como mi propia madre fue para ti. Pero la vida es una continua partida —había percibido en su voz la tortura, su incrédulo tormento e incredulidad—. No debes creerme ingrato.

Después volvió su rostro rápidamente hacia ella y éste cambió.

— ¿Crees que esto es fácil para mí? —preguntó rudamente—. Sin embargo esta es mi voluntad porque no hay otra forma.

—Entonces, de alguna forma imperdonable, yo he debido disgustarte terriblemente —exclamó Iris—. «Él ya no me ama», pensó con profunda y abrumadora desesperación y desmayo. «Ha encontrado alguna dama en Roma con quien casarse. Soy un inconveniente y un entorpecimiento para él. Olvidará incluso que he existido.»

Se sintió débil; deseó echarse sobre el suelo y quedar inerte o morir. Una aridez, como el polvo en la boca de un hombre moribundo, secó sus labios y su lengua, y su corazón palpitó con un aplastante dolor. «Déjame ir como la más humilde esclava en tu casa», imploró silenciosamente. «No me dejes ni siquiera aparecer ante tu vista. Pero no me alejes de ti, por el nombre de todos los dioses. Será bastante bueno vivir bajo el mismo techo que tú, contemplarte de lejos, oír el eco de tu voz, ¿cómo puedo vivir de otra manera?»

—Iris —dijo y de pronto se detuvo.

No podía cambiar de opinión. No se atrevía a volver a ver nunca más a aquella mujer. Pensó en Aurelia y le pareció que ella le miraba con severidad pidiendo este tremendo sacrificio para limpiar su culpabilidad.

Colocó el casco sobre su cabeza. No podía volver a mirar a Iris porque sus brazos se sentían débiles y vacíos y sabía que debía huir de aquella habitación si deseaba salvarse a sí mismo.

—Desearás preparar tu viaje y el de tu hijo —dijo, mirando ciegamente al suelo—. Iris, no nos veremos nunca más. He ordenado que mi hijo vuelva a esta casa mañana por la mañana con su aya. —Hizo una pausa—. Iris, te deseo todas las bendiciones de los dioses y toda felicidad. Ella cogió una silla y se sentó, su cabeza caída sobre el pecho, sus brazos flácidos, luego empezó a hablar en voz baja pero muy clara.

—Señor, no puedo aceptar nada de ti. Lo que he hecho, si es de alguna importancia, fue hecho por amor..., por amor a Aurelia y al niño... tomar el más pequeño de los dones sería insultarles a ellos y a mí.

Diodoro empezó a caminar hacia la puerta. Luego, abrumado por una terrible desolación, pena y deseo, se detuvo de espaldas a ella.

—Sin embargo —dijo suavemente—, soy romano y debo expresar mi gratitud de algún modo.

Iris alzó su cabeza y le miró como a un igual que le había ofendido imperdonablemente. Él notó su fuerza e involuntariamente se volvió y la miró frente a frente. Parecía una noble estatura allí sentada, cubierta con la blanca estola caída sobre su pecho y su perfecta cintura, reposando sobre los elevados arcos de sus pies. Estaba tan privada del color como el mismo mármol. Estaba envuelta en dignidad y orgullo y sus pálidos labios se curvaron con desprecio.

—Diodoro —dijo con voz firme y enojada—. Hay algo que debo decirte. Yo no soy una mera criada que pueda ser despedida o arrinconada. He guardado un secreto durante mucho tiempo por el deseo de tu madre, el ama Antonia, porque pensó que te ofendería profundamente..., ¡como romano que eres! Sin embargo me dio permiso para contarte este secreto cuando yo lo creyese necesario y ahora encuentro que es necesario.

Después que tu padre murió ella me adoptó legalmente, pero en secreto, como hija suya. El pretor así lo escribió en Roma, antes de que tú volvieses de Jerusalén y en Roma hay mucho dinero depositado para mí, que no he usado hasta ahora. Mi esposo nunca supo nada de esto. Me miras como si estuviese mintiendo... Sólo tienes que hacer una visita al pretor en Roma.

Se levantó lenta y graciosamente como la estatua de una diosa esculpida por Escopas. Llenó la biblioteca de luz y quieto poder.

—No creas —dijo amargamente— que yo voy a decir esto a nadie nunca para humillarte. Nunca me cruzaré contigo en Roma o en cualquier otro sitio pidiendo que me reconozcas como tu hermana. Nunca diré: «El noble tribuno Diodoro es mi hermano adoptivo», porque conozco cuán terriblemente orgulloso eres. Tu madre me amaba con tanto cariño como a una hija. Aunque tú no lo sabes, ella no deseó que me casase con el pobre Eneas. Pero yo te conocía, Diodoro. Sabía que entonces me amabas y que siempre me habías amado y que como romano nunca considerarías en casarte conmigo, una anterior esclava. Para terminar para siempre con tus deseos y luchas internas me casé con Eneas. Antes de la adopción, hubiese consentido en ser tu amante, ser la mujer más baja, llevar la leña para tu baño, pero después ya era la hija de tu madre y no podía ofender su memoria.

Diodoro retrocedió hasta la mesa, quitó su casco y se mantuvo mirándola. Se sentía enfermo de vergüenza. Abrió los labios trató de hablar pero no pudo. Tosió secamente y se pasó la mano por la frente.

—Déjame hablar —dijo casi inaudiblemente— y después separémonos.

Continuó mirando a su yelmo.

— ¿Sabes lo que sufro? ¿Sabes cuánto te amo y siempre te he amado? ¿Sabes que la única cosa que me sostuvo cuando llevé las cenizas de mi esposa y de mi hija a Roma eras tú? ¿Sabes que mis noches más oscuras fueron iluminadas por la visión de tu rostro? —Se detuvo y tosió de nuevo—. Pero he sabido que Aurelia conocía mi pasión por ti. Recuerdo lo que ella debió haber sufrido a causa de esto. Soy culpable ante ella. Debo hacer penitencia.

— ¡Oh! —Exclamó Iris, y de nuevo se echó a llorar, pero su rostro era como el sol tras la lluvia—. ¡Oh, tú, tonto romano, tú querido, amado tonto! Claro que Aurelia lo sabía. Lo supo en el mismo momento en que entró en tu casa. Te amábamos las dos, y ella era feliz porque era una dama sensata no un hombre de dura cabeza. ¡Ni una sola vez se sintió turbada! Tú eras su esposo y eras un hombre honorable. ¿Es tu alma tan pequeña que se atreva a insultar a la gran y gentil alma de Aurelia, mi amiga? Mientras esperaba a tu hijo tuvo presentimientos de muerte y se confió a mí. Y antes de morir me pidió que permaneciese contigo para siempre, te consolase y te hiciese feliz; sin embargo tú la insultas.

De nuevo se sintió enfadada. Dio un paso o dos hacia la puerta. Diodoro dijo:

—Espera... amor mío... Tengo algo peor que decirte. Mientras estuve en Roma inventé un árbol genealógico para ti a fin de que pudiese casarme contigo con honor.

Ella se detuvo y le miró con los ojos muy abiertos y luego, con ternura, después con una sonrisa y por fin con un repentino y dulce gesto. Corrió hacia la puerta y llamó al ama de cría que esperaba afuera.

— ¡Trae al niño! —exclamó. Y cuando el niño les fue entregado los sostuvo en sus brazos y lo acarició, mientras el niño jugueteaba con Iris.

— ¡Tu hijo! —Dijo a Diodoro—. El hijo que has descuidado y apenas visto porque creías que había causado la muerte de su madre. El querido niño que es como tú y Aurelia. ¡Mírale! No te conoce, fiero romano.

Luego colocó al niño en los brazos de su padre y echando su cabeza hacia atrás rió como una niña. Prisco gruñó felizmente y tiró del pelo de Diodoro. El tribuno miró a Iris y toda el alma liberada y su amor brillaron en sus ojos.

—No —dijo Iris y su sonrosada cara se ruborizó—. Primero debes besarle a él…

SEGUNDA PARTE

Si un hombre mira con amor compasivo a sus doloridos prójimos y a causa de su amargura pregunta a los dioses: ¿Por qué afligís a mis hermanos?, sin duda será mirado por Dios con más ternura que el hombre que le felicita por su misericordia y prospera feliz y sólo tiene palabras de adoración que ofrecer. Porque el primero habla a causa del amor y la piedad, atributos divinos y cercanos al corazón de Dios, mientras que el segundo habla por causa de un satisfecho egoísmo, un atributo bestial, que no tiene lugar en el ambiente luminoso que rodea el espíritu de Dios.
HORACIO

CAPÍTULO XVI

IRIS escribió a su hijo Lucano en los siguientes términos: «Hace ya casi cuatro años desde la última vez que nos vimos, mi amado y querido hijo, y tú has inventado continuamente excusas para no venir a Roma que, lo confieso, no es tan hermosa como Siria. Sin embargo vivimos pacíficamente en nuestras posesiones y gozamos de la paz de los atardeceres, y del brillante cristal de las mañanas. Para mí es bastante. Tu hermana, Aurelia, tendrá pronto tres años, y es la luz de nuestras almas, con su dorado cabello y sus ojos castaños suaves como el corazón de una margarita. No hay nada que pida, en su Infantil insistencia, a su padre, Diodoro, que no se lo consienta inmediatamente a pesar de mis protestas. Tu hermano Prisco, el mejor compañero de juego de Aurelia, es su tirano. Es un estado de cosas que perdura con el más afable de los contentos. Tu nuevo hermano, Cayo Octavio, a quien hemos puesto el nombre del viejo compañero de armas de tu padre, tiene ya casi un año, es un chico serio, con mis ojos azules y la sombría expresión de su padre. Ríe y prefiere arrastrarse sobre la hierba inspeccionando hoja tras hoja con interés. Es ciertamente un filósofo. Si tan sólo mi hijo Lucano, estuviese con nosotros, seríamos los más felices de los mortales. No escaparás de nosotros. Dentro de tres meses carecerás de excusas, porque dejarás Alejandría transformado en médico.

«Durante el pasado año, Diodoro se ha inquietado. Es un hombre de acción y a la vez un hombre de pensamiento. Durante mucho tiempo estaba contento con su biblioteca, sus olivares y palmeras; su jardín, sus campos y su familia. Nos visitó Filón, el filósofo judío, que es muy admirado y estimado en Roma y los dos hablaron incesantemente hasta el amanecer. Desde entonces Diodoro ha empezado a preocuparse y a visitar Roma por lo menos cada siete días, de donde vuelve con el más irascible de los genios y con un nuevo sentimiento de ofensa. No es posible, le digo, que un hombre solo pueda salvar al mundo o enderezarlo, pero esto sólo sirve para hacerle más irritable aún. Con frecuencia le oigo maldecir en su biblioteca, y en cierta ocasión lanzó unos cuantos libros contra la pared y pateó pesadamente arriba y abajo en ella durante horas. Pero es amable como una paloma conmigo, su esposa, y con los tres niños. Quizá cuando nos visites, (y te ruego que te quedes con nosotros) podrás aligerar su sombría expresión y solazarte.»

La carta respiraba su tierno amor y contento y su solicitud por la familia. Lucano podía percibir estas cosas, moviéndose inquieto en el gran jardín, cerca de la columnata principal. El suelo de la columnata era de un mármol amarillo oscuro, pero la doble hilera de columnatas brillaban como bruñida nieve desde el suelo, de donde se alzaban hasta el blanco techo. Dos hombres paseaban arriba y abajo en aquel atardecer; uno era un respetuoso estudiante alto, el otro maestro de matemáticas, bajo y de rostro afilado, Claudio Vesalio. La dorada luz les iluminaba mientras paseaban entre las columnas. Algunas veces Claudio Vesalio se detenía para gesticular vehementemente y su aguda voz mujeril turbaba a los pacíficos pájaros y, muy especialmente, turbaba a Lucano. Al maestro no le gustaba ninguno de sus estudiantes; en particular no le gustaba que Lucano, el joven mejor matemático en la universidad, se empeñase insistentemente en hacerse médico. Lucano sonreía pensando en esto. Cada uno de los maestros creía que su propio arte era el más importante de todos y que los demás carecían de significado, con excepción de José ben Gamliel que creía que sólo Dios era la única cosa importante, y todas las artes, ciencias y conocimientos, como las carreteras de la omnipresente Roma, sólo servían para conducir a una mayor comprensión de Dios y a la Ciudad de Dios. Pero José ben Gamliel era judío.

La universidad ocupaba ocho acres de terreno; un ágora de forma cuadrada alrededor de unos inmensos jardines tropicales, y sus cuatro costados eran columnatas como la que se alzaba frente a Lucano. Cada facultad tenía su propia puerta de entrada, que daba a los jardines y a las columnatas. Había facultades de democracia, filosofía, medicina, matemáticas, arte, arquitectura, drama, ciencia, poesía, didáctica y elegíaca, gramática, lenguas y filología, leyes, historia y astronomía, y literatura. Había también una facultad de gobierno para los jóvenes romanos que aspiraban a los cargos públicos, un museo guardado por vigilantes profesores

egipcios, la biblioteca más famosa del mundo, un odeón o sala de conciertos, y más allá del ágora, un teatro para esperanzados jóvenes dramáticos y un panteón. Cada profesor creía que su propia stoa albergaba el conocimiento más profundo, y a los más estúpidos de los estudiantes indignos de ser enseñados por tal maestro. Sólo José ben Gamliel poseía humildad, Y su stoa de religión oriental era el único lugar pacífico, inviolado por voces estentóreas e imprecaciones contra los estudiantes de cabezas de asno, que eran enviados regularmente al infierno y aconsejados para que estudiasen albañilería o incluso oficios más bajos. No tenía importancia que un maestro dijese violentamente: «Mis estúpidos estudiantes y yo nos parecemos a Laoconte y, ¿quién me librará de las serpientes?» Pero José ben Gamliel decía con amabilidad: «contemplemos a Dios juntos y tratemos de descubrir Sus más santas intenciones.»

Pensando de nuevo en su maestro, Lucano se movía inquieto en el banco de mármol del centro de los jardines. Tan sólo él no encontraba paz en la stoa de José ben Gamliel. A menudo se preguntaba sombríamente porque el profesor le buscaba con frecuencia para hablar con él en los jardines.

Los edificios de la escuela, tras la columnata, ocultaban el mar, pero Lucano podía oír su eternamente inquieta voz, hablando a la dorada luz de los cielos. ¿Por qué no se iba Claudio Vesalio, cuya aguda voz vibraba continuamente ante el silencioso estudiante, a fin de que los jardines pudiesen traer a Lucano la única quietud que conocía? Los grandes jardines se extendían a su alrededor, llenos de sonidos musicales procedentes de las fuentes, con brillantes setos de flores, susurrando dulcemente con el ruido producido por las palmeras, invadidos por los murmullos del viento que procedía del mar, armoniosamente vivos con las llamadas, canciones y adormecedor gorjeo de los pájaros. Los esclavos negros que iban hacia las fuentes a coger agua, llevando cestos para recoger los dorados racimos de dátiles de las palmeras, o los que trillaban los rojos senderos de arena entre las flores, no turbaban a Lucano. Eran parte natural de la flora y fauna. Sus oscuras pieles contrastaban bellamente con las muchas estatuas de los dioses, y diosas, eruditos y filósofos que se alzaban con blanca y poderosa gracia entre los setos y miraban sobre los jardines con dignidad y majestad. El perfume de las rosas, lirios y jazmines, y otros olores más punzantes, se extendían como redes de fragancia invisible en el aire del cercano atardecer. De pronto un lorito empezó a parlotear y un esclavo se echó a reír y alargó un dátil al pájaro, que descendió volando desde unos árboles para desplegar un aleteo de escarlata, verde y amarillo sobre el hombro del esclavo. Comió el dátil complacido y con un aire de tolerante elegancia.

—Golfo —dijo el esclavo en egipcio.

El pájaro dirigió al esclavo una mirada humorística y sabia, con ojos alertas, cínicos y brillantes, en el dorado aire del atardecer. Lucano se sintió impulsado a reír. Como si el lorito sintiese la diversión, emitió un único y ronco sonido que parecía un juramento. Volvió la cabeza y miró hacia el joven sentado en el banco de mármol, después se elevó para practicar su juramento sobre la rama de un árbol.

El esclavo rió suavemente, y luego, burlona y disimuladamente, miró a Lucano que reposaba con sus cartas sobre las rodillas. Todos los profesores, estudiantes y esclavos se daban cuenta de la belleza y la aristocracia del joven griego y secretamente se maravillaban por ello. Su rubio rostro, que ni el fiero sol podía siquiera oscurecer, poseía suaves y firmes rasgos como si estuviesen esculpidos en blanca piedra. Sus ojos azules, tan perfectamente cerúleos, eran como joyas y poseían la misma frialdad. Su rubio cabello caía hacia atrás de su nívea frente en ondas brillantes, y se rizaba tras sus oídos. Su garganta era una columna, sus hombros, perfectos bajo su pálida túnica. Sobresalía en las carreras, en el lanzamiento del disco, en la lucha, boxeo, salto, lanzamiento de la jabalina, natación y en todos los deportes requeridos a los estudiantes.

«Una mente sana no puede existir excepto en un cuerpo sano, y un cuerpo sano no puede existir excepto en una mente sana», decía el director de la escuela.

Lucano tomó la carta de Diodoro llegada aquella mañana de Roma. Le gustaban las cartas del tribuno; podían ser fieras, picantes y llenas de airados juramentos, pero poseían vitalidad y una saludable furia y elocuencia. Vertía su ira ante su hijastro, comprendiendo que en él tenía un oyente comprensivo.

«Saludos a mi hijo, Lucano», empezaba la carta formalmente. Luego continuaba:

«Todo va bien en casa; tu madre reina entre sus hijos como Niobe y es un espectáculo digno de ver. Diferente a como era Niobe, es infinitamente sabia y un constante consuelo para mi corazón, que frecuentemente se inflama después de las visitas a la ciudad. Cada año que pasa la encuentro más digna de ser amada, como si la propia Venus la hubiese tocado con el don de la juventud y belleza inmortal. ¿Qué he hecho yo para merecer tal esposa y tan adorables criaturas? Siento que debo hacerme digno de tal felicidad. De aquí mis frecuentes visitas a Roma y mis furiosas discusiones con los senadores calzados de rojas sandalias, que contemplan complacidos como nuestro mundo desciende rápidamente al infierno. A causa de mis relaciones y por medio de los oficios de Carvílio Ulpiano, que cada día se hace más gordo de cuerpo y más flaco de cara, se me permite algunas veces hablar en el Senado. ¡Escuchan sin aburrirse, te lo aseguro!

«Prefieren la tranquilidad al pensamiento; largas, vacías disertaciones sobre sus intereses particulares a reflexiones serias sobre el estado de nuestra patria. Muchos de ellos son generales de sillón, a quienes les gusta sentarse en sus terrazas por la tarde, con una copa de vino en sus manos, discutiendo con sus amigos las campañas de algún general, comentarlos con tono doctoral y desaprobándolas. Preparan diagramas de las campañas. ¿Qué saben ellos de la vida en el desierto, o de largas y calurosas marchas, o de batallas con los bárbaros? Son legisladores según afirman. ¡Que se queden con sus leyes y dejen a los soldados solos! Pero en cuanto hay la menor agitación entre el populacho, los senadores son los primeros que hablan de pretorianos

y legiones con voces pusilánimes. Los prefectos de la policía de la ciudad no son bastante para estos golfos. ¡Necesitan la protección militar! Roma algunas veces parece un campamento en armas.»

«Entre tanto, mientras no están dirigiéndose a sus propios compañeros de senado sobre la necesidad de tener más baños públicos o más circos, o más casas para las indefinidas turbas de Roma, o más comidas gratis para las masas que no gustan de trabajar, supervisan furtivamente negocios, tales como la confección de uniformes y armamento para los militares, fábricas de tejidos o de mantas, o ayudan a que parientes suyos metidos en estos negocios consigan subsidios, o inclinan contratos del gobierno en su dirección. No he visto ni un solo senador cuya mano no esté manchada con sobornos, o que no ande tras ellos. El Senado se ha transformado en una cerrada organización de indeseables que saquea el tesoro en nombre del bien general y que tienen tras de sí una multitud de estómagos hambrientos, ladrones y avariciosos que ellos llaman sus clientes y acerca de los cuales se expresan con la más emocionante de las solicitudes. El destino de Roma, el destino de los desesperados contribuyentes, no significa nada para tales hombres... ¡Que la deuda pública crezca! ¡Que las clases medias sean aplastadas hasta la muerte bajo los impuestos, extorsiones y explotación! ¿Por qué crearon los dioses las clases medias sino para servir como bueyes tirando de los carros de los senadores seguidos por multitudes de hambrientos mendigos? Un hombre honesto, un hombre que trabaje y honre Roma y la constitución de la República, no sólo es un idiota, sino que se sospecha de él. Hay que enviar al cobrador de impuestos para que consiga de él nuevos latrocinios... Probablemente no está pagando la parte «justa» de las tasas. »

«Los militares continuamente claman para conseguir apropiaciones para la «defensa» de Roma o contra «el enemigo». Poner en tela de juicio esas apropiaciones es hacer que alcen el grito de denuncia. ¿Soy yo un traidor? ¿Soy indiferente respecto al poderío de Roma? ¿Dejaría yo que Roma se debilitase ante los bárbaros que la rodean? ¿No comprendo que debemos mantener a nuestros aliados fuertes con dones del tesoro, armas y la presencia de nuestras legiones? Esto sin mencionar los consejos de nuestros expertos políticos y militares, cuyos largos y costosos viajes en sus capacidades de consejeros son financiados por el tesoro. Es curioso que Carvílio Ulpiano, que es un egiptólogo y un amante del arte egipcio, se las arreglase para convencer al Senado que era absolutamente necesario que se financiase un viaje suyo para estudiar las actuales defensas de Egipto y que su presencia era necesaria para ese asunto en El Cairo. Fue, por supuesto, acompañado por pretorianos y un gran séquito de hermosas mujeres y esclavos, actores y gladiadores, todos ellos pagados de los fondos del tesoro. Volvió e informó al Senado dándole las tranquilizadoras nuevas de que Egipto era leal a la Pax Romana, aunque el procónsul en El Cairo podía haber enviado las mismas noticias pidiéndoselas simplemente y al coste de un sólo mensajero en uno de los barcos regulares.»

Lucano sonrió involuntariamente, pero la sonrisa tenía un tono de cansada melancolía. La carta en sus manos parecía vibrar con la airada pasión del tribuno. Lucano continuó leyendo:

«Pero hace diez días estuve presente, como invitado, en el Senado. Un senador declaró tristemente, pero con nobleza, que la dirección del mundo había sido puesta sobre los firmes hombros de Roma. «No ha sido nuestra elección» —dijo aquel embustero hipócrita, haciendo resonar su voz heroicamente—, «sino la elección del destino, de los dioses o de las fuerzas misteriosas de la historia» —dando la impresión de que la historia existe en alguna mística forma por encima y aparte de la humanidad que hace la historia— «¿Vamos a rehusar el tomar sobre nosotros lo que ha sido decretado porque poseemos genio para el gobierno, genio para la invención, genio para el trabajo productivo? ¡No, por Júpiter, no!... Aunque la carga sea pesada la aceptamos por el bien de la humanidad...»

«No pude contenerme. Me alcé de mi asiento de huésped junto a Carvílio Ulpiano y permanecí allí con mis pulgares en la cintura, dejándoles ver mi armadura y mi espada. ¡Cómo aman estos afeminados el despliegue del militarismo! Inmediatamente pusieron una expresión seria, aunque me habían visto con bastante frecuencia, ¡Marte lo sabe! «¡Que hable el tribuno!», gritó alguno de ellos, como si ellos hubiesen podido contener al hijo de Prisco.»

«Alcé mi puño y lo blandí amenazadoramente ante sus ruines rostros, ¿y quién —pregunté— ha declarado que a Roma se le ha dado la dirección del mundo? ¿Los civilizados griegos que nos detestan y se ríen de nosotros y de nuestras sangrientas pretensiones? ¿Los egipcios que eran ya dinastía vieja cuando Rómulo y Remo eran amamantados por la loba? ¿Los judíos que tenían su sabio código de leyes cuando Roma no tenía otra ley sino la espada? ¿Los bárbaros de Bretaña, que derriban nuestras fortificaciones tan aprisa como nosotros las construimos? ¿Los galos, o los godos, o los antiguos etruscos, o los germanos, o los millones que no conocen nuestro nombre o que si lo conocen, lo escupen en cuanto lo oyen? ¿Quién nos dio la dirección del mundo sino nosotros mismos, por causa de nuestra fuerza, de nuestra habilidad y amenazas, nuestro deseo de desposeer y robar, nuestra ansia de poder? Somos como un joven, poco familiar pero corrompido por fantásticas fanfarronadas entre hombres mayores o entre niños que se hacen mayores para el futuro por medio de la leche de sus madres.»

Las rubias cejas de Lucano se fruncieron con repentina ansiedad. Su corazón palpitó con un vago temor. Honraba a Diodoro por aquellas valerosas y sinceras palabras, aquellas palabras lanzadas ante los rostros embusteros de políticos y otros indeseables imanados por la ambición. Sin embargo, se sintió atemorizado. Trató de consolarse con el pensamiento de que Tiberio César era también soldado y que respetaba a Diodoro y era, a su manera, un hombre honorable.

«Esperé que me hiciesen bajar a gritos», continuaba la carta de Diodoro, «pero aquellos que estaban más cerca de mí permanecieron sentados en sus puestos y me miraron con sus ceños fruncidos. Uno o dos, más

jóvenes que los demás, se ruborizaron y se miraron las manos. Carvílio Ulpiano evitó mis ojos y se removía en su asiento. Es posible que tenga un recto irritable, por lo tanto le perdono. Esperé pero nadie me contestó.

«Roma no es mi Roma, la Roma de mis antecesores. Los fundadores han sido olvidados o mencionados cuando algún político desea cometer más infamias. Los días de fortaleza, fe y carácter han desaparecido para siempre y también los días de valor y disciplina. ¿Por qué, entonces, lucho yo? Porque es natural que un hombre libre luche contra la esclavitud y las mentiras. Si cae, ha caído en una buena lucha, aunque sea una lucha sin esperanza.»

«Pero basta ya de tanto pesimismo. Volverás a tu familia en un futuro próximo. Recibiremos a nuestro querido hijo con alegría y afecto. Que Dios te bendiga, hijo mío».

Los ojos de Lucano parpadearon secamente a medida que enrollaba de nuevo la carta. Siempre era peligroso decir la verdad. En un mundo corrompido como aquel era fatal. Si Dios se preocupaba del mundo y de los hombres, pensó Lucano amargamente, crearía muchos Diodoros o los protegería cuando ellos hablasen en voz alta y tonos claros.

«Olvidaré mi familia, se juró a sí mismo Lucano, con firmeza». «No debo amar —aunque ame— porque si quedo envuelto demasiado profundamente, las consecuencias serán, como de costumbre, trágicas; y he sufrido ya bastantes tragedias. Si pudiese rezar, sin embargo, pediría que los senadores cerrasen y atrancasen su Senado contra Diodoro, por su propio y vociferante bien, y por el bien de mi madre, mis hermanos y hermana».

Recordó que últimamente había podido adquirir, aunque a considerable precio un rollo traducido de Catay que contenía sabias palabras escritas siglos antes por un tal King Fu Ze o Confucio, como José ben Gamliel le había llamado. El maestro judío se había sentido reacio a separarse de él, pero Diodoro, reflexionó Lucano, podía ser suavizado por aquellas tranquilas palabras, tan calmosas, resignadas, mesuradas y contemplativas. Seguramente afirmaría vigorosamente al leer. «Recordad esto, hijos, que un gobierno opresivo es más fiero y más temido que un tigre.»

El pequeño Claudio Vesalio había llegado a detenerse con su maltratado estudiante muy cerca de Lucano y alzó la voz:

—Las matemáticas son verdaderamente el arte apolíneo —gritó—. Quienes no gustan de él, o lo evitan, o lo consideran como una ciencia menor son monos que tienen la cabeza de metal. Lucano pensó un tanto divertido que aquellas palabras iban dirigidas a él y pretendió estar sumido en la lectura de la carta. El pequeño y ratonil griego se sintió indignado. Continuó dirigiéndose a su estudiante, aunque en realidad hablaba para Lucano.

—Considero a Pitágoras superior a cualquier Aristóteles, Hipócrates o Julio César —exclamó—. O a cualquier Fidias o artista, o a lo que sea. Todas las ciencias y artes están basadas en principios matemáticos definidos. ¡Inducción! ¡Todo son matemáticas! Digamos que deseamos probar que la suma de los primeros Números impares es N-2 esto es, uno más tres, más cinco, más —más 2-N— uno igual a N-2. ¿No es cierto que N es igual a dos? ¡Sí! Porque uno más tres es igual a cuatro igual a 2^2. Es también cierto que N es igual a K. En este caso nosotros debiéramos...

Lucano, elaboradamente, bostezó, y al ver esto, Claudio Vesalio, se estremeció. El joven griego se alzó lentamente y se dirigió hacia la más alejada puerta, al otro extremo del jardín. Los dientes de Claudio Vesalio rechinaron. Allí estaba aquél dotado con el arte de Apolo y que prefería manchar sus manos en cadáveres, ensangrentar sus vestidos y oler viles olores en depósitos o enfermerías. ¡Psé! Odiaba a Lucano por aquel mal uso de talento. ¡Al infierno con él! ¡Que ayude a nacer a aquellos que nunca debieron nacer, que corte los riñones para extraer las piedras de aquellos que no podían resistir sus apetitos en la mesa, digna vocación de un tal personaje! Aquel pretencioso joven no recorría las casas públicas de Alejandría como hacían los jóvenes normales, y era excesivamente respetuoso con sus maestros. Sus actitudes eran presuntuosas. ¿Acaso favorecía con su presencia las tabernas, circos o teatros? No, por cierto. Era demasiado valioso para aquello. Siempre tenía un extremado cuidado en proteger aquellas delicadas manos en las prácticas de los más rudos deportes, por temor de estropear un dedo que pudiese sostener un escalpelo.

—Es un joven Hermes —dijo el vilipendiado estudiante con admiración, siguiendo a Lucano con sus ojos. Claudio Vesalio gruñó como un cerdo y le abofeteó con furor.

Lucano dejó los jardines y la universidad. Más allá se extendía un vasto verdor, prados sobre los cuales las palmeras, cipreses; mirtos y sauces proyectaban una sombra esmeralda en medio de aquella brillante y dorada luz. Una dulce tranquilidad se extendía sobre la tierra; el mar, en su insondable misterio, se alargaba hacia el infinito. Lucano estaba solo. Todo permanecía en silencio excepto la incansable voz de las aguas que se proyectaban hasta el occidente.

Repentinamente el crepúsculo descendió y la tierra y el mar cambiaron. El cielo por encima se transformó en un suave e inclinado arco de un azul verdoso. El mar se oscureció hasta alcanzar con rapidez un color de suave púrpura, un rojo con el que el sol teñía las olas. El ilimitado occidente ardía con luz escarlata y anaranjada contra la que se proyectaban nubes negras en forma de galeones romanos, moviéndose en su desconocido viaje, sus velas hinchadas por un insensible, ultraterreno viento. La inmensidad del cielo y el mar empequeñecían la tierra, dominándola, rodeándola, llenándola de expectación, y sin embargo, sombría e impresionante para Lucano.

Involuntariamente recordó a José ben Gamliel, hablando en medio de un atardecer parecido con su suave y, sonora voz; había dicho: «Los cielos declaran su gloria...»

Lucano se sentó en la hierba. Sintió de nuevo el terrible alejamiento entre él y Dios. ¡Ah, pero no se debe permitir nunca que Dios entre en nuestro corazón! Porque con Él traía, en su entrada, órdenes, exhortaciones, temores y tragedias. Una vez posesionado del alma de un hombre se hacía el Rey, y no quedaba nadie aparte de Él.

«Pero con sus órdenes y sus leyes trae también amor, deleite espiritual, paz para el alma y luz en las tinieblas», había dicho José ben Gamliel a Lucano un atardecer. «Sin Él tan sólo se tiene el mundo, la desilusión, el hambre, el polvo y el dolor de una vaciedad que no puede ser llenada por el hombre. Se tiene la muerte, sin el Más Santo, bendito sea Su Nombre. Se tienen las lágrimas, que no pueden ser consoladas. Todo el oro del mundo es incapaz de comprar Su paz, que sobrepasa a todo entendimiento. Te he enseñado los salmos del rey David: "El Señor es misericordioso y lleno de compasión, lento para la ira y grande en misericordia. El Señor es justo en todos Sus caminos y santo en todas Sus obras... No estará para siempre ofendido, ni mantendrá Su ira para siempre porque como los cielos son más altos que la tierra, así es su misericordia para aquellos que le temen.»

«Querido Lucano, Le siento junto a ti. Siento Su presencia tan íntimamente como la respiración. Su mano está sobre ti. No temas, muchacho, vuélvete a Él en tu pena y ansiedad porque Él sabe que éstas te devoran.»

«Él nos aflige —había replicado Lucano amargamente—. No deseo nada de Él. ¿Qué explicación tienes, Rabbí, para lo que yo diariamente veo en las enfermerías públicas y en las casas de cura? ¿Por qué debe sufrir un niño y un hombre ser afligido de la lepra? ¿Cómo han ofendido a Dios para que Él les castigue así? El mundo es un inmenso gemido de agonía.»

José había vuelto sus grandes y luminosos ojos hacia su discípulo iluminados por la compasión.

«Job fue un hombre afligido y lloró por sí y por sus prójimos, reprochando a Dios por lo que le había parecido la más insensata miseria de la tierra. y Dios le respondió en tono de reproche: «¿Has mandado tú a la mañana desde tus días y causado que los días naciesen para conocer su lugar?.. ¿Has penetrado en las profundas fuentes del mar?.. ¿Has visto las puertas y la sombra de la muerte? ¿Puedes tú traer a Mazzaroth en su época? ¿Puedes guiar a Acturo con sus hijos? ¿Conoces las órdenes de los cielos? ¿Puedes tú establecer el dominio sobre la tierra?.. ¿Puedes enviar el rayo y que vaya y que él te diga, aquí estoy? ¿Quién provee de comida a los cuervos cuando sus hijos claman a Dios?.. ¿Aquél que contiende con el Todopoderoso tendrá que instruirle? Quien reproche a Dios, que responda a ésto.»

José ben Gamliel había estado con él en aquel mismo sitio, alto y majestuoso en su delgada transparencia, vestido con ropas oscuras de marrón y rojo, la cabeza cubierta con una tela de algodón grana. Su rostro barbudo, cuya piel tenía un tono perlado, su delicada nariz aquilina y su cariñosa boca, habían brillado en el atardecer como alabastro. Lucano le amaba y le honraba más que a ninguno de sus otros maestros, y, sin embargo, constantemente exacerbaba el corazón del joven. A pesar de esto, buscaba a José sin saber porqué excepto porque podía lanzarle frías y furiosas preguntas cuyas respuestas cariñosas comentaba cínicamente.

En la tarde que Lucano recordaba, había lanzado a su rostro reverente y amable, palabras como piedras. «Si alguna vez has sufrido, maestro, y alguna vez has experimentado la pérdida del ser más querido que tuvieses, más querido para ti que la propia vida, y si alguna vez has contemplado a uno de tus amados morir en aflicción y sin esperanza y visto como la vida dejaba su cuerpo como un invisible arroyo de agua, y si ella hubiese sido para ti la más dulce de las mujeres, entonces no hablarías así. Tú, como Job, hubieses derramado cenizas sobre tu cabeza y hubieses exclamado reproches contra tu Dios... ¿Hablarías entonces de Su misericordia?

El rostro de José habla sufrido un cambio, o quizá fue sólo que el crepúsculo había profundizado su oscuridad. Sin duda había sido el crepúsculo lo que había conferido al rostro del maestro un aspecto de tragedia y cansancio. José nunca hablaba excepto con tranquilidad, como quien ha comido bien y vive con comodidad, sin dificultades ni problemas.

Sí, había sido el crepúsculo que había oscurecido repentinamente y contorsionado su rostro en un sólo instante. Luego había sonreído a Lucano y se había alejado en su forma tranquila, con sus ropas flotando colgantes alrededor. Era fácil para aquellos que no tenían heridas encontrar las heridas de los demás insignificantes y maravillarse ante las quejas que emitían por ellas.

Entonces, mientras Lucano permanecía en aquel nuevo atardecer y miraba al cada vez más oscuro mar y al lejano reflejo de la puesta de sol color naranja y roja, sintió de nuevo su tremenda soledad, su abandono, su eterno e incansable dolor, no sólo por Rubria a quien había perdido para siempre sino por todos los que sufrían y lloraban sin solaz. Su alma se endurecía con resistencia. Nunca más Dios le hablaría porque él había cerrado sus oídos. Lo incontestable no había recibido respuesta ni consuelo.

Un viento frío, salado e inmenso recorrió su carne. Retrocedió, desolado como siempre, para volver a su pequeña casa donde vivía con Cusa y la esposa de éste, Callíope. Volvióse en busca de una lámpara encendida, una cena frugal y sus estudios. Era un soldado en campaña, preparándose para el día cercano, cuando, armado adecuadamente, saldría al encuentro del Dios del dolor y le vencería.

—Bah —dijo Cusa a su esposa Calliope, que permanecía ante él con su gordezuela niña descansando sobre su cadera—. Eres sólo una mujer y es notorio que las mujeres no poseen inteligencia.

—Supe lo bastante para conseguirte como esposo, aunque verdaderamente no eres el hombre más hermoso que existe —replicó Callíope con graciosa e impúdica sonrisa en su rostro agraciado—. Fui yo quien te pedí a Aurelia y fui yo quien sugerí a aquella pobre y noble señora que deseábamos ser libres. Ella comunicó mis deseos a Diodoro y así, aquí estamos, libres aunque no hayamos nacido libres.

—Estás equivocada —dijo Cusa con mal humor, pero sonriendo a su hijita que le estaba haciendo gestos cariñosos—. ¿Fue Aurelia quien nos libertó o el tribuno, aquel feroz descendiente de los Quinitas? No, cuando nos ofreció a Lucano fue nuestro griego de ojos azules quien dijo que no nos aceptaría a menos que fuésemos primero liberados, y como el romano le ama como a un hijo y le ha adoptado como tal, su petición fue concedida a fin de que Lucano no estuviese solo en Alejandría. ¿Pensó acaso el tribuno que sin nuestra vigilancia Lucano se volvería un sibarita o un frecuente visitante de las casas públicas, o un jugador? ¡Ya! ¡Tan sólo quisiera que apreciase algo tales cosas! Es una virgen vestal masculina. ¿Carece de sangre, partes, fuego o pasiones, excepto para aprender su maldita medicina?

—Observarás —dijo Callíope, sentándose y empezando a dar de mamar a la niña— que tú mismo estás lleno de dudas a pesar de tus comentarios sobre mi inteligencia. ¿Por qué se priva Lucano de todos los deleites de los jóvenes? ¿Por qué es tan abstemio? Gente menos caritativa le hubiese considerado o un devoto de Narciso o dedicado a indescriptibles prácticas con otros jóvenes. Pero no es ni una cosa ni la otra. Algo come la vitalidad de su espíritu, como una zorra espartana. Tiene poca paciencia con todo el mundo; sus palabras son frías y sombrías. Permanece sentado en la terraza durante horas, con sus libros y con las manos juntas reposando sobre ellos. A veces, si se le molesta, es duro y cortante de palabras. ¿Le has visto sonreír con frecuencia? Sólo nuestra pequeña Mara puede divertirle. Algunas veces le encuentro pesado. Creo que sobre él ha de pesar algún encantamiento. Ayer visité el templo de Serapis para rogar por él. No es que yo le ame; es imposible amar a un ser tan remoto que parece más una estatua que carne. Más bien pensaba en nosotros mismos.

—Olvidas que fue él quien insistió sobre nuestra libertad.

Calliope se encogió de hombros.

—La libertad es buena para el alma. Así dices tú con frecuencia, y ¿quién soy yo para no estar de acuerdo contigo? Sin embargo, en la casa de Diodoro reinaba la alegría en las habitaciones de los esclavos. Sin duda ahora es aún más alegre en Roma o en las fincas del tribuno. ¿Quién viene a esta casa sino pedantes filósofos y tutores y no precisamente porque Lucano les invite? ¿Tiene Lucano amigos entre los estudiantes? ¿Oímos aquí risas, o la inspirada charla de muchachas y fiestas? ¡No! No somos viejos pero esta casa parece habitada por viejos.

Cusa la miró con el ceño fruncido y un gesto formidable, pero ella acarició sus largas y morenas trenzas diciendo:

—Hum.

—Cuando volvamos a Roma dentro de pocas semanas, Callíope, verás a tus amigas otra vez, y podréis dedicaros a vuestras críticas y vuestras alegrías. Diodoro ha conseguido ya una posición para Lucano como oficial médico en Roma, con un excelente salario. Cuidará también de algunos pacientes privados ricos y a la vez estará ocupado en el sanatorio. Podremos entonces celebrar pequeños banquetes con nuestros amigos. No es por culpa de Lucano que no veamos a nadie aquí: somos extranjeros.

Callíope sonrió.

—Con el generoso estipendio que el tribuno te envía y con tu avaricia podremos comprar nuestra pequeña finca y granja cerca de Roma. ¿Es necesario que tú seas parte de la casa de Diodoro y tutor de sus niños?

—Nunca has oído hablar de la gratitud —dijo Cusa con severidad.

Palmeó sus caderas y continuó—: No, si Diodoro no nos quiere, podremos permanecer con Lucano en Roma y cuidar de su propia casa, porque estoy seguro que tomará esposa allí.

—Ca —dijo Calliope con un gesto significativo—. Te digo que nunca se casará. ¿Ha aceptado acaso invitaciones de las familias de los estudiantes de Alejandría? No. Vive solo, en ese terrible silencio marmóreo propio de él. Piensa sólo en Rubria; nunca la ha olvidado. Para él es una divinidad. En su nombre se priva de dinero, y esto es poco natural en un griego, para dar lo que puede a todos los mendigos que ve. ¿Acaso no visita las prisiones para curar y consolar a los criminales y a los esclavos? Es un escándalo. Soy una mujer con intuición. No ha dicho nada aún acerca de esa plaza de oficial médico en Roma y permanece silencioso cuando la mencionas. Me temo que rehusará...

—No seas idiota —exclamó Cusa con enfado—. Lucano puede que no sea abierto o cordial pero no es imbécil. ¿Para qué ha estado estudiando?

—Por alguna razón propia —dijo Calliope.

Satisfecha porque había conseguido despertar la ansiedad de Cusa, se retiró con su hija para la siesta de la tarde. Pero Cusa se sentía demasiado inquieto para descansar. Paseó de arriba a abajo en la alta terraza murmurando para sí.

La casa no era grande ni pequeña, construida de piedra blanca, con un agradable pórtico exterior, y una sencilla línea de blancas columnas a través de las cuales podía verse el mar. Detrás de la casa se extendía la calurosa y vehemente ciudad de Alejandría, más políglota incluso que Antioquía, y mucho más corrupta. Maldecía, atronaba, gritaba y gemía en innumerables lenguas; era una inquieta corriente de rostros negros, oscuros y blancos de personas de origen desconocido. Sus gastadas y retorcidas calles hervían con caravanas de camellos, caballos, carros y asnos. Los chacales aullaban toda la noche en las afueras de la ciudad. El prefecto de la ciudad no podía estar seguro de cuántos de sus hombres volverían por la noche a sus puestos; el asesinato era frecuente. Incluso las legiones romanas estacionadas allí no podían mantener siempre el orden. Los cobradores de impuestos desaparecían cuando no iban acompañados de soldados; sus cuerpos eran encontrados con frecuencia sobre el río o cuando las mareas los volvían al amplio y multicolor puerto.

Esto no era, para Cusa, el único aspecto agradable de la ciudad, que ardía como si tuviese fuegos internos, día y noche, mañana y tarde. Prostitutas de todas las razas y colores frecuentaban las estrechas y fieras calles a todas horas. Todas las casas de alguna importancia tenían sus propias fuerzas armadas a las puertas y, a pesar de esto, los robos eran tan comunes que pocos hablaban de ellos. Un polvo cálido y amarillo caía sobre la ciudad en tales proporciones que hacía rojizos los suaves cielos nocturnos, bajo la luna y sobre las antorchas colocadas en rejillas a lo largo de las murallas. A media noche se producían choques entre grupos rivales que se maldecían y golpeaban unos a otros con palos y deslumbradores cuchillos. Cada madrugada los callejones aparecían llenos de cadáveres evidencia también de otros conflictos entre otras razas. Aunque los romanos habían establecido un muy adecuado sistema sanitario de desagües que desembocaban en el puerto, la gente usaba las calles como letrinas por la noche. Como consecuencia Alejandría apestaba incluso durante los días más brillantes y secos. En comparación, Antioquía era un limpio sanatorio. El olor de ajo parecía ser un perfume popular; las empedradas calles estaban cubiertas con el estiércol de animales y hombres, a pesar de los ejércitos de esclavos que eran conducidos a la tarea diaria de limpiarlas. Era una ciudad peligrosa y explosiva, una ciudad violenta y agitada, siempre llena de sonidos de persecución y huída. Las epidemias se apoderaban de las casas; las prisiones estaban siempre llenas. Los carros atronaban sin cesar y nunca se sentía uno lejos de su retumbar y de su ruido.

Pero la casa de Lucano estaba en un lugar más o menos aislado, no lejos de la universidad. Estaba rodeada por unos jardines altos y una protectora pared elevada rematada por agudos picos de hierro. Cusa había hecho correr por la ciudad que Lucano no poseía dinero, y que la casa era espartana, sin que hubiese en ella plata, oro o nada digno de ser robado. En consecuencia, tan sólo habían sufrido una docena de intentos de robo en aquellos últimos cuatro años.

Cusa maldecía la ciudad y su inquietud mientras permanecía en la columnata que se elevaba sobre el puerto. El mar poseía el azul más majestuoso, casi de un púrpura imperial, reverberando bajo el ardiente cielo que parecía estar al rojo vivo. Cientos de barcos, pequeños y grandes, llenaban el puerto. Velas azules, rojas, blancas, escarlatas y amarillas colgaban de los mástiles flácidas porque no soplaba viento en el tranquilo y brillante atardecer. Ningún barco se movía; era la hora del sueño durante aquel intolerable calor. La ciudad estaba relativamente tranquila, para Alejandría, y el ruido más débil llegaba al oído de Cusa. Se enjugó el sudor de su frente con el brazo desnudo y suspiró. Aquella casi imperceptible brisa que llegaba del brillante mar era húmeda. Alejandría era tan sólo tolerable cuando el aire seco procedía de los desiertos. Los barcos se balanceaban perezosamente sobre la lenta e incesante marea.

Las palmeras en el jardín estaban cubiertas de polvo amarillo brillante y lo mismo ocurría con la hierba y los lánguidos árboles. Era imposible combatir el calor de África con agua, puesto que las fuentes estaban sucias. Cusa podía oír su débil quejido entre él y el mar. Las flores herían la vista con sus colores demasiado intensos, y más hería aún la luz del cielo y la purpúrea llamarada del puerto. Sin embargo, Cusa se sentó y se entregó a sus turbados pensamientos.

Lucano nunca había sido un alma alegre, ni cuando era más joven, excepto mientras estaba en compañía de la pequeña Rubria o cabalgando locamente sobre el pequeño asno hacia Antioquía con Keptah. Siempre había sido muy reservado, muy tranquilo; un muchacho demasiado contemplativo; y sus enfados, a pesar de ser poco frecuentes, habían sido tan fríos y glaciales como el hielo. Si alguna cálida brillantez o amor había formado parte de su carácter, la había gastado con la hija de Diodoro. Había reído pocas veces y cuando esto había sucedido, había sido en presencia de ella.

Si Lucano había sido bastante difícil en Antioquía después de la muerte de Rubria, en aquellos últimos cuatro años había sido insoportable para Cusa. Miraba a Cusa con una mirada sardónica cuando el tutor estaba en desacuerdo sobre las tareas traídas a casa de la Universidad. (Cusa pretendía ser igual a cualquiera de los maestros allí, y se ofendía cuando Lucano prefería sus interpretaciones a las de él). Hacía hablar a Cusa tomándole el pelo, no con ligereza, sino con una especie de amargo placer.

«No eres Sócrates», le decía Cusa, secretamente herido, «me fastidian estos interminables diálogos que no conducen a nada excepto a hacerme aparecer tonto. ¿Es ésta tu intención?»

Lucano se disculpaba con genuino pesar, pero su rostro permanecía sombrío. «Es como un hombre que muerde constantemente con una muela inflamada», pensaba Cusa. « ¿Cuándo, por todos los dioses, olvidará a aquella doncella?»

Cusa, sentado bajo la columnata, pensaba en Lucano. Movió su cabeza una y otra vez. A pesar de las quejas de Callíope había decidido no abandonarle, a menos que el joven griego le ordenase marchar.

CAPÍTULO XVII

Es una pena, mi buen Lucano —dijo el maestro de arte, Rustrumjee—, que estés tan firmemente decidido a ser médico, porque eres un artista de mérito formidable.

Rustrumjee era un hombre erudito procedente de la India; que cuidaba también del Museo de Arte en la Universidad de Alejandría, y sus gustos eran universales, exquisitos y sensibles. Era un hombre pequeño, gracioso y sinuoso, con una curiosa apariencia de deformidad: tenía un rostro oscuro, unos ojos extrañamente pálidos y una sonrisa sutil. Para Rustrumjee un hombre que no poseyese arte o no apreciase el arte, apenas si

era hombre. Como para la mayoría de los hindúes, no consideraba el arte separado de la religión. Había enseñado también a Lucano sánscrito.

—Como brahmán pertenezco a la casta exclusiva de los sacerdotes y hemos hecho voto de preservar nuestro antiguo lenguaje.

Miró a Lucano con dignidad por un momento, después tomó dos pequeños rectángulos de madera en los que Lucano había pintado retratos. Frunció el ceño con delicadeza.

El maestro había solicitado a Lucano que se quedase después que los otros estudiantes salieran. El joven respondió:

—Señor, soy médico desde mi nacimiento. No puedo concebir otra cosa para mí que la medicina.

Rustrumjee hizo un gesto con .la cabeza y suspiró.

—Lo que ha sido ordenado durante el Karma debe ser realizado. Es probable que éste sea otro aspecto de tu Karma, la trasmigración de tu alma, necesaria para completar las necesidades de tu espíritu. A menudo me gusta especular qué pecados has cometido contra tus prójimos durante un previo Karma y que ahora debes expiar para salvarlos del dolor y de la muerte.

Lucano sonrió involuntariamente; los rasgos austeros de su rostro perdieron su normal rigidez y apareció su aspecto juvenil. Luego volvió de nuevo a quedar sombrío. Nunca argüía con Rustrumjee sobre la religión o se enzarzaba con él en discusiones sobre el asunto. Reservaba aquello para José ben Gamliel, que enseñando religión, era compasivo, contrariamente al hindú, que carecía de compasión porque creía que el destino terreno del hombre estaba ordenado antes de infinitas reencarnaciones y no debía ser rechazado. Sin embargo, Rustrumjee nunca mataba ni la más insignificante mosca, u otro insecto, por temor de entrometerse con su Karma preestablecido. El hombre, el mosquito o la rata; todos eran uno y lo mismo para el hindú, ascendiendo lentamente a través de dolorosas encamaciones en el ser y desde allí hacia el Nirvana, y sin dejar ni recibir piedad humana durante el camino, porque lo que eran lo habían formado ellos mismos, sin la ayuda u ordenación de los dioses, a través de los eones del tiempo, a través de los eones de otras existencias. Lucano encontró las amplias consecuencias de la religión del brahmán, muy fascinadoras en algunos aspectos. Parecía explicar mucho de la agonía de la vida, sus misteriosas calamidades, su aparente anarquía. ¿Y si los desgraciados enfermos en las prisiones y en la enfermería, sufriendo aparentemente inmerecidas torturas, estuviesen sólo expiando anteriores crímenes y deformaciones espirituales? ¿Y si al expiarlas estuviesen alzándose a más elevadas condiciones de vida?

Había discutido esto con José ben Gamliel. El judío le había dicho:

—No. Tan sólo hay que considerar la ilimitada armonía de la naturaleza, que refleja a Dios; sus leyes precisas que nunca se desvían, su exactitud. Dios es la Ley, Y la Ley es perfecta e inmutable. Considera los diez mandamientos, la Ley. El hecho es que cuando el hombre rompe la ley sufre mucho o física o espiritualmente, algunas veces de las dos maneras; y cuando obedece la Ley disfruta de paz, amor y justicia y que si sufre un dolor mortal, su resistencia espiritual demuestra sin duda que la perfección no está fuera sino dentro de su alcance. ¿Por qué pues han de existir continuas reencarnaciones? No. La expiación se realiza en forma espiritual, en el reino de la obediencia donde el alma puede purificarse y limpiarse a sí misma.

Lucano no creía más a José ben Gamliel que a Rustrumjee por la simple razón de que, aunque él no podía rechazar la existencia de Dios, no creía en la inmortalidad del hombre. Convencido de la muerte espiritual y corporal nunca se veía libre de una ira terrible y profunda contra Dios. Rustrumjee dijo entonces:

—Estos retratos son rostros de hombres que has pintado en la enfermería o en la prisión; rostros moribundos. ¡Qué colores tan extraordinariamente apasionados! Casi demasiado vivos, casi demasiado impresionantes; parecen mirar desde la madera. Alguien diría que tales colores no son fieles a la realidad, sino que sólo expresan la emoción que procede de tu propia alma. Hay una cierta distorsión en los rasgos también, que no procede de la realidad del modelo sino, otra vez, de tu emoción personal. ¡Qué agonía! ¡Qué enorme angustia! ¡Qué fantasmagoría de tormento! Estas retorcidas líneas sobresalen en tal forma, que parece como si se pudiesen tocar y surgen elevadas como un relieve. El sudor de las frentes y las mejillas posee una lindez húmeda y uno espera que las gotas caigan rodando. Los ojos dilatados a causa de un pulso sufriente y sangriento; no me sorprendería si se volviesen hacia mí con desesperación y me rogasen alivio. Los otros maestros se sienten horrorizados ante tus dibujos, pero yo no, Lucano; perteneces a la India y siento que en algunas de tus Karmas viviste allí, porque sólo los hindúes piensan así, y por lo tanto son una afrenta para los griegos moderados, que prefieren la belleza olímpica y la armonía a la realidad, el esculpir estatuas de sus dioses o el colorearlas en un color distinto del natural de los hombres. Sin embargo el Zenxis pintó un racimo de uvas tan realista que, según cuenta, un cierto número de pájaros acudieron al lugar de la exhibición para devorarlas. —Miró a Lucano intensamente—. ¿Estás seguro de que no sientes la vocación de artista más que de médico?

—No, señor. Soy médico.

Lucano fue a la enfermería aunque, habiendo pasado dos horas allí aquella mañana temprano, no estaba obligado a ir otra vez. Allí también, había un médico hindú, pero era budista, luchando por aliviar la tortura a fin de que el alma pudiese alcanzar una pacífica contemplación. Había también un médico judío que poseía las manos más delicadas y piadosas para aquellos que sufrían. Asimismo se encontraban allí un médico griego, otro egipcio e incluso un romano interesado en epidemiología, que era su especialidad. Lucano había observado hacía tiempo que en Alejandría los maestros no sentían arrogancia de raza, educación, credos o familias. Ni siquiera el romano había declarado jamás orgullosamente: « ¡Soy romano!» La unidad y

fraternidad, la prontitud en el intercambio de conocimientos entre los maestros; la aceptación mutua y la reverencia que sentían unos por otros fue al principio una revelación para el joven griego. Formaban una hermandad, dedicada a la verdad y al entendimiento. La verdad y su enseñanza era allí lo único que contaba.

Vieron entrar a Lucano y le saludaron con afectuosas sonrisas, sabiendo que para él la medicina era un arte divino, por encima de todas las demás artes, y conscientes de su completa dedicación a ella.

Pero sólo el judío podía comprender su fiera preocupación personal por el dolor y la muerte. Para los demás era un estudiante como ellos, interesado académicamente en los aspectos de la enfermedad y empeñado en la investigación por causa de la misma investigación. Para ellos la muerte era sólo uno de sus fallos, el fallo final, y la discutían con lejana frialdad e interminablemente. Experimentaban por el hecho mismo de experimentar.

La clara y limpia enfermería tenía diez camas. Allí eran llevados los enfermos sin esperanza, procedentes de las prisiones y los barrios bajos de Alejandría, los enfermos crónicos, los afligidos desesperadamente. Puesto que todos los pacientes eran o esclavos o destituidos, la experimentación sobre ellos era despiadada y con frecuencia los experimentos no tenían ninguna relación con la enfermedad misma. Esto, para Lucano, era intolerable y odioso y de nuevo sólo el maestro judío lo comprendía. Los otros se reían amablemente de Lucano.

— ¿No es justificado que un hombre muera a fin de que otros, acaso multitudes, puedan vivir? —le preguntaban. A lo que él respondía mientras el maestro escuchaba con un silencio interesado:

—No. Estoy seguro. Un sólo hombre es tan importante como una multitud. Y quizás incluso más.

Esta curiosa actitud no disminuía el aprecio y afecto de los médicos. Pero cuando Lucano se lamentaba de las enfermedades mortales y trabajaba hasta sudar para aliviar el dolor y salvar un paciente, todos, excepto el judío, se sentían sorprendidos. La verdad, el conocimiento, era el objeto de la medicina. La muerte era el destino de todos los hombres y también el dolor. «Sí, el hombre debe morir» —Lucano decía amargamente—. « ¿Pero no es nuestro deber el preocupamos lo más que podamos del dolor, incluso cuando el dolor se da en un esclavo?»

No experimentaba por la experimentación misma. Trataba la enfermedad, porque para él, como para Keptah, la enfermedad era del hombre. Fuera de la enfermería estaba el depósito donde los cuerpos de los esclavos, los abandonados y los que morían en las prisiones eran diseccionados. Las leyes de Egipto, contrariamente a las leyes de Grecia o de Roma, permitían tal disección, porque los esclavos y los pobres eran considerados como seres sin alma, y Egipto no se sentía particularmente obsesionado por la carne, excepto cuando era real o aristocrática.

El doctor hindú y sus ayudantes habían enseñado a Lucano el arte de la vacuna contra la viruela. Se dejó vacunar una y otra vez y vacunaba a sus pacientes.

—Eres inconsistente —le dijo uno de sus profesores—. Por eso no debes experimentar sobre ti.

—No es inconsistente —dijo el judío—, tan sólo desea ayudar al paciente si puede recobrarse de su actual enfermedad, para que evite la viruela en el futuro. Pero nunca operaría el ojo de nuestra víctima, por ejemplo, cuando este ojo no estuviese enfermo, ni le inyectaría al paciente con otra enfermedad, medicina o veneno, simplemente para observar el resultado, porque el paciente no lo puede resistir. Aliviará el dolor y dará todo tratamiento que crea que pueda contribuir a que una enfermedad particular se cure, pero no infligirá dolor o enfermedad en nombre de la investigación.

El maestro egipcio y sus ayudantes eran especialistas. Trataban la vista, el corazón y varios órganos como parte de todo el cuerpo y Lucano se resistía a la idea de la especialización.

—Si el hígado está enfermo —protestaba—, entonces todo el hombre está enfermo, porque sus toxinas llegan a la sangre, a los ojos, al corazón, al estómago, intestinos y piel. Lo mismo ocurre con las úlceras, las degeneraciones y todas las demás enfermedades. No es sólo el peritoneo lo que está inflamado. Todo el cuerpo está inflamado en consecuencia. El cáncer es una enfermedad de todo el hombre, no solamente de la parte que ataca. Si el hombre padece artritis no la tiene tan sólo en los hombros, en las rodillas, el tobillo o los dedos de los pies o de las manos; sufre la enfermedad totalmente.

Los doctores egipcios se sentían divertidos excepto el médico judío que estaba de acuerdo. El judío había dicho en privado a Lucano:

—La enfermedad no está sólo en todo el hombre sino también en su alma. Un espíritu enfermo crea a un cuerpo enfermo, o una enfermedad del cuerpo causa una enfermedad del alma. No sólo debe tratarse la carne y su enfermedad, sino también la mente. Es muy posible, aunque no esté demostrado, que todas las enfermedades, incluso las epidémicas se originen en alguna secreta habitación del alma.

Los pacientes no eran para Lucano esclavos, destituidos o criminales. Eran hombres, a quienes había que ayudar a derrotar el inexorable odio de Dios por el hombre. Sus sufrimientos le atormentaban personalmente. Tratar a un hombre con una enfermedad del corazón, era sentir los estremecimientos de dolor en su propio corazón. La artritis que retorcía e inutilizaba las articulaciones de un paciente, con frecuencia retorcía sus propios miembros. Sentía en realidad el cáncer devorador en su propia carne sana cuando trataba a un paciente canceroso. Un tumor del cerebro en un esclavo le producía profundos dolores de cabeza. Era como si la enfermedad enviase hacia él desde el paciente, invisibles filamentos, que le ataban con sus síntomas y agonías.

El maestro egipcio y sus ayudantes a menudo usaban la magia en el tratamiento de sus pacientes en la enfermería. Esto provocaba una gran hilaridad entre los eruditos griegos y los maestros romanos que habían

perdido, hacía mucho tiempo sus creencias nacionales en la validez de amuletos, ritos y encantos. Pero el maestro judío había dicho a Lucano:

—Puesto que el alma está enferma a la vez que el cuerpo puede ser curada, muy a menudo, por medio de los misterios; y puesto que la enfermedad del cuerpo puede tener su origen en la mente, ésta puede ser convencida por la taumaturgia de que está curada, y, por lo tanto, el cuerpo con frecuencia se cura también. —Luego añadió—: Estos egipcios no están tan equivocados como los otros creen. Te darás cuenta de que cuando pones tus manos tiernamente y con amabilidad sobre la fiera resistencia de un paciente, los egipcios se interesan enormemente, aunque los otros se mofen de ti. Porque los egipcios han descubierto, por medio de la observación, que tienes un poder de curación misterioso. Los otros son racionalistas, tan sólo creen en las recetas y la cirugía. Los egipcios, sin embargo, habrás observado, no pertenecen a la escuela de Cnidos, que trataba tan sólo el órgano enfermo. También creen, como nosotros, que el hombre enfermo es parte de la totalidad.

En el momento presente Lucano estaba particularmente interesado en un hombre que sufría de una enfermedad del cerebro. Algunos de los cirujanos habían sugerido un tumor; no era frecuente tener la oportunidad de estudiar un cerebro vivo. Lucano sospechaba que en realidad, no creían que el hombre tuviese un tumor. Ahora que él había terminado sus estudios y era médico podía protestar, lo cual lo le hubiese sido permitido como estudiante. Además era un paciente del médico judío que después de haber escuchado a Lucano, no permitía que sus colegas interviniesen con sus deseosas sierras, escalpelos y trepanadoras.

El hombre era un esclavo, y su dueño le había enviado a la prisión por causa de un pequeño robo. Bajo la ley podía haberle hecho ejecutar y, en realidad, había sido condenado a muerte. El dueño había sido persuadido para que se le enviase a la prisión. Hacía pocos días el maestro judío había comprado a la pobre criatura y se la había dado a Lucano como paciente.

—Si le curas, Lucano, es tuyo.

—Si le curo —había respondido Lucano—, entonces te lo compraré y le libertaré.

—Entonces, te lo daré como un regalo y le libertaré yo mismo. Porque recuerdo que los judíos fuimos esclavos en Egipto.

Lucano se dirigió al instante a la cama del enfermo y los doctores egipcios se reunieron alrededor para observar. El esclavo se llamaba Odilio y era de oscuro origen racial, como muchos de los esclavos en Egipto. Poseía un fino rostro aquilino, ojos profundos e inflamados, boca elocuente y sensitiva, cuerpo alto, con manos inquietas y elegantes y unos pies delicados y largos. Tendría unos veinticinco años de edad. Miró a Lucano en silencio con un gesto implorante, y sus manos se alzaron como en una oración.

Lucano cogió un taburete, se sentó junto a la cama y contempló al esclavo con ansiosa piedad. Desenrolló un papiro y de nuevo leyó los síntomas del enfermo. No sentía un dolor continuo y opresivo como en el caso de tumor. Ninguna señal de parálisis aún. Ninguna impureza ni oscurecimiento del iris. No fallaba de ninguna de sus facultades o sentidos. Pero el hombre estaba en agonía. Ejercía algún control sobre sí mismo, pero con frecuencia gemía angustiado, apretando las manos sobre su cabeza. La presión de la sangre variaba; algunas veces su corazón saltaba y galopaba aunque no había en él nada enfermo orgánicamente. Otras, todo su cuerpo se movía con espasmos. Después de darle un sedante los espasmos desaparecían rápidamente y parecía como sí un profundo alivio se apoderase de su sudoroso rostro, tomando un aspecto que emocionaba y conmovía a Lucano. No existían señales físicas de enfermedad en ninguno de sus órganos; su piel, aunque frecuentemente lívida e inflamada, estaba sana. Pero los dolores de cabeza, había dicho a Lucano quejumbrosamente, eran aplastantes, y le producían la sensación de que su cráneo iba a estallar, o a romperse en pedazos, o como sí le acuchillasen o ardiese. Variaban de intensidad y modo, pero eran continuos en una forma u otra.

Los otros médicos profesores se acercaron a la cama y contemplaron como Lucano realizaba otro de sus meticulosos reconocimientos.

Vieron como acercaba una vela a los ojos del enfermo y de nuevo examinaba los iris. Observaron como ordenaba a Odilio que elevase sus manos, sus piernas, sus pies, su cabeza. Lucano buscaba reflejos exagerados o perdidos. Todo era prácticamente normal, pero el hombre continuaba retorciéndose en la cama y gimiendo. Era inteligente y podía leer y escribir tres lenguas, y había sido secretario de su dueño.

Lucano cruzó los brazos sobre el pecho y contempló al hombre por largos momentos.

— ¿Qué clase de dolor sufres hoy? —preguntó con tono ausente.

Cerca de su hombro el maestro judío se inclinó observando atentamente.

— ¡Oh, señor —gimió el esclavo—, ¡hoy mi calavera es demasiado pequeña para mi cerebro! Parece como si éste quisiera estallar fuera de su encierro.

—Tumor, evidentemente —dijo el profesor griego con avidez.

Lucano movió negativamente la cabeza sin perder de vista al esclavo.

—Ha estado aquí durante un mes y no muestra pérdida de ninguna de sus facultades o sentidos, ni epilepsia, ni el más ligero o el más insignificante signo de parálisis, ceguedad o sordera. Los reflejos son hoy un poco exagerados. No, no es un tumor, que progresa continuamente en la producción de su daño. Dice que ha permanecido en esta situación durante una serie de años, aunque con menos agudeza. No tiene tumor, por lo tanto, ni maligno ni benigno.

Su hermoso rostro se inclinó sobre el quejumbroso esclavo lleno de conmiseración, ternura y simpatía. Tomó una de las manos del esclavo e inmediatamente cesaron los gemidos y Odilio contempló su rostro con una mirada de ruego. Lucano dijo:

—Le daré esencia de opio; no lo bastante para que quede idiotizado, pero sí para aliviar su dolor. Luego le someteré a un interrogatorio. Empiezo a sospechar algo... —se detuvo—, hoy la presión de su sangre es peligrosamente alta.

—Ataque inminente —sugirió uno de los jóvenes estudiantes.

—Es posible que sufra un ataque —asintió Lucano— pero no a causa de ningún tumor y posiblemente tampoco a causa de una enfermedad del cerebro, ni de cualquier enfermedad en alguno de los miembros de su cuerpo. ¿Podría ser que los ataques tuviesen a veces otras causas que las orgánicas? —murmuró para sí.

Al esclavo le fue administrada una porción de opio, que tragó ansiosamente, sabiendo el alivio que le proporcionaría. Lucano esperó. Minuto tras minuto los gemidos disminuyeron. El agarrotamiento de los músculos fue desapareciendo visiblemente y las líneas de agonía borrándose de su delgada y expresiva cara. Odilio sonrió con una sonrisa débil de gratitud y no apartó su vista del compasivo Lucano. Sus ojos empezaron a cerrarse y murmuró:

—Voy a dormir.

Pero Lucano estrechó con fuerza su mano y dijo:

—Vela conmigo Odilio, a fin de que puedas ser curado.

Odilio respondió con un suspiro:

—Señor, no quiero ser curado, porque entonces seré devuelto a mi dueño para ser ejecutado.

Lucano abrió la boca para decirle algo consolador y anunciarle que su dueño ya no le poseía. Pero se detuvo. La sospecha en su mente empezó a tomar forma.

—Antes de que fueses condenado, Odilio, y cuando tu dueño confiaba en ti y tú no habías aún robado, tenías estos terribles dolores. Por favor cierra tus ojos y respóndeme. ¿Es así?

Los semi-cerrados ojos se abrieron en tono de protesta.

—Es así, señor. ¡Ah, déjame dormir! Si al menos —murmuró hubiese tenido el valor de matarme cuando era más joven...

—Ah —dijo Lucano excitado—. Dime, Odílio, ¿durante cuánto tiempo has sido esclavo?

—No lo sé, señor. Mi más remota memoria llega a cuando yo era un niño muy joven, y era conducido a Egipto por un tratante de esclavos persa para ser vendido aquí. No sé si nací esclavo o libre. Mi actual dueño me ha poseído desde que yo tenía tres o cuatro años y no recuerdo quienes eran o dónde pudiesen estar mis padres.

— ¿Por qué robaste, Odilio? Tu dueño no era desusadamente duro para contigo y confiaba en ti.

Los ojos oscurecidos del esclavo adquirieron un sombrío fulgor.

—Robé de sus cofres (mi amo era un hombre muy rico y no siempre sabía la cantidad exacta que poseía) a fin de poderme escapar. Intenté coger un saco de oro. Pero él había enviado aquella mañana el dinero al Banco de Alejandría y tan sólo quedaba un pequeño saco de plata. Yo no lo sabía pero lo tomé. Una vez ante sus cofres no pude resistirme.

— ¿Por qué? ¡Una cantidad tan pequeña!

—Sí, señor. —El esclavo se mantuvo silencioso durante unos momentos y sus expresivos ojos se velaron con algún profundo y doloroso pensamiento.

—Sin embargo —continuó— era el primer paso hacia la libertad.

Entonces rompió en sollozos y lágrimas con tal intensidad que su agitado cuerpo hizo temblar su catre.

—Incluso si hubiese podido robar oro no me hubiese salvado... —exclamó—; hubiese sido descubierto —cogió la mano de Lucano con sus dedos sudorosos—. Tú no puedes comprender, señor, tú eres un hombre libre. No sabes lo que es ser esclavo... Había muchos en aquella casa a quienes yo hablé de libertad y me respondieron con extrañas e interrogadoras sonrisas. « ¿No estamos cobijados, alimentados, vestidos adecuadamente, disfrutando algunos días de fiesta, y cuando complacemos especialmente a nuestro dueño nos da recreo o una moneda de plata? Nosotros estamos mejor que los pobres libres de la ciudad, que duermen en el arroyo o bajo los arcos y mendigan pan o mueren de hambre. ¿Por qué entonces una libertad pesada para morir como perros?»

—Sí —dijo Lucano—. ¡Ah, sí!

El esclavo le miró con un gesto de ruego y vio sus ojos azules humedecidos. Se elevó sobre su codo olvidando a los demás presentes.

—Señor, ahora sé que deseé robar porque yo sabía que sería cogido y ejecutado. ¡Prefería la muerte a la esclavitud! ¿Puedes comprender esto?

—Sí —dijo Lucano—, si, sí.

El esclavo volvió a echarse sobre el lecho y empezó de nuevo a gemir.

—No me cures, señor. Déjame morir así. Así seré libre para siempre.

Sus manos se alzaron hasta su cabeza y sus ojos se hundieron en las cuencas de su cara a causa de un renovado tormento.

—Opio, señor. Bastante opio para que me mate al instante. Así caeré en un sueño profundo y nunca me despertaré; seré uno en la incontable compañía de los que para siempre son libres.

Lucano alzó la voz para que el esclavo le oyese a pesar de su estupor. Miró a los otros médicos que le contemplaban atentamente.

— ¿Hay en la universidad necesidad de un hombre de toda confianza capaz de desempeñar su tarea con habilidad? —preguntó.

El esclavo abrió los ojos contemplándole con inmensa confusión. Los otros médicos fruncieron el ceño tratando de comprender.

—Es un esclavo, Lucano —dijo un egipcio— y no nos pertenece a nosotros sino a su dueño.

Lucano se echó a reír con suavidad y movió la cabeza. Colocó su mano sobre la mejilla del esclavo como si fuese un hermano.

—No; pertenece a mi maestro Jacob, aquí presente, que lo adquirió de su anterior dueño, pero ahora me pertenece a mí y mañana visitaré al pretor y le libertaré.

El esclavo se sentó repentinamente y emitió un gemido en el lecho. Tendió sus brazos alrededor del cuello de Lucano. Soltó y le cogió las manos cubriéndolas de besos. Gemía y sollozaba; estaba fuera de sí mismo. Su rostro ardía. Gritaba y se levantó. Luego se echó sobre el suelo y abrazó los pies de Lucano apretando alternativamente su frente contra ellos.

Lucano le alzó con el máximo cariño y le colocó de nuevo sobre su camastro, pero el hombre se apoderó de su mano y no quería dejarla. Miraba a Lucano con adoración...

—Mis queridos colegas —dijo Lucano— os repito mi oferta y la oferta de Idilio. ¿Le necesitáis?

—Yo puedo usarle inmediatamente como mi propio oficinista —dijo Jacob— cuyos ojos estaban llenos de lágrimas.

Lucano pretendió dudar y agitó su cabeza con gesto negativo.

—Ah, qué penoso es esto —murmuró—el pobre Odilio está libre pero está enfermo y, ¿quién sabe si se recobrará?

El enfermo se levantó otra vez y el ardor de su rostro era más brillante que antes.

—Señor... ya no estoy enfermo... el dolor ha abandonado mi cabeza... Está clara, fría y suave......Déjame servirte a ti, te lo ruego...

—Puesto que serás liberado por la mañana y prácticamente ya eres libre ahora y capaz de hacer planes sobre tu propio futuro, no debes decir «déjame» —dijo Lucano con una severidad un tanto burlona.

Idilio cuyos ojos estaban encendidos le miró como quien mira a un ángel. Luego con una sonrisa, dijo:

-Señor, si el médico Jacob desea mis servicios, será mi delicia el servirle como hombre libre.

—Y con un sueldo que discutiremos —respondió el juvenil y barbudo judío.

—Ahora, duerme —dijo Lucano levantándose—. Cuando te despiertes, Idilio no tendrás dolor y el dolor nunca más volverá a ti.

Los médicos rieron un poco y se alejaron con Lucano entre ellos.

Un griego dijo con acento divertido:

—Ahora nos vemos privados de un cerebro vivo para estudiar.

—Pero habéis visto a uno que moría, volver a la vida —Dijo Jacob—. Miradle como duerme, con la sonrisa de un gozoso niño en su rostro. La libertad es más que la vida para los que son como él y hay tantos que forman una legión. Quiera Dios que pronto todos los hombres sean libres a fin de que no piensen en la muerte como único escape.

—Odilio no sufría de una enfermedad del cuerpo o del cerebro respondió Lucano respetuosamente a los pragmáticos griegos. Sufría de una enfermedad del alma y ahora está curado. En vuestro racionalismo habéis olvidado a Hipócrates.

CAPÍTULO XVIII

Un crepúsculo liliáceo se difuminaba por el aire de Alejandría cuando Lucano, exhausto, dejó la enfermería y el depósito. Aquí y allá una salpicadura de sangre seca manchaba su túnica y su cabeza ardía. Encontró a José ben Gamliel que aparentemente le había estado esperando. José dijo:

—Saludos, Lucano. Deseo de ti un favor. Tengo un amigo querido que ha vivido en Alejandría durante dos meses, no por deseo suyo sino porque está muy enfermo y cercano a la muerte. Su nombre es Elazar ben Salomón, un comerciante rico que viaja por todo el mundo. Es un comerciante extremadamente rico y un hombre bueno. ¿Querrás visitarlo?

Lucano respondió con frialdad:

—Lo siento, José, pero no deseo curar a ningún hombre rico en ninguna parte. He decidido viajar por todos los puertos y barcos para atender a los destituidos, a los esclavos de todas las ciudades y de las galeras, para quienes no hay sanatorios en ningún sitio excepto en Roma, en la que, por lo tanto, no me necesitan.

—Nosotros decimos en nuestras Escrituras que la sabiduría con una rica herencia es muy buena —dijo José sonriendo—. No te sofoques así, querido Lucano. Simplemente estoy felicitándote por tener un padre adoptivo rico. De otra forma, ¿cómo podrías vivir en tus viajes a esos puertos? No he oído —añadió José— que los ricos sufran menos en sus enfermedades que los pobres ni que Dios les haya concedido ninguna clase de inmunidad. Un cáncer produce tanta agonía a un César como al más bajo de los esclavos.

—A pesar de todo, no deseo tratar a ningún hombre rico —repitió Lucano fríamente. Luego se sintió furioso—. Aún soy un novato. ¿No ha consultado tu amigo a ninguno de los médicos competentes que hay en Alejandría y que viven ansiosos de honorarios importantes? Podría nombrarte una docena.

José le miró reflexivamente.

—Lucano, creo que podrías ayudar a Eleazar ben Salomón y creo que sólo tú puedes hacerlo. Está muriendo, es posible que no puedas salvar su vida. Tiene también el alma destrozada y tú podrías consolarle.

— ¡Yo! —exclamó Lucano, y sonrió tristemente—. ¿Yo, el inconsolable, dar consuelo?

—Esto es lo que haces todo el tiempo —dijo José con gravedad—. Ven como un favor personal hecho a mí, porque amo a Eleazar ben Salomón. Cuando éramos niños vivíamos juntos en Jerusalén, antes que yo viniese a Alejandría.

Su rostro cambió y adquirió un tono de sutil desolación.

—Mi litera está esperando fuera del jardín.

Lucano vaciló. Había algo misterioso en las maneras de José, pensó y a pesar de la repugnancia que el joven griego sentía hacia los ricos y privilegiados, su corazón de médico no podía negarse. Por esto dijo:

—Es posible que tenga una enfermedad en la que yo esté interesado, por lo tanto iré.

José sonrió bajo su barba.

Llegaron a las puertas que fueron abiertas para ellos por esclavos armados… José no poseía esclavos ni los tenía su familia. Empleaban sólo hombres libres a quienes habían comprado como esclavos y luego liberados. Los portadores de su litera eran jóvenes y fuertes que se inclinaron respetuosamente ante su señor. Era un atardecer cálido y el cielo ardía cubierto de un color amatista. José y Lucano se sentaron juntos en la litera, descorriendo las cortinas de lana para aprovechar la menor brisa. De pronto, aquella tierra tropical, quedó cubierta por el manto de la noche que se extendió sobre Alejandría y la luna ocupó su lugar en el cielo.

La ciudad como de costumbre era un crisol de colores, lámparas, voces clamorosas, animales, hombres y mujeres, porque tan sólo en el atardecer adquiría Alejandría toda su viveza. Antorchas ardientes crujían en sus soportes; mendigos gemían y pedían a pocos metros, gritaban, mujeres que reían; música que surgía detrás de blancas paredes sobre las que colgaban flores blancas, rojas y amarillas. La luz de la luna apareció con rapidez iluminándolo todo, haciendo brillar las blancas y bajas terrazas, tan llanas como la tierra. Era tan pálida como el agua al reflejarse sobre aquellas terrazas en las cuales los habitantes de las casas se iban reuniendo en busca del fresco. Sus oscuras formas y morenos rostros se movían de un lado para otro; hablaban, reían y palmeaban solicitando que los esclavos llevasen vino y sonaban voces en muchas lenguas extrañas. De cuando en cuando una arqueada puerta se abría en una pared y se podía contemplar a través de ella los jardines iluminados, dulcemente perfumados, llenos de fuentes y estatuas, sobre las que la luz de la luna resbalaba como un chorro de plata.

José no habló durante el corto viaje. Parecía hundido en una melancolía personal y Lucano no quiso turbarlo. Estaba enfadado consigo mismo; se preguntaba por qué le era siempre difícil negar a José ben Gamliel cualquier cosa que le pidiese. El murmullo y olor del mar se hizo más intenso por lo que Lucano comprendió que la casa a la que iba estaba cerca del agua y por lo tanto era un lugar agradable. La inmensa luna blanca miraba impecablemente la calurosa y poblada ciudad, sin enviar ninguna frescura sobre ella. Llegaron a una suave y blanca pared, elevada e iluminada y uno de los libertos llamó a una puerta arqueada. Se abrió y tras ella apareció un jardín iluminado por la luz de la luna y dormido, lleno de flores, árboles, hierba y fuentes, pero sin estatuas. Un perfume de higos en flor y jazmín salía hasta la calle. La casa, a poca distancia era grande y blanca, con una amplia columnata y balcones a los lados de estilo oriental.

Pero incluso en aquella cálida frescura, el fétido y penetrante olor de oriente se mantenía insistente. No era desagradable, era un olor, a especie e incienso y a una tierra extraordinaria y fecunda.

—Es un lugar agradable —murmuró Lucano pensando en la enfermería de la universidad— Este hombre no ahorra dinero.

— ¿Por qué ha de hacerlo? —preguntó José en voz suave—. ¿Puede el dinero ser guardado para siempre?

—Podría ser usado muy bien en ayudar a los que carecen de ayuda, en construir sanatorios para los pobres y cobijo para los que no tienen hogar —dijo Lucano. José suspiró.

—Eleazar ben Salomón es conocido por sus muchas obras de caridad y su bondad, porque tiene un gran corazón. Redime a cuantos judíos esclavos encuentra. No descubrirás esclavos en su casa o en ninguna de las casas que tiene en muchas ciudades. Cuanto más da, más Dios le concede.

Las cortinas de las ventanas estaban corridas a fin de que pudiese entrar el fresco. En los Jardines todo estaba tranquilo y los dos hombres se acercaron a la casa. Los ruiseñores cantaban a la luna con trinos penetrantes y agudos. Se oía el canto de los grillos y, en algún lugar, los loros parloteaban. Pero no se oían voces humanas. Las grandes puertas de bronce permanecían abiertas y el recibidor que se veía tras ellas estaba construido de níveo mármol, lleno de altas columnas e iluminado por muchas lámparas de plata sostenidas sobre candelabros. Había flores por todos los lugares colocadas en jarrones griegos y egipcios instalados en el suelo.

La más hermosa muchacha que Lucano había visto en su vida corrió hacia José, con las manos extendidas en un gesto de bienvenida amoroso. Era más hermosa que Iris, la madre de Lucano, a quien el joven había considerado insuperable hasta entonces incluso por la más hermosa de las estatuas. Parecía tener menos de veinte años y probablemente rondaba los dieciséis, tan ligera y bien formada bajo su azul vestido, que su estatura no era aparente a primera vista. Parecía una reina, y se movía en forma real, deslizándose sobre el

blanco mármol. Su pequeña y majestuosa cabeza flotaba con unas trenzas oscuras sueltas que brillaban como seda y su cabello era tan hermoso que parecía estar formado por un flotante vapor. Su rostro ovalado tenía el color de las perlas traslúcido y brillante como si poseyese una luz interna; sus labios eran de un rojo suave, su nariz delicada y finamente formada, sus ojos de un profundo y brillante color violeta. Llevaba un collar, pendientes y un brazalete de deslumbradoras piedras azules engarzadas en un elaborado trabajo de oro a la moda. Un delicioso perfume, como de rosas, parecía proceder de su nívea carne más bien que de los vestidos o del cuello. Su vestido azul caía redondeado sobre sus pechos de doncella y su esbelta cintura estaba ceñida por un cinturón de oro, cuajado de piedras azul oscuro. La seda descendía sobre su suave cintura y resaltaba sus exquisitas piernas. Calzaba sandalias de piel repujada en oro.

Se sintió gozosa ante la vista de José y su luminosa y blanca garganta palpitó como si estuviese luchando por contenerse y romper en sollozos de alivio y gratitud por la presencia de José. José tomó sus manos encendidas y las sostuvo con calor y miró a sus ojos con amor de padre.

—Mi querida Sara —dijo amablemente—. ¿Confío en que tu padre esté mejor esta noche?

Sara no se dio cuenta de pronto de que Lucano la contemplaba desde el fondo, encantado por la visión de su virginal belleza henchida de primaveral pureza y adorables matices. La sonrisa abandonó su rostro y sus labios cubrieron unos dientes que parecían de porcelana.

—No, no está mejor, José —dijo con voz llorosa y suave como la de una paloma—. Pero se sentirá feliz al verte.

Ella como José, hablaba arameo. Sus largas y negras pestañas parpadearon, y sus oscuras cejas, sedosas y brillantes, resaltaban como flechas sobre la blancura de su frente. No necesitaba artificios, ni botes de pintura o kohl para sus ojos, ni tintes para teñir la punta de sus rosadas uñas. La naturaleza la había dotado con los más exquisitos colores, vivos como los de una flor. José se volvió hacia Lucano.

—Sara —dijo—, aquí está mi discípulo favorito, Lucano, de quien te he hablado con frecuencia. Es un maravilloso médico; le he persuadido para que vea a tu padre.

Lucano estaba de tal modo sorprendido, excitado y asombrado por la vista de una joven de tan sobrenatural belleza, que transcurrió un momento o dos antes de que pudiese inclinarse en saludo reverente. Su sangre griega palpitó con adoración hacia aquella belleza; pensó en una estatua de la joven Hebe que había visto una vez en un templo de Alejandría, porque Sara había nacido para servir al amor y la devoción. Esto era evidente en su aire de ternura, su solicitud y gentil humildad.

—Antes de que veas a mi padre, José —dijo con sus ojos repentinamente fijos con fascinación en Lucano—, los dos debéis cenar y beber algo.

—Beberemos un poco de vino —dijo José siguiendo a la muchacha hacia una habitación tras el recibidor, amueblada ricamente aunque con sencillez y llena de flores de muchos colores. Tampoco allí había estatuas. Las paredes estaban formadas de brillantes mosaicos representando flores en capullo, hojas entrelazadas y estilizadas formas orientales. Las columnas eran de mármol amarillo, las lámparas de bronce de Corinto, el suelo de mármol blanco y negro en cuadros cubierto con alfombras persas que parecían joyas tejidas—. Pero debemos volver a nuestros hogares para cenar. Si no lo hiciésemos, nuestras familias estarían preocupadas por nosotros.

—Ah, sí, así es —dijo Sara, incapaz de apartar los ojos de Lucano que permanecía de pie en el centro de aquella grande y fresca habitación, un poco incómodo, como un alto y hermoso dios. Después de un momento Sara parpadeó, se ruborizó y bajó los ojos; su hermoso pecho se agitó rápidamente y luego quedó quieto. Dio unas palmadas y un criado entró con una bandeja de plata sobre la que descansaban unas copas, cuajadas de muchas piedras preciosas diferentes. La propia Sara sirvió un vino excelente, que desprendía el aroma de soleadas viñas. Como abstraída dio a Lucano una copa antes que a José que era más viejo. Lucano la tomó y sus dedos se rozaron, y el muchacho, a pesar de sí mismo, sintió un estremecimiento eléctrico. Acostumbrado como estaba a las costumbres recatadas de Aurelia, de Iris y de las mujeres romanas de costumbres antiguas, se asombró un poco ante la libertad y ligereza de aquella joven.

Bebió el vino que tenía un gusto y aroma oloroso y se sorprendió al darse cuenta de que disfrutaba de él. José bebiendo también preguntó en voz baja a la doncella por su padre, y ella contestó con notas de preocupación en su voz. Lucano se sintió encantado con los tonos de la voz de la muchacha, tan dulces, variados y elocuentes. De vez en cuando, a medida que hablaba, miraba tímidamente hacia Lucano y cuando sus ojos se encontraban se ruborizaba profundamente.

Finalmente los dos hombres siguieron a la muchacha a través de una abierta columnata, cuyas columnas parecían hechas de brillante plata iluminadas por la luz de la luna. Ella corrió una cortina de pesado tejido oriental y penetraron en un gran dormitorio, que brillaba suavemente alumbrado por lámparas de plata y estaba lleno de un perfume de flores y especies. Sobre una gran cama esculpida en marfil, plata y oro, yacía un hombre de mediana edad, reclinado sobre cojines de seda y cubierto con una manta de claros colores tendida sobre sus pies. Antes de que Lucano pudiese ver su rostro, pudo oír la variable y desesperada respiración del hombre y su instinto de médico le hizo olvidar todo excepto su dedicación profesional.

—Saludos, mi querido Eleazar —dijo José acercándose a la cama seguido de Lucano. José tomó las manos de su amigo y se inclinó sobre él sonriendo con tierna preocupación, y Sara permaneció a los pies sonriendo ansiosamente a su padre.

Eleazar trató de hablar pero su voz, entrecortada por pesadas respiraciones, sonó apresurada y débil. Tosía repetidamente.

—Descansa —dijo José—. He traído al joven médico Lucano.
Se levantó y miró al griego, haciéndole una señal con sus ojos. Lucano se acercó con toda su mente alerta y atenta hacia el hombre enfermo. Inmediatamente, sin hablar, vio que Eleazar estaba in extremis. El comerciante y traficante judío era un hombre moreno, emancipado, escuálido de complexión y que poseía unos grandes y tristes ojos que brillaban aún con vida, a pesar de su condición de moribundo. Sus rasgos le recordaron a Diodoro, porque Eleazar tenía el mismo perfil de águila, la misma agudeza y expresión y Lucano pensó de nuevo en el extraño parecido que existía entre los judíos y los romanos.
Eleazar trató de sonreír con cortesía a Lucano, pero estaba extremadamente inquieto a pesar de su postración. Sus labios, los lóbulos de sus oídos y las puntas de sus dedos estaban amoratados. Un aspecto de profunda melancolía invadía su rostro. Su boca permaneció abierta mientras intentaba respirar y los espasmos de sus pulmones hacían su respiración silbante y ronca. Lucano, sin hablar, levantó la túnica del pecho del hombre, inclinó su cabeza y colocó el oído en la región del corazón. Sí, sonaban sístoles anormales y una fibrilación auricular. Los sonidos del corazón eran sofocados, cortos y débiles, espaciados, con ritmo variable y palpitante. La desplazada palpitación estaba allí, el corto y rápido pulso, el débil pero bien definido primer sonido seguido de otro sofocado. El paciente sufría un grave fallo del corazón. Alzando su cabeza, Lucano estudió de nuevo silenciosamente su rostro, y el color mortecino de su carne, escuchó la tos y vio el tinte sanguinolento en los extremos de sus labios moribundos y la agrandada hinchazón tóxica de la glándula de su garganta. El joven médico tomó un frasco de la dorada mesa de mármol a la cabecera de la cama lo olfateó y examinó su contenido. Frunció el ceño; el estimulante cardíaco era demasiado fuerte. Sin embargo se podía hacer poco ya por aquel sufriente e inmediatamente el alma de Lucano se sintió conmovida y olvidó que Eleazar ben Salomón era un hombre rico. Era tan sólo un hombre que estaba siendo atormentado. Lucano le dijo amablemente en arameo:
— ¿Has tenido los mejores médicos? No hables; simplemente responde con gestos de tu cabeza. Calculo que caíste enfermo hace unas pocas semanas. Has tenido indigestión, has vomitado, náuseas, y diarrea —hizo una pausa y dijo con mayor amabilidad— ¿comprendes tu condición?
Eleazar yacía sobre las almohadas y estudió el rostro de Lucano con gran atención, los bien dibujados, llenos pero ascéticos labios, la larga y cincelada nariz griega, la inclinada frente, los elocuentes ojos azules llenos ahora de piedad, simpatía y amabilidad. Un gran interés cruzó el rostro del hombre moribundo, como reflejo de un esfuerzo en busca de sus últimas energías. Su rígida mirada penetró en el alma de Lucano con la peculiar intensidad de los moribundos y sonrió. Susurró roncamente y con dificultad:
—Sí, lo comprendo, y no siento tristeza por mi excepto por la niña que debo dejar.
Dirigió hacia Sara una profunda y amante mirada y ésta estalló en lágrimas. Se arrodilló ante el lecho y colocó su cabeza junto al hombro de su padre.
—Como médico no puedo hacer nada por ti —dijo Lucano, porque comprendió que ante él tenía un hombre heroico y no debía insultarlo con mentiras piadosas—, tú estás más allá de la ayuda humana, Eleazar.
—Pero no más allá de la ayuda de Dios, bendito sea su nombre —respondió Eleazar.
— Bendito sea su nombre -añadió José con gran emoción.
Se volvió hacia José y dijo:
—No sé porque he sido llamado. ¿Fue tan sólo para repetir lo que otros y mejores médicos han dicho ya de Eleazar ben Salomón?
—No —dijo José— ha sido para oír su historia y hacerle una promesa de ayudarle. Porque yo creo que puedes dar esta ayuda, aunque no lo sé. Nosotros los judíos tenemos frecuentemente intuiciones espirituales misteriosas, más allá de la razón natural, más allá de toda explicación.
Sus ojos se posaron sobre Lucano con gravedad y se acarició la barba.
—Levántame —rogó el hombre enfermo y Sara y José le alzaron sobre las almohadas. Durante la operación no apartó su mirada suplicante de Lucano; parecía como si supiese que la última esperanza estaba allí. Lucano dijo:
—Debiera descansar. No se le puede permitir hablar. —Se sentía profundamente vejado por las palabras crípticas de José; su lógica mente griega rechazaba el sonoro misticismo de los judíos—. Sin embargo, si puedo ayudar a Eleazar lo haré, aunque la forma como puedo ayudarle me es desconocida.
—Quizás no es desconocido para Dios —dijo José, y Lucano ignoró el comentario. Mezcló un poco del elixir contenido en el frasco con un poco de vino y lo llevó a los labios de Eleazar y el mercader lo tragó dolorosamente. La enorme glándula de su garganta parecía a punto de romper su fuerte y curtida piel. Lucano podía sentir el dolor en su propia garganta y la dificultad en tragar y de pronto su cabeza empezó a dolerle. Eleazar dijo:
—Debo hablar, porque tengo poco tiempo y he oído a José ben Gamliel de quien nunca he escuchado un comentario insensato. Hay algo en mí también que me asegura, joven maestro, que tú puedes ayudarme. Acércate a mí. —Se detuvo y luchó de nuevo por respirar, y el rostro de Lucano se puso rígido Con tristeza ante aquel sonido angustioso.
-Hace dos años —dijo Eleazar jadeando— mi querida esposa Rebeca dio a luz a nuestro primero y único hijo, en esta misma casa. Ella murió en el parto. —Sus ojos se llenaron de lágrimas sangrientas—. Puse al niño Arieh, León, por nombre, y él me consoló, porque ciertamente parecía un joven león, fuerte y hermoso. Era el gozo de mi corazón, porque nunca en todo Israel hubo un niño tan encantador, y yo le dediqué a Dios.
Unió sus delgadas y lívidas manos en un gesto convulsivo de agonizante tristeza.

—Mi tiempo se acorta —susurró—, Sara, no llores. Debo hablar. Joven maestro, no tengo esclavos, sólo hombres y mujeres libres que son devotos a mi persona y familia. Un día dos ayas jugaban con Arieh, mi hijo, en el patio y jardín cerrado de la casa y yo desde mi biblioteca oía la risa del niño. De pronto me di cuenta de que las voces y ruidos habían cesado. Abandoné la biblioteca para descubrir la razón de aquel silencio. Las muchachas yacían sobre las flores con sus cabezas aplastadas y ensangrentadas y mi hijo había desaparecido.

Se detuvo y cerró los ojos, y la tortura de aquel recuerdo perló su rostro con grandes gotas de sudor. Hizo un gesto débil y abrió de nuevo os ojos.

—El prefecto de la ciudad tomó el asunto por su cuenta. ¿Tenía yo enemigos? ¿Quién sabe los enemigos que un hombre tiene entre sus amantes amigos? He tratado de ser un hombre justo, honorable en todos mis tratos, y me he hecho muy rico. ¿Acaso esto inspiró a mis amigos la envidia y furor? Es posible. Un hombre puede guardarse de sus enemigos pero nunca de sus amigos, porque ellos están dentro de su casa. El prefecto, contra mis protestas, arrestó a algunos de mis hombres buenas gentes e incluso les torturó. ¿Cómo, preguntó, era posible que se hubiesen cometido dos asesinatos dentro de las guardadas paredes de los jardines y se hubiese secuestrado a un niño sin el conocimiento de los demás criados? Pero el encargado de la entrada no había visto a ningún extranjero. Los guardianes de las puertas no habían admitido a nadie. ¿Habían sido sobornados? Era muy posible. Mi gente fue puesta en libertad a causa de mi insistencia. Me juraron que no habían estado complicados en el rapto.

Lucano se sintió lleno de ira, olvidando que Eleazar era un hombre rico y sintiendo su angustia en sí mismo.

—Esto ocurrió hace dos meses —dijo Eleazar—. Mi hijo, Arieh, tiene sólo dos años de edad. ¿Qué han hecho con el niño? ¿Está muerto, enterrado en algún lugar solitario del desierto? ¿Ha sido ahogado? No siento en mi corazón que esto haya ocurrido; sé que está vivo y que su rapto fue una deliberada maldad inspirada por el odio. ¿Quién es el amigo que sobornó a un criado para que matase y robase al pequeño? ¿Está algunas veces junto a mi casa murmurando palabras de consuelo y bebiendo mi vino o consolando a mi hija Sara y jurando venganzas contra mis enemigos? Es muy posible. Mis ojos han quedado ciegos observando todos los rostros. ¿Quién es el amigo? Está vestido de maldad y por lo tanto es invisible.

Eleazar alzó su mano izquierda y se la mostró a Lucano. El dedo meñique estaba graciosamente mal formado, doblado agudamente por la segunda falange, en tal forma que montaba sobre el siguiente.

—Este dedo es la marca de los varones de mi familia —dijo—. Mi hijo Arieh, la tiene. Esto le identificará.

Cesó de hablar pero sus apenados ojos no abandonaron en ningún momento los ojos de Lucano.

—Tú encontrarás a mi hijo —y sonrió débilmente—. Mi corazón me dicta esto. Quizá no sea mañana; ni dentro de diez o veinte años. Pero lo encontrarás. He ofrecido una gran recompensa en todas las capitales del mundo, pero aún no hay ninguna respuesta, aunque miles y miles de informadores, ladrones, soldados, marineros, esclavos y hombres de mar andan buscándole movidos por su ansiosa avaricia. Las manos de pequeños niños, multitudes de niños pequeños en todos los sitios, son examinadas furtivamente, en cientos de ciudades y pueblos, poblaciones, calles, callejuelas, cuevas y en los hogares de los ricos y de los pobres. Tengo hombres libres por todo el mundo que investigan los rumores y corren cada vez que tienen alguna información, pero aún así no hay ningún signo de mi hijo.

—Entonces lo más probable es que esté muerto —dijo Lucano con tristeza.

—No —respondió Eleazar. Colocó su mano sobre el pecho—. Mi corazón me dice que vive, quizás escondido, pero ciertamente vivo. Sabría si estuviese muerto. Por lo tanto, tú le encontrarás y tú le llevarás a Jerusalén para que herede lo que le dejo. Mi hijo, con su dedo torcido, mi hijo que parece un león.

Lucano permaneció silencioso, tanto a causa de su compasión como por la ira que sentía contra Dios. Comprendía ahora que Eleazar muriese de dolor y agonía.

—Encontrarás a mi hijo —repitió Eleazar y sonrió con un gozo tembloroso reflejado en su rostro—, tú le devolverás a su pueblo, a su hermana y a las puertas de Jerusalén.

Lucano pensó que aquello era esperar mucho de él. Abrió la boca para protestar, pero quedó silencioso sin saber por qué. Finalmente dijo mientras Eleazar le contemplaba:

—Soy médico y estaré siempre entre los pobres, quienes no tienen amigos ni quien les consuele, ni pueden pagar honorarios. Buscaré a tu hijo. Es todo cuanto puedo prometerte.

—Es bastante —dijo Eleazar y alzó su trémula mano hacia Lucano que la tomó sintiendo su frío sudor. El rostro de Eleazar, bajo el toque de los dedos de Lucano sufrió un cambió extraordinario. Una mirada de maravillosa paz y libertad del dolor se apoderó de él. Sus ojos se cerraron y la difícil respiración se calmó, haciéndose más lenta por momentos mientras Lucano sostenía sus manos. Y de pronto se fue, quedando sólo la débil y desconsolada sonrisa en el rostro firme.

Sara se puso en pie con un sollozo que rompía el corazón y permaneció junto al lecho. Las lágrimas corrían por sus pálidas mejillas. Crispó sus manos y se estremeció.

José ben Gamliel dijo en alta y reverente voz:

—El Señor da y el Señor quita. Bendito sea el nombre del Señor.

—Bendito sea el nombre del Señor —repitió Sara, en medio de sus lágrimas.

Lucano bajó la mano del muerto con un gesto de amor, pero la ira y el dolor rugía de tal modo en su corazón que se sintió enfermo. Miró a José ben Gamliel con fieros y brillantes ojos. ¿Como era posible que un hombre serio y entendido alabase el nombre del enemigo mortal de todos los hombres? Pensó que las palabras de José eran indignas y débiles, las palabras de un esclavo servil bajo el látigo. Se sintió disgustado; su cabeza

hervía con un furioso y torturador dolor. Giró sobre sus talones, abandonó la habitación, atravesó rápidamente la columnata y dejó la casa.

CAPITULO XIX

Era peligroso andar solo por las calles de Alejandría durante la noche y Lucano aflojó la daga que llevaba al cinto. No tenía miedo; era un atleta, alto y fuerte y no estaba lejos de su casa. Mantuvo la mano en el puño de la daga y anduvo rápidamente, lleno de furor y piedad. La capucha de su blanco manto cubría su cabeza, los vestidos flotaban a su alrededor. Caminaba por el centro de las tortuosas calles, evitando basuras, sin ver a nadie que se cruzase con él, percibiendo el mal olor, los mezclados y aromáticos perfumes de la ciudad; su corazón y su mente consumidos por sus pensamientos. Antorchas colocadas en cestas de hierro instaladas sobre las paredes iluminaban su figura con una moribunda y apagada luz roja. Una gran luna ardiente y blanca corría sobre él lanzando rayos de fuego plateado y su aspecto era tan poderoso y formidable, que rostros furtivos, que miraban desde los arcos y las puertas, retrocedían rápidamente como ante la vista de una aparición andante.

Lucano no se daba cuenta de los gritos o exclamaciones lejanos, de la música y de las risas, ni del tumultuoso palpitar y sonidos de aquella tórrida ciudad. Tan sólo se daba cuenta de sus turbulentos pensamientos, su pena por Eleazar y la hermosa joven Sara; su ira contra Dios que incansablemente traicionaba y perseguía con espíritu vengativo y constante al hombre. Pensó en el niño Arieh. Estaba convencido de que estaba muerto, asesinado a causa de la malicia y el odio y, por primera vez, Lucano se volvió contra el mal en el hombre, contra su crueldad y falta de piedad, contra su avaricia y envidia, contra su sed de sangre e incontrolada dureza de corazón y contra los crímenes cometidos contra el prójimo. Había otro enemigo además de Dios; el hombre mismo. En aquellos tremendos momentos Lucano odió por igual al hombre y a Dios y se sintió cansado de su propia vida, su propia presencia en el mundo de la humanidad. El universo era malo hasta las entrañas; las mismas estrellas estaban todas con un tinte de vida. Todo aparecía engrandecido, torcido y deformado ante los ardientes ojos del joven griego. Estaba borracho de ira. Cuando un hombre al cruzarse con él rozó su mano, apretó la daga y por primera vez en su existencia emitió un violento juramento, ante el cual el hombre se apartó de él aterrorizado viendo la daga desenfundada y sintiendo, más que viendo, una ira sobrehumana, percibiendo la airada mirada, incluso bajo la capucha y percatándose de que era un furor que sobrepasaba el de cualquier hombre.

Las sandalias de Lucano repiqueteaban sobre las piedras como la marcha de un dios. Sin pensar nada concretamente, excepto que buscaba el camino más corto a través de una calleja hacía su casa, torció por una calle estrecha y oscura, iluminada por el resplandor de una sola antorcha en la entrada y el brillo de la luna. Altas paredes oscuras cerraban la calle y repentinamente todo quedó allí silencioso, con una tranquilidad siniestra. El único sonido cercano era el murmullo del agua sucia discurriendo por la cuneta; un olor insoportable llenaba el callejón. Lucano continuó descendiendo por la calle, luego se detuvo. Había llegado frente a una pared alta: la calle carecía de salida. Miró a su alrededor, las impresionantes paredes parecían haberle atrapado. Estaba sólo allí; no podía ver nada, sino las oscuras formas de los pisos finales y sin luz de las casas más allá de las paredes. Nadie hablaba o gritaba; aquél era un lugar muerto.

Jadeando vio que estaba momentáneamente perdido. Tenía que volver sobre sus pasos al final de la calle y mirar a su alrededor. De nuevo emitió un juramento bajo y violento. Quizás habría una puerta en la pared que se alzaba ante él, que le permitiese entrar en el patio y desde allí pasar a una calle menos peligrosa. Con la ayuda de la luz de la luna y sus sensitivos dedos exploró la pared y sólo encontró una piedra ruda y áspera. Continuó explorando y, por fin, al final de la pared, donde ésta se juntaba con la de la calle, su mano percibió una aldaba. La alzó y se abrió una puerta pequeña y estrecha; contempló un patio empedrado rodeado por las sombrías viviendas que albergaban a los más pobres de la ciudad; pero todas las ventanas estaban a oscuras y cerradas, y las puertas atrancadas. En el centro del patio había un pozo común redondo, construido de piedra oscura. Allí no se veían flores. No existía el perfume de la rosa, el jazmín o el lirio, sino tan sólo el agrio olor de pobreza, el miedo y la muerte. Por medio de la luz de la luna Lucano pudo ver que las escuálidas casas circundaban el patio y que no había entrada alguna hacia otra calle o calleja. Cerró la puerta, dejó caer la aldaba y volvió a retroceder hacia el extremo de la opresora calleja. Percibió el murmullo del agua, en silencio, las amenazadoras paredes y mantuvo su mano apretada firmemente sobre la daga. La distante antorcha parpadeaba roja y débilmente en un extremo.

Estaba cerca de la esquina cuando oyó el rápido pisar de unos invisibles pies acercándose a él. Se detuvo abruptamente. El sonido de la huída despertó todos sus instintos guerreros. Consideró que la gente que huía podían ser ladrones escapando de la persecución. De pronto un hombre y una mujer doblaron la esquina y corrieron hacia él, impulsados por un horror palpable, volviendo sus cabezas hacia atrás. Lucano podía oír sus rápidas respiraciones en el intenso silencio, y los tropezones de la mujer sobre las piedras.

Casi se echaron encima de Lucano antes de verle y se detuvieron en la mitad de su huída mirándole con ojos asombrados, brillantes como los de animales atemorizados en medio de la luz de la luna. Si él hubiese surgido del suelo para enfrentarse a ellos no se hubiesen sentido más aterrorizados. La capucha de su manto había caído sobre sus hombros y la luz de la luna reveló el dorado fuego de su cabeza y los firmes rasgos de su

rostro, semejantes los rasgos del rostro de una estatua. El hombre y la mujer retrocedieron, porque había algo en la alta figura de Lucano que atenazaba la respiración en sus gargantas, y forzaron su mirada sobre él.

Lucano vio que eran muy jóvenes e inmediatamente supo que no eran criminales, aunque el hombre iba vestido con harapos, sus pies estaban desnudos y carecía de manto o de armas. El vestido de la mujer era bueno, modesto y respetable, de un suave color púrpura; llevaba un cinturón de plata y pendientes del mismo metal con piedras sencillas en sus orejas; en sus brazos tintineaban pulseras de plata y sus pies estaban calzados.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Lucano rápidamente en griego. No contestaron por lo que Lucano repitió la pregunta en egipcio. La mujer estalló en sollozos, luego se echó a los pies de Lucano, cogiendo sus vestidos.

—¡Ayúdanos, señor! —exclamó y empezó a gemir febrilmente.

El joven permaneció aparte sin poder apartar sus ojos de Lucano. Pero se encogía hacia atrás y trataba de cubrir su cuerpo con sus harapos.

Entonces Lucano oyó ruido de muchos pies de perseguidores acercándose por la calle y vio rojas sombras de antorchas que se aproximaban. La joven gimió e instintivamente presionó su frente contra Lucano como si de nuevo le rogase que les ayudase. Pero el joven dijo en una voz curiosamente ronca:

—Asah, vete con ese hombre y te ayudará a escapar y dejadme. ¡Asah vuelve con tus hijos!

La muchacha volvió a gemir.

—No, permaneceré contigo para siempre —sollozó— moriré contigo.

El sonido de los perseguidores que se acercaban despertó a Lucano. Alzó a la muchacha de sus pies y dijo al hombre:

— ¡Venid conmigo! De prisa!

Cogió la mano de la muchacha y corrió con ella hacia la pared de atrás, seguido por el hombre. Encontró la puerta, la abrió e hizo que los dos entrasen diciendo suavemente:

—Permaneced aquí. Yo les distraeré.

Permanecieron temblando los dos por un momento y le miraron y de nuevo se sintieron sorprendidos por lo que vieron. Luego la puerta se cerró y quedaron solos.

—Es como Osiris —susurró la muchacha, unió sus manos y cayó sobre el brocal del pozo. El hombre no se acercó sino que se acurrucó junto al lado de las casas que circundaban el patio y cerró los ojos.

— ¿Viste su rostro? —siguió la muchacha e inclinó la cabeza.

—Silencio, querida —respondió el hombre y se mantuvo lejos de ella.

Lucano volvió a recorrer la calle rápidamente cuando una multitud de hombres aparecieron en la entrada, vacilaron y alzaron las antorchas en alto maldiciendo; el griego redujo su velocidad y se acercó a ellos con calma. Miraron al callejón. Le vieron acercarse y se detuvieron. Él continuó andando con digna seguridad, como andan los nobles, su daga en la mano. Vio a los sudorosos soldados armados y habló en la lengua autoritaria de Roma.

— ¿A quién andáis buscando? —preguntó dirigiéndose sólo al centurión—, soy Lucano, hijo de Diodoro Cirino, de Roma, y médico.

La luz de las antorchas iluminaban las oscuras caras de la muchedumbre que rodeaba a los soldados y Lucano pudo ver los salvajes ojos y las indignas bocas, así como los palos alzados moviéndose alumbrados por una luz rojiza. Un agudo silencio cayó sobre los perseguidores. Después el centurión dio un paso hacia adelante, alzó su mano respetuosamente y habló con una mirada un tanto asombrada.

—Señor, buscamos a un hombre y una mujer; un hombre y su esposa. Corrían delante de nosotros. ¿Los has visto?

Lucano hizo una pausa. Las mentiras le eran extrañas por lo que respondió:

—Ved que estoy solo y que nadie está conmigo. Además, esta calle no tiene salida. Observa la pared de atrás. Volvía a mi casa y me he perdido. Me sentiría muy agradecido si me dieses de escolta a uno de tus soldados porque esta ciudad es peligrosa.

Su único pensamiento era alejar a la multitud y a los soldados de aquella calle a fin de que el hombre y la mujer pudiesen después escapar. El centurión le saludó.

—Señor, uno de mis hombres te acompañará. Entretanto debemos buscar a esa gente hasta que los encontremos.

— ¿Son ladrones? —preguntó Lucano. Contuvo su respiración para evitar el penetrante olor de sudor y violencia que rodeaba a los perseguidores.

—No, señor. El hombre está leproso.

— ¿Un leproso? —Lucano les miró.

—Sí, señor, un tal Sira. Fue echado de la ciudad al desierto hace unos meses. Sabes que es obligatorio matar a los leprosos que vuelven una vez han sido expulsados a las cuevas, donde viven. Sin embargo, algunos de sus vecinos le vieron mirando a través de la ventana de su casa, a unas cuantas calles de aquí, y mirando a su esposa y a sus hijos.

—La esposa, Asah, vive con sus padres, y su padre es un tendero de alguna importancia. Los vecinos despertaron a la guardia. Como médico, señor, comprenderás que un leproso en la ciudad no sólo es una amenaza, sino que debe morir, porque ha violado la ley y podría infectar a otros.

—Sí, comprendo —Lucano hizo una pausa poseído por agitados pensamientos. Se estremeció. Luego se encogió de hombros. Y sin embargo su corazón se sintió lleno de una cálida compasión y tristeza al pensar en

el deseo de Sira que sólo quería ver a su esposa y sus niños de nuevo antes del exilio eterno y de la muerte. Dijo:

— ¿Cómo supo la mujer la presencia de su esposo en la ventana?

El centurión respondió pacientemente:

—Oyó los gritos de los vecinos que pedían la presencia de la guardia y salió corriendo de la casa y al ver que su esposo empezaba a huir corrió con él, sabiendo que él debe morir al instante —el centurión movió su cabeza—. Las mujeres no tienen inteligencia, señor.

«No, sólo amor», pensó Lucano.

Enfundó su daga. No sabía que hacer pero debía hacer algo. Pensó que Sira sólo había deseado ver a su familia. Era evidente que no había tenido intención de permanecer en la ciudad ni de permitir que su esposa supiese su presencia. Esto quería decir que si los vecinos no le hubiesen visto hubiese vuelto a partir de nuevo tan silenciosamente y mudo como había vuelto, a aquella muerte evidente y al sufrimiento en el desierto. Era digno de aquella oportunidad aunque la muerte era mejor que la vida del leproso. Más aún, había que tener en cuenta a su esposa. Debía evitar que viese como una vil muchedumbre caía sobre su esposo y le destrozaba ante sus propios ojos. Lucano volvía a percibir el ansia de sangre entre los perseguidores, el deseo de matar, de aplastar, de destruir, de destrozar y fue aquel ansia lo que le decidió. Por lo tanto dijo:

—La situación es muy seria, mi buen centurión. Por lo tanto no te privaré ni de un sólo hombre en esta búsqueda. Como médico comprendo la gravedad del asunto. No vivo muy lejos de aquí. Entretanto el desgraciado está escapando. Vete al instante en su busca.

El centurión vaciló. El hijo de Diodoro Cirino era un hombre importante, honorable y además médico. Debía ser guiado. Pero Lucano se alzaba ante él, alto, joven y fuerte y estaba armado. El centurión sonrió y saludó y hombres y soldados volvieron hacia atrás, iluminados por sus rojizas antorchas, y desaparecieron como un crujiente alud.

Lucano esperó hasta que la calle estuvo de nuevo silenciosa. Ni una sola luz había aparecido en las oscuras ventanas de las paredes, ni un sólo extraño había salido, ni una sola puerta escondida se había abierto, a pesar del ruido. Aquel era un lugar negro y siniestro y los habitantes se habían mantenido quietos discretamente dentro de casas, ventanas y paredes. Lucano volvió cautelosamente la puerta; miró de nuevo arriba y abajo de la calle, levantó la aldaba y entró rápidamente en el patio circular.

Asah estaba sentada en el bajo brocal del pozo, llorando y gimiendo, Sira permanecía de pie a alguna distancia, escondiéndose de la luz de la luna y contemplando con ansiedad a su esposa, a quien trataba de consolar en voz baja y evitar sus lágrimas. Ninguno de los dos se dio cuenta de la presencia de Lucano, que permaneció en las densas sombras de la puerta cerrada.

—Ah, querido mío —gemía la joven—, ¡Si como médico no hubieses intentado curar a los leprosos! Pero tú tan caritativo, tan tierno y amable, debías atenderles y debiste sacrificar por ellos en los templos. Les escondiste de las autoridades en tu desesperada compasión. « ¿Acaso no son humanos, carne de mi carne, mis hermanos, la palpitación de mi corazón?»Esto es lo que tú decías querido mío, pero los dioses y los hombres son crueles y sin justicia, y la terrible enfermedad se apoderó de ti contagiada por aquellos que se sentían afligidos por ella. ¿Tuviste en cuenta a tu esposa y tus pequeños niños? No, me dijiste que como médico estabas dedicado a uno mayor que nosotros, que ha profesado el juramento sagrado de aliviar a la humanidad y suprimir sus sufrimientos. En venganza, los dioses te han afligido con este horror monstruoso y te han separado de los brazos de tu esposa y los besos de tus hijos.

Sira gimió.

—No traicioné mi juramento. Si los dioses me han traicionado, el crimen es suyo.

La joven alzó su pálido rostro a la luz de la luna y su oscuro cabello cayó en desorden sobre sus hombros y sus lágrimas relucieron como brillante plata.

—Ah, sí —murmuró— es cierto que los hombres son a veces mejores que sus dioses. ¿Hubiese yo conseguido separarte de los afligidos? No lo creo. ¿Qué más puede hacer un hombre sino cumplir con su deber? —se levantó y se dirigió hacia su esposo con los brazos extendidos tristemente.

Pero él exclamó:

— ¡Impuro, impuro!

—No para mí, no para mí, Sira. Soy tu esposa. Donde tú vayas yo iré. Donde vivas, allí viviré yo. ¿Qué son los hijos y los padres para una esposa que ama a su esposo? Ellos son como nada para mí; no son ni sombras cuando oigo la voz de mi esposo. ¿Morarás en una cueva? Entonces allí moraré yo. ¿Comerás el pan de caridad? También lo comeré yo. Si duermes con las zorras y los cuervos, también yo dormiré y tu cama será mi cama. Porque no hay nada en el mundo para mí sino tú, y ningún mar, muerte, sangrienta mano del hombre, ni ningún odio de los dioses nos separará.

Sira extendió sus palmas desesperadamente para mantenerle lejos.

—Te ruego, amor mío, que no te acerques a mí. ¡En el nombre de los dioses, mantente lejos de mí! No, no irás conmigo a morir como leprosa, a llamar a las puertas para suplicar la compasión de los demás, a corromperte, sangrar y transformarte en inútil, ciega y llena de heridas. He amado tu dulzura y tu belleza. ¿Moriré recordando lo que podrías llegar a ser por mi culpa?

— ¿Moriré yo, Sira, recordando que te he abandonado, a ti, a quien juré nunca abandonar?

Sus manos se extendieron hacia él, pero él se refugió contra la pared, como un reptil, y, se deslizó a lo largo de ella, produciendo un sonido áspero.

— ¿Me torturas, Asah, con la vista de tu amado rostro leproso? Vete te ruego. Vete y olvídame. Soy uno entre los muertos. He de morir. La corrompida cosa que tú ves ante ti no es tu esposo. Eres joven; cásate otra vez y ten más hijos, y llora por mí, pero no te acuerdes de mí.

—En mi corazón siempre habrá un recuerdo. No me separes de ti, Sira. Déjame abrazarte. Déjame volver a besar de nuevo tus labios.

Asah lloraba, y el débil sonido de su llanto llenaba el patio con ecos más descorazonadores. Siguió tras él lentamente. Una persecución impulsada por el amor y la devoción.

— ¡No! —Exclamó Lucano, y surgió de entre las sombras— ¡Tu esposo tiene razón, y no debes tocarle!

Sira y Asah se sorprendieron ante el sonido de su voz y permanecieron mudos, mirándole. Su cabeza surgía de entre sus anchos hombros como la cabeza de un dios, con una belleza hermosa y terrible. Asah puso sus manos sobre sus labios y permaneció inmóvil mientras el viento nocturno levantaba su cabello como una bandera. Sira le miró desde las sombras y sus ojos se abrieron. Lucano se acercó a él, le tomó de un hombro y le sacó a la luz de la luna y luego le examinó cuidadosamente.

—Soy médico— dijo Sira con voz rota— tengo la lepra.

No había ninguna duda. El aspecto leonino de la enfermedad había ya engrosado los rasgos de Sira. Costras de un color azul rojizo y amarillento marrón manchaban su rostro; aquí y allí, sobre su frente y garganta se abrían lesiones ulceradas que supuraban pus y suero. Su voz ronca traicionaba la invasión de su laringe por la enfermedad. Incluso sus manos revelaban el horror de la enfermedad, y dos o tres de sus dedos estaban gangrenados.

—Que impíos son los dioses —dijo Asah mientras sus brazos temblaban extendidos hacia su esposo—. Mi Sira es el más amable de los hombres, el más delicado, y sin embargo ahora debe morir y no puede escapar de la ciudad sin ser visto. Pero si él debe morir, yo moriré con él, buen señor.

—Señor, llévatela de mí —imploró Sira—, condúcela a nuestro hogar, porque está perdida si permanece aquí por más tiempo.

Lucano se sintió poseído de un éxtasis de furor, desesperación y piedad. Cogió con fuerza los hombros de Sira en sus firmes manos y cerró los ojos, dirigiéndose a Dios en silencio pero con furor:

«Oh, Tú que has atormentado así a éste hombre, que tan sólo deseaba salvar a Tus víctimas de Tu odio... ¿Golpearás siempre a aquellos que ayudan a los afligidos, que son inocentes, que carecen de maldad y de malicia? ¿Debes siempre reservar Tus sonrisas para los viles, y Tus bendiciones deben ser derramadas sobre los injustos? ¿Por qué no nos destruyes y nos dejas tener paz para siempre en la infinita tumba, cubiertos por la piadosa noche, lejos de Tus vengativos ojos? ¿Qué hemos hecho para merecer Tu odio, Tú que no tienes ojos, ni miembros, ni sangre de hombre, ni posees su carne? ¿Sangras Tú como sangra el hombre? ¿Tiembla Tu corazón como tiembla el corazón del hombre? ¿Has sufrido dolor, oh, Tú, que afliges con dolor? ¿Has amado como ama el hombre? ¿Has tenido un hijo a fin de que puedas saber lo que es gemir por él?»

Sira y su esposa permanecían tan quietos como piedras, forzando sus oídos; no oían voz alguna pero débilmente se percataban de que algo terrible sonaba en aquel lugar iluminado por la luz de la luna, en aquel lugar silencioso y fétido. Vieron el rostro contraído de Lucano, sus ojos cerrados, sus labios separados entre los que brillaban sus dientes como mármol.

De nuevo se dirigió a Dios con una salvaje amargura en su corazón.

« ¡Oh, murmuró, si fueses misericordioso en Tu ilimitado poder podrías curar a este miserable hombre y devolverle a su esposa y a sus hijos! Si poseyeses tan sólo un ápice de piedad humana quitarías esta enfermedad de él y le dejarías limpio. ¿Soy yo mayor que Tú; más misericordioso que Tú? Te juro por todo lo que me es querido que si yo pudiese tomar sobre mí estas lesiones y huir para siempre al desierto, recordando que había salvado a un hombre, este hombre volvería con su esposa y con sus niños.»

Sira notó las manos de Lucano sobre sus delgados hombros y le pareció que una extraña y asombrosa fuerza emanaba de los dedos de Lucano como un frío y poderoso fuego. La fuerza penetró, agitándose a través de sus huesos, estremeciendo su carne, y haciendo que su espalda se arquease y sus pelos se pusiesen de punta. Era como si un rayo hubiese caído sobre él. No podía respirar ni moverse; se apoyaba contra las manos de Lucano y su corazón palpitaba en sus oídos como con un sonido de tambores ultraterrenos. Pensó para sí: « ¡Estoy muriendo!» Y la luz de la luna desapareció de sus ojos y todo quedó cubierto por una profunda oscuridad.

« ¡Yo no soy Dios!», exclamó Lucano en su corazón. «Soy sólo un hombre. Por eso tengo compasión. ¡Oh, sé misericordioso! ¡Sé misericordioso!»

Abrazó a Sira contra su pecho y le mantuvo contra él con firmeza, mientras las lágrimas caían de sus mejillas y corrían por la frente del otro hombre. Y Asah comprendiendo vagamente que algo había ocurrido más allá de la comprensión humana, cayó de rodillas a los pies de Lucano y apoyó su cabeza contra ellos.

Después Lucano sintió que una tremenda virtud le había abandonado, como sangre que hubiese escapado de sus venas y una misteriosa debilidad hizo temblar su cuerpo.

Amablemente, con manos temblorosas, apartó a Sira de él suspirando.

—Torna mi manto y capucha —dijo— esconde tu rostro en él. Aquí están mis sandalias —e inclinándose sacó sus sandalias y las colocó cerca de los pies del leproso—, aquí está mi bolsa y mi daga. Nadie te reconocerá. Vete de la ciudad y no vuelvas. Y si hay Dios vete con Su paz.

Colocó su manto sobre los hombros de Sira y puso la daga y la bolsa en sus manos y permaneció de pie ante el esposo y la esposa descalzo y vestido tan sólo con su túnica amarilla. Ellos le miraron incapaces de hablar a causa de su excitación y gratitud y les parecía como si aquel joven fuese el mismísimo hijo de Isis.

Lucano se volvió, abrió la puerta y salió a la oscura calle, mientras las piedras cortaban sus pies sin que sintiese el dolor. Cegado por las lágrimas se alejó vacilando, hundido en tristeza y pesadumbre.

Durante largo tiempo Sira y Asah no se movieron ni hablaron. Permanecieron allí, a la luz de la luna, como estatuas esculpidas, mudos de asombro. Después Asah, se acercó a su esposo otra vez y extendió sus brazos, pero él los apartó de sí. —Impuro— murmuró y dejó que ella viese claramente su rostro y sus brazos a la luz.

Asah emitió un alto y desgarrador grito, después cayó sin sentido sobre las piedras, como si hubiesen descargado sobre ella un golpe. Sira miró sus brazos y vio que estaban completamente limpios y sin postillas. Asombrado les dio vueltas y los examinó y descubrió que no había en ellos ni la más pequeña mancha. Se llevó las manos a las mejillas y frente y sintió que estaban tan suaves como la carne de un niño, cálidas y llenas de sensibilidad.

Miró a la puerta cerrada a través de la cual Lucano había desaparecido, cayó de rodillas junto a su desmayada esposa y alzó sus manos en oración.

—« ¡Oh, tú muy bendito; oh, tú que nos has visitado!...»

CAPITULO XX

Cusa miró a Lucano con consternación.

—No es posible, señor —exclamó, sosteniendo su cabeza entre las manos. Su impío rostro y nariz impúdica, de sátiro habían palidecido con horror.

—Lo siento —dijo Lucano pacientemente—, he tratado de explicarlo. No hay necesidad de otro oficial médico público en Roma, que está lleno de modernos sanatorios. Sí, comprendo que la Asamblea Pública me ha designado muy amablemente bajo la recomendación de Diodoro y con un estipendio considerable. ¿Pero acaso un médico no ha de ir allí donde es más necesario? Hipócrates lo ha dicho así y yo he prestado su juramento. Mi trabajo será entre los pobres, oprimidos y abandonados, los moribundos y los que están desesperadamente enfermos, para quienes no hay ningún cuidado en las ciudades que bordean el Gran Mar. Ministraré a los esclavos y a aquellos que viven en desesperanzada pobreza, y no les cobraré nada, excepto al rico dueño de esclavos. Iré entre los que están en las prisiones y en las galeras, en las minas y en los barrios bajos, en los puertos y en las enfermerías para indigentes. Allí está mi trabajo y no puedo renunciar a él.

—Pero, ¿por qué? —exclamó Cusa incrédulamente. Lucano estaba sentado sobre su cama, en una austera y blanca habitación donde dormía, estudiaba, y contemplaba sus largas y pálidas manos.

—Te lo he dicho; debo ir donde se me necesita.

Cusa movió la cabeza entre las manos. ¿Estaría Lucano loco? ¿Habrían desordenado las furias su mente? ¿Le habría visitado Hécate en secreto durante la noche? ¡Por todos los dioses, aquello no podía ser ni comprendido ni soportado! Cusa habló con voz que quiso ser convincente y tranquila, como se habla a un hombre que sufre locura.

—Señor, tu familia te necesita; tu padre adoptivo se siente orgulloso de ti y es el más orgulloso de los romanos. Tu madre no te ha visto durante años, tu hermano y hermana ni siquiera te conocen. ¿Qué se dirá de Diodoro, que ha adoptado como hijo suyo a un vagabundo, que cuida de la escoria de la tierra en ciudades bárbaras y ardientes, en los caminos y callejuelas? Esto está bien para un médico esclavo, pero no para el hijo de Diodoro Cirino. ¿Qué dirás a Diodoro y a tu madre? Se sentirán avergonzados ante todo Roma.

Lucano movió la cabeza con gesto cansado.

—No tengo palabras que lleguen hasta ti Cusa, o que disipen la niebla de tu excitación. Basta. Tú y tu familia partiréis mañana conmigo para Roma y las posesiones de mis padres. Allí os sentiréis felices. —Sonrió con afecto a su antiguo maestro.

—Mi falta de comprensión es suave comparada con la falta de comprensión que Diodoro mostrará.

—Lo sé.

Lucano frunció su ceño, luego sonrió recordando al belicoso romano —pero debo hacer lo que debo hacer.

—No sabes lo que es la pobreza, señor. Cuando seas un médico mendigo, que vague de puerto en puerto —porque ciertamente Diodoro no te sostendrá con su bien guardado dinero bajo tales circunstancias—, descubrirás lo que es pasar hambre, estar sucio, sin hogar y en harapos. No te deleitarás en ello, Lucano, porque tu carne ha sido cuidadosamente criada, mimada, vestida con lino del mejor y la mejor lana. Lucano explícame, ¿qué es esta locura? ¿Qué es un esclavo, un pobre, un criminal? Menos que humanos. ¡Mejor sería para ti tratar a los perros y otros animales de los ricos patrimonios de Roma! Traería menos vergüenza y tristeza a Diodoro si hicieses esto.

Lucano reflexionó. ¿Cómo podía decir a Cusa: «Debo liberar a los torturados por su enemigo?» Cusa quedaría entonces completamente convencido de que estaba loco.

Cusa le contemplaba con interés. Luego estalló:

— ¡Es ese maldito José ben Gamliel! Le he escuchado hablar contigo en los jardines. Señor, los judíos son incomprensibles y su misericordioso Dios, sus mandamientos y sus leyes cosas ridículas referente al trato del

hombre con el hombre. Todo es una superstición deplorable y añade tristeza a la vida. ¿Has visto que algún judío tenga el rostro feliz? ¿Has oído la risa de las fiestas romanas y el abandono y baile propio entre los romanos en la casa de un judío? ¡No, esto queda sólo para los bárbaros romanos! No es que yo —añadió Cusa— considere a un romano mucho más que un bárbaro. Pero por lo menos es un hombre de nervio y sangre y siente el respeto debido por las artes de Grecia, aunque sea un hijo de loba. El romano es realista. Los judíos tratan con supersticiones transcendentales. Hablan de libertad, lo cual es imposible; esperan lo imposible de su Dios y cualquiera con un poco de sentido comprende que los dioses nunca tratan con imposibles o esperan una gran virtud de ellos.

Lucano respondió con furor:

— ¡No creo que Dios sea misericordioso ni bueno! No creo lo que José ben Gamliel me dice de Él. Ahorra tu aliento, Cusa. Debo dejarte ahora para ir a despedirme de mis profesores.

Cusa, excitado, herido y completamente confundido, comprendió que había sido despedido y se fue en busca de su esposa. Callíope le escuchó mientras daba de mamar a su hija y se mordió los labios repetidamente. Luego encogiéndose de hombros dijo:

—Siempre he creído que Lucano era extraordinario.

Lucano no sentía pena por abandonar Alejandría. Desde que Rubria había muerto, no había sentido atracción por ningún lugar del mundo, ni deseos de visitarlo o de viajar como un joven rico. Para él el mundo era una enfermería, lleno de gemidos, ninguna belleza o arquitectura, ninguna música tenía poder para aligerar su infinita tristeza. Pero la noche anterior había soñado con Sara bas Eleazar; Sara cuyo padre había sido enterrado ayer. Había tenido un sueño confuso. Ella había acudido corriendo hacia él a través de un campo de flores, riendo dulcemente, y cuando llegó junto a él su rostro era el rostro de Rubria, brillante como si estuviese iluminado por un sol de primavera. Su oscuro cabello caía hacia atrás de su blanca frente y Lucano se había sentido transportado en un éxtasis y completamente transido de gozo. Después había visto el color violeta de sus ojos y el dolor se había apoderado de él. En su sueño, sin saber por qué, le había respondido interrogadoramente: « ¿Rubria?» y ella había respondido con su dulce voz: «Amor». El había negado con la cabeza: «No hay lugar en mi vida para el amor. Nunca más tomaré el amor, porque el amor es como una serpiente en el pecho, llena de veneno y agonía.» Entonces ella se había apartado de él, con un aspecto lloroso que se extendió por todo su rostro, inquisitiva y triste y las flores se habían elevado y la habían ocultado de él. De nuevo volvió a sentir su antigua tristeza, y lloró. En aquel momento se despertó.

Recordaba este sueño mientras empaquetaba en su gran cartera de médico sus valiosos instrumentos quirúrgicos: fórceps, escalpelos, sierras para amputar, probetas, jeringuillas y taladros. Cada instrumento de acero cuidadosamente forjado, tenía que ser envuelto en un paño de lana impregnado con aceite de oliva para resguardarlo del óxido. Poseía también instrumentos más antiguos, de cobre y bronce, menos agudos. Aquellos eran también guardados en su cartera, envueltos con sumo cuidado. Añadió sus valiosos libros de medicina, una serie de ligaduras en una caja de seda y algunos frascos especiales de medicina orientales. Cusa cuidaría de sus efectos personales, de los cuales él tenía pocos. Lucano los examinó para ver lo que podía dar a los pobres y a los desheredados en la enfermería y en la escuela de medicina. Un pequeño saco cayó desde algún vestido al suelo, produciendo un sonido fuerte, y cuando lo levantó y lo abrió, vio que la cruz de Keptah, que Rubria le había dado, estaba en su mano, con su cadena de oro relumbrando. Lucano sintió un repentino hervor y desesperación en sí mismo y deseó arrojar la cruz lejos de su vista. Pero Rubria la había colocado sobre su mano en el momento de morir. No recordaba como la había llevado allí. Lo había olvidado. Luego alentó sobre el oro y lo frotó contra su manga hasta que volvió a brillar con intensidad y, recordando a Rubria, con un nuevo acceso de dolor, besó el signo de la infamia, lo volvió a su bolsa y la colocó en su cartera de médico. De nuevo pensó en Sara, la hermosa y joven Sara, gentil figura que florecía hacia la plena feminidad, su blanco cuello y amables ojos inocentes. Abandonó la habitación aprisa, como huyendo, y se dirigió hacia la Universidad.

Sus maestros le saludaron con afecto y todos le dieron amuletos, incluso los cínicos médicos griegos y todos expresaron su pena por su partida y le bendijeron.

—Recuerda, mi querido Lucano —dijo uno de los griegos— que la medicina ha estado siempre asociada con el sacerdocio, porque no hay que cuidar solo el cuerpo y un médico debe también tratar las almas, de sus pacientes, y en último extremo, debe depender para la curación del Divino Médico.

Lucano se sintió sorprendido ante aquella afirmación de uno de los griegos de mente más lúcida, pero el hombre le miraba seriamente; después le besó en ambas mejillas.

—No temo por ti —dijo.

Tan sólo a uno de sus maestros deseaba evitar Lucano. Pero encontró a José ben Gamliel esperándole y el maestro le introdujo en la biblioteca que tenía en la stoa. La biblioteca era pequeña, fresca y austera, los muebles sencillos.

—No nos encontraremos de nuevo —dijo el maestro judío tristemente, contemplando a Lucano con sus grandes y luminosos ojos—. Nunca nos volveremos a ver. Este es un adiós definitivo para nosotros.

—No lo sabes —dijo Lucano.

—Ah, lo sé.

José ben Gamliel permaneció silencioso por un momento. Apartó su barbudo rostro de Lucano y la cálida luz blanca que brillaba a través de la pequeña ventana iluminó aquel perfil, dándole un misterioso fulgor, moldeándole y cambiándole.

—Debo contarte una historia —dijo José.
Lucano sonrió con impaciencia.
—He descubierto que los judíos siempre tenéis una historia que contar —dijo—. Todo está poetizado, o es una metáfora o hipotético, u oscuro, o dicho en la forma de una pregunta implícita. La vida es corta. ¿Por qué han tratado los eruditos judíos el tiempo como si no existiese y como si hubiese una eternidad para discutir?
—Por una razón —dijo José—. Porque el tiempo no existe y hay una eternidad para la discusión. ¿Crees aún, mi pobre Lucano, que el espíritu del hombre está encadenado por el tiempo o los acontecimientos?
Se volvió hacia Lucano y de nuevo su rostro cambió y adquirió un tinte extraño de infinita tristeza, y Lucano pensó en los antiguos profetas, acerca de los cuales había oído relatos de los judíos en Antioquía y de José en Alejandría.
—Recordarás la esperanza de los judíos en un Mesías que vendrá, de la cual te he hablado —dijo José—. Él librará a su pueblo, Israel, en conformidad con la promesa de Dios. Fue Abraham, el padre de los judíos, un babilónico de la antigua ciudad de Ur, quien nos trajo estas buenas nuevas. Has leído las profecías de Isaías en relación con Él. Él será llamado el Príncipe de Dolor, según este profeta y su Madre aplastará la cabeza de la serpiente con su talón y el hombre será librado del dolor, y la muerte no existirá más. Por sus heridas nosotros seremos curados.
—Sí —dijo Lucano con una creciente impaciencia. José le miró—. Conozco las Escrituras judías. Conozco las profecías en relación con vuestro Mesías. ¿Pero en que me concierne esto? ¿Todos los pueblos tienen sus ritos y sus dioses y que representa un Dios judío con respecto a los otros?
—No hay más que un Dios —dijo José—. Él es el Padre de todos los hombres. ¿Crees que el Mesías vendrá sólo para los judíos? Ellos son el pueblo de la profecía, por lo tanto es comprensible que la profecía se les diese a ellos. La Ley fue entregada por manos de Moisés. Por la Ley un hombre vive o muere. Los gentiles deben aprender por medio de la elevación de sus imperios, su sangriento declinar y el vasto y cambiante polvo de los siglos. Lucano, recordarás que la profecía del Mesías se ha introducido en todas las religiones del mundo y no sólo en las Escrituras de los judíos. Dios dotó a todos los hombres y en todos los lugares, con un pálido conocimiento de su venida entre los hombres. El alma tiene su modo de conocer por encima de los estériles razonamientos de la mente. Tiene sus instintos, como el cuerpo tiene los suyos.
Lucano no contestó. Su impaciencia estaba haciéndose incontrolable. Jugó con la cadena de oro que colgaba de su cuello y recordó que en el último momento había quitado la cruz de Keptah de su cartera y la había colgado de su cuello. La cruz quedó sobre su túnica, José la vio y una gran emoción cruzó su rostro. Pero continuó hablando suavemente:
—Hace trece años, Lucano, yo era profesor de Ley Santa en Jerusalén. Mi esposa dio a luz a un hijo una noche fría de invierno. Era una noche muy extraña, porque una gran estrella, que había aparecido en los cielos, permaneció fija durante unas pocas horas y después se dirigió hacia el Oriente. Nuestros astrónomos se excitaron mucho. La llamaron Nova y profetizaron que su aparición anunciaba portentos y tremendos acontecimientos. Recuerdo aquella noche muy bien. Nuestro rey era Herodes, un hombre malo. Se extendió por toda la ciudad de Jerusalén el rumor de que en la pequeña ciudad de Betlehem había nacido el Rey de los judíos. Llegó a Jerusalén contado por hombres humildes y sencillos, entre ellos unos pastores que relataban la más asombrosa historia. Hablaron de una Compañía Celestial que se les había aparecido mientras guardaban sus rebaños en las montañas y les había dado nuevas de gran gozo. Puesto que los reyes son desconfiados, tienen miles de oídos, y así aquella historia llegó a oídos de Herodes, la historia de unos desconocidos e ignorantes pastores. Inmediatamente, temiendo por su poder, ordenó que todos los niños nacidos recientemente fuesen atravesados por la espada.
José hizo una pausa. Lucano escuchó con involuntaria fascinación. Entonces, de pronto, recordó la gran estrella que había visto de niño en Antioquía y su corazón palpitó de temor.
José añadió sencillamente:
—Mi hijo estaba entre aquellos asesinados por Herodes y el corazón de mi esposa no pudo resistirlo y murió.
Lucano se sintió inmediatamente lleno de compasión y avergonzado por su impaciencia, y más avergonzado aún por los vehementes y enfadados comentarios que había dirigido a José en el pasado. José había conocido la muerte, el dolor y la amarga pena, y él, Lucano, le, había acusado de no saberlo. Miró a José con piedad. Luego dijo:
— ¡Cuánto has debido odiar no sólo a Herodes, sino a Dios por aquellas muertes insensatas! José movió su cabeza con signo negativo y sonrió débilmente.
—No. ¿Cómo puede un hombre inteligente odiar a Dios? Estas son pasiones infantiles.
Luego mantuvo silencio por tan largo rato que Lucano creyó que le había olvidado. Después, José, mirando a través de la estancia hacia la lejanía continuó con acento más suave:
—En la última Pascua, visité mi antiguo hogar en Jerusalén. La ciudad estaba invadida por peregrinos de Galilea, Samaria y Judea. En un patio interior estuve hablando con mis amigos eruditos y comentadores. Era un día de hermosa primavera, lleno con los perfumes de las flores y los ricos olores de especies e incienso. El cielo parecía una brillante perla y la ciudad estaba inundada de luz, de sonidos y canciones de gozo. Nunca había visto yo un día tan hermoso y lleno de calma y el corazón del pueblo estaba contento y olvidaron a César y a Herodes porque Dios les había sacado de nuevo de la tierra de Egipto. El sonido de los címbalos y trompetas se oía por doquier. La ciudad brillaba llena de coloreadas banderas y el templo se alzaba contra el

cielo como una joya de oro. Aunque era viudo, con tan sólo una hija casada en Alejandría, sentí mi primer gozo en trece años y mi corazón se sintió inundado por una ola de expectación.

Hizo una pausa. Sus patéticas manos se unieron y su rostro se alzó sonriendo ensoñador.

—Los soldados romanos llenaban las calles. Ellos también habían sentido el raro deleite de la primavera. Tan sólo tenían una forma de expresarlo, porque eran extranjeros en una tierra extraña que les odiaba. ¡Los pobres muchachos! Deseaban participar en el gozo general, pero los judíos les ignoraban en su fiesta. Los soldados se emborrachaban e iban por las calles cantando. Es triste que un hombre sea despreciado por sus hermanos y yo sentía compasión por los romanos. Teníamos guardia en el templo, que protegía los patios interiores de toda intrusión. ¿Dónde estaba la guardia aquél día? No lo sé. Pero de pronto las cortinas se separaron y un joven muchacho entró en el patio. Un joven muchacho alto y muy hermoso, vestido con la ropa ruda de la gente común. Sus pies estaban bronceados por el sol e iba descalzo. Su blanca piel estaba también tostada por el sol y unos rubios rizos caían sobre sus hombros. Sus ojos eran tan azules como los cielos de verano y poseía un aire majestuoso y comedido. No sonrió, no como un muchacho que acaba de alcanzar la edad de Bar Mitzvah y, por lo tanto, se siente tímido en un mundo de adultos. Su sonrisa era la sonrisa de un hombre y se sentía libre, como un hombre entre sus iguales, como un erudito y hombre sabio entre eruditos y hombres sabios. Nos sentimos muy sorprendidos. Algunos de nosotros fruncimos el ceño. ¿Qué hacía aquel muchacho en nuestro recluido patio dedicado sólo a la sabiduría y a la discusión? ¿Dónde estaba la guardia? El muchacho era evidentemente un campesino. Después nos preguntamos porqué no le habíamos ordenado inmediatamente que se fuese, pero yo, al verle, pensé en mi hijo que, si no hubiese sido asesinado, hubiese tenido su edad. Así es que le dije: «Niño, ¿qué haces aquí? ¿Dónde están tus padres?» Me respondió con una sonrisa seria y el acento inculto y tosco de los pobres de Galilea: «He venido a preguntaros y a. contestaros, señor.»

La cabeza y rostro de Lucano empezaron a picarle. De pronto deseó marcharse y se puso de pie. Pero José aparentó no haberle visto y continuó en su voz lejana y soñadora:

—Tenía el aire de un rey, aquel joven campesino de Galilea, con sus manos gastadas por el trabajo, sus pies desnudos y su elevada cabeza. Creo que fue su aspecto lo que evitó que los doctores y eruditos le mandasen salir con enfado. No consideramos a la gente de Galilea con mucho respeto. Son pastores y trabajadores y su hablar es iletrado, puesto que son gente muy humilde. Pero aquel muchacho parecía un rey. Se sentó entre nosotros y habló con nosotros y pronto nos sentimos sorprendidos por sus preguntas y sus respuestas, porque, a pesar de su acento galileo, hablaba como quien tiene autoridad y con un profundo conocimiento. Nos sumergimos con él en una conversación. Le preguntamos las más difíciles y oscuras preguntas y las contestó con sencillez. Era como si la luz penetrase en una oscura habitación llena de libros eruditos y polvorientos. Y él apenas había salido de la niñez, aquel joven campesino de las áridas y cálidas montañas de Galilea, donde no hay doctores ni hombres sabios. Yo le dije: «Muchacho, ¿quién es tu maestro?» y él con una sonrisa dirigida a mí, una sonrisa como el sol, no me respondió. Fue entonces cuando la cortina se abrió rápidamente y un hombre rudo y barbudo junto con una hermosa mujer joven, vestidos con ropas de campesinos, penetraron en el patio.

De nuevo José hizo una pausa, sonrió con sonrisa infinitamente dulce y remota.

Lucano, lentamente, volvió a sentarse. Dijo para sí mismo: «No debo escuchar... esto es un oscuro absurdo.» Pero escuchó y esperó a que José continuase.

—Nunca olvidaré a aquella mujer, porque tenía un rostro como el rostro de un ángel, radiante más allá de toda descripción. Recuerdo que me sentí instantáneamente sorprendido ante aquel rostro, alzado sobre un cuello y hombros vestidos con baratos y vulgares vestidos. Un manto azul colgaba de su cabeza y vi su brillante cabello y su pura frente. ¿Cómo podría describirla? No hay palabras en ningún lenguaje. Tendría unos veintisiete años de edad. No mucha edad ni siquiera para una mujer. Pero daba la impresión de ser tan vieja como Eva y tan joven como la primavera al mismo tiempo. La historia y el futuro estaban unidos en uno; carecía de tiempo y de años. Supe al instante que era la madre del muchacho, porque poseía un aspecto de reina. El barbudo campesino no dijo nada, aunque era aparente que estaba preocupado. Permaneció junto a la cortina; pero la mujer avanzó hacia el muchacho que volvió la cabeza y la miró y entonces ella le dijo: «Hijo mío. ¿Por qué nos has abandonado, de tal forma que te hemos echado de menos, cuando ya íbamos de camino hacia casa y nadie te había visto? Te hemos buscado por toda la ciudad.» El muchacho no contestó por un momento y luego dijo con mucha amabilidad: « ¿Por qué me habéis buscado?, ¿no sabéis que en los negocios de mi Padre me conviene estar?», y sus ojos brillaron con un amor tierno hacia ella.

José quedó silencioso y Lucano espero. Pero José no habló de nuevo y Lucano dijo impacientemente:

— ¿Es eso todo?

—Eso es todo.

Lucano se mordió los labios.

—No me has explicado nada, José ben Gamliel. ¿Quién era aquel muchacho?

José se levantó y Lucano se levantó también. José puso sus manos sobre los hombros de Lucano y le miró con profundos y .penetrantes ojos.

—Eso debes descubrirlo por tu cuenta, Lucano. Luego sonrió a Lucano con repentina tristeza.

—Dicen nuestras Escrituras que Dios no siempre lucha contra los espíritus de los hombres. —Vaciló un momento—. Cuando Dios lucha con el espíritu de un hombre es con un propósito santo y misterioso y este propósito a veces permanece oscuro para el hombre hasta el día de la muerte En tu caso, Lucano, no creo que

permanezca siempre escondido de ti —Alzó sus manos con un gesto de bendición—. Vete en paz, discípulo mío, tú muy querido y amado médico.

CAPÍTULO XXI

Fue sólo cuando estuvo sobre la cubierta del barco en el puerto de Alejandría y miró a la chillona y vociferante ciudad, llena de multitudes y cubierta por un ardiente cielo azul, que Lucano empezó a sentir la garra de la nostalgia. Dejó que sus ojos vagasen por la ciudad y de pronto se preguntó dónde habían ido los años, porque nunca había sentido ningún lazo que le atase a sus compañeros y profesores y porqué el tiempo había sido como un sueño para él. Había ofrecido excelentes regalos de despedida a sus profesores pero se daba cuenta entonces de que habían sido ofrecidos sin ningún sentimiento y se sintió avergonzado de sí mismo. Era demasiado tarde para volver a sus maestros y decirles lo que sentía en su corazón: «Os amo y os reverencio, porque los maestros sois hombres nobles que trabajáis por poco, y sólo con el afán de sentir vuestras almas desinteresadas satisfechas. En vuestro nombre y en vuestra memoria haré lo mejor que pueda y siempre os recordaré.»

El gran galeón anclado cabeceaba perezosamente. Barcos más pequeños, con velas de color rojo, verde, blanco, amarillo, y escarlata, hormigueaban como si hiciesen diabluras alrededor del gran casco, igual que libélulas, reflejando sus colores lívidamente sobre las quietas y purpúreas aguas. Iban llenos de pescadores medio desnudos; sus morenos cuerpos brillaban en el ardiente sol, sus rojas bocas se abrían para emitir maldiciones, gritos, risas y canciones. Cuando pasaban junto al galeón romano miraban hacia Lucano y le saludaban, hacían algún comentario obsceno con sus voces ásperas o pedían limosna. Sonriendo como no había sonreído en muchos años, el joven abría su cartera y les lanzaba monedas que recogían; el sol brillaba como oro y plata. Los hombres alcanzaban las piezas diestramente y como eran alegres sinvergüenzas besaban las monedas, hacían una reverencia irónica y algún comentario malicioso, luego se alejaban de nuevo. El agua lamía plácidamente el barco. Estaban cargándole aún en el muelle. Esclavos negros, rubrios o escitas, hacían rodar los pesados barriles de aceite, miel y vino por la rampa o acarreaban fardos de tejidos o cestos de olivas o de cacahuetes. Otros subían sacos y cajas de madera cargadas con especies y variados productos de Oriente. De pronto un quejumbroso sonido surgió del concurrido muelle, procedente de un grupo de esclavos encadenados, hombres y mujeres, negros del desierto que eran azotados para que ascendiesen por la rampa y Lucano, contemplándoles, dejó de sonreír. Se volvió y miró los desesperados y llorosos ojos y surgió en él un apasionado furor. Algunas de las mujeres llevaban niños; aquí y allá algún pequeño corría tras un padre o una madre llorando. Los esclavos fueron amontonados abajo, donde las lamentaciones quedaron más contenidas, aunque más insistentes.

Dos centuriones romanos, que habían recibido el encargo de guardarles durante el viaje, aparecieron a su lado y Lucano miró con desprecio sus juveniles rostros tostados por el sol.

—Señor —dijo uno de ellos—, estamos a tu servicio.

Se sentían encantados de volver al hogar, aunque fuese atendiendo a un griego, misión que creían poco importante, por lo tanto estaban agradecidos a Lucano.

—No necesito nada —respondió fríamente—. Uno de ellos se despojó del yelmo y dijo:

—Uf —y enjugó su sudoroso rostro—. Una ciudad corrompida —exclamó señalando hacia Alejandría—. Me encuentro bajo mi armadura como la carne bajo la llama.

— ¿Por qué no te la quitas? —preguntó Lucano.

Los dos jóvenes soldados se sintieron sorprendidos por esta impropiedad y se alejaron a distancia. Lucano sonrió débilmente. No era culpa de aquellos muchachos que los esclavos hubiesen sido llevados al barco y había sido poco lógico, al demostrar su disgusto. Miró a los soldados que permanecían de pie y contemplaban el puerto y los almacenes de carga, sus pulgares metidos en sus cinturones de cuero y sus espaldas más rectas que de costumbre, como si le reprochasen a él. Miró alrededor buscando a Cusa que estaba supervisando activamente un toldo rojo sobre una sección de la parte de atrás del barco, que estaba reservada para Lucano. Llamó a Cusa:

— ¡Atención!

Cusa le miró con irritación, después, expresando renovados consejos y amenazas a los vigorosos marineros que estaban luchando con las cuerdas y con la instalación se dirigió, dándose importancia hacia Lucano, vestido con una rica túnica de algodón egipcio, brillantemente roja y con intrincados bordados de seda amarilla. Se había ungido su escasa barba con aceite perfumado y también su cabello, llevaba una delgada daga alejandrina en una funda de plata en su cinturón.

—Hueles —dijo Lucano— como una ramera.

—Ah —replicó Cusa con un gesto lascivo—, ¿cómo sabes tú eso?

—No te importe —respondió Lucano. Indicó a los ofendidos jóvenes soldados con una inclinación de cabeza—. Sube un jarrón de nuestro mejor vino, si es que tenemos el mejor vino.

— ¿Para ellos? —preguntó Cusa con incredulidad.

—Para ellos.

—Pero señor, el vino del país es bastante bueno. ¿No dicen los romanos alardeando que, como cosmopolitas, lo que el país produce es bueno para ellos, sea lo que sea?
—Digo —remarcó Lucano con severidad, pero con un guiño en sus ojos que no había aparecido desde que era muy joven— el mejor vino que tengamos.
Cusa consideró la orden. Luego miró a Lucano con un candor abierto que no engañó al joven.
—Señor, tú sabes que no hemos tenido ninguna clase del mejor vino. Sin falta de respeto hacia ti, debo admitir que careces de paladar.
—Ladrón —respondió Lucano—, tú siempre te preocupas de que lo mejor esté en tu propia mesa. ¿Acaso no vi hace poco tiempo como subías a bordo varias botellas precintadas y envueltas, acunadas en tus brazos como un hijo querido? Tráeme una y tres copas. Yo mismo siento curiosidad por probar tal néctar.
Cusa parpadeó.
—Señor Lucano, compré aquellas botellas de mi propio bolsillo, del generoso estipendio que me paga Diodoro.
—Muy bien —dijo Lucano—. Te compraré una botella.
Cusa hizo una reverencia elaborada.
—Permíteme, oh Baal, ofrecerte una botella con mis saludos.
—Habló con sarcasmo. Luego vaciló y miró a Lucano con un gesto implorante—. Es un crimen contra los dioses permitir a esos bárbaros romanos lavar sus bocas de cuero con semejante vino. Tenemos un vino bueno y fuerte de Alejandría, muy a propósito para su gusto.
—El mejor vino —dijo Lucano— y no me engañes. Examinaré los sellos cuidadosamente.
— ¿Supongo —respondió Cusa— que no me será permitido que suba una cuarta copa y permanezca burlonamente a una prudente distancia de estos patricios romanos y beba un poco de mi propio vino?
—Puedes beber un poco, muy poco, del vino que te compro —dijo Lucano con gravedad.
—Te lo regalo —respondió Cusa con suavidad y bajó abajo.
Mientras esperaba, Lucano contempló de nuevo la ciudad. Los colores violentos le hacían parpadear. El sol brillaba fieramente sobre las purpurinas aguas y suscitaba olores de caliente madera, de aceite y brea del barco, de pescado muerto, de sal y sudor. Su fogosa luz danzaba sobre los barcos menores, que se deslizaban por debajo, cuyas velas parecían arder. Las armaduras de los soldados despedían fulgores. Los esclavos que cargaban la nave empezaron a cantar quejumbrosamente y los capataces les gritaban y hacían chasquear sus látigos. Más y más carros cargados de mercancías llenaban el muelle.
Cusa, con gran dignidad, apareció con una bandeja de plata en la que había cuatro copas, una de ellas de plata incrustada con turquesas para Lucano. Colocó la bandeja sobre un rollo de aceitada cuerda que había cerca con un gesto que parecía indicar que estaba más acostumbrado a mesas de mármoles. Los centuriones inclinaron sus cabezas y le contemplaron con interés, y al ver el sonrosado vino se lamieron los labios furtivamente. Luego, con gran asombro, oyeron que Lucano les llamaba.
— ¿Me concederíais el placer de uniros a mí en una copa de este vino excelente que, según mi maestro asegura, es el mejor del mundo?
Se acercaron a él con una sonriente velocidad, perdonándole al instante. Lucano apartó a Cusa y les escanció el vino personalmente. El sol se reflejó en él prestándole tonalidades de destilados rubíes. Lucano dio una copa a cada uno y se sirvió a sí mismo. Vertió unas cuantas gotas como libación y ellos siguieron su gesto. Saboreó un poco y dijo:
—Excelente, excelente. Mi maestro es el paladar más delicado de los tres mundos.
— ¿Y cómo sabes eso? —murmuró Cusa, sin sentirse apaciguado.
Se sirvió una copa llena con la reverencia de un sacerdote que oficia ante el altar, lenta y reverentemente. Por lo menos uno de los cuatro apreciaría aquella delicia. Permaneció separado del grupo compuesto por Lucano y los soldados y paladeó su vino. Aquel vino procedía de una viña maravillosa. El mejor de todas las posibles cosechas. Parecía haber atesorado rayos de sol en sus líquidas entrañas, lleno de un cálido y dulce fuego, quedaba en la boca, perfumado, delicioso e intoxicado. Cusa miró a Lucano y a los soldados y se sintió deprimido. Los soldados, era evidente, sólo eran capaces de percibir que el vino era de calidad y en cuanto a Lucano, era imposible concebir que pudiese jamás apreciar su exquisitez. Hablaba, para sorpresa de Cusa, con más animación de la que había mostrado antes y con un amable interés. « ¿Qué le habrá ocurrido?», pensó Cusa. «Puedo casi creer que tiene, después de todo, carne palpitante y no mármol. ¡Por Baco, lo que había dicho era realmente un chiste y no precisamente de los más delicados...!» «Lo habría aprendido inconscientemente de alguno de aquellos impúdicos estudiantes. Me pregunto si sabe lo que realmente significa... Ja, ja, es muy bueno, muy bueno y bellamente verde.» Cusa se sintió muy alegre. Si Lucano mantenía aquel humor, el viaje no sería tan gris como había pensado. El profesor sintióse ligeramente animado, no parpadeó ni siquiera, cuando Lucano llenó de nuevo su copa y la de los soldados. «Si se emborracha, pensó Cusa, me alegraré extremadamente.»
El capitán del barco se acercó a Lucano, pero antes de que pudiese hablar, Lucano exclamó:
—Mi buen Galo, únete a nosotros. ¡Cusa, trae otra copa!
Maldiciendo al capitán, de quien sospechaba que tenía un agudo olfato para las botellas, Cusa obedeció y trajo otra copa. El capitán era un hombre fornido de mediana edad, con un rostro burdo, pero inteligente. Empezó a contar historias poco delicadas a lo que los centuriones hacían rechifla con alboroto y Lucano sonreía. Cusa decía para sus adentros agriamente que por lo menos aquellas historias obscenas estaban por

encima de la comprensión de Lucano, ya que una mirada interrogante había aparecido en el rostro del joven griego, indicación clara de que encontraba la conversación aburrida o desagradable. Era evidente que Galo había aprendido los chistes en casas públicas no distinguidas e incluso Cusa los encontraba un poco fuertes para su gusto. En tono expansivo Galo dijo:

—Es un honor tenerte a bordo, Lucano. Eres el único pasajero de alguna importancia. Esto, como sabes, es un barco de carga, pero es rápido y no cabecea como los barcos de placer. A pesar de que tocaremos una serie de puertos en la ruta, llegaremos rápidamente a Italia.

—Estoy ansioso por llegar a casa —dijo Lucano—. En algunos de los puertos de parada, sin duda habrá cartas para mí.

El capitán miró a las enormes velas blancas que empezaban a ser desplegadas contra el cielo como las alas de gigantes pájaros y gritó algunas admoniciones a los marineros que gateaban por los mástiles. Lucano sirvió más vino, pero no para él.

—Tenemos un buen viento —dijo el capitán bajando la voz al tono normal— y en cuanto la marea baje, partiremos. Esto ocurrirá en menos de una hora.

Lucano miró a la ciudad y por alguna razón que no quiso examinar se sintió asaltado por una poderosa nostalgia y tristeza. Le dolía su corazón con un deseo anónimo y se sintió solitario y perdido. Le asaltó un deseo casi irresistible de dejar el barco. Olvidó al capitán y a los soldados. Luchó con sus oscuras emociones sin rostro ni voz.

— ¿Qué pasa? —preguntaba Galo a uno de sus oficiales jóvenes, que se acercó hacia él saludándole. El oficial murmuró algo a su oído y el capitán miró rápidamente a Lucano y sus turbios ojos de ágata, tan joviales y agudos, se iluminaron y en su rostro tostado por el sol se formaron arrugas sonrientes. Se volvió hacia Lucano y palmeándole cordialmente en un hombro y haciendo guiños, exclamó:

—Una litera llevada por bien vestidos esclavos de Bitinia, acaba de llegar al muelle, Lucano —e hizo un guiño a los centuriones también—. No soy un oráculo délfico, pero apostaría tres sextercios de que es una señora noble. ¡Ah, lo que es ser joven! ¿Mencioné que los esclavos indicaron que la señora desea tener unas palabras contigo antes de que partas?

Lucano abrió los ojos. Miró hacia el muelle y vio que ciertamente esperaba allí una litera con las cortinas cerradas debidamente y llevada por seis vigorosos bitinios, cuyos fuertes brazos estaban adornados por anchas pulseras de plata. La sangre acudió con fuerza al rostro de Lucano y empezó a temblar.

—No conozco a nadie —murmuró—. ¿Estás seguro de que es una señora? —Miró a la adornada litera.

—Estoy dispuesto a apostar contigo —respondió capitán.

Cusa al oír la conmoción se acercó más y también contempló a la distante litera, haciendo sombra a sus ojos para ver mejor. ¿Una mujer? Aquello era imposible en el caso de aquel virgen vestal masculino. Cusa movió la cabeza dubitativamente. Pero Lucano descendió la rampa lentamente, su cabeza brillante al sol; y los alegres soldados, el capitán y Cusa se apoyaron sobre la barandilla del barco y concentraron en la litera toda su atención. Cuando Lucano estuvo junto a ella dijo:

— ¿Quién desea hablarme?

La cortina de la litera se abrió y vio el rostro pálido de Sara ben Elezar mirándole. Iba vestida de negro oscuro y Lucano vio que su vestido estaba rasgado de aquí y allá, siguiendo la forma de vestir de duelo de los judíos y que sus hermosos ojos violeta estaban empañados de tristeza.

— ¡Sara! —exclamó Lucano, y un gran nudo se formó en su garganta. Ella extendió su diminuta mano blanca hacia él y él la tomó.

—No debiera haber venido, Lucano —murmuró—, porque estoy de duelo por mi padre.

Su negro cabello tenía huellas de cenizas. Trató de sonreír pero tan sólo consiguió sollozar sin lágrimas.

Su mano estaba fría entre las de él. A su alrededor reinaba la actividad del muelle, las carreras de los esclavos, los gritos y exclamaciones. Lucano, sin embargo, no veía a nadie sino sólo a aquella joven muchacha y mientras la contemplaba pensó: «Es como Rubria.»

—Sara —dijo otra vez, percatándose de que sus emociones tenían un rostro y una voz.

—José ben Gamliel me dijo que partías hoy —dijo ella.

Su voz sonó ligeramente ronca a causa de pasados llantos.

—He venido hasta aquí, aunque esté mal y sea escandaloso, para agradecerte, querido Lucano, la tranquilidad que llevaste a mi padre y la promesa que le hiciste.

—Fue una promesa hecha con la certeza de que probablemente sería imposible de cumplir —dijo Lucano con tono ausente. Pensó que la mañana de primavera estaba en los ojos de la muchacha; una fragancia de rosa surgía de su vestido. Incluso de luto estaba más bella que ninguna mujer que él hubiese visto antes; su frente más pura y más blanca, su cuerpo virginal más dulce y más suave. El sol se reflejó sobre su rostro, penetrando a través de las separadas cortinas y las mejillas mostraron las huellas de las lágrimas.

—Encontrarás a mi hermano, Lucano —dijo ella con voz dulce—.Yo estaré esperando en Alejandría o en Jerusalén, o —añadió con voz temblorosa— en cualquier otro sitio. Siempre me podrás encontrar, Lucano.

Permanecieron en silencio mirándose uno al otro. El rostro de Lucano estaba tan pálido como el de ella. Después el joven dijo:

—Sara, donde voy yo, nadie más podrá ir. Ni hermano, ni hermana, ni madre, ni esposa. Tengo mucho que hacer y seré un sin hogar y un vagabundo. No hay lugar en mi vida para un amor personal, porque el amor

para mi significa pérdida. De pronto, recordó a Asah en el patio y sus palabras junto al pozo y movió la cabeza en una negativa desesperada. Pero no soltó la mano de Sara. Sara respondió:

—Yo puedo siempre encontrarte, Lucano.

Y sus ojos se llenaron de deseo. De nuevo movió él la cabeza con gesto negativo. Alzó la mano de ella y la besó y luego, volviéndose abruptamente se alejó rampa arriba. No miró hacia atrás ni siquiera cuando ella exclamó tras él:

— ¡Adiós, que Dios vaya contigo!

Lucano no usaba el espacio cubierto con el todo púrpura sobre el puente que le había sido destinado. Por lo tanto Cusa se aprovechó de esto y se tendió sobre cojines como un rey y se dedicó a meditar. « ¿Por qué, se preguntaba a sí mismo, aquel incomprensible tonto de Lucano permanecía abajo durante aquellos hermosos días otoñales, saliendo al exterior del barco sólo a la hora del crepúsculo?» Permanecía abajo todo el día, con sus libros, pero hacia el crepúsculo salía sobre la crujiente cubierta de madera, indicando que no deseaba conversación. Se apoyaba en la barandilla Y contemplaba las violentas puestas de sol y el oscuro mar cruzado por reflejos de fuego, sin darse cuenta de la presencia de los marineros, los centuriones, el capitán y los demás pasajeros. Su rostro tenía la cerrada y quieta expresión de la piedra; sus ojos estaban rodeados de profundas ojeras. Parecía estar perdido en algún oscuro sueño del cual nada ni nadie podía despertarle.

Al atardecer la voz del mar, pacífica y susurrante todo el día, empezó a clamar fuertemente. Las blancas velas tendidas contra el cielo y la lechosa estela del barco, adquirieron las tonalidades sangrientas del sol poniente, silencioso pero amenazador. Hubo un momento en que los cielos estallaron en una corta pero turbulenta tempestad; negras nubes con brillantes crestas iluminadas por los relámpagos huían por encima de los elevados y oscilantes mástiles; el trueno despertaba ecos de su voz gigantesca sobre las encrespadas y amenazadoras aguas. Pero Lucano parecía no darse cuenta de aquello y continuaba apoyado pesadamente sobre la barandilla, sin sentir la lluvia cálida y constante que caía sobre él empapándolo. Miraba hacia Oriente, como si tratase de cruzar con sus ojos la distancia cada vez mayor. Estaba enfermo de una enorme vaciedad y nostalgia. Por encima y debajo del trueno y de la tumultuosa galerna, oía la voz de Sara.

El barco se detuvo durante el día en varios puertos brillantemente coloreados, pero Lucano no subió a cubierta para verlos. Parecía como si la vida se hubiese transformado en una cosa terrible e hiriente para él y como si sus heridas hubiesen vuelto a supurar a causa de una nueva infección. Sus luchas internas habían alcanzado un grado insufrible. « ¡No puedo amar de nuevo!», exclamaba para sí mismo «El amor son grillos y cadenas; el amor es la muerte; el amor es lo que ata a un hogar y el fuego del hogar destruye la paz del hombre.»

Grecia no le deslumbró; continuó abajo en su caluroso camarote pequeño, con los ojos vacíos y las manos cruzadas sobre las rodillas.

—Por lo menos debieras dar un vistazo a la tierra de tus antepasados —le sugería Cusa con impaciencia y preocupación mezcladas.

Pero Lucano tan sólo negó con su cabeza.

—Si me dijeses lo que atormenta a tu alma... —empezó Cusa de nuevo. Pero Lucano hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No comes —dijo Cusa—. Te he traído mi vino, mi valioso vino y apenas si lo bebes.

Pero Lucano permanecía silencioso.

Un día el mar y el aire estaban tan quietos que las velas cayeron y quedaron flácidas; el sol era una verdadera furia. El barco continuó avanzando lentamente, puesto que los esclavos de las galeras eran el único medio de propulsión. Al atardecer el barco parecía una mariposa vagabunda sobre la lisa y heliotrópica superficie del mar. La estela que dejaba tras de sí, apenas despertaba un sonido audible. Fue entonces cuando Lucano, que estaba sobre el puente, oyó el profundo y doloroso canto de los esclavos y le pareció que era una prolongación de su propia miseria. «Deben cantar así todo el tiempo», pensó. «No lo he oído antes... He estado pensando con egoísmo en mi propio dolor.» Mientras así pensaba se volvió y vio que algunos hombres subían las escaleras de los puentes inferiores llevando pesadamente el cuerpo desnudo de un hombre negro. Arrojaron el cuerpo por encima de la barandilla y cayó sobre la superficie del mar con un débil chasquido.

Los esclavos contemplaron como desaparecía, luego llevaron los amuletos que colgaban de sus cuellos a sus labios y se escurrieron abajo. La muerte llegaba a los barcos igual que a las ciudades. Recordó que había oído vagamente aquel sombrío sonido de un cuerpo echado al mar durante otros atardeceres. Frunció el ceño. Después fue en busca del capitán, que estaba sentado en su propio camarote de abajo, con algunos de sus subordinados. Miró a Lucano cuando éste entró y Lucano vio que la ancha faz estaba ansiosa y enfadada. Pero el capitán se levantó y sonrió. Luego dijo cordialmente:

—Pensé que te había ofendido, Lucano. No me has hablado ni dos veces desde que partimos de Alejandría. ¿Quieres cenar conmigo?

—Gracias, pero ya he cenado, Galo —Lucano vaciló observando el rostro del hombre—. He visto arrojar un cuerpo al mar hace un momento. ¿Estoy equivocado en creer que últimamente he oído esta clase de entierros repetirse varias veces?

El capitán hizo una pausa. Miró furtivamente a sus oficiales, luego sonrió ampliamente.

—Ah, estas son las muertes normales en un viaje largo como éste —contestó—. Traed vino —ordenó imperiosamente a sus oficiales—, no un vino tan excelente como el tuyo, Lucano —añadió dirigiéndose al joven griego— pero adecuado, confío.

Sonrió a Lucano y le ofreció una cómoda silla cerca de la ventana. La habitación del capitán estaba caliente y sofocante; las paredes estaban recubiertas de mapas; sobre una mesa de madera reposaba un sextante y el diagrama de las estrellas. Lucano se sentó. Notaba un curioso olor seco en aquel aire cerrado y repentinamente lo reconoció como una especie de incienso y hierbas medicinales. Entonces se dio cuenta de que ardían en una pequeña lámpara que había sobre la mesa. Una gran linterna colgaba del techo, balanceándose, humeando. Uno de los oficiales trajo un jarro de vino y algunas copas y el capitán, sus hombres y Lucano bebieron lentamente. Por alguna razón, sobre el camarote se extendió un sorprendente e intenso silencio y el alma del médico empezó a estremecerse. Estudió los rostros de Galo y de los otros; permanecían realmente cerrados y secretos. El barco apenas si se movía, parecía deslizarse sobre una gruesa capa de aceite; el canto de los esclavos llegaba hasta ellos más agudo y cercano. Entonces Lucano dijo suavemente:

—Cuéntame, Galo.

El capitán le miró con complacida sorpresa.

— ¿Y qué es lo que quieres que te cuente, Lucano?

Lucano le miró fijamente por unos momentos.

—Has olvidado, Galo, que yo soy médico.

Miró a la lámpara humeante significativamente, pero no perdió el rápido intercambio de miradas entre el capitán y sus oficiales.

—Ah, sí que lo eres —respondió Galo alegremente— y yo no lo he olvidado.

Hizo un gesto a los oficiales y éstos abandonaron el camarote, pero cuando se hubieron ido Galo no tuvo prisa en hablar. Contempló su copa, luego la volvió a llenar, cerró los ojos, y pretendió quedar dormido paladeando aquel vino de clase inferior. Luego dijo:

—Me complace que estés esperando, Lucano, y que no te hayas mezclado con los otros pasajeros. Después de todo tú eres nuestra carga más importante.

—Se me ocurre, Galo, que no he visto a ninguno de los otros pasajeros, aunque confieso que no he buscado su compañía.

—Permanecen abajo, siguiendo mi consejo.

Galo colocó su copa sobre la mesa y se inclinó sobre un diagrama extendido sobre ella.

— ¿Peste? —preguntó Lucano suavemente.

Pareció como si no hubiese hablado durante un minuto o dos Después Galo apartó el diagrama y apoyó la barbilla sobre la palma

—Te habrás dado cuenta que no hemos tocado en algunos puerto de escala.

Después cruzó sus manos sobre la mesa y dejó de sonreír.

—Debía habértelo dicho antes por tu propia protección, pero como nunca estabas entre los demás... Sí, es la peste. Hemos izado la bandera amarilla, que posiblemente no habrás percibido. No nos dejarán entrar en los puertos cuando vean esa bandera. Pero tan sólo ha habido unos pocos casos y éstos entre los esclavos de los remos —suspiró—, ¡el maldito Oriente! Todas las dificultades de Roma proceden de allí. Cuando lleguemos a casa no nos permitirán desembarcar por lo menos hasta una semana después de que nos veamos libre de la peste. Esta es la ley.

—Soy médico —repitió Lucano.

—Llevamos un doctor a bordo —dijo Galo anonadado—, tú eres un pasajero. No estás a mi servicio. Eres el hijo de Diodoro Cirino. ¿Qué nos ocurriría si te expones al peligro y cogieses la plaga y murieses?

—Sus ojos preocupados brillaron sombríamente—. Te lo he dicho: sólo los esclavos están contagiados y les mantenemos cerrados bajo los puentes. La pasada noche no tuvimos ninguna muerte. Es una pena que hayas visto el entierro en el mar esta noche, Lucano; son tan sólo esclavos, perros y criminales —añadió con tono convincente.

Lucano pensó en los anónimos desgraciados que estaban en la bodega, encerrados juntos, estremeciéndose, enfermos y muriendo.

Dijo abruptamente:

—Ordena a tu médico que se presente inmediatamente.

El médico era un hombre cansado, de mediana edad. Un galo con atrevidos ojos oscuros y también esclavo.

—Este es mi médico Príamo, Lucano —dijo Galo.

Príamo miró a Lucano e hizo una reverencia.

— ¿Hay peste a bordo? —preguntó Lucano.

—Sólo entre los esclavos de los remos —dijo Galo impacientemente—. Pero ahora que lo sabes, Lucano, y yo temía hacértelo saber, ordené que una de estas lámparas humeantes sea enviada a tu propio camarote. Tú y Cusa ya lo sabéis. El tiene a su esposa e hija encerradas en su propio camarote, excepto cuando te sirve. Le ordené, como capitán y absoluta autoridad en este barco, que no divulgase que tenemos plaga a bordo, a fin de evitar inquietudes.

—Los esclavos son hombres —dijo Lucano con voz dura.

Galo le miró con sorpresa. El rostro de Príamo adquirió un gesto extraño y también miró a Lucano.

— ¿Qué es un esclavo? —Galo se sintió abatido. No podía creer a sus oídos. Sabía que Lucano era raro y distinto de los demás jóvenes, pero aquello era increíble—. Lucano, esas criaturas son felones, asesinos, ladrones, condenados a las galeras para toda su vida.

—A pesar de todo, son hombres —repitió Lucano. En su pálido rostro aparecieron señales de furor tiñendo sus pómulos de rojo y sus azules ojos brillaron enfurecidos, bajo las rubias cejas. Galo quedó convencido de que estaba loco. ¡Un esclavo de galeras un hombre! Se sintió alarmado y dijo con solicitud:

—Tienes aspecto de no estar bien, Lucano. El clima de Alejandría es duro, lo sé. Si se lo permites, Príamo te recomendará un ligero sedante...

—No me comprendes —dijo Lucano tratando de mantener su voz pacífica—. Para mí, como médico, un esclavo es un hombre, un ser humano, capaz de sufrir tan fieramente como un César. Un criminal, un felón, un asesino son también hombres. Su condición humana no les hace ajenos a nosotros.

Los ojos de Galo se endurecieron. Haría intoxicar con vino a Lucano. «Dioses, pensó, no soy responsable de su desvío, ¿pero que diré a las autoridades cuando llegue a la patria? ¿Que el hijo adoptivo de Diodoro Cirino ha sido confinado por loco?» El pensamiento le hizo estremecer. Dijo, con un acento fraternal, tratando de calmar a Lucano:

—Sí, sí, ciertamente. Príamo te conducirá a tu camarote. Permanecerá contigo durante algún tiempo. Ha sido graduado en Tarso y sin duda encontrarás en él mucho conocimiento médico que podréis discutir juntos —medio se levantó de su asiento. Pero Lucano se inclinó hacia adelante y dijo con tono contenido:

—Aún no comprendes. Eres romano y crees y piensas como romano, Galo. Un esclavo para ti es menos que un chacal. Para mí es un hermano.

Galo se sintió desesperado. Tenía ya bastantes dificultades y ahora resultaba que tenía a bordo de su propio y valioso barco un loco... Miró a Príamo, que miraba a Lucano como si estuviese hipnotizado y con una lágrima brillando en sus ojos. Galo miró a su médico. ¿Estaba el sinvergüenza bebido? Dijo con enfado:

—Príamo, conduce al noble Lucano a sus habitaciones y prepara un sedante para él al instante... Evidentemente está enfermo. Pero Lucano se volvió hacia Príamo y dijo:

—Mis maestros hindúes me enseñaron que las ratas y las pulgas esparcen esa enfermedad. ¿Has oído?

Príamo era incapaz de hablar. Movió su cabeza con mucho gesto afirmativo.

—Es cierto —dijo Lucano con el tono de un médico hablando a otro. Señaló a las oscuras y delgadas piernas de Príamo. Debieras usar vendajes de lienzo sobre ellas para protegerte de las pulgas cuando estás entre los esclavos.

Galo perdió el control de sí mismo y gritó:

— ¿Crees que iba a permitir a mi médico, por quien pagué mil sextercios de oro, que bajase a las galeras? Está aquí para proteger a mis pasajeros, no a los esclavos. Y ninguno de los pasajeros ha sido contagiado. En el momento en que me informó de que la peste había contagiado a los esclavos de galeras les prohibí incluso acercarse a su atrancada puerta. ¡Soy el capitán! ¡Mis órdenes son de vida y muerte en este barco y no me justificaré ni incluso ante ti, Lucano, al recordarte esto!

—Sugiero que todas las ratas de este barco que puedan ser encontradas sean exterminadas al instante —respondió Lucano con tranquilidad— que todas las habitaciones sean fumigadas contra las pulgas, que hasta el último centímetro de la madera de este barco sea lavado con desinfectante.

Galo había vuelto a dominarse. Lucano hablaba razonablemente, pero los locos también tienen sus momentos razonables.

—Daré estas órdenes al instante. Y ahora... —Lucano se levantó, —y ahora voy a ir abajo a las galeras y ver lo que puedo hacer, después de envolver mis propias piernas y brazos con lienzos contra las pulgas.

Galo se puso en pie, y dijo con tono amenazador:

—Debo recordarte otra vez que soy el capitán y que incluso si César fuese un pasajero mío tendría que obedecer las leyes marítimas. Mientras estemos en este barco, mi barco, soy la autoridad suprema. Volverás a tu camarote, Lucano, y mi médico irá contigo para calmarte.

—No —respondió Lucano— a menos que me arrastres de aquí. Soy médico y tengo también mis deberes y mis leyes.

Había que confinarle y vigilarle estrechamente, pensó el desafortunado capitán. En cualquier momento puede volverse violento, y sólo los dioses saben lo que ocurriría. ¿Cómo era posible que incluso un loco llegase a semejantes grados de locura?

—Iré a las galeras...

Galo vaciló. Llamaría a sus oficiales y ataría las piernas y brazos de Lucano con una cadena ligera. Pero la descorazonante perspectiva de entregar al fin del viaje al hijo adoptivo de Diodoro Cirino el descendiente de uno de los quinitas, el anterior procónsul de Siria, atado como un criminal se abrió ante él. Los arranques de furia de Diodoro eran conocidos por todo el mundo. El propio capitán tendría que responder por su seria ofensa contra la persona de Lucano, incluso aunque estuviese obviamente loco. Galo consideró el problema. El dilema era odioso. Pero tenía a la ley de su lado y era por causa de la protección de Lucano que debía actuar.

— ¿No tienes piedad, Galo? —preguntó Lucano desesperadamente.

—Sé que un esclavo, particularmente un esclavo de galeras, es menos que un animal para ti. Los esclavos de galeras pueden ser asesinados con impunidad. Pero considera lo que te digo. Deja que tu corazón escuche y se conmueva por un momento. Los esclavos sangran como tú sangras; mueren como tú mueres. Y donde vaya tu espíritu allí irán también sus almas. ¿Te preocupa mi propia salud y seguridad? Sí, si yo fuese contagiado, o muriese, entonces temerías a Diodoro, mi padre adoptivo. Lo comprendo —su voz se suavizó—. Tan sólo has de dejar la puerta de las galeras abierta. Tengo mis medicinas, y te juro que haré todo cuanto

pueda para protegerme y te absolveré de todo reproche respecto a mí. Nadie necesita saber sino nosotros de que estoy cuidando a los esclavos. Iré y vendré sin que nadie me vea, excepto ellos.

—Estoy muy cansado, Lucano —dijo el capitán—. Déjame y vete a tus habitaciones al instante o yo tendré... tendré... tendré que llevarte allí a la fuerza.

—Al menos que detenga la enfermedad, Galo, se extenderá a todos los pasajeros. Puede que llevemos a puerto un barco lleno tan sólo de hombres muertos.

Galo se volvió de espaldas. —Vete a tus habitaciones— repitió. Entretanto haré que se den órdenes para que se haga como has sugerido.

CAPÍTULO XXII

Debo llegar a esas galeras —dijo Lucano después de haber llamado a Cusa a medianoche. Había oído durante horas a esclavos y marineros cazando y destruyendo ratas y lavando el barco de arriba abajo con desinfectante. Cusa dijo:

—Estás loco, desde luego. Calentaré algo de vino para ti y lo mezclaré con alguna especie.

Lucano le miró pensativamente.

—Tú eres un hombre inteligente, querido Cusa. ¿Con cuánta rapidez podrías forzar la cerradura de las galeras?

Cusa rehusó tomarle en serio, o más bien rehusó mostrar que tomaba a Lucano en serio.

— ¿Forzar una cerradura, Lucano? —se echó a reír alegremente. Después bostezó terriblemente—. ¿Por qué me has despertado a estas horas? ¿Para qué intercambiamos agudezas? —Griego marrullero —respondió Lucano— no hay duda de que eres un experto forzador de cerraduras. No había ningún cofre, armario o baúl seguro contra tu curiosidad en Antioquía. Llamas a Callíope curiosa. ¡Tú eres el peor curioso de cuantos existen! Solía vigilarte con admiración, lo confieso, y a distancia cuando era niño. Recuerdo tus talentos muy bien. No aparentes sentirte tan herido.

Escuchó durante un momento. Los ruidos .Y gritos de las ratas perseguidas habían cesado; el barco crujía, gemía y se balanceaba silenciosamente. Tan sólo el grito de la guardia se oía de cuando en cuando. Lucano empezó a murmurar en voz alta:

—El barco duerme, excepto los esclavos de las galeras, la guardia y los oficiales sobre el puente. A causa de pasadas observaciones, Cusa, juzgo que unos pocos momentos serán para ti suficientes para abrir aquella puerta en las entrañas de la nave y dejarme entrar con mis medicinas.

Cusa empezó a sentirse alarmado.

—Señor, ten en cuenta que puedes contagiarte. Ah, si, me has dicho ya que lo has considerado. ¿Tendré que entregar a Diodoro un cuerpo muerto? Tu rostro está firme como el acero. Consideremos entonces aspectos más prácticos de la situación. Galo te ha negado la entrada a las galeras y me disculpo ante él porque le había considerado una persona grosera a quien ofrecer buen vino era una blasfemia. Tiene el mando supremo de este barco. Si la guardia me descubriese manejando la cerradura, el capitán me cargaría de grillos, y esto tan sólo sería lo que me mereciese. Tú y él, por lo tanto, mantendríais un helado silencio mientras yo languideciese, esperando el día en que fuese desembarcado a fin de ser encerrado en una prisión. Sí, sí —y alzó una delicada palma—, comprendo que tú tomarías sobre ti toda la culpa, pero Galo no pondría a Lucano, el hijo de Diodoro, en grilletes. Puede obligarte a permanecer en tus camarotes, lo cual debiera haber hecho a partir del momento en que partimos. Tengo una esposa y un hijo. La perspectiva de la prisión por haber violado las leyes marítimas no me es muy invitadora. Ten en cuenta la esposa y la niña, Lucano.

Lucano se impacientó.

—He tenido en cuenta todo —dijo—; iré contigo hasta la puerta, y si nos cogen le diré al capitán que tú hacías lo que yo te había ordenado bajo las más feroces amenazas, entonces puedes pedir al capitán que te proteja contra mi locura. Si los grilletes son, a pesar de todo, el resultado, Diodoro hará que te liberen en un abrir y cerrar de ojos.

—Lo dudo —exclamó Cusa—; tú sabes que estricto es con respecto a la ley.

El rostro de Lucano se animó y chasqueó los dedos.

—Envíame a Escipión, el más joven de los dos centuriones.

— ¿A esta hora?

—A esta hora. Y date prisa, Cusa. Tus argumentos me aburren.

Moviendo la cabeza dolorosamente, Cusa abandonó el humeante camarote y pronto volvió con Escipión que, aunque con el rostro enrojecido por el sueño y un ojo hinchado y vidrioso, se había puesto primero la armadura, el casco y la espada, como corresponde a un soldado. Alzó el brazo derecho saludando a Lucano, y éste le devolvió el saludo.

—Siéntate junto a mí, mi excelente Escipión —dijo—, deseo hablar contigo.

Cusa permaneció junto a la puerta escuchando, lleno de ansiedad. Lucano dijo:

—Escipión, como soldado, no tienes muy buena opinión de los marineros, ¿verdad?

—Señor, como soldado los desprecio. Sólo valen para colocar los barcos de guerra en buenas posiciones a fin de que los soldados puedan atacar.

Los ojos oscuros de Escipión empezaron a brillar con interés, puesto que, como militar, no preguntaba porqué había sido llamado a media noche. Lucano, para él, era hijo de aquel poderoso soldado, Diodoro, cuyo nombre era reverenciado por todos los soldados de Roma.

—Los marineros son muy arrogantes —dijo Lucano suspirando—, ¿sabes que Galo me ha amenazado esta noche, me ha amenazado con encadenarme en mis camarotes porque he tenido una diferencia de opinión con él? Me gritó que era el rey de este barco.

Escipión se sintió ultrajado.

— ¿Te ha hablado así a ti, señor, al hijo de Diodoro Cirino? No podría creer una cosa tan monstruosa.

Lucano suspiró de nuevo.

—Lo ha hecho y en la presencia de su esclavo.

— ¡En la presencia de un esclavo! —el rostro joven de Escipión se oscureció y puso su mano en la empuñadura de su espada e hizo intención de levantarse.

—Pero —gruñó Cusa, alzando sus manos a la cabeza—, ¿quién es el griego marrullero ahora?

Lucano no le hizo caso.

—Soy médico, Escipión, y sin duda que un médico es más inteligente que un simple capitán de un buque de carga, y ciertamente vale más. A bordo tenemos peste.

Al oír esto Escipión palideció y se sentó lentamente.

—A menos de que pueda contenerla en las galeras, todo el barco quedará infectado y quizá todos muramos. ¿Has visto casos de peste, Escipión? Ah, es la cosa más terrible. Tus glándulas se distienden, se llenan de supurante pus; tu cuerpo se corrompe; vomitas sangre, toses sangre. Te revuelves en delirio y caes en las más peligrosas situaciones. Esto es lo que nos espera a todos, la muerte. Hay pocas posibilidades de salvación cuando se contrae la peste. Pero este capitán de cabeza de muñeco me impide tratar de detener la enfermedad. ¿No es esto incomprensible?

— ¿Pero qué puede esperarse de un miserable marinero, señor? —empezaba a excitarse.

— ¿Puedo hablar? —preguntó Cusa.

—No puedes —replicó Lucano.

Y Escipión miró a Cusa con desprecio.

—Naturalmente como médico y hombre de la nobleza y de familia, no harás caso de las órdenes de este cretino capitán —dijo Escipión, hirviendo de ira.

—Escipión, eres un joven de la más astuta comprensión —respondió Lucano con admiración.

—Ay, ay —gruñó Cusa—, he sido acusado de tener naturaleza de reptil, pero he aquí a uno que avergüenza a las mismísimas serpientes de Isis...

Lucano continuó ignorándole. Escipión dijo con voz temblorosa por la ira:

— ¿Cómo se atreve a dar órdenes al hijo de Diodoro Cirino?

Lucano asintió tristemente.

—Me gritó en la cara su autoridad; golpeó con el puño sobre la mesa. Me amenazó con..., ¿cómo llamaste eso, Cusa? Ah, sí, con el y grillete.

Escipión saltó sobre sus pies.

— ¡Alguien pagará esto caro! —exclamó.

—Y todo cuanto yo deseaba era protegernos a todos nosotros de la peste. Llevamos izada la bandera amarilla, Escipión. No nos será permitido desembarcar en Italia. Quizá estemos obligados incluso a volver a Alejandría o a flotar en el mar hasta que todos estemos muertos. Tú sabes lo rigurosos que son los doctores de Roma. ¿Cuánto tiempo hace desde que no has visto a tu novia, Escipión, a tus padres, a Roma, donde los romanos son romanos y no guardias de todo un mundo desagradecido?

Las lágrimas llenaron los ojos de Escipión; podía haber ahogado a Galo en aquellos momentos.

Cusa miró boquiabierto a Lucano, con asombrada admiración. El valeroso idiota era tan sutil como un oriental.

—Necesito tu ayuda, Escipión. Puede que haya guardia y la puerta que conduce a las galeras esté cerrada bajo candado. O la guardia patrullando y por lo tanto puede llegar hasta allí antes de que este maravilloso Cusa descerraje la cerradura.

Descerrajar cerraduras era algo reprensible. Por un momento el rostro de Escipión mostró cierta duda. Después se aclaró. ¿Qué significaba descerrajar cerraduras para un griego?

—Por lo tanto —dijo Lucano haciendo un gesto con la mano—, todo lo que espero de ti, Escipión, es que aparezcas como si padecieses insomnio, o como si yo hubiese ordenado que me guardes esta noche porque soy un hombre nervioso y a veces sufro pesadillas. Por lo tanto, paséate discretamente por el barco. Te acercas a la puerta de las galeras, descubres para mí si la puerta está guardada. Si lo está, no tendrás dificultades en distraer a la guardia que esté allí. Después distraerás a la patrulla de vigilancia mientras Cusa descerraja la cerradura. Tan sólo necesito una o dos horas. Cusa te avisará cuando yo salga de las galeras. Naturalmente, como es un hombre pusilánime, no se atreverá a entrar.

—El ser pusilánime no tiene nada que ver con esto —dijo Cusa—, es una cuestión de Ley.

—Nosotros somos la ley —dijo Escipión dirigiendo a Cusa una, cortante mirada—. ¿Crees que la orden de un marinero es más importante que nosotros?

Pero Cusa sólo le miró con piedad, porque era la víctima de una maquinación que él creía no sólo peligrosa sino nefasta.

—Te ordeno que te calles —dijo Lucano.
—A callar —dijo Escisión—, ¿No has oído hablar a tu dueño?
—Bien, sí. Pero él no te ha dicho….
Lucano le interrumpió.
—Todo está muy tranquilo ahora, Escipión. Acepta mi gratitud y ve. ¿Deseas llegar a casa bien y pronto?
—Y encadenado —añadió Cusa desesperadamente.
—Vete también, Cusa, y tráete aquella pequeña cartera de piel negra tuya en la que tienes las delicadas herramientas de descerrajar cerraduras y que posiblemente compraste a algún ladrón —dijo Lucano sonriendo—, y, Cusa, no te creo capaz de intentar contagiar tus cobardes miedos a un soldado de Roma cuando estés lejos de mi vista.
—Señor —dijo el joven centurión orgullosamente—, un romano está sordo para la conversación de un liberto.
Cusa volvió solo con su negra cartera. Lucano estaba activamente ocupado en examinar el contenido de su propia cartera de médico.
—Naturalmente —dijo Cusa con amargura— enviarás algo de mi excelente vino a Escipión para consolarle cuando el capitán le encierre encadenado. Y olvidarás el enviarme el mismo vino a mí.
—Te preocupas demasiado —dijo Lucano. Se sentía alerta y fresco como si acabase de levantarse. Sus mejillas sonrosadas y sus ojos brillaban con satisfacción.
—Nunca pensé que un discípulo mío condescendiese a degradarse mintiendo.
Lucano .comprobó sus escalpelos.
—Nunca dije la menor mentira.
—No, no, desde luego que no. Eres un sofista. Exhalas virtud. Eso te hace también estoico. Eres un hombre de muchos aspectos, Lucano, y confieso que he desestimado la veta de villanía que existe en ti y, por lo tanto, como maestro tuyo, admito que estaba completamente engañado, lo cual ha sido, por mi parte, muy tonto.
—Muy tonto —afirmó Lucano con un guiño juvenil.
Escipión volvió lleno de satisfacción.
—La puerta de las galeras no está guardada, señor. Evidentemente no se ha creído que fuera necesario. En cuanto a la patrulla, he descubierto que es un agradable compañero mío, a quien yo he estado instruyendo en procedimientos militares. Creo —añadió Escipión con guiño de conspirador— que un pequeño jarro de vino, bebido en mi compañía, en el puente superior, agudizará su interés por las campañas militares.
—Un jarro de vino —dijo Lucano a Cusa, quien, gimiendo como si sufriese en el más terrible de los dolores, fue a prepararlo.
Escipión descubrió con agrado que era un jarro lleno, y partió para su trabajo de distraer la vigilancia y mantenerla quieta.
—El capitán colgará al vigilante del mástil o de la quilla o como se llame la maldita cosa —dijo Cusa—, eso, naturalmente, no te preocupará. Has olvidado al oficial de guardia en el puente superior.
—Escipión es un inteligente joven oficial —dijo Lucano sin preocuparse por aquello—. Como tú, ama el criticar y conoce a todos los oficiales a bordo, y, por lo tanto, habrá una feliz conversación entre los tres. ¡Qué solitario debe ser permanecer de guardia en un mar tan tranquilo! Vamos, marchemos. Dentro de tres horas amanecerá. Ah, espera un momento, necesito dos cubos para agua. No te muevas como un viejo, Cusa; no estás a punto de ser ejecutado.
—Esto es lo que dudo —dijo Cusa con tono miserable.
Tomó la linterna del camarote y salió al estrecho corredor de fuera. Lucano se sintió entristecido por el temor de Cusa, por la creencia del maestro en la autoridad absoluta y su indiscutible aceptación de la misma. Mientras que el capitán tenía el derecho de vida o muerte sobre aquellos que estaban en el barco por amor de otros ante una situación imprevista y caprichosa en la que radicaba un gran peligro, había una ley moral más importante, que ningún hombre tenía el derecho de violar. El capitán tenía sus leyes; pero dejaban de ser leyes y se transformaban en opresiones cuando negaban a aquellos pobres esclavos cualquier clase de socorro, alivio o derecho a la vida.
Lucano recordó muchas historias auténticas de barcos como aquel. Cuando los esclavos de galeras enfermaban de una enfermedad fatal y violenta, eran encerrados abajo sin ninguna clase de ayuda. Aquellos pasajeros y esclavos que no habían contraído la infección podían desembarcar después de un examen por las autoridades de salud pública y luego el barco era remolcado al mar con su carga de prisioneros, moribundos y desesperanzados esclavos enfermos y prendido fuego. Se estremeció ante el recuerdo. Este era el destino en perspectiva para los pobres desgraciados de las bodegas.
El joven griego había cubierto sus piernas con apretadas fajas de lienzo y también sus brazos y manos. Estaba envuelto en su manto, con la capucha echada sobre la cabeza. Cusa mantenía la humeante linterna en alto. Los estrechos corredores de madera estaban absolutamente silenciosos y oscuros, cuando los dos hombres se deslizaban por ellos silenciosos. Escipión había realizado su trabajo bien; no encontraron a ningún guardia.
A medida que se deslizaban frente a las puertas cerradas, conteniendo su respiración y caminando tan ligeramente como les era posible volvían a oír el lejano y rítmico golpeteo de los remos en las profundidades del barco, el crujido de los troncos y distantes ronquidos. Todo el barco exhalaba olor a desinfectante, brea y los correspondientes olores de la carga, humanidad, aceite y salitre.

Los pasillos por donde se deslizaban como espíritus y las escaleras por donde descendían cada vez más hacia las profundidades del barco estaban tan silenciosas como la tierra. El barco se deslizaba sobre la superficie del mar con movimiento apenas perceptible.

Descendieron más profundamente y los rancios olores empezaron a ser casi insoportables. Un nuevo olor se unió a ellos; el dor de la muerte y la enfermedad. El techo del último corredor era tan bajo que Lucano tuvo que inclinar su alta cabeza. Vio que hasta allí se filtraba un líquido nauseabundo en pequeños regueros infinitamente malolientes. Como esfuerzo para detener la infección habían quemado allí abajo, especies y substancias olorosas añadiendo al asfixiante calor y malos olores del aire una densa humareda. La linterna proyectaba las sombras de los dos hombres que se deslizaban sobre el empapado suelo, en medio de podridas paredes de madera y techo goteante.

Lucano empezó a percibir un sonido parecido a un viento incesante, salvaje y sin embargo mudo, sonoro y melancólico. Era la voz de los esclavos en las galeras, voz desesperanzada, infrahumana y sin embargo llena de la agonía de la humanidad. Cusa se detuvo aterrorizado.

—Son los esclavos —susurró Lucano con acento de confianza. Pero Cusa estaba temblando. Lucano le empujó suavemente hacia adelante. La linterna vacilaba en la mano de Cusa. Cusa murmuró:

— ¿Cómo podremos evitar que esto llegase a oídos del capitán? Aquí hay muchos esclavos y un capataz y la noticia se filtrará hasta él.

—Probablemente —respondió Lucano—, pero un hecho cumplido es un hecho consumado y sólo yo seré visto; sin embargo si tengo éxito y creo que lo tendré, el capitán será el primero en ser felicitado por las autoridades y ten por seguro que él no mencionará la parte que yo he tenido en el asunto.

El corredor era allí tan estrecho que tenían que andar uno tras otro, pero era muy corto. Al final del mismo había una gruesa puerta de madera, remachada y cerrada con candado. Lucano hizo un gesto a Cusa que se deslizó hacia ella abriendo su saco de pequeñas y hábiles herramientas.

—No te arrodilles —susurró Lucano—. El agua está contaminada.

Cusa se inclinó hacia la cerradura y empezó a trabajar en ella. Sus húmedas y ágiles manos temblaban. El sudor le cegaba. Lucano mantuvo la linterna cerca y miraba sin cesar hacia atrás. Las lamentaciones de los esclavos detrás de la puerta parecían formar parte del aire y las paredes y techo del corredor vibraban con ellos. Había esclavos en un corredor adyacente, porque su deber era llevar comida y agua a los esclavos de los remos y reemplazar a aquellos que morían. La mayoría de ellos eran los que Lucano había visto llegar a bordo el día de su partida. Habían sido condenados a muerte, sin causa, por el capitán y ellos lo sabían. Lucano volvió a oír los ahogados sollozos de las mujeres, los gritos de los niños a través de las paredes.

A medida que Cusa trabajaba Lucano vació paquetes de desinfectante en los dos cubos de agua que habían traído hasta allí con tanta dificultad. Uno era para que bebiesen los enfermos y esclavos moribundos; el otro era para su propio uso. Mantendría las manos húmedas mientras estuviese curando. El olor del desinfectante se unió a otros intolerables olores y Cusa estornudó roncamente, secando su nariz en la manga a medida que sus manos trabajaban. Poco después se oyó un agudo clic y la cerradura quedó abierta.

—Vete a distancia —le susurró Lucano— y yo no abriré la puerta hasta que estés lejos de aquí. Permanece en mi camarote. Si alguien acude, diles que estoy durmiendo.

Por un largo momento el pequeño maestro se quedó quieto mirando a Lucano extrañamente a la luz de la linterna y sus ojos altivos habían adquirido una sorprendente quietud y fijeza. Estaba pensando que si hubiese tenido un dueño menos justo que Diodoro, él también podría estar en una galera así muriendo, sin ayuda y sin esperanza, y si no hubiese sido por Lucano aún sería un esclavo. Luego murmuró:

—Señor, no te dejaré.

Lucano frunció el ceño y Cusa repitió:

—Donde vayas, allí iré yo también.

Lucano sonrió y a Cusa le pareció ver que una repentina luz había rodeado su rostro por un momento.

—Ven conmigo —dijo el joven griego.

Unas pocas ratas que habían sobrevivido a la matanza general de aquella noche, pasaron corriendo junto a ellos, gruñendo y arañando y Cusa creyó que se mantenían junto a las paredes del corredor como si algo ultraterreno, sólo visto por ellas, les hubiese dado una orden inaudita. Ante esto, Cusa se animó. Sintió un repentino sentimiento de exaltación. Nada podría herir nunca a Lucano, ni a aquellos que le sirviesen.

Fue necesaria la fuerza combinada de los dos para abrir la puerta que cedió por medio de un gran esfuerzo; habían colocado la linterna, los cubos y las carteras en el suelo, en el sitio más seco, y de este modo la luz de la linterna cayó sobre el suelo de las galeras. El resto continuaba en una negrura absoluta. Una bocanada de malos olores y calor surgió de las galeras, tan intensa que Cusa sintió como si se hubiesen descargado poderosos golpes contra su cuerpo y su rostro y retrocedió cubriéndose la cara con una manga. Los gemidos y lamentos de los esclavos llenaron todo el corredor con un eco repetido.

—Rápido —susurró Lucano.

Alzó la linterna y su cartera y Cusa recobrándose un poco, pero con arcadas, cogió los dos cubos de agua desinfectante. Lucano proyectó el débil rayo de luz de la linterna sobre las galeras y Cusa le siguió. La puerta giró sobre sí y se cerró tras ellos a causa de un movimiento repentino del mar.

Lucano estaba preparado para contemplar una escena aterradora, pero aquello que veía a la débil luz de la linterna estaba por encima de su imaginación. Tan sólo unos agujeros altos y pequeños, descubiertos, dejaban pasar un poco de luz procedente de un estrellado cielo sin luna y un mar fosforescente. Apenas si era luz; era

más bien una sombra de luz, como el reflejo de las alas de la mariposa. Y con aquella escasa iluminación, ayudada por la pálida luminiscencia de los remos que salían de los agujeros y por los oscilantes rayos de la linterna, Lucano pudo ver hombres desnudos y barbudos sentados en los bancos, encadenados y atados, blancos, negros, amarillos y morenos, sus cabezas inclinadas, los ojos cerrados a causa del dolor, los pechos agitados, sus caderas y huesos visibles bajo las descoloridas pieles. Sus brazos se movían con un ritmo mecánico mientras sus bocas murmuraban un vasto gemido, acompañado por el tintineo y brillo de cadenas y grillos como el tono acompasado que se unía a sus lamentos. A lo largo de las paredes, junto a la puerta yacían los muertos y moribundos, apilados juntos, los que aún vivían, con aquellos que hacía poco habían muerto, o con los que habían muerto hacía horas,.con sus rostros semejantes a desnudas calaveras bajo aquella luz incierta. El capataz, un esclavo también y un criminal, andaba de arriba a abajo entre filas de trabajadores, con sus ojos abiertos por el terror chasqueando el látigo. Se detuvo cuado vio a Lucano y a Cusa y permaneció mudo, mojándose los labios.

Lucano pensó que aquella era una escena infernal, llena de espectros torturados, invadida de olores que sólo una fila de cadáveres podía desprender. Una pecina negra y deslizante como serpientes, se movía arriba y abajo por el suelo siguiendo el movimiento del barco: Sangre vomitada, heces sangrientas, expelidas sobre el suelo y orina sanguinolenta.

El capataz se recobró de su primera sorpresa ante la llegada de los dos intrusos. Pensó que eran espíritus vestidos de blanco. Luego se acercó a ellos temerosamente. Lucano dijo al instante con calma:

—Soy médico y necesito tu ayuda, y éste es mi auxiliar. No tenemos nombres. Debemos trabajar rápidamente.

El hombre permaneció frente a ellos mirando, desnudo como los demás esclavos. Lucano se dirigió hacia él con impaciencia.

—Debemos trabajar —repitió— o todos moriréis. De prisa, toma este cubo y da un trago a cada uno de los hombres.

Su voz sonó con autoridad y el capataz cogió el cubo, recobrándose de su asombro, pero primero bebió él. Lucano y Cusa entretanto echaban el contenido del otro cubo sobre sus rostros y manos y Cusa también humedeció sus piernas. Mientras el capataz le obedecía, Lucano examinó a los enfermos que yacían junto a los muertos. Aquellos que parecían no estar *in extremis*, los separó de los muertos y los colocó junto a la pared opuesta, haciéndoles sentar contra ella. A los que estaban más allá de toda ayuda, les dejó con sus compañeros muertos.

Era, sin duda alguna, la peste mortal. Los brazos de los enfermos estaban enormemente hinchados, sus labios, gruesos y cubiertos de una capa blanca, sus pieles, irritadas. Tenían granos palpitantes tumefactos de pus y sangre en las ingles. Las piernas de los hombres estaban sucias de sangre procedente del recto; algunos babeaban sangre por la boca. Algunos de los granos habían reventado; su contenido supuraba y cubría los cuerpos de los enfermos.

A Lucano se le subió el corazón a la garganta, palpitando de piedad. Ningún tratamiento podía ser efectivo para los que ya habían cogido el contacto. Tan sólo podía aliviar algo sus sufrimientos. Abrió rápidamente su cartera y sacó pequeños saquitos que contenían pastillas de fuertes sedantes. En cada boca congestionada derramó un poco de líquido. Los hombres le miraban, mudos como animales atormentados. Lucano les sonreía amablemente; la linterna proyectaba chispas de dorado fuego en aquel aire sobrecargado; sus ojos azules brillaban hacia ellos con la más profunda y tierna de las compasiones. Los hinchados labios de los hombres se movían silenciosamente, uno o dos extendieron sus manos, sin voluntad, para tocar sus vestidos, porque percibían su dolor y el amor que sentía hacia ellos. El capataz volvió con el cubo vacío y miró a Lucano con ojos agudos y distendidos. Cusa volvió a llenar el cubo de un barril que había cerca y a un gesto de Lucano, vertió en él una nueva cantidad de medicina. Lucano dijo al capataz:

—Da a los hombres un trago de este cubo cada hora. Mañana cubos como estos, para aquellos que no están contaminados, serán colocados fuera de la puerta. Ordena al esclavo que está allí que los entre. Habrá también cubos de agua con una señal roja que contendrán desinfectante. Debes echar agua sobre sus cuerpos con frecuencia. Y busca todas las ratas que encuentres y mátalas inmediatamente, arrojando sus cuerpos por las ventanas.

—Sí, señor —susurró el capataz y miró a Lucano con asombro—. Luego, sonrió trémulamente—. Señor, es como si un dios hubiese entrado aquí. He bebido tu medicina y una nueva vida ha venido a mí y a los esclavos de las galeras.

Fue Cusa quien se dio cuenta de que aquellos hombres ya no se lamentaban. A la luz de la linterna pudo ver cientos de ojos dirigidos hacia Lucano, que ministraba a los enfermos, ojos de hombres que repentinamente habían recibido esperanza en aquel podrido agujero lleno de malos olores. Alguno de ellos empezó a cantar una canción desconocida, y pronto todos se unieron a él. Era un canto de agradecimiento y gratitud, que se mezclaba con el siseo y crujido de los remos. Incluso los moribundos lo oyeron, movieron sus cabezas y cesaron de lamentarse. El rostro agudo de Cusa se iluminó con una brillante expresión mientras ayudaba a Lucano. En aquel húmedo pozo no había esclavos: eran hombres.

—Bien —dijo Lucano con tono ausente. Permaneció de pie entre la fila de los enfermos moribundos y muertos, y para Cusa tenía el aspecto de un dios conquistador. Había colgado la linterna de un gancho que pendía del techo húmedo. Sus vestiduras estaban salpicadas de sangre y porquería, pero su rostro estaba radiante. Luego se dirigió al capataz.

—Sobre el puente, dos pisos más arriba, hay anchos agujeros o ventanas. Toma dos de estos remeros y elimina a los muertos de entre vosotros arrojándoles suavemente al mar. Esto no puede esperar hasta mañana. Los muertos son vuestro peligro.

El capataz se estremeció.

—Señor, me está prohibido a mí y a los remeros dejar estas galeras.

—Si esto no se hace y ahora, todos moriréis —dijo Lucano con severidad—. Moveos con tanto silencio como sea posible. No seréis oídos. Hay que hacerlo. ¡Te lo ordeno!

El capataz vaciló. Luego viendo el brillo autoritario en los ojos de Lucano no pudo vacilar más, pues le parecía la orden de un dios. Llamó a tres de los más fuertes y soltó sus grilletes. Se alzaron rígida y débilmente de sus toscos bancos y avanzaron hacia adelante. Empezaron a cargar a los muertos sobre sus cuerpos cubiertos de sudor y desinfectante. Uno o dos, reconociendo los rostros de amigos, sollozaron en voz alta.

La puerta fue abierta, con un crujido y los esclavos con sus cargas fúnebres se deslizaron fuera. Uno tras otro, a medida que Lucano continuaba administrando a los enfermos, los muertos fueron sacados de allí silenciosamente. El barco se balanceaba y gemían todos sus maderámenes. Cuando el jadeante capataz apareció de nuevo al lado de Lucano, el médico dijo:

—Debéis empapar también las paredes y techo con este desinfectante. Recuerda mis órdenes: es vuestra única oportunidad de vivir.

El capataz contestó con voz ronca:

—Señor, he estado pensando. Aquellos que lanzamos al mar son más afortunados que nosotros.

—Sí, —dijo Lucano y sus rubias cejas pestañearon—. Sin embargo, algunos de vosotros seréis liberados en alguna ocasión, después de que hayáis cumplido vuestra sentencia. En cuanto a los demás, mientras hay vida hay esperanza —luego añadió apasionadamente—, ¿me crees más afortunado que tú? Te aseguro que todo lo que vive está condenado.

Los enfermos y moribundos se durmieron repentinamente, apilados juntos; los rostros de algunos enfermos habían adquirido un gesto de gran alivio, y la paz se reflejaba en sus sucias y barbudas caras. Cusa permaneció de pie y les miró con temor.

—No hay esperanza para ellos —dijo Lucano tristemente— no tenemos un tratamiento efectivo, pues, incluso bajo las mejores circunstancias, la peste es casi siempre fatal.

Su sombra se proyectó elevada sobre las paredes y parecía como si tuviese alas.

Dio al capataz el resto de los frascos que aún no había abierto. Sé misericordioso, porque eres un hombre; haz que todos los enfermos y moribundos beban a fin de que puedan morir en paz y sin dolor. —Hizo una pausa y luego dijo involuntariamente:

—Que Dios quede con vosotros.

Y no fue él quien realmente habló sino Sara a través de él; repitió sus palabras mecánicamente, viendo su rostro ante sí. Contuvo su respiración con un sonido ronco e indicó a Cusa que debían partir, y tornando de nuevo la linterna y su cartera, salieron. Tenía mucho trabajo que hacer. Debía destilar más desinfectante y medicinas, solo en su camarote, a fin de que los esclavos pudiesen tener suministros. Escipión y Cusa, de alguna manera, dejarían los cubos a la puerta por las mañanas. Cusa y él empujaron la puerta abierta. Las voces de los esclavos se alzaron tras ellos en una exótica ola de gozo trémulo y fue seguidos de aquella ola, que cerraron de nuevo la puerta y volvieron a poner la cerradura. Fue entonces cuando Cusa se inclinó, alzó el borde de la túnica de Lucano y la besó silenciosamente.

Tres días después el capitán mandó llamar a Lucano a su camarote y Lucano obedeció después de haber calmado con sus palabras al aterrorizado Cusa.

—La culpa es mía. Nadie estaba conmigo —dijo con tono seguro.

El rostro de Galo estaba distendido en una ancha sonrisa.

—Siéntate, honorable Lucano —exclamó para asombro del joven griego, porque había ido preparado para cualquier suceso calamitoso. ¿Vino? Sí, vino... Hoy soy un hombre feliz, mí querido amigo... ¡Un hombre muy feliz!

Lucano bebió el vino que el capitán le dio con una inclinación de encantada ceremonia y miró aquel rostro bondadoso en cuyos ojos brillaba una luz de triunfo. El capitán se sentó enfrente de él, con las manos cruzadas sobre las rodillas y miró a Lucano con burla. Alzó su dedo como un cariñoso pero reprobador gesto fraternal hacia el joven médico.

—Todas vuestras sombrías profecías —exclamó—. ¡Ah! si no fueses el hijo de Diodoro Cirino me reiría de ti. Pero eres joven y falto de experiencia, las desgracias y el tiempo te curarán.

Estaba exuberante y Lucano se sintió sorprendido.

— ¿Tienes buenas noticias —aventuró— del puerto que tocamos brevemente anoche?

—No tocamos ningún puerto —dijo el capitán—. Un pequeño barco salió hasta nosotros trayéndonos cartas. Una es para ti. Está aquí, sobre esta mesa. No nos fue permitido tocar el puerto llevando la bandera amarilla pero la bandera será arriada hoy exclamó con alegría y golpeó su cadera mientras hacía un travieso guiño a Lucano. Luego hizo un gesto de tolerancia—. ¡Vosotros los médicos! Incluso mi Príamo estaba equivocado, no había peste a bordo. Sabes que todos mueren cuando están infeccionados. Pero incluso aquellos esclavos de galeras que estaban enfermos se han recobrado y durante tres días no hemos tenido ningún caso de enfermedad sobre ellos. ¿Me oyes, joven maestro? Incluso los contagiados se han recobrado y esto es imposible cuando se trata de peste. De hora en hora se levantaron del suelo de la galera y ocuparon sus

puestos en los remos. —Volvió a golpear sus caderas y rió feliz y con alivio—. ¡Ni uno sola, muerte en tres días! No era la peste, en absoluto.
Lucano se sentía incrédulo.
— ¡No es posible! —exclamó casi traicionándose a sí mismo. Luego añadió—: Tu Príamo es un excelente médico, no podía estar equivocado; ha visto la plaga en otras ocasiones.
Se sintió estremecido por su propia confianza. ¿Era posible que tanto él como Príamo hubiesen cometido un error? Evocó los rostros de los muertos y moribundos ante él; vio de nuevo los granos; olió los vómitos rojos; sintió el penetrante fuego de las fiebres y movió la cabeza con gesto negativo, sumido en una completa excitación. Los enfermos y moribundos estaban más allá de toda esperanza; sin embargo habían vivido y se habían recobrado rápidamente; habían recobrado
La salud. Algo imposible había ocurrido.
No habían sido las medicinas que había dejado para aquellos que estaban fuera de toda esperanza. Sólo contenían sedantes corrientes para aliviar la agonía de los moribundos. El desinfectante podía haber contribuido a evitar nuevas infecciones de la peste, pero incluso aquello era poco eficaz ante una virulencia como la que había visto. Pero los enfermos y moribundos se habían recobrado y vivían. Lucano movió nuevamente su cabeza, anonadado, y pensó: « ¿Qué clase
de médico soy?» La única explicación a esto es que estaba equivocado, pero los bubones y las hemorragias del rostro..., ¿podría ser que existiese otra enfermedad hasta ahora desconocida, parecida a la peste?
—Horas tras hora, los que aparentemente estaban enfermos y moribundos se levantaron del suelo y vivieron y estuvieron bien —dijo el capitán jubilosamente. Alzó su mano y palmeó los hombros de Lucano. Gruñía satisfecho y sin parar.
—He hablado con el capataz; ya sabes lo supersticiosos que son esos animales. Me ha jurado que Apolo y uno de sus ayudantes, brillando como la luz, penetraron a través de la puerta, cerrada. ¡La puerta cerrada! y curaron a los moribundos y éstos se han recobrado. —El capitán movió la cabeza divertido—. Ah, bien, que los pobres desgraciados disfruten de sus sueños; es todo lo que les queda.
—Sí —dijo Lucano levantándose— es todo lo que todos nosotros tenemos.
Tomó la carta de encima de la mesa del capitán y seguido por la risa de éste abandonó el camarote y se dirigió al suyo con pasos pesados y mente confundida. «Que esto te sirva de aviso», se dijo a sí mismo. «No juzgues demasiado rápidamente.» Encontró a Cusa en su camarote. Cusa, que estaba temblando ante la perspectiva de ser aprisionado y aherrojado. Lucano le sonrió débilmente.
—No tengas miedo —dijo— todo va bien.
Y contó a Cusa la conversación tenida con el capitán. Cusa escuchó y su lívido rostro adquirió un tono grave y quieto. Miró a Lucano con la más extraña de las expresiones.
—Es como había sospechado —murmuró, y antes de que Lucano pudiese detenerle, cayó sobre sus rodillas y apoyó su cabeza sobre los pies del asombrado joven.
—No, no —dijo— no les curé yo, mi buen Cusa. Después de todo no era la peste.
Pero Cusa besó sus pies y no dijo nada.
Lucano le alzó del suelo tratando de reír.
—Seamos razonables —dijo, y tomando la carta de Roma la leyó. Iris le había escrito.
De pronto Lucano emitió un gran grito de tristeza y desesperación y cuando Cusa acudió a él se arrojó en los brazos de su maestro y lloró incontrolablemente.

CAPITULO XXIII

Dos semanas antes de que Lucano hubiese abandonado Alejandría había escrito a Keptah y aquella mañana, un mes después, Keptah desenrolló la carta que había llegado aquel mismo día por medio de los servicios de un barco rápido y correos especiales. El médico leyó la carta, luego se quedó pensativo y melancólico, mirando hacia el jardín en el que estaba sentado. Más allá del pórtico abierto, los árboles se mecían arrullados por el viento otoñal; la tierra exhalaba una fresca dulzura que llegaba con agudeza al corazón. El deslumbrante sol brillaba sobre las toscas fuentes y sobre las grandes y burdas estatuas, porque Diodoro prefería formas y movimientos que se pareciesen a la tierra en sus contornos fuertes y sencillos. De aquí los brillantes colores de los ladrillos que formaban el suelo del pórtico, la firme vulgaridad de las columnas que le rodeaban, los vitales macizos de flores, los frondosos y firmes árboles.
Más allá del jardín, a lo lejos, se alzaban las montañas coloreadas como un mosaico por las maduras uvas de los viñedos, propiedad de la finca. Su perfume llenaba el viento como una rica promesa. Los olivares se extendían sobre otras montañas y entre la casa y aquellas, se extendían pastos de un verde esmeralda llenos con las plácidas formas del ganado, las ovejas y los caballos. La pequeña corriente que serpenteaba a través de los claros tenía un tono verde muy brillante, muy tranquilo, habiendo olvidado la turbulencia de la primavera. Un aire de paz, casi palpable, se extendía sobre la tierra, mezclado con la blandura del cálido y dorado sol.
Keptah se había hecho un poquito más viejo durante aquellos últimos años; a su alrededor parecía existir la eternidad de oriente y su secreta sabiduría, pero aquella mañana sus profundos ojos estaban intranquilos. Keptah pensó en Diodoro. ¿Debía decirle a su señor la decisión que Lucano había tomado respecto a su

futuro? ¿O, teniendo en cuenta la condición física del tribuno, era mejor dejar la noticia en manos del propio Lucano? Keptah volvió a leer la carta especialmente la última parte. .

«Tengo oscuros y temerosos presentimientos acerca de mi padre Diodoro; me ha escrito y mi madre también, de sus frecuentes apariciones en el Senado como huésped de Carvílio Ulpiano. No conozco a este senador, que es un pariente de mi padre, pero un estremecimiento de intranquilidad se apodera de mí cuando pienso en él. ¿Quién puede conocer a Diodoro y no honrarle, amarle y respetarle? Seguramente tan sólo los hombres malos.»

«Comprendo que Diodoro, que es un hombre de acción, a la vez que un hombre inteligente, y que ama patrióticamente a su país, sienta que debe hacer lo posible por salvar a Roma. Pero yo he llegado a la conclusión de que Roma no es digna de ser salvada, tan baja ha caído en los últimos cien años, tan corrompida y monstruosa está. ¿Por qué, por lo tanto, debe mi padre luchar tan desesperadamente? Más aún: el destino del hombre está en las manos de Dios, y Dios no es notable, de acuerdo con mis observaciones, por mostrar su bondad o su amor por sus profetas. Ayer mismo un maestro mío me reprochaba este convencimiento. Me dijo: «Estás demasiado preocupado por el hombre. El sufrimiento y la muerte es el destino común de todos los hombres, por lo tanto, ¿por qué viven en tan amarga rebelión? ¿Qué es lo que querrías, que todos los hombres fuesen inmortales y nunca sintiesen el dolor?» Vi que me había comprendido mal, pero le dije: Cuando Dios hizo al mundo y al hombre, ¿por qué los hizo tan imperfectos, tan llenos de agonía, de tormento y de maldad? Y él me respondió: «Eres demasiado joven. Te he hablado de nuestros profetas y héroes, de nuestra antigua religión y nuestras historias. Dios dio al hombre libre voluntad, de otra manera el hombre hubiese sido tan inocente como los animales del campo. Puesto que el hombre es un alma inmortal, a la vez que un cuerpo físico, se le ha concedido el honor de escoger su propio destino, porque el espíritu no forma parte de los árboles y las bestias. Si el hombre escoge el mal, y sus consecuencias, dolor, sufrimiento y muerte, sólo el hombre tiene la culpa y no Dios.»

«Parece pues que Roma ha escogido el dolor, el sufrimiento y la muerte con su insaciable sed de sangre, sus crímenes contra la humanidad, su libertismo y opresión. ¿Tiene que luchar mi padre contra estas cosas en vano? Por otra parte tendría que tener en cuenta a mi madre, mis hermanos y hermana. Si tu aún crees en el poder de la oración a un Dios que no ama al hombre, ruego que mi padre vuelva a la paz de sus posesiones, de la cual hablaba constantemente en Antioquía. Porque tengo miedo por él.»

«Y yo también», pensó Keptah.

El esclavo encargado de la entrada se acercó a él con rapidez cruzando los senderos cubiertos de grava del jardín.

—Mi señor desea verte, señor. Tiene uno de sus dolores de cabeza.

Frunciendo el ceño, Keptah se levantó y con su aire majestuoso entró en la casa, grande y sencilla, y acudió a la habitación de Diodoro. Diodoro yacía en la cama, agitándose y maldiciendo, apretándose las sienes con las manos. Al ver a Keptah se sentó y le miró airadamente.

— ¡Tengo otra vez migraña! —Exclamó en tono de acusación—. Pero ésta es la peor de todas y hoy he de ser el huésped de Carvílio Ulpiano en el Senado y debo dirigirme a aquellos sinvergüenzas, en un último esfuerzo de conmover sus almas rapaces. Vosotros los médicos no podéis ni siquiera curar un simple dolor de cabeza, o un resfriado de nariz o una irritación en la garganta, mientras habláis eruditamente de oscuras enfermedades y de su tratamiento. ¡Bah !

Gruñó y volvió a caer sobre la cama maldiciendo y blasfemando. Era evidente que se encontraba muy enfermo. La parte baja de su frente estaba coloreada de un rojo brillante; sus amplias mejillas tenían un tinte grisáceo y los lóbulos de sus oídos y los labios mostraban un acusado tono azul pálido. Sus ojos reflejaban su agonía bajo las negras y feroces cejas y gotas de sudor corrían por su frente. Los pulsos palpitaban amenazadoramente y visiblemente en su obstinada garganta, y parecía tener dificultades para respirar.

Keptah se sentó con tranquilidad junto al lecho. Luego habló:

—Señor, te he dicho que este último año lo que te aflige no son las migrañas corrientes. La presión de tu sangre es excesivamente alta; te he hecho sangrías en numerosas ocasiones. Tu corazón hace ruidos alarmantes algunas veces. Te he rogado que luches por conseguir mayor tranquilidad y calma. Un hombre no es víctima de sus emociones a menos que se deje arrastrar por ellas. Te ruego que esperes a que llegue aquella raíz de la India, ya que tengo entendido que los médicos de allí la han estado usando durante miles de años con efectos maravillosos en el tratamiento de la presión alta de la sangre, la mente preocupada y la locura. El maestro indio de Lucano ha prometido enviarme esta raíz, y estará aquí dentro de cuatro semanas.

Diodoro se volvió a sentar en el lecho repentinamente enfurecido, apretó sus sienes entre las manos, y mirando furiosamente a Keptah exclamó rugiendo:

— ¿Locuras? ... ¡esclavo infernal!

Keptah respondió con una sonrisa afectuosa.

—No soy esclavo, señor, gracias a ti. Y como médico, y hombre libre, bajo las leyes de Julio César soy también un ciudadano de Roma. No, señor, no te considero loco. Te considero un espíritu noble de completa rectitud y lleno de la pasión por la justicia y la verdad. Debemos la actitud que ha seguido tu mente y tu alma a nuestros poetas y a nuestros héroes, a nuestros artistas, nuestros eruditos y patriotas, y aquellos que, como Pigmalión, tratan de transformar la dura piedra en brillante carne. Y, ¿quién sabe? quizás dentro de miles de años sus palabras de exhortación belleza, y fortaleza, y sus divinos reproches despertarán un eco con poderosas fuerzas en los corazones y el mal dejará de existir.

Diodoro escuchó con gesto airado, tumbado en su lecho y sosteniendo su cabeza. Luego gruño:

—Todo esto son palabras muy bonitas... ¿Pero no habrá otra voz sino la mía que se alce en favor de Roma? Y si sólo existe mi voz, ¿voy a retirarme? No tengo interés ninguno por las naciones que aún no han nacido. Estoy interesado en mi propio país. ¿Cómo podría vivir conmigo mismo de otra forma?

Keptah suspiró y mantuvo silencio. Diodoro se sentó dolorosamente y su voz pareció estar más aquietada, casi rogando.

—Eres un hombre sabio, mi buen Keptah, pero eres un filósofo que esperas que el polvo del desierto se transforme en gobiernos en el futuro lejano. ¿Supón que tomamos las palabras de los filósofos seriamente y dejamos que el mal presente se salga con la suya en forma absoluta? El mal se haría universal y no habría entonces ni presente rejuvenecido, ni tampoco un futuro... Keptah, yo estoy en este mundo ahora, y en el presente. El futuro pertenece a mis hijos. ¿Voy a luchar por un mundo de ley, orden y justicia para ellos, cuando sea cenizas con mis padres? ¿He de limitarme a considerar como tú, las grandes generaciones futuras y dejar que mis hijos hereden inmediatamente la degeneración, la ilegalidad y el crimen? Escúchame Keptah: El principal deber de un hombre es para con Dios y su patria. Las naciones son la expresión de los reinos de Dios espirituales. Cuando las naciones se abandonan y degeneran, se dan al orgullo sangriento, al saqueo, a la guerra y a la tiranía, entonces han traicionado a los reinos de la tierra y la pena de su traición es la muerte. Roma morirá inevitablemente a menos que hablen muchos como yo. ¿Dónde están las voces que luchen en su favor?, ¿quién gritará a los romanos: habéis destruido lo que Dios ha construido y debéis volver a la libertad, la pureza, y la virtud al instante, si no queréis perecer?

Alzó la mano para evitar que el médico hablase. Su frente estaba casi roja como la sangre, sus venas purpúreas se marcaban en sus sienes y jadeaba.

—Déjame terminar. Dios y la patria. Ellos son la ley. Me hablarás de mi familia, como me has hecho en otras ocasiones, poniéndome en guardia por temor frente a un peligro mortal. Pero mi primera responsabilidad es para mi Dios, y mi patria y la memoria de mis padres que murieron por algo. Si muero, entonces dejaré el destino de mi familia en manos de Dios. Si ellos muriesen por causa mía entonces no tendrían que soportar el horror de vivir en un mundo depravado, sin bondad, sin misericordia. Yo preferiría que muriesen porque, ¿qué hombre escogería la vida y la esclavitud?

Alzó su puño crispado con solemnidad.

—Mejor morir que vivir en un mundo como el presente y mi desesperado deber es tratar de cambiar este mundo, incluso aunque fracase.

Keptah se levantó e hizo una profunda reverencia ante él.

—Sí, señor, comprendo. Perdóname por haber puesto mi amor por ti antes que la poderosa y justa pasión que te llena. Te prepararé una poción que te libre temporalmente del sufrimiento y te permita ir a Roma esta mañana.

Empezó a dirigirse fuera de la habitación cuando Diodoro, en un tono de voz entrañablemente amable le pidió que volviese. El tribuno alzó su mano, un poco avergonzado, y tomó la mano del médico.

—Mi buen Keptah, amado tanto por mi padre como por mí y por toda mi casa, tú, oscuro pillastre... Sé que nunca abandonarás a mi familia.

Keptah no podía hablar a causa de la emoción. Tan sólo pudo alzar la mano de Diodoro y llevarla hasta sus labios.

— ¡Que hable el noble tribuno! —gritaban los senadores y aquí y allá en el Senado, el coro de voces era burlón.

Diodoro se puso en pie; una oscura y aguileña figura vestida con la túnica militar, cubierto con casco emplumado y armadura, ancha espada pendiendo del cinturón. Alzó su mano enguantada y los senadores, algunos despectivos, otros sombríos, otros sonrientes; algunos viejos, otros jóvenes; algunos patricios, otros desconocidos libertos sin honor quedaron en silencio y miraron al tribuno. La luz del sol se deslizaba sobre sus túnicas blancas y aquí y allá un rostro noble aparecía surcado por una sombría luz, o un labio estaba iluminado o un ojo chispeaba o se difundía, o un escuálido perfil resaltaba como los trazos inseguros del dibujo de un niño. El suelo de mármol y las paredes deslumbraban, las columnas brillaban; los soldados con sus espadas desenvainadas permanecían de pie ante las abiertas puertas de bronce.

Diodoro les miró a todos y un extraño y formidable sentimiento se apoderó de él. La ira creciente de su corazón aumentó la intensidad de su disgusto y la sensación de que todos los músculos de su cuerpo se tensaban con la pasión abrasadora de su alma. Se dirigió a la tribuna de los oradores, y en el silencio, el eco de sus sandalias metálicas sonó de pared a pared, de columna a columna, mientras la luz del sol hacía que su yelmo y su armadura se iluminasen con una repentina llamarada. Parecía un Marte, dispuesto y a punto para la batalla, armado de luz y rodeado de un aire de altiva grandeza.

Apoyó las manos sobre el púlpito y miró a los senadores. Luego sonrió con una sonrisa desagradable y furiosa.

—Vosotros, romanos, amigos y compatriotas, me habéis oído antes. Hoy hablo en el nombre de Roma por última vez. Después permaneceré en silencio.

Respiró profundamente y su pecho se inundó de pasión y fuerza.

—He venido a honrar a Roma, pero no a enterrarla.

Una voz gritó:

— ¡Traición!
Diodoro sonrió de nuevo e inclinó la cabeza.
—Siempre es traición decir la verdad —alzó su cabeza y paralizó a los senadores con el poderoso fulgor de sus ojos.
—En este mismo Senado, no hace muchos años, un senador murió porque habló la verdad. No fue asesinado por espada, cuchillo o lanza, ni por piedras arrojadas contra él por manos honestas en su ira. Ninguna mano honorable le golpeó, porque no había ninguna mano honorable aquí. Habló de Roma, dijo que Roma ya no era una República y que se había transformado en un imperio sediento de sangre, gobernado, no por hombres de sabiduría y por la ley, sino por César y sus legiones, sus generales, sus rapaces libertos, sus políticos de palacio. Aquel senador permaneció de pie en este mismo lugar y lloró por la República. Lloró porque los emperadores no eran elegidos por el pueblo sino por infames legiones, y por las perezosas y ansiosas multitudes que tan sólo deseaban devorar los frutos de los graneros y de los tesoros y ser divertidos por charlatanes sinvergüenzas, actores, cantantes, gladiadores y pugilistas a expensas del estado.
—Aquel senador era un hombre joven de ojos brillantes y corazón de toro sagrado, encendido de amor por su patria. Un hombre violento que no usaba frases pulidas y carecía de elegancia. Tan sólo tenía amor por su patria. Un joven apasionado que creía que la verdad era invulnerable y las mentiras tan frágiles como la tela de araña. Pero ya veis vosotros, sólo amaba a su patria y sólo los tontos aman a su patria.
Los senadores cayeron en un duro pero atento silencio, aunque algunos de los más viejos inclinaron sus cabezas, recordando su vergüenza y sintiéndose enfurecidos contra el tribuno que se lo recordaba. Los soldados andaban lentamente arriba y abajo, ante las puertas, y escuchaban, volviendo sus rostros hacia Diodoro y algunos de ellos, que eran jóvenes patriotas, sintieron que sus corazones empezaban a latir más rápidamente. El tribuno golpeó con su desmayada mano el púlpito que sonó como el estallido de un trueno en aquel brillante silencio marmóreo.
—Por avaricia, os gritó aquel joven senador, las multitudes de esta ciudad sostienen a césares malvados, que sólo ansían el poder, porque aquellos césares les habían prometido saquear los tesoros públicos. Senadores venales apoyaron a aquellos césares por provecho propio y poder personal. Los césares embusteros hablaron a las multitudes y les dijeron que nuestro país no podría defenderse contra los bárbaros sin alianzas, que debían ser adulados y consentidos sin fin. Y aquellos traidores césares conspiraron contra su nación, locos con el ansia de ser cubiertos de oro, de ser tratados como dioses por el mundo entero, de ser aclamados por millones de ladrones, mendigos, libertos, sinvergüenzas y por los pusilánimes que nunca sintieron una palpitación de patriotismo en sus corazones de buitres...
— ¡Traición! —gritaron varias voces, y algunos rostros se volvieron unos a otros con furia y alarma.
Diodoro permaneció de pie ante el púlpito y colocó sus índices en su cinturón y les miró con odio y desprecio.
—Estas palabras no son mías, aunque las he dicho otras veces ante vosotros. Son las palabras del senador que murió en este mismo lugar.
Abrió la túnica de su pecho y la armadura tintineó sobre el suelo.
— ¡Mirad mis cicatrices y la evidencia de mis heridas! Vosotros senadores, vosotros sinvergüenzas, vosotros perfumados embusteros, mirad mis heridas... Vosotros escurridizos villanos que dormís entre sedas al sonido de liras y de los murmullos de prostitutas y mujeres disolutas, que compráis concubinas, ¡Mirad mis heridas! ¿Tienen estas huellas vuestras delicadas carnes? ¿Hay heridas parecidas en vuestros corazones, vosotros que traicionáis a Roma con cada respiración y la conducís al infierno con cada ley que promulgáis?
Volvió lentamente su pecho desnudo, lleno de cicatrices a fin de que todos lo pudiesen ver. Era una vista terrible y algunos de los senadores más viejos, se cubrieron los ojos con las manos.
La voz de Diodoro se alzó, en tono más profundo, grave y poderoso.
—Semejantes heridas estaban en la carne del senador que murió aquí aquel día. No con espada honesta, no por poderosa cuchillada, sino con mentiras y condenaciones, con ostracismo y silencio. Porque se atrevió a amar a este país y se atrevió a intentar salvarle de manos de los traidores, asesinos, ambiciosos y embusteros. Su corazón se rompió y no hubo consuelo para él.
¿Podríais vosotros haberle consolado? ¿Vosotros, que habéis traicionado a vuestra patria y habéis entronizado a vuestros césares traidores? ¿Os hubieseis atrevido a consolarle, vosotros, cuyas lenguas envenenaron su misma sangre y le condujeron a la muerte, a él, que sólo amó a su patria e inocentemente creía que vosotros también amabais a vuestro país?
Diodoro volvió a golpear sobre el púlpito y para algunos de los senadores más ancianos, aquel sonido parecía producirla el propio Marte en persona.
— ¡Dejadme conmover vuestros corazones —exclamó— aún no es tarde! El curso del imperio conduce tan sólo a la muerte. ¡Senadores, miradme! ¡Escuchad con vuestros corazones y no con vuestras envilecidas mentes! ¡Volved a la libertad, a la frugalidad, a la moralidad, a la paz, a Roma! No penséis por más tiempo en aquellos que os designan, aquellos cuyos vientres piden ser satisfechos a costa de la propia sangre de Roma, de la propia carne de Roma, del oro duramente ganado por Roma. ¡No os inclinéis ante césares falsos, quienes, desafiando nuestra constitución, pronuncian mandatos contra el bienestar de Roma y se colocan a sí mismos por encima de la ley que nuestros padres formularon y por la que lucharon con sus vidas, sus fortunas y su sagrado honor!
Roma fue concebida en fe, justicia y culto a Dios, y en el nombre de la virilidad del hombre. Volved a nuestro país al gobierno de la ley y estableced las leyes para el hombre. Restaurad los tesoros, retirad vuestras

legiones de las tierras extranjeras que nos odian y nos destruirán en el momento en que convenga a sus intereses. Reducid las tasas que aplastan a aquellos que trabajan dura e industriosamente. Decid a vuestras multitudes que deben trabajar o morir de hambre. ¡Arrojad del Palatino a las masas de petimetres, egoístas y ladrones! ¡Arrojad del Palatino a los libertos que dicen, sí, sí, al César, y se inclinan ante él como si fuese un dios y no un hombre de carne humana! ¡Limpiad esta cámara de sinvergüenzas y embusteros, demagogos que declaman en frases sonoras, que el bienestar del pueblo es deseado por sus corazones, pero que en realidad lo que quieren decir es que harán la voluntad de la multitud a cambio de viles venganzas, poder y soborno!

Alzó sus manos hacia ellos en actitud suplicante y sus fieros ojos se llenaron de lágrimas mientras contemplaba a los inmóviles senadores.

— ¡Romanos! ¡En el nombre de Dios, en el nombre de Cincinato, el padre de este país, en el nombre del heroísmo, la paz, la hombría, la libertad y la justicia, os ruego que os transforméis de nuevo en los guardianes de Roma, que quitéis los poderes del usurpador que, en justicia, os pertenecen a vosotros, que persigáis y castiguéis a aquellos que se apoderan de estos poderes, a fin de evitar el cumplimiento de las leyes de vuestros padres! ¡Que vuestros corazones romanos, os hablen y vuestros espíritus romanos griten contra los oportunistas, la corrupción, contra la vanagloria y los traidores, contra los césares que se erigen así mismos como dioses y mantienen una corte para los depravados, los ambiciosos y aquellos que disipan la fuerza de nuestro pueblo, nuestra constitución y nuestras tradiciones! Si os desentendéis de vuestra patria, ella morirá. Miles y miles de legiones no podrán salvarla, y mil sangrientos césares gritarán vanamente a los cuatro vientos.

Sus ojos contemplaron los rostros de los senadores con desesperación. Después dejó caer la cabeza sobre el pecho, descendió del púlpito y se alejó lentamente hacia la puerta, en medio de un cobarde silencio, sin mirar hacia atrás. Los jóvenes soldados le miraron con brillantes rostros mientras permanecían firmes y saludaban, él volvió sus ciegos y llorosos ojos hacia ellos y sonrió como un padre con el corazón roto.

Después, enderezándose, y como un general herido, que fallece por su país, les devolvió el saludo.

Carvílio Ulpiano fue llevado rápidamente al Palatino en su litera. Su capataz azotaba a los esclavos nubios para que marchasen con furiosa velocidad y su trompetero corría ante la litera haciendo sonar el cuerno y gritando:

— ¡Haced paso para el muy noble senador Carvílio Ulpiano!

La hirviente multitud se apartaba en la Vía Apia; pero algunos se paraban para gritar y escupir en la dirección de la encortinada litera.

Descendiendo ante el Palatino, Carvílio subió por la larga escalera de mármol como un joven, sosteniendo en alto su toga senatorial, por encima de sus delgadas piernas que contrastaban con su hinchado vientre. Su rostro expresaba terror y abyecta aprensión. Los lacayos y soldados se apartaban ante su rápido paso. Los encargados de las antesalas se sintieron impresionados por su excitación y prometieron informar a Tiberio César de que el senador deseaba verle al instante, a causa de la más urgente de las necesidades.

Fue admitido en la biblioteca del César. Tiberio leía partes militares con languidez. Alzó su frío rostro cuando Carvílio Ulpiano apareció y sus pálidos labios se curvaron. Luego dijo:

—Saludos, Carvílio. Te felicito por llegar tan rápido tras los talones de mis informadores. Has debido de volar desde la sala del Senado. ¿Te prestó Mercurio sus alas?

Alzó su copa de vino basta sus labios y bebió un poco, y por encima del enjoyado oro de la copa sus ojos eran una helada negra, llena de maliciosa diversión.

Carvílio sufrió un sobresalto. Cayó sobre sus temblorosas rodillas ante Tiberio y besó la pálida mano que aquel extendió ante él.

—Señor —dijo con voz temblorosa—, has sido ya informado, por lo tanto no es necesario que te hable de la maldad y traición de mi familiar Diodoro Cirino. Te juro, divino César, que si yo hubiese sabido que iba a hablar así, nunca le hubiese invitado. En sus visitas anteriores a la Cámara como huésped mío, sirvió tan sólo para divertir a los senadores y yo pensé que éste sería el caso de hoy. Bien poco podía yo imaginar que mis oídos y los de mis colegas serían atormentados con manifestaciones traidoras contra tu divina persona y que él gritaría en contra de ti y de todos tus decretos.

Unió sus manos ante él en un implorante ruego y su rostro sudaba con temor.

—Es un pariente, pero yo le denuncio.

—Eres un hombre discreto y de nuevo te felicito —dijo Tiberio secamente.

No dio prisa al senador para que se levantase de sus rodillas ni le invitó a tomar vino. Los pretorianos ante las grandes puertas doradas miraban a Carvílio Ulpiano y sus rostros parecían esculpidos en bronce y carentes de emoción. Tiberio contemplaba su copa. Estaba sentado sobre una silla tallada en mármol y vestía su blanca toga bordada de púrpura imperial; un hombre alto y delgado, con expresión fría, atenta e inescrutable. Después habló en tono duro y melancólico como para sí mismo.

—Soy soldado. Estoy rodeado por sicofantes y embusteros y en esto Diodoro tiene razón. ¿Qué es el ansia y la alabanza incomprensiva dada con afán de beneficio personal o por temor? ¿Qué es la adulación si los labios que hablan sólo temen o si adulan en busca de provecho? Un oído esclavo es criado de una lengua más esclava. Como soldado prefiero a los hombres de verdad sencilla y sin complejidades que hablen con honor y patriotismo. También prefiero la condenación inteligente a los aplausos de la plebe. ¿Pero dónde están los hombres en la Roma de hoy?

Carvílio Ulpiano oía esto incrédulamente, mojándose los labios, que repentinamente se habían transformado en pergamino. Se sintió aterrorizado.

—Divino César —gimió Carvílio Ulpiano—, no comprendo.

—No —dijo Tiberio—, no puedes comprender.

Y volvió a contemplar de nuevo su copa.

—Como soldado puedo honrar a Diodoro Cirino. Le conozco bien. No es un embustero, ni nunca le he oído decir ni una sola mentira. Ama a su patria. —El emperador se echó a reír con una risa corta y amarga—. ¡Por esto sólo merece la muerte! ¿Quién ama ahora a Roma? ¿Tú, Carvílio Ulpiano? ¿Yo, César?

El senador se apoyó sobre sus talones y se estremeció.

—Déjame decirte esto —añadió Tiberio suavemente—: los césares venales, los césares locos por el poder, nunca se apoderan del poder, nunca destruyen la ley, ni la patria. El poder lo consiguen los hombres malos y despreciables, por un pueblo ansioso, un pueblo estúpido y codicioso, un pueblo egoísta y pusilánime. ¿Dónde están los guardianes de la libertad del pueblo? Vosotros calláis, sois esclavos en espíritu, sois ladrones y cobardes. Pero un pueblo merece lo que sus legisladores son. —Alzó la mano y señaló rudamente a Carvílio Ulpiano—. Ellos te merecen a ti —dijo.

« ¡Dioses ayudadme!», pensó el senador mientras su mente se llenaba de confusión. Se mordió los labios; se asustó, todo su cuerpo se agitaba. Tiberio sonrió sombríamente.

—Lo que te acabo de decir no deberá ser repetido por ti, mi querido senador, mi querido y devoto amigo.

—Divino César —dijo el senador a través de sus labios temblorosos—, no he oído.

—Bien. Es muy triste que incluso los césares deseen a veces decir la verdad. Te doy las gracias por tu interés en mi felicidad, Carvílio.

Dejó la copa sobre una mesa de dorado mármol que había junto a él y aunque no era un hombre violento sus modales eran más terribles que los gestos más vehementes.

— ¡Roma! —exclamó—. No reconozco esta Roma de esclavos políglotas, de escitas, britones, galos, bárbaros, griegos, asirios, egipcios, y la escoria del mundo entero. ¿Dónde están los romanos? Han perdido su identidad. Han perdido su lengua, sus mentes, sus almas, su dignidad. ¿Qué tengo que ver yo con tal Roma? No soy un hombre honrado, soy lo que el pueblo ha hecho de mí, soy su cautivo, no su emperador. No hay escape de un pueblo vil o malvado —sus manos se crisparon sobre los brazos del sillón— estoy aquí tan sólo para ser el ruin deseo de una nación obstinadamente determinada a suicidarse. Si rompo la ley y la Constitución en favor de su avaricia, ellos me aplauden. Si abandono mi esperanza de restaurar el tesoro, me aplauden por considerar que pongo su bienestar en primer lugar. ¡Su bienestar! ¡Perros y chacales!

Miró al asombrado senador que se inclinaba ante él. Un silencio absoluto y tembloroso reinó en la gran biblioteca. Los soldados permanecían firmes como ciegas estatuas. Después Tiberio habló de nuevo:

—Sin embargo es demasiado tarde para la verdad y aquellos que hablan la verdad ya no tienen derecho a vivir en Roma. Por lo tanto Diodoro Cirino debe morir. ¡Cómo se atreve a decir la verdad a una nación así!

Hizo un gesto al capitán de la guardia que se acercó a él al instante saludando.

—Irás al instante, capitán, a las posesiones del tribuno Diodoro Cirino y le dirás que su emperador, su general, no necesita ya de sus servicios y que ante esta situación debe obedecer.

A pesar de sí mismo y de su traición, Carvílio Ulpiano se estremeció. Sabía lo que aquella orden significaba. Se ordenaba a Diodoro que se arrojase sobre su espada.

El capitán saludó. Dio media vuelta sobre sus talones, hizo un gesto a dos de sus soldados para que le acompañasen, y abandonó la biblioteca. Carvílio permaneció sobre sus rodillas, con la cabeza agachada. Tiberio le sonrió maliciosamente.

—Ya está hecho —dijo— y de nuevo te felicito, Carvílio Ulpiano; mis informadores eran hombres inferiores, que espiaban en el Senado, y yo, como el dios que vosotros habéis hecho, apenas puedo creer sus palabras. Diodoro merecía ser condenado por uno de sus iguales, y tú me has hecho este servicio.

El senador alzó la cabeza y Tiberio asintió.

—Sí, comprendo —dijo el emperador—, es la costumbre confiscar las propiedades de aquellos que denuncian a César y hablan traicioneramente, pero me siento inclinado a ser misericordioso. Decretaré que las riquezas de Diodoro permanezcan con su viuda y con sus hijos. Apláudeme por mi compasión, Carvílio Ulpiano.

El senador se sintió invadido por el desmayo. Los helados ojos de Tiberio contemplaron al senador, y César asintió de nuevo.

—Pensaste, verdad, que como amigo mío, devoto adorador y denunciante de un traidor que ha hablado contra mí, te premiaría con las posesiones de Diodoro Cirino. ¡Ah, Carvílio!, eres un hombre rico y te recompensaré a su debido tiempo en mi forma personal. Pero no con la riqueza de Diodoro, ni en tal extensión.

El senador se sintió enfermo de desesperación, desilusión y por un sentimiento de degradación. No era un hombre malvado por completo. Hubiese preferido, de haber podido, una vida de paz y agradables lujos. Ni por un instante creyó que Diodoro que había hecho ya bastante atacando a los senadores, hubiese podido escapar con seguridad. Después de todo, Diodoro era apreciado por Tiberio personalmente y el senador había disfrutado oyéndole atacar a los demás senadores, de muchos de los cuales, él no tenía una buena opinión. Incluso había aplaudido a Diodoro delante de ellos, sabiendo que ellos también sabían que el emperador le admiraba. Pero cuando Diodoro había hablado contra los «falsos césares» en tal tono y había implorado al

Senado que recuperase sus antiguas leyes y prerrogativas, Carvílio supo que él también corría un peligro mortal.

Pero por el camino había pensado que Tiberio le premiaría con las posesiones de Diodoro. No había olvidado a Iris, y cada vez que la veía, desde que su familia había vuelto a Roma, su lujurioso deseo hacia ella, se había transformado en un hambre desesperada.

Hizo una nueva reverencia ante Tiberio. Luego dijo con cierta vacilación:

—Es ciertamente muy compasivo por parte del divino César que los hijos de Diodoro no tengan que mendigar, porque él es noble y tribuno. Pero la esposa de Diodoro es una liberta. Fue en algún tiempo esclava de sus padres, viuda de un anterior liberto.

Tiberio frunció el ceño.

— ¿Es cierto esto?

Carvílio le miró con ansiedad y un poco de saliva manchó el extremo de sus labios lascivos.

—Sí, César. Diodoro inventó una genealogía falsa para ella, a fin de no ofender a sus amigos de Roma y a ti.

El fruncimiento en el rostro de Tiberio se hizo formidable. Golpeó con sus dedos la mesa y pareció pensar. Después involuntariamente sus ojos se fijaron en el senador que temblaba en el suelo con excitación y deseo.

—Ah —dijo el emperador—, ¿es esa liberta una mujer hermosa?

—La más hermosa, señor...

Tiberio sonrió.

— ¡Y tú serías el guardián de los niños de Diodoro y especialmente de sus cofres! ¿Y quieres que revoque la libertad de la hermosa esposa de Diodoro y que te la de como prueba de gratitud?

—La he deseado, durante años, señor, desde que la vi por primera vez en Antioquía. Es la misma Afrodita.

Tiberio escrutó su rostro impasiblemente. Luego dijo:

—Mañana promulgaré un decreto para que la esposa de Diodoro sea guardiana de sus hijos y de la riqueza de su padre, y para que su nombre y falsa genealogía sea inscrita en los libros públicos de Roma.

Carvílio le miró boquiabierto, con los ojos desorbitados y los brazos caídos a ambos lados. Se sintió lleno de terror y vergüenza.

Entonces Tiberio cogió la copa de sobre la mesa y arrojó el contenido al rostro del senador.

—Aquí tienes —dijo— tu justo premio, mi noble senador.

CAPÍTULO XXIV

Keptah, abrumado de cansancio y pena, estaba sentado en el jardín a la puesta del' sol. Sus manos yacían flácidas sobre las rodillas y sus ojos cansados permanecían entornados. Vio el enrojecido cielo sobre las montañas y se estremeció, y, a pesar de que el aire era aún caliente, sintió frío. Los mirlos, robles, pinos y sauces, estaban bañados de una luz rosada y el cenit de los cielos brillaba como un ópalo de delicados colores. La campana de una vaca sonaba dulcemente mientras que el ganado se dirigía lentamente hacia los establos, y el balido de una cabra sonó en el silencio. Los gansos protestaban contra sus pastores, y las ovejas yacían pacíficamente bajo los olivos en las laderas de las lejanas montañas. Una pequeña luna creciente temblaba en el rojizo cielo occidental. Keptah había perdido la tranquilidad y su moreno rostro estaba pálido y preocupado. Como por la mañana, el encargado de la puerta se acercó a él con excitación, pero el rostro del hombre estaba ahora lleno de terror.

—Señor —exclamó— acaban de llegar tres pretorianos, uno de ellos es un oficial. Han solicitado ver al tribuno en seguida, les he dicho...

Keptah palideció. Se puso en pie.

—Les veré inmediatamente. ¿Les has ofrecido vino?

—Sí, señor, pero lo han rehusado.

Keptah se detuvo en el mismo momento de echar a andar y cerró los ojos espasmódicamente. Después entró en la casa y se dirigió al gran recibidor, cuyo suelo estaba hecho de mosaico tosco, azul, amarillo, rojo y blanco, rodeado de escuálidas columnas y amueblado con sencillos muebles. Los rojos rayos del sol penetraban en el recibidor, y en medio de aquella débil luz el médico vio a los pretorianos, sus armaduras teñidas de un rojo sangre, los yelmos de sus cabezas altos y enhiestos.

A medida que Keptah se acercaba, examinaba sus rostros con una inquieta desesperación y vio que los ojos del oficial estaban bordeados de rojo y que su joven rostro cubierto de polvo, expresaba la completa miseria que sentía.

—Soy médico, ciudadano de Roma, y tengo a mi cuidado esta casa —dijo Keptah al oficial haciendo una reverencia—. Tengo entendido que deseas ver al noble tribuno Diodoro.

El oficial le miró un momento y dijo:

—Sí. Vengo directamente del divino Augusto con un mensaje de gran importancia.

Keptah le estudió mientras reflexionaba, viendo más claramente los irritados bordes de los ojos del joven oficial.

— ¿Es posible que conozcas a Diodoro? —preguntó Keptah.

La cabeza del oficial se alzó y sus fieros ojos romanos se apartaron rápidamente de Keptah. Luego dijo truculentamente:

—Era mi general cuando yo era joven y nuevo en el campo de batalla y era el amigo de mi padre. Mi nombre es Plotio Lisanias. El tribuno me conoce bien, fue el padrino de mi hijo pequeño que nació hace un año a quien puse el nombre de Diodoro en su honor.

Su garganta se sintió repentinamente convulsa y alzó la cabeza hacia arriba con mayor firmeza.

—Debo ver al tribuno al instante.

Keptah dijo muy suavemente:

—Sin duda te entristecerá saber que Diodoro está muriendo. Volvió hoy de Roma y tuvo un colapso en este mismo recibidor y en mis propios brazos. Ha estado muriendo durante dos años. Hoy ha recibido el último golpe y expirará antes de que la luna se alce por completo. Su esposa y sus niños están con él.

El oficial le miró incrédulamente durante unos pocos momentos. Luego sus juveniles ojos se llenaron de lágrimas. Miró a sus soldados y dijo:

—Dejadme sólo con el médico.

Cuando estuvieron solos, Keptah le dijo:

— ¿Y cuál será tu mensaje, noble señor, a un heroico romano que muere como mueren los soldados, lleno de heridas?

Plotio permaneció en silencio, después enfundó su desenvainada espada y miró orgullosamente a Keptah.

—Como joven oficial del tribuno sé como dirigirme a mi general. —Vaciló un momento—. Mi tío, cuyo nombre yo recibí, fue el valeroso joven senador Plotio, que murió en el Senado, y no por la espada de los soldados ni protegido por un escudo de soldado. Murió ignominiosamente, a causa del veneno de las mentes de los hombres.

—No murió ignominiosamente —respondió Keptah con tristeza—, ningún héroe muere ciertamente así. Viven para siempre en los corazones de sus compatriotas y son el centro brillante de la historia.

Le indicó el camino hacia la habitación de Diodoro. El tribuno yacía en la cama, iluminada por el rojizo sol poniente, y estaba muy tranquilo. Pero conservaba todas sus facultades, rodeado por su esposa y por sus hijos. Plotio, pese a sentirse profundamente emocionado, vio que la esposa de Diodoro era tan bella y majestuosa como Venus, sentada en la cama sosteniendo la mano de su esposo y que su rostro brillaba con amor, devoción y fortaleza espiritual. Los niños permanecían junto a la cama de su padre, llorando tristemente, y el tribuno trataba de consolarles.

—Ah, mi Prisco —decía al mayor de los niños con voz débil pero amante—, no debes entristecerte. Eres mi hijo, y serás soldado y los soldados no lloran; debes cuidar de tu madre, tu hermano y tu hermana y debes recordar siempre que la muerte es preferible al deshonor.

Repentinamente jadeó y trató de respirar. Iris se inclinó sobre él y besó su pálida frente, por la que la muerte avanzaba en forma de mortal sudor, y luego sus labios. Su dorado cabello cayó sobre él como un velo. Diodoro alzó su débil y temblorosa mano y acarició aquel cabello. Iris alzó la cabeza y la apoyó sobre su poderoso pecho y permaneció muy quieta.

—Mi querida, mi muy querida esposa —murmuró—, la madre de mis hijos. Me voy, pero no para siempre. Esperaré fuera de estos portales a que vengas y cuando el día llegue, estaré allí para tomarte de la mano y marchar contigo a un lugar de eterna paz y brillantez.

Keptah y Plotio se acercaron a la cama y entonces Diodoro se dio cuenta de su presencia. Sus ojos moribundos y lívidos adquirieron viveza.

—Ah, Plotio dijo con débil asombro—. ¿Has oído que he recibido órdenes de presentarme ante Plutón? Gracias por haber venido, porque siempre has sido como un hijo para mí.

El arrogante pretoriano se arrodilló al otro lado de la cama y miró al tribuno y sus ojos de soldado quedaron llenos de lágrimas. Luego dijo:

—Noble tribuno, tengo un mensaje para ti de César, que debo darte personalmente.

El rostro gris de Diodoro cambió. Trató de alzar su cabeza, miró a Iris después de un momento, luego a sus niños, y su rostro se oscureció en una agonía final que cruzó sus facciones como una lívida marea.

El soldado alzó la voz y dijo claramente:

—César llorará esta noche. Porque el mensaje que te he traído, mi general, es que acudas a su presencia a fin de discutir ciertos reemplazamientos de un general cuyos servicios en campaña son poco satisfactorios. Desea hacer este reemplazamiento en tu propia persona.

Una ola de gozo envolvió el rostro de Diodoro. Miró a su esposa con arrobo.

— ¿Has oído esto, querida? Hablé contra Tiberio hoy, insinuando que era falso, corrompido y un César sediento de sangre; pero al fin ha recordado que era soldado y que yo soy soldado, y desea concederme el honor del soldado. Ah, entonces sé que no es tan venal como pensé y que aún hay salvación para Roma, mi amada patria.

Su vacilante mano buscó la mano de Plotio y el joven oficial inclinó la cabeza y besó aquella mano, notando la mortal frialdad en sus labios.

Diodoro habló después con voz más alta.

—Dile al César que Diodoro Cirino no puede responder a su llamada, porque uno más grande que él le ha ordenado que acuda a su presencia en sus manos yo debo encomendar mi espíritu.

Trató de levantar a Plotio pero el soldado permaneció sobre sus rodillas y lloró. Entonces Iris emitió un ronco grito y cayó sobre el cuerpo de su esposo como una blanca rama de árbol, derribada por el rayo.

Keptah y Plotio volvieron a la entrada y oyeron el sonido de los gemidos en toda la casa. Plotio permaneció en silencio, su cabeza inclinada y sus labios apretados firmemente. Finalmente miró al médico y dijo:

—Fue Carvílio Ulpiano quien habló al César, pero en cualquier caso el resultado hubiese sido el mismo. No tengas ansiedad por la esposa e hijos del tribuno. Con mis propios oídos oí decir a Tiberio que no serían molestados y que la esposa de Diodoro será nombrada guardián de sus niños y que su genealogía será inscrita en los libros públicos de Roma, certificando su ascendencia patricia.

—Dios es misericordioso —dijo Keptah—. Incluso del mal puede traer bien. Bendito sea su nombre.

Los senadores, al oír la muerte repentina de Diodoro, decidieron furtivamente entre ellos mismos que no se atreverían a asistir a su funeral por temor a la ira del César. Se sintieron inundados y abrumados de asombro cuando César ordenó que todos estuviesen presentes, con todos los honores y togas senatoriales. No quisieron creerlo cuando supieron que la propia guardia pretoriana de Tiberio escoltaría el cuerpo hacia la pira en gala militar completa y que un destacamento de veteranos miembros de la anterior legión de Diodoro, iba a llevar el cuerpo envuelto en las banderas del imperio. La última noticia que les dejó estupefactos fue que el propio Tiberio pronunciaría el discurso fúnebre, vestido de uniforme militar y de pie sobre su propio carro militar. Diez trompeteros iban a estar allí también y diez tambores.

Antes de que el cuerpo fuese colocado sobre la pira, Tiberio dijo:

—Era un soldado de Roma, sencillo en su hablar, tierno de corazón, rápido de ira justiciera, y pronto para la misericordia. Es un soldado de Roma que ayudó a forjar el imperio con su valerosa espada, de quien nunca se supo que mintiese, engañase, o traicionase ni a su patria ni a sus compatriotas. Nosotros, los que aquí estamos, no podemos honrarle, porque el honor le fue concedido en el nacimiento. Permaneció con él en el campo de batalla y yace con él en su muerte. Nosotros le entregamos a las cenizas de sus padres y a las manos de sus dioses, él nunca les abandonó.

Unos pocos días después Carvílio Ulpiano fue misteriosamente envenenado. Cuando Keptah fue informado de esto dijo:

—Que tenga paz, como tiene Diodoro paz.

CAPÍTULO XXV

Aquel fue uno de los inviernos más terribles. Las siete colinas parecían siete desnudas sepulturas, quietas como la muerte, cubiertas de nieve durante largos y amargos días. La Campania quedó primero cubierta de hielo, y después transformada en negra y esponjosa marisma. La nieve impulsada por el viento, golpeaba los rostros de la gente, los caminos brillaban como espejos, serpenteaban brillantes a medio día y brillaban de nuevo bajo la luz de una luna acerada. Los blancos palacios resaltaban como suspendidos huesos contra la blancura que les rodeaba, sus columnas cubiertas con agua congelada, sus comisas adornadas con carámbanos. El Tíber se deslizaba perezosamente reflejando un pálido cielo gris y un sol no menos pálido, y algunas veces su corriente circulaba como la negra corriente de la Estigia. El humo salía del centro de los templos y de los hogares de los ricos. Pero sobre el Transtíber reinaba una quietud parecida a la que imponía la peste y el pueblo pobre, desolado y hambriento, se amontonaba en pequeñas e infectas habitaciones buscando el calor. A veces una galerna invernal soplaba a través de la gran ciudad helada con un furor divino y la gente declaraba que gemía con desoladas voces ultraterrenas. Poca gente salía fuera, ni siquiera las señoras enfundadas en sus ricos abrigos de pieles y en las cálidas habitaciones de sus hogares, arrimadas a braseros llenos de rojas brasas. Algunas veces las multitudes se reunían en el Panteón, en el centro del cual, y sobre el suelo de mármol protegido por una plancha de hierro se encendía un gran fuego. Las estatuas de los dioses en sus dorados nichos parecían animarse con movimiento bajo las vacilantes sombras rojas. El humo de madera quemada e incienso parecía esconderles, volverles a revelar y nuevamente esconderles entre nubes. El enorme agujero en el techo dejaba escapar el humo, y cuando el viento cambiaba, caprichosamente, el hueco quedaba tapado y el humo era empujado hacia la parte baja del templo donde casi asfixiaba a sus temblorosos habitantes. Las estatuas lentamente se tomaron grises y los blancos pies se oscurecieron.

Los viejos de grises barbas decían pomposamente a los jóvenes: «Este no es el peor invierno. Recuerdo cuando el Tíber permaneció durante semanas helado, y sus puentes parecían mármol y brillaban tan cegadoramente los días de sol que los que pasaban a través de ellos quedaban deslumbrados. Los jóvenes de hoy son débiles y suaves».

Las palomas se unían en hordas bajo los aleros, algunas se helaban y sus cuerpos caían sobre el pavimento. Sus arrullos habían cesado.

Su Majestad, Augusto Tiberio, la Corte, todo el Senado, todos los caballeros y augustales de su casa y esclavos favoritos, libertos, concubinas, esposas, niños, gladiadores, danzantes, cantantes, luchadores, pugilistas y conductores de cuádrigas, abandonaron Roma en un vasto éxodo, dirigiéndose hacia las cálidas islas de la bahía de Nápoles, a Pompeya o a Herculano. Allí en el cálido verde y oro de un clima más amable,

se ponían morenos y navegaban sobre las brillantes aguas azules y daban o asistían a banquetes. Correos montados en veloces caballos iban y venían de la ciudad a Nápoles y a sus islas, llevando las últimas críticas y noticias, estado de la Bolsa e informes sobre el tiempo. Los graneros, informaron, estaban vaciándose rápidamente; el pueblo se desesperaba y se sentía vengativo. Pero la Corte y sus acólitos se encogían de hombros. Era agradable contemplar el mar color de ciruela durante las puestas de sol deslumbrando con los reflejos rojos de un sol ardiente, comer en terrazas y jardines cerrados, llenos con el canto de los pájaros inquietos y de las fuentes; visitar a Tiberio, juzgar y beber, reír y divertirse con las suaves diversiones que les habían seguido como cuervos. Tiberio había construido un gran baño en la isla de Capri y multicolores botes iban a ellos regularmente, llenos de risas y señoras de bronceados rostros.

De pronto casi de la noche a la mañana, el viento sur empezó a soplar sobre la tierra del norte, lleno de perfume de vida, fragancia de lejanos campos de flores y promesa del verano. En Roma todo empezó a gotear y a tintinear en un repentino deshielo; las columnas relumbraban con la luz; las comisas se iluminaban como cataratas; las siete colinas y sus palacios y foro brillaban bajo un sol vivo. Las calles quedaron inundadas con agua de malos olores, pero el pueblo se sentía feliz. Las tiendas se abrieron y los mercados volvieron a estar llenos de vida, de movimiento, de hombres y de animales, de color, de mercancías. Se abrieron las cantinas. Un perfume de pasteles y carne asada flotaba en la cálida atmósfera. Corrientes de viajeros apresurados inundaron las carreteras que conducían a la ciudad. Los campos se cubrieron de un manto de pequeñas flores rojas como sangre viviente. La Campania, como de costumbre, quedó infecta y llena de mosquitos. Esto no preocupaba a la gente; eran los heraldos que anunciaban que la primavera llegaba de nuevo. El invierno y sus férreas miserias fueron olvidados. El Tíber volvió a discurrir, verdoso, bajo el sol y los puentes se vieron concurridos y Tiberio y su Corte volvieron a la ciudad.

—Es una pena que el Senado vuelva también —decían algunos escépticos agriamente—, por lo menos durante el invierno no tenemos que sufrir a los senadores con su corrupción.

Tiberio no era popular; su naturaleza fría y pálido rostro rígido no le hacían querido del voluble populacho romano que prefería viveza e histrionismo en sus césares. Cayo Octavio, un simple soldado, no había encajado con su temperamento, y Tiberio encajaba menos aún. Algunos de los viejos hablaban de Julio César, de la viveza de sus amigos. Movían la cabeza con un gesto de duda cuando sus hijos y nietos les recordaban que Julio había sido un dictador en potencia y que habla despreciado al Senado, que Cayo Octavio y Tiberio se sometieron al Senado de acuerdo con la ley.

— ¿Llamáis a esto leyes? —Preguntaban los viejos con soberbio desprecio—. El Senado puede aparentar que tiene el poder, pero éste, en realidad, es de Tiberio. Han abdicado sus prerrogativas frente a él, a fin de conseguir más poder personal. ¿No es esto una paradoja?

Las multitudes marcharon a la puerta de Ostia para contemplar la vuelta de Tiberio y su séquito, antes incluso de que el sol en su dorado esplendor surgiese entre las casas, palacios y montañas orientales. César se había detenido en Ancio para visitar su villa, entretener su parsimoniosa marcha y sacrificar a Ceres y Proserpina ahora que la última había vuelto a su madre desde las moradas crepusculares de la muerte. Incluso su propia cara tranquila y desprovista de color parecía adquirir un cierto aire de vida, y el tono de su voz al hablar con los senadores era menos despectivo. Cuando vio las vastas multitudes esperándole en la puerta Ostia, rodeado por sus pretorianos que llevaban las águilas de Roma, incluso saludó con su aire mordaz. Despectivo hacia una canalla domada, era lo bastante humano para sentirse emocionado por la atronadora ovación con que le recibieron. Permaneció de pie en su dorado carro como un corredor y alzó su brazo derecho con un digno saludo militar. Un polvo amarillo, iluminado por el sol, brillaba a su alrededor y esto también, después del húmedo y helado invierno, alegró al pueblo. Aunque silbaron a las señoras, gritaron, se rieron e impresionaron a los senadores, hicieron comentarios sardónicos sobre el propio Tiberio y se burlaron de las augustales y patricios, se sintieron felices.

El gris y oscuro invierno, con una nieve que azotaba como mordiente arena, había sido también olvidado en las propiedades del difunto Diodoro. Casi de la noche a la mañana pareció como si las montañas hubiesen estallado cubiertas de verdura, los olivares brillaron con nueva plata, el riachuelo adquirió un tono casi de azul celeste, el cielo se suavizó hasta alcanzar un delicado tono azul, los campos se cubrieron de flores, los negros y puntiagudos cipreses, destacándose contra el cielo, perdieron su rigidez. Los capullos se abrieron y aparecieron sobre los árboles; los cactus florecieron y se tornaron esmeralda, los nuevos corderitos saltaban tras sus madres, los caballos tomaron a adquirir su eterno desprecio por las mulas, el ganado empezó a discurrir de aquí para allá o permanecía sumido, en sus aparentes reflexiones junto a los bordes azules del estrecho río. Pequeñas hojas aparecieron sobre los matorrales de rosas en el jardín, y las fuentes empezaron de nuevo a murmurar. Palomas de plumaje púrpura se arrullaban entre los pórticos, arcos y columnatas; los pájaros gritaban vehemente y se preparaban para construir nidos durante las puestas de sol, el aire brillaba con un amplio y cálido oro y la estrella del atardecer parecía recién nacida; una luna de cobre se alzaba alta sobre el horizonte envuelta en las últimas llamaradas escarlatas del atardecer. Lo más dulce de todo, lo más excitante, era el apasionado y penetrante olor de la tierra, a la vez santo y carnal, a la vez pacificador y perturbador.

Lucano no había experimentado hasta entonces una primavera romana. El turbulento Oriente había, simplemente, tomado una más suntuosa forma en aquella época del año. Aquel suave y primaveral verdor, aquel dulce clamor colmado de murmullos, aquel amable contraste de tonos, le encantaron pese a su dolor y a su crónica inestabilidad espiritual. Incluso cuando estaba en el pequeño sanatorio para los esclavos, sumido en

el examen de algún caso grave, no podía evitar alzar su cabeza y escuchar las voces de la tierra, el olor divino y el insistente perfume y sentir la cálida y suave brisa acariciar sus mejillas. Algunas veces sonreía y se sentía de nuevo joven.

—Incluso el hombre más endurecido debe sentir una promesa en la primavera —decía Keptah a Cusa un bello atardecer, mientras permanecían sentados en el pórtico exterior y contemplaban el cielo—. Es la profunda promesa de Dios y ningún hombre puede resistirla aunque su corazón esté tan roto como un barco vacío.

—Lucano lo resiste con más o menos éxito —dijo Cusa.

—Piensa demasiado en Diodoro —dijo Keptah tristemente—. En cierta ocasión me reprochó el haber permitido al tribuno ir a la ciudad en aquel día fatal. Yo debía haberle drogado, exclamó ante mí. El hecho de que el destino del tribuno era inevitable por ser hombre de carácter, integridad y honor, no ha servido de nada para calmar el enfado del joven contra mí. Como toda juventud es inconsistente. Está determinado seguir su camino a lo largo del gran mar, entre pestilentes barcos, malolientes puertos, ciudades y poblaciones, porque cree que este es su deber. Le digo que Diodoro sentía hacia su propio deber una pasión tan inmensa como la que él tiene por el suyo.

— ¿Y qué dice a esto? —preguntó Cusa con avidez.

—Dice que Roma ya está perdida, pero que el hombre no está perdido: un sofisma que no pude evitar el señalarle. El hombre es su propio verdugo; se cuelga a sí mismo en su propia cruz; es su propia enfermedad, su propio destino, su propia muerte. Las civilizaciones son expresión del hombre. Pero nuestro joven médico no siente el menor cuidado por las civilizaciones; piensa sólo en los oprimidos despreciados y rechazados, que están así porque su nación está corrompida y porque ellos la han hecho así. Sin embargo, está obsesionado por su estrecha idea como una mosca metida en ámbar. Los hombres sufren de los hombres, le digo, pero me responde algo amorfo, como que la sociedad es la torturada del hombre; sólo Dios, cree él, y los poderosos que Él ha creado, son los opresores.

Keptah se volvió hacia Cusa, que pensaba sobre todo aquello. Le había hecho la misma pregunta muchas veces antes de entonces.

— ¿Estás seguro de que había peste en aquel barco?

—Maestro Keptah, estoy completamente seguro de que lo era. Te he descrito los síntomas una y otra vez, el aspecto de los muertos, los bubones y los vómitos sangrientos.

Keptah asintió.

—Incluso sabiendo mucho, no sé que decirte, mi buen Cusa, y estoy todavía sorprendido por lo que me has contado.

Cusa miró a Keptah curiosamente en aquella cálida y dorada puesta de sol escarlata.

—Eres muy misterioso: Yo creo, por mi parte, que él ha sido tocado por la divinidad. Es un protegido de Quirón, no hay duda acerca de esto. Trato de recordar esto cuando más me exaspera.

Keptah permaneció silencioso durante algún tiempo y luego dijo:

—Hay algo más que le devora, además de la tristeza por la muerte de Diodoro.

Cusa se sintió interesado porque le gustaban tanto los comentarios como a su esposa Calliope. Por primera vez contó a Keptah lo de la oculta dama que había acudido en litera a decirle adiós a Lucano en el puerto de Alejandría.

Vi su blanca mano —dijo con alivio—, aunque no su rostro, pero la mano era extraordinariamente pequeña y hermosa. Nunca he visto una mujer fea con una mano como aquella, ni a una mujer verdaderamente bella que tenga una mano fea. Y Lucano volvió al barco con un rostro tan quieto como la muerte, los ojos hundidos por la tristeza y la desesperación. A propósito, él besó aquella mano.

Keptah se enderezó y se golpeó la barbilla, una mirada de excitación apareció en su rostro.

— ¡Una dama! Las mujeres no acuden a los puertos llenos de esclavos y multitudes para decir adiós, a menos que amen y sean amadas. Ah, todo de una pieza. Ha renunciado a esa mujer y a todas las mujeres a causa de su obsesión. Sin embargo, me alegro. Continuemos esperando. Si esa mujer enamorada y con dinero es tan inquieta y audaz, tan imposible de abatir, como un tigre. Él la verá otra vez.

—Tendrá que ser muy aguda de verdad —dijo Cusa agriamente—.Pero de nuevo es posible que tengas razón. Pasó muchas noches vagabundeando como una sombra, sin hablar. Le oí también gritar durante su sueño, con gemidos de quien llora a un ser desaparecido.

Lucano estaba sentado con su madre, hermanos y hermana, un atardecer. Se sentía más tranquilo que de costumbre. Miraba el sombreado verde de los valles y las colinas iluminadas por el sol poniente; el aire brillaba como si estuviese lleno de joyas en polvo y en los más oscuros lugares de los jardines los insectos luminosos empezaron a brillar silenciosamente. La carne de Iris había perdido su sonrosado color y adquirido un pálido brillo, como la madreperla, y el azul de sus ojos se había intensificado con la serenidad silenciosa de su pena resignada. Lucano se sintió lleno de orgullo y piedad; no sólo veía en ella a su madre, sino también la esposa y la mujer, y a menudo se preguntaba cuáles serían sus pensamientos y sus deseos; con frecuencia se sentía tímido ante ella. Otras veces ella le sorprendía por la forma con que había aceptado los acontecimientos y la muerte de su amado esposo. Él hubiese preferido la rebelión y el furor contra el destino. En cierta ocasión ella le había dicho.

—Sé que Diodoro vive y que algún día me uniré a él con alegría y gozo, porque Dios es bueno y Él no defrauda a sus criaturas.

Algunas veces ella era un misterio impenetrable para Lucano.

Amaba a los hijos tenidos con Diodoro, la pequeña Aurelia y Cayo Octavio, pero parecía amar al hijo de Diodoro y a Aurelia, incluso más. El alegre Prisco era cariñoso y devoto, y adoraba a su madrastra y pese a su alegre naturaleza poseía un profundo sentimiento de responsabilidad, aunque apenas si tenía cinco años de edad. Era como un padre para su pequeña hermana, cuyo cabello se parecía al de la madre y cuyos suaves ojos castaños brillaban con dulzura, y para el hermano pequeño, que aún no tenía dos años, y que se movía con gravedad entre las hierbas e inspeccionaba las flores con gesto de filósofo. El pequeño Cayo se parecía a su padre de una forma: sorprendente y algunas veces esto divertía a Lucano. Pero Prisco: hacía estremecer su corazón de dolor, porque su rostro era el rostro de su hermana muerta, Rubria, y tenía la misma vivacidad y alegría que ella.

Cayo deseó inspeccionar los insectos luminosos, pero Iris le cogió justamente cuando se caía y lo colocó sobre sus rodillas, besándole. Su dorado cabello quedó brevemente iluminado por última vez por un rayo de sol antes de que el astro se ocultase tras las oscuras colinas de doradas crestas. Cayo inspeccionó el rostro de su madre seriamente, luego apoyó la cabeza sobre el pecho de ella e Iris se inclinó sobre él.

—Aunque apenas habla aún —dijo Iris— tiene pensamientos muy serios y hace las más profundas preguntas del mundo. —Miró hacia Lucano— como su querido y amado hermano —añadió suavemente.

Lucano no dijo nada; había intentado durante todos aquellos meses mantenerse alejado de su familia por terror a amarles demasiado. Se había sentido lleno de una excitada e inquietante ansiedad. Debía abandonar tan pronto como fuese posible a aquellos niños y a su madre, porque si no se apoderarían de su corazón y lo romperían con dolor entre sus manos. Contempló la brillante luna que entonces se alzaba sobre una colina. Para él, la luna era como una vieja calavera marchita de tristeza y tragedia. Su belleza, por lo tanto, no le emocionaba, porque era la belleza de la muerte, la misma belleza amenazadora que había en el amor.

Iris le contemplaba con las pestañas entornadas. Vio el pálido brillo de su rostro, la rigidez de su expresión y sus contenidos ojos. Suspiró y luego dijo:

—Nunca fui una mujer de temperamento ardiente que pudiese expresar mis emociones con libertad. Pero debes comprender, querido hijo, lo que significa para mí tener mi familia conmigo, y a ti, en casa después de todos estos años. ¿No es maravilloso que hayas sido nombrado por gracia del César, principal médico oficial en Roma? Tendrás que permanecer en la ciudad sólo tres días a la semana, y después volver aquí, donde la casa te necesita. Y tu madre más que nadie —añadió en voz baja.

Los labios de Lucano se separaron, después permaneció silencioso otra vez. Miró el hermoso anillo que Diodoro había encargado para él; el tribuno había querido ofrecer el anillo a la vuelta de su hijo adoptivo. Estaba hábil y exquisitamente trabajando: un ancho aro de oro de intrincado trabajo en el que estaba engarzada una gran esmeralda verde. Sobre esta esmeralda había sido grabado un caduceo de oro, el signo de los médicos, el báculo alrededor del cual se enrollaban dos serpientes con las alas de Mercurio en un extremo formadas por nubes. A Prisco le había dejado el noble anillo de su padre, que no era tan valioso y rico como aquél, ni, para Lucano, tan significativo. Diodoro no había olvidado a Lucano en la cuestión del dinero. Le había nombrado heredero de una gran cantidad y designado, en la posibilidad de la muerte de su madre, tutor de sus hijos. Pero Lucano se dijo a sí mismo que aunque su madre era vieja, tenía casi treinta y ocho años de edad, gozaba de buena salud y podía esperarse que viviría aún un número considerable de años.

Se dio cuenta de que debía hablar entonces, aunque había evitado hablar durante seis meses, temiendo turbar a su madre y aumentar su dolor. Contestó con tanta suavidad como le fue posible.

—Debo hablarte, madre. No puedo aceptar el cargo que me ofrece Tiberio. No puedo permanecer aquí.

Iris esperó. Lucano miró a su madre, esperando lágrimas de protesta e incredulidad. Pero Iris esperaba tranquilamente. Luego dijo:

—Cuéntame hijo mío.

Y Lucano contó a su madre, que escuchó con la cabeza inclinada, mientras sus manos acariciaban distraídas al pequeño Cayo que se había quedado dormido. Prisco y Aurelia perseguían vivamente a los insectos luminosos y sus charlas y risas se mezclaban con los sonidos y canciones de los pájaros del atardecer. La luna se elevó más y el poderoso olor de la tierra los cipreses y los nuevos árboles en flor, se hizo más insistente. De pronto las copas de los cipreses quedaron plateadas.

Iris había quedado tan silenciosa después que Lucano terminó de hablar, que éste, por fin dijo:

— ¿Comprendes?

—Sí —respondió Iris—, comprendo. Eres muy parecido a Diodoro, querido hijo, y esto me hace feliz. Tienes la misma firmeza y disciplina de carácter, la misma dedicación al deber, cosas raras en este mundo perverso. ¿Te das cuenta, sin embargo, de que el sendero que has elegido está lleno de tristeza y soledad, lleno de agudas piedras, y no está alumbrado por ningún sol?

—Sí —dijo—, pero esto no me importa. Desde hace mucho tiempo sé que el mundo no me ofrece ninguna promesa de gozo ni de felicidad.

—Yo he rogado —dijo Iris— que te casases y trajeses a tu esposa a esta casa y que tuviésemos nietos para que alegrasen mi vejez.

Lucano movió la cabeza con gesto negativo.

—No has olvidado a Rubria —dijo Iris y suspiró de nuevo.

—Nunca la olvidaré —Lucano vaciló, luego habló con brusquedad.

—Madre, amo a una mujer que a mí me parece Rubria renacida. Es en su naturaleza donde encuentro el parecido; la misma amabilidad, la misma suave animación, la misma pureza de carácter, la misma firmeza femenina. Se llama Sara bas Eleazar. Esto es todo lo que puedo decirte. Ella se mezcla en mi mente con Rubria, de modo que son una y la misma a la vez. Sin embargo, como Rubria desapareció, así ella debe desaparecer de mi vida.

Al oír esto los ojos de Iris se llenaron de lágrimas porque consideraba aquello una gran calamidad.

—El amor entre un hombre y una mujer es una cosa santa, hijo mío, y está bendecido.

—Para mí, no lo está —respondió Lucano con firmeza y su madre contempló su rostro. Después de un rato él continuó:

—Hoy he escrito al César agradeciéndole su ofrecimiento, pero rehusándolo. Roma no tiene necesidad de mí, como ya te he dicho. La ciudad está llena de excelentes sanatorios y buenos médicos. Hay incluso un buen sanatorio en una isla en el Tíber para los más abandonados esclavos y criminales. Pero en las ciudades, pueblos y lugares perdidos a lo largo de las costas del Gran Mar, hay muy pocos lugares para los enfermos y los pobres.

Aunque Iris comprendía, se sentía abrumada. Un hombre tan dotado, joven y hermoso, tan rico, y miembro de familia tan distinguida al que César concedía sus gracias... Sin embargo iba a abandonar todas aquellas cosas para elegir las multitudes anónimas en ciudades sin nombre y desconocidas para ella.

—Deseo estar libre —dijo Lucano—, y cuantas mayores necesidades tiene un hombre, menos libertad. No deseo nada para mí.

Sus manos permanecían apoyadas sobre las rodillas y tenían el aspecto de piedra tallada a la luz de la creciente luna, mientras el maravilloso anillo colocado en su dedo brillaba débilmente. Iba vestido con una túnica sencilla y barata. Su guardarropa era tan pobre y limitado como el del más humilde liberto. Sin embargo, pensó su madre, tiene una majestad superior a la de César y una nobleza parecida a la de los dioses. Su corazón se sintió de pronto aligerado y misteriosamente consolada, y miró hacia el cielo, que se oscurecía, como si oyese una voz procedente de allí.

Las ayas salieron de la casa, que se alzaba tras ellos, para buscar a los niños e Iris se levantó. Cuando las ayas se llevaron a los niños ella les siguió con sus ojos azules tiernamente humedecidos. Luego colocó su mano sobre el hombro de su hijo.

—Que Dios esté siempre contigo, mi querido Lucano —dijo, y le dejó.

Keptah encontró solo a Lucano bajo los susurrantes mirtos iluminados por la suave luz de la luna. Los cipreses destacaban sombríos y una gran tranquilidad envolvía los jardines. Keptah se sentó en la silla que antes había ocupado Iris y miró a su antiguo discípulo.

— ¿Se lo has dicho a tu madre? —preguntó. Lucano se movió con inquietud.

—Se lo he dicho. Y ella comprende.

—Tienes las más sorprendentes ideas sobre la vida —dijo Keptah—, y puesto que yo no tengo tus puntos de vista, aunque honre los tuyos, no puedo por menos que estar sorprendido. Sin embargo, por supuesto, así ha sido establecido.

— ¿Por quién? —Preguntó Lucano con desprecio—. Yo he ordenado mi propia vida.

Keptah hizo un gesto negativo con su cabeza.

—No —se detuvo un momento—, también estás en un error acerca de otras cosas y este error deberá ser corregido o no tratarás sinceramente de encontrar tu camino. Tu naturaleza es caótica, barrida por los vientos de la anarquía, insensata, inspirada sólo por la violencia; una vida clamorosa pero, esencialmente, sin ningún propósito. La civilización para ti es el patético esfuerzo del hombre por poner orden en la naturaleza, regulada de alguna forma que tenga significado. Tu naturaleza, en su siembra, crecimiento y muerte, es una suma sin la ecuación correspondiente, un círculo que no conduce a nada, un árbol que florece, da fruto y muere en un desierto gris. Tales pensamientos son mortales; están amenazados de muerte.

— ¿Qué más? —respondió Lucano con impaciencia. Pensó que Keptah se estaba haciendo tan tedioso como José ben Gamliel. De nuevo Keptah movió su cabeza con gesto negativo.

—Estás equivocado. La naturaleza es un orden absoluto, gobernado por leyes inmutables y absolutas, establecidas al principio del universo por Dios. Las civilizaciones, en tanto que estén de acuerdo con la naturaleza y sus leyes, tales como la creación, libertad de crecimiento, dignidad de todo lo que vive, belleza de forma, reverencia por el Ser de Dios y el ser del hombre, sobrevive. En cuanto se vuelven a la rigidez y al anonimato del estado, regula las grandes formas a un nivel infecundo, a la degradación de los mejores por masas de hombres infecundos, al rechazo de la libertad para todos, entonces la naturaleza debe destruirlos, por medio de guerras o pestes o una rápida decadencia. Tú estás, vives en medio, en esta época, del trabajo y de la ley.

—Estamos tan sólo continuando las conversaciones sin fin, sobre el mismo asunto, que hemos tenido durante todos estos meses —dijo Lucano con tono cansado.

—No lo discutiré de nuevo —respondió Keptah—, sólo quiero recordarte que estás equivocado. El hombre no es la pobre, silenciosa y sufriente criatura que tú crees que es. Es una furia, nacido de Hécate y sólo uno puede salvarle del destino que ha elegido.

Esperó que el testarudo Lucano hablase, pero éste no lo hizo. Luego Keptah hablo de nuevo.

— ¿Eres de carne y sangre o de piedra? Tu preocupación por el hombre es impersonal, nunca compasiva. Me temo que es incluso vengativa. Eres joven todavía. El mundo está lleno de mujeres amables y dignas de ser amadas. Debieras tomar esposa.

Lucano se ruborizó y se volvió a él con enfado.

— ¿Quién eres tú para hablar así? Tú nunca te has casado.

Keptah le miró con una mirada extraña.

—Eneas y Diodoro no fueron los únicos hombres que amaron a tu madre. He conocido a Iris desde que era una niña. ¿Me creerás un presuntuoso, yo, que antes fui un, esclavo?

—No creo que ningún hombre sea esclavo —dijo Lucano. Miró a Keptah y su rígida y juvenil cara se suavizó por un momento.

—Todos los hombres son esclavos. Ellos lo han querido así. Sólo Dios puede liberarles. Él que les dio la libertad en el nacimiento, aunque ellos hayan renunciado siempre a ella y siempre renuncien.

Keptah se levantó. Después, sin hablar de nuevo, se alejó de Lucano.

Lucano miró hacia el cielo, que se había cuajado de ardientes estrellas. Pensó de pronto en la Estrella que había visto cuando era un niño. Los astrónomos egipcios le habían hablado de aquella Estrella. Era tan sólo una Nova. Al principio habían creído que era un meteoro, pero se había movido demasiado lentamente, había brincado excesivamente, demasiado segura en su paso. Se había desvanecido a la noche siguiente. Lucano recordó la profunda emoción de su corazón cuando vio la Estrella, la apasionada e inefable seguridad que se había apoderado de él, el intenso gozo. De pronto se sintió sobrecogido por una sensación de honda pena y tristeza y se cubrió el rostro con las manos.

CAPÍTULO XXVI

El día siguiente, Plotio, el capitán de los pretorianos de César, llegó a la casa de Diodoro en su cuadriga oficial, rodeado por un destacamento elegido de la guardia. Dado que había visitado aquella casa a menudo desde la muerte de Diodoro y se había hecho gran amigo de Keptah, a quien honraba como a un hombre sabio, su visita no despertó ninguna consternación. Keptah le invitó a tomar un refresco, pero Plotio dijo:

—Hoy no he venido para una fructífera charla contigo, mi buen Keptah. He venido con órdenes expresas de César. Desea ver al hijo de Diodoro, Lucano, al instante.

Cuando Keptah demostró cierta alarma, Plotio sonrió.

—Recordarás que el propio César hizo el discurso fúnebre. Ha mencionado repetidas veces en mi presencia su profunda consideración por Diodoro y su determinación de honrar su memoria. Creo que Lucano le envió ayer un mensaje y desea discutir su contenido.

—Creo que sé lo que es —dijo Keptah—. Lucano ha rechazado el nombramiento de oficial jefe de médicos en Roma.

— ¿Está el médico loco? —exclamó Plotio maravillándose y gesticulando.

—En cierta manera, sí —dijo Keptah.

Plotio, cubierto con su armadura y armado con las más fuertes leyes de Roma acompañó a Keptah hasta los brillantes jardines donde Lucano estaba jugando como un niño con sus hermanos y hermana. La pequeña Aurelia cabalgaba sobre su espalda; Lucano pretendía ser un caballo sin domar, para delicia de los niños, y estaba haciendo ruidos feroces y agitando su dorada cabeza. Plotio pensó que era aquella una bella escena. Se sintió también sorprendido ante la belleza de Lucano. Pero cuando el joven médico vio a los visitantes quitó a Aurelia de su espalda e hizo alejar a los desilusionados niños que corrieron para jugar en el extremo más alejado de los jardines. Prisco volvió después de un momento, fascinado, como siempre, por la armadura del soldado que con frecuencia llevaba caramelos y declaraba que era como el propio Diodoro de joven.

— ¿Me buscáis? —preguntó Lucano que nunca había visto a Plotio aunque había oído hablar de él en las cartas de Keptah.

—Saludos —dijo Plotio alzando su brazo derecho con rígido saludo militar—. ¿Eres tú Lucano, el hijo de Diodoro Cirino? Yo soy Plotio, capitán de los pretorianos de la casa de César. Has de venir conmigo para una audiencia con César.

Lucano miró a Keptah. Keptah dijo:

—Cuando César ordena; César debe ser obedecido.

—Muy bien —respondió Lucano. Sacudió las briznas de hierba de su túnica. Luego vaciló—. No tengo mucha apariencia. Debo ir como estoy.

—No debes insultar al César apareciendo como un rudo pastor —dijo Keptah con una sonrisa dirigida a Plotio—. Vamos, mi buen amigo; es un joven de considerable riqueza, que aparenta sin embargo ser un pobre campesino. Ven, Lucano, tengo una excelente toga, que he hecho para mí mismo, y para el arreglo de los pliegues de la cual, he educado a una muchacha muy inteligente.

Tomó a Lucano por el brazo. El joven se había ruborizado con modestia ante el irónico tono de Keptah. Plotio les vio entrar en la casa. Prisco, como de costumbre, estaba insistentemente tocando el mango de la corta y ancha espada.

—Ah —dijo Plotio— serás un soldado tan bueno como tu padre. Desenfundó la espada y se la dio al muchacho que la cogió con sus firmes y morenas manos. Sus curtidas mejillas brillaban y sus ojos estaban iluminados. Bien —dijo Plotio— avánzala así moviendo la muñeca de esta forma.

—Serviré al César —dijo el niño blandiendo la espada y amenazando a Plotio—, seré un gran soldado.

Los demás niños volvieron para mirarle y Prisco orgullosamente, ignoró su presencia, aunque les miraba de reojo. Aurelia palmoteó y gritó con admiración cuando Prisco afirmaba los pies como un esgrimidor y manejaba la pesada espada con fuerza. El cabello de la niña parecía una dorada luna alrededor de su hermoso rostro.

Keptah volvió con Lucano, que iba vestido entonces con una majestuosa toga. El muchacho del establo llevó hacia la puerta uno de los mejores caballos de la casa, un pura sangre idumeo. Cuando Lucano montó sobre él y le dominó con experta maestría, Plotio pensó en Febo, porque el caballo y el caballero resaltaban contra el azul fuerte del cielo como estatuas que repentinamente hubiesen sido investidas de vida.

Lucano cabalgó silenciosamente junto a la cuadriga de Plotio hacia la ciudad, y los otros pretorianos cabalgaban tras ellos. «Es muy extraño», pensó el capitán. Luego, tras un rato, dijo a Lucano:

—Roma está hoy de fiesta. El pueblo honra a Cibeles, y su templo está completamente lleno.

—No sé nada de Roma —dijo Lucano con cierta frialdad—, pasé tan sólo por fuera de sus murallas de camino hacia casa.

Plotio se encogió de hombros y la conversación murió. Pero Plotio continuó admirando la ecuestre habilidad de Lucano y la forma de sentarse sobre el pura sangre. Era, ciertamente, igual que un dios. Las damas de Roma se volverían locas por él.

Mucho antes de que entrasen en la ciudad por la puerta Asihara, Lucano pudo contemplar Roma, blanca, bronceada y dorada, sobre las Siete Colinas, resaltando contra el cerúleo cielo. Allí estaba, enorme, hinchada no sólo con romanos, sino con hombres de muchas naciones y lenguas; una ciudad fiera y depravada, la querida de toda la ley, la amada del mundo, gloriosa en potencia, y color; nudo de sus múltiples carreteras, alimentada por grandes acueductos que llevaban agua fresca y dulce a lo largo de innumerables kilómetros desde distantes corrientes y ríos, y por barcos que venían de todos los rincones de la tierra. Allí estaba Roma, la devoradora, más terrible que sus águilas, antes cuyas fauces, incontables millones de germanos, árabes, galos, bretones, egipcios, armenios, judíos, españoles, sicambros, indios, griegos, nubios y miles de otros pueblos se inclinaban con terror. El sol brillaba sobre sus distantes muros y sobre sus deslumbradoras columnas; doraba los lejanos templos con un brillo cegador. Toda la riqueza del mundo estaba allí, y todas las bellezas, artes, filosofías así como todas las intrigas y conspiraciones. No es de admirar, pensó Lucano, que Diodoro hubiese amado y odiado a aquella ciudad.

La carretera de piedra, orgullo de Roma, estaba llena de caballos, carros, carretas, coches cargados con mercancías y productos. Un acueducto se extendía a lo largo de ella, sus elevadas aguas discurrían bajo la cálida luz del sol primaveral. Campos de amapolas y amarillas margaritas crecían a ambos lados. El aire olía a fermento de la tierra, sudor y efluvio de las caravanas. Plotio ordenó a algunos de sus subordinados que le resguardasen a él y a Lucano y que les abriesen camino. Lucano, a pesar de sí mismo, fue ganado por la curiosidad y la fascinación. Contempló los curtidos rostros de sus compañeros de viaje, percibió el olor de especies y ajos; el aire atronaba con el ruido de los pies y los cascos de animales, los crujidos y chasquidos de innumerables vehículos. Un sol ardiente hería las pupilas con su intensidad.

—El tráfico —dijo Plotio con disgusto—, se hace cada día peor. Todas las carreteras que conducen a Roma están terriblemente llenas. Sin embargo Roma nunca queda repleta, es como una enorme boca eternamente abierta y tragando eternamente. Es como Cronos, que devora a sus hijos.

Nubes de ruidosas golondrinas trinaban y volaban sobre sus cabezas y contribuían al furioso ruido de hombres, vehículos y caballos, que parecían hacer temblar la carretera. Los campos cultivados a ambos lados, brillaban sobre la roja y fecunda tierra. En algunos lugares, mirtos, robles y cipreses proyectaban una sombra ocasional sobre las ardientes piedras, y aquí y allá, junto a una azul y sombreada corriente, se alzaban grupos de grandes sauces, dejando caer su frágil cabello verde hacia abajo sobre sus pálidos y blancos troncos que se reflejaban en el agua. La tumultuosa carretera, daba vueltas pasando ante blancas villas, rodeadas de jardines, pastos llenos de tranquilo ganado, y grupos de encadenados esclavos levantando nuevas paredes o reparando las antiguas.

El polvo amarillo se espesó y se transformó en una brillante nube suspendida sobre los viajeros y una capa dorada se extendió sobre los pliegues de la valiosa toga de Keptah que tan artísticamente cubría la túnica azul claro de Lucano. Lucano intentó sacudirlo, pero se mantuvo pegado al tejido. Su pura sangre relinchó y resopló. Plotio pensó que era ridículo que un hombre vestido de toga cabalgase a caballo. Había ofrecido a Lucano volverle a casa en su carro, pero éste había rehusado fríamente su ofrecimiento.

A medida que se acercaban a la ciudad, la excitación de Lucano aumentaba, junto con una curiosidad muy humana. Roma contaba setecientos años de antigüedad y era ya vieja con antiguos pecados. Parecía simbólico que hubiese sido fundada sobre un fratricida. Sin embargo, su decadencia había empezado el día en que la república fue transformada en un imperio absoluto. Sus banderas desplegadas sobre todo el mundo se agitaban con viento de tempestad; su poderío era mantenido por cientos de legiones, espías, informadores, y asesinos en multitud. La intriga asfixiaba lo que había sido honrado aire de la República. Pero aquel era el curso inevitable del imperio, el curso de su poder y de la «dirección del mundo». El poema de Lucrecio, De Rerum Natura, que Lucano había leído, tenía un doble sentido; uno para las letrinas de Roma y otro para las

letrinas del espíritu romano. En las letrinas físicas las madres abandonaban con frecuencia a los niños que nacían contra su voluntad; en las letrinas espirituales los hombres habían abandonado su fe y su carácter.

¿Qué importaba que Cayo Octavio y Augusto César hubiesen alardeado de haber encontrado una ciudad de ladrillo que habían convertido en una ciudad de mármol que brillaba y relucía al sol? Mejor, pensó Lucano, una ciudad humilde con justicia que un sepulcro de mármol para las virtudes trascendentales. Pero a pesar de todo se sentía excitado. La cabalgata se detuvo a la puerta y los recién llegados fueron examinados por los soldados de guardia, con las espadas desenvainadas. La cima de la puerta estaba adornada con las banderas de Roma y las terribles águilas que miraban desde arriba con furia hacia la carretera, a la inquieta multitud de hombres y de vehículos. Plotio y su escolta fueron admitidos con saludos y cabalgaron a través de la puerta, dejando tras ellos un ensordecedor rugido de importancia, y entonces se encontraron en la enorme ciudad, rodeados y devorados por ella.

Si Lucano se había sentido asombrado por los ruidos y gemidos de la carretera se sintió completamente anonadado por la ciudad. El período de descanso que seguía a la comida del mediodía había terminado, y a medida que avanzaban a lo largo de la vía Asinara tuvieron que reducir su marcha a un trote corto a causa de una multitud de tenderos, oficinistas y banqueros que marchaban al trabajo. Aunque Cayo Octavio había declarado que todos los ciudadanos romanos debían usar la toga, la mayoría de los hombres apresurados usaban una túnica corta de muchos colores, azules, escarlatas, amarillas, blancas, marrones, rojas y verdes, y de multitud de tonalidades. Muchos iban a pie, unos pocos de los más influyentes eran llevados en literas; carros y hombres a caballo trataban de forzar el paso sobre las planas o redondas piedras. El tráfico se congestionaba donde grupos de ruidosos ciudadanos insistían en detenerse en medio de las calles para discutir sus negocios o intercambiar críticas. Cuando eran forzados a separarse por la fuerza del tráfico, se refugiaban en las puertas de las tiendas y tabernas, para continuar gritando, gesticulando, jurando o riendo, o concluir un trato. La carretera estaba flanqueada por altas casas, algunas veces tan altas que llegaban a los ocho pisos, donde las mujeres se inclinaban sobre las barandillas de las ventanas para gritar a los niños que habían escapado a los patios de la parte de atrás o para añadir sus gritos al ruido general. Allí la mayoría de los edificios estaban construidos por grandes ladrillos rojos y planos, de una época anterior. Había hombres que tiraban de carros sobre los que descansaban humeantes braseros encima de los cuales se cocían salchichas y pequeños pasteles. Otros carros, empujados por sus propios propietarios, estaban llenos de mercancías baratas que ofrecían a las mujeres asomadas a sus ventanas que gritaban a los vendedores, despreciaban a sus mercancías o asentían ante una pieza de lana, lienzo o algodón teñido de violeta, o ante otras ofertas interesantes. A Lucano, la ciudad le pareció peor que Alejandría o Antioquía, a pesar de sus infinitas leyes sanitarias, pues era un horno gigantesco y casi abrumador. Su nariz quedó invadida por olores nauseabundos, por los cálidos perfumes de guisados, alimentos, aceites, estiércol animal, la penetrante miasma de millones de letrinas, el asfixiante polvo y el olor de las piedras y ladrillos recalentados al sol. Allí la fresca primavera del campo se había perdido en un inmenso y agobiante calor de pleno verano. Olas de aire caluroso flotaban desde otras calles como si procediesen de hornos, y por todos los sitios, clamor, carreras, deslices, exclamaciones, ruido de ruedas y cascos, y ruidosas nubes de palomas y golondrinas. Cuando los portadores de insignias de los pretorianos rompían una multitud particularmente grande de mercaderes, que mostraban su desacuerdo a gritos en el centro de la calle, Lucano percibió infinitas miradas de ojos negros e indignados que se volvían hacia él y su escolta y, a causa del ruido, pudo sólo percibir las maldiciones que emitían torcidas bocas. Los ciudadanos no temían a nadie, ni siquiera al César.

Lo que más impresionó y sorprendió a Lucano fue la grandeza de la ciudad, los altos edificios, los alzados departamentos, apilados y amontonados uno contra otro, contrastando sus colores rojos, amarillos, verdes y grisáceos, sus arcos llenos de bulliciosa gente. La ciudad, contenida por las murallas y puertas, tenía tan sólo un lugar de expansión hacia arriba. En consecuencia todas las calles hervían cual torrentes y los ciudadanos se veían forzados abrirse paso por entre la multitud a fuerza de codos y hombros lo que, comprensiblemente les irritaba y con frecuencia les hacía andar a golpes o abiertas discusiones con quienes impedían sus movimientos. A medida que Lucano se acercaba a los edificios más ricos, la confusión y el ruido quedaban encerrados entre paredes, edificios más altos, circos, teatros, casa particulares y establecimientos del gobierno, construidos de mármoles de muchos colores, no tan sólo blancos, sino dorados y marrones, rojos y, ocasionalmente, de brillante color negro. Roma había absorbido todos los dioses de las naciones que había conquistado, en un impresionante panteón y los templos surgían por doquier y a través de sus puertas de bronce entraban y salían infinidad de grupos devotos, algunos llevando sacrificios, otros ofreciendo incienso; muchos esperaban amigos y permanecían en los pórticos, gesticulando, escupiendo o discutiendo. De pronto aparecieron enhiestas columnas sobre las cuales descansaban estatuas blancas de mármol, hierro o bronce, de dioses y diosas, o de ecuestres héroes, brillando como gigantescos picos por encima de las sudorosas multitudes, concurridos templos y edificios; algunas flanqueando ambos lados de anchas escaleras que conducían a edificios públicos y lugares de culto, rodeadas por pequeños círculos de tierra llenas de flores de brillantes colores, en medio de fuentes, o deslumbrantes mosaicos. Y sobre todo ello —el estremecedor clamor de millones de voces, hordas de vehículos y caballos, todo el poder de la Roma imperial sobre sus colinas cubiertas de mármol—, se alzaba el cálido cielo azul como una bóveda sofocante tendida por encima de una humeante y colosal cazuela.

El caballo de Lucano tropezó más de una vez en los baches de la carretera. Sudaba profusamente y puesto que era imposible hacerse oír, Plotio alzó su mano y con un gesto mudo señaló el Palatino sobre el que se

alzaba el palacio de los Césares, construido por Cayo Octavio. El palacio y lo que le rodeaba parecía pequeño y alejado en la distancia, pero Lucano, a pesar de la gran cantidad de polvo que llenaba de forma palpable y ardiente el aire, pudo ver el palacio imperial rodeado por un bosque de blancas columnas, ascendiendo piso a piso en niveles cada vez más reducidos de columnas menores y arcos ascendentes. Templos, verdes jardines colgantes, terrazas y hermosas villas descendían desde el palacio a lo largo de toda la majestuosa colina rodeada por profusión de arcos, pórticos, foros, teatros y una inmensidad de poblados monumentos. Pensó que en aquel gran palacio vivía el propio Zeus rodeado por sus hijos en palacios menores, que se extendían alrededor, fríos y aislados en medio de floridos patios y perfumadas fuentes. Todo ello resaltaba bajo el sol, brillando como fuego blanco, una poblada y aislada ciudad pequeña, de poder real y belleza.

Por primera vez Lucano, que había quedado absorto por todo lo que había visto aquel día empezó a pensar en su próxima entrevista con Tiberio César. Trató de recordar lo que Diodoro había dicho de aquel hombre, sus fríos caprichos, la desconfianza que sentía hacia todos los romanos, hasta tal punto que había establecido guarniciones de soldados fuera de las murallas de Roma, soldados que sólo le rendían cuentas a él. Antaño había sido un hombre alegre y feliz, cuando estaba casado con su amada Vipsania, pero había cedido a las demandas de su madre y su emperador y se había divorciado de su encantadora esposa para casarse con una mujer que después le había traicionado. Desde entonces se había transformado en un hombre sombrío, y vengativo, pese a todas las declaraciones que hacía de que todos los romanos debían disfrutar de libertad de palabra y pensamiento, incluido el Senado, con quien externamente tenía deferencias e internamente despreciaba. Pero al menos tenía genio delegar el poder, y sus magistrados, procónsules y procuradores tenían libertad de acción y de juicio. Si mostraba señales amenazadoras de hacerse tiránico e intolerante, y si absorbía cada vez más el poder que pertenecía al Senado, al pueblo y a las Cortes de Justicia y mostraba signos de un absoluto despotismo, nadie se le oponía. Esto, había escrito Diodoro con disgusto a Lucano, era más falta del Senado y de las Cortes de Justicia que de Tiberio. Sin embargo, en aquella época era aún administrador hábil y justo, soldado de corazón, pese a que con frecuencia era blanco de los chistes groseros, de la plebe romana, que escribía comentarios obscenos sobre él y su infiel esposa Julia incluso dentro de las murallas de Roma. Algunas veces, manos atrevidas, escribían con letras rojas: « ¿Dónde está nuestra República? ¡Que vivan para siempre los hombres libres (*igenui*)! ¡Abajo con el tirano!»

Pero la República había muerto y ningún César la había condenado a muerte.

La ciudad, como Plotio había dicho, estaba de fiesta aquel día. Pero los romanos estaban siempre de fiesta, siempre honrando a un dios nativo o extranjero. Cualquier excusa era una disculpa para una fiesta, para sacrificios, para celebraciones, en circos y teatros, o en los innumerables baños públicos. Tres circos anunciaban carreras de cuadrigas y combates entre gladiadores, y multitud de esclavos pasaban por entre el populacho pregonando la noticia, incluyendo la información de que algunos de los mejores y más atrevidas obras de teatro griego, estaban a punto de ser representadas en ciertos teatros. Multitudes se abrían paso insistentemente en dirección de aquellos espectáculos públicos, maldiciendo a los perezosos que les impedían el paso y gritando imprecaciones en todas las lenguas.

El joven médico y su escolta empezaron a ascender hacia el Palatino y a medida que ascendían, el aire se hacía más fresco. Lucano se sintió encantado por la belleza que le rodeaba y momentáneamente olvidó a Tiberio. Allí había menos gente, y aquellos que pasaban iban en literas, carros o cuadrigas y eran hombres y mujeres de importancia, que iban a los templos y teatros que rodeaban al palacio, a sus villas o en busca de audiencia ante el emperador. Lucano miró el rostro aguileño de los hombres y los pintados rostros de bellas mujeres que le sonreían repentinamente y con placer. A pesar de su belleza le parecían extrañas y gastadas y, de alguna forma, depravadas. Vio a través de puertas de villas abiertas para admitir a aquellos que volvían a sus casas, vislumbres de deslumbrantes jardines, fuentes inquietas y plateadas, de blancos arcos y pórticos llenos de héroes montados y dioses. Nunca en ningún lugar del mundo había sido la divinidad tan bella y elegantemente adornada ni nunca en el mundo, pensó el joven, había existido tan poca fe. Los dioses adornaban la ciudad imperial, pero no la gobernaban.

Alcanzaron un nivel elevado y Lucano miró hacia abajo, a la tremenda y voraz ciudad llena de las ruidosas y multicolores corrientes de humanidad, a sus deslumbrantes monumentos y asfixiantes edificios, disminuidos en las doradas distancias. De nuevo se sintió sobrecogido por el peso y la potencia de Roma, por su increíble grandeza, su fuerza dinámica, sus millones de sobrecargados, grises y excitables pueblos, su fiera aunque prodigiosa y vulgar grandeza, sus multitudes laboriosas, su furioso rugir, sus tormentas banderas y, desde aquella altura, su rara e incandescente belleza. Vio el verde y perezoso Tíber y sus esculpidos puentes, los edificios que se extendían sobre ambas orillas y los blancos y sonrosados techos que brillaban vivamente bajo el sol. Aquí y allá ardía alguna cúpula entre puntiagudas cornisas, como una luminaria menor. Sus ojos se agrandaron, su espíritu se sintió casi abrumado, y de nuevo se sintió vagamente aterrorizado. Pequeñas gotas de sudor empezaron a perlar su frente.

Las puertas del palacio guardadas por rígidos pretorianos, se abrieron por completo para él y su escolta. ¿Qué ocurriría si hubiese ofendido a Tiberio? ¿Y si el emperador, a quien Diodoro había desdeñado con rudo lenguaje, hiciese que aquella ofensa cayese sobre Iris y los niños? El prefecto de los pretorianos fue a su encuentro en un enorme vestíbulo del palacio. Era un hombre enorme y formidable de mirada suspicaz bajo su yelmo. Brillaba como una estatua de bronce y mármol moreno bajo el gran techo de cristal que remataba el vestíbulo y admitía el sol, y sus pasos eran mesurados y firmes. Plotio saludó con el brazo derecho Y presentó a Lucano, quien no supo como saludar a aquel imponente hombre que le miraba con curiosidad.

—Saludos —dijo con brevedad. ¿De modo que aquel era el griego hijo adoptivo de Diodoro Cirino, el médico?

—Saludos —respondió Lucano con cierta rigidez porque le disgustaba el escrutinio. El prefecto sonrió; tenía unos agudos dientes caninos.

—César te ha ordenado venir —comentó, dando a entender por el tono de su voz que César era una persona inescrutable Y dado a los más extraordinarios caprichos. Lucano se ruborizó, luego dijo fríamente:

—Es esto lo que he entendido. ¿Crees que estaría aquí si no fuese así?

Plotio ocultó una sonrisa con dificultad, porque el prefecto se sintió a la vez sorprendido y disgustado por las palabras de Lucano. Sin embargo, después de un momento, se sintió impresionado por los modales orgullosos del joven médico, el vigor de su firme mandíbula y la obvia ausencia de temor obsequioso. Como muchos hombres brutales y militares sentía una secreta pasión por los muchachos y hombres jóvenes. Decidió que le gustaba el hermoso Lucano y puso su mano sobre el erguido hombro del joven.

Se sentía más libre hablando latín vulgar, pero habló en griego, para complacer a Lucano, a quien evidentemente producía disgusto.

—Has sido muy honrado —dijo.

Y notó con placer los grandes hombros del joven, el cuello firme como una columna y los bellos rasgos de su rostro y sus grandes ojos azules. Lucano no se movió. De repente recordó al tratante de esclavos, Linus, y una ola cálida de asco se apoderó de él. Sin embargo, no se movió, dominando su odio repentino. Contestó en latín:

—César es muy amable.

Luego miró a Plotio que estaba mirando con el ceño un poco fruncido. Habló al joven capitán desdeñando escapar de la presionante mano morena que reposaba en su hombro.

— ¿Cómo debo saludar al César?

Plotio tuvo que luchar de nuevo con una sonrisa porque Lucano le había hablado en griego, el lenguaje de los patricios y de los educados, luego respondió con gravedad:

—Entras en su augusta presencia y cuando se dé cuenta de ti, que puede no ser inmediatamente, debes caer sobre tus rodillas y tocar con tu frente el suelo.

Lucano dijo:

—Pero esta postura es sólo para honrar a los dioses; los judíos se postran ante Jehová, pero no ante ningún hombre.

El prefecto hundió con más fuerza sus dedos en el hombro de Lucano con un gesto paternal.

—Mi querido muchacho —dijo—. ¿No has oído? César es un dios, y debes darle los honores de una divinidad.

Lucano vio que Plotio movía la cabeza con ansiedad, por lo tanto no dijo nada. El prefecto, sonriendo con afecto añadió:

—Yo mismo te conduciré ante el divino Augusto.

Despidió a Plotio con un gesto breve de su cabeza, y Plotio lleno de aprehensiones, saludó y se alejó. Tras un gesto afectuoso del prefecto, Lucano le siguió.

El joven médico no había estado nunca en un lugar como aquel, y jamás se había imaginado tal esplendor e inmensidad. Incluso olvidó al prefecto en su asombro e intento de verlo todo. Pasaron desde el enorme portal a una también enorme habitación y a infinidad de patios y salas, los suelos de las cuales eran de mármoles policromos, blancos como la nieve entrelazados con brillantes piedras rojas, azules o mosaicos, todo reflejando la luz como si poseyesen un fulgor interno. Bosques de suaves columnas se abrían por doquier, de ónix, mármol blanco, dorados metales o alabastros. Estatuas de dioses y diosas se alzaban en medio de arcos; bustos de César y de sus predecesores descansaban sobre pequeñas columnas. Las paredes relumbraban con mosaicos representando victorias y episodios de las vidas de los dioses, tan hábilmente trabajadas que parecían los más delicados y heroicas pinturas. Divanes y sillas se alineaban junto a las paredes, de marfil y ébano, decoradas con oro y cubiertas con cojines mullidos, de rojas, azules, blancas y amarillas sedas. Mesas de mármol exquisito y de maderas delicadas estaban colocadas cerca de ellas con lámparas de oro y plata aún no encendidas, jarrones pequeños de cristal de Alejandría llenos de flores, bandejas de plata y oro cubiertas de brillantes y coloreadas granadas, uvas, higos y aceitunas blancas y negras. Enormes techos parecían flotar sobre las columnas de cristal o mármol, algunos de ellos pintados de blanco y adornados con delicados dibujos de oro. Por todos los sitios, en todos los rincones, existían jarros llenos de flores, jarrones importados de Catay, Persia y la India, brillantes con innumerables y sutiles tonalidades. Fuentes perfumadas prestaban al aire sus perfumes.

No había ningún vestíbulo o habitación que no estuviese llena de activos esclavos, correos, pretorianos, militares de alta graduación, senadores que esperaban audiencia, patricios y augustales que estaban allí con el mismo propósito. Algunos de los últimos estaban sentados, entregados a chistes, críticas o comentarios, o negligentemente sirviéndose de las delicadezas que había sobre las mesas. Cuando veían al prefecto le sonreían encantadoramente, conociendo su poder, e intercambiando alguna palabra con él. Viendo su apariencia, los caballeros se hacían guiños unos a otros, se cubrían las bocas con las manos y susurraban obscenos comentarios.

El prefecto y su acompañante pasaron a través de abiertas columnatas, después a otra profusión de habitaciones, hasta que Lucano se sintió mareado. A veces vislumbraba jardines a través de una ventana o de

una puerta guardada; los árboles verdes y la hierba, las flores de vivos colores contrastaban con la fría blancura del interior. A veces creía ver amplias pinturas sobre las paredes, tan lívida e inesperadamente aparecían los jardines ante él sobre las anchas terrazas. Sus oídos percibían voces, música y risas distantes, y desde fuera llegaban hasta él los cánticos de los pájaros y el murmullo de gigantescas fuentes. Ocasionalmente una dama de palacio pasaba junto a él y su escolta, su hermoso rostro cubierto con cosmético, su negro, dorado o rubio cabello, sujeto en doradas redes, su vestido de un frágil color blanco; invariablemente todas las damas miraban a Lucano y le sonreían. Las joyas brillaban deslumbradoras sobre los blancos cuellos, pechos, brazos, muñecas, y dedos.

Llegaron ante unas puertas de bronce de tales proporciones que Lucano se sintió asombrado. Estaban guardadas por pretorianos. A un gesto, cuatro de ellos abrieron las puertas y Lucano vio ante él una gran biblioteca amueblada con austeridad. Sentado ante una mesa, con el ceño fruncido y leyendo, estaba un hombre de aspecto vulgar, vestido con una túnica purpúrea y toga blanca, que lentamente alzó sus ojos oscuros y resentidos.

—Salve, divino César —dijo el prefecto saludando—. He traído...

—Ya lo veo —interrumpió Tiberio con una voz acre—, puedes dejarme, mi buen prefecto. Llévate a los pretorianos contigo, cierra la puerta y espera fuera.

Aquello era increíble. Sólo los más altos potentados tenían audiencias privadas con César y esto en las más raras ocasiones. El prefecto miró boquiabierto.

—Vete —dijo Tiberio en tono frío y cortante. El prefecto confundido, saludó de nuevo, hizo un gesto a sus pretorianos, salió y la puerta fue cerrada tras ellos.

Tiberio se reclinó hacia atrás, en su silla y miró a Lucano sin hablar. Lucano le miró a su vez con una cándida curiosidad. Allí estaba el César, el mismo corazón y centro del poderío y potencia romana y resultaba ser un hombre sencillo y ordinario, alto, delgado, con una cabeza calva, aspecto amargado y un rostro pálido con manchas de eczema sobre sus mejillas, que brillaban a causa de un ungüento aceitado.

Lucano no sentía temor ante aquel hombre impresionante. Tan sólo sentía curiosidad. También, con su mente de médico comenzó automáticamente a considerar que aquella piel áspera había sido tratada en forma equivocada. Más aún, su mente percibió que Tiberio sufría alguna clase de oscura anemia para cuyo tratamiento los sacerdotes médicos egipcios habían recomendado mucho un régimen alimenticio a base de hígado.

Tiberio, tras un largo silencio, se dio cuenta del agudo estudio de Lucano y sonrió. Para Lucano era una sonrisa desagradable; sin embargo, si otros la hubiesen visto, se hubiesen sentido sorprendidos ante su rara benignidad.

—Saludos, Lucano, hijo de Diodoro Cirino —dijo César.

Lucano vaciló y recordó lo que Plotio le había dicho. Pero no podía arrodillarse ante ningún hombre. Por lo tanto su sonora y juvenil voz respondió:

—Saludos, César.

La sonrisa de Tiberio se ensanchó divertida; sus labios delgados se separaron y mostraron unos dientes pequeños y amarillentos. Indicó una silla cerca de su mesa.

—Siéntate, por favor —dijo.

Aquellos que le esperaban y que habían estado esperando durante horas hubiesen contenido la respiración a causa de la sorpresa porque nadie se sentaba en presencia de César, excepto durante las comidas. Pero Lucano, aparentemente, no sabía esto y por lo tanto con sencillez hizo una reverencia cortés con su cabeza, se sentó y esperó.

—Un día agradable —dijo Tiberio.

—Sí —respondió Lucano, y esperó de nuevo.

CAPITULO XXVII

Lucano no podía saber que se le había concedido un gran honor al permitirle ver al César solo, sin nadie presente, ni siquiera un soldado de la guardia. No podía saber que el astuto Tiberio había visto al instante que se hallaba ante un joven en quien se podía confiar absolutamente. Lucano, por su parte, trataba rápidamente de clasificar al César. Un hombre rudo y resentido, ¿de qué estaba resentido? ¿Su esposa infiel; sus amigos, sus cargas, Roma? Lucano sintió una repentina compasión. En algún lugar de los jardines cercanos a la biblioteca los pavos reales gritaron; el distante sonido de una música alegre llegó hasta allí. Pero en la biblioteca los dos hombres, un poderoso César y un sencillo médico, se miraron uno a otro con franqueza. Lucano percibió un débil y desagradable olor procedente de ungüentos que César tenía esparcidos por la cara. Deseó hablar, pero recordó que César debía ser siempre el primero, Tiberio, a su vez, vio que Lucano no sentía el menor temor ante él. Por un momento se sintió asombrado, preguntándose si el joven sería tonto. Sin embargo, le impresionó la apariencia de Lucano. Tiberio dijo, contemplando de nuevo a Lucano con atención:

— ¿Puedo expresarte mi condolencia, mi buen Lucano, por la muerte de tu padre? Un hombre justo, heroico y sencillo. El último de los grandes romanos.

Su voz, aunque aguda y contenida, tenía una nota de sinceridad. Lucano sonrió con gratitud. No era probablemente un secreto para Tiberio que Diodoro había desdeñado sus cualidades militares, y sin embargo César podía hablar con la máxima amabilidad de él, y Lucano, aunque su tristeza volvió a renovarse, pensó que Tiberio era, a su vez un hombre justo. Tiberio se reclinó hacia atrás en su silla y miró a través de la abierta ventana iluminada por el sol.

—He ordenado que se eleve una estatua suya en el pórtico del Senado —dijo.

Perezosamente se rascó un lugar irritado de su rostro. Lucano sonrió ante la ironía. Los senadores tendrían el dudoso placer de ver siempre en su propio pórtico la estatua de uno que les había denunciado, armado con marmórea espada.

—Señor, eres muy sutil —dijo.

Tiberio alzó sus negras cejas. Por lo visto el joven no era tonto. Luego dijo:

—Si hubiese tenido diez mil hombres como Diodoro Cirino en Roma, hubiese dormido alguna noche bien. Pero basta. Me preocupa, Lucano, el hacer todo lo que pueda para aliviar el dolor de la familia y honrar al tribuno. Pero no comprendo tu carta. Te he nombrado oficial médico en Roma, con disgusto de los médicos más antiguos, y me has pedido que retire el nombramiento. Siento curiosidad por saber por qué.

Lucano se ruborizó. No se había dado cuenta de que no sólo era increíble, sino peligroso rechazar lo que César ofrecía. Era como si una mariposa hubiese desafiado a un águila. Luego respondió suavemente:

—Roma no me necesita. Esto es lo que te escribí, señor. Pero los pobres y esclavizados necesitan mis servicios en las provincias.

Tiberio permaneció silencioso, sus ojos se estrecharon y se fijaron con interés en el hermoso rostro del joven. Pareció reflexionar profundamente. Estaba considerando algo que no podía comprender y que le parecía una locura. Pensó en los antiguos filósofos que habían mandado que el hombre tratase a sus prójimos con amabilidad. También en los sacerdotes de los templos de Roma que exhortaban en nombre de los dioses a la gente para que fuesen amables de corazón y justos y misericordiosos. Sin embargo todo aquello era pura palabrería. Ningún hombre en sus cabales lo creía, considerando lo que el mundo era y había siempre sido. En la boca de Tiberio jugueteó una sonrisa.

—Eres médico ciudadano de Roma, el hijo adoptivo de un hombre grande y honorable, poseedor de riquezas —dijo—. Las puertas de los patricios y augustales están abiertas ante ti. Lo que yo te he ofrecido es sólo el pórtico y sin embargo abandonas todo por el propósito de atender a indignos pobres, mendigos y esclavos.

¿Pertenecería Lucano a alguna extraña y oscura secta de estoicos, o se habría dedicado a algún peculiar dios extranjero?

Lucano respondió:

—Sí, porque todo lo demás, para mí, no significa nada.

— ¿Por qué?

Lucano volvió a ruborizarse.

—Porque de otra manera mi vida no tendría significado.

Tiberio volvió a fruncir el ceño. ¿Qué otro significado tendría la vida sino el poder, la riqueza, y la posición social? Reflexionó sobre su propia vida y sus delgados rasgos revelaron un dolor involuntario. ¿Qué significado tendría su propia vida? Se preguntó en una súbita clarividencia. Había hecho todo lo que había podido; había sido un cuidadoso administrador, intentando despertar el orgullo de un Senado vulgar al que hubiese deseado devolver sus poderes. No le gustaba Tácito, pero estaba de acuerdo en que expresaba sólidas opiniones. Él, que era soldado, tan sólo deseaba la paz en todas las fronteras. No había añadido impuestos extraordinarios, a pesar de las voraces demandas de la plebe romana, que pedía nuevos beneficios. Cuando los cortesanos se quejaban de injusticias personales les aconsejaba fríamente que llevasen sus asuntos a las Cortes de Justicia y él no interfería las tareas y atributos de aquéllas.

Estaba tratando, en aquellos momentos, de salvar a Roma, de restaurar algunas de las cualidades que la habían hecho grande. Pero el pueblo depravado no aceptaba su dignidad ni su anterior disciplina ni carácter. Tenía el terrible presentimiento de que la infección terminaría por infectarle a él y que enfurecido volvería el golpe contra aquellos que insistían en corromperlo. Pensó en su esposa, en aquellos que ansiaban el trono; pensó en su único hijo, Druso, un joven de violentas pasiones pero mente limitada, ocupado en aquellos días en alzar a las tribus germanas una contra otra en el Iliricum, creyendo con simpleza que la paz sólo podía ser obtenida por medio de la sangre.

Tiberio podía sentir que las fuerzas inexorables, que le rodeaban, que destruían en él la justicia, le degradarían hasta el nivel de un perro romano por medio de su avaricia, su política barata, sus exigencias, su lujuria y su propio deseo de poder. Ellos habían hecho de su vida una nulidad, pensó con terrible claridad, entre todos ellos, su esposa, su hijo, sus generales y el Senado. Pero más que ningún otro las despreciables multitudes de Roma, la insaciable, políglota plebe que miraba a su César como una deidad enmarcada en una cornucopia de innumerables beneficios destinados a los perezosos, los débiles, los indignos, los irresponsables, los incansables estómagos que se alimentaban a expensas de prójimos industriosos. ¡Bestias desalmadas! De pronto Tiberio odió a Roma.

Miró a Lucano, que le había hablado como un chico de escuela acerca del significado de la vida.

— ¿Ha de tener la vida significado? —preguntó—. Ni siquiera los dioses han dado sentido a la existencia del hombre.

—Sí, señor, es cierto —el rostro de Lucano se tensó—, pero nosotros podemos dar algún sentido a la vida por nuestra cuenta. El significado que yo he dado a la mía es aliviar el dolor y el sufrimiento, salvar a los moribundos, evitar el dominio absoluto de la muerte.

— ¿Con qué propósito? —Preguntó Tiberio—. La muerte es el destino común y también el dolor, ya sea del cuerpo o de la mente. Y por otra parte, ¿de qué valor son los pobres y los esclavos?

—Son hombres —dijo Lucano—. Es cierto que el dolor y la muerte son inevitables, pero con frecuencia el dolor puede ser evitado, la muerte transformada en algo más cómodo; detenida. ¿Quién puede contemplar el mundo de los hombres sin sentir piedad o deseos de consolarle?

Tiberio pensó en Roma y sonrió sombríamente. Ante él, sin duda, tenía un muchacho de escuela, un filósofo aficionado. Conocía todo acerca de Lucano: había vivido una vida protegida; nunca había participado en una campaña militar, había pasado sus años en un hogar virtuoso y pacífico y en la escuela. Compadeció al joven. Hablaba de las malolientes muchedumbres llamándoles «hombres», de los esclavos como «hombres». Sin duda que incluso consideraría a un venal senador «un hombre». Tiberío arrugó la nariz.

— ¿Te has dedicado a algún dios oscuro que aún no ha debutado en Roma? —preguntó a Lucano con débil y burlona sonrisa.

Quedó sorprendido cuando Lucano respondió con extraordinaria vehemencia.

—No estoy dedicado a ningún dios.

— ¿No crees en los dioses? —preguntó Tiberio.

Lucano mantuvo silencio durante un momento, contemplando la mesa de mármol ante él; luego dijo:

—Creo en Dios, Es nuestro enemigo. Nos aflige sin causa. Incluso el verdugo lee a su víctima los crímenes de que se le acusa y por los que ha de morir. Pero Él nos sentencia a la muerte por ser lo que somos, Él, que nos ha hecho lo que somos.

—Así que consolarás a los que están privados de consuelo —dijo Tiberio.

Se sentía muy divertido. De nuevo pensó que Lucano era algo más que un hombre de mente sencilla.

—Has estudiado en Alejandría —añadió—. Sin duda tuviste ocasión de conocer allí maestros judíos. Cuando yo estaba en Jerusalén oí a la gente hablar de un Mesías, es decir, un Consolador, Redentor, que libraría a los judíos de Roma y les colocaría a ellos en tronos elevados para gobernar el mundo. ¿No es esto un pensamiento tonto? Pero verás que todos los hombres son lo mismo, todos desean poder.

Desenrolló la carta de Lucano y la miró musitando. Luego dijo sin mirar al joven:

—Cuando yo era más joven, durante una de mis campañas, quedé sorprendido por la aparición de una gran estrella en el cielo una noche. Era la época de los Saturnales. Se movió hacia Oriente y luego desapareció. Los astrónomos me dijeron que la estrella fue vista en todo el mundo y que era una Nova y los astrólogos hablaron de la gran ruina que vendría sobre el mundo. Pero he oído del Este que la estrella se dirigió al lugar de nacimiento de un dios. Esto ocurrió hace catorce años o más. Si un dios hubiese nacido entonces, seguramente que sabríamos algo de él ahora. Comprenderás lo supersticiosos que son los hombres.

Lucano se sintió invadido por una gran emoción. Recordó a José ben Gamliel y la historia del muchacho campesino que había estado entre los eruditos doctores e investigadores en el templo. Movió su cabeza con gesto negativo.

Tiberio dejó la carta de Lucano. Luego alargó la mano y cogió un gran objeto plano envuelto en seda amarilla. Quitó cuidadosamente la seda y mostró el objeto. Estaba hecho de oro grueso y tenía la forma de un escudo. Lucano se inclinó hacia adelante para verlo mejor. Vio el rostro, de perfil, de Diodoro grabado en el dorado escudo y debajo una mano empuñando una corta espada desenvainada. Debajo de ella había una cita en griego tomada de Homero.

Sin un gesto, el hombre valeroso desenvaina su espada,
y no invoca más omen que las leyes de su patria.

Mas abajo había otra cita, en latín, tomada de Horacio.

Non omnis moriar (No moriré del todo).

Los ojos de Lucano se llenaron de lágrimas. Tiberio dijo, con un guiño de satisfacción:

—He ordenado que hiciesen esto para colocarlo detrás del púlpito del Senado.

Sus ojos se encontraron en completa comprensión.

Tiberio dejó deslizar sus dedos, suavemente, sobre el escudo. Luego dijo:

— ¿Has considerado lo que Diodoro hubiese deseado que hicieses?

Hubiese querido que sirvieses a Roma como él la sirvió.

—Era un gran hombre y creía en la libertad personal —respondió Lucano—. Aunque no hubiese estado de acuerdo conmigo, hubiese consentido en que hiciese lo que me pareciese justo.

—Sin embargo —dijo Tiberio—, debes honrar su memoria lo bastante para pasar algún tiempo en Roma, sirviendo a su pueblo. Dices en tu carta que deseas abandonar Roma en seguida. En justicia hacia Diodoro no puedo concederte esto. Te ordeno que permanezcas aquí durante seis meses. Si, después de este período, sigues convencido de que tu deber está en otro sitio, tendrás mi autorización.

El obstinado Lucano estaba a punto de manifestar su disconformidad cuando sintió la fuerza de los imperiales ojos sobre él y se percató con claridad, por primera vez, que aquel hombre era el César y que ante sus decretos estaba desarmado por completo. Tiberio no sonreía ya. Después de un largo momento Lucano inclinó su cabeza.

—Que sea así —murmuró— en nombre de Diodoro.

—Deseo tenerte en mi casa durante este período —dijo Tiberio con una sonrisa tensa—. Puede que incluso te consulte personalmente sobre una serie de cosas.

El pensamiento de quedar virtualmente apresado en aquel inmenso palacio abrumó a Lucano, pero comprendió que no podía protestar.

—Los médicos encargados de la salud pública se están haciendo indolentes —dijo el César—. Me gustaría que inspeccionases su trabajo y sugirieses mejoras. Además mi casa está llena de esclavos, libertos y pretorianos. Tus servicios a ellos serán apreciados. No estoy completamente satisfecho de mis médicos.

Lucano se animó un poco. Luego dijo:

—Si me lo permites, señor, ¿podría sugerirte que el tratamiento de tu eczema es equivocado?

Las cejas de Tiberio se alzaron.

— ¿De veras? ¿Qué sugerirías tú?

De nuevo se sentía divertido.

—Los ungüentos aceitosos aumentan e infectan las grasas naturales de los granos —dijo Lucano, y de nuevo era el médico quien hablaba—. Prefiero una pasta de agua mezclada con polvos de azufre después de un buen lavado con jabón fuerte, dos veces por día. Esto ejerce un efecto desinfectante y secante —vaciló un momento y luego añadió—. Creo también que el César padece algo de la sangre. Si me permites...

Intrigado, Tiberio hizo un gesto de asentimiento y Lucano se levantó y se acercó a él. Olvidó otra vez que aquel hombre era el formidable e irresistible poder de un grandioso y terrible imperio. Para Lucano era tan sólo un hombre que no gozaba de buena salud. Con firmes y amables dedos volvió los párpados de Tiberio, le abrió la boca y examinó las pálidas membranas. Sin pedir permiso se volvió a sentar.

— ¿Sientes, señor, una constante desgana y cansancio, una especie de laxitud? ¿Te cansa más de lo normal el trabajo? ¿Respiras entrecortadamente al menor esfuerzo y a menudo sientes desmayos y vértigos?

Puesto que la discusión de la propia salud deleita incluso a un César, Tiberio asintió:

—Lo has explicado exactamente, mi buen Lucano.

— Entonces es que padeces anemia —dijo el joven médico—. No en proporción seria aún, aunque puede transformarse en una cosa de cuidado. ¿Cuál es tu dieta?

—Vivo sobriamente —respondió Tiberio—. Soy soldado. No suelo acudir a los banquetes ni a orgías. Sigo un régimen de soldado, frugal: queso, leche de cabra, pan, vino sencillo rojo, frutas y legumbres y, muy de cuando en cuando, algo de carne o algún ave.

—Esta dieta es mala para un hombre en su sexta década —dijo Lucano con gesto de reprobación—. Te sugiero carne fresca de buey tres veces al día, vino bueno de grado, algunas legumbres y fruta, sólo una vez por día. El pescado no es bueno para la anemia, ni las aves. Lo mejor de todo sería un gran filete de hígado de buey por lo menos una vez al día.

Tiberio hizo un gesto de desagrado.

—Mis cocineros consiguen verdaderas delicadezas con el hígado de cerdos engordados con grandes cantidades de higos maduros. Yo lo detesto. Sin embargo, puesto que ahora eres mi médico, tomaré hígado de buey para cenar.

Reclinó su dura barbilla sobre el dorso de su mano derecha y contempló a Lucano.

—Eres joven —dijo— y posees una extraordinaria belleza. También eres rico, estimado y médico. Sin embargo no eres feliz. Si yo tuviese tu edad y estuviese dotado de tus dones y no fuese el César sería el más feliz de los hombres. Veo tu preocupación. ¿Por qué existe?

Lucano no pudo hablar durante algunos momentos. Luego replicó en voz baja:

—Una de las tristezas de la vida es la fugacidad de todas las alegrías.

Tiberio se encogió de hombros.

—Cualquier niño de escuela sabe esto. ¿Nos hemos de privar del placer y la alegría presente porque sean tan huidizas?

Lucano le miró directamente y se dio cuenta al instante que estaba ante un hombre profundamente turbado, cínico y desesperanzado. Y se sintió invadido por una gran desesperación, porque carecía de palabras para consolar a aquel hombre poderoso, e incapaz de darle ninguna esperanza. Como él había perdido a Rubria, así Tiberio había perdido su amor, y los dos participaban en una desolación común. Tiberio le miró a los ojos y vio en ellos el velado deseo de ayudarle, la profunda miseria e impotencia del joven y se sintió conmovido y asombrado de que hubiese alguien capaz de conmoverle otra vez. Respondió a su propia pregunta con rapidez.

—Lo que los dioses nos han concedido no debe ser rechazado, sea bueno o malo, porque, ¿qué posibilidades tenemos de elegir? Ni siquiera yo puedo convencerme temporalmente que el mundo es un lugar tolerable para un hombre que piense.

Hizo sonar la campanilla que tenía sobre su mesa y las enormes puertas de bronce se abrieron majestuosamente, y Plotio con cuatro pretorianos entró al instante. Plotio miró preocupado a Lucano mientras

saludaba al emperador y se sintió asombrado al ver que Lucano estaba reclinado cómodamente en su silla con el aire de un igual aceptado por el César.

—Mi buen Plotio —dijo Tiberio—, conducirás a Lucano a las mejores habitaciones donde permanecerá por algún tiempo como mi honrado huésped. Y envía a su madre un mensaje anunciando que su hijo permanecerá conmigo.

Después que Lucano hubo salido con Plotio el emperador permaneció sólo durante algún tiempo con la cabeza cogida entre las manos. Senadores, augustales y patricios esperaban para verle, así como magistrados, pero no les llamó. Pensó en la falta de afección de Lucano, su noble simplicidad y aquella férrea cualidad que no podía ser abatida, así como en sus manifiestas virtudes. No podía decidir entre creer a Lucano un tonto o un hombre muy sabio a pesar de su juventud. Después rió roncamente para sí. Lucano estaba ahora en el palacio imperial. Pronto se correría la voz de que era huésped de César, y la corrupción se filtraría hacia él lenta e insidiosamente, como un agua mezclada con negro aceite. ¿Sería envuelto por ella? Sin duda, porque los hombres tienden hacia los vicios por naturaleza y el aire infecto es su elemento natural.

—Veremos —exclamó para sí en voz alta, y volvió a reír con amargura.

CAPÍTULO XXVIII

Mientras Plotio conducía a Lucano a través de otra selva de blancas columnas y estatuas, preguntó:

—Es sólo por curiosidad, pero ¿qué dijiste al César?

— ¿Que qué le dije? —Lucano le miró con sorpresa—, pues hablamos de varios asuntos en los que se mostró muy comprensivo. También le he prescrito un tratamiento. Plotio hizo un gesto de extrañeza. Tiberio tenía fama de caprichoso.

— ¿Insistes en rechazar su oferta? —preguntó el joven pretoriano.

—Ciertamente —respondió Lucano un tanto irritado—. Te he dicho que el César se mostró muy comprensivo. Sin embargo he accedido a permanecer en Roma, en esta casa, durante seis meses, para honrar la memoria de Diodoro. Después de este período, partiré.

Plotio creyó que no había oído bien y volvió la cabeza contemplando al médico boquiabierto. Un hombre, un griego, había rehusado la oferta del César y no sólo había abandonado su presencia con libertad, sino que había sido tratado como una persona de la máxima importancia. Continuaron caminando en silencio, Lucano interesado en todo lo que le rodeaba y Plotio lleno de confusión. Si las estatuas hubiesen adquirido repentinamente vida no se hubiese sentido más incrédulo ni asombrado.

Entraron en un amplio corredor particular, guardado por dos pretorianos que saludaron y miraron a Lucano con curiosidad. Lucano vio que las blancas paredes estaban exquisitamente pintadas con escenas de la máxima depravación y licencia, representando centauros y sátiros, ninfas y dioses, hombres y mujeres, en actividades vergonzosas. Pero la elegante perversión no produjo repulsión ni asco a Lucano, que como médico no encontraba nada obsceno en la intrincada y maravillosa belleza y funciones del cuerpo humano. Para él aquellas pinturas eran tan sólo imaginaciones de niños impúdicos y pervertidos, que encontraban placer en las diversiones más bestiales. Había visto cosas mucho peores pintadas toscamente en las paredes y posadas de Alejandría y Antioquía; aquellas por lo menos, habían sido realizadas por un artista insuperable. Una escena era tan pícaramente divertida que se detuvo por un momento y sonrió. Luego dijo a Plotio:

—Este hombre tenía una excelente educación en anatomía y un gran sentido del humor.

Los dos jóvenes estudiaron la obra de arte y luego se miraron uno a otro y rompieron a reír.

Los pretorianos estaban en todos los sitios, rígidos y saludando incluso en el vestíbulo que conducía a un departamento maravilloso, con grandes puertas abiertas y ventanales que daban a una amplia terraza cubierta de césped y flores.

Lucano nunca había visto tanto lujo ni siquiera imaginado que existiese. La amplia y espaciosa habitación tenía paredes de mármol de cuatro colores diferentes, en los que contrastaban el blanco purísimo, el negro brillante, dorado y rosa, y un suelo multicolor reflejaba la luz del cielo y los reflejos del jardín. En el centro de la habitación había una gran cama de madera dorada en forma de un delfín, incrustada con deslumbradoras joyas, madreperlas, marfil y plata; estaba cubierta con una colcha de seda ricamente bordada con infinidad de flores entrelazadas. Air9sos pedestales de mármol blanco y negro estaban colocados por la habitación, sobre los cuales se alzaban estatuillas de bronce de mujeres desnudas que sostenían graciosamente en alto, lámparas de plata y oro u objetos de arte más exquisito. Mesas de mármol, y maderas preciosas estaban cubiertas con valiosísimos vasos de cristal llenos de flores, en tal forma que las suaves brisas primaverales que entraban por las ventanas y puertas llenaban todo de fragancia. Divanes voluptuosos estaban colocados frente a las mesas, cubiertos de brillantes sedas, y cerca de las paredes se alineaban infinidad de sillas talladas cuidadosamente, con doradas patas. Un maravilloso armario de hierro forjado, con gemas rojas incrustadas se alzaba ante las ventanas, cubiertas con delicadas cortinas tejidas a mano. Sobre el armario colgaba un gran espejo de plata. Más allá de aquel lujoso y cómodo cuarto, había otro, de mármol rosado en su totalidad. El baño, empotrado en él, era de doce pies de largo y seis de ancho, lleno de agua caliente y perfumada, sobre cuyo fondo se veía una escena lasciva construida con los más brillantes mosaicos.

—Esto son habitaciones de mujer —dijo Lucano, acostumbrado a la austeridad de los hogares de Diodoro.

Dos esclavos entraron, hicieron una reverencia ante él y le miraron con admiración. Eran un joven y una mujer, altos y esbeltos, de una negrura tan increíblemente deslumbradora que parecían más bien mármol pulido que carne. Las curvas y ondulaciones de sus cuerpos tenían un cálido brillo, como si estuviesen espolvoreados con plata, y sus hermosas facciones, delicadamente nobles, parecían haber sido creadas por el más exquisito artista. El negro cabello de la muchacha caía en suaves y rizadas ondas sobre su delicada espalda; sus pechos eran firmes, puntiagudos y brillantes con reflejos mates. Ninguno de los jóvenes llevaba puesta otra cosa que pesados collares de oro alrededor de sus cuellos y pendientes del mismo metal en sus orejas, que se reflejaba sobre sus brillantes pieles.

—Estos son tus criados —dijo Plotio.

A Lucano le parecía ridículo que aquellas fuesen sus habitaciones con esclavos para que le sirviesen a él. Intentó protestar, pero Plotio con un guiño, le saludó y le dejó solo. Miró al muchacho y a la muchacha y no supo que decir, y ellos le miraron a él con sus grandes ojos negros y amplias sonrisas blancas. Esperaban que él hablase, por lo que preguntó con nerviosismo:

— ¿Cómo os llamáis?

El muchacho replicó haciendo una nueva reverencia:

—Mi nombre es Nemo, señor y ésta es mi hermana gemela, Nema. Mándanos. Estamos a tu servicio.

La muchacha se dirigió con gestos graciosos a una mesa y llenó de vino una copa cuajada de gemas que ofreció a Lucano. Él la tomó de su mano delicada transido por la increíble belleza y perfección de su rostro y cuerpo. Llevó la copa a sus labios y bebió un poco. Nunca había bebido semejante vino sonrosado, perfumado y endulzado con miel. El muchacho le acercó una bandeja de higos maduros rellenos de nueces y otros dulces. Lucano comió uno o dos. Luego frunció el ceño.

—No necesito criados —dijo.

El muchacho y la muchacha sonrieron con un gesto vacío y permanecieron allí; como estatuas, sin moverse, como si él hubiese hablado en una lengua extraña. Si él se sentía sorprendido ante ellos, ellos lo estaban igualmente ante él, porque nunca habían visto a una persona tan rubia, con un cabello tan dorado y tan hermoso. Los tres jóvenes permanecieron de pie y se admiraron mutuamente con descaro.

Otro criado penetró, hizo una profunda reverencia, e informó a Lucano que la augusta Julia había ordenado que se presentase al banquete que daba aquella tarde a las ocho de la noche. Se retiró dejando a los tres solos otra vez en su mutua contemplación. Luego Lucano exclamó con un tono juvenil:

—Supongo que no puedo rechazar la invitación, pero no tengo nada que ponerme aparte de lo que llevo encima.

Miró a la valiosa toga de Keptah que estaba sucia del viaje y a sus sencillas sandalias de cuero. Nemo se acercó al armario de bronce; lo abrió y sacó una túnica de excelente lienzo, con flecos bordados en oro, una toga tan blanca como la nieve, también bordada de oro, un par de sandalias de oro y un cinturón del mismo metal intrincadamente trabajado y cuajado de gemas, y brazaletes que hacían juego con él. Como un mercader mostrando reverentemente mercancías divinas, colocó sobre uno de sus brazos los vestidos y mantuvo el cinturón y los brazaletes en la otra mano.

—Bien —dijo Lucano—. Consideraba aquel guardarropa afeminado; sin embargo extendió su mano para palpar el tejido y examinar las joyas —me sentiré como un actor—, comentó.

Nemo indicó que el baño esperaba y que él y su hermana le enjabonarían, ungirían con aceites perfumados y darían un masaje a su cuerpo. Pero Lucano sintió repugnancia ante esto. Los dos esclavos le miraron con sorpresa y se miraron uno al otro con un gesto mudo,

—Me he bañado solo desde que tenía tres años —explicó Lucano.

Los esclavos simplemente le miraron incrédulamente. Alzó la voz,

—Deseo estar solo —dijo.

Sorprendidos hicieron una reverencia ante él y le dejaron, cerrando las puertas tras ellos. Ocuparon sus puestos fuera y empezaron a tocar una música suave para distraerle con una flauta y una lira. Por encima del sonido de la débil armonía Lucano podía oír el firme paso del pretoriano de guardia destinado a protegerle. Movió la cabeza con gesto de duda. Probó un diván y se sintió alarmado al ver que casi le tragaba su enorme suavidad. Se levantó y fue pasando de una obra de arte a otra. Nunca había visto tanto arte; las pequeñas estatuillas habían sido ejecutadas tan bellamente que revelaban hasta las más diminutas venas de las manos, garganta y pies. Hizo deslizar sus dedos sobre ellas y le pareció que estaban vivas.

El sonido de voces masculinas fuera de la terraza que se veía a través de la puerta abierta despertó su interés y salió fuera a ver de quien procedían. Dos jóvenes, de su misma edad, o más jóvenes, completamente desnudos luchaban sobre la hierba. Sus cuerpos ambarinos resaltaban a causa de los bien modelados músculos disciplinados, y tras unos momentos su carne quedó cubierta de brillante sudor. Evidentemente eran dos atletas consumados, entrenándose más bien que jugando, y sus hermosos rostros estaban tensos, atentos y serios. Gruñían, se excitaban y gritaban, sin darse cuenta que Lucano les contemplaba con profundo interés. Algunas veces maldecían obscenamente. El joven médico se preguntó si serían esclavos. Observó sus caídas, sus presas, la tensión de sus músculos, su destreza y fuerza. Atravesó las puertas, le vieron y saltaron aparte frunciendo el ceño.

—Saludos —dijo Lucano dándose cuenta de pronto de su hostilidad y reserva.

Le miraron con insolencia y deliberadamente examinaron sus vestidos sucios del viaje y sus vulgares sandalias. Como si hubiesen hablado sintió su despectivo comentario acerca de su falta de joyas, su

convencimiento de que era un hombre sin ninguna importancia y su asombro por saber que haría un hombre como él en aquel palacio. Creyeron que era un liberto intruso, un hombre que había vagado por aquellas habitaciones tan cercanas a las de Augusta. Pero él no supo que también había despertado su enemistad a causa de su apariencia, porque aunque eran jóvenes hermosos no podían compararse a él. Después uno de ellos hizo un gesto sombrío de sorpresa. ¿Sería aquel extranjero el nuevo favorito de la caprichosa e insaciable Julia?

—Saludos —dijo agriamente e hizo un guiño de ostentoso ridículo a su compañero que tosió fuertemente.

—Soy Lucano, médico e hijo de Diodoro Cirino —respondió Lucano y sintió el rojo de sus mejillas.

—Oh —dijo uno de los luchadores con voz fuerte, mostrando que no se sentía impresionado—. Un médico.

Sin duda era un anterior esclavo. Ninguno de los dos jóvenes había oído hablar nunca de Diodoro. El otro luchador preguntó:

— ¿Estás aquí para cuidamos?

—Estoy aquí como invitado del César —dijo Lucano fríamente.

Después sus azules ojos brillaron ante los evidentes insultos que se le habían dirigido. Luego dijo, mientras ellos se recobraban de su indirecta referencia al César:

—Sois dos buenos luchadores, pero vulgares. Vuestros entrenadores carecían de arte. No podríais competir por más de un momento con un buen atleta. Sois aficionados. Sin duda, sin embargo, un mejor entrenamiento os transformaría en luchadores mediocres, suponiendo que trabajaseis con la debida intensidad.

Los luchadores permanecían silenciosos, respirando rápidamente. No podían creer que Lucano, vestido como un campesino, fuese en realidad un invitado de Tiberio César. Y le odiaban por su crítica.

—Sin duda —dijo uno—-, tú eres un luchador mejor.

—Lo soy —respondió Lucano apoyándose contra uno de los lados de la puerta. Se entretuvo comiendo un dulce que tenía en la mano y pretendió estar engolfado en paladearle. Luego añadió, mientras los ojos de ellos le miraban con furor.

—Era mucho mejor incluso antes de que fuese educado en Alejandría. —Continuó mientras ellos permanecían en silencio—, podía luchar mejor que vosotros cuando tema diez años de edad —y les sonrió con el rostro iluminado.

Uno de ellos se levantó. Sus ojos chispeaban con furor.

—Mi nombre es Jacinto —dijo—, y tengo diez sextercios dispuestos para apostar que puedo echarte al suelo en tres segundos.

El otro repitió, haciéndole eco:

—Mi nombre es Oris —dijo—, y tengo doce sextercios dispuestos para apostar que puedo arrojarte al suelo en dos segundos.

Lucano se apoyó con un gesto gracioso contra uno de los lados de la puerta y lamió sus pegajosos dedos. Después tocando la bolsa en su cinto dijo:

—Yo tengo catorce sextercios que me acaban de susurrar que puedo luchar con cada uno de vosotros, uno tras otro, y echaros al suelo en un segundo.

Se preguntó, sólo por un momento, si debía informarle que había aprendido una forma peculiar de combatir en Alejandría, de un profesor de Catay. No, decidió; eran demasiado insolentes, insultantes y excesivamente confiados; además le producían disgusto. Se estiró repentinamente, apartó la toga de Keptah, y luego sujetó la túnica azul a su cuerpo. Permaneció ante ellos como una columna de mármol blanco, y ellos retrocedieron con cierta desconfianza. Pero su cuerpo, después de unos momentos, les pareció demasiado suave y elegante. Se echaron a reír y uno de ellos, medio agachado, se adelantó hacia él con las piernas arqueadas. Era Jacinto.

Lucano esperó con tranquilidad. Simplemente alzó su brazo y lo extendió. El gesto era lánguido, casi inofensivo y ni siquiera inclinó el cuerpo. Oris lanzó una sola carcajada. Los dientes de Jacinto resonaron entre sus gruesos labios. Después, como serpientes atacando, sus brazos salieron disparados hacia Lucano, y su curvada mano cogió a Lucano por un hombro. Oris parpadeó, porque algo había pasado ante él. Abrumado vio a Jacinto tumbado sobre la hierba, caído sobre sus espaldas, los ojos desorbitados por el asombro y fijos por la sorpresa. Lucano bostezó: «Bien —dijo a Oris ignorando al otro joven, esto ocurrió en un segundo—. ¿Ahora tú?»

Oris se humedeció los labios. Jacinto gruñía desde la hierba, caído como una estatua derribada. Después Oris, que poseía un gran valor saltó hacia Lucano. Fue como si un deslumbrador rayo le hubiese tocado. Se sintió culebreando hacia el espacio y se unió a Jacinto cayendo de hombros limpiamente sobre la hierba.

Lucano se puso la túnica sonriendo.

—Me debéis veintidós sextercios —dijo—. Acordaos de pagármelos.

Los dos jóvenes se levantaron y quedaron sentados sobre el suelo, examinándose cuidadosamente. Movieron sus cabezas a fin de aclarar sus confundidas mentes.

—No estáis heridos, ni siquiera descalabrados —dijo Lucano sosteniendo la toga de Keptah—, desde luego, si tuvieseis inteligencia, lo cual dudo, la tendríais ahora un tanto confundida; sin embargo, se aclarará.

— ¿Qué hiciste? —Exclamó Jacinto débilmente poniéndose de pie—. No te vi ni siquiera moverte. No sentí nada. Sin embargo, un segundo después, estaba volando a través del aire. Es algo de magia.

—Sí, magia —exclamó Oris como un eco—. ¿Quién puede resistirse a la magia?

Frotándose a sí mismos contemplaron a Lucano, que alzó sus cejas dirigiéndose a ellos.

— ¿Magia?, no seáis insensatos —replicó—, lo que pasa es que sólo sois simples aficionados. ¿Acaso no os lo dije?

—Yo gané una bolsa de oro en los grandes juegos —gritó Jacinto ruborizándose violentamente.

—Y yo gané una segunda bolsa —repitió como un eco Oris rechinando los dientes.

Lucano se echó a reír ante ellos.

—Entonces yo hubiese ganado dos bolsas —dijo—. Vamos, ¿qué más sabéis hacer?

Se sentía excitado y su fuerte cuerpo joven, ansioso de más ejercicio.

— ¿Lanzáis el disco?, ¿o la jabalina?, ¿boxeo?, ¿hacéis carreras?, ¿saltos de longitud o esgrima?, sin duda que no sois capaces de hacer otra cosa que esas infantiles caricias que os dedicáis uno a otro.

Dio dos pasos hacia atrás y saltó hacia delante doblando las piernas y se lanzó a través del aire. Incrédulamente dos pares de ojos le siguieron. Sus pies se alzaron limpiamente por encima de sus cabezas. Luego cayó hacia detrás sobre la tierra como un gato.

—Superad esto —dijo sin respirar apresuradamente—, y no me deberéis nada.

Tras ellos, en la puerta, sonó un aplauso entusiasta, y cuando se volvieron, vieron a Plotio allí riendo. Entonces Jacinto y Oris se sintieron aterrorizados. Conocían muy bien a Plotio, y la alta estima que Tiberio sentía por él, su valor, discreción y cualidades militares. Plotio se adelantó hacia la hierba y puso la mano sobre el hombro de Lucano.

—Vaya exhibición —exclamó—, mi querido Lucano, podías competir en todos los juegos del circo y tener a Roma a tus pies. Para mi instrucción, te ruego que me empieces a dar lecciones de esgrima mañana. —Miró a los dos jóvenes luchadores—. ¿Quiénes son estos niños? —preguntó.

Pero Jacinto y Oris, bajando las cabezas se habían retirado hacia el final de la terraza. Plotio añadió:

—Necesitaban una lección, esos consentidos favoritos de la divina Augusta. Ten cuidado no sea que intenten envenenarte en el banquete que Augusta da esta noche en honor de Cibeles; es muy devota de la diosa viuda. Sin duda que le gustaría ser viuda también. A propósito, no pude seguir tus movimientos cuando luchaste con esos chicos. No hiciste más que extender el brazo y cuando ellos cogían tu hombro te inclinaste hacia atrás y salieron volando. Como Ícaro y con el mismo resultado.

—Me aproveché de ellos —dijo Lucano haciendo un guiño feliz.

Volvieron juntos a la habitación donde Plotio preguntó por qué los esclavos estaban fuera tocando música en el corredor exterior.

—Deseaban jabonarme y untarme con aceites perfumados —dijo Lucano.

Se quitó la túnica y saltó dentro del baño, donde nadó un poco, revolviendo su húmedo y dorado cabello y levantando una burbujeante espuma de agua. Plotio se colocó sobre el borde del baño y le contempló con intensa admiración.

—Nunca he visto un cuerpo así —dijo.

Lucano se deslizaba por el agua como blanco alabastro y con la misma suavidad.

—Ah, las damas te amarán —añadió Plotio moviendo su encasquetada cabeza.

Ninguno de los dos jóvenes había visto a una dama en el extremo más distante de la terraza, que había salido de sus habitaciones al ruido de sus voces, había permanecido allí, contemplando, su hermoso rostro carente de expresión. Cuando apareció Plotio, se retiró a sus habitaciones sonriendo. Se dirigió a su espejo y se estudió a sí misma, intensamente entonando una canción en voz baja.

CAPÍTULO XXIX

Temo aseguró a Lucano que estaba tan «radiante como un sol», después del baño y del ungimiento, del cual Nema había sido excluida, y tras haberse puesto los blancos y dorados vestidos. Lucano había rechazado el collar, aunque no sin una rápida mirada al espejo. Se sentía poseído por una curiosa excitación. No quería reconocerlo, pero el mundo de los hombres y de extrañas experiencias nuevas, invariablemente le emocionaban como si fuese un recién nacido. Estaba a punto de ser iniciado en una atmósfera de la cual Diodoro había hablado con furioso desprecio. Lo que Lucano había visto hasta entonces, aunque contra su voluntad, había despertado su admiración, porque sus ojos de griego no eran insensibles a la belleza y su alma no era tan rígida como para sentirse a disgusto ante la vista de la grandeza y de la elegancia.

Lucano permanecía de pie en aquellas horas vespertinas, mirando hacia abajo, a la ciudad imperial, desde la altura de los jardines que se extendían fuera de las habitaciones. La ciudad se extendía ante él como un sueño, purpúrea, dorada, violeta y blanca, flotando en una niebla sonrosada a través de la cual ocasionalmente aparecía una estatua alada sobre un alto pedestal, una incandescente bóveda, una nevada pared sobre la que se reflejaba la luz de los últimos rayos del sol, un esculpido y poderoso arco, el enorme abanico de piedra de los peldaños de unas escaleras olímpicas. Todo lo que no podía ser visto en la ciudad quedaba escondido por aquella niebla rosada que empezaba a fluir, no sólo en los cielos, sino sobre toda la ciudad, en tal forma que parecía como si se difundiesen millones de rosas derretidas en una vasta cortina a través de la cual emergían formas fantasmales. El tortuoso Tíber se curvaba como una vena de brillante fuego escarlata, palpitante a través de la suave niebla sonrosada, con sus frágiles puentes que parecían compuestos de plata y marfil. Incluso las distantes colinas brillaban vacilantemente y parecían perder su materialidad. Las columnas del

palacio alrededor de Lucano destacaban con suave y brillante color perla, con sus lados occidentales enrojecidos. Hasta él llegaba el sonido de las cercanas fuentes como una frágil música. Las voces de los pájaros murmuraban puras tonadas. El perfume de flores, jazmines, y lilas, se esparcía en aquel dulce, coloreado y etéreo aire. Las hojas de los mirtos brillaban como metal, La hierba tenía un tono de color amatista.

Excitado y apresado por el milagro que era la colosal ciudad, Lucano se reclinó contra una columna, escuchó y miró. Luego percibió la voz de Roma, por debajo y sin embargo por encima de las voces de los pájaros cercanos a él, como el ruido de una gigantesca rueda que giraba, sofocado, trueno titánico, constante e inacabado. Lentamente Lucano se sintió impresionado por una percepción sorprendente. Pese a la omnipotencia de la voz de la ciudad, carecía de firmeza, de ardor, de cierta intensidad y masculinidad, Lucano recordó entonces lo que Diodoro le había dicho en cierta ocasión.

«Es una ciudad incapaz de enfadarse. Una ciudad sin masculinidad ni heroísmo»

Diodoro, aquel hombre capaz de enfadarse mucho, heroico y masculino, había hablado bien. El susurrante rugido de Roma era un rugido contenido. Su esplendor imperial y poder parecía de contorno. Podía ser monstruoso y cruel en sus muchos aspectos. Pero era una monstruosidad y crueldad de un hombre anciano que se había consentido demasiado y había olvidado la fuerza de las extremidades y la dureza del corazón. Yacía en el centro del mundo como un hinchado, aunque poderoso, sátiro, reclinado en un diván de seda roja y oro, con una mano apretando la espada, la otra mano alzando débilmente una copa de vino hasta su boca, una guirnalda deslizándose de su cabeza, sus pesadas mejillas descansando sobre un pecho blando como el de una mujer.

Incapaz de enfadarse. Poco masculina. Aquél podía ser el epitafio de Roma. Había caído, pero no en batalla. Las había ganado todas. Era lo mismo. El triunfo se transformaba en muerte no menos que la derrota. Si un hombre moría valientemente con las armas en la mano, en algún campo de batalla, por algún principio, patriotismo, o por la protección de lo que había considerado más sagrado, no había vivido en vano. Pero aquellos que ganaban batallas por el poder, vivían sin gloria y morían sin gloria, quedaban como objeto de sátiras posteriores y de avisos para las edades. Era extraño que los imperios nunca aprendiesen aquella lección, pensó Lucano. Era extraño que los hombres nunca aprendiesen nada en absoluto. De pronto, mirando hacia abajo a la envuelta y sonrosada ciudad, Lucano se sintió lleno de una extraña intranquilidad y de una amenazadora inseguridad. Sintió que estaba ante un abismo de algo que no podía aún discernir; era como si algo hubiese cambiado y acelerado desde una inmensa eternidad.

La sonrosada niebla sobre la ciudad fue disminuyendo. Una oscuridad liliácea como un vasto remanso se extendió sobre Roma, e inundó los jardines donde Lucano permanecía. La luna se alzó lentamente sobre la bóveda del cielo. Los pájaros empezaron a quedar silenciosos, las fuentes a clarear, Nemo tocó el brazo de Lucano y el joven griego se volvió con sorpresa mirando al esclavo.

—Son las ocho, señor —dijo Nemo. Lucano miró una vez más hacia la ciudad que se extendía debajo. Luego murmuró:

—No, es la hora once.

Un reflejo de rojas antorchas brillaba entre la oscuridad violeta abajo, miles y miles de antorchas como inquietas lenguas. A Lucano le pareció el principio de una conflagración.

Pocos momentos después formaba parte de una multitud de hombres y mujeres que se movían a través de los vestíbulos y amplias habitaciones, que estaban entonces iluminados por cientos de lámparas. Las mujeres andaban con dura seguridad entre sus hombres, porque Roma, como había dicho amargamente Diodoro, era una ciudad de mujeres, con mujeres arrogantes dirigiendo a sus hombres con agresivas e insolentes voces. Era un encubierto matriarcado, corrompido, egoísta, de pecho abrasado, insistente y avaricioso. Era por las mujeres romanas por lo que las legiones romanas luchaban. Era por las mujeres romanas y sus ociosos cuerpos, que los galeones zarpaban de todos los puertos con sus cargas de lujo, comidas, sedas y joyas. Era por las mujeres de Roma que las banderas ondeaban sobre las ciudades y pueblos y las trompetas sonaban. No podían invadir el Senado, pero estaban allí en las personas de sus esposos, hijos o amantes. Las bolsas y mercados, febriles con el cambio de oro y el furor de las inversiones podían sonar con las voces de hombres. Pero los estridentes ecos eran las voces de las mujeres. Poseían la riqueza de Roma. Su suave vitalidad sonaba con el tintinear de las cadenas de millones de esclavos.

A medida que Lucano se adelantaba entre la multitud hacia la corte de Julia se dio cuenta de que aquellos que se apresuraban hacia la fiesta se hacían cada vez más numerosos. Era como si las estatuas de dioses y diosas en togas y estolas abandonasen sus pórticos y nichos y se uniesen a las mujeres, y como si aquellos que permanecían en sus lugares mirasen hacia abajo con el desprecio de una celestial indiferencia dirigida a los desertores. «He conocido las cosas del mundo de oídas», se decía Lucano a sí mismo maravillado. Contempló los bellos, aunque depravados rostros de las mujeres, sobrecargados de cosméticos; miró sus joyas, sus cabellos negros, morenos, dorados o bronceados recogidos por redes enjoyados o sujetos con cintas a la manera griega. Una nube de perfumes flotaba procedente de sus cuerpos y vestidos. Sus blancos o morenos cuellos relumbraban con gemas, sus bruñidos brazos estaban cargados de adornos de oro y sus dedos relumbraban. Entre ellas había famosas cortesanas, esclavas liberadas por dueños caprichosos, y mujeres de importancia. Era imposible decir quienes eran y en qué se distinguían de las grandes señoras, de las grandes casas y grandes nombres. Las mujeres casadas podían ser reconocidas de las solteras sólo por sus estolas, cuyos vestidos tenían una falsa simplicidad, y cuyos rostros eran tan mundanos y desilusionados como el de las matronas y el de las mujeres infames. Entre ellas no había ni un solo ojo inocente, o una

asombrada sonrisa joven o una tierna mirada, sólo atrevimiento, avaricia y miradas a su alrededor para ver si eran admiradas. Un elevado murmullo de conversaciones incoherentes flotaba a su alrededor.

Los hombres no eran menos ambiguos. Los senadores podían ser reconocidos por sus rojas sandalias, pero los augustales no eran distinguibles de los gladiadores, los libertos de los patricios, los mercaderes de los hombres de nombre brillante. Lucano se preguntó si aquellos que tenían los aires más arrogantes no serían los más bajos y si aquellos que aparecían más elegantes no habían surgido a la fortuna de algún sumidero. Diodoro había dicho con frecuencia que Augusto Cayo Octavio nunca hubiese permitido a uno de bajo nacimiento entrar en su palacio, sin importarle su riqueza actual o posición. Pero su degradada hija, Julia, esposa de Tiberio, con frecuencia proclamaba su democracia. Para ella, un gladiador de fama era tan distinguido como un senador. Tan sólo pedía que sus invitadas fuesen divertidas y alardeaba de que entre concubinas y cortesanas había encontrado frecuentemente más inteligencia que entre las esposas e hijas de las casas nobles.

Su propio padre la había exilado en cierta ocasión por su descarado comportamiento. Por qué la había empujado hacia Tiberio era un enigma, porque Augusto había sentido afecto y admiración por el actual César. Era posible que Augusto hubiese creído que Tiberio, frío, justo y notorio por su falta de susceptibilidad respecto a las mujeres y su virtud privada, pudiese ejercer un efecto apaciguador sobre Julia.

El sonido de prisas se elevó sobre los sanes de una música distante. Lucano pudo ver reflejos de pies cubiertos de plata y oro o enjoyados calzados y materiales cubiertos de brocados. Los hombres reían y murmuraban mirando a su alrededor con insolencia. El blanco río ascendió una baja y amplía escalera y atravesó largos patios. Algunas de las señoras en particular miraban a Lucano con curiosidad a través de sus pestañas pesadamente pintadas con khol o le sonreían con un gesto invitador. Una vez vio un par de ojos violetas como los de Sara bas Eleazar y se sintió repentinamente sorprendido. Otra vez un perfil le recordó el de Rubria y de nuevo se sintió impresionado. Le enfurecía que una de aquellas mujeres pudiese parecerse a alguna de las que había amado y a quienes amaba todavía. Inclinó su cabeza a fin de no verlas más. Los hombres lanzaban miradas sospechosas hacia él y se preguntaban quien podía ser. Las lámparas vertían su brillante luz sobre la concurrencia; las joyas parecían danzar en aquella luz en la que brillaban miradas codiciosas.

Lucano iba pensando: Cicerón se había lamentado de que aunque las formas de la República todavía se conservaban, la República ya no existía. Entre aquellos hombres y mujeres no existía ningún amor a la patria, ninguna aclamación por la libertad, ningún honor por los poderosos muertos que habían fundado su nación y sus instituciones. Sus bocas exhalaban perfume a causa de los desodorantes que habían absorbido. Para Lucano exhalaban corrupción. De pronto se sintió profundamente deprimido. Pensó en su hogar con nostalgia. Tenía la impresión de que estaba desnudo en medio de la gente y que todas las partes de su cuerpo eran vulnerables.

Una dulce brisa llegó hasta su rostro; miró hacia arriba y vio que estaba siendo llevado a lo largo de un vasto pórtico abierto, donde, puesto que el tiempo era tan suave y fresco, el banquete iba a ser celebrado. El pórtico se abría sobre un gran jardín, decorado con mezclas de brillantes luces que se reflejaban a sí mismas sobre el rocío de oscuras hierbas. Las estatuas estaban iluminadas por varios colores y parecían sumidas en aguas coloreadas como figuras de pálido fuego. El suelo había sido cubierto con flores y colocadas en altos jarrones, a fin de que el cálido aire palpitase con su perfume. El pórtico, también iluminado, brillaba como nieve esculpida contra el oscuro cielo, y a su alrededor habían sido construidas grutas artificiales de musgos y flores en las que se alzaban las más exquisitas estatuas, vacilando tímidamente y brillando en medio de la luz de la luna. Músicos invisibles tocaban flautas, arpas y laúdes. Las mesas extendidas en el pórtico estaban cubiertas con manteles rojos, llenas de oro y bordados elaborados, tejidos con brillantes hilos, y los divanes a su alrededor estaban decorados en la misma forma y como esperando. A lo lejos yacía la vociferante ciudad, temblando con lámparas, las rojas antorchas parpadeando, y de ella llegaba un rugiente sonido como de un bosque de fieras.

Los huéspedes habían empezado a instalarse en medio de muchas risas y Lucano permaneció de pie, con incertidumbre, cerca de un deslumbrador pilar. Contempló los árboles que circundaban los jardines, como si estuviese esperando a alguien. Las ramas oscilaban con lámparas de extrañas y fantásticas formas y la luz atravesaba sus teñidos cristales. Esclavos, masculinos y femeninos, hermosos como jóvenes dioses y sirenas y desnudos como estatuas, permanecían esperando que los invitados ocupasen sus lugares, las mujeres en sillas de marfil y ébano incrustadas con metales preciosos, y los hombres sobre divanes. Lucano no sabía que hacer, porque todos parecían conocer su sitio. Las voces de los invitados se hicieron vehementes a causa de la excitación. En tal forma que los jardines y el pórtico reproducían el eco que parecía ser de loros, o lujuriosos monos. La música había quedado amortiguada; sólo ocasionalmente, como en un armonioso ruego, era oída; luego el clamor desaparecía momentáneamente. Los rostros de los esclavos permanecían impasibles y complacientes. Un grupo de pequeñas muchachas apareció entonces, para ungir los pies de los invitados con bálsamo. Su absoluta desnudez parecía estar inspirada en la inocencia. Aparecieron camareros, llevando grandes recipientes de plata llenos de nieve en las que habían sido colocados botellas de vino, que fue vertido en enjoyadas copas coronadas con verde laurel. El perfume del dorado o rubí líquido se mezcló con el de las flores y de la hierba. Los invitados tomaban el vino después de hacer una libación y Lucano recordó la ofrenda al Dios Desconocido y le pareció que todo su cuerpo se estremecía con excitación y soledad. Permanecía todavía junto al pilar. Aunque los camareros habían servido el vino no había nada todavía encima de las mesas

cubiertas de seda sino flores y copas. Los invitados estaban esperando; hablaban de los últimos negocios, las últimas inversiones, de las carreras y juegos, y contemplaban a los vestidos gladiadores haciendo comentarios. Su vivaz charla, tan trivial y tan maliciosa, era extraña para los oídos de Lucano como la charla de multitud de pájaros parlantes. Oyó mencionar nombres antiguos y famosos, mezclados con escándalos de la más abyecta clase. Una gran señora, se afirmaba con mucha risa, acababa de tomar su décimo amante, pero éste era una esclava. Una muchacha afirmaba vehemente que Cupido la había visitado una noche y describía la visita con detalles lascivos. Un senador empezó a discutir con otro senador acerca de sus inversiones en la tierra de Israel. Declaró que sus hombres habían descubierto las Minas de Salomón. El segundo senador le afirmó que había sido engañado y que debía hacer volver a los descubridores encadenados. Un gladiador, tragando el excelente vino, declaró que podía luchar con un león con sus manos desnudas. Apuestas fueron hechas inmediatamente para los próximos juegos.

El aire se hizo opresivo; los jardines tenían un aspecto secreto y blancuzco a la luz de la luna. Los invitados bebían más y más y empezaron a inquietarse y sus voces se alzaron en tonos más altos. Unas pocas señoras cerca de Lucano le contemplaron con repentino interés. Todas las mujeres habían descartado la clásica estola; permanecían sentadas envueltas en las más delgadas y costosas sedas de colores, lienzos y brocados que, aunque cubrían sus pechos, revelaban todos los detalles de curva y pezones. Sus suaves hombros brillaban a la luz de las lámparas. Sus frentes estaban húmedas, sus labios más y más llenos y rojos. Algunas se inclinaban en sus sillas y recostaban sus cuerpos contra los hombres, invitando a besos sobre sus gargantas, hombros y boca. Los esclavos habían colocado guirnaldas de rosas sobre todas las cabezas y el perfume del jardín, la hierba y los bálsamos llenaron todo el pórtico. El resplandor de las joyas hirió los ojos de Lucano; las lámparas parecían adquirir mayor fulgor e intensidad. Tenía hambre, y se sentía violento en su aislamiento cerca de la columna. La música se mezclaba con el fragante rumor de las fuentes, cuando podía ser oído por encima de las voces. Se dio cuenta de que la cabeza de la mesa en forma de U se extendía un gran diván cubierto con púrpura imperial y lleno de cojines sirios. Por lo tanto los invitados estaban esperando a la augusta, Julia. No sabía que era su costumbre permitir que sus invitados se emborrachasen antes de aparecer a fin de que el hecho de que ya no era joven se difuminase entre la multitud. Los jarrones alejandrinos que sostenían las flores de las mesas empezaron a chispear con un excesivo color para Lucano. Se sentía muy aburrido. Diodoro había hablado de orgías y desbordamiento. Al joven griego aquello le parecía excesivamente gris. Las roncas voces de los hombres le molestaban. El agudo e insistente tono de las mujeres eran como si le metiesen una cuña en sus oídos.

Una mano deferente tocó su brazo. Uno de los encargados del lugar, que criticaba a los camareros por cualquier falta, permanecía tras él.

—Señor, ¿no has encontrado tu lugar? —murmuró.

—No —dijo Lucano con cortedad—. No sé si tengo lugar.

Luego vaciló.

—Soy Lucano, hijo de Diodoro Cirino y no he estado aquí antes.

El encargado le miró con horror. Hizo una profunda reverencia hasta que su cabeza llegó al nivel de las rodillas de Lucano, luego dijo con voz trémula:

— ¡Pero Señor!... has de sentarte en el diván de la augusta. Su voz se hizo terrible y miró hacia los otros encargados que acudieron a toda prisa, luego dijo:

— ¡Aquí está el huésped honrado y ninguno le ha conducido a su lugar!..., ¡mañana habrá latigazos!

Los invitados cercanos detuvieron su conversación para mirar. Lucano, enrojeciendo, retrocedió y sus pies se enredaron con una de las alfombras persas con las que se cubrían los mármoles y blancos suelos del pórtico.

—No, es culpa mía, y de nadie más.

— ¿No fuiste escoltado hasta aquí, señor? —preguntó el primer encargado mientras los otros se reunían a su alrededor para su mayor violencia. Luego Lucano recordó que Plotio había quedado en llevarle él mismo, pero Lucano había olvidado esperar. Luego añadió con prisa:

—Tenía un guía, Plotio, de los pretorianos, pero no le esperé.

El encargado gruñó. Sus compañeros le hicieron eco. Luego se inclinaron a la vez en una profunda reverencia. Más y más invitados empezaron a interesarse. Los encargados rodearon a Lucano como si fuese una guardia y ceremoniosamente le llevaron al diván de púrpura. Un profundo silencio cayó sobre los invitados cuando Lucano se sentó y todos los ojos quedaron fijos en él. Fue colocada una guirnalda sobre su cabeza. Un niño quitó sus sandalias y ungió sus pies. Después le fue escanciado vino. Su rostro estaba rojo y sudaba. No sabía donde mirar, pero finalmente miró al final del pórtico. Plotio estaba allí, tratando de fruncir el ceño pero consiguiendo tan sólo aparecer enormemente divertido. Lucano tomó un largo trago de vino. El silencio del pórtico, el intento de verle, era enervador. De pronto la música se alzó exuberante acompañada por muchas voces dulces y las fuentes empezaron a cantar a la luna.

Las posaderas de Lucano fueron tragadas en la suavidad del diván. No podía hacerse a la idea de reclinarse como los otros hombres estaban reclinados. Apoyó un codo en un cojín e interiormente maldijo a Plotio, los invitados, a sí mismo, a Julia y luego a Tiberio. Se vio a sí mismo como un novato en aquella reunión, un nuevo recién llegado. Y de nuevo se sintió enfurecido.

Un murmullo recorrió todos los invitados murmurando su nombre, como un viento turbulento que agitase filas de flores porque innumerables joyas, ricos colores, oscuros y níveos rostros, alegres túnicas, brillantes miradas y lustrosos cabellos se mezclaban en grupos de confusa exhuberancia y excitación bajo los destellos de las

prismáticas lámparas. Los hombres se alzaban sobre los cojines; las mujeres alzaban sus cuellos, sus blancos dientes deslumbrando en medio de rojos labios mientras sonreían descaradamente a Lucano. El griego crispó su mano sobre la ropa cuajada de gemas y bebió de nuevo.

— ¡Lucano! —Murmuraban todos con exclamaciones—. ¡Lucano, el hijo de Diodoro!

Después todos estallaron en una carcajada, cordial, y alzaron sus copas en honor del joven; los hombres inclinaron sus cabezas en gesto de saludo y las mujeres dirigieron sus manos cuajadas de joyas a sus complicados peinados.

— ¡Bienvenido! ¡Saludos! —Exclamaron los invitados—. ¡Bienvenido, noble Lucano!

El joven trató de sonreír; se sentía a disgusto y completamente embarazado. Vio que Plotio le hacía también una reverencia con mucha ironía e involuntariamente rompió a reír. Una ramera apareció de nuevo junto a él y llenó su copa otra vez. El vino estaba endulzado y era fuerte. La luna iluminaba la escena a través del aire claro; las estrellas brillaban en el cielo parpadeando sobre el jardín y las lámparas oscilaban mientras las fuentes iluminadas reflejaban su luz sobre las estatuas que se alzaban en ellas.

De repente sonó una trompeta; una sola y, los invitados se levantaron con un rápido murmullo, esperando. Lucano se levantó también con dificultad, porque el diván era demasiado suave y profundo y además empezaba a sentir los efectos del vino. Julia, acompañada por Jacinto y Oris, los atletas, había aparecido en el pórtico.

Lucano vio con gran disgusto que iba vestida según la antigua moda cretense. No era ni muy alta ni muy baja y su figura era voluptuosa, su carne muy blanca. Su ajustado vestido, copiado de los modelos usados por las mujeres cretenses, había sido tejido de oro y cubría todo su cuerpo, incluso los brazos, con excepción de sus pechos, que aparecían desnudos y con los pezones pintados de color escarlata; el vestido caía de sus caderas formando pliegues bordados con joyas y pintado, con plumas de pavo real. Estaba orgullosa de sus pechos, mostrados con tanta evidencia, porque eran blanquísimos, con un lustre delicado, de curva impecable y firmes. Sus cabellos, de un tono dorado de vino viejo, habían sido peinados en alto y con sumo cuidado y, siguiendo su vestidura cretense, llevaba un diminuto sombrero parecido a una multicolor mariposa, fulgurante de gemas sobre la cima de sus rizos. El tejido de oro de su vestido modelaba sus caderas como si estuviese pegado a las curvas de su carne y la coquetería de su sombrero y el brillo de sus joyas parecían asociarse para dejar deslumbrados a quienes la contemplaban, para aplastarles con magnificencia. Todos sus movimientos eran sensuales, calculados y, por lo menos para Lucano, carnales y vulgares, acentuados por el metálico vestido.

Los invitados de aquella mujer radiante. Ella se detuvo a poca distancia para reconocer el recibimiento, y Lucano pudo ver su rostro primero de perfil, luego de frente. De perfil tenía un cierto aire de fría lejanía, que le recordaba una estatua de Palas Atenea, pero cuando se volvió de frente vio su aspecto ancho, imperioso y duro y grosero, en un grado más que lo corriente. Su cutis era excelente y las ligeras arrugas que tenía habían sido disimuladas hábilmente bajo una capa de pintura y polvos sonrosados; sus extraños ojos parecían de lapislázuli entre rígidas pestañas negras espolvoreadas con polvo de oro; tenía una boca sensual con el labio inferior grueso, deslumbrante de pintura roja. Poseía una nariz corta y algo gruesa con las fosas nasales ampliamente abiertas. Producía una impresión a la vez cruel y sentimental, orgullosa y presumida, arrogante y sin embargo familiar. Para Lucano tenía un aire de cierta fiera barbarie, y pensó en el frío y orgulloso Tiberio que era su esposo y en el viejo soldado Augusto César Cayo Octavio, que había sido su padre. Intentó no mirar a la descarada exhibición de sus pechos que le producían embarazo.

Jacinto y Oris, tocando familiarmente sus codos, la condujeron hacia el diván imperial y por primera vez ella miró a Lucano. Sus labios se entreabrieron en una sonrisa encantadora, cálida y de bienvenida, seductora como la de una muchacha. El joven se inclinó ante ella en saludo y mantuvo su cabeza inclinada mientras ella se sentaba con un gesto gracioso y metálicos murmullos y Lucano se sintió casi abrumado por su sensual perfume. Luego se sintió atemorizado al ver que era su voluntad que Jacinto y Oris, que hicieron un gesto sombrío al reconocerle, se sentasen juntos a su mano derecha y Lucano a su izquierda.

—Saludos, noble Lucano —dijo Julia al joven.

Tenía una voz masculina y sensual, como la de una mujer de bajo nacimiento, pese a descender de una gran familia.

—Saludos, Augusta —murmuró como respuesta, y se dejó tragar de nuevo por el diván con un sentimiento de desesperanza.

Los invitados se sentaron produciendo un sonido de suave brisa y la música aumentó de tono y ritmo mientras los cantores iniciaban un canto de adulación a una diosa. Julia estaba de buen humor. Con frecuencia estaba peligrosamente aburrida y descontenta, pero aquella noche estaba excitada. Jacinto y Oris, vestidos con túnicas color de rosa y ceñidos con cinturones de oro, miraban ariscos a Lucano, lo cual divertía a la emperatriz. Los invitados creyendo que el joven griego era un nuevo favorito, como en realidad era, aunque él no lo supiese, le miraban con miradas de adulación y expectación. Pero Julia, hasta entonces, salvo sus palabras de bienvenida, ignoró su presencia. Julia se dedicaba a atormentar a Jacinto y Oris con sonrisas especiales, caricias en las mejillas y cuellos con sus enjoyadas manos y murmullos significativos.

Una horda de criados entro en el pórtico portadores de deslumbrantes platos y bandejas, llenos de uvas, higos, aceitunas y otros manjares. Platos de oro fueron colocados ante los invitados, las copas fueron llenadas de nuevo. Junto a cada plato fueron colocados cuchillos de oro, tenedores, cucharas de variadas formas, mondadientes, bordadas servilletas y pequeños recipientes de agua caliente y perfumada. La curiosidad se impuso a la intranquilidad de Lucano. Estudió el primer plato, momentáneamente sordo al clamor cada vez

mayor, a la música y a Julia. Era una enorme fuente con bordes ondulados, llena de pequeñas ardillas, guisadas con aceite y miel y cubiertas de semillas de amapolas. Otras fuentes contenían huevos especiales, riñones inmersos en aceite, pequeños pescados ahumados, hígados de pato sobre los que había sido vertida una salsa de olor penetrante y cabezas de ternera hervidas. Los criados pululaban alrededor de los invitados, ofreciendo servilletas limpias después que los dedos habían sido sumergidos en los recipientes de agua para limpiarlos de las salsas y aceite, rellenando las copas con vino caliente y ofreciendo panecillos de curiosas formas y recién sacados del horno.

Lucano no había visto nunca tanta profusión de alimentos. Ingenuamente creyó que aquello componía el banquete. Rechazó las ardillas, comió un poco de hígado y un trozo de queso. El vino estaba empezando a producirle efecto dándole una visión torcida de la mesa, demasiado brillante, llena de colores e intensa luz. Su inquietud por estar tan cerca de Julia, cuyos pechos empezaban a estar excesivamente próximos, aumentó. En sus oídos vibraban las voces, risas y música y su cabeza empezó a darle vueltas. Para refrescar su enfebrecida boca, comió una granada, unos cuantos dátiles y un puñado de uvas. No apagaron su fiebre y se encontró bebiendo de nuevo el helado vino.

Se hizo una pausa en el banquete. Los criados retiraron los untados platos y las vajillas, y volvieron a colocar servilletas nuevas. Hasta entonces nadie había dirigido la palabra a Lucano. Los invitados esperaban a que Julia le hablase primero y percibir en el tono de su voz la importancia del favorito, su estado en la consideración de Julia y cómo tendrían que dirigirse a él y tratarle. Pero Julia estaba medio reclinada contra el cuerpo de Jacinto. Las demás mujeres también habían abandonado sus sillas, que habían sido retiradas por los criados con maestría, y se habían recostado sobre divanes cercanos apretando sus cuerpos deseosos contra la carne de los hombres. Los rostros empezaron a enrojecer; las guirnaldas empezaron a caerse de las cabezas de algunos; las risas adquirieron un tono elevado y agudo. Aquí y allá los hombres empezaron a desnudar las túnicas de pechos y hombros de algunas mujeres jóvenes y a besarlos ardientemente. Lucano, pese a su condición de médico, se sintió cada vez más inquieto y molesto. De modo que aquello era a lo que la emancipación de las mujeres romanas les había conducido, a aquel despliegue de deseos inmodesto y vulgar; a aquellos diálogos torpes, a aquellas discusiones medio embriagadas, a aquella charla intranscendente sobre negocios, chismes y política; a aquella insistencia torpe y ordinaria. Pensó en Aurelia y en su madre Iris, hábiles en los deberes caseros, la amabilidad, el cuidado de los niños y el cariño hacia los esposos. Ellas no habían conocido mucho a Virgilio u Homero, ni podían discutir campañas militares o pleitos legales prominentes en las Cortes de Justicia, como habían hecho aquellas mujeres hacía poco, pero podían llevar paz, alegría y honor a sus hogares, sus hijos y esposos las reverenciaban y el divorcio y adulterio era desconocido entre ellas. Lucano reflexionó. ¿Declinaba y decaía una nación cuando las mujeres ganaban el dominio y cuando ninguna puerta de la ley, los negocios, la política estaba cerrada para ellas, o indicaba el dominio de las mujeres que una nación estaba en trance de decadencia?

Lucano pensó en la dulce Rubria y en la tímida y encantadora Sara ben Elazar. Repentinamente le pareció imposible que hubiesen existido en una época como aquella. Se sintió de pronto lleno de deseo y desesperada pasión por Sara e incluso olvidó sus votos. Sus manos se crisparon sobre sus rodillas mientras escuchaba la conversación de las mujeres en la mesa. Aunque el pórtico era abierto y los iluminados jardines se mezclaban con él, el aire dentro del recinto de columnas estaba cargado de perfumes y olores a cálido sudor. Repentinamente las sinuosas caderas de Julia empezaron a moverse hacia él, aunque ella aparentaba estar sumida en la conversación con los demás.

Lucano quedó rígido con un nuevo acceso de intenso disgusto, desprecio y vergüenza. Aquella mujer era la augusta, Julia, emperatriz del mundo, esposa de Tiberio, pero su voz, gestos y movimientos provocativos bajo el dorado y ajustado vestido eran característicos de una ramera, una mujer disoluta de la calle. Las caderas se apretaron más contra él; sus voluptuosos pechos palpitaron, los escarlata pezones se alzaron erectos, el tejido metálico de su vestido recortaba todas las curvas y detalles de su cuerpo, incluso el ombligo. El perfume sensual de la mujer tenía para el joven un tono de carroña.

El sonido de los címbalos anunció otro plato del festín y los esclavos entraron triunfalmente llevando en alto una enorme bandeja de plata sobre la que yacía un pez vivo, iridiscente con el brillo de sus escamas, coleteando desesperadamente en sus agonías finales. Lucano, horrorizado, pudo ver sus desorbitados latigazos de su cola de arco-iris.

El pez fue llevado triunfalmente alrededor de los invitados que aplaudían y examinaban a la pobre criatura con exclamaciones de ebrios. Entretanto los criados colocaron una humeante caldera de cobre llena de agua aromática en el centro de las mesas colocadas en forma de U y el cocinero principal apareció con una pequeña mesa de servicio cubierta con un tejido blanco de muselina bordada. Los portadores del pez llevaron el animal, que se movía espasmódicamente, hasta donde estaba el cocinero y éste lo cogió con sus grandes manos y lo introdujo en la caldera. Inmediatamente el agua empezó a agitarse y el olor de especies y hierbas se mezcló con nubes de vapor.

El cocinero, con la ayuda de dos criados que actuaban ceremoniosamente, extrajo luego el pez y lo extendió sobre un tronco de madera donde le preparó para la mesa. Su fragancia se mezcló entonces con los demás olores; su carne era sonrosada y jugosa. Fue servido en medio de una salsa hecha con vino, ajos y jugo de limones. Lucano contempló su porción incapaz de comerla. Se sintió de pronto presa de náuseas. Comió otro trozo de queso, lechuga, zanahoria, pepinillos, unas cuantas aceitunas, uvas, un trozo de pan y bebió otra copa de vino.

Julia, a fin de disfrutar del pescado, se levantó sobre sus codos y reclinó su cuerpo atravesándolo sobre el diván. Esto apartó las caderas de Lucano. Por primera vez se dirigió al joven entablando conversación con él, y con otra de sus encantadoras sonrisas preguntó:

— ¿No te gusta el pescado, Lucano?

Y por alguna razón desconocida el joven griego, cuya cabeza empezaba a vacilar curiosamente, no encontró su voz tan desagradable como antes.

Su pecho quedó reclinado contra sus hombros y Lucano no podía evitar su roce mientras pensaba «aunque no es joven, posee considerable belleza, aunque no tenga vergüenza.» Luego murmuró:

—Procedo de una familia austera y los lujos me son desconocidos.

Ella sonrió y un profundo hoyuelo apareció en el extremo de su roja boca. Alzó sus rizadas y pintadas pestañas con gesto curioso y respondió:

—Hemos de remediar esa austeridad.

Luego acarició suavemente las mejillas del joven con el dorso de su suave mano y le pellizcó cariñosamente. Una gran excitación recorría la sala, incluso entre los comensales borrachos. Julia había dado a conocer sus favores. A partir de aquel momento el joven griego sería un poder formidable en el palacio y algunos senadores, menos borrachos que otros, meditaron sobre esto. Jacinto y Oris se ruborizaron e intercambiaron miradas dirigiendo a Lucano una mirada de odio profundo que éste ignoró. Los dos atletas se quedaron tramando algo.

Quizá la música y los cantores se habían acercado del fondo a las mesas, porque Lucano podía oírles con repentina y fuerte claridad. Una mujer de voz rica y elocuente empezó a cantar:

Me preguntas por qué lloro, doncella mía.
Escúchame ahora, mientras te digo por qué.
Lloro por un cadáver que yace desnudo
y por los labios que amé y ya no amo.
Por eso lloro y suspiro.

Mejor es amar en vano
y ansiar una dicha desconocida,
estar sumido en dolor interminable,
que bostezar con los deseos satisfechos,
y huir de un beso ofrecido.

Los labios de Julia estaban apoyados en la oreja de Lucano y éste no se apartaba de ella, en parte por un sentimiento de aviso instintivo y porque no podía insultar ni siquiera a aquella indigna mujer. Ella murmuro en su oído:

—Y ansiar una dicha desconocida.

Fue entonces cuando Lucano comprendió a lo que ella intentaba inducirle y la miró con ojos dilatados y extraños viendo sus labios humedecidos y la agitación de su pecho. Se sintió abrumado y su disgusto le producía una fuerte náusea que atenazaba su garganta. Las caricias de Julia no habían sido nuevas coqueterías de una mujer sin recato concedidas a cualquier hombre. Eran una invitación y una orden. Una ira repentina se apoderó de él, a la vez que un sentimiento de degradación personal. Julia ofrecía su propia copa llevándola a los labios de él y Lucano se vio obligado a beber el vino. Aunque se sentía inundado de tempestuosas emociones, se sentía también mareado. Las mesas y sus ocupantes oscilaban suavemente ante sus ojos como si fueran en un barco. Lucano, incapaz de apartarse de la mano que se apoyaba en su cuello acariciándole, se dijo a sí mismo: «no sólo estoy disgustado y asustado, estoy también borracho y encelado.» Los dedos de Julia exploraban su cuello suave y delicadamente y su tacto era tan experto, tan conocedor, que el joven sintió un cálido deseo de responder. Repentinamente su carne empezó a estremecerse con deseos y ansias; su sentimiento de vergüenza aumentó. Bebió más vino.

Julia se echó a reír con suavidad, comprendiendo. Apartó su mano, porque los criados traían en aquel momento una fuente aún más grande sobre la que reposaban una rueda de lechoncitos de leche, dorados y jugosos e inmersos en una salsa picante, naranjas asadas y corazones de alcachofas. A éste, siguieron otros platos de ternera asada y otros manjares delicados. De nuevo los criados limpiaron los dedos de los invitados y les ofrecieron servilletas limpias.

El ruido del pórtico adquiría proporciones formidables. Estallidos de risa incontrolable surgían de entre las mujeres y gritos roncos de hombres. El ruido de los besos y palmadas contra la carne suave resonaban por encima de la música. Imitando a Julia, las mujeres se habían desnudado hasta la cintura y pechos sonrosados, ambarinos y blancos relumbraban a la luz de las lámparas. Lucano miraba con avidez; ya no era el médico objetivo; ya no pensaba que aquella turbulencia de pechos desnudos era un despliegue de simples órganos mamarios. Las sinuosas caderas de las mujeres le fascinaban y le estremecían. Olvidó abstenerse del vino y a medida que su copa era llenada de nuevo, bebía sediento. Toda la escena bacanal se mezclaba con un grandioso despliegue de deslumbrantes colores, desnudos, olores sensuales y relámpagos de luces de múltiples tonalidades. Le parecía que las columnas del pórtico tenían un brillo de luz de luna propio y estaban

iluminadas por dentro y que las estatuas de las grutas y hornacinas estaban vivas y le hacían gestos obscenos y libertinos.

Se estremecía. Julia le besaba la garganta y sus manos le acariciaban. Un deseo poderoso se apoderó de él. Le pareció la mujer más hermosa y deseable. Se sintió estremecer con un repentino placer. Los ojos de ella parecían reírse de él, hizo un gesto como si estuviese satisfecha y se apartó de él humedeciendo su boca palpitante. Luego, caprichosa y burlona, se dedicó a sus anteriores favoritos, que habían permanecido tramando la muerte de Lucano. Pero las huellas que sus dedos habían dejado en Lucano ardían como fuego.

Lucano perdió la noción del tiempo y quedó sumido en encontradas sensaciones, de calor, de mareo, deseos persistentes, confusión, oscuridades momentáneas, silencios llenos con arco-iris deslizantes y un continuo clamor. Intentó aclarar su vista parpadeando para librarse de una niebla sonrosada, azul, plateada y escarlata; sus oídos estaban ensordecidos con el ruido de las voces y la música. Se preguntó a sí mismo, creyendo que se hacía la pregunta más seria e importante del mundo: « ¿Quién soy yo?» Su boca estaba llena de deliciosos sabores; el vino era enloquecedor. Se apoyó contra la mesa, se aferró al borde del diván por temor a caerse porque le parecía que se balanceaba bajo él. Estaba seguro de que sus pensamientos contenían la sabiduría de los siglos, que penetraba en tremendos secretos que acudían a él desde la eternidad. La mano izquierda de Julia apoyada sobre su cadera le parecía la más deliciosa presión. «Me he perdido tantas cosas», pensó solemnemente, y sus ojos se llenaron de lágrimas nacidas de la piedad que sentía hacia sí mismo. Aquella compañía era deliciosa y todos los invitados perfectos como dioses y diosas, encantadores, maravillosos en su amistad, inteligentes y amables. La luna era el escudo de Artemis; la estudió con la esperanza de que la diosa virgen radiante saldría de detrás de ella, vestida de argentina belleza. Las estatuas brillaban frenéticamente en sus grutas. La corona de rosas se deslizó de la cabeza de Lucano y el joven, con gesto meticuloso y cuidadoso, volvió a colocarla en la posición debida. Por alguna razón aquello le parecía absolutamente necesario. «No hay duda de que no estoy borracho», se dijo a sí mismo con severidad. «Sencillamente, es que nunca he sabido lo que era vivir.» De nuevo sus ojos se humedecieron con lágrimas y sollozó por su anterior personalidad sacrificada. Sus manos y pies estaban pesados, pero el resto de su cuerpo palpitaba. No pensó en Sara ni en Rubria, pero las imágenes difusas de ambas, como fantasmas sin rostro, permanecían en él, aumentando su marcada exaltación. Sus miembros se aflojaron.

Multitud de sones atravesaron su mente haciéndole estremecer de placer en placer, inundándole de pensamientos, de susurros. Lucano volvía en sí durante breves intervalos y descubría que estaba conversando amigablemente y con feliz intensidad con la señora sentada junto a él y, aparentemente, había estado conversando durante bastante tiempo. Pero lo que había dicho para mantener tan pendiente a él su profunda mirada negra no lo sabía. Agitó su cabeza, como sorprendido, y ella le murmuró al oído:

—Hablas con arrebato. Continúa.

Lucano movió de nuevo su cabeza y se sintió sumido en otra serie de brillantes imágenes. Sin embargo, todos sus sentidos estaban iluminados, elevados. Se retiró dentro de sí mismo durante un rato para reflexionar con gozo sobre todo aquello. Estaba completamente borracho.

Los esclavos aparecieron llevando una amplia plataforma de madera que instalaron en la hierba cerca del pórtico. Arrojaron cestos de rosas sobre los invitados y perfumaron el cálido aire con perfume. La luna pareció acercarse más hasta el extremo que parecía estar al alcance de la mano y una suave brisa se alzó en el jardín mientras que las copas de los cipreses parecían coronadas con puntas de fuego plateado. Aparecieron danzantes, luchadores, cantantes y actores, pero sus actuaciones pasaron casi desapercibidas porque la mayoría de los invitados estaban roncando ruidosamente, entretenidos con sus vecinos o parpadeando estúpidamente. Pero Lucano contempló a los atletas, tratando de verlos a través de la niebla sonrosada que impedía su visión. Dirigiéndose a la dama que mantenía encantada, manifestó:

—Ofrecen un pobre espectáculo.

Oris estaba dormido, pero Jacinto oyó las palabras de Lucano y exclamó:

— ¡Ellos no usan magia!

Sus ojos brillaron con ira y celos.

Lucano afirmó con gran solemnidad:

—Podría vencerlos a todos. —Bebió más vino, asintió con un gesto de su cabeza y repitió con pesado énfasis—: Podría vencerlos a todos.

Julia se volvió hacia él, besó uno de sus hombros y murmuró:

—Sí, lo sé, mi divino Apolo.

Sonó un agudo toque de trompetas y las lámparas de colores brillaron más intensamente sobre la plataforma. Los esclavos arrojaron pétalos de rosas sobre ella. Cinco jóvenes, con las piernas cubiertas para imitar las patas cabrunas y los cascos de Pan, con los lomos adornados con guirnaldas de amapolas rojas, saltaron sobre la plataforma con gritos agudos y delirantes. Llevaban flautas en los labios y acompañados por otros músicos llenaron el aire con agudos y enloquecedores sones de sus flautas. Sus excitados y vivarachos ojos miraban a todos lados como si fuesen aladas libélulas, mientras danzaban, saltaban y se agitaban en el aire. Las flautas ensordecían los oídos e incluso aquellos que roncaban o cabeceaban se despertaron y prestaron atención. Los oscuros jardines prestaban un fondo perfecto a aquellos danzarines; sus enfundados pies resonaban y repiqueteaban sobre el tablado de madera; los rostros quedaron pronto cubiertos de sudor; jadeaban, se movían en círculos, se encabritaban mientras las guirnaldas de sus cinturas se agitaban. Sus

movimientos eran sensuales e incitantes, los salvajes gestos de sus rostros excitaban pasiones. La música y el sonido de las flautas se hicieron más rápidos, más alocados, más exigentes.

Un grupo de muchachas, vestidas como ninfas en flotantes y transparentes vestidos y coronadas con lirios, saltaron sobre la plataforma con los brazos extendidos, sosteniendo velos sutiles ante sus hermosos rostros. Bailaron recatadamente, con miradas tímidas y aparentemente ignorantes de los sátiros que danzaban a su alrededor. Eludían ansiosos abrazos, cantando suavemente para sí mismas. Los sátiros empezaron a exaltarse hasta enloquecer; sus lenguas rojas emergieron lamiendo el aire. Los sonrosados cuerpos de las muchachas se trasparentaban a través de sus delicados vestidos; sus jóvenes senos temblaban, sus cinturas se cimbreaban. Sus ojos brillaban tras los velos y sus largas cabelleras caían a su alrededor. Los sátiros saltaron más y más, frenéticos y lujuriosos, persiguiendo a las ninfas mientras éstas danzaban y giraban en la plataforma cantando.

Lucano no supo exactamente en qué momento quedó fríamente sobrio, aunque no de cuerpo, sí de mente. Miró a los danzantes con repentino disgusto y repugnancia. Deseó levantarse y marchar mientras sentía que sus sienes palpitaban de dolor. Le parecía que algún terrible peligro le amenazaba. Pero su carne no obedecía sus órdenes; quedó fláccidamente medio tendido en el diván. Percibía el cálido aliento de Julia en sus mejillas, su mano acariciando sus brazos, su voz susurrante confiándole vergonzosas palabras. Se sintió enfermo y se despreció a sí mismo. Deseó saltar dentro del agua fría y limpiar no sólo su cuerpo, sino también su espesa boca y su mente. Miró a los demás invitados y sus bocas entreabiertas en las que silbaba el aliento, oliendo a vino; miró a las mujeres con sus pechos desnudos y se sintió apoderado por una especie de horror y desprecio hacia ellas y hacia sí mismo. Sus ojos le ardían resecos y su estómago se sintió invadido por náuseas.

Las ninfas gemían con entremezclado terror y simulado placer, porque los sátiros las habían aprisionado entre sus nervudos brazos. Los sátiros, entonces, rasgaron los velos y vestidos de las ninfas y acariciaron sus desnudos cuerpos, enroscando sus peludas patas alrededor de ellas. Luego, alzaron a las ninfas en sus brazos, las elevaron sobre sus cabezas como si fueran estatuas vivientes y las transportaron hacia la oscuridad, con gruñidos animales de triunfo y placer.

Como si hubiese sido una señal, todas las luces del pórtico y los jardines fueron extinguidas inmediatamente y sólo la luz de la luna iluminó la hierba, los árboles y las revueltas y desordenadas mesas. Los invitados permanecieron sentados sumidos en silencio y estupor. Luego pareja tras pareja, abrazados juntos, se pusieron en pie y se alejaron hacia las grutas que ofrecían su oscuro cobijo, hacia los distantes jardines donde sólo se filtraba la luz de la luna. Lucano contempló como se alejaban y el asco poderoso volvió a adueñarse de él.

Después se encontró sólo con Julia y los dos atletas. Oris roncaba, sumido en la inconsciencia, mientras que Jacinto tenía el rostro enrojecido por la lujuria. Cuando la emperatriz se levantó reflejando en su vestido la luz de la luna, Jacinto se levantó con ella, pero ella se apartó de él. Sonrió a Lucano, le tomó de la mano y susurró:

—Ven —haciendo que el joven se pusiese de pie.

El cuerpo de Lucano estaba aún paralizado y torpe a causa del vino; las rodillas le temblaban. Pero el sentimiento de terrible amenaza se hizo más fuerte que él. Pudo entonces pensar en Tiberio, el poderoso César. Contempló a Julia con odio y sus ojos azules despidieron destellos iluminados por la luz plateada. Ella creyó que Lucano vaciló bajo el impacto de su cuerpo, porque no era una mujer de peso grácil y demás él estaba débil.

Jacinto, borracho e inflamado por los celos, empezó a dar vueltas alrededor de Lucano y Julia, y luego cogió al joven griego por un hombro lanzando obscenidades y amenazas. Lucano apartó a la emperatriz de sí y la fuerza volvió a su cuerpo. Agarró a Jacinto, le obligó a dar media vuelta y lo lanzó con violencia a los brazos de Julia. Ambos cayeron sobre el diván en un revuelo montón de cuerpos y piernas.

Luego Lucano corrió. Atravesó el pórtico a toda velocidad derribando mesas y sillas. Se deslizó veloz por sobre el silencioso y pulido suelo deslumbrante bajo la luz de esparcidas lámparas. Oyó que alguien corría tras él, acercándose cada vez más, dio media vuelta alzando los puños cerrados. Pero era Plotio.

— ¡Rápido —exclamó el joven pretoriano—, por todas las furias, rápido!

Arrastró a Lucano hacia un corredor de mármol, largo y estrecho, que recorrieron con la velocidad de dos jóvenes Mercurios.

—Estás loco —exclamó Plotio jadeando.

— ¿Creías que me iba a acostar con ella? —gritó Lucano enfurecido.

—No, pero hay medios menos violentos para rechazar a una dama —respondió Plotio. Luego gimió—. Y pensar que César me nombró tu guardia personal.

Detuvo repentinamente a Lucano y sus ojos recorrieron el corredor Dos pretorianos paseaban arriba y abajo al final del mismo con las espadas desenvainadas. Plotio se dirigió a él con un murmullo.

—Corres un peligro mortal. La Augusta no olvidará esto. Conseguirá tu vida si puede, porque la has humillado más allá de lo que puede soportar.

Gimió suavemente, se quitó el yelmo y enjugó el sudor que cubría su frente con su vigoroso y moreno brazo.

—Escúchame. Hay una puerta de bronce a ocho pasos a la izquierda de la que sólo los oficiales tenemos llave, porque conduce a las habitaciones de abajo. Seguiré hasta allá y simularé que examino la cerradura. Luego distraeré más allá a mis hombres con una conversación. En el momento propicio corre hasta la puerta que yo habré abierto, pásala rápidamente, entra en el corredor que hay detrás y espérame allí.

Su voz sonó con gran urgencia.

Miró hacia atrás al camino por donde habían venido. Luego, con una mirada formidable dirigida a Lucano, que se sentía violentamente enfermo, dejó al joven médico. Se adelantó con rapidez en forma marcial hacla el salón que se abría ante ellos, se detuvo ante la puerta y simuló examinarla. Luego continuó hasta encontrarse con sus hombres, que se detuvieron y le saludaron.

Conteniendo sus náuseas, tratando de contener los eructos que acudían hasta su garganta, Lucano miró por detrás de la columna con sumo cuidado. Esperó hasta que Plotio hubo colocado a los pretorianos en forma que le diesen la espalda. Oyó sus rudas carcajadas mientras Plotio les explicaba algún chiste. Luego corrió hacia la puerta de bronce, la abrió tan silenciosamente como le fue posible y deslizóse en el oscuro y frío pasaje que se abría tras ella, cerrando la puerta a sus espaldas. Se apoyó contra la húmeda pared de piedra, cruzó sus brazos con fuerza sobre su estómago, y cerró los ojos intentando vencer el atronador dolor de su cabeza.

CAPITULO XXX

El pasadizo era estrecho y húmedo; pequeños regueros de agua corrían entre las sombrías piedras y un techo arqueado parecía presionar hacia abajo. Al final del mismo había una lámpara colgada de un gancho, débil y amarillenta y más allá de ella se abría otro pasadizo que se prolongaba formando ángulo recto. Reinaba allí un profundo y pesado silencio roto, sólo por el débil tintineo del agua.

Después que pudo controlar sus náuseas, Lucano miró a su alrededor y empezó a pensar... Parecía que hacía mucho tiempo que estaba esperando a Plotio. Frunció el ceño. Nunca en su vida había tenido sospechas de nadie ni enemistad. Pensó que su vida había discurrido demasiado protegida, excesivamente restringida, limitada al hogar y a los estudios. Había sido prevenido de la escena de aquella noche y de sus recientes experiencias que le habían abrumado. Había oído hablar de aquellas orgías; había visto una o dos versiones pequeñas de las mismas en Alejandría, las cuales le habían dejado indiferente porque no había tomado parte en ellas. «Si ahora me siento tan violento frente a estas cosas, ¿qué me ocurrirá cuando me lance de lleno a este rudo mundo? ¿Estaría otra vez como un niño?»

Le disgustaba pensar que había considerado a Tiberio César simplemente como un hombre poderoso, omnipotente, pero un hombre al fin. Pero era un terror, el dueño del mundo, marido de una arpía, señor de legiones, amo absoluto de todos los hombres. ¿Vengaría él a Julia? Además estaba Plotio, que era fiel al César. ¿Podía confiar en él? ¿Le habría conducido hasta aquel estrecho pasadizo a fin de matarle? ¿No estaría en aquel momento con Tiberio, aunque era casi la madrugada, considerando juntos aquel asunto? El hijo de Diodoro Cirinio no podía ser ejecutado públicamente, como un criminal. Su muerte no tenía que presenciarla nadie, nadie tenía que enterarse, y aquel lugar y hora, eran perfectos. Su cuerpo podía luego ser arrojado al Tíber y se publicaría después que había muerto misteriosamente mientras permanecía bajo el cuidado personal del propio César.

Lucano no deseaba morir. Pensó en su madre, sus hermanos y hermana. Pensó en todo el trabajo que tenía que hacer. Se preparó para defenderse. ¡Maldito fuese el vino que había bebido! Se separó de la pared y flexionó sus músculos. Pensó de nuevo en Plotio, armado con su espada corta, que pronto aparecería en el pasadizo. Sólo él y Jacinto habían visto como Lucano rechazaba a Julia con violencia. Era incluso posible que Plotio no estuviese en aquel momento con César; también era leal a Julia y podía ser que estuviese consultando con ella como deshacerse del hijo de unos esclavos en la forma más rápida posible.

«Es grande y fuerte», pensó Lucano, «pero soy mayor que él y más fuerte. Si no tuviese la espada podría estrangularle, o por lo menos vencerle.» Sin embargo, existía aquella espada. Lucano reflexionó con todos sus sentidos alerta. «Tendré que arreglarme para vencer a Plotio», se dijo a sí mismo. «Luego como pueda, encontraré la salida de este lugar abominable, no para volver junto a mi familia, a quienes pondría en peligro, sino para salir de Roma. Dio unos pasos hacia la linterna. ¿Por qué esperar a que Plotio volviese? Huiría ahora. Oyó el rechinar de la llave en la cerradura y se dio cuenta que era demasiado tarde.

Corrió hacia la puerta y se colocó contra la pared en forma tal que la puerta se abriese contra él y tuviese ocasión de saltar sobre Plotio antes de que el joven capitán se pusiese en guardia contra él. Si Plotio entraba con la espada desenvainada, tendría que morir. Lucano vaciló. «Pero es mi vida, la vida de mi familia y mi trabajo lo que he de proteger», pensó con la velocidad de la luz. Recordó el mandamiento que José ben Gamliel le había enseñado: «No matarás». Pero no se había mandado que un hombre no se defendiese a sí mismo.

La puerta se abrió rápidamente, el perfil de Plotio apareció y Lucano vio que no llevaba la espada desenvainada. Plotio, al no ver a Lucano tras de la puerta, maldijo con voz contenida y le llamó con ansiedad. Entró en el pasadizo y cerró la puerta tras él, la atrancó y luego dio media vuelta hacia el corredor. Entonces vio a Lucano, la palidez de su rostro y la tensión que le dominaba y comprendió. Le hizo un amplio guiño y dijo:

— ¿De modo que estabas preparado mi querido Hércules? No me preguntes nada. He hablado con el César.

Hablaba con tono divertido.

— ¿Qué dijo el César? —preguntó Lucano, no confiando del todo en él.

—Ah, vas aprendiendo —respondió Plotio, moviendo su cabeza con admiración—. Sólo dije al César que careces de experiencia y que habías ofendido a la Augusta tontamente, la cual es notable por su falta de

paciencia para sufrir ofensas. Te lo he dicho, no me preguntes nada. Tu vida corre el más mortal peligro. Sígueme.

Pero Lucano vaciló. Retrocedió con gesto belicoso ante Plotio.

— ¿No estoy bajo la protección del César como invitado en su palacio? Tan sólo ha de dar la orden y ni siquiera la Augusta se atreverá a levantar su mano contra mí.

Plotio suspiró con impaciencia.

—Que poco sabes, mi buen inocente. Julia no podría ordenar tu muerte abiertamente, teniendo en cuenta las circunstancias de tu presencia aquí. No, tu muerte ocurriría más disimuladamente y el César no podría impedirlo. Existe el veneno, lo has de comprender, o un accidente y luego tu cuerpo sería enviado con pesar a tu familia con una carta manuscrita del César. Julia tiene muchos espías y devotos en el Palatino, más que el propio César. Por lo tanto hay que protegerte. Mañana, disfrazado, abandonarás la ciudad en un buque que te estará esperando en el puerto. Bajo ninguna circunstancia debes volver a tu casa o llevarás allí la muerte no solo para ti sino también para los que amas. Una vez a salvo se hará creer a Julia con habilidad que César se enfadó contigo y te ha desterrado.

Hizo una pausa y miró a Lucano que le estaba aún vigilando.

—Fue una suerte para mí que Julia no supiese que yo estaba escondido al final del pórtico —añadió luego—. Pero Jacinto no tuvo tanta suerte y ha sido el único testigo de su humillación. Sin duda estará muerto antes de la puesta del sol, cayéndose por unas escaleras, por ejemplo.

— ¡Qué César, qué Augusta y qué ciudad! —exclamó Lucano.

Plotio le miró boquiabierto, luego movió la cabeza.

— ¡Y qué inocente! —respondió.

—No me fío de nadie —dijo Lucano.

—Excelente, mi buen amigo. Seguiré hasta mis habitaciones y tú vendrás tras de mi. Me vi obligado a dejarte aquí por algún tiempo a fin de asegurarme de que mis colegas oficiales están durmiendo o de guardia. Pero dentro de pocos momentos habrá relevo de guardia y hemos de damos prisa.

Lucano vaciló aún. Después de todo no conocía mucho a Plotio. Luego dijo:

—Te seguiré, pero déjame primero que te quite la espada.

Plotio le miró a los ojos y Lucano le desarmó. Luego el soldado inició una rápida marcha por el pasadizo y volvió hacia la derecha, seguido de Lucano que empuñaba la espada y miraba con precaución a su alrededor. En el pasadizo más alejado existían una serie de puertas de roble y débiles ronquidos sonaban tras ellas. El lugar era más seco, se percibían un olor a hierba procedente de algún desconocido y llegaba el murmullo distinto del viento exterior. Plotio se detuvo ante una puerta, abrió con una llave y entró haciendo un gesto a Lucano para que le siguiese. Cuando Lucano estuvo dentro, Plotio cerró con rapidez la puerta y la atrancó. Luego habló en voz baja.

—Debemos hablar en voz baja. Nadie debe saber que estás aquí porque yo, como tú, no me fío de nadie.

Su pequeño dormitorio, iluminado por una sola y silbante lámpara era sobrio y austero. Contenía solo una cama tosca, una silla y una mesa sobre la que estaba la lámpara. De las encaladas paredes colgaban espadas y dos escudos, y en ellas se abrían varios nichos en los que habían cabezas de dioses que parecían de juguete. En una de las hornacinas, un poco mayor que las otras, estaba un busto de Diodoro, hábilmente esculpido en mármol sobre el que pendía el estandarte de Roma y Lucano lo vio inmediatamente. Pese a estar aún bajo los efectos del vino sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Puso la espada sobre la mesa, miró a Plotio frente a frente y dijo:

—Sé que puedo confiar en ti —y señaló el busto—, tú amabas a mi padre.

—Si —dijo Plotio. Se acercó al pequeño busto y lo tocó con reverencia—, como mi padre le amaba y mi tío, el .senador que murió a causa de sus colegas, porque amaba a su patria y era un hombre honrado.

Hizo una pausa.

—Así le amó Tiberio también.

Lucano se sentó sobre el borde de la cama. Su dolor de cabeza se hacía cada vez más insoportable y se sintió lleno de tristeza porque no podría ver otra vez a su familia; quizá nunca más. Sostuvo la cabeza entre las manos y gimió:

—Me gustaría un poco de agua, agua muy fría.

Plotio riendo suavemente, alzó un jarro del suelo y lo acercó a los labios de Lucano. El joven bebió con insaciable sed. Inmediatamente se sintió invadido por las náuseas y Plotio corrió con rapidez una oscura cortina y le empujó hacia la letrina que había detrás. Allí se retorció y vomitó el vino agrio hasta que quedó completamente exhausto. Pero su dolor de cabeza persistió. Cuando acabó de devolver volvió al dormitorio, donde Plotio esperaba aún armado y con el yelmo puesto. Se había puesto una capa sobre el uniforme y bostezaba como si aquello fuese la cosa más corriente del mundo.

—No te dejaré ni un momento —dijo—. Se quitó el casco y lo puso sobre la mesa—. Ocuparás mi cama y yo dormiré acostado en el umbral, envuelto en mi capa. No protestes. Tu carne es más delicada que la mía; soy militar y estoy acostumbrado a dormir en el suelo: He atrancado la puerta pero es posible, aunque no probable, que alguien nos viese cuando huimos del banquete de Julia.

— ¡Y pensar que ni el propio César puede protegerme —dijo Lucano con desprecio— de una mujer indeseable!

—Durante ciertos momentos no parecía que la considerases indeseable —dijo Plotio mostrando su poderosa dentadura al sonreír con un gesto feliz—, recuerdo momentos en los que le devolviste sus besos con ardor e incluso, en una ocasión, recuerdo que la quitaste su sombrero cretense y te lo pusiste gravemente, en la cabeza con gran admiración de los invitados.
— ¡Imposible! —exclamó Lucano horrorizado.
—Fue así, sin duda alguna.
Plotio se divertía a costa de Lucano. Alzó su mano con gesto de juramento y añadió:
—Te lo juro. También ofreciste a Julia en más de una ocasión hacerle una demostración de tus facultades de atleta, sólo que ni Jacinto ni Oris lo deseaban. Entonces declaraste que con ocasión de los Juegos Griegos, dentro de una semana, retarías a cualquier atleta a cualquier clase de ejercicio. Los invitados manifestaron su gran interés y Julia se sintió muy orgullosa.
Lucano recordó las brillantes y cálidas visiones que atravesaron su mente durante el banquete. Mientras Plotio hablaba recordó repentinamente y con vergüenza el aplauso de los invitados y débilmente, como en un sueño, se vio a sí mismo de pie y haciendo una reverencia. Gimió y apretó sus sienes entre las manos.
—Alardeaste —continuó Plotio cada vez más divertido—, acerca de un tal Bruno, que era semejante a un oso, que te había enseñado a luchar en Alejandría y a quien finalmente derrotaste. Aseguraste también que poseías una copa de oro, testimonio de que en cuestiones atléticas eras el mejor.
Lucano gimió con más fuerza. Era cierto. Plotio no podía saber aquellas cosas, si él mismo no las hubiese dicho.
—Y en cuanto al baile, aseguraste que eras un verdadero experto. Si Julia no te lo hubiese impedido, hubieses dado una espléndida exhibición allí mismo. —Plotio suspiró—. Personalmente hubiese disfrutado con la exhibición. Era evidente, sin embargo, que la Augusta deseaba, ver tus habilidades en privado. —Suspiró de nuevo—. Pero si hubieses decidido mostrar tus poderes en ese terreno, hubieses herido al César más allá de toda medida, no porque te hubieses acostado con su esposa —porque ella se ha acostado ya con tantos— sino porque cree que eres un hombre bueno.
Frunció un poco los labios reflexionando.
—Ha comprendido todo, cuando le hablé hace un rato.
Lucano se frotó las sienes con las manos estremeciéndose.
— ¿Por qué no se divorcia o la exila? ¿Es tonto ese hombre?
—Julia es la hija del viejo Augusto, y el pueblo amaba al padre, pero no ama a Tiberio.
Lucano se estremeció de nuevo. Sufría náuseas aún y sentía como si mil pequeños demonios golpeasen en su cráneo. Se sentía también profundamente avergonzado. Miró a Plotio y de repente los dos jóvenes rompieron a reír. Plotio apoyado contra la pared incapaz de contenerse y Lucano reclinado sobre el lecho. Su paroxismo era tanto más violento cuanto se veían obligados a ahogar sus risas entre sus brazos y manos. Cuando Plotio pudo contenerse añadió ronco a causa de su alborozo:
—Juraste que si Julia besaba tu guirnalda te comerías las rosas con espinas y todo. Pero ella susurró algo en tu oído que aparentemente te hizo cambiar de opinión. Me encantaría saber que te dijo.
— ¡A mí no! —exclamó Lucano. Entonces se dio cuenta que iba cubierto únicamente con su suave túnica azul porque en algún lugar había dejado su toga. ¡Esperemos que me crea impotente y que no quise mostrarle mi impotencia!
Volvieron a reír. Lucano bebió un poco más de agua con todo cuidado. Plotio no le permitió apagar la lámpara. Se tendió ante la puerta sobre el suelo de piedra envuelto en su capa y quedó inmediatamente dormido. Pero cuando Lucano quedó solo consigo mismo fue incapaz de conciliar el sueño. Pronto estaría lejos de aquellos a quien amaba, exilado. ¿Pero acaso no había deseado aquello? Dio vueltas en la cama inquieto. Hacía rato que había amanecido y oyó los pies apresurados de muchos oficiales que pasaban por el corredor antes de quedar dormido en una febril modorra.
Tuvo un sueño extraño y terrible. Vio a Roma en llamas; oyó el atronador sonido de cientos de miles de columnas que caían abatidas sobre el suelo. Escuchó los alborotados lamentos de la multitud. Los cielos negros se enrojecían sobre las cabezas y un inmenso olor de corrupción, como carroña quemada, se extendió sobre la ciudad. Vio Césares inflamados de maldad, con rostros corruptos o estúpidos, coronados con hojas de laurel o roble. Los pórticos caían envueltos en llamas, los templos se derribaban como si fuesen de papel y desaparecían. Los circos rugían llenos de fieras y los leones escapaban de sus jaulas y caían sobre el populacho que huía. Desde algún lugar se oyó una voz profunda y poderosa: « ¡Ay, ay de ti Roma!» y su atronador sonido llenó todo el universo mientras las estatuas enrojecidas de los dioses explotaban en fragmentos rojizos, caían con las columnas, las blancas paredes se inflamaban como velámenes y se hundían, las Siete Colinas humeaban cual hogueras y el Tíber discurría como un río de sangre.
Cuando Lucano se despertó vio que la lámpara había sido llenada de nuevo y ardía con luz amarillenta. No tenía modo de saber qué hora era, pero sintió que era muy tarde. La habitación carecía de ventanas. Entró en el retrete; al final de la pétrea pared recordaba haber visto unos pequeños agujeros para la ventilación; se puso sobre la letrina y miró por los agujeros. Vio un bloque de verdura, vislumbró cipreses de los que procedía una brisa soleada y purpurada. Dedujo que había pasado el mediodía. Volvió al dormitorio y por primera vez vio que le habían dejado una comida compuesta de queso fresco, pan moreno, vino de soldado y un cesto de fruta. Con un apetito que le sorprendió, comió y bebió. Aquella era la comida que él conocía.

Comprendió que tendría que esperar. Su seguridad dependía de fuentes poco dignas de confianza y muy astutas. Probó la puerta y comprobó que estaba cerrada por fuera. Corrió el cerrojo interior como medida de precaución. Luego paseó inquieto de un lado a otro en la pequeña habitación, mientras pensaba. Si no fuese por su familia le alegraría abandonar Roma y sus alrededores al instante.

Por fin una llave rechinó en la cerradura. Luego oyó la voz contenida de Plotio.

—Soy yo.

Quitó el cerrojo y se retiró hacia dentro rápidamente. Plotio entró, con sonrisa de comprensión. Traía un gran paquete en sus brazos que depositó sobre la cama.

—Mientras tú dormías como un niño, mi querido Lucano yo he estado muy ocupado. Primero por orden del César, el prefecto de los pretorianos colocó noticias visibles por el palacio diciendo que habías sido desterrado a primera hora de la mañana. Esto era para calmar la ira de la Augusta —su rostro cambió de expresión—. No me equivoqué. Jacinto fue encontrado muerto en su cama hace unas horas. Envenenado. Su amigo, Gris, está ahora en el Marmetino, acusado de haberle asesinado.

— ¡Pero él no ha asesinado a Jacinto!

Plotio se pellizcó los labios y miró al techo.

—Tengo entendido que confesó... bajo tortura. Si Oris no hubiese estado borracho o dormido hubiese sido envenenado también. Ah, bien; todos los hombres han de morir.

— ¿Qué ocurrirá a Oris?

—No puedes hacer nada, amigo mío. Te he dicho que he estado muy ocupado. He visitado tu hogar y ahí, en ese gran paquete, está tu instrumental médico, algunos vestidos, algunos regalos de tu madre y Keptah y tus libros de medicina. ¡Qué! ¿Vas a llorar ahora? Tu madre y Keptah comprenden. Ahí tienes cartas de los dos.

Luego añadió:

—A pesar del edicto de destierro es posible que la Augusta tenga espías merodeando, no sólo en el palacio, sino en las puertas de la ciudad, dispuestos a caer sobre ti y matarte. Por lo tanto hace falta el disfraz.

Abrió el paquete y sacó de él unos toscos vestidos marrones, usados generalmente por los esclavos y capataces rurales y una peluca muy bien imitada de gruesos bucles negros. También un par de sandalias de suela de madera y un cinturón de cuerdas trenzadas.

—Irás a la puerta Esquilina donde te espera una humilde cabalgadura. Pero hasta la puerta tendrás que ir andando. Es un viaje largo.

Hurgó en el paquete otra vez y extrajo dos sacos de dinero. Vertió una dorada y tintineante corriente sobre la cama.

—El más pequeño es de tu madre. El mayor del César, que te lo envía con sus saludos. Y aquí hay otro regalo de Tiberio que, ciertamente, debe amarte.

Plotio desenvolvió con reverencia un anillo de increíble magnificencia. Era muy grande y representaba la frente y escudo de Artemis con brillantes diamantes, insertos en el centro de una turquesa y todo engarzado en oro.

—Observarás —dijo Plotio—, que es un anillo virginal.

—No soy virgen, aunque esto pueda sorprenderte —respondió Lucano con una risa ligera.

Se puso el anillo en un dedo y luego le dio vuelta a fin de que su riqueza quedase oculta en la palma de la mano. Extendió la mano para recoger las cartas de su madre y Keptah y se sentó para leerlas rápidamente. Eran breves, llenas de amor y confianza y no expresaban dolor ni temor. Su madre le explicaba que de cuando en cuando le enviaría dinero del legado de Diodoro; tenía sólo que escribir y ella le enviaría el dinero a cualquier ciudad.

Había también otra carta, escrita por una mano extraña y delicada y Lucano la abrió. Era de Sara bas Elazar, breve también, pero ardiente y tierna.

«Te amaré y querré siempre, querido Lucano. Quisiera, como Ruth, seguirte doquiera fueses y estar eternamente contigo. No te sorprendas cuando me veas porque sabré donde estás. Para mí no existe otro hombre y mis oraciones te acompañan. Sé que siempre buscarás a mi hermano Arieh y que algún día lo encontrarás para mí y en nombre de mi padre, a quien tú consolaste. Dios te bendiga y te guarde, cuide de tus idas y venidas, sea tu mano derecha, te proteja siempre y que su vara y cayado te consuelen.»

— ¡Qué! — Exclamó Plotio— ¿Estás llorando? Debe ser una carta muy emocionante. De una dama, sin duda.

— ¡Tranquilidad! —respondió Lucano secando sus lágrimas.

Se puso en pie, para examinar sus instrumentos médicos y al abrir la cartera un objeto dorado pendiente de una cadena cayó al suelo. Era la cruz de Keptah. Vaciló un momento y luego la cogió de su cuello. Los decididos ojos de Plotio se abrieron, luego se estrecharon.

— ¡Una cruz de oro! —Exclamó—, ¿qué es eso?

—No lo sé —respondió Lucano—, pero Keptah me dijo que es un antiguo símbolo, de Caldea, llamada Babilonia por los judíos, aquel gran imperio desaparecido. Es un símbolo que usaron también los egipcios, recibido de los caldeos y lo pusieron en sus pirámides. Uno de sus faraones, que declaró que sólo existe un Dios y con ello se granjeó la ira de los sacerdotes, llevaba un símbolo como este colgado del cuello y sus

seguidores también. El nombre del faraón es Aton, según creo, pero la cosa ocurrió hace mucho tiempo. Uso este símbolo porque me lo dio una muchacha quien yo amé...

—Bien, seca tus lágrimas —respondió el práctico Plotio—. A la puesta del sol dejarás esta habitación y te dirigirás a las habitaciones de los esclavos con una escoba que encontrarás fuera. Así pasarás desapercibido. Entretanto debemos disimular la blancura de tu cutis con este aceite oscuro. Sé discreto. No hables a nadie; murmura palabras constantemente para ti a fin de que te tomen por tonto: Luego te deslizarás fuera del Palatino y te diriges a la Puerta Esquilina tan rápidamente como puedas.

Dio a Lucano una daga corta y afilada que éste debía llevar escondida bajo sus vestidos.

—Nunca se sabe lo que puede ocurrir —manifestó.

Esparció el aceite oscuro sobre el rostro y cuello de Lucano, ajustó la negra peluca y le ayudó a vestirse sus ropajes rurales.

—Y bien —exclamó retrocediendo para contemplar mejor su obra—, ¡ni siquiera Julia, te miraría!

Vaciló un momento y luego abrazó a Lucano como si fuese un hermano y besó sus mejillas. Luego dijo:

—Que los dioses te acompañen. No te digo adiós porque creo que nos encontraremos de nuevo.

TERCERA PARTE

La vida pertenece a Dios; la actividad
de la mente es vida y Él es esta actividad.
La pura actividad de la razón es la más bendita
y duradera vida divina. Decimos que Dios
vive, eterno y perfecto; y que esa vida
continua y duradera es de Dios,
porque Dios es vida eterna.
ARISTÓTELES

CAPITULO XXXI

SARA bas Eleazar a Lucano, hijo de Diodoro Cirino: « Saludos, mi muy querido amigo, mi bien amado. El día de arrepentimiento ha pasado, y yo moro en la paz de Dios, sabiendo que me ha perdonado y que mi nombre ha sido inscrito en el Libro de la Vida. Una bella tranquilidad reposa sobre Jerusalén. Desde mi ventana puedo ver el Templo, brillante como un escudo de oro a la luz de la luna llena, y la ciudad que chispea inquieta, como un campo lleno de insectos luminosos. Las montañas parecen de cobre; la brisa está cargada de perfumes de viñedos, soplando suavemente; las hojas amarillas caen de los árboles como pequeñas llamas. Las mujeres están en el patio, sacando agua, sus voces se elevan tranquilas, y desde las ventanas y puertas de la posada sale un fuerte olor a cordero asado, pan, especies y el brillo inquieto de las lámparas. Puesto que Dios ha perdonado de nuevo al hombre, reina un gozo tranquilo entre todos aquellos que conocen su amor y su promesa eterna.»

« ¡Ah, si tan sólo estuvieses junto a mí, sosteniendo mi mano y descansando en esta paz! ¡Si al menos vinieses una vez a Jerusalén! Sin embargo, siempre que te hablo de esto evitas mis ojos, como si temieses algún terror en esta ciudad. No comprendo esto, porque recuerdo las últimas palabras de nuestro querido amigo José ben Gamliel, poco antes de su muerte, hace dos años, ante la vista del templo: «Algún día Lucano vendrá aquí y encontrará a aquel a quien ha estado buscando durante todos los días de su vida.»

«Hoy he rogado que tu alma se sienta inundada por el gozo, que estés sano y tengas felicidad. Ruego así todos los años, todos estos largos siete años desde que nos encontramos por primera vez. Me has pedido repetidas veces que me case y que te olvide; no hay ni una sola de tus cartas que no contengan este consejo y ruego. ¿Pero cómo puede una mujer que ama olvidar a aquel a quien ama? ¿Cómo puede un pozo dar agua si sus fuentes se secan? ¿De dónde saldrá el vino si la viña perece? Pedirme que me acueste en la cama de otro hombre es pedir que degrade mi espíritu, que me entregue como una mujer infame, aunque pasase primero bajo el arco nupcial y tomase la mano de un extraño. Mi alma está unida a la y tuya.»

«Mi querido y muy amado, la última vez que nos vimos fue en Tebas, y aunque tus palabras eran de renuncia y tristeza vi la luz en tu rostro cuando me viste. Conversamos tranquilamente en la sombra de tu jardín, pero lo que hablamos en nuestros corazones, no fueron las palabras de nuestras almas y de nuestra comprensión. ¿Por qué no puedes olvidar tu amargura contra Dios? Te he dicho a menudo, como lo hacla José ben Gamliel, que Dios creo al hombre perfecto en su totalidad, sin las amenazas de la enfermedad y la muerte. Pero el hombre ha desobedecido a Dios y traído estas cosas al mundo a causa de su desobediencia. Es el hombre quien se ha exilado a sí mismo del gozo, quien ha traído sobre sí el espíritu del mal, quien ha causado que una maldición pese sobre la tierra.»

«A cualquier sitio donde voy, a través de todas las ciudades y puertos, oigo hablar de tu reputación de gran médico. Sé que esto no te preocupa y que sólo deseas aliviar el dolor, llevar consuelo y retrasar la muerte. Sin embargo me siento feliz al oírte aclamado por los pobres y los abandonados, los esclavos y los oprimidos. Hablan de ti hasta en los mercados.»

«Aunque nunca le conocí, sino a través de sus palabras, me uno a tu pesadumbre por la muerte de tu viejo amigo y maestro el médico Keptah. He rogado por su alma hoy, porque Dios ha dicho que es bueno rogar por las almas de los muertos que duermen en el polvo. Su recuerdo nos es una bendición. »

«Algunas veces, cuando estoy más triste, recuerdo tus historias de Roma y me pongo a reír alegremente. Comprendo que hay poca cosa en el mundo de hoy que excite nuestra hilaridad, porque la Pax Romana, en forma de paz mundial, ha impuesto la opresión, el sufrimiento, la esclavitud y la explotación sobre todos los pueblos del mundo. El poder y la corrupción y lo que es propio de la naturaleza del hombre, injuriar lo que domina, y el ansia de dominar vive en todos nosotros como una oscura enfermedad.»

«Me alegro de que no hayas sufrido ningún daño, querido mío, cuando has visitado Roma una o dos veces durante todos estos años. ¡Cómo me gustaría ver a tu hermosa madre, tu encantadora hermana, tus hermanos, todos nuestros amigos! Me río durante horas cuando leo de tu viejo tutor Cusa, ese inteligente sinvergüenza.»

«He tenido una seria experiencia, aunque cuando te la cuente puede que no encuentres nada extraño en ella, excepto los sentimentales pensamientos de una mujer de veinticuatro años que debe llenar su soledad con portentos e imaginables fantasías.»

«Jerusalén, como sabes, está llena de peregrinos de toda la tierra de Israel durante las fiestas. Los ricos pueden encontrar acomodo en las pensiones y tabernas o en los hogares de amigos donde pueden celebrar el año nuevo en agradable compañía, agradables mesas y agradables conversaciones. Pero los pobres buscan las grietas que pueden en esta poblada ciudad, o acampan fuera de las grandes murallas en tiendas o cuevas. A menudo paseo entre los apiñados miles de peregrinos fuera de las puertas, observo sus toscos vestidos, sus desnudos pies, sus erizadas barbas, sus llorosos niños, sus rebaños de cabras, y escucho sus voces que tienen acentos de los dialectos de Galilea, Samaria, Moab, Perea y Decápolis. Celebran las fiestas del año nuevo, y sus morenos rostros devotos miran hacia el templo con apasionado amor, y observan las más pequeñas leyes con mucha gravedad. Duermen oyendo el agudo ladrido de los chacales y su comida es pobre y su vino malo. Y sin embargo, son felices: la alegría y las oraciones, en las polvorientas laderas de las montañas bajo las murallas, tienen un muy profundo significado, más resonancia que las que oigo en las grandes casas rodeadas de jardines dentro de la ciudad. Una vez tú observaste amargamente que los pobres rezan más apasionadamente porque carecen de placeres y sólo tienen a Dios. En esto ciertamente son benditos, porque si un hombre carece de Dios no tiene nada, y si tiene a Dios entonces tiene a todo lo demás en su corazón.»

«A la puesta del sol en el día de año nuevo los peregrinos se amontonan en las estrechas y tortuosas calles de Jerusalén, llevando a sus niños en los brazos o detrás de ellos, como un cálido y multicolor río, moviéndose bajo una plateada nube de polvo. Me bajé de mi litera, siguiendo un impulso y les acompañé más allá de las murallas, donde sus pobres comidas estaban puestas en telas sobre el suelo y la luna se elevó sobre ellos iluminando sus fuegos. Recibí muchas invitaciones para que me uniese a una familia para tomar vino, pan o una pequeña comida, puesto que, como iba vestida humildemente, creyeron que era una joven sin familia o que me había perdido entre las concurridas caravanas. Oí sus canciones, sus risas, las voces de sus niños juguetones y hambrientos, los gritos de sus animales, sus oraciones. De pronto me sentí oprimida por la soledad y el deseo. Permanecí aparte, cerca de un retorcido árbol y miré a los fuegos que salpicaban la ladera de la montaña y sus reflejos sobre sus sencillos rostros. Fue entonces cuando un joven se acercó a mí, vestido con un ropaje azul tosco, calzado con sandalias atadas con cuerdas.»

«Aquel joven no podía tener más de dieciocho o diecinueve años, y se mantuvo de pie cerca de mí, con una expresión tranquila en su noble rostro, me sonrió e instantáneamente pareció como si quedásemos solos, e infinitamente solitarios. Fue como si un círculo de silencio nos hubiese rodeado, las voces y los gritos se perdieron como en un sueño. Una profunda sabiduría y amabilidad llenaba su rostro y una gran ternura, como si hubiese comprendido que yo no tenía a nadie y me compadecía de mí misma. Tenía un jarro de barro en su mano, lleno de vino, y me lo ofreció y yo lo tomé y bebí de él, con la misma sencillez que él había usado al ofrecérmelo. De pronto, mis ojos se llenaron de lágrimas y los sollozos me ahogaron, y deseé contarle toda mi tristeza, exilio y pesadumbre. Tomó mi jarrón vacío de mi mano mientras trataba de consolarme. Esperó hasta que me sentí más dueña de mí misma y luego dijo con la más firme y dulce de las voces: « Sara bas Eleazar, ten buen ánimo y seca tus lágrimas, porque Dios está contigo y no estás sola.»

«Me sentí asombrada y muda. ¿Cómo había sabido mi nombre y la tristeza de mi espíritu? Me sonrió profundamente y al brillo de un fuego cercano vi sus grandes ojos azules llenos de infinitas estrellas. En aquel momento deseé caer a sus pies y abrazarlos. Sentía que él sabía, no sólo acerca de mí, sino acerca de todo el mundo y que había en él una paz más allá de cualquier imaginación, amor y esperanza. »

«Las lágrimas me cegaron y cuando las sequé, mi corazón había dejado de temblar y el joven había desaparecido. Casi estuve a punto de creer que lo había soñado, pero el gusto del vino todavía estaba en mis labios. Una repentina sensación de pérdida se apoderó de mí, y le busqué entre los peregrinos, pero no le volví a ver. Aquella noche no pude dormir, porque cada vez que lloraba me sentía consolada con un consuelo que no procedía del hombre. »

«Basta. Incluso su memoria me hace soñar y me inunda de un sentimiento de gozo. ¿Era un ángel vestido humildemente como los ángeles que Abraham recibió en su tienda? Deseo creerlo así, casi lo creo así. Me acojo a la memoria de su rostro.»

«Te dirijo esta carta a Atenas, a tu casa, donde has de permanecer unas cuantas semanas más. Te saludo, querido Lucano, con todo el amor de mi corazón y mi espíritu, y me quedo planeando nuestro encuentro próximo. Uno de estos días, en tus búsquedas por mi hermano Arieh, lo encontrarás. Tiene ahora nueve años de edad y algo dentro de mí me asegura que vive, que algún día tú le restaurarás a los brazos de su hermana y de su pueblo. Dios sea contigo.»

Lucano había creído al principio que en la tierra de sus antepasados, Grecia, encontraría su hogar. Pero tras algún tiempo se dio cuenta con amarga consciencia de que allí también era un extranjero, y que él, realmente no tenía hogar en ningún sitio. Había nacido en Antioquía y Antioquía no había sido su hogar. Había vivido cerca de Roma, y había visto la ciudad ocasionalmente, pero también era un extraño. Había visitado todos los puertos y ciudades a lo largo del Gran Mar, y había tenido pequeñas casas en muchos de ellos cuando dejaba los bancos, sin embargo, en ningún sitio poseía un hogar, o gozaba de la compañía de amigos, o tenía paz. Los desgraciados humildes, los pobres, los dvidados y abandonados, los esclavos, los miserables, pequeños mercaderes de los bazares y tiendas bendecían su nombre y besaban sus manos y pies. Pero él era un extranjero, para siempre un extraño en una tierra extraña, y aunque sabía muchas lenguas era como si un extranjero las hablase. Su único deleite era consolar y curar, y leer las cartas que recibía de su familia y de

Sara bas Eleazar. Una terrible inquietud y una quejumbrosa ansiedad y vaciedad le llenaba siempre. Era como un hombre que busca agua en un desierto.

Hacía tres años que había comprado una pequeña casa en las afueras de Atenas. Cuando volvía a su casa en Atenas, como cuando volvía a todas sus casas, no era como el volver a un lugar familiar, voces y jardines familiares, sino como un cansado viajante que descansaba sólo durante una noche.

Aquella era la tierra de sus padres, pero no su tierra, aunque el esteta que vivía en él gozaba de la aguda e iluminada belleza, las pedregosas llanuras, las montañas salpicadas de plata, las brillantes rocas, los fieros mares azules, los sonrosados o morenos tejados, en la historia escrita sobre mármol, en los blancos templos, los polvorientos laureles, olivos y mirtos, en las terrazas de viñedos bajo un sol brillante, en el glorioso Partenón elevado noblemente sobre la Acrópolis como una corona de graciosas piedras. Aquella era la tierra de Helios, de los Oemos, de Pericles, Homero, Fidias, Sócrates y Platón, de todo el arte, la ciencia, la gracia y la poesía, de la mismísima alma del hombre civilizado, de las tranquilas frentes de los dioses, del Olimpo. Allí la ley y la justicia habían puesto sus poderosos pies sobre el mármol y desde aquel aire reseco y transparente habían desplegado sus alas las divinidades y filosofías, emergiendo como sombras de brillante luz, de la mismísima luz. Allí habían hablado los oráculos, y las flotas de Jasón estuvieron en todos los puertos; allí, en aquella tierra, el heroísmo había surgido con un escudo como la luna y una espada como el rayo, y allí las montañas miraban a Maratón, a las Termópilas que aún vibraban con la memoria de aquellos pocos que habían derrotado a las hordas del Persa. La gloria yacía sobre la frente de Grecia, para que todas las épocas la contemplasen y nunca fuese apagada.

Aquella Grecia moderna no era la Grecia de Pericles, aunque vivía en un pacífico sueño, eterno y no para ser imitado. Y allí, como siempre, Lucano era un extranjero, preparando sus pociones, solitario, desconocido excepto para los pobres y los perdidos, cuidando su jardín en el que crecían flores y hierbas, bebiendo solitario su vino, preparando sus austeras comidas con sus propias manos, leyendo, meditando, escribiendo cartas, y contemplando las estrellas como danzaban en el oscuro arco de los cielos.

Con frecuencia, al amanecer, cuando el sol pálido apenas si lanzaba sus frágiles rayos sobre Atenas y la ciudad estaba empezando a estremecerse ligeramente, Lucano pasaba ante el templo de Teseo y ascendía las largas escaleras blancas hasta la cima de la Acrópolis y al Partenón. Allí, sólo, vagaba a través de las columnatas donde Sócrates había enseñado, y acariciaba suavemente las columnas dóricas que parecían de plata a la primera luz del día. Contemplaba reverentemente a las estatuas aladas que parecían a punto de saltar a través del espacio, y permanecía de pie en el pedimento occidental del templo de Zeus, o atravesaba la cella, y admiraba la enorme estatua de Atenas, con su yelmo y su gran y noble rostro. Se dirigía después al pedimento oriental para maravillarse ante el grupo de reclinadas Fortunas, con delicadas vestimentas de mármol que parecían moverse bajo la seca y luminosa brisa. Como médico se maravillaba del genio del escultor que había esculpido la recostada figura del Illiso, en el lado occidental y que había dado al alabastro, el aspecto de carne viviente. Allí la sabiduría temblaba en la piedra y la belleza había puesto su mano en las brillantes sombras de los bajos relieves o en el argentino cuerpo, grave rostro, casto pecho, majestuoso perfil o inmaculados miembros. Allí reinaba el silencio pero podían ser detectadas presencias inmortales más allá de los límites de los ojos, como un coro luciente, y toda aquella multitud poderosa esculpida en mármol esperaba tan sólo que una misteriosa orden mandase que tomase forma de vida divina, para llenar los oídos con inmortales canciones y sonoras voces. Por fin el frío cielo de turquesa se abría entre las blancas columnas, vacilante y claro, y las túnicas de las cariátides adquirían tonalidades de oro.

Lucano se sentía allí menos solo que entre los hombres. De pie entre las estatuas, vestido de blanco, era uno entre ellas; moviéndose entre ellas parecía como si hubiese sido el primero en despertar. En medio de la belleza solemne, heroísmo y congelada grandeza, podía de nuevo esperar, puesto que, el hombre había creado aquello, tenía una lejana posibilidad de volver a ser hombre una vez más, hablar con majestad y poesía y revelar secretos a la eternidad. Sus pisadas sonaban y eran devueltas por el eco entre las columnas y a lo largo de las columnatas; algunas veces se detenía, medio creyendo que había oído pisadas más fuertes que las suyas tras él, hechas por pies heroicos que habían descendido de los pedestales sobre el blanco y relumbrante suelo.

El sol envolvía la ciudad de oro brillante y ésta se estremecía visiblemente, sus rojos y amarillos tejados parecían moverse hacia la luz, y voces, inquietas e imperativas, ascendían hasta la Acrópolis como los gritos de agitados pájaros. Entonces volvía a su soledad, y se alejaba del Partenón.

¿Por qué no era posible que cuando el hombre alcanzaba la última gloria no pudiera mantenerla sino que debía caer desde los cielos? ¿Era porque incluso en aquellas alturas debía cometer tonterías y crímenes que inexorablemente conducían a la destrucción? Tucídides había escrito: «La clase de acontecimientos que ocurren una vez, por causa de la naturaleza humana volverán a repetirse.» Allí estaba la tragedia.

Lucano sabía a causa de su creciente inquietud, que él debía volver a emprender la marcha muy pronto. Dentro de dos semanas debía aceptar el ofrecimiento para ser doctor en un barco que navegaba entre Creta y Alejandría y había consentido a ocupar aquel cargo por tres meses. Tenía muchas ofertas, no sólo por causa de sus poderes de curación, sino porque sus tarifas eran bajas. Además distribuía sus pagas entre la tripulación cuando partía.

Una mañana, al descender del Partenón, sintió una fuerte aversión ante la idea de volver a su solitaria casa al final del camino de la Vía Panatenea y se mezcló con la muchedumbre en el Ágora y anduvo por la Stoa de Atalo, donde hombres enfebrecido s y ruidosos comerciaban en las tiendas. Los pequeños griegos oscuros

eran más activos y efervescentes que los romanos y mucho más agudos, mucho más alegres y charlatanes: robaban de una forma alegre en las veintiuna pequeñas tiendas tras los paseos de columnatas. Sus mercancías eran más variadas y multicolores porque allí no regía la rígida ley romana de valores; sin embargo sus almacenes poseían un gran encanto. Como siempre, incluso aquella hora temprana cuando las tiendas acababan de abrirse y los mercaderes estaban ruidosamente abriendo sus cerradas puertas y limpiando sus mercancías, un ferviente orador estaba ya sobre una plataforma arengando a las indiferentes multitudes. Era un hombre viejo, haraposo y con una barba gris, que llevaba un cayado en la mano. Lucano se detuvo para oír sus palabras incoherentes. Estaba gritando, agitando el cayado y haciendo oscilar su barba.

— ¡Arrepentíos, arrepentíos! ¡El reino de Dios se ha acercado!

Aquel hombre debía ser judío; los judíos usaban de continuo aquellas palabras a las que nadie escuchaba. Lucano miró a la impresionante biblioteca pública y recordó que debía devolver algunos libros antes de emprender su viaje; hombres y mujeres empezaron a ascender las escaleras hacia las puertas abiertas. Jóvenes muchachas vestidas de brillante escarlata, amarillo, o azul, se habían reunido ante la fuente para llenar sus jarros; parloteaban como loritos mientras intercambiaban críticas, reían o discutían para asegurarse una posición en la doble línea que esperaba. Allí estaba también la Casa de Justicia, muy digna y declarando por medio de sus anchas columnas y arcos, que el dominio de la leyera el camino de la humanidad civilizada, y no el dominio de los hombres. Lucano sonrió cínicamente. Miró con frialdad a los dos legionarios romanos que permanecían de pie ante las puertas de bronce. Donde el desnudo poder existía no había otra ley sino la ley de la fuerza. Podía oír a los músicos ensayando en el Odeón, los conciertos y recitales del día. Se detuvo un momento para mirar a la casa redonda donde los burócratas dictaban e imponían sus onerosas leyes, según la costumbre inmemorial de todo hombre opresivo y malo. Una gran procesión de devotos empezaba a marchar hacia la Acrópolis para honrar a Palas Atenea, y llevaban palomas que se agitaban en sus brazos; Lucano se apartó un poco para dejar que la procesión pasase y a medida que contemplaba los turbados ojos de los adoradores sintió de nuevo su antigua y crónica tristeza.

La ciudad estaba ya llena de vida y de ensordecedora vivacidad. Sobre ella se extendía un duro cielo azul, brillante de sol y sin ninguna nube. El calor surgía de las calles y de las pobladas columnatas ¿Qué significado tenía toda aquella actividad, aquella vehemencia, aquel rápido ir y venir, aquellos ligeros y decididos pies, el comercio, aquellas alegres muchachas, aquellos vociferantes mercaderes? Un grupo de abogados, vestidos de blanco y con rostros solemnes, ascendían las escaleras de la Casa de la Justicia, hablando en voz baja como si sus preocupaciones conciernen la vida y la muerte. Era maravilloso creer que el propio ser de uno tenía significado, lo cual realmente no tenía. Pero, ¿qué ocurriría al mundo si los hombres dejasen de creer que su existencia carecía de importancia? ¿Son ellos más sabios que yo?, pensó Lucano con inquietud. Pasó ante el templo de Hefaisto, con su rojo tejado de tejas relumbrantes como enormes y cortados rubíes, bajo la intensa luz del sol. Había recorrido un largo camino y se sintió cansado y hambriento y deseoso de estar en su tranquilo hogar, su pequeño jardín con su estanque lleno de sonrosados lirios de agua, y ante la leche de cabra, queso, pan moreno y miel que encontraría para su desayuno. Allí estaba también el mercado de esclavos; los mercaderes arreglaban sus humanas mercancías para obtener los máximos de los beneficios. Lucano evitó sus ojos, sintiéndose enfermar como siempre; normalmente evitaba pasar a través de aquella plataforma de madera alta y mirar a los esclavos, porque no podía soportar su agonía.

Por alguna extraña razón sintió entonces una pesadez en sus pies y un gran abandono y se detuvo directamente ante la plataforma. Los mercaderes amenazaban y chasqueaban los látigos. Una mujer sollozaba, un niño lloraba y una niña gemía pidiendo misericordia. Allí estaban expuestos a la venta aquellos que tenían deudas, los que carecían de hogar y se habían ofrecido a sí mismos para la venta; aquellos que habían transgredido alguna pequeña ley, algunos que eran criminales. Tres hermosas muchachas jóvenes, de rostros morenos, grandes ojos negros y vestidas bellamente, estaban expuestas formando un grupo coquetón sobre cojines de seda escarlata. No se sentían turbadas en absoluto, se pasaban una a otra un recipiente de dulces y contemplaban a los posibles compradores con interés. En tanto que su belleza durase, podían estar seguras de buenos hogares, mimos y caprichos. Echaban hacia atrás sus largos cabellos negros y estiraban sus cuellos mientras murmuraban entre ellas en una lengua extraña y reían sus propios y agudos comentarios. Estaban sentadas sobre la plataforma ajustando sus túnicas a su alrededor para mostrar con la mejor de las ventajas todas las curvas de sus piernas, caderas y pechos, bajo el material transparente.

Los mercaderes no tenían mucho que vender aún en aquella hora temprana de la mañana. Unas pocas mujeres gordas, evidentemente excelentes cocineras, a juzgar por los cacharros arreglados a sus pies, unos cuantos niños en los brazos de excitadas y llorosas muchachas; algunos jóvenes sin ninguna gracia o fuerza particular; uno o dos ancianos; un grupo de hundidos prisioneros; Lucano continuó avanzando, pero permanecía sordo mientras estaba allí. Atrajo la atención de las tres hermosas muchachas y sus voces se alzaron ansiosamente cotorreando, mientras el mercader acudía hasta él y le cogía por el brazo.

—Señor —exclamó—, contempla estas doncellas, vírgenes de Arabia, hermanas. ¿No alegrarían con sus gracias tu casa? Pueden, las tres, tocar las cítaras y otros instrumentos y entretener tus horas. Las tres danzan como ninfas.

Lucano soltó su brazo con un movimiento violento. Las muchachas le contemplaron extasiadas y palmearon sus manos. Se sentían extasiadas por su apariencia.

—Apolo —exclamó el mercader—, ¡Estas son tus Gracias!... y el precio es ridículamente bajo por las tres.

—No me interesan —dijo Lucano.

El mercader se inclinó hasta él más cerca y susurró con acento de profundo conocimiento a su oído:

—Señor, tengo tres hermosos muchachos de diez años, también de Arabia que han sido castrados...

Lucano se volvió hacia él lleno de un poderoso deseo de derribarle de un golpe. En aquel momento oyó el repiqueteo de cadenas, un grito y un golpe; otro mercader hizo subir un hombre sobre la plataforma y Lucano se volvió para mirar, mientras su rostro sudaba de furor. El esclavo estaba materialmente cubierto de cadenas, que caían y repiqueteaban de sus engrilladas muñecas y terminaban en grandes anillas de hierro alrededor de sus tobillos. Nadie sino un peligroso criminal era encadenado en aquella forma. El látigo del mercader restallaba sobre su cuerpo, extremidades y hombros, pero él se movía con dignidad, como si no sintiese dolor, ni se diese cuenta de estar en un lugar como aquel.

Allí permaneció, las cadenas brillando bajo la cálida luz. Iba completamente desnudo; no usaba ni siquiera un taparrabos; era como un espléndido animal de piel marrón oscura brillante y lustrosa como la seda. Real, majestuoso y muy alto, con un pecho como dos placas de una armadura de bronce, con músculos perfectamente formados y maravillosas piernas y brazos, miraba hacia el cielo con una lejana e indiferente expresión. Sus rasgos, aunque negroides eran majestuosos. Su negro y crespo cabello estaba atado en dos trenzas unidas; un anillo de oro atravesaba el tabique de su nariz. Sus negros ojos brillaban al sol como dos estanques.

Lucano se acercó a la plataforma fascinado. Supo, con un conocimiento instintivo, que a pesar de los rasgos y del color, aquel hombre no era una criatura de la selva. Era un hombre real, ignoraba todo lo que le rodeaba, pero no con la ciega ignorancia de una bestia. Sus grandes y oscuros ojos estaban velados por la tristeza, pero era una tristeza quieta, resignada e inteligente. Cuando vio a Lucano los dos jóvenes se miraron uno a otro silenciosamente. Uno desde lo alto de la plataforma y el otro desde el ardiente polvo.

El mercader, al ver esto, gritó de nuevo a Lucano:

—Señor, muy barato. Absolutamente barato. Un esclavo fuerte, que si es guardado cuidadosamente encadenado, ganará más de lo que puede gastar. Mira sus músculos, mira sus manos, sus piernas. Señor, me siento avergonzado de decirte el precio.

El esclavo miró hacia abajo a Lucano con una misteriosa agitación, una repentina expectación que brilló en sus ojos, y dio un paso hacia delante. Sus cadenas tintinearon. Apareció una pasión instintiva en el rostro del esclavo, un ruego y una esperanza.

—Su nombre —dijo el mercader, frotando sus codiciosas manos— es Ramus.

— ¿Qué ha hecho? —murmuró Lucano mirando a los apasionados e inquisitivos ojos del esclavo.

El mercader tosió y se rascó su barbuda barbilla.

— ¿Qué? Pues, nada señor.

Luego añadió confidencialmente:

—Para decirte la verdad, Apolo, es mudo. No puede hablar. Llegó a Atenas hace algún tiempo, anduvo por las calles y miró los rostros de la gente. Fue encontrado, este pagano, en el propio Partenón, moviéndose entre las estatuas, invadiendo los templos; el guardia le vio por la noche, caminando a la luz de las antorchas y llevando algunas veces una linterna. Se dice que tiene brazaletes de oro y anillos pero creo que es mentira, porque lo único que tiene es el anillo de oro en la nariz. Fue llevado ante la Justicia, interrogado por intérpretes de la justicia, y siempre respondió con un gesto negativo de su cabeza. Le fue dado un estilo y una tableta para que escribiese, pero movió su cabeza; naturalmente es un bárbaro de una selva alejada o del desierto.

— ¿Cómo sabes entonces que su nombre es Ramus? —Preguntó —Lucano. Se acercó un poco más a la plataforma; su corazón palpitaba con una fuerte compasión.

El mercader se encogió de hombros.

—Es el nombre que la gente de Atenas le ha dado, porque fue una curiosidad en la calle durante muchos meses, multitud de ruidosos niños le seguían.

—Entonces —dijo Lucano al ver que el mercader se había detenido abruptamente.

—Bien, señor, tú sabes cuan supersticiosas son las multitudes. Se empezó a rumorear que producía el mal del ojo. Te darás cuenta de que extraños y luminosos son sus ojos; las mujeres empezaron a quejarse de que su mirada les producía abortos. Cuando atravesaba un campo cierta noche, un campesino le vio y juró después que todas sus cosechas habían muerto y todos sus olivos se habían marchitado. Los rumores siguieron creciendo: los niños caían en las calles temblorosos después de su paso, las muchachas se quejaban de que eran perseguidas por demonios durante la noche, después de haberle visto. —El mercader se echó a reír e hizo un guiño—. Nosotros los mercaderes somos gente práctica. Sabemos que el único mal que existe es no tener dinero.

—No es un esclavo —dijo Lucano amargamente—, ¿tenía algo de dinero?

El mercader consideró la pregunta, sus agudos ojos fijos sobre el joven griego. Luego se rascó su crespa barba.

—Poseía monedas de oro con inscripciones raras pero de poco peso. Los eruditos las examinaron: no pudieron declarar su origen. Sin embargo, compraba comida con ellas, aunque nadie sabe donde vivía. El asunto se hizo serio cuando compró varios panes y los dio a un grupo de encadenados esclavos que trabajaban en la carretera. Es cierto que tales esclavos no están bien alimentados. Aquella noche los esclavos se escaparon. Se rumoreó que su mal de ojo había disuelto el acero… Debemos recordar qué supersticiosos e ignorantes son...

— ¿Cómo llegó a ser esclavo? —preguntó Lucano en voz alta y ronca.

—Señor, la Casa de Justicia no podía por más tiempo ignorar a esta criatura y los enfurecidos cargos contra él. Como te he dicho, fue interrogado y no pudo hablar, no pudo defenderse a sí mismo. Se aseguró que era un peligroso criminal. Fue arrojado a la prisión. Ciertamente que los jueces no son supersticiosos, pero son criaturas del pueblo. Recordarás a Sócrates: se le acusó de pervertir a la juventud y ridiculizar a los dioses. Los jueces no creían aquello realmente, pero había que tener en cuenta a la multitud que tiene los votos. De aquí que le diesen la copa de cicuta. Nosotros le hemos comprado hoy del carcelero y por eso está aquí.

— ¿Por ningún crimen, sino tan sólo por buscar? —dijo Lucano.

—Sí, porqué, ¿qué es lo que busca, señor? —El mercader contempló a Lucano—. Tú eres un hombre sabio, ¡Oh, Apolo! Y tan joven como los dioses, ¿qué es lo que buscaba mientras vagabundeaba por las calles día y noche y contemplaba todos los rostros?

Lucano dijo con sequedad:

—Voy a comprarlo. Pero debes quitarle al instante las cadenas.

Se quitó el encapuchado manto de sus hombros y lo ofreció a Ramus, que, mientras tintineaban sus encadenadas muñecas, se agachó con dignidad y tomándolo cubrió su desnudo cuerpo. Después, para tristeza de Lucano, los ojos del esclavo se llenaron de lágrimas y le dirigió una trémula sonrisa mientras un gran gozo iluminó sus oscuros rasgos.

El mercader saltó sobre la plataforma lamiéndose los labios, rumiaba el precio mientras desataba las cadenas. Luego frunciendo el ceño miró a Lucano y mencionó una gran suma. Lucano, despectivamente, arrojó una bolsa sobre la plataforma y el mercader se apoderó de ella con avaricia y empezó a contar el dinero, mientras sus labios se curvaban. Luego exclamó con deleite:

—Señor, has hecho una gran compra. No te arrepentirás.

—Vamos —dijo Lucano al esclavo, que saltó limpiamente de la plataforma y se colocó a su lado. Una delgada cadena colgaba de su muñeca, Lucano comprendió que era para que tomase un extremo y se llevase su compra de allí. Tomó la cadena y la partió entre sus fuertes manos y la arrojó de allí como si fuese un objeto infecto.

—Eres libre —dijo Lucano—. Sígueme a mi casa. A nuestra casa.

CAPITULO XXXII

La pequeña casa estaba pintada de color azul claro y tenía un rosado tejado, instalada dentro de un pequeño patio rodeado de paredes. Un estanque sobre el que flotaban sonrosados lirios de agua y grandes hojas anchas verdes, y lleno de dorados peces, se abrían en el centro del jardín. Una gran higuera proporcionaba fresca sombra sobre un banco de piedra y unos pocos árboles frutales, naranjos, manzanos, y una gran palmera datilera se elevaba por encima de las paredes. Lucano además cultivaba en el jardín hierbas, y en él también crecían rosas, que le recordaban a Rubria; el jazmín rodeaba su austera casa. Podía ver, desde el jardín, las plateadas montañas de Grecia, salpicadas aquí y allá con la austeridad de oscuros cipreses, olivos y otros árboles y el puro azul de los cielos.

El interior de la casa, que sólo tenía tres habitaciones, había sido pintado de blanco, contra lo que un mobiliario austero reflejaba sus agudas sombras negras en el deslumbrador brillo del sol de la mañana.

Las cortinas de las ventanas eran de material grueso y azul y el mismo material pesado cubría las puertas. El suelo de rojas baldosas estaba desnudo. Lucano condujo a su nueva adquisición dentro de la casa y Ramus miró a su alrededor mudo e indiferente. Como siempre sus deslumbradores ojos se volvieron hacia el rostro de Lucano con intensidad y expectación.

Lucano se dirigió al manantial del jardín —la fuente del estanque— y trajo un gran jarro de leche fresca de oveja, cubierta de nata. Lo colocó sobre la desnuda mesa de madera. Cortó pan moreno, lo colocó también sobre la mesa junto a un queso barato y añadió un recipiente de fruta y un plato de miel. Ramus le contempló en silencio, de pie en el centro de la habitación, luego Lucano dijo amablemente:

—Esta es nuestra comida, siéntate conmigo y comeremos.

Ramus le miró como si no le oyese. Lucano mirándole, repitió las mismas palabras en latín, luego en algunos dialectos mediterráneos. No hubo respuesta. Lucano intentó hacerse comprender en egipcio; después en una mezcla de babilonia, hebreo, arameo y africano. Finalmente Lucano se dio cuenta que Ramus había comprendido todas aquellas lenguas distintas y que algún terror oscuro en él le impedía reconocer aquello. Por lo tanto, Lucano se encogió de hombros y dijo en griego:

—Hay alguna razón por la cual tú rechazas admitir que me comprendes. Si yo conociese esta razón, comprendería. Hasta que confíes en mí puedes hacer lo que te parezca. —Miró a Ramus con interés y continuó—: En el lenguaje griego la palabra «esclavo» también significa «cosa». Para mí tú eres un hombre, por lo tanto no eres ni esclavo ni cosa.

La negroide y majestuosa cara de Ramus no cambió de expresión, pero una lágrima se deslizó de sus ojos y sus labios temblaron, Lucano miró hacia otro lado al instante, luego volvió a mirar al hombre de color. Después añadió, muy suavemente:

—Veo que me oyes. ¿No eres también sordo?

Por un minuto o dos Ramus no respondió, luego casi imperceptiblemente movió la cabeza con gesto negativo. Lucano sonrió y le condujo a uno de los dos bancos que había junto a la mesa. Pero Ramus alzó las manos sobre su cabeza, unió las palmas, las dejó caer sobre su pecho y luego se arrodilló y tocó el suelo con su frente en una oración silenciosa.

El rostro de Lucano se oscureció tristemente, pero esperó con un gesto comprensivo. Ramus se levantó y se sentó a la mesa; el manto de Lucano colgaba alrededor de sus hombros y el gran anillo de oro en su nariz brillaba en el sol. Lucano partió el pan y dio la mitad a Ramus. Empezaron a comer. La luz se filtraba en la pequeña y sobria habitación y parecía cubrir con un halo la cabeza de Lucano y Ramus continuaba contemplándole a medida que comía y bebía.

—Puedo llevarte al pretor mañana y hacer que te den la libertad —dijo Lucano suavemente—, pero esto no serviría. Las autoridades volverían a apresarte, a arrojarte a la prisión y volverte a los tratantes de esclavos otra vez. Dentro de dos semanas abandonaremos Grecia, porque soy médico, doctor de un barco, con unos cuantos hogares aquí y allí donde descansar. En el primer puerto que encontremos buscaremos al pretor romano y te daré la libertad y luego puedes dejarme y volver a tu propio país.

Miró a Ramus. Luego, para su sorpresa, Ramus sonrió con gesto feliz y movió la cabeza. Alzó su grande y oscura mano. Señaló hacia sí mismo, luego a Lucano, e hizo una reverencia.

—Yo no tengo esclavos —dijo Lucano con severidad—, el propietario de esclavos está más degradado a mis ojos que los propios esclavos. —Estudió los ojos de Ramus—. ¡Ah, comprendo! ¿Me indicas que donde yo vaya tú deseas también ir?

Ramus asintió con una sonrisa más amplia.

— ¿Por qué? —preguntó Lucano.

Ramus hizo gestos de escribir y Lucano, levantándose, le trajo una tableta y un estilo. Ramus empezó a escribir lenta y cuidadosamente, en griego, y dio luego la tableta a Lucano. «Llámame Ramus, señor, porque tal es el nombre que los griegos me han dado y mi propio nombre no significará nada para ti. Déjame ser tu siervo, tanto si me liberas como si no, porque mi corazón me dijo, al verte esta mañana, que donde tú vayas yo debo ir, porque tú me conducirás a Él.»

Ramus había escrito con precisión, pero con el estilo de un erudito, amplio y pomposo. Lucano alzó sus rubias cejas y mordisqueó el estilo.

—No comprendo —dijo—. ¿A quién debo yo conducirte?

Ramus sonrió brillantemente. Volvió a tomar el estilo y la tableta y escribió: «Aquél que librará mi pueblo de la maldición de Cam, mi antepasado, y es Él a quien busco. Y a través de ti le encontraré y sólo a través de ti, porque Él te ha señalado.»

Lucano miró la tableta por largo rato. Finalmente agitó la cabeza.

—Comprendo la religión judía. Fue Noé quien maldijo a sus hijos por encontrarle desnudo en su borrachera. Particularmente maldijo a su hijo Cam, de aspecto negro. Es cierto que el hombre negro ha sido sin duda maldito, pero no por una deidad, sino sólo por el hombre. Si hay Dios, yo sé que hay Dios, Él no ha maldecido a ninguna de sus criaturas. No ha dado a ningún hombre el mandamiento de maldecir a otros hombres, sino de hacerles bien.

Habló contra su voluntad; su ira contra Dios le hizo sofocarse. Luego añadió medio para sí mismo:

—Tengo un pleito con Dios, cuya existencia no puedo negar. Empiezo a comprender que tú crees que en algún sitio del mundo existe alguien que pueda quitar la maldición del hombre contra los hijos de Cam y cambiar su odio hacia ellos. ¿Crees que só1o los hijos de Cam son castigados por la ira y el odio de los hombres? No. Nosotros nos castigamos todos, unos a otros. —Habló con alguna impaciencia—. ¿Y cómo es posible para mí, que estoy enfurecido contra Dios, conducirte a nadie que pueda ayudarte y ayudar a tu pueblo?

Ramus no contestó. Después de un rato se levantó con dignidad. Tomó la mano de Lucano y la presionó contra su frente. Se sentó de nuevo y estudió minuciosamente al griego con un suave brillo de contento en sus grandes y gruesos labios y con una ternura brillando en sus ojos. Lucano se levantó, encontró su cartera de médico y dijo:

—Déjame examinarte la garganta para ver si hay alguna razón física que te impida hablar.

Ramus movió la cabeza con gesto negativo, pero abrió la boca obediente, Lucano le hizo volver la cabeza hacia el sol y presionó hacia abajo su lengua con una hoja de plata. La garganta estaba completamente limpia y sana. La laringe no mostraba ninguna herida, la caja de sonoridad estaba en orden perfecto y las cuerdas vocales claras. Lucano se sentó y apoyó la barbilla contra la palma de la mano.

—Puedes hablar —dijo—, si lo deseas. ¿Es cierto que no quieres hablar?

Ramus lo negó con vehemente gesto de su cabeza.

— ¿Has hablado alguna vez?

Ramus indicó que sí. Alzó los diez dedos de sus manos para indicar años.

— ¿Entonces qué es lo que te ha hecho mudo?

Ramus volvió a coger la tableta y el estilo y llenó la primera ir con escritura diminuta y apretada.

«Señor, soy rey de una pequeña y secreta nación de África, una tierra que tú no conoces. Está cerca de una de las antiguas minas y tesoros de Salomón que nosotros hemos ocultado de los hombres a causa de su avaricia. Cuando yo era joven, mi padre me envió a El Cairo, donde aprendí varias lenguas de la humanidad, porque mi padre deseaba sa1var a su pueblo de la oscuridad y conducirlo a la luz. Era un hombre justo y

bueno. Como el corazón de mi padre, el mío también sufría por los hijos oscuros de Cam, quienes han sufrido, sin saber por qué sufrían, en manos de otros que les han esclavizado y les han matado. Fue en El Cairo donde me enteré de la maldición de Noé. Pero una noche, cuando hacía tan sólo un año que yo era rey, tuve un sueño, o una visión; vi a un hombre con un rostro como la luz, y con unas grandes alas blancas. Me ordenó marchar por el mundo, buscando a quien nos libraría y haría que los hombres no nos despreciasen ni nos esclavizasen más. Por lo tanto, partí sólo, con suficientes monedas de oro tomadas del tesoro de Salomón y busqué al extranjero.»

Ramus tomó otra tableta vacía para continuar escribiendo:

«A través de todo el mundo, por donde he vagabundeado buscando, sólo he visto terror, desesperación, odio muerte y opresión entre todos los hombres. He visto que todos los hombres se vuelven contra sus hermanos; no he oído bendiciones sino maldiciones. Esto me ha afligido. Cuando quedé seco de lágrimas, pero no de tristeza, descubrí que ya no podía hablar. Cuando encuentre a aquél a quien busco, no sólo la maldición contra mi pueblo será quitada, sino que hablaré una vez más de alegría.»

Lucano permaneció sentado durante mucho tiempo leyendo las tabletas una y otra vez. Se sentía enfermo de compasión. ¡Qué búsqueda más desesperada la de aquel pobre hombre! comentó para sí. Pensó en la carta de Sara. Vaciló. Luego se encogió de hombros. Se acercó a un cofre de madera barata donde guardaba sus cartas y sacó un rollo. Por lo menos la carta de Sara podía consolar a Ramus, quien era supersticioso y susceptible. Como médico Lucano comprendía que la fe frecuentemente podía ayudar donde la medicina fracasaba. Colocó el rollo cerca de la mano de Ramus y dijo con voz ronca y sin emoción:

—Esto me fue escrito por una mujer a la que amo. Es judía. Si te consuela, entonces no sentiré pena por haber violado su confianza.

Ramus desenrolló el rollo y empezó a leer. De pronto empezaron a caer lágrimas de sus ojos; sonrió extasiado. Parecía como alguien que hubiera percibido la noticia de que no moriría y asintió una y otra vez mientras su pecho se agitaba con deleite. Cuando terminó de leer, se cubrió el rostro con las manos y se movió lentamente sobre su silla. Lucano dijo con sequedad:

—Has de comprender que esto ha sido escrito por una joven inmersa en su fe, con la promesa de un Mesías sonando continuamente en sus oídos; pero yo no lo creo. Soy médico y científico y cada día me enfrento con la dura realidad de la vida y la muerte, y no hay en ellas significado ni para los hombres ni para mí. ¿Qué es el hijo del hombre, para que Dios le visite o el hombre para que Dios se acuerde de él? He estudiado también astronomía; hay galaxias y constelaciones de tal magnitud que la mente se asombra ante su mera contemplación. ¿Qué es este pequeño mundo para cualquier Dios? Mi única queja que es diminuta, es que su mano no debiera habemos hecho para que suframos y murmuramos.

Se volvió un poco hacia Ramus mostrando su rostro pálido y rígido.

—Nuestra única esperanza es que nos abramos caminos solos. Terminar con la opresión del hombre sobre el hombre, aliviar su dolor. Si tú crees que en la tierra de Israel vive realmente uno que pueda ayudarte, vete en paz.

Ramus le mostró su rostro, brillante con lágrimas de alegría. Escribió sobre una tableta: «Tú me llevarás a Él.»

—No —dijo Lucano—. Nunca iré a Israel, por muchas razones. Puedes marcharte mañana. Te daré dinero.

Ramus escribió: «No, donde tú vayas yo iré; no me pidas que te deje. Mi corazón me dice que debo permanecer contigo y que todo irá bien.»

Lucano se mostró emocionado a pesar de su severidad. Dijo:

—He estado por mucho tiempo solo. Por lo tanto, si lo deseas, permanece conmigo y sé mi amigo.

En los siguientes días encontró un gran y misterioso consuelo con la presencia de Ramus, que cuidaba sus jardines, guisaba sus sencillas comidas y que le ayudaba en el cuidado de corrientes interminables de miserables que llegaban hasta su puerta para ser curados. Era para él una paz extraña, cuando en los atardeceres podía sentarse con Ramus, después de la humilde comida, y hablar a aquel hombre mudo de sí mismo, de su familia y sus amigos.

—No soy muy sabio —le dijo en cierta ocasión—, el hombre más sabio que he conocido fue mi antiguo maestro Keptah que ahora está muerto. Tenia una lengua elocuente; si viviese aún, te enviaría a él porque yo no tengo ningún consuelo real que ofrecerte ninguna esperanza verdadera.

Se sintió profundamente interesado al descubrir que Ramus podía mezclar hierbas en formas extrañas y agradecido por la comprensión que Ramus tenía para los enfermos que llegaban a su casa y sus diestros y amables cuidados con ellos.

Aunque hacía tan sólo diez días que conocía al hombre negro, parecía como si hubiese estado con él siempre y se preguntaba cómo había podido vivir sin aquella augusta y silenciosa presencia. Se sentaban juntos a la puesta del sol, contemplando las variables colinas, escuchando los pájaros y viendo como la negra ala de la noche iba cubriendo lentamente la tierra. Leían los libros de Lucano juntos, Lucano los comentaba y Ramus escribía sus propios comentarios sobre la tableta. Permanecían contentos, Ramus vestido con vestidos baratos que Lucano había comprado para él, con su brillante anillo en la nariz. Cuando Lucano cerró su casa y partió hacia el barco, Ramus le acompañó. De acuerdo con su promesa, cuando el barco atracó en Antioquía, Lucano llevó a Ramus al pretor romano y le hizo un sueldo. Pasó un año y luego otro y Lucano había rebasado ya los treinta años cuando volvieron a la casa en los suburbios de Atenas, donde permanecían por unos cuatro meses. Parecía como si hubiesen partido de allí tan sólo unos cuantos días antes. El encargado de la casa; un

granjero local, había realizado su trabajo bien y todo estaba limpio y en orden, los árboles cargados de frutas y las flores abriendo sus capullos. Los únicos cambiados eran ellos mismos. El sufrimiento, dolor y muerte que habían encontrado pesaba sobre Lucano más que nunca, pero Ramus había adquirido mayor severidad, paz y habilidad, y parecía rodeado de un aire de expectación.

CAPITULO XXXIII

Lucano contó a Ramus su búsqueda del muchacho Arieh que, si aún vivía, tendría doce años.

—Nunca he visto a un muchacho de esa edad sin que le mirase su dedo meñique —dijo—, tanto en la calle, en el ágora de Atenas, los templos, entre mis pacientes e incluso en las callejuelas y caminos del mundo que conozco. Pero sin duda está muerto; quién le robó estaba lleno de maldad y malicia contra Eleazar ben Salomón que nunca había herido a ningún hombre y que había hecho su fortuna con justicia —permaneció un rato pensativo—, ¿por qué debe el hombre odiar a su prójimo por envidia o porqué no son de su raza o de su color? Esta pregunta ha sido hecha durante miles de años; se petrifica y ensombrece de tanto preguntarla. Es la tragedia del hombre.

Hablaba a Ramus como nunca había hablado a otro hombre, ni siquiera a Keptah, Cusa o José ben Gamliel. Los primeros le habían enseñado y aconsejado y él había sentido una especie de rebelión; el segundo le había enseñado con amor, le había considerado un poco tonto. El último había intentado conducirle apasionadamente a Dios cuando su corazón sentía mayor amargura. Pero Ramus le sonreía y cruzaba sus manos.

Explicó a Ramus que no cuidaría de los ricos y hombres de posición porque podían permitirse tener sus médicos y podían pagarles grandes sumas. Pero el tiempo le habla enseñado alguna agudeza: había descubierto que con mucha frecuencia, campesinos prósperos, no deseosos de pagar cuotas altas, acudían a él para que les curase por caridad. Lucano dijo:

—Cuando descubro quienes son, y he adquirido un sentido oculto que me sirve muchas veces para hacer este descubrimiento, les hago pagar, aunque el precio sea pequeño. ¿Por qué me privan del tiempo cuando pueden permitirse llamar a otros médicos y otros necesitan mi ayuda? Trato a los ricos sólo cuando acuden a mí desesperados, cuando han sido desahuciados por sus propios médicos.

Ramus, el día que Lucano dijo esto, cogió una tableta y escribió: «Pero todos los hombres sufren y es bueno ayudarles.» Lucano le miró con un sombrío gesto de asombro; ante él tenía a uno que había sido atormentado por los hombres y sin embargo les compadecía.

Un día, cuando ya se acercaba el momento en que Lucano debía volver a embarcarse, una magnífica litera llevada por seis hermosos esclavos negros, se detuvo ante su puerta y el que dirigía el grupo, que hablaba un griego elocuente, le rogó que visitase a su dueño, que estaba a las puertas de la muerte y había sido abandonado por otros médicos. Lucano deseó rehusar; estaba muy cansado aquellos días; las colas de desgraciados se formaban ante su casa al amanecer y permanecían allí hasta la puesta del sol; luego dijo:

—Si los médicos de tu dueño le han abandonado, yo, que trato las peores enfermedades en los barcos y en las ciudades, no puedo ayudarle. —Después su curiosidad de médico se agudizó en él y preguntó—: ¿Qué es lo que aqueja a tu dueño?

—Se muere por todas partes; sus hijos están desesperados, han oído hablar de ti, y desean pagarte una enorme suma por tu ayuda.

Lucano consideró aquellas palabras. Había gastado mucho de la herencia que le había dejado Diodoro en obras de caridad; en aquel momento tenía muy poco dinero. Empezó a mover su cabeza. Por lo menos una docena de hombres, mujeres y niños sufrientes esperaban en su jardín; algunos tumbados sobre el suelo, otros echados sobre el banco o postrados ante su misma puerta. Pero Ramus tocó su brazo e hizo un gesto un tanto malicioso. Lucano miró a sus pacientes; muchos de ellos sufrían enfermedades crónicas; Ramus, que había aprendido mucho con Lucano y que también tenía un misterioso poder de curación, podía examinar y tratar algunos de aquellos pobres desgraciados.

—Espero que no me ocupe más de una hora —dijo Lucano un tanto contrariado.

Entró en la litera y se alejó de allí. Pero a pesar de todo, su curiosidad se sentía agudizada. La litera se deslizó rápidamente a través de las iluminadas calles de Atenas, luego se apartó de la sección más poblada hacia unos agradables viñedos, jardines y blancas paredes sobre las que asomaban sonrosados ramos de flores. Se detuvo ante una puerta de hierro muy bien trabajada que representaba a Apolo y sus enigmas, y un esclavo abrió y dio paso a Lucano a un jardín, desde donde pudo contemplar una casa maravillosa.

Lucano contempló la casa con admiración, porque era una villa de escala reducida pero magnífica y exquisita. Los mosaicos del patio eran de color rosa; los pequeños parterres de flores estaban rodeados con azulejos azules, con un halo azul. Había sólo una fuente: una pequeña tapa de mármol, llena de agua burbujeante, lirios rosados y una figura de delfín en el centro alzado sobre su cola. De su abierta boca surgía un chorro iridiscente. La propia casa brillaba de blancura bajo el sol, con pequeñas, aunque perfectas columnas de estilo jónico.

Tan impresionado quedó Lucano ante aquella deliciosa visión que no se dio cuenta, al principio, que tres hombres de edad mediana que descansaban juntos en un banco de mármol curvado al otro lado de la fuente,

cubiertos por un grupo de mirtos. Iban vestidos con elegancia, con togas blancas, y ofrecían un agudo contraste, porque aunque altos, sus rostros no tenían un aire aristocrático, sino que eran vulgares. Su vista de médico percibió las grandes manos curtidas por el trabajo, los hundidos ojos, el cutis pecoso, graso y moreno, el tosco y encanecido cabello. Observó también que todos llevaban anillos de considerable valor, que sus sandalias eran de piel de la mejor clase. Parecían ricos libertos. Se parecían notablemente uno al otro y comprendió al instante que eran hermanos. El primero, que evidentemente era el más viejo, dijo:

—Saludos.

Luego añadió rápidamente, con voz insegura y monótona corriente entre los hombres de las clases bajas.

—Bienvenido a la casa de mi padre Flegón; me llamo Turbo y estos son mis hermanos, Sergio y Meles.

Lucano devolvió la reverencia de los dos hombres con un murmullo cortés, sin demostrar que para él la voz de Turbo carecía del elegante acento de un ateniense culto.

Sergio y Meles parecían encantados con que su hermano hablase por ellos, Su pasividad era propia de aquellos acostumbrados a obedecer. Sin embargo, a medida que Turbo continuaba hablando, Lucano comprendió que aquellos hombres poseían una tosca fortaleza y orgullo defensivo. Empezó a sentir simpatía por ellos. Turbo añadió:

—Es nuestro padre Flegón, quien está enfermo. Ha permanecido en su lecho casi durante un mes y hemos hecho venir a los mejores médicos. Pero —y se detuvo un momento—, les echa, declarando que son tontos o sinvergüenzas.

Lucano miró el jardín a su alrededor con admiración y al ver su mirada, los tres hermanos cruzaron miradas y tímidas sonrisas que aparecieron en sus rostros un tanto doloridos.

—Puede apreciarse que no se ha escatimado nada. ¿Cuáles son los síntomas de la enfermedad de vuestro padre?

Los hermanos más jóvenes miraron a Turbo que dijo:

—Declara que está muy débil; mi padre ha sido siempre un hombre que ha dicho la verdad y no ha exagerado. Se queja de todas partes. Su espina dorsal está rígida. No hay ninguna noche, nos jura, que duerma sin dolor, y no puede comer.

Los síntomas sugerían artritis, aventuró Lucano. Pero Turbo movió negativamente la cabeza.

—No. Todos los médicos nos han dicho que no es artritis, no tiene hinchazón, deformidad en las articulaciones, ni tampoco rigidez —sus pequeños ojos se achicaron a causa del abatimiento—. No se puede creer a los esclavos y hay cinco en esta casa. Les he interrogado rígidamente. Juran que mi padre come como un joven, con un gusto secreto. No come en su presencia, tienen que retirarse. Dice que da los alimentos a su gran perro que nunca le abandona y que él tan sólo bebe un poco de vino. ¿Hemos de creer a nuestro honrado padre o hemos de creer las palabras de los esclavos?

Lucano se mantuvo silencioso pero inclinó la cabeza con tacto, Luego preguntó la edad de Flegón y le dijeron que tenía setenta y tres años.

—Una buena edad —comentó—, hemos de recordar que los viejos son con frecuencia un poco raros.

Turbo se sintió ofendido.

—La mente de mi padre es tan vigorosa como la de un joven, Lucano, y tan vital como la de un árbol recién plantado. Hasta hace un mes andaba como un hombre en su edad madura, su voz podía ser oída en todas partes y su mano era pesada.

Miró de reojo a sus hermanos.

—Y ahora —dijo, Lucano—, su carne se ha marchitado repentinamente; no puede andar sin ayuda, su color se ha tomado ceniciento y su voz es trémula y débil.

Turbo se rascó una oreja y miró hacia sus pies y los hermanos le imitaron con tanta exactitud que Lucano tuvo que luchar por evitar una sonrisa. En el silencio que siguió podía oír el cántico de las fuentes. Finalmente Turbo, sin mirarle directamente dijo:

—No, no es así. Su color es excelente. Su voz más fuerte que nunca y su carne tiene buen aspecto. Pero ocurre que se queja y asegura que sufre agónicamente. Siempre ha sido un hombre dominador y…

— ¿Y? —dijo Lucano, cuando se detuvo.

—Aún es dominante, lo cual nos anima —la tosca voz había cambiado, excitándose—, permanece en su cama, no pasea, y su humor...

Lucano esperó, pero Turbo no se sentía inclinado a discutir el humor de su padre.

—Tememos de que esté a punto de morir, hemos consultado a los sacerdotes en nuestra desesperación. Él llama a los sacerdotes imbéciles y a nosotros tontos supersticiosos.

El retrato de un imponente e irascible anciano estaba empezando a emerger en la mente de Lucano. Se sintió curioso por ver al paciente y así lo manifestó. Turbo hizo un gesto con su dedo y llamó al esclavo que estaba en la puerta.

—Deseo ver a vuestro padre solo —dijo Lucano.

El esclavo le condujo al interior de la casa que era tan exquisitamente bella en el interior como en el exterior, y había sido construida, proyectada y amueblada por un maestro. De nuevo allí existía el lujo y la belleza en pequeña escala. Lucano pensó que habría sido la villa favorita de algún caballero romano o pompeyano. Recordó la grosería de los tres hermanos y se dijo que su madre posiblemente había sido una mujer de origen bajo, casada con un caballero de Atenas. El médico movió la cabeza y miró las pequeñas habitaciones llenas

de luz, los murales en las paredes, la blancura de los techos, el excelente mármol de las columnas, los colores del suelo, el mobiliario de buena calidad.

Fue conducido a un dormitorio inundado por la luz del sol. El suelo pulido cubierto con alfombras persas y lleno de flores. Un anciano corpulento yacía en una cama de marfil tallado, con incrustaciones de oro, y hojas y flores esmaltadas. Junto a él había una mesa de patas de marfil sobre la que descansaba un recipiente de plata lleno de frutas. Pepitas de aceitunas, huesos de ciruelas y corazones de manzanas cubrían una alfombra que un César hubiese admirado. Un gran perro marrón muy feo y feroz se levantó gruñendo cuando Lucano entró y el anciano se sentó repentinamente sobre su cama y miró al médico.

— ¿Quién eres tú? —preguntó con tono furioso.

Lucano vio inmediatamente que no era un hombre ateniense culto, ni rico, ni aristocrático. Cuanto había en los rostros de los hijos aparecía en el rostro del barbudo padre y más. Sin embargo, el anciano parecía poseer gran vitalidad; sus hombros y músculos del pecho, sus tensos brazos eran propios de un trabajador fuerte que no hubiese conocido otra cosa que el más arduo trabajo durante toda su vida y no hubiese sufrido a causa de él.

Lucano se acercó a la cama, se sentó sobre una silla, colocando su cartera junto a él. Sonrió ante los impetuosos ojos, más brillantes que los ojos de sus hijos y sin que nada velase su viveza, ni mostrase su edad.

—Soy tú médico —dijo con calma—, llamado por tus hijos.

— ¡Otro! —Rugió el anciano emitiendo obscenidades—, ¿no habrán terminado aún de gastar mi dinero? ¡Lárgate, sinvergüenza!

Lucano posó las manos sobre las rodillas con flacidez. Si el anciano estaba enfermo no daba señales de ello. Tampoco se podía creer que tuviese alguna enfermedad mental, porque no se mostraba incertidumbre, violencia incontrolable ni agudeza en su voz. Tenía un temperamento fiero, pero su boca denotaba un espíritu calculador. Una fuerza animal en su bulbosa nariz y boca, un temperamento profundamente suspicaz que delataba al campesino iletrado.

—Debes tener consideración de la ansiedad que padecen tus hijos —dijo Lucano—, por eso estoy aquí. Si no puedo ayudarte no exigiré ninguna clase de pago.

Las blancas cejas de Flegón feroces y despectivas se elevaron sobre sus ojos.

— ¡Ja! —exclamó, y volvió a echarse sobre sus bordados almohadones

Alargó la mano para coger una manzana, luego la mordió con los dientes más blancos y fuertes que Lucano había visto nunca. Flegón masticó salvajemente, después arrojó la manzana lejos. El perro olfateó a Lucano y empezó a dar vuelta a su alrededor, como un lobo que esperase el momento de atacar.

— ¡Mis hijos! —Exclamó Flegón con voz rugiente, llena de vida y disgusto—, sólo esperan que me muera para poder apoderarse de mi dinero; déjame que te diga, médico suave, blanco y mentiroso —y al decir esto agitó un gran dedo moreno hacia la inconmovible faz de Lucano—, que no conseguirás que te pague nada.

El perro estaba empezando a poner nervioso a Lucano, por lo tanto, frunció el ceño y murmuró una palabra. El animal quedó quieto como una piedra. Lucano murmuró otra vez y el perro repentinamente cayó sobre su vientre y permaneció allí, con la pasiva cabeza entre las patas delanteras y los ojos cerrados. Al ver esto, Flegón dijo:

— ¡Un mago..., un hacedor de encantamientos! Has venido a envenenarme.

—No soy mago —respondió Lucano—, tan sólo se trata de algo que mi primer maestro me enseñó, el cual también era médico. Creí que había visto alarma genuina en tus hijos, sin embargo hablas de que esperan que mueras y casi les has acusado de que me hayan pedido que te envenene.

El anciano permaneció sobre sus almohadones, jadeó y luego miró a su perro. Se sentía aterrorizado.

—Libérale de tu encantamiento —pidió—, y entonces te hablaré.

—Ciertamente —dijo Lucano—, pero me distrae el tenerle rondando junto a mí y gruñendo amenazas. Llámale junto a tu cama y mándale que se eche cerca de ti y permanezca alejado de mí.

Sacudió sus dedos y el perro saltó sobre sus patas volviendo de nuevo a gruñir y acercándose a Lucano.

Flegón le llamó con su voz viciosa y las orejas del perro se agacharon, se acercó hasta él, se colocó junto al lecho y se echó a su lado. Su dueño miró a Lucano con un cauteloso respeto y un continuo temor.

—Te hablaré —dijo—, pero no servirá de nada. Es muy posible que me estén envenenando lentamente por mandato de mis hijos. Les dije esto a los otros médicos, cuyos sueldos hubiesen permitido comprar un valioso esclavo. Pero no me quisieron creer. Te lo digo de nuevo a ti. Mis hijos están esperando que muera y planean mi muerte.

—No tienes más que ordenarles que no entren en tu casa —dijo Lucano.

— ¡Ja!, han sobornado a mis esclavos.

Algo sutil se reflejó sobre su rostro, como un astuto secreto. Se sentía, sin embargo, deseoso de hablar a causa de su ira y porque Lucano permanecía muy atento. El vigor llenó de nuevo a Flemón.

—Déjame que te cuente acerca de mis hijos, mis preciosos hijos. Turbo para empezar es un ladrón. Nació ladrón, ha vivido como ladrón y morirá como ladrón.

Alargó la mano para coger un racimo de uvas y empezó a comerlas con placer, escupiendo las pepitas. No había ofrecido a Lucano ni vino ni frutas. Cerró los ojos disfrutando de lo que estaba comiendo y haciendo chasquear sus labios. Luego dijo con voz profunda y complacida:

—De mis propias viñas, lo mejor que produce el sol. —Abrió los ojos y miró a Lucano.

—Turbo me robó de mis mismos cofres, en esta casa, un ópalo de gran valor, por el que yo había pagado una fortuna; lo usa descaradamente, como malvado que es, en el dedo de su mano derecha y puedes verlo allí. Sergio, mi hijo segundo, tiene la inteligencia de un carnero y el alma del mismo animal. Sin embargo, es el más vil de los conspiradores contra mí y un mentiroso incurable. En cuanto a Meles, es pródigo con mi dinero. Gasta todas las noches en los burdeles más caros de Atenas y prodiga mi fortuna con mujeres infames.

Lucano recordó los rostros de sus hijos. Torció un poco los labios y preguntó:

— ¿Están tus hijos casados, Flegón?

El anciano empezó a lanzar las más blasfemas obscenidades.

—Si. Y con mujeres más despreciables que ellos, que juntan su villanía bajo rostros lechosos y palabras suaves. Ninguna de ellas ha traído dote de sus padres, les he prohibido venir a mi casa y también a mis hijos.

Adoptó una expresión de agonía y de indefensa ancianidad abandonada en la soledad, traicionada y descuidada. Una lágrima se deslizó por sus mejillas.

—Sin embargo —dijo Lucano—, les has dado casa propia, según creo.

Flegón volvió a ponerse belicoso.

— ¿Te han dicho ellos esto?

—No. Lo he deducido, simplemente. Hubiese sido el acto propio de un padre cariñoso.

Flegón suspiró profundamente y permitió que lucano viese la lágrima que había apartado de sus ojos con la punta de su dedo.

—Sí —dijo.

—Y también les has dado mucho de tu dinero libremente.

—Sí. Veo, mi joven médico, que eres un hombre comprensivo. —Volvió a agitarse—. A pesar de todo lo que hice por ellos, de cuanto les he dado, no me han devuelto otra cosa sino odio, robos, conspiraciones, mentiras y engaños. Estoy aquí, abandonado para morir, temiendo por mi vida, sin otra compañía que la de los esclavos.

Su excitación creció. Lucano volvió a pellizcarse los labios. Veía un cálculo deliberado en aquella excitación. Lucano alargó su mano hacia su cartera y extrajo un tubo de pastillas blancas y luego llenó una copa de vino.

—No —dijo Flegón hundiéndose en sus almohadones con un gesto exagerado de rechazo—, no puedo confiar en ti.

—Muy bien —dijo Lucano y dejó a un lado la copa y la pastilla—, no necesitas tomarlo. Tan sólo intenté aliviar los dolores de los que me hablaron tus hijos.

Después de un momento devolvió la pastilla a su tubo. Flegón pareció reflexionar.

— ¿Qué me haría esa medicina?

—Te lo he dicho: aliviar tus dolores.

Flegón se mojó los labios con la punta de la lengua.

—Dámela —dijo rudamente.

Con una ligera sonrisa Lucano obedeció. El anciano bebió el vino ansiosamente.

—Bien —dijo Lucano—, debes ahora decirme que te duele y yo debo examinarte.

Con una nueva y sorprendente docilidad, e incluso con deseos, Flegón respondió a las preguntas y se dejó examinar por Lucano que lo hizo cuidadosa y exhaustivamente. Era lo que sospechaba. Flegón poseía una salud poderosa y excelente; tenía un cuerpo y una constitución física de un hombre de por lo menos veinte años más joven. Sus músculos parecían de acero, sus articulaciones espléndidas. Lucano comprendió. Se sentó y miró gravemente a Flegón.

—Tu caso no puede ser tratado con delicadeza —dijo con seriedad.

Por un momento Flegón se sintió halagado. Luego preguntó con acento temeroso:

— ¿No será fatal?

Y el vigoroso color de sus mejillas palideció.

Lucano movió la cabeza con gesto negativo, pero mantuvo su gravedad.

—No es fatal. Sin embargo, tu caso debe ser estudiado profundamente.

Flegón se sintió de nuevo halagado.

—Eres el único médico inteligente que me ha visitado. ¡Lo juro por Mitra! Todos los demás se atrevieron a decir que mi salud era perfecta y que estaba tan sano como una manzana. ¡Los mentirosos! ¡Los muy ignorantes!

—Tan sólo pensaron en sus honorarios —dijo Lucano con simpatía.

—Sí, sí —colocó la mano sobre el pecho y puso los ojos en blanco.

—El dolor ha desaparecido de mi corazón. Está tranquilizándose y no me palpita. No puedo dormir en toda la noche a causa de las palpitaciones que siento en mi garganta y sienes.

Lucano no dudaba de que el anciano ciertamente sufriese aquellas cosas.

Su pulso era demasiado fuerte, demasiado rápido, la presión excesivamente alta a pesar de los buenos síntomas de su corazón. Lucano se levantó y dijo:

—Deseo consultar con tus hijos.

Flegón le miró con astucia.

— ¿Y qué les vas a decir?

—Que tu... tu enfermedad... merece toda clase de consideraciones y que debe ser tratada al instante.

Flegón se agitó, volvió de nuevo a sentarse sobre los cojines.

— ¡Que sufran sus corazones, que no puedan dormir sabiendo lo que me han hecho a causa de su avaricia y odio! ¡Que teman la ira de los dioses que han mandado a los hombres honrar a sus padres!

Lucano dejó el dormitorio y atravesó lentamente la casa que tenía a sus ojos cada vez más el aspecto de una preciosa joya. Salió al jardín. Los tres hijos se levantaron del banco en el que estaban sentados y se acercaron a él al instante agitados.

— ¿Qué es lo que tiene mi padre? —preguntó Turbo mientras su ronca voz temblaba.

Lucano contempló a los tres. Miró a la mano derecha de Turbo y vio un ópalo maravilloso en el anillo del dedo meñique. Brillaba con reflejos rosas, azules y dorados. Miró a Sergio, y vio que su saludable y preocupado rostro, tenía una expresión ingenua. Miró a Meles, que parecía menos aficionado a visitar burdeles que el perro de Flegón. Lucano frunció el ceño. Después pareció volver en sí y dijo con cierta sorpresa:

—Debes perdonarme, pero soy un gran admirador de ópalos y me he dado cuenta, Turbo, de ese tan bello que llevas en la mano.

Turbo se sintió por un momento sorprendido; era evidente que su pesada mente no se movía con gran agilidad. Luego sus ojos pequeños brillaron con orgullo y alzó la mano para que Lucano examinase la joya.

—Es muy vieja y tiene una gran tradición —dijo—, mi esposa es descendiente de una familia en la que ha habido muchos y prestigiosos eruditos. Sus antecesores recibieron el cariño del propio Pericles —luego suspiró—, yo no soy un hombre educado. Apenas si puedo leer. Honro este anillo con todo mi corazón y se lo daré a mi hijo cuando muera. No deseaba aceptarlo de mi esposa pero nos amamos tiernamente y ella lo colocó a la fuerza en mi dedo.

Sergio habló por primera vez. Su voz ronca testificaba que era hombre de pocas palabras. Dijo afectuosamente a Turbo.

—Fue en el décimo aniversario de vuestra boda cuando tu esposa te dio este anillo, hermano mío. Lo llevas con honra, aunque no eres un erudito, pero tu hijo honrará tu nombre. —Turbo suspiró.

—Sin embargo, mi padre lo desea. A menudo me pregunto si no seré un hijo desobediente por no regalárselo.

—Es tuyo y de tu hijo —dijo Meles hablando también por primera vez—, herirías a tu esposa si se lo dieses a mi padre. Hay que tener en cuenta las mujeres.

Lucano se sentó entonces en el banco, sumido en profundos pensamientos. Turbo, de pronto, se ruborizó profundamente. Dio unas palmadas.

—Debes perdonarme, Lucano —dijo—, debiera haber ordenado que te trajesen vino pero tan sólo pensaba en mi padre.

Un esclavo apareció y la orden de que trajesen vino fue dada.

—Mi padre se sentirá enfadado —dijo Meles—, has elegido los vinos más escogidos.

Turbo contestó con mucha dignidad.

—Su bodega puede ser pequeña, pero no lo hay mejor en Atenas y yo la mantengo bien provista. Puede dispensar un poco para Lucano. Pero no me has dicho, Lucano, qué terrible enfermedad aflige a mi padre.

Lucano respondió:

—Se sabe que la enfermedad de un hombre no puede separarse de cuanto es y de lo que le rodea. Debo primero hacerte unas cuantas preguntas y deseo que me contestes con sinceridad.

—Pregunta —dijeron los hermanos a coro, y ante sus expresiones no le quedó duda de que la ansiedad de sus rostros era genuina y su afecto por su padre profundo y sincero. Su rostro se ensombreció un tanto.

Un esclavo trajo una bandeja de plata con cuatro copas y Turbo sirvió el vino y ansiosamente miró para ver si Lucano lo aprobaba. Era delicioso y Lucano expresó su placer con sinceridad. Los tres hermanos permanecieron a su alrededor y bebieron con un gesto que para ellos aparentemente, era el más aristocrático, y con afectación contenida.

—Vuestro padre —dijo Lucano después de una serie de sinceras felicitaciones— debe haber heredado muchas riquezas —e indicó el jardín de la casa.

Los hermanos se miraron uno a otro y vacilaron. Luego Turbo alzó la cabeza.

—Hay algunos que desprecian a la gente humilde —murmuró—, es su privilegio, aunque están equivocados. Nosotros somos gente humilde, pero nos ha ido bien y hemos hecho fortuna. Mi padre era muy pobre, aunque libre. Tenía una pequeña granja seca y de suelo infecundo. Mis hermanos y yo no podemos recordar ninguna época en nuestra niñez y temprana juventud en la que nuestros estómagos estuviesen satisfechos, aunque todos trabajábamos con nuestro padre. Nuestra madre murió cuando éramos niños.

Turbo se ruborizó y tosió.

—Nos has pedido que seamos sinceros. Mis hermanos y yo regalamos esta casa a nuestro padre hace cinco años. Nunca había vivido en una casa que fuese humilde y llena de pobreza. Contratamos al mejor de los arquitectos. Deseábamos honrar a nuestro padre en su ancianidad; recordando sus anteriores sufrimientos, las goteras de los techos de su casa y el suelo sucio. Deseábamos darle los deleites y lujos que se merecía.

—No había nada bastante bueno para él —continuó Meles, mientras sus rostros sencillos se animaban—. Enviamos a buscar tesoros de todas las partes de la tierra para colocar en esta casa. Nunca en su vida había poseído la dignidad e independencia de una casa que no estuviese llena de niños y animales. Tan solo tenía que mencionar lo que deseaba y se lo dábamos al instante, porque es nuestro padre y ha sufrido mucho.

—Los muebles —dijo Sergio—, me costaron a mí la renta de dos años. Me sentía orgulloso de dar a mi padre este placer.

—Comprendo —dijo Lucano con compasión—. ¿No hubiese vuestro padre vivido con uno de vosotros?
—No. Es un hombre orgulloso y no le gustan los niños y nosotros tenemos muchos. Deseaba tener un hogar propio.
Turbo sonrió con comprensión.
— ¿Y vosotros habéis hecho fortuna? —Lucano se sentía intensamente interesado.
—Sí, honradamente —respondió Turbo con rapidez—, los dioses han sido buenos para con nosotros. Sacrificamos en su honor con regularidad. La cosa ocurrió de esta manera: Cuando yo era joven trabajaba en la granja, sabía que nos amenazaba el peligro constante del hambre e incluso de la desesperación. Sentía gran admiración por las buenas porcelanas que había visto en las tiendas. Por lo tanto me coloqué de aprendiz con un alfarero que es famoso por los hermosos jarros, estatuillas, platos, camafeos azules, rojos y amarillos. Después de algunos años expresó su afecto por mí declarando que yo tenía mano segura y un sentimiento artístico natural por la belleza —miró desafiadoramente a Lucano—. ¿No crees esto?
Lucano alargó la mano y tomó la de Turbo y examinó delicadamente sus dedos.
Aunque estaban curtidos por interminables años de trabajo los dedos tenían la forma de espátula de un verdadero artista.
—Sí —dijo con reverencia—, te creo.
—Gracias —respondió Turbo con una humildad que era en sí misma un orgullo inocente—, estaban además mis hermanos. Convencí al alfarero para que los emplease. Sergio reveló una sorprendente habilidad para producir invariablemente formas perfectas con casi ninguna pérdida. Incluso ahora maneja el torno, porque no lo confía a nadie más. Y Meles inventó un tipo de vidriado que es nuestro secreto. El alfarero, que no tenía hijos, nos legó su fábrica. Todos nuestros productos son buscados por todo el mundo, incluso en la propia Roma. Tenemos una flota de barcos propios y empleamos a mucha gente y esclavos; si pudiésemos producir el doble venderíamos cuantos jarrones, platos y objetos de arte hacemos, pero esto significaría sacrificar nuestras mejores cosas. Preferimos mantener nuestra fábrica tan pequeña como es posible, a fin de que ninguno de nuestros productos salga sin nuestra inspección personal porque todos llevan nuestros nombres y nadie, en ningún sitio, debe sentirse desilusionado.
Pareció elevarse con estas palabras.
—El palacio de César está lleno de nuestras obras y los jarros tienen el precio de joyas e incluso los grandes patricios de Roma compran nuestras urnas funerales.
—Desgraciadamente —dijo Meles con tristeza—, nuestro padre desprecia nuestro trabajo y no permite que ni siquiera el busto de un dios aparezca en su casa si es hecho por nosotros; pero los egipcios declaran que sólo sus antiguos artistas pueden ser comparados con nosotros —dijo Sergio con sus pequeños ojos llenos de luz—, nos han enviado preciosos objetos que hemos copiado para ellos. Nuestras pequeñas figuras de Apis y cabezas de Isis son las más espléndidas que hay en sus templos. Pero es Turbo quien las proyecta, quien dibuja el pergamino para que yo lo copie y Meles lo cristalice.
—Sin la cristalización y tu maestría en comprender lo que dibujo, yo no tendría ningún valor —dijo Turbo.
Luego suspiró.
—Nuestro padre nos considera tontos carentes de valor —dijo—, aunque las grandes señoras en Roma, Egipto y Atenas usen nuestros pequeños medallones alrededor de sus cuellos, colgando de enjoyadas cadenas, y los hacen insertar en brazaletes valiosísimos. Cierto senador famoso, compra nuestros jarrones y jura que los prefiere a las más bellas esclavas. Debes perdonarme si parece que alardeo, Lucano.
Lucano mantuvo silencio.
—Quizá —dijo Turbo tímidamente— me permitieras enviarte un regalo de alguno de nuestros jarrones.
El joven griego se sintió emocionado.
—Me sentiré agradecido —dijo. Luego alzó la cabeza.
—Debo haceros una pregunta difícil y os ruego que me contestéis.
— ¿Por qué amáis a vuestro padre?
Le miraron boquiabiertos, con un asombro sincero, durante algunos momentos. Luego Turbo manifestó:
— ¿Por qué amamos a nuestro padre? ¡Qué pregunta más extraña! ¿No nos dio la vida e hizo posible que nosotros tengamos lo que tenemos, nuestras agradables esposas y nuestros encantadores niños? ¿No está ordenado que el hombre ame a sus padres?
Lucano recordó el mandamiento de los judíos: «Honra a tu padre y a tu madre...» Y sin embargo, había padres que no merecían ningún honor. Turbo habló de nuevo, con más calor.
— ¿No ha sufrido mi padre mucho también? Es poco que podamos aligerar y hacer más brillante su ancianidad, porque nunca pudo satisfacer su estómago cuando éramos jóvenes y nunca usó otra cosa sino harapos.
Lucano pensó cuan extraño e inocente era el amor, y como puede ser explotado por la grosería. Se levantó.
—Debo cambiar unas palabras con vuestro padre otra vez. Le he dado una medicina pero puedo decir esto: Cuando haya hablado con él y le haya aconsejado, su salud quedará restaurada para muchos años, porque es hombre fuerte.
Invocaron gozosas bendiciones tras él cuando dejó el jardín. Se dirigió al dormitorio de Flegón. El anciano estaba considerablemente abatido y permanecía echado y tranquilo sobre los almohadones. Cuando vio a Lucano apenas si levantó la cabeza y dirigió al médico una sonrisa casi agradable.
—Ha desaparecido el dolor —dijo. Después su rostro cambió, apareciendo de nuevo cerrado y reservado.

— ¿Has hablado con mis hijos?
Lucano se sentó con gesto deliberado, tomó todo este tiempo, mantuvo sus brillantes ojos azules fijos en Flegón. Después de unos pocos segundos el rostro de Flegón se oscureció y endureció.
—Te han mentido —dijo con cierta vacilación en su fuerte voz.
—No lo creo —respondió Lucano—, he sido médico durante muchos años y los médicos adquieren un sexto sentido que les permite detectar mentiras.
Y sus ojos brillaron con dureza y profundo significado. Sin embargo, también sentía compasión por Flegón, porque comprendía que envidiaba a sus hijos, se dolía de sus éxitos, posición y fama, porque él había sido sólo un pobre e ignorante campesino. Sin embargo, era evidente que sabía que sus hijos le amaban y por lo tanto les atormentaba.
—Vete —dijo Flegón abruptamente, y volvió la cabeza contra las almohadas, mientras sus poderosos hombros se estremecían—. Soy un hombre viejo y débil, abandonado, engañado, solitario. Déjame con mis dioses, porque por lo menos son ellos los únicos consoladores del hombre.
—Cierto —dijo Lucano—, pero dudo de que creas en los dioses. Antes de marcharme de esta casa voy a dar a tus hijos unos cuantos consejos sanos. Voy a decirles lo que tú realmente eres y lo que piensas de ellos. Vaya sugerirles que te devuelvan a tu pequeña granja y nunca más te visiten, porque creo que lo mejor para ellos es que tengan paz mental. Hay veces cuando los hijos abandonan a los padres por amor a sí mismos.
Flegón dio media vuelta sobre sus cojines, sus dientes aparecieron brillantes por entre sus labios, y sus ojos brillaron con el más salvaje odio y temor.
—Me vas a destruir —gritó, y maldijo a Lucano con un lenguaje tan vivo que Lucano se sintió admirado ante tanta imaginación. Esperó pacientemente hasta que Flegón quedó exhausto y rompió a llorar con lágrimas sinceras. Luego dijo amablemente:
—No haré lo que he dicho. No desilusionaré a tus hijos acerca de ti, si me obedeces al instante y continúas obedeciéndome.
—Maldito seas —gruñó Flegón—, que los cuervos desgarren tu hígado.
Se detuvo cuando Lucano aparentó no sentirse impresionado sino un poco aburrido. Luego gimoteó:
—Dime lo que debo hacer. Pero, buen médico, ten compasión de un hombre viejo. ¿Me enviarás a aquel maldito trozo de tierra que está lleno de piedras y espinas para terminar mis días de nuevo en la miseria?
—Sin duda lo haré —dijo Lucano—, a menos que me obedezcas. Lo primero que has de hacer es salir de esa cama inmediatamente. Vestirte con tu mejor vestido y colgar un collar alrededor de tu cuello. Luego irás al jardín conmigo y saludarás a tus hijos como un padre amante, abrazándoles y después me jurarás con juramento secreto, que nunca volverás a mentir a tus hijos, ni calumniarlos con falsedades, ni pretender que estás enfermo a fin de desgarrar sus corazones —se detuvo y añadió severamente—: El juramento que voy a pedir de ti es muy misterioso, porque aunque no creas en los dioses hay magia en el juramento y si le violas una monstruosa aflicción caerá sobre ti.
Flegón le miró poseído por completo de terror y Lucano sonrió para sí, aunque mantuvo sus labios firmes para evitar una carcajada.
Flegón echó a un lado las mantas y colchas que le cubrían y se puso de pie, pálido y tembloroso, desnudo y grande como un anciano Hércules; sus morenos músculos tersos como seda. Con manos temblorosas se vistió una túnica larga de excelente lienzo, ajustó un cinturón de oro alrededor de su delgada cintura, se colocó brazaletes de oro en los brazos y colgó un collar alrededor de su cuello. Luego se peinó los largos y grises rizos de su barba. Estaba magnífico.
Lucano le hizo jurar con una fórmula que inventó en el momento, invocando a los dioses para que escuchasen, mientras Flegón permaneció de rodillas ante él. Lucano, finalmente, salpicó al anciano con unas gotas de vino, y le amonestó severamente otra vez. Hubiese ayudado al anciano a levantarse, pero Flegón saltó sobre sus pies como una flecha y colocó sus grandes puños sobre su pecho.
— ¿Acaso soy un debilucho? —rugió—. Soy lo bastante viejo para ser tu abuelo, tú, sutil médico, pero podría romperte la espalda con mis propias manos.
—Lo creo —dijo Lucano—, ten cuidado, pues a partir de ahora, de no romper el corazón de tus hijos porque el desastre caerá sobre ti inmediatamente.
Dio el frasco que contenía las pastillas blancas a Flegón.
—Estas te calmarán durante algunas noches, en el transcurso de las cuales —dijo Lucano virtuosamente— podrás reflexionar sobre tus pecados con serenidad.
Flegón atravesó la casa a grandes zancadas seguido por Lucano. El anciano se detenía aquí y allá para llamar la atención del médico con orgullo, sobre algunos objetos valiosísimos que Lucano admiraba debidamente.
—Observarás —dijo Flegón hinchando el pecho— que mis hijos no pueden ser despreciados.
Su rostro brilló y se sintió repentinamente libre de la envidia y resentimiento, Y Lucano pensó qué felices pueden ser los hombres cuando se liberan de los malos pensó instintos, el odio y la malicia.
Entraron en el jardín y los hijos quedaron asombrados y sobrecogidos al ver a su vigoroso padre corriendo hacia ellos; sus ojos se llenaron de lágrimas y fueron incapaces de hablar. Cayeron a sus pies humildemente y él les levantó con grandes gestos, como si les perdonase, pero en realidad era él quien se perdonaba sí mismo y Lucano lo comprendió así. Abrazó a cada uno de ellos, uno tras otro, revelando en sus brazos quién perdonaba a quién.

— ¡Qué clase de médico éste! —Exclamó Flegón con sus brazos rodeando a sus hijos—, ¿qué don podemos darle por haberme restituido la salud inmediatamente?

Antes de que Turbo pudiese contestar, Lucano con rostro frío dijo:

—Es una bendición cuando aquél que ha sido curado por su médico le da un don él mismo. Flegón, guiñando los ojos alegremente reflexionó. Pero era aún un campesino, con la cerrazón de un campesino. Luego, como si llamase a todos a que presenciasen un acto de supremo sacrificio, soltó un brazalete del brazo, profusamente incrustado de gemas y lo echó a las manos de Lucano. Sus ojos quedaron cegados por las lágrimas.

—Que los dioses te bendigan —dijo con voz ronca y gran sinceridad.

Soy lo bastante viejo para

CAPÍTULO XXXIV

LUCANO fue devuelto a su casa en la litera de Turbo y descubrió que estaba contento y sonriente. Se preguntaba cuántos de sus enfermos, pacientes permanecerían en su hogar esperando sus cuidados. Ramus habría trabajado bien; sentía una tierna compasión, poseía manos hábiles y era amado a pesar de su color, que los griegos despreciaban. Lucano pensó en los griegos modernos. Vivían de las glorias pasadas de su país y las exaltaban, aunque careciesen grandes hombres de importancia. ¿A qué obedecía aquello? El poeta Esquilo había escrito: «El oro nunca es fortaleza. Ninguna defensa existe para aquellos que desprecian el gran altar de la justicia de Dios.»

Se sintió sorprendido cuando despidió la litera al percibir el silencio que reinaba alrededor de su casa. La puerta del jardín estaba abierta, crujiendo a causa de un seco viento rápido, y su sonido resonaba como un eco con incomprensible desolación cerca de la casa. El jardín estaba vacío y no había pacientes esperando. El lugar aparecía lleno de un silencio extraño, ausente. De pronto Lucano sintió que su corazón palpitaba rápidamente y entró corriendo en el jardín llamando a Ramus. Luego vio que algún mal había destrozado su pequeño y hermoso jardín. La diminuta estatua de Eros, que había adornado graciosamente el pequeño estanque lleno de lirios, había sido derribada sobre el agua y aplastada. Los setos de flores habían sido brutalmente pisoteados; las ramas de los árboles frutales habían sido arrancadas y la fruta aplastada. Las matas del jardín habían sido golpeadas y rotas y vio grandes señales negras sobre las paredes de su casa, como si el fuego las hubiese prendido y se hubiese apagado pronto. Entró corriendo en la casa, mientras en su cabeza rugía un ruido interior. Allí también estada todo destruido; su escaso mobiliario, las sillas, mesa, su cama y la de Ramus estaban tiradas y rotas. Los cuadros que él mismo había pintado, y que colgaban de las blancas paredes, habían sido arrancados y pisoteados, la madera destrozada, sus jarrones y botes vaciados, la habitación donde guardaba los instrumentos quirúrgicos mayores abierta, y en ella no quedaba ningún instrumento; sus cuidados frascos rotos, sus paquetes de hierbas abiertos y éstas esparcidas, Todo aparecía abandonado y desolado.

Asombrado, Lucano se llevó las manos a la cabeza y permaneció quieto y atontado. Miró a su alrededor con incredulidad, parpadeando. ¿Por qué aquel destrozo? Y, ¿dónde estaba Ramus, su amigo, su ayudante? Empezó a andar por la casa gritando, mientras sus piernas vacilaban bajo él. Tenía una idea confusa de que los doctores de Atenas que durante hacía mucho tiempo le envidiaban y despreciaban. Habían hecho aquello, pero sus pensamientos estaban dispersos a causa de un enfurecido desespero. Ramus no estaba en la casa. De nuevo salió de prisa al jardín, luego fue hasta las paredes; todo estaba destrozado. Fue allí amontonado y sangrante, donde finalmente encontró a Ramus en estado inconsciente. Se arrodilló junto a Ramus llorando en alta voz porque vio que no sólo había sido golpeado salvajemente sino que, con algún instrumento afilado le habían dado un tajo en la parte alta de su rostro y que la sangre brotaba de sus ojos destrozados. Carente de visión y ensangrentados se volvieron hacia el iluminado cielo.

De momento Lucano creyó que estaba muriendo. Le alzó contra su pecho y con urgencia le examinó y le tomó el pulso. Palpitaba débil y vacilante, pero Ramus estaba vivo. Lucano, con la cabeza dándole vueltas como en una pesadilla, alzó suavemente a su amigo, y le metió suavemente en la casa, tomó su cartera de médico y volvió con ella. Administró algunos estimulantes a Ramus y colocó una botella que contenía un líquido de olor fuerte cerca de su nariz, e introdujo un estimulante por entre sus rotos labios. Trabajó fervientemente, sin pensar en otra cosa que salvar a su amigo. Una y otra vez, murmuraba para sí mismo:

«Esto es un sueño, esto no ha ocurrido; nadie puede haber injuriado así a un alma tan amable, nadie ha podido hacer esto en mi casa.»

No percibió el sonido de pasos que se acercaban. Y se enderezó violentamente cuando una voz tosca y aterrorizada habló tras él.

—Señor, huí cuando hicieron esto... Tuve miedo... Estaban tan furiosos... Perdón amo, ¡eh! ¿Qué han hecho a este pobre hombre...?

Lucano miró hacia arriba y sus ojos azules y dilatados brillaban enfurecidos. Vio que su visitante era un pobre campesino a cuya esposa había curado con éxito.

— ¡Sitón! —dijo roncamente—. ¿Qué es esto? ¿Quién ha hecho esto?

Sitón se acurrucó junto a él; las lágrimas corrían por su rostro tostado por el sol, pero mientras contestaba, miraba temerosamente a su alrededor.

—Señor, si supiesen que he vuelto a decírtelo me matarían a mí también. Te están buscando... Te hubiesen asesinado. Fue la mujer Gata, quien dijo que Ramus producía el mal de ojo; ello lo había oído hace tiempo en la ciudad; tuvo un aborto y su esposo levantó al pueblo contra ti.

Lucano comprendió entonces, sintiendo que un nudo le atenazaba la garganta. El marido de Gata era un campesino próspero, dueño de muchos viñedos productivos, hombre malvado, embustero y engañador, que siempre se quejaba de que los ricos y poderosos de Atenas le ofendían y no le pagaban el precio justo de sus cosechas de uva. Sin embargo, él era el labrador más rico de cuantos vivían a muchas leguas a la redonda. Era famoso por su avaricia. Él, su esposa y sus hijos vivían en una casa que los cerdos hubiesen despreciado, aunque sus cuentas de oro en los Bancos de la ciudad eran la envidia de abogados, doctores, gobernantes y escribas. Dos semanas antes había acudido a Lucano en compañía de su astuta esposa, para rogarle, pretendiendo una pobreza absoluta e incapacidad de pagar los gastos que el nacimiento de su quinto hijo ocasionaría, para que el médico les atendiese. Creía que viviendo tan lejos del griego éste desconocería su riqueza, pero un paciente había murmurado al oído de Lucano lo que era, y éste había dicho al labrador con frialdad que tendría que pagar una suma modesta, o acudir al médico regular, cuya tarifa sería diez veces mayor que la suya. Marido y mujer habían partido gruñendo y alzando los puños amenazadoramente y llamando a Lucano ladrón y opresor.

—Hoy vino aquí, durante tu ausencia, señor —gimió Sitón volviendo a mirar a su alrededor con temor—; ya sabes que tiene a los campesinos bajo su puño; le deben mucho dinero, porque sólo sus viñedos produjeron buena cosecha el año pasado y las de los demás fueron muy pobres. Parece que esperaba la ocasión de que no estuvieses aquí. Llegó nada más partir tú y declaró a la gente que esperaba tu regreso, que les usabas para realizar experimentos malvados, que eras un brujo, un hombre muy rico que deseabas la muerte de los pobres. Ya sabes que los doctores de Atenas recomiendan el control de los nacimientos entre los pobres de solemnidad. Conoces qué inflamables son los ignorantes y estúpidos, cuán prestos están a creer el mal y la malicie, aunque tú les hayas ayudado durante estos tres años últimos y les hayas curado sus enfermedades. El marido de Gata dijo que había oro en tu casa y que con justicia pertenecía al pueblo...

Sitón miró a Ramus, que empezaba a gemir con agonía. El campesino estornudó, se limpió la nariz y los ojos con el dorso de la mano mientras Lucano se arrodillaba completamente estupefacto.

—Estaba aquí, señor, a causa de mis granos, los que estás haciendo desaparecer. ¿Qué podía hacer yo frente a aquella multitud amenazadora, que pedían tu muerte o tu destierro? Atacaron a Ramus y le dejaron por muerto... Señor, debes abandonar este lugar al instante..., volverán para matarte.

Lucano respiró profundamente.

—Ayúdame a meter a Ramus en la casa y a preparar su cama. He de pensar.

—Señor, debes partir al instante.

—Ayúdame, y cuando tenga a Ramus en la cama corre inmediatamente, si sientes hacia mí algún agradecimiento o gratitud, vete a casa de Turbo, el alfarero, y dile que el médico Lucano le ruega envíe una litera para mi amigo y nos dé cobijo en su casa.

En medio del rugiente tumulto y angustia que sentía, un frío pensamiento se adueñó de su mente. No tenía amigos entre los desgraciados a quienes había socorrido; no mantenía relaciones con los ricos, educados e inteligentes de Atenas. Turbo era su única esperanza. Sitón vaciló. Se levantó y alzó las manos. Luego gimió:

—Señor, si te ayudo, se vengarán de mí.

Lucano se levantó a su vez. Su elevada estatura se alzaba sobre el pobre campesino y sus ojos brillaban con ira y disgusto.

— ¡Te aseguro que si no me ayudas ahora, Sitón, caerá sobre ti un gran mal!

Sitón le miró, medio encogido ante él; vio el terrible brillar del rostro del médico y no dudó ni un solo momento. Sollozando ayudó a Lucano a levantar a Ramus y meterle dentro de la casa. Luego huyó. Lucano se ciñó un afilado puñal al cinturón, crispó los puños y se sintió invadido por el odio. Luego volvió su atención hacia Ramus que permanecía echado sobre la cama. El negro gemía sin parar y temblaba débilmente. Lucano examinó sus ojos y lloró de nuevo. La córnea había quedado desgarrada y sangrante. Las pupilas estaban destrozadas, arruinadas. Ramus, a partir de aquel momento, seria ciego y mudo. El corazón de Lucano quedó sobrecogido y palpitante, pero sus frías manos de médico atendieron los destrozados ojos y los vendaron. Le volvió a dar un estimulante, aunque pensó, sería mejor que muriese, que despertar al conocimiento de que los hombres son animales que sólo merecen la muerte. El rico, privilegiado y poderoso no es más perverso que el oprimido, esclavizado y sin hogar. He sido un niño.

Se sintió desconsolado, vacío y seco como el polvo. El odio rugía en su pecho como un ardiente fuego ansioso de devorar la maldad del hombre y terminar con ella para siempre. Se sentó junto a Ramus y sostuvo la fría mano del negro entre las suyas mientras lloraba sin consuelo. Sara le había escrito con alegría que su nombre era bendecido en todos los puertos y que los pobres le adoraban. Lucano rió amargamente.

La mano de Ramus fue calentándose entre las suyas y los mudos labios se estremecieron bajo los blancos vendajes que cubrían su frente. Lucano se inclinó sobre él y le dijo con voz cariñosa:

— ¿Me oyes, querido amigo?

El negro movió la cabeza con un gesto de respuesta. Sus roncos gemidos continuaron y Lucano se dio cuenta, por primera vez, que Ramus podía emitir algún sonido, aunque sólo fuese un gemido.

—Pronto nos llegará ayuda. Tranquilízate. Nos llevarán a un lugar seguro.

Cogió su cartera y sacó un frasco que contenía jalea de opio. Ramus debía dormir; no debía pensar en lo que le había ocurrido, en lo que la gente había hecho con él. Acercó el frasco a los labios del negro y dijo:

—Bebe un poco.

Se preguntó por qué no le dijo: «Bébelo todo». Pero la preparación que había recibido como médico le aconsejaba, incluso cuando su espíritu estaba sumido en la amargura hasta lo inconcebible, que aunque la muerte fuese misericordiosa no podía administrarla. Ramus se adormeció después de beber, pero Lucano se mantuvo sentado a su lado sosteniendo su mano y por fin el negro se durmió por completo con una débil sonrisa de paz en sus gruesos labios.

A Lucano le pareció que había transcurrido mucho tiempo. ¿Habría tenido miedo el cobarde y débil Sitón para obedecerle? No lo dudaría mucho, pensó Lucano. Son unos perros, animales bovinos, repugnantes chacales por naturaleza. No tendré jamás misericordia con ellos. Me volveré de ellos para siempre. Mi vida ha terminado. Lo que me resta lo daré a mi pobre y querido amigo, seré para él ojos y voz.» Empuñó la daga y deseó usarla como otro puñal había sido usado sobre Ramus.

Un enorme y brillante silencio envolvía la casa. Lucano pasó sus dedos con suavidad sobre los vendajes y murmuró:

—Te he despreciado y odiado, porque Tú afliges a los hombres, no sientes misericordia con ellos y nos dejas en las tinieblas. Pero ahora sé que eres rígidamente justo y que no merecemos más que lo que tenemos e incluso menos que esto. Si has rechazado al hombre es porque no es digno de ser aceptado. Dame sabiduría. Hazme conocer por qué creaste este mundo, porque tú que eres omnisciente y conoces todo lo que este mundo iba a ser, cuán detestable lo has creado. ¿Cómo podrás Tú, Tú que creaste las radiantes constelaciones en medio de la oscuridad, perdonar mis desdenes contra Ti? ¡Ilumíname! ¡Ten misericordia por este buen y querido amigo que te ha estado buscando y llorando por Ti hasta quedar mudo! ¡Ten misericordia, misericordia!

Los dedos que reposaban sobre los vendados ojos empezaron a vibrar misteriosamente. Deseó apartar los dedos de las vendas, pero se sentía paralizado. Sus suaves manos, temblorosas, permanecieron sobre las vendas. Finalmente, después de un momento, pudo retirarlas. Entonces sintió que una extraña debilidad se apoderaba de él y que su cuerpo se estremecía con rara pesadez, como si la sangre estuviese abandonándole.

De pronto, sonó en el jardín una repentina conmoción. Oyó el ruido de pasos apresurados y se puso en pie desenvainando el puñal. La destrozada cortina se abrió y Turbo apareció en la puerta. Estaba emocionado, con el rostro cubierto de lágrimas, y tras el permanecía un grupo de soldados armados. Lucano, al verle, empezó a sollozar. Extendió sus brazos y abrazó al alfarero y Turbo le apretó contra su pecho.

—No te preocupes, querido señor —dijo el alfarero—; estoy aquí para llevarte a mi casa y también a tu criado. Me siento muy honrado.

CAPÍTULO XXXV

El procónsul romano de Atenas era un joven ambicioso y expeditivo. Nunca había sido soldado. Pertenecía a una gran familia romana y había cometido algunas indiscreciones que hicieron necesario, para la familia, usar su dinero e influencia a fin de alejarlo de Roma por algún tiempo. Había estudiado leyes y era muy inteligente.

Lucano, durante toda aquella semana, había usado continuamente el nombre de su padre adoptivo ante el procónsul, reclamando justicia. El procónsul, aunque admirara el aspecto de Lucano, su inteligencia y fortaleza, empezó a considerar al griego un pesado. No había duda de que Lucano era un caballero, y el procónsul, como caballero también, se sentía inclinado a prestarle atención y escuchar con gravedad. Pero el asunto era poco importante. El procónsul apoyó su elegante codo sobre la mesa y miró a Lucano con amabilidad. Tras él, en su oficina, las banderas de Roma colgaban majestuosas, y los soldados hacían guardia sosteniendo las faces coronadas por las águilas imperiales.

—Mi querido Lucano —dijo el procónsul con la más suave de las voces—, comprendo, como te he dicho antes, tu vejación. El rico campesino en cuestión se siente arrepentido. Está dispuesto a pagar las reparaciones de tu casa. ¿Qué más puedes pedir? Está ansioso por conseguir tu perdón y dispuesto a pedirlo en público. Admite que su esposa intentó abortar por su cuenta. Se arrodillará a tus pies. Seamos razonables.

Lucano le miró con toda la poderosa concentración de sus curiosos ojos azules.

—Deseo que sea castigado. Quiero que se le condene a un largo período de prisión. ¿Para qué sirve su penitencia a mi amigo Ramus, que ha quedado ciego? ¿Acaso sus lágrimas le devolverán la vista y curarán sus heridas y descalabros?

—Eres un testarudo —suspiró el procónsul. Y ofreció a Lucano una copa de vino que el griego rechazó con un gesto de desprecio—. Consideremos el asunto, Lucano. Tu criado, un negro, un esclavo...

—Te he dicho mil veces que no es mi esclavo —exclamó Lucano—. Es cierto que fue maliciosamente acusado de algunas necedades y encerrado en la prisión y que yo le compré después. Pero ya te he enseñado los papeles que atestiguan la libertad que le concedí. ¿Cómo puedes pedirme que acepte el arrepentimiento del campesino en su favor? Si hubiese injuriado mi persona puede que hubiese llegado a perdonarle. Pero no tengo derecho a ofrecer semejante perdón en nombre de mi amigo, que no solamente es mudo, sino que ahora ha quedado ciego. ¿Dónde está la justicia romana? —continuó amargamente—. He oído hablar de la ley

romana toda mi vida. M padre adoptivo la reverenciaba: igualdad de justicia para todos los hombres. ¡Qué ironía, qué mentira!
El procónsul volvió a suspirar.
—Tu criado no sólo es negro, sino un bárbaro. El campesino es un ciudadano de Grecia, aunque privadamente yo creo que todos los griegos son unos indeseables. Hablo de los griegos actuales que viven de la reputación de sus grandes hombres antiguos, devorando su gloria como los que quiebran y devoran sus caudales. Permíteme que te lea una regla de Gobierno.
Y cogió un rollo de papel del que leyó:
«Un ciudadano de Roma o un ciudadano de cualquier país bajo la jurisdicción de la Pax Romana, tiene derecho a la dignidad, recurso a la ley y justicia por sus iguales».
—Pero tu bárbaro criado es un hombre de origen poco claro, no es ni siquiera egipcio. Carece de antecedentes. Es un hombre de color, no un hombre blanco. ¿Y me pides que castigue a un rico ciudadano de Grecia que envía regularmente sus impuestos a Roma y que es amigo de los políticos griegos, enviándole a la prisión? Hay que ver estas cosas dentro de un marco de referencia, sin perjuicios y con sentido común. ¿Has considerado lo que pensarían los ciudadanos de Atenas de una sentencia de prisión impuesta a este sencillo campesino que creía sinceramente que Ramus producía el mal de ojo?
— ¡Malditas sean tus reglas y regulaciones! —Gritó Lucano dando un puñetazo sobre la mesa—. ¿Qué es la ley si se opone a la justicia? Abogados y jueces son asnos nefastos a quienes habría que considerar sospechosos. Pido justicia para Ramus: es un hombre y ha sido herido casi mortalmente por otro hombre. Si yo no hubiese llegado a tiempo habría muerto. ¿No tiene derechos como hombre, cualquiera que sea su origen? ¿Ha de ser ultrajada su humanidad?
Respiró profunda y furiosamente.
— ¡Qué importa Atenas! Nunca volveré aquí, donde la misericordia se paga con el odio.
El procónsul sonrió con sonrisa tolerante.
—Tu marcha no disgustará a los doctores atenienses, que se sienten muy dolidos contra ti. Dicen que les has privado de sus pacientes que les pagaban una cuota. Consideran que les has perjudicado ofreciendo tus cuidados gratis. Los pacientes esperan siempre tu regreso.
—Sólo he ayudado a aquellos que no podían pagar...
El procónsul se encogió de hombros.
— ¿Quién se preocupa por un ganado tan irresponsable? Además —y empezó a toser—, tengo informes de que algunas veces has aceptado a pacientes ricos, casos desahuciados que podían pagarte valiosos honorarios.
Lucano volvió a golpear sobre la mesa. Estaba sofocado y colérico.
El procónsul volvió a toser.
—No he querido llamarte la atención sobre el asunto, pero los doctores me han estado diciendo que practicas la magia y la brujería y esto constituye una ofensa seria.
Lucano quedó anonadado.
— ¿Pretendes afirmar que los médicos de Grecia, esos médicos modernos, dan crédito a tales supersticiones bárbaras?
—Oh, debes saber que van a los oráculos de Delfos y además todos los hombres son supersticiosos, Lucano, incluso los médicos.
Una de las quejas, en particular, habla de un rico mercader que padecía cáncer y a quien habían pronosticado que le quedaba menos de un mes de vida. Tú le has curado.
—Conozco al mercader. Se llama Calías. El caso ocurrió hace dos años. Le dije que sus médicos tenían razón, pero le di una medicina para disminuir sus dolores. Está muerto, estoy completamente seguro.
—No está muerto. Vive, está sano y se ha retirado a sus posesiones en Cos.
Lucano no podía creer aquello.
—Entonces no es que los doctores estuviesen equivocados, sino que yo también lo estaba. Vino a mí con todo el cuerpo llagado. Es posible que sufriese alguna enfermedad de la piel parecida al cáncer y que todos nosotros nos equivocásemos.
El procónsul movió la cabeza con gesto de duda.
—No. Los doctores tenían razón; tú también tenías razón. Le curaste por medio de la magia y los magos despiertan desconfianza y sospechas, porque se cree que mantienen alguna clase de alianza con las negras fuerzas del mal.
—He oído muchas veces cosas ridículas antes de ahora, pero ésta es la peor. Lo que ocurre es que los doctores están resentidos contra mí. ¿Qué hay acerca de esos que no pueden pagar las tarifas que ellos imponen? ¿Han de morir por falta de cuidados?
—Honro tu compasión, Lucano, aunque la deploro. Debo decirte que el campesino arreglará el mal que ha hecho, pero debes olvidar el daño realizado a tu criado. Castigar al campesino significaría para mí poner toda Atenas en contra mía, y la política de Roma, la política de Tiberio César, nuestro divino Emperador, es mantener la paz en las provincias a toda costa.
— ¿Has pensado alguna vez que un acto de justicia romana inspiraría respeto en Grecia, el lugar donde ha sido inventada la democracia? ¿Has oído a la gente despreciar a Roma como lo he oído yo? No es que ellos

practiquen la democracia, pero como todos los hipócritas pretenden reverenciarla. Declárales que todos los hombres tienen los mismos derechos de la ley...

— ¿Incluso un esclavo, un negro, un criado, que fue estúpidamente herido por un griego? ¿Qué es tu criado?

Lucano rechinó los dientes. La discusión había sido igual durante días y siempre terminaba de la misma manera. Contempló distraídamente sus manos. Llevaba siempre el anillo de Diodoro y el que Tiberio le había dado. Nunca había pensado en ellos. Pero en aquel momento su rostro enrojeció y se sintió excitado. Se quitó el anillo de Tiberio y le hizo rodar por encima de la mesa.

—Mira este anillo —exclamó—. Te juro por todos los dioses que el propio Tiberio, que honraba a mi padre y a mí, me lo dio para que lo usase siempre que fuese necesario. ¿Lo dudas? Escribe a Plotio, el capitán predilecto de los pretorianos en el palacio imperial; es amigo mío y puedes preguntarle, Tiberio le ama como a un hijo y confía en él más que en ningún otro hombre. Para mí es casi un hermano.

El magnífico anillo quedó sobre la mesa, brillante y desprendiendo fulgores y el procónsul, que sentía gran afición por los anillos, supo al instante el enorme valor de la joya y quedó boquiabierto. Se sintió aterrorizado. Cogió con reverencia el anillo y lo examinó con asombro.

—Si no haces justicia con ese campesino —dijo Lucano, que despreciaba a aquellos que usaban nombres e influencias—, entonces le enviaré este anillo al César y le pediré que aplique su propia justicia, porque él no permitirá que sea humillado y mis peticiones rechazadas sin consideración.

El procónsul mantuvo el anillo en su mano como quien sostiene algo santo, y luego dijo con voz temblorosa:

— ¿Por qué no me dijiste esto antes, noble Lucano?

—No pensé en ello. No pensé que un oficial romano necesitase el nombre del César para cumplir con su deber.

El rostro de Lucano reflejaba desprecio.

—Mi padre adoptivo era un hombre noble y un tribuno justo, pero los de su clase ya no existen. No hubiese necesitado la influencia del César para moverse.

El procónsul se humedeció los labios con la lengua. Se levantó manteniendo aún el anillo en su mano, hizo una reverencia a Lucano y le pidió perdón. Luego volvió a colocar el anillo en el dedo del griego. Luego, volviéndose hacia los soldados dijo con voz furiosa:

—Arrestad a ese canalla inmediatamente, metedlo en una prisión y que espere allí mi benevolencia. ¿Ha de pensar un romano para cumplir con su deber? ¡Vamos, moveos! ¡El noble Lucano ha sido insultado imperdonablemente por un simple campesino y yo le vengaré!

—No quedarás sin venganza —dijo Lucano a Ramus mientras se preparaba a retirar los vendajes de sus ciegos ojos—; he oído ayer cómo el procónsul romano ordenaba la detención del esposo de Gata, que será entregado a la justicia. Empezó a quitar las vendas con suavidad, Pero Ramus apartó la cabeza y sus gruesos labios se fruncieron. Lucano retrocedió y se sintió abrumado cuando vio que una lágrima se deslizaba por debajo de los vendajes.

— ¿Qué pasa? —preguntó consternado. Ramus cogió su mano moviendo la boca silenciosamente, pero con desesperación—. No llores —dijo Lucano asustado—, no estropees lo que pueda haber quedado de tus ojos.

La elegante habitación que Turbo había destinado a sus huéspedes relumbraba con la luz del sol. Lucano hizo un gesto con la cabeza porque no comprendía en aquel momento. Corrió las cortinas de las ventanas. Luego recordó, con un nuevo estremecimiento de su corazón, que Ramus no vería más la luz del sol. Se volvió hacia su criado y le vio secarse las lágrimas. Colocó una mano sobre la cabeza del negro y repitió con voz débil:

—No llores. —Luego, en voz más alta, continuó—: ¿Crees que encuentro placer en saber que ese campesino que ha destrozado tus ojos debe sufrir? ¿No comprendes que tan sólo deseo que aprenda que no puede hacer cosa así a los inocentes, que no puede avasallar con impunidad el hogar de un hombre y herir a aquellos que no le han hecho nada? Será mejor después de algunos latigazos y algún tiempo tras las rejas. La ley es la ley.

Volvió de nuevo hacia Ramus que cogió su mano otra vez. Turbo entró en aquel momento en la habitación con expresión de sencilla alegría.

—Ah, las vendas serán quitadas hoy —dijo, y palmeó las espaldas de Ramus al pasar. Miró significativamente a Lucano e hizo una reverencia. Parecía abrumado.

—Señor —murmuró en voz baja—, el procónsul romano en persona espera para cambiar unas palabras contigo.

—Condúcele aquí —dijo Lucano—; quiero que vea por sí mismo lo que puede ser hecho bajo su jurisdicción y lo que no puede ser arreglado con demandas insistentes.

Su tono de autoridad hizo que Turbo volviese a inclinarse ante él.

—Le serviré mi mejor vino —exclamó expectante—, y vino para sus centuriones en el patio. —Vaciló un momento—. ¿Crees que el noble procónsul honrará esta casa?

—El procónsul romano —respondió Lucano secamente— apreciará cualquier cosa de valor.

Lucano olvidó al procónsul. Con un tacto ligero como una pluma empezó a retirar las gruesas vendas de aquellos ojos maltratados. Trató de no ver las lágrimas que se deslizaban por debajo de los vendajes. Esperaba que se hubiese cicatrizado la herida, que no hubiese infección, pero suspiro sabiendo que la luz de la penumbra revelaría unos ojos hundidos, los párpados marchitos, las pupilas destruidas para siempre.

— ¡Ah! —murmuró—. Si pudiese darte uno de mis ojos, mi querido Ramus. Yo mismo me lo sacaría de su cuenca y te lo daría. Tan sólo ruego que desde ahora en adelante no sufras ningún dolor y que puedas resignarte.

—La resignación con fortuna, aunque sea sin ojos, puede ser una recompensa —dijo una voz agradable a espaldas de Lucano y al volverse, el médico vio al procónsul que sonreía gratamente—. Saludos, noble Lucano. Te traigo excelentes noticias.

—Bien —respondió el médico frunciendo el ceño y volviendo a su trabajo—; verás que esto es muy delicado. Espero que los ojos de Ramus se hayan curado y que no exista infección.

El procónsul adoptó una postura cómoda y se pellizcó los labios mientras contemplaba al negro. Todo aquel furor por causa de un miserable apátrida que apenas si era algo más que un esclavo. Parecía imposible comprender a aquellos griegos. Naturalmente que se podía recordar a Tucídides, Jenofonte y Esquilo, que consideraban a todos los hombres valiosos y a Dios amante y misericordioso para con sus hijos. Pero aquello era sólo filosofía. Los hombres tenían que tratar con la ruda materia de la vida. Tan sólo en momentos de abandono, con un vino como aquel, uno podía expresar nobles palabras de alabanza a la virtud y felicitarse después de la propia sensibilidad.

—Ah, sí —dijo—, he entregado al campesino a la justicia, mi querido Lucano. Los magistrados me han informado hoy de que cuando sea presentado ante ellos ordenarán su ejecución. Más aún, si esto complace a tu criado sus tierras y dinero serán confiscados y entregados a la víctima como compensación.

Lucano se enderezó violentamente y Ramus, que yacía en la cama, se sentó al instante sobre ella agitando las manos.

— ¡Ejecutarlo! —Exclamó Lucano—, te he pedido justicia, pero no asesinato.

El procónsul, que no estaba acostumbrado a que le hablasen de aquella forma y mucho menos un griego, frunció el ceño con una mirada formidable dirigida a Lucano.

—No me hables de esta forma, hijo adoptivo de Diodoro Cirino —dijo con tono helado—, puede que tú seas médico y ciudadano de Roma y el heredero de una fortuna romana, según me informaron ayer, pero yo... ¡yo soy romano!

— ¡Y yo soy hombre! —Exclamó Lucano con el rostro enfurecido—, ¿qué es un romano, después de todo, sino también un hombre? Tendré que presentarme ante los magistrados. Diré lo que debo decir: que la justicia debe ser temperada por la misericordia.

El procónsul sonrió, y de nuevo volvió a beber vino de su copa.

—Fuiste tú, mi querido Lucano, quien me persiguió como una sombra y quien pidió castigo para el campesino. Ahora te retiras.

Lucano se retorció las manos; miró a los ojos burlones del procónsul y se sintió poseído por la angustia.

—Sí —dijo—, he pedido justicia, creyendo que consistiría en unos cuantos latigazos y unas semanas en prisión, pero esto es monstruoso.

El procónsul alzó las cejas bajo la visera de su bien forjado yelmo.

—Atiende a tu criado —dijo—. ¿No te das cuenta que está tirando de tu brazo? Sin duda que un hombre tan valioso no debe ser descuidado.

Se inclinó contra una columna de ónice; sus ojos brillaban con ironía. Lucano le miró durante un momento y luego prestó atención a Ramus, a quien obligó a echarse de nuevo sobre el lecho.

—Ten calma —dijo con severidad—, no debes luchar. Esto puede ser doloroso, pero el dolor durará poco.

Miró hacia atrás al procónsul.

—Te ruego que esperes hasta que haya terminado esto. Tengo a veinte griegos insistentes esperando —dijo el procónsul—. Esto no importa, desde luego. Es una casa encantadora. He estado investigándola. ¡Ah, qué tiempos estos en los que los esclavos, campesinos y hombres de manos toscas pueden adquirir tales delicadezas!

Lucano no contestó. El último vendaje empapado en sangre estaba ahora bajo sus delicados dedos. El procónsul, repentinamente interesado, alargó el cuello. Lucano respiró profundamente, luego retiró la última tela. Por un momento cerró los ojos a fin de no ver la terrible ruina. El silencio le rodeó y su frente quedó perlada de sudor. Nadie se movió, y luego el procónsul exclamó:

— ¡Pardiez! Nada hay estropeado en los ojos del esclavo. ¿Qué clase de broma es esta?

Los ojos del médico se abrieron por completo. Miró a Ramus que le sonreía radiante. Unos grandes y límpidos ojos negros brillaban ante él carente de todo mal. Lucano, temblando, se inclinó sobre el negro y limpió las pequeñas manchas de sangre. No podía creerlo. Era increíble. Cogió a Ramus por la barbilla con sus sudorosos dedos y le movió la cabeza de un lado a otro. Luego corrió hacia la ventana y separó de un tirón los cortinajes. Le temblaban las rodillas. Volvió a la cama y contempló incrédulo los ojos que se elevaban hacia él.

La habilidad médica no podía haber conseguido aquello. De nuevo se había equivocado. Recordó la peste, el cáncer de Calías, los otros casos extraños que había curado y aquel que tenía ante si. Gritó a Ramus:

— ¿Puedes verme? ¡En el nombre de Dios!, ¿puedes verme, amigo mío?

Ramus asintió. Alargó la mano y tocó la de Lucano y una luz pura parecía brillar en su rostro. Luego alzó el borde de la túnica de Lucano y lo besó, como quien besa la túnica de un dios, apoyando su cabeza sobre la cintura del médico, como si él fuese un niño.

—Te aseguro —dijo Lucano con los labios resecos— que lo vi con mis propios ojos. Soy médico, estaban destrozados, rotos, sangrantes. La pupila había quedado reducida a nada, el fluido vital se había derramado. ¡Estaba ciego!

El procónsul dejó de sonreír. Se retiró unos pasos hacia atrás y contempló a Lucano con miedo. El médico se sintió frenético.

— ¡Estaba ciego! ¡Sé lo que es la ceguera cuando la veo! ¡Esto no puede haber ocurrido!

— ¡Brujería! —murmuró el romano retrocediendo más.

Tosió. Miró el anillo de Tiberio en la mano del médico y se detuvo. Luego dijo:

—Mi querido Lucano, sabes lo sensitivos que son los griegos para la brujería. Te aconsejo que abandones Atenas tan silenciosamente como te sea posible. Como romano estoy por encima de las supersticiones, pero debo administrar esta tierra y no quiero tener problemas.

La cabeza de Lucano era un torbellino confuso, lleno de ruidos y rayos de luz. Fue hacia el procónsul y alargó sus brazos hacia él, pero el romano, aterrorizado retrocedió.

—El campesino —dijo Lucano—. ¿Qué le pasará al campesino... después de haber cometido yo esta terrible equivocación?

—Aconsejaré su libertad después de un mes de prisión por asaltar a la persona del criado de Lucano, injuriar su casa e incitar a la rebelión —dijo el procónsul.

Y huyó. El ruido de sus veloces pasos despertó ecos en la casa. Turbo entró después atemorizado.

—Señor —dijo con humildad—, el noble procónsul salió corriendo de esta casa como si las furias fuesen tras él. ¿Le has ofendido en algo?

—No —dijo Lucano distraído. Señaló a Ramus—, es que no está ciego, Turbo. Me he equivocado terriblemente. No soy un buen médico, cometo demasiados errores, pero me siento muy feliz.

Turbo se acercó a Ramus y contempló sus ojos sonrientes. Luego miró a Lucano. Ramus se levantó del lecho, juntó las manos sobre su cabeza, las llevó luego hacia el pecho y se postró a los pies de Lucano.

—Mi pobre amigo —dijo Lucano emocionado—, te he causado muchos días de sufrimientos porque te dije que estabas ciego. Te ruego que me perdones.

CAPÍTULO XXXVI

EN años posteriores, Lucano pensó con frecuencia en la época que siguió a su rápida huida de Atenas, donde había vuelto discretamente muchas veces después, como un período en su vida lleno de sequedad. Había ido de un lugar a otro a través del ruidoso e inquieto imperio, sordo a lo que pasaba a su alrededor pese a que su habilidad y ternura como médico habían aumentado. Nunca fue voluble pero se volvía cada vez más silencioso. Su vida personal se estrechó. Era como una semilla en estado de vida latente, esperando brotar y la llegada de las aguas de la primavera para transformarse en un gran árbol. La semilla de su personalidad no germinó durante aquellos años, no produjo brotes, sino que permaneció reseca, sin emociones ni pensamientos. Se comunicaba cada vez menos con los demás. Sólo cuando Sara aparecía de improviso en algún puerto, su rostro rígido se alegraba y sus azules ojos brillaban. Pero veía a Sara una o dos veces al año. Ramus no le podía hablar. Había llegado a establecer un código de signos elocuentes que les servía mejor que el lenguaje. Iban de un lado a otro como benevolentes y tranquilos espíritus, atravesando malolientes puertos. Se instalaban silenciosos en las pequeñas casas y jardines de Lucano, o permanecían apoyados sobre las barandillas de los barcos contemplando las estrellas y la luna, los amaneceres y puestas de sol. Lucano prefería llegar a sus casas por la noche, por temor a la multitud que le salía a recibir, como había ocurrido en algunas ocasiones. Cuando visitaba Atenas, tenía que buscar excusas para evitar la hospitalidad de Turbo. Miles de personas le amaban; miles de hombres le consideraban un dios. Se ocultaba de ellos, excepto cuando acudían a él angustiados y doloridos. Su desinterés crecía; reinaba a su alrededor una especie de gris abandono. Esperaba ansiosamente las cartas de su hogar y le deleitaban muy en especial las que le escribían Prisco y Aurelia, pero sus propias cartas de respuesta eran breves. Parecía un hombre hambriento que, por raro contraste, sintiese gran aversión por la comida. Iba a Roma una vez al año, y cada vez decidía permanecer allí por más tiempo. Pero invariablemente, después de algún tiempo, se apoderaba de él una enfermiza inquietud y tenía que volver a marchar entre exclamaciones de tristeza y reproches de amor.

En cierta ocasión había dicho a su madre:

—No me preguntes qué es lo que me pasa, porque no lo sé. Cuando me pongo a reflexionar no encuentro otra cosa sino polvo; sin embargo, esta polvareda me produce dolor. Tengo miedo de penetrar más a fondo en la cuestión.

Algunas veces releía los muchos escritos que Keptah le había dejado. Uno de ellos en particular, que leía una y otra vez frunciendo el ceño y asombrado, pero sintiendo un estremecimiento de dolor sofocado.

«Aquel que mira hacia el hombre para encontrar a la vida algún significado, mira a una ilusión, porque el hombre no es nada sino tiene alguna relación con Dios. No centres tu corazón en la humanidad; porque es una quimera, una ilusión. Algunos han glorificado al hombre, han elevado a la humanidad a un absoluto en sí. Declaran vehemente, que el hombre es sólo valioso en sus manifestaciones externas. Esta enseñanza ha sido aceptada por casi todos los países civilizados, para su desgracia, porque la ley y la justicia, la sencilla

compasión y misericordia, no están arraigadas en el hombre sino en Dios, y sin Él no pueden realmente existir, sin la base de aquel que las hizo. El hombre es tan sólo el receptáculo de la gracia, no es la gracia en sí»

Cuando Lucano leía aquello le parecía que dentro de sí mismo oía el rechinar de viejas y oxidadas puertas que crujían deseosas de ser abiertas. Pero se volvía de espaldas a tales sentimientos. Ya no sentía el apasionado furor contra Dios porque, en aquella época, pensaba en Dios muy poco. Si Dios se introducía en su mente le rechazaba con calma. Porque Dios era entonces para él un terrible cansancio que no podía comprender, ni sobre el cual quería preocuparse, o frente a lo que quisiera presentar batalla. No podía pensar en ello ni siquiera como se piensa en un teorema filosófico. Algunas veces pensaba en las edades pasadas y trataba de imaginar lo que serían los siglos futuros aún envueltos en sombras, y un inmenso cansancio se apoderaba de sus sentidos. Miraba a las estrellas y recordaba las conjeturas de los astrónomos egipcios, que se preguntaban si aquellas poderosas constelaciones no serían infinitos soles moviéndose alrededor de otros soles y si nuevas constelaciones, llenas de mundos nuevos y otros soles, no serían creadas de continuo. El pensamiento intensificaba el cansancio espiritual de Lucano y su sensación de futilidad.

En cierta ocasión, en Corinto, un viejo sacerdote muy pobre, humilde y amable, le había dicho:

—Cuando estoy echado en mi camastro por la noche y despierto, una seguridad extraña y grande se apodera de mí, como si recibiese un mensaje. Dios no está nunca ausente de los asuntos del hombre, aunque con frecuencia no nos damos cuenta de su presencia. Yo sé que se aproxima una tremenda revelación pero desconozco en que forma ocurrirá. Dios se manifestará a sus criaturas con poder una vez más, como lo ha hecho en edades pasadas, y hasta la tierra se estremece expectante. Lo presiento, lo sé. Puesto que el mundo ha perdido la visión de su rostro, Él se revelará de nuevo, quizá con furor pero, sin duda, también con amor.

— ¿Por qué a esta brizna de hierba en el conjunto de un bosque infinito? —Preguntó Lucano con cinismo—, ¿por qué a este grano de arena en una playa sin limites?, ¿por qué a esta mota de polvo en un huracán polvoriento? Esto es mentira.

Estaban sentados en el polvoriento jardín del anciano sacerdote en el cual las gallinas picoteaban alegremente. El sacerdote sonrió y señaló a una gallina rodeada de polluelos. La seguían, escondiéndose algunas veces bajo sus alas, otras alejándose a cierta distancia.

—Conocen su voz —dijo el sacerdote—, hay muchas gallinas y polluelos aquí. Pero conocen a su madre. Esta pobre gallina no puede contar; sus polluelos son incapaces de apreciar los números y además son muchos, pero si se pierde uno, el más pequeño, sucio y débil, ella le busca y le encuentra. Quizá alguno de ellos, débil e insignificante, se preguntará porqué la madre se preocupa por él, él que es desvalido y bajo entre las aves, ¿cómo puede ella —acaso se pregunte a sí mismo— saber donde estoy yo, ella que tiene tantos hijos? ¿Qué le importa a ella que tenga mi parte de comida, que reciba su afecto y protección? Te digo, mi querido Lucano, que no amar nada es indigno; nada es demasiado, nada excesivo, nada demasiado pequeño para el amor. El amor nunca abandona. Para Dios esta mota de polvo sobre la que vivimos es algo querido como la más valiosa corona de estrellas del espacio que se extiende por encima de nuestra humana comprensión.

Luego añadió:

—Piensas con la mente, el esclavo ciego de tus cinco e inciertos sentidos. El mayor de los filósofos, que adoraba la razón, tuvo que volver finalmente al misterio, a lo desconocido, y siempre contra su voluntad, porque está más allá de la razón el débil y vacilante brillo de la oscura e inexplorada caverna. Dios sólo puede ser comprendido por el espíritu.

Pero Lucano se cansaba de aquellas razones, por lo que se levantó y se marchó. No quería una revelación. Algunas veces incluso deseaba la muerte.

Cuando recibía carta de su hermana Aurelia pensaba en ella imaginando que aún era una niña. Al volver a Roma, en una de sus raras visitas, se sintió turbado al verla transformada en mujer. Iba a casarse, y tendría que estar presente en la boda, con Clodio Flamínio, el hijo de una antigua y aristocrática familia. Tenía diecinueve años de edad, una edad excesiva para los matrimonios normales, lo cual había preocupado mucho a su madre Iris. Había tenido muchos pretendientes, porque la hija de Diodoro Cirino, con su excelente dote, era muy deseada. Además, Aurelia era extremadamente bella. Pero la muchacha no había tenido prisa en casarse a los catorce, ni a los dieciséis ni incluso a los diecisiete años. Se había limitado a sonreír ante la ansiedad de su madre y no se sintió turbada cuando Iris le había dicho:

—Las muchachas de tu edad ya son esposas y madres desde hace años. ¿Estás pensando en hacerte virgen vestal?

Pero Lucano sabía que su hermana no tenía una devoción particular por los dioses, aunque los aceptaba con serenidad. Sospechaba también que no era demasiado inteligente, porque había oído los viejos lamentos de Cusa sobre su placentero disgusto hacía los libros.

—No es una mujer digna de un Pericles —había dicho en cierta ocasión a Lucano—, la filosofía está más allá de su comprensión. No le interesa la política, los valores o la ley como a las demás mujeres de Roma. Ni siquiera conoce la existencia de la bolsa, las casas de seguros en el lado norte del Foro, como otras mujeres de su edad conocen. Cuando sus amigas, jóvenes matronas, se sientan con ella y hablan de sus inversiones o discuten un caso sensacional en las cortes de justicia, o comentan por su cuenta las cuentas corrientes que sus esposos tienen en los bancos, o se anticipan a los acontecimientos sociales y a los viajes durante el invierno al sur del país, o las más recientes modas o los juegos y gladiadores, ella se queda sentada, con una sonrisa agradable pero bostezando.

En cierta ocasión, Iris, cuyo maravilloso cabello parecía una cascada de plata, dijo:
—Parece que no desea nada. Pero, ¿por cuánto tiempo puede una mujer permanecer contenta junto al hogar sin ningún deseo?
En otra ocasión Lucano, persuadido por su madre, habló con Aurelia cuando tenía dieciocho años y era ya una solterona. Lo hizo muy a disgusto. Creía que nadie debía meterse en la vida de los demás.
— ¿Por qué esa actitud, hermana mía? No te preocupas por tu futuro. Nuestra madre es ya muy mayor y ha vivido mucho más de lo que era razonable esperar. Tiene cincuenta y cuatro años. ¿Cómo puede esperarse que viva muchos más para protegerte? Tu hermano, Prisco es soldado con las legiones de Druso y padre de familia. Nuestro hermano más joven está inmerso en sus libros, desea ser maestro; y probablemente nunca se casará. Esperas pasar tus días en esta tierra, la hermana vieja y soltera de Prisco, a quien nadie ha pedido en matrimonio después de que nuestra madre muera y Prisco traiga a su esposa y familia a esta casa, usando de su derecho de heredero.
Pero Aurelia le había respondido con una lenta y profunda sonrisa y había llamado su atención sobre un grupo de mariposas amarillas que revoloteaban por encima de las rosas. Fue inútil, Sin embargo iba a casarse para gran alivio de Iris y su esposo tenía la misma edad que ella. Lucano debía volver de nuevo a Roma para la boda. Mientras Lucano permanecía apoyado en la barandilla de un rápido, aunque pequeño galeón romano, que le había recogido en un oscuro puerto africano, se dedicó a pensar en Aurelia. Iris que conocía tan bien las cosas del amor, no había arreglado el matrimonio de su hija. De manera distinta a como hacían otras madres, creía en el gozoso consentimiento de la novia a su matrimonio. Su amiga, la esposa de Plotio, aunque mucho más joven que ella, había arreglado una entrevista entre la familia de Clodio Flamíneo e Iris, y Clodio y Aurelia, a primera vista, se habían enamorado profundamente uno de otro. Aunque el joven podía haber escogido mejor una novia más a propósito, una joven de catorce a quince años en lugar de una mujer de diecinueve, había preferido a Aurelia. En aquel asunto Lucano había percibido una nota críptica en las cartas de Iris. Aquello había sorprendido a Lucano y no había conseguido explicárselo. Iris, sin duda, había demostrado sentirse muy feliz y aliviada ante la perspectiva de la boda entre un miembro de una familia patricia distinguida y su hija. Aunque el inquieto Lucano volvía siempre que era necesario ocuparse de aquellos que le amaban y en sus asuntos personales, se sintió forzado por un desacostumbrado interés.
Después, una serie de escenas y recuerdos pasaron por su mente relacionados con la vida de su hermana, su niñez y madurez. Vio sus tranquilos ojos morenos llenos de luz; oyó su risa suave. Vio su prisa en recoger a un pájaro caído y colocarlo junto a su pecho; recordó a los perros de la casa siguiéndola con ojos de vacía adoración; incluso los toros se amansaban cuando ella se acercaba a ellos. Los caballos la adoraban, los criados estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por ella. Contemplando el cálido y abigarrado puerto, lleno de multitudes vehementes agitándose sobre los muelles, oyendo los interminables ruidos de oriente, oliendo sus fétidos y aromáticos olores, Lucano se preguntaba por todas aquellas cosas. Existía un problema que estimulaba su interés.
Ramus permanecía junto a él y contemplaba como cargaban el barco. Su majestuoso rostro africano, como de costumbre, reflejaba un gran interés en todo lo que le rodeaba, pero con una nota de confiada espera. Su negro cabello, de crespos rizos, estaba surcado por hebras de gris oscuro, pero su cuerpo no mostraba señales de la edad. Conservaba su fuerza muscular y su tersura. Sus grandes ojos inspeccionaban cuantos rostros se le acercaban. Por instinto, durante todos aquellos años, sabía cuando Lucano se volvía hacia él y empezaba a pensar en él. Miró a Lucano con amor y sonriendo, luego continuó su escrutinio de la multitud que bullía en el puerto.
El barco partió deslizándose suavemente sobre la lisa superficie sedosa de un mar azul y tranquilo sin apenas moverse. La costa comenzó a retirarse como si se alejase. El sol miraba hacia abajo desde un cálido cielo y las velas apenas si recogían aire. La siguiente escala era un puerto en el continente, en el que una carga de especies esperaba y al que llegarían en doce horas. Lucano se sentó bajo el toldo rojo con rayas blancas en el puente. Llevaban pocos pasajeros porque era un barco de carga. El griego empezó a pensar en su vida. Todo su temperamento, desde hacía tiempo, intentaba ser objetivo. Se había esforzado en que fuese así, porque temía la subjetividad, ya que sabía que si toleraba una introspección le conduciría a la desesperación. Recordó su vida como quien de pie sobre una montaña mira hacia abajo a los llanos y las ciudades, los lejanos, el distante mar, los campos y las aldeas. Sin embargo, cuando consideraba su vida, todo lo veía oscuro, desolado, estéril y sin color. Olvidó a los incontables miles a quienes había curado y consolado, a quienes había ayudado con misericordia a llegar a una muerte inevitable y pacífica. Nunca había pensado en sí mismo como pensaba en aquella ocasión y esto le turbó aunque su falta de raíces obedecía a una elección propia y había sido él quien había hecho su propia vida. Se enfrentaba a sí mismo y se veía como uno que no había dado ni recibido nada. Alguien de quien nadie se acordaría ni nunca echarían en falta. Su melancolía le produjo un pesado gusto metálico en la boca y sintió sobre su pecho como una pesada piedra. Ramus le miró desde la barandilla y pensó para sí: «Mi señor está triste; busca sin saber qué o a quién busca.»
Antes de que el sol se pusiese, el barco atracó en el puerto siguiente, y un centurión con tres soldados subieron a bordo. El centurión llevaba su familia con él. Era un hombre moreno y aguileño, como la mayoría de los soldados romanos, pero tenía una expresión amable y paciente y esto atrajo el distraído interés de Lucano. Era poco común que un oficial romano hablase tan amablemente a sus soldados y demostraba tanta solicitud, en público, por su familia e hiciese alarde de una comprensión tolerante. Cuando habló a los esclavos que llevan las cosas de su casa —era patente que volvía a su casa en Roma, porque no era joven—, su fuerte voz

sonaba con una rara profundidad y compasión y sonreía a los esclavos y les animaba. Sin embargo, su actitud tenía cierta arrogancia, su ancho y fuerte cuerpo reflejaba fortaleza a pesar de la edad; su rostro quemado por el sol tenía un aspecto tan rudo, con huellas de pasada intolerancia. Andaba con firmeza y miraba a su alrededor con el atrevido escrutinio de un romano. Cuando sus ojos se posaron en Ramus que estaba apoyado en la barandilla, Ramus, vestido con el atuendo poco elegante de un esclavo, o de un pobre liberto, no se apartaron de él, aunque por un instante vaciló. Luego sonrió a Ramus, como quien sonríe a un hermano, y Ramus sonrió a su vez.

Dejó a su familia, con la ayuda de los soldados y esclavos, en el puente inferior y volvió solo al puente superior. Miró el mar, luego al cielo y sonrió contento. Abrió sus fuertes piernas morenas y se balanceó siguiendo las oscilaciones del barco; metió los pulgares en su ancho cinturón de piel, del que colgaba un corta espada. Se quitó el yelmo y se enjugó el rostro sudoroso. Adoptó una expresión agradable mientras miraba a Lucano. Era evidente que deseaba compañía y Lucano se puso en pie con un gesto elegante e invitó al soldado a tomar una copa de vino en su compañía. Ramus fue abajo y subió vino, tres copas sirvió del rojo líquido. Lucano esperaba ver un gesto de sorpresa y ofensa en el rostro del romano por la presencia confiada del negro y ante el hecho de que pudiese participar del vino de Lucano. Pero el centurión aceptó el vino de Ramus y le dirigió una amable sonrisa; luego se sentó junto a Lucano, que se había presentado a sí mismo mientras esperaba los servicios de Ramus.

—He dejado Judea hace tres semanas —dijo el centurión— para reunirme a mi familia, mi esposa y mis dos hijas que han estado disfrutando de la sequedad del aire del desierto. Mi familia no está muy bien —y suspiró, pero inmediatamente un aspecto de paz volvió a su rostro—, me han licenciado: tengo una pequeña posesión cerca de Nápoles y quiero terminar mi vida allí, sin tristeza ni ambiciones. Me llamo Antonio —continuó—. Hubo un tiempo cuando no concebía otra vida para mí, sino la del soldado siervo y criado de Roma. En aquel tiempo yo era el más orgulloso de los hombres y, me avergüenzo en confesarlo, el más impaciente.

Lucano se sintió interesado. El orgullo y la inspiración no eran reprensibles entre los romanos sino más bien como parte de un carácter nacional.

El centurión le dirigió una tímida y vacilante mirada y Lucano se sintió muy intrigado. La mirada parecía algo aniñada y poseía un cierto candor. Ramus, que permanecía de pie cerca, se arrimó más.

—Pero esto debe tener poco interés para ti, Lucano —dijo el soldado como excusándose—. Debes perdonar los delirios de un anciano. Sorbió su vino y miró soñadoramente hacia el mar.

—Sin embargo me siento impelido a hablar con cualquiera que quiera escucharme.

Alzó la copa hacia los labios, mirando aún al mar agitado y un aspecto de exhalación y asombro brilló en sus fieros ojos negros.

—Tienes mucho interés para mí —respondió Lucano.

Hizo una señal a Ramus para que sirviese más vino. Antonio dio las gracias a Ramus, y Lucano se sintió más asombrado aún.

Antonio retiró la mirada del mar y miró al fondo de la copa que sostenía en sus manos morenas. Luego dijo:

—Por mucho tiempo he vivido en Capernaúm. Allí estaba destinado hasta que en respuesta a mi solicitud, fui llamado a Roma. Debes comprender, Lucano, que los judíos son muy parecidos a los romanos. Tienen el mismo orgullo, son tan obstinados como nosotros y aman a su país; son también muy agudos a la vez que muy religiosos.

Comercian y rezan, son excelentes tratantes y dan limosnas a los pobres.

—Sí —dijo Lucano con una sonrisa tolerante—, te comprendo. Mi padre adoptivo era también así; decía a menudo que los romanos y los judíos son muy parecidos.

Antonio asintió. Estaba muy serio, como si fuera joven.

—Los judíos me detestaban y detestaban a todos los romanos pero, ¿acaso los hermanos no se detestan unos a otros? Sin embargo, a lo largo de los años nos hemos hecho excelentes amigos. .No solamente aprendí el arameo vulgar, sino el hebreo de los sabios y algunas veces me visitaban, aunque no con mucha frecuencia, y me hablaban de muchas cosas. Ayudé hace unos cuantos años a construir una sinagoga, puesto que los que viven en Capernaun son muy pobres y las sinagogas eran muy necesarias. No soy pobre; puse mi propio dinero en la construcción de la sinagoga. Sí, éramos amigos, nos amábamos unos a otros, los judíos y yo. Mi hija mayor se ha casado con un joven erudito judío y vive con él en Jerusalén y tienen tres niños. Son preciosos —añadió y sus ojos se humedecieron.

Lucano le escuchaba con cortesía, pero empezaba a estar un poco aburrido. El centurión tenía un aire pesado y Lucano recordó que los soldados viejos están cansados y son dados a cuentos fantásticos que encuentran, mirando hacia atrás, muy portentosos.

—He dejado a mi criado con mi hija y su familia —dijo Antonio contemplando aún hacia la copa—, pero debo decirte algo acerca de mi criado porque es importante. Era el amigo de mi infancia, era esclavo; nos queremos como hermanos. Cuando me enrolé en el ejército mi padre me regaló el esclavo y yo le liberté, porque le amaba entrañablemente. Se llama Chetico, tiene cincuenta años, dos años más joven que yo, nunca fue un esclavo para mí, Lucano —y el centurión alzó los ojos como si desafiara al griego.

—Ningún hombre es realmente esclavo —dijo Lucano.

El sol se ponía rápidamente; el mar había adquirido el color de la púrpura y el cielo parecía arder.

Antonio fijó sus ojos penetrantes en el griego.

—Recordarás que los griegos tienen una tradición. Ofrecen una libación al Dios Desconocido antes de beber.

—Sí —dijo Lucano, y su corazón se estremeció lleno de un amorfo e impaciente dolor—. Así lo hacía mi padre.

Antonio alzó la copa hacia Ramus solicitando más vino, pero cuando le fue servido no lo tocó con sus labios. Miró ante él, hacia el espacio, hacia el cielo vivamente escarlata, y luego dijo con voz muy suave:

—Yo he visto al Dios Desconocido.

Lucano frunció el ceño. El hombre empezaba a fastidiarle. Sabía algo acerca de aquellos romanos supersticiosos, que pretendían ser realistas. No había ningún santuario, en ninguna parte del mundo, dedicado al más oscuro dios oriental, griego o africano, que ellos no visitasen, afectando despreciarles. Pero siempre estaban allí, dejaban su dinero en los santuarios y cubriéndose a sí mismo de amuletos.

—Sí —dijo Antonio, y su voz tembló—, he visto al Dios Desconocido.

Pero ahora ya no es desconocido. Mis ojos le han visto a distancia. Y esto ocurrió hace pocos meses. Debes creerme —dijo con tono implorante, viendo el rostro contrariado de Lucano.

—Sin duda te creo —dijo Lucano volviendo su rostro hacia el centurión.

Su dorado cabello que blanqueaba en las sienes, prestaba un halo a su noble cabeza. El sol poniente parecía quedar apresado en sus helados ojos azules.

— ¡Yo lo creo! —Exclamó el centurión con voz poderosa—, y debes escucharme, no debes dudarlo. Es un imperativo que me creas, que todos los hombres crean.

Lucano murmuró algo con disgusto. Pero su dolor se hacía cada vez más profundo en su corazón floreciendo como una enorme flor roja sin que él supiese por qué. Deseó disculparse y marchar, no era emotivo salvo cuando estaba furioso; se sentía molesto ante aquellas impetuosidades, ante aquella ansiosa insistencia poco seria. Se movió inquieto en la silla, pero no podía marcharse sin ser incorrecto. Miró a Ramus y vio el rostro del negro que brillaba como si estuviese en éxtasis. El griego dijo:

—Cuéntame acerca de... ese hombre...

El centurión extendió la mano y cogió el brazo de Lucano; sus ojos brillaban como un fuego oscuro.

—Esto es lo que yo o decir a todos los hombres, que he visto a Dios, que he estado en su presencia, aun que no me atreví a acercarme a Él demasiado.

—Lo comprendo —dijo Lucano con cansancio—, yo he estado en el Patio de .los Gentiles en varias sinagogas. Pero nunca he sido admitido al patio interior, donde se guardan los rollos y donde están los altares. ¿Te han admitido tus amigos judíos a ese lugar aunque está prohibido a los gentiles?

La mano le apretó fuertemente el brazo y el centurión se inclinó sobre él, más cerca y temblando. La luz granate brillaba en todos los rasgos de su rostro moreno, en las concavidades de sus ojos, sobre el perfil de su nariz aguileña,

—Debes escucharme. No, no he sido admitido hasta el altar, ni hasta los rollos, pero he visto a Dios y esto ocurrió hace pocos meses. —Alzó las manos en un gesto de solemne juramento—. Te juro que lo he visto con estos ojos, y he oído su voz.

Este hombre está loco, pensó Lucano.

El centurión tocó sus ojos con los dedos.

—Con estos ojos —exclamó, y repentinamente una lágrima brilló en sus mejillas.

Ramus permanecía junto a él y la respiración del negro se hizo rápida mientras sus propios ojos empezaron a brillar.

—Lucano —dijo el centurión con tono de gran urgencia en su voz—, sin duda recordarás que los judíos han esperado durante muchos siglos que el Mesías naciese entre ellos como rey. Pues bien, ha nacido y está en la tierra de Israel, ahora. Yo había oído hablar de Él antes de que viniese a Capemaum; es joven en la carne, sin embargo, quizá no sea tan joven. Corren muchos rumores, ha realizado muchos milagros. —La boca de Lucano se cerró con fuerza y el color desapareció de su rostro. De repente se le ocurrió una idea, Dijo fríamente:

—Creo y comprendo. Tengo una amiga, una mujer, que me ha hablado de esos judíos hacedores de milagros, de esos místicos. Mucho antes de que los médicos griegos comprendiesen, que a menudo una mente enferma infecta el cuerpo, los judíos se habían dado cuenta de ello. Por lo tanto los hacedores de milagros, liberando y sanando las mentes enfermas, pueden restaurar la salud al cuerpo. Esto no es nuevo, Antonio, no es ni siquiera un milagro, aunque no sabemos, actualmente, lo que es la mente, ni podemos expresar sus misterios con escalpelos o la sonda.

Se sintió invadido por un extraño terror. No deseó oír más. Pero Antonio aferró de nuevo su brazo y el rostro del soldado estaba trémulo a causa de una profunda emoción.

—Lucano, sé todo acerca de las tradiciones y creencias de los judíos. He vivido en Judea por largo tiempo y mis amigos han confiado en mí. Este hombre no es un simple hacedor de milagros. Es el Mesías, es Dios. ¿Crees que yo creo esto solo?, no, multitudes de judíos creen en ello, puesto que su primera aparición ha tenido lugar entre su pueblo para exhortarlo.

—Los judíos son un pueblo muy excitable —murmuró Lucano.

Podía oír el latido de su corazón en los oídos. Cuántos recuerdos se agolparon ante sus ojos y cerró los ojos para no verlos. Añadió desesperadamente:

—Cuando la mente queda bajo el poder de la histeria, el cuerpo enferma, todos los médicos comprenden esto.

El centurión sonrió con sonrisa infinitamente dulce.

—No es un médico. Sus seguidores lo llaman Rabbí, es decir, Maestro. He conocido a muchos de estos rabíes, hombres devotos, que pueden curar por medio de la oración y que han pasado sus vidas enseñando al pueblo y consolándole.

El enorme sol rojo se hundió en el mar y los marineros aparecieron con linternas que empezaron a colocar en diversos lugares de la cubierta. Una brisa fresca se levantó, las velas se hincharon y el barco empezó a deslizarse sobre el purpúreo mar.

—Pero este Rabbí no es como los que le han precedido —dijo Antonio con voz conmovida— es el Dios Desconocido de los griegos, de los egipcios, antes que ellos, de los babilonios y caldeos, antes que los egipcios; es el Mesías. ¿Que cómo lo sé? Cuando oí hablar de él a los amigos que me visitaban procedentes de Jerusalén y Cesárea, supe inmediatamente quien era. ¡Debes creerme!

— ¿Cómo lo supiste? —preguntó Lucano con tono ausente.

El centurión golpeó su pecho con el puño cerrado.

— ¿Cómo conoce un hombre la verdad, excepto experimentándola? Lo sabe en lo íntimo de su corazón.

Dejó caer el puño sobre su rodilla y suspiró.

—Te he hablado de Chetico, mi amigo, mi liberto. Se puso enfermo, no de la mente, sino del cuerpo. Lo envié a los mejores médicos para que lo curasen, no escatimé dinero, ni esfuerzos. Permanecí sentado junto a su cama durante muchos días y él no me conoció; vomitaba sangre; sus excreciones eran sanguinolentas, la sangre cubría toda su piel. Sus ojos estaban congestionados con ella, tenía los labios resecos con sangre. Y su carne se marchitaba día a día hasta que se quedó como una sombra.

Lucano se estremeció, ¡la enfermedad blanca! ¡La asesina, incurable y terrible enfermedad para la que no había cura! ¡La enfermedad que había matado a Rubria y había, al morir ella, matado su espíritu! Miró con ojos dilatados al centurión y se humedeció los labios, puesto que estaban fríos y rígidos.

—Me dijeron que Chetico tenía que morir —dijo el centurión— y que no había remedio para su enfermedad. Cualquier hora, día o semana, moriría.

—No hay cura —dijo Lucano con voz sombría bajo la luz de las oscilantes linternas.

El centurión asintió y sus ojos se iluminaron como si estuviesen llenos de lágrimas.

—Pero —dijo suavemente—, Chetico fue curado instantáneamente.

— ¡Imposible! —exclamó Lucano.

—Imposible para el hombre, Lucano, pero no imposible para Dios. Chetico fue curado en un instante y se levantó de la cama, sus mejillas llenas de vida y salud, me abrazó y me dijo: «Él me tocó las manos durante el sueño y me dijo que me levantase y dejase la cama.»

— ¿Qué hizo? —Preguntó Lucano—. ¿Qué es lo que estás diciendo?

—Te lo he estado diciendo. Era el Dios Desconocido. Perdóname, soy tan sólo un tosco soldado. Carezco de elocuencia; cuento mi historia pobremente. He dicho que mis amigos judíos me trajeron rumores del Mesías. Un día vino a Capernaum. Mis criados corrieron a decirme que el extraño Rabbí judío había llegado a nuestra ciudad y que se decía que era el Mesías. Tres de mis amigos, ancianos judíos, estaban sentados conmigo para con solarme, porque Chetico estaba muriendo, respiraba lenta y entrecortadamente y de su garganta salía un ronquido sordo; tenia los ojos en blanco y velados. El frío estremecimiento de la muerte se había apoderado de él. Un quejido profundo surgía del fondo de su cuerpo. El médico acababa de salir moviendo la cabeza.

La memoria de aquellos momentos, hicieron que la voz del centurión temblase. Colocó la mano sobre el rostro.

—Pedí a mis amigos, los ancianos judíos, que fuesen a Él y le rogasen que curase a mi siervo, a mi amado Chetico. Acudieron a Él hasta el lugar donde estaba predicando al pueblo y le dijeron que sería una buena obra que curase a mi criado, le instaron para que acudiese a mi casa. Los ancianos le dijeron que yo había construido su sinagoga y que era amigo suyo. Por lo tanto, rodeado por sus seguidores y gente del pueblo, y acompañado por los ancianos, se encaminó hacia mi casa.

Las linternas se balancearon en el frío anochecer y la luna iluminó las altas velas del barco con una cascada de luz argentina. Lucano olvidó a Ramus, olvidó todo excepto aquella increíble historia.

—Les que oí llegar —continuó el centurión con voz que ronca y pausada—, supe que Dios venía a mi casa y me di cuenta que digno de que Él se acercase a mi umbral. Salí corriendo del dormitorio, me alejé de la casa. El sol iluminaba la escena desde lo alto del cielo y le vi. ¡Con estos ojos le vi! Lucano, has de creerme. El polvo amarillento brillaba sobre la gente y sobre Él. que estaba en medio del grupo destacándose sobre ellos, era un joven de rostro hermoso y el polvo formaba un halo sobre su cabeza. Vi sus ojos azules como el cielo, vi su sonrisa y estuve seguro de que Él era Dios. Mis piernas se estremecieron. Me parecía que los cielos y la tierra ardían encima y a su alrededor. Extendí mis brazos para evitar que se acercase más, porque yo no era digno de su presencia; incliné la cabeza porque era un sacrilegio que yo le mirase. Luego le dije: «Señor, soy un hombre que tiene autoridad, romano, y tengo soldados bajo mis órdenes y si digo a uno de ellos «vete», va y si ordeno a otro que venga, viene. Todo cuanto yo mando se hace al instante. Por lo tanto, Señor, di la palabra y mi criado será curado.

Lucano empezó a temblar. Unió las manos con fuerza. La brisa del atardecer parecía hielo que golpease sus mejillas. Se dijo a sí mismo: « ¡No, no es posible!»

—Y entonces —continuó el centurión casi en un susurro—, le oí hablar. Su voz parecía descender del cielo y subir de la tierra a la vez. Luego dijo al pueblo que le rodeaba: «No he encontrado tanta fe ni siquiera en:

Israel.» Y cuando abrí los ojos, Lucano, se había ido y con Él la gente. Sólo mis amigos quedaron allí y cuando entramos en la casa encontramos a mi criado curado.

Por encima del sonido de la brisa nocturna y el chasquido de las velas, Lucano oyó el eco de apagados murmullos. Miró a su alrededor sorprendido. Ramus ya no estaba allí. Se puso en pie y luego tuvo que apoyarse en la silla, porque sus rodillas no podían sostenerle. Miró al centurión incapaz de hablar.

—Debes creerme —repitió el centurión—, mírame y cree que no miento. Tú sabes que no miento, curó a mi criado y transformó mi alma.

Lucano giró sobre sus talones y sé alejó de allí.

CAPÍTULO XXXVII

LUCANO y Ramus comían su ascética comida juntos en un camarote. El griego estaba más silencioso que de costumbre. No podía comer mucho. Ramus estaba sentado junto a él y Lucano vio que el rostro del negro brillaba radiante y que estaba absorto en sus pensamientos. Lucano habló con lentas y cuidadosas palabras:

—Ramus, debes recordar que no hay ningún médico que sepa todo cuanto puede ser conocido; el hombre es un ser misterioso; los filósofos, médicos y sacerdotes han intentado inútilmente explotar el misterio. La magia, la necromancia y la brujería, no son quizás lo que parecen ser, sino que es posible que operen sobre leyes naturales aún desconocidas para la mayoría de nosotros. En cierta ocasión mi maestro Keptah me dijo que estaba escrito en los libros santos babilónicos que los hombres atravesarían los océanos sin ayuda de velas, que algún día volarían como pájaros por encima de los continentes y que en su incontinencia, destruirían la tierra en que vivimos. Todos los filósofos han conocido estas profecías, pero han temido decírselo al populacho. Recordarás que Sócrates fue obligado a morir por causa de sus pensamientos e ideas. Si alguien hoy en la Roma moderna, en el mundo romano de fuerza, poder y materialismo, proclamase lo que los babilónicos y los judíos han conocido durante siglos, sería llamado loco o mago y sería suprimido. Sin embargo, creo que todas estas cosas ocurrirán algún día. La historia que hemos oído esta noche de labios del centurión Antonio, es sin duda cierta, desde su propio punto de vista. Quizá aquel rabbí judío, el maestro, sabe algunos secretos que parecen sobrenaturales para nosotros, pero que son parte de alguna ley natural que aún no hemos descubierto. Y, de nuevo, esto parece muy razonable para mí. Los médicos que atendieron al criado de Antonio cometieron un error; el criado no estaba mortalmente enfermo; se hubiese recobrado en cualquier caso.

Lucano partió un pedazo de pan y se quedó contemplándole apáticamente, luego lo dejó.

—He visto que te ha emocionado mucho la historia del centurión. ¿Crees que el Rabbí judío es aquel a quien has estado esperando? No te dejes engañar.

Miró a Ramus cuyo rostro brillaba cada vez más.

El griego suspiró.

—Te he dicho que puedes hablar, que no hay nada orgánicamente defectuoso en tu garganta. Estás al borde de la histeria. Pero cualquier día de estos hablarás y no será un milagro.

Le dolía la cabeza; pequeños escalofríos helados recorrían su carne, le dolían las articulaciones. Se levantó de la mesa y dijo:

—Tengo frío. Me voy a acostar.

Corrió la cortina de su cama, que le separaba de la de Ramus, y sacó su cartera. Se tomó el pulso. Latía normal. Su piel estaba caliente pero no más de lo corriente. Realizó ciertas pruebas sobre sí mismo y vio que nada funcionaba mal. Sin embargo se sentía invadido por un sentimiento de profunda enfermedad. Se dijo a sí mismo: «No soy un hombre emotivo pero por alguna razón tonta me he sentido turbado por el centurión.»

Se acostó y oyó a Ramus hacer preparativos para acostarse en su propio camastro. Cuando Ramus miró tras de la cortina, Lucano pretendió estar dormido. Ramus apagó la lámpara y luego todo quedó en calma, excepto los rumores y crujidos del barco, los distantes sonidos de los remos golpeando sobre el agua cuando el viento decrecía y alguna voz lejana de la guardia. Después de un rato Lucano se durmió inmenso en pesadillas y sueños aterradores.

Se encontraba en un enorme y profundo salón, cuyas paredes y techos se perdían en las nubes, sin principio ni fin. Estaba solo y se sentía invadido por un sentimiento de temor universal y vaciedad. De pronto, ante él, se alzó una gran cruz blanca como la nieve, cubierta de sombras rosadas de arriba abajo y a su través. Su cima se elevaba hacia el infinito. Sus brazos abrazaban el universo. Permaneció ante su base, empezó a llorar y se dijo a sí mismo: «No he querido recordarlo.» Y exclamó con voz llorosa: « ¡Señor, ven a mí!

Luego se sintió hundido en un espacio profundo, en una noche negra y sin fondo. Y desde una infinita vastedad, desde los finales de la creación, oyó que alguien le llamaba tiernamente: «No te he olvidado, siervo mío. Te he conocido desde el principio del tiempo y tú oirás mi voz.»

Lucano se despertó con un violento respingo en la oscuridad. El barco crujía y murmuraba. Empezó a adormecerse otra vez, temblando bajo el peso de sus sueños. Le pareció ver un pequeño resquicio de luz, pero pronto desapareció. Se movió inquieto. Su carne ardía como el fuego; se dijo a sí mismo vagamente que tenía fiebre. De nuevo se durmió y otra vez la desolación prevaleció sobre la rápida sucesión de sus sueños, invadiéndole con un sentimiento de pérdida y búsqueda. Estaba en un deslumbrante y alejado desierto y las

arenas se alzaban como enormes olas del mar. Se sentía oprimido por la sed. Caminaba siempre adelante, buscando un oasis o una señal de vida, una palmera, o una línea de camellos en el ardiente horizonte. Hundió su rostro en la cálida arena y se dijo a sí mismo: «Ahora voy a morir, porque todo a mi alrededor carece de utilidad y mi vida no tiene sentido, igual que este desierto y no hay nada que pueda apagar mi sed.» De pronto un agua fresca inundó sus labios y bebió ansiosamente sin que se saciase nunca. Sus ojos quedaron cegados por una luz que le rodeó y oyó una voz que le dijo con cariño: «Yo soy el único que puedo apagar tu sed, oh, mi siervo Lucano.»

Luego le pareció que estaba sobre una estrecha, peligrosa y tortuosa carretera que ascendía por la ladera de una suave montaña, cuya cima estaba cubierta por las nubes. La montaña no tenía árboles, hierbas ni ninguna clase de vegetación. Sus rocas y sus amarillentos acantilados parecían cubiertos de fuego. Monstruosas cabezas de piedra, como las cabezas de Medusa o de las Furias, se alzaban desde los precipicios, o bordeaban su camino. Tenía la espalda doblada a causa de una terrible carga que no podía ver y sus hombros gemían con el dolor de su peso. Cayó contra un lado del precipicio y jadeó desesperadamente, diciéndose a sí mismo que no podía continuar adelante. Pero alguien le dijo con una voz que llenaba todo el espacio: «Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados y os haré descansar.»

Lucano se despertó de nuevo, empapado de sudor. El barco se quejaba y cabeceaba. La oscuridad era sofocante, intentó levantarse para buscar agua, pero de nuevo se durmió y soñó otra vez que estaba hambriento como nadie lo había estado jamás, como nunca nadie lo había podido imaginar. Un rugiente afán, angustia y deseo le invadía. Se mordía las manos y gemía. Entonces, en medio del dolor, vio dos manos que partían pan y que le daban un trozo que devoró y se sintió satisfecho; la voz volvió a decir: «Esta es mi verdad, y sólo ella puede aliviar el hambre.»

Estaba en las peores ciudades. Podía contemplar la curva de un mundo que humeaba. Caminaba a través de ciudades destruidas, cuyas ruinas se extendían de horizonte a horizonte bajo un cielo tenebroso. No había luna, estrellas, sol ni esperanza. Las ciudades despedían humo como chamuscados esqueletos. Entonces, muy a lo lejos, Lucano vio la estrella que había contemplado de niño. El astro se movió y empezó a seguirlo, corriendo furiosamente y mientras lo hacía, oyó un coro de poderosas voces, cantando desde la eternidad, igual que si inmensas multitudes cantasen regocijadas. Entonces exclamó:

— ¡Esperadme, estoy perdido!»

Sus sueños se hicieron más confusos, más insistentes, mezclándose unos con otros, surgiendo, separándose, ascendiendo en espiral hacia la nada, alzándose clamorosos, más confusos, más preñados de terror y profecía. Luchó por despertarse y un rayo de luz de sol, procedente de la ventana, iluminó su contraído rostro. Alguien le ofreció una mezcla de agua y vino colocándolo junto a sus labios y dijo:

—Estás enfermo. Bebe y descansa.

Volvió a dormir de nuevo. Pero le parecía como si estuviese en un lecho de fuego y se quejaba. Unas manos le movieron y se sintió empapado igual que si estuviese sumido en una inundación.

Oyó cercanas voces apagadas, después de un periodo que a él le pareció de siglos. Miró a su alrededor pero no pudo ver nada, sino la luz de los faroles relumbrando como un arco iris. Un sabor cálido y amargo llenaba su boca; tragó y toda su garganta quedó inflamada.

Una húmeda frialdad le rodeaba y se estiró con lentitud. Sintió que le alzaban la cabeza y que vertían agua por entre sus labios. Las linternas aparecían y desaparecían, el sol salía y se ponía. La luna brillaba a través de la ventana, pero mientras la miraba, veía las estrellas en su lugar. Las mañanas sucedían a los atardeceres, para de nuevo volver a amanecer. Dijo en alta voz: « ¿Estoy muerto?», pero nadie le respondió. Se sintió exhausto, su cuerpo carecía de peso, pero su cabeza era un globo de llameante cristal. Deseó descansar, pero las pesadillas se amontonaban sobre él.

Una mañana, en un fría y perlado amanecer, se despertó y vio un extraño que movía la cabeza junto a él, vestido de blanco. No se podía mover; podía oír el ruido del barco y los chasquidos de las velas. Una lluvia gris golpeaba contra la ventana y percibía el ruido que hacía sobre las ondulantes cortinas. El extraño, sentado en una silla, tenía la cabeza caída y dormitaba. Pero Ramus no estaba allí.

De pronto Lucano, con repentina claridad y calma, supo que había estado peligrosamente enfermo durante largo tiempo. Permaneció quieto, gastado, su carne húmeda y cansada pero la mente clara. ¿Qué clase de fiebre le había asaltado? No sospechó su presencia ni tuvo ninguna indicación de su progreso de la enfermedad. Se revolvió en la cama y notó la humedad de las colchas producida por su propio sudor. Pensó en sus sueños y se sintió abrumado por los recuerdos.

El extraño gruñó y se estremeció, movió la cabeza, abrió los ojos, y viendo que Lucano le miraba se inclinó sobre el enfermo y dijo;

—Has estado enfermo de fiebres durante catorce días, señor, pero ahora te estás recobrando. Soy el médico de a bordo. Durante muchos días no creí que pudieses vivir. Pero gracias a los dioses la vida ha vuelto a ti.

Lucano trató de hablar, pero sólo emitió un murmullo.

—Ha sido la malaria, sin duda.

—No, señor; ha sido una enfermedad misteriosa. Te he cuidado desde que tu siervo desapareció y todos los pasajeros te han oído gritar a través de las paredes.

Lucano permaneció muy quieto, mirando al otro hombre. Se humedeció los secos labios y el médico le dio agua, bostezando y sonriente, contento de que su paciente hubiese vuelto a la vida. Luego Lucano dijo con un ronco susurro:

— ¿Ramus? ¿Se ha ido?
—Sí, señor. Pero, ¿qué puedes esperar de los criados, que son desleales, egoístas y no se preocupan sino por ellos?...
—Cuando el barco atracó a media noche, la primera de nuestro viaje, debió de dejar el barco, abandonándote, porque no ha sido visto desde entonces. Ah, dejó una carta para ti, en esta tableta que hay sobre la mesa.
—Léemela —rogó Lucano y quedó sumido en su debilidad. El médico, encogiéndose de hombros, levantó la carta y empezó a leer. La luz perlada se mezclaba entonces con un sonrosado tono dorado y el barco cabeceaba suavemente. Ramus había escrito:

«Perdóname, señor, porque debo abandonarte cuando el barco atraque a media noche. Debo ir al encuentro de Aquél a quien he estado buscando y cerca del cual el centurión nos ha hablado al atardecer. Miré a ver si estabas despierto, pero estabas dormido y creí que sería mejor no esperar, porque tú me hubieras rogado y no hubiese podido dejarte. Le que he estado buscando durante toda mi vida está en Israel y cuando le vea quitará la maldición que pesa sobre los hijos de Cam; yo hablaré de nuevo y le adoraré. Te dejo con oraciones y lágrimas, porque te amo más que a mi padre y hermanos; tú no has sido mi dueño, sino mi amigo.»

Lucano pensó desolado en aquel solitario hombre oscuro, mudo y sin ayuda, marchando a pie en busca de su esperanza. Sería siempre un extraño, sólo podía hacerse entender por gestos. Tendría que atravesar bosques, desiertos, desoladas montañas, ciudades hostiles y pueblos enemigos. Encontraría hombres hostiles, podría morir de hambre, de sed, o ser atacado por bestias salvajes, incluso podía ser apresado y vendido de nuevo como esclavo. Las lágrimas empezaron a brotar débilmente de los ojos de Lucano y volvió la cabeza contra la almohada, pero finalmente se durmió y cuando volvió a despertarse a la hora del sol poniente, su fuerza había vuelto a él en forma incomprensible. Se había quedado delgado, pero de nuevo se sentía fuerte.
Aquella noche envió a buscar al centurión, y le mostró la carta de Ramus, diciendo amargamente:
—No dudo de que creas que dijiste la verdad y que para ti todo ocurrió como dijiste. Por mi parte, como médico, tengo mi propia explicación. Pero tu cuento intempestivo, Antonio, ha enviado a mi amigo a la muerte segura.
El centurión respondió gravemente:
—No, le he enviado a la vida.

CAPÍTULO XXXVIII

¿No es hora, hijo mío, de que me lo digas? —preguntó Iris mientras ella y Lucano permanecían sentados en los jardines, aquel otoño.
—No tengo nada que decir —respondió Lucano con voz sombría.
Su laxitud, más espiritual que corporal, no le abandonaba. Su hermana Aurelia hacía seis meses que se había casado y esperaba un niño en el hogar de su esposo.
—Me sentiría feliz si no nos dejases otra vez —dijo Iris con un suspiro meditativo—, quizá no debiera haberte obligado a hacerme confidencias, porque acaso puedas volverte a inquietar y marcharte.
Él trató de sonreír, pero todo representaba un esfuerzo para él. Estaba sentado con ella, expuestos a la fría luz del sol y sus ojos contemplaban las desnudas ramas de los árboles, inclinadas como oro dorado y resaltando contra el azul cielo. Una fragancia de vino, manzanas, laurel y dátiles maduros llenaba suavemente el aire brillante. Las distantes montañas tenían el color de las ciruelas. Lucano pensó que el rostro de su madre apenas había cambiado durante aquellos años. Su traslucida blancura era como la de una muchacha; su cuerpo se conservaba esbelto, sus ojos retenían un tímido encanto, sus manos eran castas y puras.
—Cuando me vaya, Prisco y su familia permanecerán contigo en esta casa y además está mi hermano Cayo Octavio. ¿No te sientes feliz porque tu hija política y los niños estén ahora contigo? La casa resuena con sus risas.
—Olvidas —dijo Iris— que tú eres el hijo de mi juventud. Tengo ahora cincuenta y cinco años, he sobrepasado la edad normal y soy ya vieja; mi memoria vuelve a los días en Antioquía, te veo como un bebé, sobre una manta, junto a mis pies, en el sol, mientras hilo mis tejidos. Ni Prisco, ni Aurelia, ni Cayo me son tan queridos como tú, mi extraño, mi muy extraño hijo.
Lucano, sentado junto a ella, en el pórtico exterior, alargó la mano y la colocó sobre las de ella e Iris le sonrió con los ojos llenos de lágrimas.
—Si al menos te hubieses casado —murmuró, y alzó la mano de su hijo hasta sus mejillas por un momento—, si te hubieses casado con Sara bas Eleazar. He llegado a amarla como si fuese mi hija, desde que vino aquí en verano y permaneció con nosotros para recobrarse de la fiebre que aquejaba a sus pulmones. Ella te admira y te ama como yo admiraba y amaba a Diodoro. ¿Qué mayor tesoro hay en el mundo que el amor? Te ha seguido a muchas ciudades y puertos, ¿por qué la has rechazado siempre?
—Te lo he dicho, madre. No hay lugar en mi vida para el amor de una esposa, de hijos y de un hogar tranquilo. Una vez me dijiste que era egoísta. Quizá dijiste la verdad. Ahora ya no sé nada, soy como la

cáscara de un coco, flotando sin rumbo en el mar, vacía de su parte viva, moviéndose hacia dentro o fuera, según el impulso de la marea que la arrastre. Hubo un tiempo, cuando di la batalla, pero he dejado de luchar, porque mi mismo espíritu está cansado hasta la muerte y nada me parece importante. No he dejado esta casa porque me ha faltado la voluntad para abandonarla. Te he herido, perdóname. Pero tú eres alguien a quien debe ser dicha la verdad.

Volvió su rostro y ella vio su perfil, firme y pálido como una piedra, gastado por los años y con un aspecto ascético. Luego él añadió:

—Hubo un tiempo, cuando sabía lo que quería y estaba lleno de fuego. Hubo un tiempo cuando me levantaba cada mañana, listo para la batalla. Pero ahora me estoy acercando a los cuarenta y podría ser que mis fuerzas vitales se estuviesen secando y que el cansancio propio de la edad esté apoderándose de mí. Recuerdo que José ben Gamliel me citaba sus escrituras, aunque no recuerdo las palabras exactas. Era una admonición a los jóvenes para que no olvidasen a su Creador en los días de su juventud, antes de que llegasen los días de saciedad y el cansancio se apoderase de ellos y tuviesen que decir: no tengo placer en ellos.

Lucano sonrió ligeramente y con cansancio.

—No he olvidado nunca a Dios. Me ha perseguido durante toda la vida, hasta hace pocos años, pero de pronto se apartó de mí y dejó el campo donde habíamos batallado diariamente. Echo en falta a mi viejo adversario —y por primera vez en meses Iris percibió un humor amargo en su voz.

—Pero Keptah me dijo que Dios nunca abandona a los hombres —respondió Iris.

Lucano se encogió de hombros.

—Te aseguro que Él me ha dejado. Hay un gran silencio donde estuvo antaño. Ya no contendemos en nada. Quizá porque sabe que ha ganado y ya no soy su digno contendiente. Mi vanidad está herida. Y se echó a reír un poco. Pero Iris sabía que su hijo no estaba tan flácido como él mismo creía. Le había oído una noche en la gran biblioteca de Diodoro, había oído sus paseos. Podía sentir su inquietud interminable, como si estuviese buscando algo. Mucho tiempo después de que todos durmiesen, su lámpara aún ardía, algunas veces hasta el amanecer. Un hombre totalmente desinteresado, sin fuego, caía en apatía. Pero los ojos de Lucano seguían angustiados y atormentados.

— ¿Qué es lo que quieres, hijo mío? —preguntó Iris llena de dolor y piedad.

—No deseo nada. Puedo, con toda seguridad, decirlo. No deseo nada. Y esto es lo terrible.

La conversación le había cansado e Iris se percató de ello por lo que quedaron contemplando el caer de las hojas de los árboles, el teñirse de luz las copas de los cipreses, mientras las montañas se oscurecían. Después de un prolongado silencio, Iris dijo:

—Temía el momento en que conocieses a Clodio.

—Me sentí abrumado cuando le vi; ese joven inutilizado en la niñez por la parálisis e incapaz de andar sin la ayuda de dos esclavos fuertes. ¿Qué es lo que mi hermana que es tan hermosa, desea en tal hombre? Pero me preguntaba esto antes de que la luz se hiciese en mi mente.

Se había sentido abrumado cuando Clodio llegó a su casa para ver a su novia, a él y a su familia. El joven tenía un rostro sencillo y amable, ojos oscuros y rasgos delicados. El aguileño perfil de patricio romano tenía en él un tono suave. Poseía una expresión soñadora y abierta. Lucano había esperado, ansiosamente, que por lo menos poseyese alguna inteligencia, algún poder interno, alguna fuerza de espíritu o carácter, pero Clodio era tan límpido como Aurelia, tan poco complejo y tan reservado.

¿De qué hablarían los dos? Lucano les escuchó sin ningún sentimiento de comprensión. Deseó saber. De pronto la verdadera y sencilla verdad llegó hasta él; amaban a todas las cosas, sin reserva, sin malicia, sin hipocresía, tanto si era un esclavo como si era una hoja, un perro o un caballo, la hierba, el hombre o un pequeño animal asustado. Al principio Lucano se sintió abrumado. El mundo les robaría su amor. Era aniñado y estúpido creer que vivían en un brillante y encantador jardín, donde nunca se introduciría el mal. Pensó en el tiempo cuando la muerte entrase en su casa y golpease al amado niño, o al querido criado, o uno de ellos mismos. Pensó en la enfermedad que ensombrecería su hogar, en la ansiedad natural de los vivos, la petulancia, la irritación o alguna clase de enfermedad sin remedio. ¿Qué ocurriría entonces con el jardín y con el amor?

Un día encontró a su hermana sola jugando con unos perrillos en el jardín, se sentó junto a ella e intentó hablarle de aquellas cosas. Habló como quien habla a un niño y ella escuchó sonriente, sus sonrosados labios entreabiertos, sus grandes ojos marrones, suaves y cariñosos. «No me comprende en lo más mínimo», se dijo a sí mismo con impaciencia. Pero entonces Aurelia había dicho: «Te comprendo hermano mío. Clodio y yo hemos hablado acerca de esto muchas veces. Sin duda sabemos que el mundo está lleno de dolor, muerte, injusticia y miseria. ¿Acaso no tenemos ojos? ¿Es que somos niños? Hemos visto y hemos oído.»

Había levantado un perrillo entre sus manos y le había besado la pequeña cabeza. Lucano podía oírla murmurar palabras afectuosas al animal. El perrillo saltó sobre sus hombros, colocó su nariz sobre su regazo y pareció contento.

«Pero —añadió Aurelia—, también sabemos que el amor es inagotable, y que siempre habrá algo que amar. El mundo está lleno de cosas que amar. Toda una vida no es bastante para el amor.»

Lucano habla pensado con excitación. ¡Qué increíble y digna de lástima es esta inocente!

Aurelia le había sonreído con ternura.

—Crees que somos niños sin razón ni comprensión. Crees que somos vulnerables. Yo esperé a Clodio, aunque no conocía su existencia hasta que llegó a esta casa con sus padres. Pero le conocí instantáneamente. No tenemos miedo a la vida, Lucano.

Aquello dejó a Lucano completamente asombrado. Había mirado al fondo brillante de los ojos de su hermana, no sólo como hombre, sino como médico. Pero vio una luz pura, amable y fuerte. Aurelia, sentada en la hierba como una niña cerca de su hermano, inclinaba la cabeza sobre sus rodillas en completa confianza.

—No soy sabia, Lucano, porque los libros son viejos y el mundo es joven y está lleno de gloria, pero cuando vi a Clodio recordé que Keptah me había dicho en cierta ocasión: «Sócrates afirmó que un hombre bueno no teme ni a esta vida ni a la muerte.»

—El mundo está lleno de maldad a la vez que de belleza —dijo Lucano con dureza.

—Es porque odia y no ama —respondió Aurelia.

Un perro cruzó ladrando los jardines y Aurelia le llamó y levantándose fue a consolarle y jugar con él. Lucano se quedó de nuevo solo y muy quieto. Cuando se levantó para entrar en la casa murmurando, se sintió tan frágil como un pergamino sobre el que nada se hubiese escrito.

—Serán siempre felices —dijo luego a su madre—, no habrá nunca fin a su felicidad y a su amor, Confieso que es para mí un gran misterio a pesar de que no soy joven.

Iris le sonrió y de pronto le pareció que su madre era muy parecida a Aurelia.

—Estoy contenta —murmuró—, sí, estoy contenta porque uno de estos días, lo siento en mi corazón, encontrarás un amor y una gran felicidad.

Sara has Eleazar entró en el jardín y encontró a Lucano solo. Andaba lentamente, porque había estado enferma durante varios meses, y era huésped de aquella casa donde todos la amaban por su bondad y amabilidad. tenía entonces treinta y cinco años, ya no era joven, pero sus ojos violeta eran tan radiantes como cuando era una niña y su dulce y elegante rostro parecía esculpido y tenía una pálida serenidad mezclada con un poco de tristeza. Su ligera figura iba cubierta por un vestido de lana del color de sus ojos, que Iris había hecho para ella, a fin de que abrigase y calentase su enfermo cuerpo y llevaba además una toquilla blanca sobre los hombros. Llevaba peinado su oscuro cabello, cruzado de gris, en un sencillo moño trenzado sobre la cima de su pequeña cabeza y en su bella boca brillaba una ligera sonrisa. Tenía las mejillas arreboladas y a medida que se acercaba a Lucano, y éste salía a su encuentro, fue la primera cosa que inevitablemente veía de ella, especialmente en los atardeceres. Tenía sus manos anormalmente cálidas.

Recordó que Hipócrates había recomendado a los médicos que no tratasen personalmente a aquellos que amaban, porque o cerraban sus ojos contra la verdad que sospechaban o eran arrastrados a una gran ansiedad.

— ¿Has tosido mucho hoy, mi querida Sara? preguntó mientras la conducía hacia la silla donde Iris había estado sentada y abrigaba sus débiles hombros cariñosamente con la toquilla para protegerla de la frialdad del atardecer. Ella le sonrió dulcemente.

—No, he tosido muy poco en los últimos días, Lucano.

—Has rehusado los buenos oficios de los mejores médicos de Roma, Sara. Debes permitirme que llame a alguno para que te examine.

Ella colocó su mejilla contra la mano que reposaba en su hombro.

—Estoy muy bien, no te alarmes. Tú eres bastante médico para mí.

Miró hacia las montañas en plena calma y paz.

—Me sentiré triste al dejar tu casa, pero debo volver a Jerusalén para los días santos. Me marcharé pasado mañana.

—Pero aún no te has recobrado. El viaje será terriblemente pesado. ¿Sara sabes que he permanecido aquí a causa tuya?

Ella sonrió de nuevo, porque sabía que esto era sólo una parte de la verdad.

—No estés preocupado, siento nostalgia por mi gente.

Se sentó a su lado, inclinándose hacia ella, estudiando su frágil perfil, que tan puro como un camafeo resplandecía iluminado por la dorada luz del atardecer. Si Sara estuviese enferma, se dijo a sí mismo, no poseería aquella calma. La carne, cuando presiente su propia calamidad, manifiesta intranquilidad en el parpadeo de los ojos, distensión de las narices, la tensión en los labios. Su penetrante mirada de médico no podía encontrar ninguna de estas señales en el rostro de Sara. La expresión de Sara, como siempre reflejaba un pacífico gozo y una plena esperanza.

Se sentó junto a ella en silencio, sus manos en las de ella; podía notar los frágiles huesos de sus dedos, la suavidad de su piel sedosa. Contemplaron las montañas y el valle durante largo rato. Lucano pensaba para sí mismo: « ¿Por qué no me caso con ella y retengo junto a mí a esta amada mujer a quien he amado durante tantos años? He recorrido todo el mundo, porque carezco de hogar y siempre he huido del amor. Es posible que mi laxitud, mi vaciedad, mi desesperación inútil, el sentimiento de haber perdido o no haber alcanzado nunca el significado de la vida, sea resultado de mi falta de raíces. Si me caso con Sara, tendría un hogar, una casa, una amada compañera para el resto de mis días. Puedo comprar una pequeña posesión, una villa, donde podríamos tener nuestros propios viñedos y árboles frutales y, aunque es muy tarde ya, quizá un hijo. Me he privado de lo que los hombres buscan durante toda su vida.»

Se movió con acceso de antigua inquietud. Luego dijo a Sara inclinándose hacia ella, ignorando el triste estremecimiento que se había apoderado de él.

—Sara, amada mía, ¿quieres casarte conmigo y permanecer junto a mí en Roma y construir un hogar en mi compañía?

Su tranquilo perfil permaneció tan quieto, tan inconmovido mientras miraba las montañas, que creyó que ella no le había oído absorta en sus pensamientos.

—Estoy vacío —dijo luego, y puso la mano sobre sus labios.

Sara respondió

—Estás vacío a fin de que puedas ser llenado con gozo y paz, más allá de cuanto imaginas, Lucano. El amor me dice esto, pero no me dice cómo. No, Lucano, no puedo casarme contigo, porque al casarme contigo te apartaría de tu propio destino. Lo que tú debes encontrar no está en mis brazos. Dios llama a los hombres de sus ciudades, de sus hogares, de sus esposas e hijos, de aquellos a quienes aman y Su voz no puede ser desatendida. Él te ha llamado a ti.

—Esto no tiene sentido —dijo Lucano—, estoy vacío porque he rehusado amar por temor a lo que el amor puede hacer a un hombre. He tenido miedo de vivir, Sara, y ahora te pido que vivas conmigo como mi esposa.

Ella movió su cabeza con gesto negativo, ligero pero firme.

—No puede ser, Lucano. Una vez, cuando dejaste Alejandría, creí que sería posible. Pero a lo largo de todos estos años he sabido que era imposible, porque tú perteneces a Dios. Deseas conocerle, con un terrible deseo, y serás satisfecho, porque tú eres Suyo.

Sara había partido ya. Lucano permaneció solo con su familia. El viejo y enfermizo sentimiento de intranquilidad se había apoderado de nuevo de él. La casa estaba llena, pero no había nadie con quien él pudiese hablar y se maravillaba de ello. Estaba su hermano soltero Cayo Octavio, eternamente ocupado con sus libros, un joven serio que viviría por cuenta propia una vida absorta y secreta. Lucano sabía que poseía un gran intelecto, pero cosa extraña, con él podía hablar menos que con ningún otro en la casa. Existía un gran formalismo y cortesía entre los hermanos, pero Lucano no podía penetrar la reserva del hermano más joven. «¡Estos pedantes! —Se decía a sí mismo—, son estrechos y orgullosos. Tienen opiniones propias y son contenciosos. Viven en la cima de una montaña blanca, donde reinan solos.»

Prisco, un alegre y feliz soldado, volvió al hogar de regreso de sus campañas con Druso, a quien nunca había criticado por sus manifiestas tonterías y falta de organización, sino simplemente había hablado de ellas en tono humorístico. Lucano le amaba como el mejor de los hermanos. Se preguntaba, sin embargo, si Diodoro le hubiese encontrado tan satisfactorio, porque Prisco aceptaba todo con un chiste y con sencillo contento y nunca se ponía serio con respecto a ninguna cosa. Su rostro redondo y moreno, sus ojos marrones, le recordaban desgarradoramente los de Rubria. Tenía sus alegres maneras, su amor, su rápida risa y sus guiños. Amaba la guerra y amaba la paz; amaba el deber y amaba a su familia. Nunca estaba más contento que cuando tenía huéspedes en casa; tenía muchos amigos a los que visitaba y quienes le devolvía las visitas. Era evidente que disfrutaba de la vida, no pedía cosas excesivas de ella; amaba los juegos, los teatros, el juego de dados, los gladiadores, las tardes bebiendo con sus compañeros, los chistes y la alegría y buen humor. Adoraba a sus niños. Cuando Lucano hablaba de política, se sentía tan aburrido como Aurelia y cambiaba de asunto con un ancho guiño y una sonrisa, para marchar luego a inspeccionar su granja. Lucano sospechaba que Prisco, que le amaba también, le encontraba a la vez aburrido.

Sin embargo, Prisco era el cabeza de la familia y Lucano sentía la creciente necesidad de hacer que el exuberante capitán considerase el mundo en que vivía con seriedad. Tenía una gran fortuna; poseía influencia política y militar. Tenía hijos, y esto era más importante que todo lo demás. Por lo tanto, una noche Lucano llamó a Prisco a sus habitaciones y el soldado fue mostrando sus fuertes piernas morenas, vestido con una túnica sencilla. Había estado jugando con sus hijos antes de acostarles, su tosco cabello negro estaba revuelto y sus amplios labios rojos sonreían. Saludó a Lucano con afecto, pero su corazón se estremeció cuando vio la sobria expresión de su hermano mayor.

Prisco trató de evitar lo que temía iba a ser una conversación pesada, haciendo comentarios sobre la cosecha de uvas, la condición de los campos, sus planes para poblar la corriente con más peces, renegando suavemente de la actitud inútil de los esclavos y libertos, sus sospechas acerca de la honradez de los encargados. Su voz denotaba felicidad, su rostro no estaba contraído, sus modales eran naturales.

Lucano dijo:

—Como sabes, Prisco, voy a marcharme pronto. Debes comprenderlo conmigo; eres el cabeza de esta casa y cuanto piensas y haces es de la mayor importancia, no sólo para tu familia, sino para tu país.

—Oh, sin duda —dijo Prisco, cogiendo un racimo de uvas purpúreas de un plato que estaba sobre la mesa. Luego suspiró; tenía paciencia y amaba a Lucano—. Siempre cumplo con mi deber; lo encuentro fácil, debo confesarlo.

Se sentó y empezó a comer las uvas, disfrutando de ellas, escupiendo los huesos en su mano y poniéndolos en una pequeña pila sobre la mesa, porque era muy limpio.

—Tu verdadero deber —dijo Lucano— no es fácil.

—Así me lo has dicho con frecuencia —respondió el soldado. Limpió una manzana frotándola contra la manga de su túnica—; pero nunca te comprendo y tú no me lo perdonas.

—Sospecho que me entiendes demasiado bien —dijo Lucano sombrío. Prisco mordió la manzana y ofreció el plato a Lucano que éste rechazó impacientemente. Prisco se encogió de hombros.

—Todo demasiado cierto, quizá —dijo—, pero he nacido varios siglos atrasado, según creo. ¿Qué puedo hacer yo respecto a Roma en mi propia generación? Seamos razonables, Lucano.

Sus morenos ojos se quedaron repentinamente serios, un poco duros cuando miró a su hermano mayor.

—Tu padre murió haciendo lo que pudo.

Las gruesas cejas de Prisco se fruncieron. Masticó la manzana distraído. Luego dijo:

—Sí, y como tú has dicho, murió. ¿De qué sirvieron sus consejos y su muerte? ¿Acaso movió algo a algún hombre? ¿Hizo que algún senador corrupto fuese menos corrompido? ¿Inspiró a un Cicerón o a un Cincinato? ¿Hizo a César menos de lo que es? Recuerdo que tú me dijiste que César no se apoderaba del poder; lo pone en sus manos un pueblo degenerado que ha perdido sus virtudes y su fortaleza y que prefiere la seguridad a la hombría, la facilidad al trabajo, los circos al deber. ¿Levantó la conciencia de un solo hombre lo que mi padre dijo el día que murió? ¿Fue siquiera escrito para las edades venideras? No. Él no podía, ni siquiera habiendo gastado toda su vida, hacer una sola cosa para detener el curso de la historia.

—Me comprendes mal, Prisco. Sé que era inevitable que Roma llegase a lo que es. Las repúblicas decaen y se transforman en democracias y las democracias degeneran en dictaduras. El hecho es inmutable. Cuando hay igualdad, y las democracias siempre traen igualdad, el pueblo se sabe anónimo, pierde el poder, la iniciativa, el orgullo y la independencia, pierde su esplendor. Las repúblicas son masculinas y por lo tanto producen ciencia y arte; son orgullosas, heroicas y viriles. Reverencian a Dios y le glorifican. Pero Roma ha decaído hasta llegar a ser una confusa democracia y ha adquirido rasgos femeninos, tales como el materialismo, la avaricia, el deseo de poder, la conveniencia. La masculinidad, en las naciones, se demuestra por la ley, el idealismo, la justicia, la poesía; la feminidad, por el materialismo, la dependencia respecto a otros, el tosco emocionalismo, la ausencia de genios. La masculinidad busca lo que es justo, la feminidad busca lo que satisface de forma inmediata. La masculinidad es visión. La feminidad ridiculiza la visión. Una nación masculina produce filósofos y siente respeto por el individuo; una nación femenina siente un insensato deseo de controlar y dominar. La masculinidad es aristocrática; la feminidad no tiene aristocracia, y es feliz sólo cuando encuentra multitudes de rostros que se parecen unos a otros exactamente y una multitud que se haga eco de sus propios sentimientos diminutos, miedos, deseos y tonterías. Toma se ha hecho femenina, Prisco, y las naciones femeninas, como los hombres afeminados, inevitablemente mueren o son destruidas por pueblos masculinos.

Prisco aún intentó quitar importancia al asunto. Dijo en tono un tanto jocoso:

—Mis soldados, las legiones de Roma, no son hembras, Lucano.

Pero frunció el ceño y se quedó pensativo. ¿Qué podía hacer un hombre?

Se sentía absolutamente impotente cuando el pueblo unánimemente prefería la suave esclavitud a la dura libertad. Por lo tanto Prisco le dijo:

—Concedo que tengas razón. Pero te he dicho que mi padre nació demasiado tarde. Murió con el corazón roto. Yo he nacido más tarde aún. No quiero morir con el corazón roto. ¿Qué valor tiene el que un hombre solo intente ser sobrio y heroico? No conduciría a nada.

—De nuevo no me entiendes, Prisco. Comprendo que no puedes detener la historia, porque la decadencia y la muerte son inevitables para las repúblicas. La única sociedad que puede sobrevivir con grandeza en el mundo es la sociedad aristocrática, gobernada por hombres sabios y escogidos, sacerdotes, científicos, héroes, artistas, poetas, filósofos. Las repúblicas incuban políticos exigentes y esos políticos, siempre, sin fin, producen las democracias y la muerte. ¡Si al menos los hombres velasen diligentemente, a fin de que la masculinidad no desapareciese de la nación! Pero esto no ocurre nunca. Prisco, tú, como esposo y padre, y muy particularmente como padre, puedes cultivar la masculinidad de hombres libres y nobles en tus hijos. El hombre debe empezar siempre con su propia familia y luego extenderse hacia sus vecinos. Puede fracasar, pero por lo menos ha intentado hacerlo. No es por el fracaso que un hombre debe ser juzgado, sino por su falta de esfuerzo. A fin de cuentas el hombre es juzgado individualmente y nunca en masa.

Prisco se sintió anonadado.

—Yo no he hecho este mundo, Lucano. No puedo cambiarlo. ¿He de golpear mi cabeza contra una pared y aplastar mi cráneo? Vivo mi vida en la forma más útil que me es posible, sirviendo a mi país, cerrando mis ojos a sus fatales defectos que no puedo eliminar, disfrutando de la existencia, de mi familia, mi hogar, mis amigos. Perdóname, pero pese a tu filosofía, tú nunca has disfrutado de la vida. ¿Quién es entonces más afortunado?

— ¿Vale la pena vivir para todo eso, Prisco? —Preguntó Lucano tristemente, sabiendo bien que su hermano le había comprendido—. ¿Simplemente para disfrutar de la vida? Sin duda que el hombre tiene un destino más grande. Tu vida tiene mayor significado más allá de este mundo.

Prisco se levantó, estiró los brazos sobre su cabeza y bostezó:

—Debes decirme, Lucano, en qué consiste ese significado. —y al decir esto no había ningún tono de burla en su firme voz.

Lucano quedó silencioso. De pronto pensó en Keptah, en José ven Gamliel, en todos los filósofos y hombres religiosos que había conocido. Luego añadió con tono vacilante:

—Es posible que el destino del hombre esté más allá de la muerte, y lo que hace aquí abajo decida su destino.

—Tú no crees esto —dijo Prisco riendo, eres el más escéptico de los escépticos. Te he oído hablar muchas veces de esta cosa.

Lucano quedó silencioso y se despreció a sí mismo. Vio la tremenda responsabilidad de los adultos, tanto si eran padres como hermanos, que deben siempre enseñar a los jóvenes que son algo más que animales, que su vida tiene un sutil y mayor significado que el que aparece en la superficie. Lucano se llevó la mano a la cabeza que repentinamente había empezado a dolerle. Prisco, mirándole, achicó los ojos.

—No te acuses a ti mismo, Lucano. Siempre hablaste convencido, aunque fuese amargamente. ¿Podías haberme hecho diferente de lo que soy? No.

«Sí», pensó Lucano con un nudo en la garganta. Luego dijo:

— ¿Estás siempre satisfecho, Prisco? ¿No deseas nada más que lo que tienes?

Fue posible que Prisco vacilase Lucano le miró con esperanza. Prisco se quedó muy serio; se rascaba la barbilla con un gesto distraído y flexionaba sus musculosos brazos. Luego habló, como dirigiéndose a sí mismo.

—He oído rumores en mi última campaña, rumores tontos, acaso. Llegaron de Siria o quizá de Armenia, o Egipto, o Israel. No lo recuerdo. El rumor dice que Dios se está manifestando a sí mismo en algún sitio y que cambiará este mundo muy pronto.

Miró a Lucano y rió maliciosamente.

—Naturalmente que son rumores tontos. Nuestra religión está llena de manifestaciones de la divinidad; los dioses se ocultan siempre, se meten con el hombre, o disputan ampliamente entre ellos. Sin embargo —e hizo una pausa—, este rumor parece diferente. Una gran revelación está a punto de manifestarse, según dice el rumor. El mundo será regenerado.

Golpeó con su mano el hombro de Lucano.

—Ten alegría, querido hermano. Quizá no todo esté perdido.

Se marchó taconeando. Si Lucano hubiese escuchado, hubiese percibido que los pasos de Prisco no eran tan firmes como de costumbre, que se habían hecho un poco perezosos, como si el soldado fuese pensando. Pero Lucano no le oyó. Un gran terror, un gran deseo, una gran inquietud se había apoderado de él y recordó, aunque trataba de no recordar, sus terribles sueños, mientras estuvo enfermo de fiebre.

CAPITULO XXXIX

No podemos desembarcar en Creta, mi señor Lucano —dijo el capitán del barco.

— ¿Por qué? —preguntó el griego preocupado—. Tengo cuatro pacientes allí a quienes he prometido visitar esta vez, porque están bajo mi cuidado.

—Señor, es el amanecer —dijo el capitán significativamente—, y si me acompañas al puente te mostraré la razón del por qué.

Lucano le acompañó al puente superior. El tranquilo mar azul, teñido por la luz sonrosada del amanecer, les rodeaba por completo; no estaban muy lejos de Creta, verde e iluminada por los primeros rayos de sol, rodeada por un vaporoso halo de neblina. Un enorme buque de guerra permanecía cerca del puerto, sus altas velas blancas ondeando perezosamente bajo la brisa del amanecer, sus mástiles destacados contra el cielo. A su alrededor, como pequeños peces rodeando a una madre, existía una febril actividad de pequeños botes que parecían estar completamente llenos de gente, listos para subir a bordo del barco de guerra bajo un torrente de latigazos. Sus quejumbrosas voces, frágiles y lejanas, rodaban como un eco por encima del agua.

El capitán se inclinó sobre la barandilla y se escarbó los dientes con un gesto meditabundo. Era un moreno levantino muy pillo, de oscuro bigote.

—Ha habido una insurrección —dijo mirando con interés—, la gente de esa ciudad, inspirada por jóvenes, se atrevió a desafiar a Roma y pidieron la libertad. ¿No es ridículo que una isla tan pequeña —y toda la isla está en ebullición— desafíe el poderío y potencia de Roma? ¿Qué es lo que han ganado? Las calles están cubiertas con cadáveres de jóvenes; hombres, mujeres y niños, en multitudes, han sido detenidos y esclavizados y ahora les llevan a Roma para venderlos. ¡Pobres locos, no tienen ni la más mínima esperanza! Pero he oído que mientras luchaban, se dirigieron a los griegos, los sirios y los egipcios, para que se uniesen a ellos en la batalla por la libertad. Recibieron sólo expresiones de simpatía o silencio. Me han dicho que enviaron correos con antorchas, durante meses, por todo el mundo, pidiendo un alzamiento general contra la tiranía romana. Pero los otros prefirieron manifestar su aprobación moral en sus cortes de leyes y se marcharon tranquilamente a comer. Otros países, según he oído, se apresuraron a asegurar a los procónsules romanos y a los tribunos que no tenían intención de unirse al desorden y que sólo deseaban continuar subsistiendo amistosamente con Roma.

Se echó a reír roncamente.

Pequeños botes corrían rápidamente hacia el barco de guerra, cargados de rebeldes, como si deseasen aplacarle. Lucano podía ver las columnas de humo que se alzaban en la ciudad y pequeños puntos escarlata. Pensó en los cretenses que habían dado un furioso golpe contra el Imperio, rogando que las naciones sometidas se uniesen a ellos. Pero estaban solos, como todos los hombres que luchan por la libertad están solos, y los pueblos pusilánimes, sollozando sentimentalmente por ellos, preferían continuar sometidos. Los hombres merecían la esclavitud, la sujeción, el sufrimiento, pensó Lucano con amargura. Nunca son realmente oprimidos, lo que ocurre es que permiten la opresión. Pero acaso el instinto de amor a la libertad vivía oculto en

todos los países con cuidado pero palpitante, puesto que una isla tan pequeña, un pueblo tan reducido, se atrevía a alzar las manos valerosas contra la Roma imperial. Lucano movió la cabeza. Era demasiado tarde. No podía sufrir los gritos, gemidos y quejidos de los hombres esclavizados, las mujeres y los niños y volvió a descender abajo. Su puerta se abrió sin que nadie llamase y el capitán entró, se sentó cerca de él en una silla y se le quedó mirando.

—La muerte —dijo el capitán— es siempre el precio que un hombre debe estar dispuesto a pagar en aras de su dignidad.

—Cuando el hombre pierde su dignidad, deja de ser hombre —dijo Lucano—; los cretenses han tenido su momento de gloria. Que Dios esté con ellos.

—Es evidente que nadie más estará —dijo el capitán suspirando—; pero posiblemente carecen incluso de la simpatía de los dioses que encuentran a los hombres deplorables.

El barco viró en redondo y partió. En el puerto siguiente Lucano recibió carta de su casa, pero ninguna, como había esperado, de Sara bas Eleazar. Prisco se había unido a Plotio en Jerusalén. Luego había escrito:

«Encuentro a los judíos muy interesantes. En la actualidad toda Judea se estremece con el nombre de un Maestro judío, un tal Jesús de Nazareth, que prefiere hablar con la plebe a unirse con los hombres sabios de la ciudad. El rumor que corre entre ese bullicioso populacho es que es el Mesías, uno acerca del cual existen profecías de hace siglos en las que afirman que les libraría de Roma. ¿No es esto ridículo? Los sacerdotes le desprecian como a un campesino descalzo. Va siempre acompañado de seguidores tan pobres como él mismo. Naturalmente, nadie importante le toma seriamente. Algunos de nuestros soldados declaran que hace milagros y que es un verdadero Dios; no hay que confiar mucho en la palabra de los ignorantes y nuestros soldados son supersticiosos. Me gusta Judea. El clima es saludable, la gente tiene modales rápidos. Más aún, se puede comer en las tabernas sin temor, incluso en las más humildes, porque toda la comida es escrupulosamente cuidada y servida. La noche pasada los oficiales fuimos invitados a cenar con Herodes Antipas. Es un hombre muy cauto, que en la actualidad parece estar muy preocupado. He oído que es casi abstemio, lo cual, posiblemente, es falso, porque bebió más que nosotros y luego rompió en sollozos y habló de un tal Juan a quien había asesinado por causa de su atrevida rebelión que hizo estremecer al pueblo. Esto ocurrió hace casi dos años; sin embargo, Herodes aún parece estar turbado por ello. Todo el país está en ebullición.»

Lucano leyó aquella carta una y otra vez y pensó en el centurión Antonio. Movió la cabeza. Un Rabbí judío, miserable, oscuro e iletrado. Se echó a reír ligeramente. ¿Era el Dios Desconocido como el centurión había declarado? Dios sin duda se manifestaría a sí mismo en la persona de un gran Rey, un poderoso hombre sabio, un noble, un patricio. Pero aquello estaba, sin duda alguna, de acuerdo con la experiencia mística de los judíos, que veían a Dios en todos los sitios. Luego Lucano pensó en Sara y lo que ella le había escrito hacía muchos años acerca de un hombre que se le había acercado a ella llamándola por su nombre y consolándola.

Consideró aquello. Se dijo a sí mismo que en todos los países corrían siempre rumores sobre hacedores de milagros, de rápidas apariciones de dioses vestidos de luz, de sucesos extraños. Un mundo reducido a la gris y monótona paz bajo los romanos se volvía hacia los mitos y supersticiones.

Sin embargo, una terrible intranquilidad se apoderó de Lucano. Sintió que Judea le atraía como si le arrastrase una irresistible marea.

Empezó a pensar en una visita a su hermano en Jerusalén e interiormente retrocedió ante la idea. No deseaba entrar en contacto con ninguno de los turbadores misticismos de los judíos. Había tenido bastante con José ben Gamliel.

En el puerto siguiente recibió numerosas cartas, no sólo de su hogar, sino de Sara y de algunos extraños de Jerusalén. Cuando leyó la carta de Sara se quedó tan quieto y frío como la piedra y una gran emoción se apoderó de él, porque supo que Sara había muerto. Ella le había escrito:

«Cuando esta llegue a tus manos, mi muy amado, mi muy querido Lucano, yo ya me habré reunido con mis antepasados, porque estoy muriendo. No te apenes, no llores. Alégrate conmigo porque he recibido la llamada de Dios, que nunca estuvo muy lejos de mí un solo momento de mi vida. Ruega por mí si quieres. Cuando dejé Roma sabía que la muerte estaba sobre mí y me sentí feliz. Volví a Jerusalén para morir en mi hogar, sin lamentos, sin deseos, sin ninguna aspiración mundana, porque iba a reunirme con mis antepasados y aquellos que me amaron. La muerte no es una calamidad para el que muere; es sólo una calamidad para aquellos que quedan atrás, porque la muerte es la liberación, el gozo, la paz eterna y la tranquilidad. Los días del hombre son cortos y llenos de pesadumbre. ¿Qué hay en el mundo que pueda ofrecerse como un consuelo? No te apenes, estaré contigo siempre y rogaré por ti y además nuestra separación es breve. Dios sea contigo y pueda concederte su bendita paz. Miraré hacia ti desde el cielo, cuando tengas esta carta en tu mano, y rogaré que no llores. Encontrarás a mi hermano Arieh. Antes de que fuese confinada al lecho vi a Aquel a quien tú estás buscando, me mezclé con las multitudes y toqué su vestido y Él se volvió hacia mí, me miró compasivamente y me dijo que tuviese ánimo y que mis oraciones habían sido respondidas. Trae a mi hermano a casa porque ahora no tengo ninguna duda de que le encontrarás. Pero sólo por un poco tiempo, querido Lucano. Beso tus labios y tus ojos.»

Lucano no lloraba como Sara había temido. No sintió nada en absoluto, sino una enorme vaciedad y silencio dentro de sí, un abandono de toda suerte de sensaciones. Leyó con calma las cartas de los extranjeros de Jerusalén, amigos de Sara, cartas asegurándole que había muerto sin dolor, que su cuerpo había sido depositado en el sepulcro de sus padres, que ella había exhalado su último suspiro con una pacífica sonrisa. Había también cartas de los abogados nombrados guardianes de la riqueza de la familia de Sara, que guardaban para el hijo de Eleazar ben Salomón, que ahora tendría unos veinte años de edad. Eran hombres escépticos, aquellos abogados. Sin embargo, Sara les había convencido. Tenían confianza en que Lucano encontraría al hijo de Eleazar, hermano de Sara, y le volvería a su gente.

Lucano dejó a un lado las cartas y bebió un poco de vino. Lo bebió con lentitud, preguntándose vagamente por qué no se alzaba en él una tempestad, por qué no sentía el profundo dolor por la muerte de aquella que tanto había amado. Luego, como médico, se dio cuenta de que estaba bajo los efectos de una misericordiosa insensibilidad causada por la impresión. Bebió más y más hasta que las paredes del camarote empezaron a vacilar. Bebió de nuevo y cayó sobre la cama y no se despertó durante veinticuatro horas. Cuando volvió a ser dueño de sí mismo, estaba violentamente enfermo y se sintió agradecido porque el dolor, la revulsión de su cuerpo, su turbada cabeza y su miserable estado físico le impedían pensar.

Días después, mientras el barco seguía su ruta, sintió que se estaba moviendo a través de un mundo vacío, Continuó su trabajo en silencio. Ya no sonreía ni siquiera un poco. Temía dormir; veía en sus sueños los rostros de aquellos que más había amado y perdido. Oía sus amantes voces. Y él les decía: «No me consoléis porque estáis muertos y en el sepulcro no hay ninguna memoria.»

Pasaron meses grises e incoloros, sucediéndose unos a otros como oscuros nubarrones, Escribía brevemente a su familia. Temía y temblaba cuando recibía sus cartas. Temía recibir nuevos golpes, nuevas noticias dolorosas. Pero Aurelia tenía un hermoso hijo y esperaba otro. Cusa tenía dos nietos. Cayo hacía planes para casarse con una virtuosa doncella, de una antigua y sólida familia, pero muy pobre. «Estoy muy contenta con ella —Iris había escrito—. Es muy inteligente. Era inevitable que Cayo, si tenía que casarse, se casase con una doncella así. Hace ya casi un año desde que nos visitaste, hijo mío. Comprendo que en tu tristeza por Sara no desees contemplar nuestra felicidad, oír las voces de tus sobrinos o sobrinas e incluso de tu madre. Pero me estoy haciendo muy vieja, Vuelve a casa, aunque sólo sea por pocos días, a fin de que te vea otra vez.»

Pero Lucano no podía volver a casa. Se estremeció ante el pensamiento de los vivos y de sus rostros. Temía su amor, su consuelo y su ternura. Podía recordar a Rubria sin dolor, pero no podía recordar a Sara sin agonía, una agonía que nunca le abandonaba. En cada puerto, cuando el barco atracaba, miraba a las multitudes buscando su rostro. Cuando recibía cartas esperaba encontrar alguna de ella. Andaba desolado; cuidaba a los enfermos, se sentaba en los jardines de sus pequeñas casas, leía, comía, dormía. Vivía como un espectro. En cierta ocasión, con mucha calma, abrió su bolso médico y buscó una medicina que había preparado que, dada con cierta precaución en una copa de vino, aliviaba el dolor, pero tomada en cantidad mataba rápidamente. Sostuvo el tubo en su mano hasta que se calentó entre sus dedos. Luego lo apartó. Pero siempre pensaba en él, sumido en su horrible soledad, con fría desesperación.

Encontró, en un puerto, que no había coincidido allí con su hermano Prisco tan sólo por una hora de diferencia. Prisco le había dejado una carta antes de partir de permiso hacia Roma por unas semanas. Prisco le había escrito la alegría que sentía ante la idea de ver a su familia y reprochaba a su hermano su abandono. Le daba recuerdos de Plotio y después siguió escribiendo acerca de Jesús de Nazareth, un mendicante maestro judío cuya influencia crecía cada vez más en Judea. Escribía con aparente despreocupación, pero era evidente que estaba profundamente serio. «He hablado con muchos de los que dicen que les ha curado instantáneamente, con el simple toque de su mano. En realidad, hubo un mendigo aquí, a quien yo conocía de vista, sentado contra la pared del templo, que era ciego de nacimiento. En cierta ocasión yo le di limosna, porque tenía un rostro noble y un saber considerable. Después, en otra ocasión, le encontré rodeado de mucha gente excitada y sus ojos estaban abiertos y veían. No podía creerlo, mi querido Lucano, aquel hombre no era un fraude. Sin embargo, me miró con ojos vivos y abiertos y cuando le hablé corrió hacia mí y cogiendo mis manos me dijo: «El hijo de Dios abrió mis ojos cuando se lo rogué.» Ciertamente, hermano mío, he visto esto por mí mismo y no hay ninguna duda acerca de ello.»

«Me han dicho que ese Maestro ha resucitado muertos, que ha alejado la locura de las mentes de los hombres, que todos quienes están al alcance de su voz se llenan de un éxtasis de gozo. Va de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, curando, según se dice, y cuando el pueblo habla de él, todos se sienten poseídos por un divino éxtasis. ¿Es Apolo bajo la forma de un pobre campesino judío o Mercurio, o Eros? ¿Está próxima a ocurrir una gran revelación? Los hombres sabios, de la casta que aquí llaman fariseos, o se ríen abiertamente o están furiosos. Les ofende que un hombre que no posee nada, que no es un erudito, que carece de familia, sin poder personal, sin recomendaciones de hombres distinguidos, pueda atraer tras sí a multitudes en el momento de su aparición. Tienen miedo de que incite a los judíos a un alzamiento contra los romanos y este temor está justificado porque su influencia sobre el pueblo es extraordinaria. En tal caso, si hubiese un alzamiento, habrá derramamiento de sangre y aborrezco este pensamiento, porque he llegado a admirar a los judíos y visito las casas de aquellos que no creen que la presencia de un gentil, y peor aún, de un oficial romano, cause ninguna suerte de contaminación. Israel es un país muy pequeño y apenas tiene importancia. Es solamente cuando estoy allí que siento que algo portentoso está a punto de ocurrir. ¿No es esto extraño? Regresaré dentro de tres meses.»

Prisco escribía acerca de Poncio Pilatos, el Procurador: «Es un hombre pacífico, pero vacilante y prefiere su biblioteca y la compañía de su esposa a los banquetes o la política. Me gusta hablar de él. Los judíos le aburren; asegura que viven con un pie en este mundo y otro en el más allá y que su piedad es incomprensible. Desprecia a Herodes, al que cree un idiota afeminado, lleno a la vez de supersticiones griegas y profecías judías. Me dijiste en cierta ocasión que Roma había sido influenciada profundamente por oriente, y que la influencia era excesiva puesto que la mente occidental nunca podrá comprender a la oriental. Esto es cierto respecto a Herodes. La unión de oriente con occidente en él, ha desordenado su espíritu y le ha creado una gran confusión.»

«El Procurador no ha permanecido indiferente ante las historias del Maestro judío, pero no se siente turbado por las amenazas de que Jesús incitará a los judíos contra Roma. Dice que uno de sus soldados le contó que cuando los fariseos, que son mercaderes de rígidos cuellos, abogados y médicos y son muy orgullosos, retaron a Jesús a que traicionase su propia misión y le preguntaron si era justo para los judíos honrar al César, Jesús respondió al efecto que se debe honrar la ley mundana, que es del César, y la del mundo sobrenatural, que es de Dios. ¿No es esto un sofismo? Muy inteligente, debes admitirlo. A Poncio le ha divertido mucho esta historia. Dijo que este hombre tendría que ser abogado y que si lo fuese haría su fortuna.»

Después de este párrafo Prisco añadió algunas palabras extrañas:

«Recuerdo nuestra última conversación en casa y, cuando lo hago, pienso en ese miserable y descalzo maestro judío. Los pensamientos producen simultáneamente. Esto es muy chocante.»

Lucano se sentó con la carta de Prisco en la mano durante largo tiempo. De cuando en cuando se estremecía. Su fría mente griega se lo reprochaba, pero no podía evitar leer la carta una y otra vez. Una o dos veces el sudor perló su frente y sintió una apasionada ansiedad. Después destruyó la carta como se destruye algo que produce intranquilidad.

— ¡Superstición! —Exclamó en voz alta—. ¡Cuentos idiotas!

Cuando volvió de nuevo a Atenas, Iris le informó en una carta que Prisco había vuelto a Jerusalén. La esposa de Cayo estaba a punto de dar a luz un niño. Cusa estaba cada día más decaído y quejoso. Lucano dejó aparte la carta sin interés. Había otra para él, de extraña escritura, procedente de un país del cual nunca había oído hablar, en África.

«Mi querido y bien amado amigo:

«Esta carta es de Ramus, que piensa en ti constantemente y ruega por ti sin cesar.»

Lucano no podía creerlo. Miró a la carta incrédulamente. Luego sintió la primera alegría que había tenido en mucho tiempo. ¡Ramus estaba vivo! No había muerto, no se había perdido, no había sido vendido como esclavo.

— ¡Oh, Dios! —exclamó en voz alta con alegría. Apretó la carta contra su corazón y las lágrimas llenaron sus ojos. La carta continuaba:

«Acabo de volver a mi pueblo, con paz y felicidad. Después que te abandoné —y aún ruego que me perdones— me dirigí durante muchos y pesados meses a la tierra de Israel. De mis privaciones no te hablaré, porque ahora no significan nada. Esperé encontrar hostilidad a causa de lo que soy, pero en todos los sitios, aunque no podía hablar, encontré la amabilidad propia hacia aquellos que son peregrinos a un lugar sagrado. Fui alimentado y recibí alojamiento sin que nadie me preguntase nada y por lo tanto supe que Dios me protegía. Ningún hogar humilde me cerró sus puertas, en todos los oasis recibí vino, agua y comida de solitarias caravanas. Mi color no fue despreciado. Pero esto es la menor de las maravillas y no hablaré de ella.

«Llegué a Israel e inmediatamente me puse a buscar a aquél a quien había estado buscando. Le encontré en la ciudad de Naim. No me atreví a acercarme a él, porque la multitud era muy grande y yo un hombre de rostro oscuro, sin hogar, con los pies llagados y sin dinero. ¿Puedo hablar de Él? ¿Qué palabras son las que el hombre puede usar para contar que ha estado en la presencia de Dios? ¿Cómo me pareció Él? ¿Como el sol? Estas palabras no le describirían. Le seguí, tras la multitud, esperando acercarme más a Él. Pude oír su voz, como un trueno contenido lleno de amabilidad. Aunque estaba distante comprendí que iba con frecuencia a aquella población, donde la gente es pobre y está oprimida por los romanos y despreciada por los sabios. Son miserables granjeros y mercaderes muy humildes.»

«Se acercó a las puertas de Naim al tiempo que un cadáver de un hombre era llevado a enterrar; era el único hijo de una viuda y una gran reunión de amigos estaba con ella. El Señor, al verla, tuvo compasión de ella, porque lloraba desconsoladamente y tras una larga y amante mirada fue hasta el féretro y miró a los portadores que se quedaron muy quietos. Alzó la mano y dijo al hijo muerto:

«Joven, a ti te digo, levántate.»

«Lucano puedes creerlo, porque lo he visto y ¿te he mentido alguna vez? Te aseguro que el muerto se sentó y empezó a hablar con una voz vaga y confusa, como quien se despierta repentinamente de un sueño profundo y dulce. Pero el Señor tomó su mano con amabilidad y le levantó de la camilla y lo devolvió a su madre y ella cayó sobre su hijo y le abrazó, después se arrojó a los pies de aquél que le había devuelto su hijo. La gente se retiró aterrorizada y luego algunos de ellos glorificaron a Dios con grandes gritos exclamando: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo.»

«Lucano lo vi, con estos ojos míos que tú restauraste, yo lo vi.»

«Me arrastré tras él, pensando para mis adentros: si no me devuelve la voz, no lo lamentaré porque le he visto y, ¿qué más necesita un hombre? Pero deseaba estar más cerca de Él; quería que sus ojos brillasen sobre mí, aunque no fuese más que un hombre de rostro oscuro. Sin duda, pensé: Él no me despreciará, Él

que ha sido mi hacedor. Seguramente que Él quitará la maldición de Cam que pesa sobre mi pueblo. Estaba hablando con sus seguidores, jóvenes como Él mismo, cuando de pronto se detuvo y miró hacia atrás y sus ojos se iluminaron al verme. Sonrió y pareció quedarse, esperando y repentinamente sentí un estremecimiento en mi garganta, un temblor en mi lengua y de pronto mi voz salió de mis labios y exclamé: « ¡Dichoso yo, que he visto al Señor nuestro Dios! »

«Debí caer en el polvo, desmayado, porque cuando me desperté estaba solo sobre el cálido y polvoriento sol poniente y al levantarme supe lo que debía hacer: Volver a mi pueblo y llevarles el mensaje de vida y gozo, porque había visto a Dios y le había conocido y la maldición había sido quitada de nosotros. »

«Que la paz sea contigo. Que su paz descienda sobre ti y pueda Él atraerte hacia Sí. Porque Él es aquél que tú has estado buscando. Adiós. Nos encontraremos de nuevo cuando los hombres no se odien más unos a otros ni se desprecien entre sí, sino que se comprendan de corazón.»

Lucano dejó la carta y sintió que el dolor de corazón, la depresión y el malestar volvían a adueñarse de él. Como médico creía saber lo que le había ocurrido a Ramus: Había visto lo que deseaba ver; la histeria que le impedía hablar, desapareció repentinamente, y le había permitido hablar de nuevo. Era muy sencillo.

¿Pero qué había acerca de aquel joven levantado de entre los muertos? Aquello no era tan sencillo. Podía haber sufrido una catalepsia; podía haber quedado en un estado de vida latente. Fue una fortuna para él que no le enterrasen en la tumba para despertarse y encontrar su boca llena de tierra. Aquel Maestro judío debía ser una especie de médico que supo que el hombre no estaba realmente muerto.

Tengo muchas explicaciones, empezó a pensar Lucano. De pronto se detuvo como iluminado. ¿Debo siempre racionalizar las cosas? pensó. ¿Debo siempre correr frenéticamente en busca de una explicación a todas las cosas a la luz de la razón? ¿Qué es lo que me ha dado la razón, sino tristeza? Sin embargo, me disgustan las cosas sin lógica, las considero infantiles, incluso profanas.

Sin saber por qué, empezó a llorar.

CAPÍTULO XL

LUCANO volvió a Atenas. Era un día cálido, al principio de la primavera, e incluso aquel seco y transparente aire tenía una cierta viveza y alegría. Las mujeres que vendían flores estaban sentadas junto a sus ramilletes y ante ellas tenían pequeñas montañas de laurel, violetas, rosas pequeñas, anémonas y capullos. Allí nunca hacia mucho frío. Sin embargo cuando llegaba la primavera, con el brotar de las flores y el aire azul brillante, la gente se ponía vehemente y hablaban llenos de gozo y placer. Las pequeñas tiendas vibraban con las transacciones; el olor de salchichas cocidas y ajos volvía a ser percibido por todos los sitios. Los niños corrían, gritaban y peleaban en las calles. Los ancianos sonreían unos a otros, acariciaban sus barbas y hablaban entre sí con aires de sabios. Las montañas estaban cubiertas de claro color verde refrescante. Sobre la Acrópolis, el Partenón parecía una corona de luz congelada. La poderosa estatua de Atenea se destacaba contra el cielo. Por todas partes reinaba un apresurado sentido de anticipación. Jóvenes muchachos y muchachas paseaban cogidos de las manos sonriendo. Los niños reían en los brazos de sus madres. Los soldados romanos se recostaban contra las paredes de los edificios, bostezaban, guiñaban los ojos, se rascaban las barbillas y miraban ansiosamente a las mujeres. Los caballos que tiraban de los carros se encabritaban. Ladraban los perros. Los abogados y los negociantes habían detenido sus actividades. Paseaban tranquilamente y olvidaban discutir sus problemas.

Lucano sabía que aquello era el principio de la pascua judía. Había una sinagoga allí cerca, pero evitó acercarse. Tenía el sentimiento de que estaba huyendo, con la cabeza inclinada, como si escapase de algo. Pero aquello era ridículo. Había desembarcado a media noche y se había dirigido a su solitaria y pequeña casa. Tenía que visitar a antiguos pacientes y lo haría aquella mañana. No le gustaba pasear casualmente, por el mero placer del paseo, y no sabía porqué se había sentido impulsado a pasear por la ciudad aquel día. Pero sentía sed de ver a sus prójimos, y no parecía saciarse de mirar. No soy joven, pensó. No me he mezclado con los demás ni gozado de su compañía. ¿Qué me aflige? Sonrió a una vieja florista y le compró un pequeño ramo de diminutos lirios blancos. Siguió caminando, hundió la nariz en las flores y su fragancia casi le abrumó. Decidió volver a su casa y escribir las cartas que hacía mucho tiempo debía haber escrito a su familia. El jardín estaba tranquilo y lleno de luz. A primera hora había soplado un poco de viento, pero entonces había parado. Todo poseía una patina de luz como no había visto antes. Todas las hojas recientes parecían plateadas por aquella luz. Las flores estaban inmersas en ella. La fuente lanzaba chispas de la misma luz. Hasta la propia tierra estaba iluminada. Las paredes de la pequeña casa brillaban como si estuviesen pulidas. Lucano miró al cielo. Nunca había estado tan claro ni más brillante; ni una sola nube empañaba su esplendor.

Comió su frugal comida. Bebió vino. Escuchó el silencio de la casa. El ambiente producía la impresión de un profundo aliento contenido. Nada se movía. Todo reflejaba una inmensa luminosidad, incluso su sencilla copa de plata, su tenedor y cuchara, los dorsos de sus manos, el gastado suelo blanco de madera. Le empezaron a doler los ojos a causa de tanta luz. Sintió un abrumador cansancio y pensó: «Voy a acostarme y descansar.»

Se acostó y cerró los ojos. Esperó dormir durante el caluroso atardecer. Pero aquella luz extraordinaria e insistente penetraba a través de sus párpados. Se dio cuenta de que sudaba. Todo su cuerpo estaba rígido y angustiado. No podía descender. Se levantó y se sintió muy débil. ¿Era de nuevo la fiebre?, se preguntó con

alarma, pensando en los pacientes a quienes debía visitar al día siguiente y en las colas que se formarían ante su puerta. No podía decepcionarles; le esperaban. Deambuló por la casa en medio de aquel impresionante diluvio de luz hasta que encontró su bolsa de médico. Su mano llegó al fondo, se cerró sobre algo frío y metálico y extrajo la cruz que Keptah había dado a Rubria y que ella a su vez le había dado a él. La sostuvo en la mano, contemplándola, y la cruz desprendió un brillo cegador, como si hubiese quedado encendida por el sol y notó que quemaba su carne.

Parpadeando dejó la cruz y se quedó mirándola. Todos sus sueños, todo lo que había oído, volvieron a él como un clamoroso trueno. Pero ¿qué tenía que ver aquella cruz con un miserable maestro judío en un distante Israel, que, según se decía, resucitaba muertos, realizaba milagros y arrastraba las multitudes tras sí? ¿Qué tenía que ver aquella cruz con los caldeos, los babilonios, los egipcios, y con uno tan alejado, humilde y desconocido en el mundo de los hombres? No podía encontrar descanso en la casa. No encontraba descanso en ningún sitio, quien vivía atormentado y desolado. Lucano salió al jardín jadeando y deseoso de encontrar una sombra, pero no encontró protección contra el sol, todo estaba sumido en una luz sin sombras, como inmovilizado en un llameante cristal. Repentinamente, la oscuridad cayó sobre la faz de la tierra, tragando toda luz, extinguiéndola, eliminándola, arrastrándola ante ella como poderosa marea. Ah, pensó Lucano, habrá tormenta, una tormenta refrescante. Miró hacia el cielo que había quedado oscuro y tenebroso. ¿Dónde estaba el sol? Todo había quedado en silencio. Los grillos no cantaban, los pájaros estaban silenciosos, aunque habían cantado toda la mañana. Lucano miró hacia la ciudad. El Partenón era una línea débil de plata. La ciudad estaba sumida en la oscuridad. Oyó un distante y apagado sonido como el que produce el mar, pero era la voz de la ciudad, llena de pánico y de incertidumbre. Corrió a su puerta; la carretera que pasaba ante ella estaba vacía. Miró más allá de la carretera y vio borrosamente que el ganado estaba tumbado sobre la hierba como si durmiese [2].

El aire estaba claro, limpio y fresco como el agua. Por lo tanto, pensó Lucano, esto no es una tormenta de polvo. Se sentó en un banco y sintió que una frialdad mortal recorría su cuerpo. Se sentó Recordó los viejos mitos sobre la ira de los dioses. Llegaría un día cuando los dioses cansados del hombre, retirarían el sol y hundirían la tierra en una inacabable oscuridad y muerte. Movió su cuerpo inquieto. Se levantó y anduvo por el jardín. El olor de las rosas y los lirios llenaba el aire como si hubiesen sido aplastados bajo un gigantesco pie. En la ciudad empezaron a brillar luces de antorchas y linternas encendidas a toda prisa. Lucano sabía que probablemente un inmenso río humano estaría entonces iniciando el ascenso hacia el Partenón, para rogar a los dioses que quitasen aquella terrible e inexplicable oscuridad del mundo. En cuanto a él, no se sentía consumido por la ansiedad sobre su suerte, sino por una apasionante interrogación ante el misterio.

Había sido enseñado por los más grandes científicos de su mundo y empezó a hacer conjeturas. Se creía que el sol estallaría alguna vez y que el planeta tierra giraría sin rumbo a través del espacio acumulando hielo y frío mortal hasta que la vida muriese en él. Pero esto, decían los sabios astrónomos, tardaría siglos. El sol moriría lentamente, se enrojecería, luego palidecería y se arrugaría como un limón. Ocurriría a lo largo de siglos sin fin, nunca instantáneamente. Pero aquella oscuridad había descendido en un abrir y cerrar de ojos, en el tiempo que hace falta para dar un suspiro. Lucano buscó de nuevo el sol, aquel sol que había desaparecido. ¿Sería posible que hubiese huido de sus hijos, los planetas, para unirse a sus radiantes hermanos?

Un sentimiento de enorme excitación y terror desconocido se apoderó de él. ¿Dónde, entre aquellas ardientes constelaciones, estaba el sol en aquel momento? ¿Qué caos estaba causando entre la ordenada hermandad aquel intruso procedente de un rincón del universo? ¿Qué planetas estaba devorando en su flamígero paso?

Sintió que no estaba solo. Miró a su alrededor alumbrado por la luz de la luna y las estrellas. ¿Eran pálidas sombras las que se movían a su alrededor en el jardín o sólo una ilusión de sus cansados ojos? Las sombras se detuvieron cerca de él y creyó ver los rostros de Rubria, Keptah y Sara sonriéndole en la oscuridad. Se deslizaban como la nieve, y allí, sin duda alguna, estaba Diodoro, joven, fuerte y valeroso, Allí estaba José ben Gamliel — ¡oh... era aquello la locura!—, con una mirada tierna. Allí, entre muchas sombras de mujeres que él había socorrido, estaba Aurelia, animada y sonriente. Multitudes pasaban ante él, se detenían y le saludaban en silencio y con afecto. Movió la cabeza violentamente, jadeó y cerró los ojos.

Entonces la tierra se alzó como una ola, tembló, se estremeció y se abrió bajo sus pies. Un profundo gemido salió de sus entrañas. Un viento huracanado empezó a soplar, luego disminuyó con la misma rapidez y volvió a alzarse de nuevo aullando, en tal forma que Lucano, casi ahogado, apenas podía respirar. Ya no era el médico,

---

[2] Un enorme terremoto sacudió Nicea en aquella misma hora. En el año segundo de la Olimpiada CCII, Flegon escribió que "una gran oscuridad" se extendió sobre Europa y fue inexplicable para los astrónomos. Los archivos de Roma, según Fertuliano, registraban una oscuridad universal que aterrorizó al Senado y sumió a la ciudad en un estado de revuelta ansiedad, porque no se había producido ninguna tormenta que justificase aquello. Los relatos de astrónomos griegos y egipcios revelan que la oscuridad fue tan intensa que por algún tiempo incluso ellos, científicos escépticos, se sintieron alarmados. El pueblo común se lanzó aterrorizado a las calles de las ciudades; los pájaros quedaron silenciosos y el ganado se cobijó en los establos. No fue un eclipse porque no se preveía que se produjese uno en aquella época. Fue como si el sol se hubiese retirado y perdido. Existen referencias al mismo fenómeno en los relatos de los Incas y los Mayas.

filósofo o científico. Era un hombre y se sintió dominado por el miedo. Se levantó agitado y castañeando los dientes.

Anduvo por el jardín, que tenía un aspecto fantasmal. Su carne se estremecía como si tuviese fiebre. Fue hasta la fuente y oyó sus saltarinas aguas. Entró en la casa, se obligó a sí mismo a encender una lámpara. Estuvo de pie mirando sin ver. Levantó un libro y lo dejó. Tenía la cabeza completamente embotada.

Por un momento trató de hablarse a sí mismo razonablemente. Recordó la astronomía que había estudiado. El sol no podía separarse de los «vagabundos», sus hijos, los planetas. Donde él iba, los planetas le seguían. Sin duda, se dijo a sí mismo en voz alta, en medio del silencio impresionante que reinaba a su alrededor y movió la cabeza como si estuviese satisfecho. Pero sabía que era la reflexión de un idiota. Las razones del hombre, las más profundas reflexiones, no podían alterar aquel hecho. Por una vez, no podía invocar un nombre, una teoría ante lo que era impenetrable; no encajaba con lo que sabía y con cuanto conocía. Sin embargo, la mente de Lucano voló proyectándose como un pájaro perdido intentando fervientemente explicar lo que no podía ser explicado. De nuevo la tierra tembló bajo sus pies y un largo quejido recorrió el frío aire.

¿Acaso se habría ido el mundo tras otro planeta? Miles de soluciones giraban en su mente, pero rechazaba una tras otra por absurdas. De pronto, por primera vez pensó con terror en su familia en Roma. Se acordó de Prisco en Jerusalén. Si el mundo iba a ser destruido misteriosa e inexorablemente, todos los hombres debían morir juntos. El pánico, el desinterés, el temor, el terror, la ansiedad y el amor, no podrían conseguir nada, no podrían apartar la fría mano del destino. Encendió una lámpara y luego otra hasta que toda la casa estuvo llena de luz. Se sentó y miró ante él. Volvió en sí sobresaltado, consciente, abrumado por las terribles cosas que habían acaecido al mundo; las lámparas parpadeaban con luz débil. Se levantó y las volvió a llenar. Entonces se dio cuenta de que una luz grisácea penetraba por las ventanas y puertas, igual que si estuviese amaneciendo. Volvió a salir al jardín. La luz adquirió mayor intensidad aunque muy lentamente. La tierra ya no temblaba, se estremecía o gemía: estaba firme. Lucano miró al cielo: se iba cubriendo de un tono rosado como si una puesta de sol se extendiese de horizonte a horizonte; la tierra perdía su aspecto espectral; la luz y el color volvían momento tras momento. Los pájaros chirriaban y parloteaban excitados en los árboles. El sonido de la fuente se oía con más fuerza, como si ella también se sintiese aliviada. La voz de la ciudad llegó hasta Lucano; un clamor de alegría, con un temblor histérico. De pronto el sonrosado velo se partió como una cortina y el sol apareció en el cielo como un guerrero armado con escudo de oro.

Lucano respiró profundamente. Nunca le había parecido el mundo tan encantador, ni siquiera en sus días infantiles, tan bello, tan querido después de haber escapado de la muerte y no le quedaba duda que de la muerte había escapado como pájaro que se libera de la mano opresora y amenazadora. Los fundamentos de la tierra habían sido conmovidos, el sol se había perdido. Pero el terror y el furor habían desaparecido y la dulzura se elevó de cielos y tierra, como si el mundo exhalase un suspiro largo tiempo retenido por temor. Lucano se pasó las manos por el rostro y suspiró profundamente.

«Sin duda —pensó—, hay razones científicas que expliquen esto. Porque aunque yo no sepa la causa de este fenómeno, no significa que esté más allá de una posible explicación. Era el atardecer. Estaba hambriento. Se sentó y comió una humilde comida y nunca el vino le había parecido tan delicioso ni el pan ni el queso habían tenido un gusto más exquisito que aquel día. Escribió algunas cartas, una de ellas para un astrónomo de Alejandría, comentando la oscuridad, preguntándole si había sido observada allí, cuál era la causa y si sería posible que el fenómeno ocurriese otra vez.

Cuando se acostó aquella noche se sintió embargado por un sentimiento de alivio y con él, había llegado un perdón, una vida, una paz y una tranquilidad como las que existieron el primer día de la vida del mundo y del hombre recién nacido.

CAPITULO XLI

DOCENAS de pacientes acudieron a Lucano al día siguiente. Eran nuevos para él. Habían sufrido una fuerte impresión, estaban muy pálidos y algunos de ellos casi sin habla. Les aseguró, sonriendo, que nada incapaz de ser explicado por hombres sabios había ocurrido el día anterior; posiblemente un eclipse. Sólo los niños se sentían aterrorizados por ello. ¿Acaso los astrónomos egipcios no habían previsto, hacía mucho tiempo, eclipses que tendrían lugar no sólo en el futuro inmediato, sino en edades aún no concebidas? Se debía confiar en los sabios, los hombres que comprendían, que podían hacer mapas de los cielos, de las fases de la luna y del movimiento de las estrellas con toda exactitud. Lucano, mientras sus pacientes se apiñaban a su alrededor, demostró lo que era un eclipse con una manzana y una nuez. Se sintieron muy interesados y siguieron su demostración con boca y ojos abiertos y, como él había hecho el día anterior, afirmaron con gestos y palabras que habían sabido todo aquello durante todo el tiempo. Son más sabios que yo, pensó Lucano con cierta ironía.

—Todo está muy bien —dijo un anciano moviendo la cabeza y mirando sardónicamente al médico—, pero no has explicado nada. Lo que pasó ayer está más allá de la explicación del hombre.

Los demás pacientes se rieron de él alegremente y le llamaron «barba gris», pero Lucano no se rió. Los firmes y penetrantes ojos del anciano le atraían. Luego dijo:

—Ven, veamos tus ingles reumáticas de nuevo, amigo mío. Tengo un nuevo ungüento que creo que te ayudará.

—Ayer —dijo el anciano— creí que era el fin del mundo, porque, ¿acaso no somos todos nosotros pecadores que insultamos al cielo?

Los demás pacientes volvieron a reírse de él con mayores carcajadas, pero le miraron con cierta malevolencia. «A los hombres —pensó Lucano— no les gusta que les llamen malos o les digan que afrentan a los dioses y quien les dice la verdad debe andarse con cuidado.»

En Atenas sólo había una familia rica, además de la de Turbo, con la que Lucano se trataba. El padre se llamaba Cleón y alardeaba de descender de una familia de tratantes de cueros famosa ya en tiempos de Pericles. Él, su esposa y una hija vivían en una espléndida villa cerca de la Acrópolis, cuyos jardines estaban rodeados por altas puertas y vigilados por esclavos armados con espadas y cimitarras de forma oriental. A Lucano no le gustaba ningún miembro de la familia, pero Cleón tenía una enfermedad oscura que interesaba al médico. Periódicamente le salían enormes bultos lívidos, se volvía ligeramente pálido y después de unos días se transformaban en repugnantes

granos. Lucano no había visto nunca nada como aquello. Estaba escribiendo un tratado sobre la enfermedad. Había descartado las causas corrientes de la aparición de granos. La dieta del enfermo queda reducida rígidamente. A causa de su mal genio, en lo que su esposa no era menos que él, y su reputación de usurero, era odiado por todos quienes le conocían, incluso Lucano. El médico estaba empezando a formular una teoría en la que afirmaba que era el propio temperamento del hombre la causa de las erupciones. Tenía la carne enjuta como vieja piedra y uno de sus ojos dañado completamente. No era nada nuevo que humores viciosos de la mente produjesen enfermedades somáticas, pero aquel caso era una extraordinaria demostración que intrigaba a Lucano.

Fue aquella tarde a la lujosa mansión de Cleón. Invariablemente cobraba al viejo una gran suma, pero siempre le proporcionaba un alivio temporal. Fue admitido al instante a las habitaciones en las que Cleón pasaba sus atormentados días. Los granos habían aparecido hacía una semana y ya estaban supurando. Lucano los vendó mientras Cleón se quejaba, estremecía y maldecía. Era un hombre pequeño, de cuerpo vivo, una cicatriz donde había sufrido la herida del ojo, un rostro pequeño, rígido y cerrado como una nuez.

—Después de estar tú aquí la última vez, mi buen Lucano —dijo casi a gritos—, me sentí aliviado durante muchas semanas y pensé que estaba curado. Si no hubieses llegado hoy estoy seguro que hubiese muerto en pocos días.

Mostró a Lucano un nuevo grano en uno de sus muslos, tan grande como el puño de un hombre y lleno de materia. Lucano lo cubrió con ungüento después de lavarlo con agua muy fría.

—No vienes con bastante frecuencia —dijo el anciano con tono de enfado—, he añadido un nuevo médico a mi casa, pero no es mejor que los otros. He tenido que azotarle en numerosas ocasiones, porque cuando se enfada tiene una boca violenta y blasfema, aunque durante el resto del tiempo es un sinvergüenza silencioso de temperamento frío y separado.

— ¿Y qué te ha dicho? —preguntó Lucano con reserva. En muy pocos días el grano degeneraría en una formidable erupción y tendría que ser sajado.

El viejo se movió en la cama y cerró los puños.

—Cuando estos bultos aparecieron la última vez le llamé y me examinó y luego dijo, ¡se atrevió a decir el muy perro!, que no era la carne la que estaba enferma, sino el espíritu. Le hubiese enviado a la prisión o le hubiese azotado hasta la muerte o vendido a las galeras. Pero he pagado por él mucho dinero.

Lucano alzó la cabeza con mucha atención.

¿Un médico? ¿Un nuevo médico? Aquel hombre tenía mucha astucia.

—Le compré en el mercado y puedo asegurarte que pagué una gran cantidad. Dicen que ha sido educado en Tarso, pero apostaría que recibió el poco saber que tiene de una comadrona y de un carnicero. ¿Sabes lo que ocurrió ayer? Cuando el sol desapareció —ten en cuenta que no soy hombre ignorante—, me di cuenta de que era un eclipse. Oí a mi esposa y a mi hija quejándose; los esclavos huyeron a los sótanos. Entonces ese bandido, ese nuevo médico mío, entró en mi habitación y me miró con ojos de fuego. No dijo nada. Simplemente estuvo de pie por largo tiempo mientras me miraba hasta que pensé que me volvería loco. Ah, cuando esté otra vez bien, le voy a destinar a otra labor. Preferiblemente, desde luego, en las minas.

Se inclinó hacia atrás en los cojines y dirigió a Lucano su mejor imitación de una sonrisa agradable.

—El dolor disminuye, mi Lucano. Te estoy muy agradecido.

Lucano dio a los esclavos auxiliares un jarro con el ungüento e instrucciones para usarlo cada dos horas, día y noche. Luego salió al recibidor y llamó al capataz.

—Me gustaría hablar con el nuevo esclavo —dijo en voz baja—, creo que puedo dar al médico algunas instrucciones respecto al tratamiento de tu amo cuando no estoy aquí. ¿Cómo se llama?

—Se llama Samos, porque dice que nació allí, señor —respondió el capataz respetuosamente—, es un perro amargado. Sin duda que en alguna época fue ladrón, porque está marcado muy desagradablemente.

Llamó para que sirviesen vino a Lucano y éste se sentó en una cómoda silla en el recibidor lleno de luz del sol y luego envió a buscar a Samos. El esclavo volvió con un Joven moreno, alto, de rostro ancho pero distinguido, cabello un poco largo y negro, profundos ajos azules, amplios y fuertes hombros y aire de rey. Anduvo silencioso hacia Lucano con movimientos elegantes. Luego, mientras permaneció en pie ante Lucano,

alzó su mano y apartó el cabello de su frente y, despectivamente, mostró su marca. Era una cicatriz rojiza, mal cerrada y repelente. Volvió a cubrirla con el cabello y dijo sobriamente:

— ¿Qué quieres de mí?

Lucano sintió piedad. Pidió al capataz que les dejase y luego hizo una seña a Samos para que se sentase junto a él. Pero Samos dijo con amargura.

—No. Soy sólo un esclavo y he sido siempre un esclavo. No seas magnánimo conmigo. No quiero la amistad de ningún hombre ni la compasión de nadie. Soy enemigo de todos los hombres.

—Es así —dijo Lucano sonriendo un poco mientras su compasión aumentaba—, entonces permanece ante mí como un esclavo si es eso lo que tu crees que eres. Como colega médico deseaba hacerte algunas preguntas. —Hizo una pequeña pausa y luego añadió con voz más baja—: Creo que estás en lo cierto en tu diagnosis respecto a los granos y erupciones de Cleón.

El rostro de Samos cambió; su amplia y sensible boca se movió y sus grandes ojos azules parpadearon como si intentase retener las lágrimas. No era viejo. Lucano pensó que tendría unos veintidós años. El joven vaciló, luego, con un juramento, arrastró una silla hacia adelante, se sentó junto a Lucano y le miró.

—Estoy en lo cierto —dijo, y su voz tenía un tono desafiante—, pero, ¿qué se puede hacer con un individuo como Cleón, excepto llamar a los sacerdotes para que exorcicen sus demonios? Eso si él mismo no es un demonio.

Lucano se echó a reír suavemente.

¿Quién sabe? —murmuró—. Pero dime, ¿fuiste realmente educado en Tarso? Samos miró a un lado. Tenía un perfil firme y clásico, de líneas seguras y excelente barbilla. Lucano sintió una punzada en sí: el joven médico le recordaba vagamente a alguien y el recuerdo le producía dolor. Samos dijo:

—Nací en cierta casa de Samos. Tenían allí un excelente médico y anduve tras él, hasta que, finalmente, me hizo su ayudante. Se hacía viejo; me recomendó a mi dueño; un mercader casi tan cruel y vicioso como Cleón y me mandaron a Tarso. Allí estuve tres años y me gradué con los máximos honores. Mis profesores fueron muy amables, hombres buenos, y aquellos días fueron los únicos felices que yo he conocido.

Una lágrima se deslizó por sus mejillas y parpadeó furiosamente, sacándose un pañuelo de su cintura y sonándose. Luego contempló el pulido suelo blanco.

—Mientras estuve en Tarso supe que no podía continuar por más tiempo siendo esclavo. Conseguiría la libertad o moriría. Así lo dije a uno de mis profesores, pero me aconsejó paciencia. Los médicos no se suicidan. Si conseguía bastantes dones de mi dueño, podía posiblemente, acabar comprando mi libertad. Pero él no conocía a mi dueño, que era menos generoso que Midas. No recibí nunca dones, ni esperaba ninguno. Después de un año me escapé. —Hizo una pausa y respiró profundamente—. Fui capturado y enviado de nuevo a mi dueño. Esperaba la muerte o, en el mejor de los casos, ser enviado a galeras. Pero mi dueño había gastado mucho dinero en mí. Por lo tanto me hizo marcar. A partir de entonces me transformé en un lobo salvaje, según él dijo, y me vendió; y de esta manera llegué a esta casa, que es muy parecida a la de mi antiguo amo.

Lucano le miró con una compasión tan viva como un dolor físico. Luego dijo:

— ¿Te gustaría estar conmigo? ¿Te gustaría que yo te comprase? Si tengo éxito podría liberarte y sólo pediría que fueses mi compañero, porque estoy siempre solo y no tengo ningún amigo.

Samos abrió los ojos con sorpresa. Se estiró en el asiento hacia Lucano con una expresión incrédula. Vio los brillantes ojos azules del médico, su amable sonrisa, su grisáceo cabello dorado y supo que Lucano no estaba bromeando. Emitió un débil y ahogado grito y cayó a los pies del otro hombre e inclinó con un gesto mudo la cabeza sobre sus rodillas. Luego empezó a llorar, no con lágrimas, sino con el seco sollozar de un hombre que, llevado hacia la muerte, le conceden la vida. Estrechó sus brazos alrededor de la cintura de Lucano y se mantuvo así con un gesto silencioso.

Lucano puso la mano sobre la cabeza que reposaba en su rodilla. El cabello de Samos era suave como la seda, grueso y ligeramente rizado. Lucano suspiró y le dejó permanecer a sus pies, acogido a él como un niño, hasta que le vio más tranquilo. Luego dijo con la máxima amabilidad:

—Permanece aquí mientras hablo con Cleón... y reza.

Se libró de los brazos del joven que eran suaves aunque musculosos y volvió a la habitación de Cleón. Cleón estaba medio dormido, aliviado su sufrimiento, pero cuando vio a Lucano alzó la cabeza de entre los almohadones.

— ¡Ah, qué tesoro eres, mi querido Lucano; no había dormido durante muchas noches y ahora estoy como un niño en una suave cuna!

—Deseo examinar ese grano de tus posaderas una vez más —dijo Lucano aparentando estar de nuevo interesado—; si no te duele es posible que no supure. Es un lugar difícil para tener semejante enfermedad y puede extenderse peligrosamente.

Se sentó y miró a Cleón con una expresión que trataba de ser amable.

—He estado hablando con tu esclavo Samos. Creo que te han robado. Es decir, ese joven nunca podrá hacer nada por ti o por tu familia.

Cleón rugió con ira y golpeó con los puños cerrados sobre los cojines.

—Lo sabía —exclamó—. ¡Maldito sea el mercader, aquel avariento, rapaz pájaro de presa! ¡Nunca debí confiarme a él! Tiene muy mala reputación. Já, enviaré a Samos a las galeras. —Se relamió las encías sin dientes y sus ojos brillaron de placer—. Será para mí la felicidad pensar que está allí. Pero ¿me han robado,

engañado? ¿Cuál será mi venganza? —Se inclinó hacia Lucano astutamente—. ¿No podrías darme una carta diciendo que ese maldito ha intentado envenenarme? Podría entonces hacerle ejecutar.

Un poco de saliva apareció en la comisura de su boca y la chupó con la lengua. Lucano simuló considerar aquella propuesta juiciosamente. Luego movió su cabeza.

—Se me ocurre que necesito un esclavo para mi casa. ¿Me lo quieres vender? Es muy orgulloso y arrogante.

Los ojos duros y penetrantes de Cleón estudiaron su rostro. Se echó hacia atrás gruñendo.

—Bien, pero me ha costado bastante dinero.

Lucano asintió.

—Simpatizo contigo, Cleón. ¿Qué pagaste por él?

Los ojos arteros se estrecharon. Cleón sabía todo lo que tenía que saber acerca de Lucano. Conocía las críticas de la ciudad. Aquel tonto, aunque inteligente médico, era un hombre rico. Si estaba tan loco como para cuidar a la plebe por nada y adquirir una reputación de semidiós, debía pagar su locura y su reputación. Por lo tanto Cleón nombró una suma exorbitante, más allá de las posibilidades inmediatas de Lucano. Lucano se sintió enfurecido y preocupado.

— ¿Cómo? Este es el precio del mejor médico del mundo, superior a cualquier precio; ¡es el rescate de un príncipe!

Cleón se encogió de hombros. De nuevo pareció adormecido.

—Entonces —dijo— me lo quedaré y me divertiré con él; le haré azotar cada día en esta propia habitación, a fin de deleitarme con la escena.

Lucano conocía su obstinación. Se puso de pie.

—Si no me vendes a Samos, no volveré más por aquí y sin duda morirás. Y te aseguro que hablo en serio, Cleón —añadió con severidad.

Cleón abrió los ajos aterrorizado.

— ¡No abandonarás a un anciano!

—Lo haré sin vacilar. Decídete. No dudo de que pagaste mucho por Samos, pero no lo que has dicho. Te ofrezco ahora y por última vez seiscientos sextercios de oro, recién troquelados. Cógelos o búscate otro médico.

— ¿Me condenarías a muerte?

—Sin duda alguna.

— ¿Por qué quieres a Samos, a ese perro?

—Te lo he dicho. Me he encaprichado de él. Me he dedicado a domar caballos salvajes en mi juventud.

Cleón hizo una pausa, respirando con furia e impotencia. Hubiese querido que Lucano fuese un esclavo. Hubiese hecho que le azotasen regularmente, le hubiesen marcado con hierros candentes hasta que su carne hubiese humeado. Luego gimió:

— ¡Dame el dinero y que Hécate atormente tus sueños!

—Lucano sonrió y dijo:

—Retira la maldición o no podré volver a ti mañana para tratar tu enfermedad.

Luego arrojó una bolsa sobre el lecho.

—Y ahora, fírmame el recibo de venta.

Pocos minutos después volvió al recibidor donde Samos estaba esperando. Samos le miró con sus ojos azules excitados mientras sus labios se movían desesperadamente. Lucano le cogió por un brazo.

—Ven a casa conmigo —dijo como había dicho a Ramus hacía mucho tiempo.

Lucano puso todas las lámparas que tenía en casa en una mesa sobre la que había colocado sus afilados y brillantes instrumentos. Samos estaba sentado en una silla junto a la mesa, rígido y esperando, los ojos fijos con amor y devoción sobre el otro hombre. Lucano mezcló un brebaje en una copa de vino y se lo alargó a Samos:

—Esto aliviará el dolor. No sé el éxito que tendré en eliminar esa terrible marca. Pero haré todo lo que pueda.

—Tendrás éxito —dijo Samos—, querido maestro.

—No me llames maestro —dijo Lucano—, llámame por mi nombre.

—Permaneceré contigo siempre, tanto si me das la libertad como si no... Lucano.

—Mañana te llevaré al Pretor romano y mañana mismo tendrás tu libertad. Quizá no te guste mi vida. Eres joven y en los orgullosos rasgos de tu rostro veo le ambición. No hagas juramentos que puedas lamentar.

Lucano sonrió y pasó la copa.

— ¿Cómo podría lamentarlo nunca? —preguntó Samos apasionadamente— y olvidar que me has traído a tu casa como si fueses mi amigo, el único amigo que nunca he conocido, me has ofrecido la libertad a mí, que prefiero morir antes que ser esclavo. Sólo te ruego que me dejes servirte para siempre.

—Sin embargo —dijo Lucano—, eres joven y un buen médico. El mundo puede ser tuyo. Como hombre libre serás un ciudadano de Roma. La fortuna puede venir a tus manos. Pero primero, antes de todo este brillante futuro, y no te ato a tu promesa, la marca debe desaparecer. Bebe esto al instante.

La mano de Samos temblaba al coger la copa. Miró a su oscura profundidad.

—Opio —murmuró. Luego miró a los ojos de Lucano y colocó la copa sobre la mesa con violencia y respiró profundamente—. ¡No! —dijo.

Lucano estudió su rostro y luego asintió.

—Es doloroso llegar a ser esclavo, pero más doloroso es llegar a ser libre. Comprendo; prefieres conseguir la libertad con sufrimiento, porque el dolor purifica tu corazón. Sin embargo, te aseguro que esto será agónico.

Samos se agarró a los lados de la silla y alzó el rostro.

—Estoy dispuesto.

—Cierra los ojos a fin de que la sangre no entre en ellos.

Lucano tomó una delgada hoja afilada. Debía trabajar rápidamente. Examinó de nuevo la marca. A pesar de su feo aspecto no era una cicatriz vieja; la piel estaba todavía tierna y flexible a su alrededor porque Samos era joven. Quitaría la marca cuidadosamente, sin herir los tejidos de debajo y uniría los dos extremos. Cuando la herida se curase tan sólo podría verse una larga y delgada cicatriz desde la línea del pelo hasta las cejas y en unos cuantos meses curaría y apenas sería notada. Lucano explicó lo que estaba a punto de hacer y Samos asintió; su boca había palidecido anticipadamente, estaba rígido.

Lucano deslizó la hoja de arriba abajo con un gesto delicado y abrió un corte que se ensanchó como una boca y empezó a sangrar. Pero debajo no había vasos sanguíneos importantes. Samos no se estremeció; permanecía muy quieto y Lucano secó la sangre que caía y quitó la marca. Samos se quedó tan blanco como la muerte; los nudillos de sus manos apretadas con fuerza, resaltaban blanquecinos, pero no se movió. Lucano empezó a sudar a causa de la prisa; lágrimas de sangre caían de la herida y rodaban como gotas rojas a lo largo de las mejillas de Samos; algunas se quedaban en los extremos de su boca. Las lámparas parpadeaban y vacilaban movidas por un ligero viento que llegaba de las ventanas.

El médico, consciente del dolor que estaba infringiendo, dirigió una rápida mirada al rostro rígido de Samos. De nuevo la sensación de familiaridad se apoderó de él.

—Eres muy valiente —dijo, y su voz vaciló—. Eres un hombre valiente y noble, Samos.

La marca quedó sobre una pequeña bandeja, palpitando y con aspecto malvado, como el ojo de un demonio. Lucano tomó una aguja e hilo de lienzo. Samos parecía exhausto; Lucano deseó que se desmayase. Pero la orgullosa expresión del rostro del joven no disminuía. Lucano empezó a coser diestramente y habló con voz suave y convincente del trabajo que hacía entre los pobres, de los casos sorprendentes que había encontrado. Samos sonreía débilmente. Tenía que estirar aquella piel joven y suave hasta que los extremos de la herida se juntasen; la cicatriz, supurando pequeñas gotas de sangre, fue cerrándose lentamente. Estaba hecho.

—Abre los ojos, Samos —dijo Lucano. Cayó sobre una silla y se secó el sudor con el dorso de la mano. Samos abrió los ojos y sonrió con gozo y alegría. Después de un momento Lucano vendó la herida que ya no sangraba.

—Ah —dijo—, estoy contento de esto. Quedará mejor que esperaba. Pero ahora debes beber una copa de vino conmigo porque estoy agotado.

Riendo con voz temblorosa, llenó dos vasos de vino. Samos alargó la mano izquierda para coger uno. Lucano colocó el vaso en aquella mano y de pronto se detuvo sobresaltado. Su corazón pareció pararse también y empezaron a zumbarle los oídos. Su rostro palideció y quedó más blanco que el de Samos. Samos le miró y luego se estremeció.

—Lucano —exclamó—, esto ha sido demasiado para ti. Parece que vas a desmayarte. —Se puso de pie vacilando y colocó los brazos alrededor de los hombros de Lucano. La boca de Lucano se abrió silenciosamente, luego respiró con ansia. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se puso de pie al lado de Samos, intentó hablar, pero sólo pudo emitir un gemido. Luego miró a Samos y dijo con voz suave:

—Tú no eres Samos. Este no es tu nombre. Tu nombre es Arieh ben Eleazar. Eres judío y te he estado buscando durante veinte años.

Alzó la mano izquierda del confundido joven y la llevó a la luz. El dedo meñique estaba muy torcido, doblado agudamente hacia adentro, hacia los otros dedos. Lucano miró a los ojos de Arieh, vio los ojos de Sara y estalló en un llanto contenido.

—Dios es bueno —sollozó—. Sobre todas las cosas, Dios es bueno.

I

CAPITULO XLII

LUCANO escribió en seguida a los abogados de Sara bas Eleazar en Jerusalén. Luego dijo a Arieh:

—Debes partir en el próximo barco, que llegará allí después que los abogados reciban mi carta. Me gustaría acompañarte, porque esto es para mí algo muy querido, pero tengo un contrato de dos meses en otro barco y no puedo dejar de cumplir mi palabra. Me uniré a ti en Jerusalén más tarde... quizá.

Pero Arieh, respondió:

—No me pidas que te deje. No tengo mucha experiencia; déjame ser tu ayudante durante estos dos meses.

Lucano sonrió; sabía que Arieh usaba aquella excusa a fin de no separarse de él, por lo que asintió y Arieh, caminando con el paso rápido de la juventud, fue con él. A partir de entonces sintió como si un acceso terrible le hubiese sido por fin sajado y purificado. Empezó a enseñar a Arieh su antigua religión durante las guardias nocturnas. Arieh había recibido una educación defectuosa sobre la religión greco-romana en el hogar de su primer dueño y en Tarso con sus maestros. Escuchaba a Lucano con la más profunda atención y le hacía preguntas inteligentes.

—Es extraño descubrir que soy judío —dijo en cierta ocasión moviendo su cabeza—. Mis dueños odiaban a los judíos y les llamaban avariciosos y falsos, aunque ellos eran los hombres más ansiosos y arteros. Mi primer dueño, en particular, no podía dormir a causa de sus intrigas y nunca le vi feliz, excepto cuando arruinaba a otro hombre.

Cuando Arieh andaba, Lucano recordaba lo que Eleazar ben Salomón había dicho «es un joven león». Interrogó a Arieh sobre las cosas que podían recordar.

Arieh frunció el ceño, tratando de recordar.

—Me dijeron que había nacido en Samos y me dieron este nombre. Tenía dos años cuando fui comprado para ser juguete de los niños de mi primer dueño, fui comprado de nuevo; esto es todo lo que sé —hizo una pausa—. Toda mi niñez anduvo turbada por un sueño que a veces vuelve a mí. Me veo en un grande y hermoso jardín; veo columnas blancas, pero no estatuas como he visto después en otras casas. Veo gran profusión de flores por todos los sitios y brillantes fuentes. Tengo un pequeño perro blanco que es mío, encantador y pacífico. Un joven entra en el jardín, me acaricia en sus brazos y me besa; también hay una joven muchacha de negro cabello flotante que juega conmigo.

Arieh se frotó la frente que empezaba a estar cicatrizada.

—El sueño se hace confuso. ¿Era el mismo día u otro? Estoy con dos chicas en el jardín y juegan conmigo. Es un día brillante y silencioso lleno de sol. Mi pequeño perro no está allí; yo le echo de menos. De pronto dos hombres morenos, casi desnudos, aparecen; les miro sin miedo, aunque no les reconozco como reconozco a mis guardianes. Se acercan a las muchachas, levantan algo que llevan en las manos y brilla al sol; las muchachas caen sobre su rostro. Yo me echo a reír y aplaudo con mis manos. Después uno de los hombres me coge, se mueven como sombras, una mano me tapa la boca y empiezo a sentirme sofocado. No puedo respirar. Luego algo negro cae sobre mis ojos. Esto es todo lo que recuerdo. De mis recuerdos posteriores sólo sé que me veo en una casa extraña y cruel y recibo golpes. No sé si mucho más tarde o no. Debe ser un sueño —dijo Arieh moviendo su cabeza.

—No —dijo Lucano—, no es un sueño.

Arieh demostró un inmenso deseo de saber todo acerca de su familia, de su padre y hermana. Lucano nunca se cansaba de hablarle de Sara. En cierta ocasión, mientras estaba hablando, vio que Arieh le miraba con una expresión inescrutable.

—Era la más encantadora de las mujeres, la más dulce y la más amable —y su voz sonó con tono que él creía desapasionado.

Lucano golpeó afectuosamente el hombro de Arieh. Se sentía como un padre y pensó: «Ciertamente podría ser mi hijo, porque no soy joven.» El pensamiento le produjo gran consuelo.

Pintó un pequeño cuadro de Sara para Arieh. El rostro blanco, los ojos cándidos y la hermosa sonrisa brillaban como la carne sobre la madera. El cuello blanco tenía un aire orgulloso.

—Es como una divinidad —dijo Arieh.

Aquello hizo reír a Lucano.

—No hables como los griegos y romanos —exclamó—, tus compatriotas te mirarán sobriamente y te detestarán si llamas a un ser humano «divinidad». Sentémonos y estudiemos de nuevo a Moisés y cómo libró a su pueblo de los egipcios. Veo que la historia te fascina y, como el hijo de Eleazar ben Salomón, es mejor que te apliques a tus lecciones de hebreo.

Entre los dos creció un afecto profundo semejante al cariño de padre e hijo. El griego abría su corazón a Arieh. El misterioso sentimiento de consuelo en Lucano crecía día tras día. Era como si todo lo que siempre había amado estuviese representado en Arieh, a quien enseñaba como a un niño. Nunca se cansaban de hablar. Lucano, hablando de su propia vida, la vivía de nuevo a medida que se la contaba a Arieh. En uno de los puertos de escala un mensajero llegó a bordo para entregar un gran saco de oro a Arieh y gozosos mensajes de sus abogados en Jerusalén. Le habían escrito: «Esperamos la llegada del hijo de Eleazar ben Salomón. Será purificado en el templo y reincorporado a su pueblo. Bendito sea Dios que te ha encontrado.»

Arieh distribuyó el dinero entre los miembros de la miserable tripulación. Bajó a las galeras y dio a los esclavos bastante oro para comprar su libertad. Durante días y noches, a partir de entonces, el pequeño barco vibró con gozosos gritos y saludos a los dioses. Los marineros besaban la mano de Arieh cuando pasaba lo que producía al joven un gran embarazo.

En aquellos días Lucano podía hablar con Arieh de Dios con entera libertad y amor. Su espíritu había encontrado la libertad. Vivía como esperando una orden que estaba seguro llegaría y la esperaba con serenidad. Era franco con Arieh y le explicaba su antiguo odio hacia Dios.

—Durante todo aquel tiempo yo estaba secretamente enfurecido contra Dios. Él no se manifestaba a mí y más bien parecía ignorarme. Le rezaba y no recibía respuesta. Aquello era imperdonable.

Le contó todo lo que le había dicho Keptah y José ben Gamliel, y cuando Lucano hablaba le parecía como si aquellos amados maestros estuviesen a su lado sonriéndole y confirmándole. Contó a Arieh las profecías judías, caldeas, babilonias y egipcias. Le habló del extraño maestro judío acerca del cual había escrito Prisco y a quien Ramus había visto.

—Pero no he oído más de él —dijo Lucano—, hasta mí llegaban muchas historias hasta hace dos meses. Desde entonces todo ha quedado en silencio. He preguntado a las gentes en varios puertos, pero sólo he recibido sonrisas apagadas. He escrito a mi hermano Prisco repetidamente pidiéndole más noticias, pero no he recibido respuesta. No me ha escrito. ¿Habrá vuelto a Roma? Escribí a mi madre hace dos días.

—Encontraremos a este Rabbí judío en Jerusalén —dijo Arieh intensamente interesado—, invade mis pensamientos. Repíteme otra vez lo de la profecía de Isaías.
Cuando encontraban una pequeña sinagoga en los puertos, Lucano llevaba al joven a ella. Pero no podían penetrar más allá de la puerta de los gentiles.
—Comprendo el que no pueda acercarme al Santo de los Santos hasta que no esté purificado —decía Arieh mirando con curiosidad—, pero ¿por qué se les prohíbe a los gentiles la entrada? Dios es Dios de todos los hombres. Mi pueblo es una raza orgullosa y obstinada.
—Si no lo hubiesen sido no habrían sobrevivido a las edades —dijo Lucano—. El hombre debe guardar sus mejores virtudes y las de su pueblo. Sin embargo, como tú dices, Dios es Dios de todos los hombres. Pero recuerdo las ceremonias en los templos de los griegos, romanos y egipcios. Sólo los sacerdotes, los elegidos, pueden participar en los misterios; sólo los sacerdotes beben los vinos sacrificiales y comen los animales sacrificados. Hay cosas que deben ser guardadas del vulgo y los estúpidos, porque pueden corromperlas. Los sacerdotes ordenados bendicen y realizan sacrificios, pero debes recordar que han sido ordenados.
—Mi pueblo es un pueblo sacerdotal —dijo Arieh—, y sólo han mandado que los hombres se amen unos a otros y sean justos entre ellos, no como una cuestión filosófica, sino como un acto de fe. Es un mandamiento extraño —miró a Lucano elevando un poco la cabeza. Tocó su hombro con la mano y añadió—: Sí, Él te ha llamado.
Una noche se levantó una gran tormenta y el barco se vio obligado a buscar cobijo en un pequeño puerto que estaba lleno de barcos que se habían apresurado a refugiarse allí antes de que el rugiente viento y las elevadas olas se alzasen. Cuando amaneció el día, el mar estaba aún tumultuoso y los maltratados barcos se agitaban anclados y temerosos de salir de nuevo. Lucano y Arieh permanecían de pie sobre el resbaladizo puente de su buque y vieron que su vecino más próximo era un magnífico buque de excelente madera; sus velas recogidas sobre el puente parecían montones de ardiente seda; los marineros iban vestidos con buenos trajes y andaban con confianza. El capitán parecía ser un hombre de importancia, aunque andaba de arriba abajo con expresión preocupada. Los dos amigos podían ver cómo movía los labios.
—Es un barco privado, el juguete de algún hombre muy rico —dijo Lucano.
Saludó al capitán, que acudió un poco disgustado hacia la barandilla de su barco cuyo maderamen estaba adornado con incrustaciones de ébano, nácar y oro. Lucano percibió que el barco no tenía un mascarón con figura de mujer.
— ¿Hay algo que no va bien a bordo? —preguntó Lucano en griego.
El capitán movió la cabeza. Lucano dijo lo mismo en arameo y el capitán asintió interesado. Luego replicó:
—Sí, hay algo muy malo. Mi glorioso señor, el propietario de este barco —y miró alrededor con orgullo—, yace en la cama enfermo. Nuestro médico murió la última noche en la tormenta. Fue arrojado contra una pared y se aplastó la cabeza.
— ¿Qué aqueja a tu dueño?
El capitán movió la cabeza.
— ¿Quién lo sabe? Ha permanecido durante más de dos meses como si le hubiese atacado una enfermedad mortal. Viene de Jerusalén; su médico estaba perplejo. Dos meses atrás mi señor se metió en cama llorando violentamente y sin querer ver a su esposa, a sus hijos, a su madre ni a su padre. El médico se sintió asustadísimo. Luego mi dueño dijo que salía a la mar para olvidar, pero lo que trata de olvidar nadie lo sabe. No se ha movido de la cama. Muere lentamente; se retuerce las manos y no quiere hablar.
Lucano dijo a Arieh en voz baja:
—Este hombre, seguramente, sufre de alguna enfermedad del espíritu.
Miró al capitán y dijo con vacilación.
—Soy médico. Me gustaría ver a tu señor.
El rostro del capitán se iluminó. Era evidente que amaba a su dueño.
—Espera, señor. Haré los arreglos oportunos para que vengas a bordo, porque ciertamente tengo miedo que su muerte esté muy próxima.
Para Lucano y Arieh fue difícil subir a bordo del otro barco, porque ambas naves saltaban inquietas y descompasadas. El capitán les recibió como si fuesen reyes.
— ¡Oh, Dios es bueno! Mi señor no morirá ahora.
Lucano no había visto nunca un barco tan maravilloso; un augustal romano o incluso un César, se hubiese sentido orgulloso de él. Los puentes eran de ciprés, las paredes de ébano, incrustadas con artísticos dibujos de flores y hojas de oro, plata y nácar. Brillaban bajo la luz cálida del sol. Lucano dijo al capitán:
—Sois judíos; según veo, porque no observo estatuas de dioses ni pinturas murales de animales. ¿Cómo se llama tu dueño?
—Hilel ben Hamram —dijo el capitán, y miró a Lucano y Arieh esperando ver su asombro—. Sin duda que conocéis su familia porque no sólo es la más rica de toda Judea, sino famosa por sus doctores, abogados y hombres sabios; mi señor es amigo de Poncio Pilatos y el rey Herodes Antípas se siente halagado cuando le recibe por huésped.
Lucano sonrió ligeramente; el joven Arieh escuchaba con interés. Lucano le hizo un gesto.
—Veamos a nuestro paciente.
Fueron guiados hacia abajo, a otros puentes, cada uno de ellos más lujoso que el anterior, llenos de luz y de valiosos trabajos, maderas y muebles.

—Mi señor no posee esclavos —dijo el capitán con adoración en su voz—. Es algo que está contra los principios de un judío devoto. Lucano no pudo evitar decir con un gesto hacia Arieh:

—Eres muy inteligente, capitán; conoces los nombres famosos en Israel. Sin duda reconocerás el hijo de Eleazar ben Salomón, que está dando la vuelta al mundo a fin de perfeccionarse en las artes de la medicina.

Arieh enrojeció. Lucano le estaba insultando. Los ojos del capitán se agrandaron mientras miraba a Arieh.

— ¿El hijo de Eleazar ben Salomón? ¡Pero si fue robado cuando era un niño y nadie ha podido encontrarle!

—Estaba perdido, pero ha sido encontrado —dijo Lucano—, Vamos. ¿Es esta la puerta de tu señor?

Incapaz de hablar y mirando a Arieh, el capitán abrió una puerta tapada con un brocado de oro y los médicos entraron en una habitación tan lujosa en su magnificencia oriental que se sintieron completamente sorprendidos. Cortinas, brocados y bordados de plata colgaban de las ventanas; alfombras persas cubrían el suelo; el puente se movía y vacilaba, pero la gran cama de oro se mantenía firme. En ella, bajo colchas de rica seda, yacía un hombre que no tendría más de veintinueve años. Su rostro parecía un mármol gastado; sus ojos estaban hundidos en grandes círculos morados; parecía no respirar; su negro cabello caía como un abanico sobre los cojines bordados; tenía rasgos elegantes y austeros. Cuando Lucano y Arieh se acercaron a él no se movió.

—Hilel ben Hamram —dijo Lucano amablemente, inclinándose sobre él—. Soy Lucano, médico, y he venido a ayudarte.

—Y yo soy Arieh ben Eleazar, también médico y compatriota tuyo —dijo Arieh con una nota de profunda compasión en su voz.

El enfermo no se movió. Parecía como si fuese incapaz de oír, Arieh escuchó. Puso su mano sobre la fría frente de Hilel y dijo:

— ¡Escucha, oh Israel; el Señor nuestro Dios es uno!

Hilel permaneció inmóvil. Los dos médicos le contemplaron ansiosamente. Lucano alzó su fláccida y helada mano y le tomó el pulso. Auscultó el pecho casi inmóvil. El corazón palpitaba débil y lentamente. Cuando Lucano miró otra vez, vio que lentas lágrimas caían de sus ojos cerrados. Arieh se sentó junto a Hilel, cogió su mano y la estrechó con fuerza y Lucano quedó impresionado por la belleza del cuadro de aquel joven hermoso, consolando silenciosamente a su hermano. El sol penetró a través de la ventana iluminando sus rostros.

—No llores —dijo Arieh tiernamente—, porque Dios está contigo y te ayudará con su poder.

Las lágrimas brotaron más de prisa de los ojos del enfermo. Arieh creyó que los dedos de Hilel apretaban los suyos, luego dijo:

—Yo estaba perdido y Él me ha encontrado. Era esclavo y Él me ha liberado, un extranjero y me ha devuelto a mi pueblo. ¡Bendito sea Él, Rey de Reyes, porque nada está más allá de su poder y Él no permanece silencioso cuando sus hijos acuden a Él!

Hilel gimió. Parecía un gemido que surgiese más de su espíritu que de su carne. No abrió sus ojos pero susurró:

—Es demasiado tarde. Me llamó y me aparté de Él. No le olvidé, y un día supe que no podía vivir sin Él, aunque lo que me pidió era muy difícil. Por lo tanto fui a verle otra vez. Era demasiado tarde. Los romanos le habían matado. Le habían clavado en una cruz como a un criminal.

Lucano se enderezó violentamente. Cogió a Hilel por un hombro descarnado, la suave seda resbaló entre sus dedos.

— ¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó.

Hilel no respondió inmediatamente; parecía haberse hundido en el sueño de la muerte. Después dijo débilmente:

—Fue durante la Pascua, cuando la tierra se oscureció.

Lucano se sentó abruptamente. Su corazón saltaba y un sonido atronador retumbaba en sus oídos. Se apretó los oídos con las manos para tratar de oír, Después de un rato cogió mecánicamente su bolsa de médico y extrajo un frasco que contenía un estimulante. Sus manos temblaban y vertió un poco en una copa de vino que estaba sobre una mesa de madera de limonero al lado del enfermo. Llevó la copa a los labios de Hilel y exclamó perentoriamente:

— ¡Bebe esto... y luego debes hablar, porque esta historia es la que hemos estado buscando!

Hilel bebió sin abrir los ojos, después Lucano dejó de nuevo reposar la cabeza sobre los cojines. El deslumbrante mar lanzaba brillantes destellos de luz a la habitación. Las gaviotas piaban cerca de los ojos de buey y las voces de los marineros llegaban arrastradas por el viento. Un cálido olor a brea, cal y pescado se mezclaba con el aromático olor de mirra. Lucano y Arieh esperaron a que Hilel hablase. Empezó a aparecer un débil color sobre sus mejillas de marfil; sus cenicientos labios se avivaron y adquirieron el color del coral. El sudor se secó sobre su frente. Luego abrió sus trágicos ojos, oscuros y torturados.

— ¿Le buscáis? —murmuró—. Está muerto. Vi tres cruces, pequeñas y disminuidas por la distancia, sobre el apartado Lugar de las Calaveras, proyectadas contra el cielo turbulento de nubes rosas y lilas, enormes e hirientes, mientras una terrible luz descendía sobre la tierra. La gente que me rodeaba dijo que en una de aquellas cruces estaba Jesús de Nazareth y que había sido condenado por desafiar a la ley e incitar la insurrección contra Roma. Se apoderó de mí una sensación de muerte y pérdida; el sol perdió su brillo, la tierra se estremeció y la gente cayó sobre sus rostros con un gran lamento de terror. Era demasiado tarde, para decirle que yo le seguiría.

— ¿Y entonces? —preguntó Lucano, mientras Hilel quedaba en silencio moviendo la cabeza angustiado. El enfermo hizo un gesto débil.

—No lo sé. Huí de aquel maldito lugar y permanecí insensible durante unos días. Luego huí al mar, porque ya nada tenía valor para mí.

—Las antiguas profecías dicen que resucitará otra vez —dijo Lucano.

Se acercó hacia Hilel que alzó la cabeza.

— ¿Cómo es eso posible? —murmuró—. Sí, es cierto que he oído por mis criados que sus seguidores lo afirman. Al fin de cuentas tan sólo era un hombre. —Miró a Lucano con un gesto implorante—. ¡Murió! ¡Debes decirme, por amor a mi alma y a mi paz, que no era más un hombre, y que yo realmente no le traicioné ni le herí!

— ¿Acaso los hombres no le han traicionado siempre? —preguntó Lucano tristemente ¿Y no le traicionarán siempre por los siglos sin fin? ¿No le traicioné yo mismo aunque vi la estrella de su nacimiento y oí hablar de Él desde su infancia? Arrepiéntete porque todo cuanto Él pide es penitencia.

Hilel lloraba.

—Entonces, ¿no estoy perdido? ¿Él me ha perdonado?

—No despreciará un corazón arrepentido —dijo Lucano—, y enjugó el rostro del hombre enfermo con un paño humedecido en agua fría—, pero cuéntanos.

Pasó algún tiempo antes de que Hilel pudiese hablar. Se retorció sus delgadas manos y miraba a las brillantes ventanas como si viese algo tras ellas.

—He visitado a Herodes con frecuencia, porque es amigo de mi familia, en su palacio de Cesárea. Es decir, le visitaba, hace un año con mi esposa y mis hijos, que también estaban conmigo, pero a medida que el día del perdón se acercaba no podía continuar frecuentando la casa de Herodes, que es medio griego, y hombre caprichoso que unas veces vive como griego y otras como judío. Yo no soy un hombre piadoso ni observo la ley estrictamente. Sin embargo, no podía soportar por más tiempo la conversación de Herodes ni sus cambios de humor. Sacrifica en los templos romanos; luego iba a Jerusalén para purificarse, se arrojaba cenizas sobre la cabeza, gemía solicitando el perdón y llenaba de oro las manos de los sacerdotes. Por lo tanto envié a mi familia a Jerusalén y luego les seguí un día o dos después.

Se detuvo y Lucano le volvió a ofrecer el vino con estimulante.

—Debéis comprender que había oído hablar mucho de aquel Rabbí judío que enseñaba a las gentes sobre el polvo de los caminos y las calles de las ciudades. Herodes hablaba de él con una risa insegura; hay muchos que le acusaban de incitar a los judíos a la rebelión contra el opresor romano. Pero Herodes también estaba intranquilo porque había causado la muerte de Juan el Bautista, como era llamado por la gente. Herodes es un hombre erudito a su manera y creía que Juan era Elías y al principio había evitado dañarle. Juan le denunció, a él, el Tetrarca, por haberse casado con la esposa de su hermano, Herodías. Debes comprender, Lucano, que recuerdo todas estas cosas con vaguedad, porque, ¿qué significaba un pobre Rabbí judío de Galilea para los ricos y los poderosos? Siempre hay profetas; los judíos alientan e incuban profetas como las langostas crían sus hijos. Otro de ellos más o menos importante. No hubiese escuchado ninguna de las historias que se contaban si Herodes no se hubiese manifestado anormalmente caprichoso y turbado y no se hubiese comportado de forma salvaje y variable desde que condujo a Juan a la muerte. Comprendo que Herodes podía haber olvidado a Juan, como se olvida algunas veces un sueño torturador, si no hubiese aparecido el Rabbí judío tras sus huellas. Herodes me dijo que Juan le había hablado. Se rumoreaba que un Rabbí realizaba grandes milagros; el palacio estaba lleno de rumores. Se decía que era el Mesías. Era extraño que sólo los esclavos y los miserables libertos hablasen de Él con pasión y excitación. Pero los gobernantes escuchan a los esclavos. Y así los rumores del Mesías llegaron hasta los oídos de Herodes y le sacaron de sus casillas.

Lucano enjugó el rostro de Hilel. Arieh permanecía silencioso, sentado y escuchando, y Hilel no soltó su mano.

—Fue en un día caluroso que dejé el palacio de Herodes conduciendo mi propio carro y rodeado por mis criados a caballo y a pie. El polvo parecía fuego blanco y me envolví en un manto que me cubría hasta los ojos. De pronto, junto a la carretera cerca de un pueblo, vi un pequeño grupo de hombres sentados sobre piedras y varios niños de aspecto tímido en pie junto a ellos.

— ¿Que por qué me detuve? Uno de mis hombres cabalgaba ante mi carro y acudió a decirme con vehemencia que allí estaba el humilde Rabbí con sus amigos. Sentí curiosidad por ver al hombre que tanto había excitado a Herodes y sobre el que se contaban tantas historias increíbles. Por lo tanto me acerqué a Él y a su pequeña banda de seguidores y niños y escuché con una sonrisa a uno que parecía tan pobre y humilde como un mendigo y no pude evitar preguntarme: ¿Es ése aquél de quien todos hablan? En aquel momento contaba una historia, una parábola. Los judíos están tan llenos de historias como la granada de granos. Habla con acento rústico, porque era un campesino de Galilea, un carpintero según me dijeron. Contaba la historia muy bien, con mucha elocuencia. Contemplé su rostro, sus pies y sus vestidos cubiertos de polvo, mientras permanecía sentado en una piedra y quedé sorprendido por la historia. Hablaba de un fariseo —los fariseos son hombres devotos y rigurosos que defienden la ley como las legiones defienden Roma— que fue al templo a orar y junto a él rezaba un oscuro publicano de poca importancia, a quien, el fariseo encontraba insoportable. Y el fariseo, fastidiado y molesto por la proximidad del publicano, se cubrió la cabeza con el capuchón de su vestido para que no le ofendiese la presencia de aquel hombre de oficio vil.

Los ojos de Hilel cambiaron de expresión; adquirieron viveza e interés mientras contaba la historia mirando a Lucano.

—Fue una historia muy interesante. A mí no me gustan los fariseos; que me molestan con su excesiva piedad, conforme con la letra de la ley pero no con su espíritu. Quise distraerme. Me divertía que aquel hombre pobre y harapiento pudiese criticar a los fariseos que son el terror de Galilea, con sus constantes acusaciones a los sacerdotes de que el pueblo no observa los rituales propiamente. Son aburridos, y peligrosos esos fariseos que buscan siempre la herejía.

Jadeó un poco y de nuevo Lucano le dio a beber. Permanecía echado entre sus cojines con sus ojos soñadores.

—Una excelente historia. El Rabbí dijo que los fariseos rogaban a Dios diciendo: «Te doy gracias, señor, porque no soy como los otros hombres, que son adúlteros, explotadores, injustos e ignorantes de tu ley. No soy como este miserable publicano que no debiera profanar tu templo con su presencia. Ayuno en todos los ayunos, doy mis diezmos escrupulosamente.» Y el fariseo se sintió muy complacido con sí mismo. Pero el publicano golpeando su pecho y llorando, no levantaba sus ojos y exclamaba: «Señor, ten misericordia de mí que soy pecador.»

Hilel se había recobrado tanto que podía reír un poco, aunque débilmente.

—Y el Rabbí dijo a sus seguidores: «Os digo que el publicano era más digno que el fariseo, y Dios le consoló pero no consoló al fariseo. Porque aquel que se ensalza a sí mismo será derribado y aquel que se humilla a sí mismo será exaltado.»

—Debo hablaros de aquel Rabbí. El sol caía vivamente sobre su rostro que aparecía aún más brillante, porque su emoción era más fuerte que la emoción de ningún hombre. Se sentaba como un príncipe en un trono y olvidó que era sólo un miembro de los amurastem sobre la tierra, y que sus pies estaban llenos de polvo. Sonreía como un padre, miraba a sus seguidores con sus ojos azules llenos de ternura y ellos le escuchaban reverentemente. Su barba era rubia, sus manos permanecían sobre sus rodillas. Hablaba como quien está dotado de autoridad.

Fue entonces, cuando los niños, andrajosos y descalzos, de pie en el polvo se acercaron a él tímidamente. Mientras yo había estado escuchando al Rabbí, sus manos se habían unido a la de ellos, pobres mujeres vestidas con toscos vestidos de rayas llevaban jarrones en sus hombros. Empujaron a sus niños hacia Él, mirando por encima de ellos humildemente como implorando perdón. Sus seguidores les dijeron: «No molestéis al Maestro, y llevaros a vuestros niños de aquí, porque está cansado y no debe ser molestado cuando habla su sabia palabra.»

Pero el Rabbí llamó a los niños, extendió sus brazos hacia ellos y dijo a sus seguidores: «Dejad a los niños que vengan a mí y no les rechacéis porque de ellos es el reino de los cielos.» Y los niños se amontonaron a su alrededor y se sentaron sobre sus rodillas y extendieron sus brazos alrededor de su cuello abrazándole, Él les dejó que permaneciesen con él. Entonces os juro que me sentí emocionado porque soy padre y conozco la dulzura y el amor de los niños. El Rabbí dijo a sus seguidores: «Aquél que no recibe el reino de Dios como uno de estos niños no entrará por sus puertas.»

Hilel abrió sus ojos nuevamente y parecían estar llenos de tortura.

—Nunca había comprendido al Rabbí antes como en aquel momento y descendí de mi carro para acercarme a Él, mis criados pidieron a la gente que me abriesen paso. Él contempló como me acercaba y me sonrió reconociendo en mí a un hermano y esperó. Mis criados gritaban: «Haced paso para Hilel ben Haram, que es un gran hombre en Israel, porque tiene el gobierno de una ciudad y su familia es renombrada por sus muchas riquezas.» El Rabbí no dijo nada y tan sólo me esperó, aunque la gente retrocedió con temor. Me detuve ante Él, lo bastante cerca para tocar su hombro y me miró en silencio. Luego le dije: «Buen Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?» Él me sonrió de nuevo y dijo con voz sonora. « ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno es bueno sino sólo Dios. Debes guardar los mandamientos, no debes matar, robar, dar falso testimonio o cometer adulterio. Debes honrar a tu padre y a tu madre.» Yo le dije: «He guardado los mandamientos desde mi niñez.»

Se mantuvo en silencio por tanto tiempo que pensé que me había olvidado, Él, aquel pobre e ignorante Rabbí con acento vulgar. Pero luego volviendo sus ojos hacia mí me dijo en tono pensativo: «Una cosa te falta, vende todo lo que tienes porque eres rico y dáselo a los pobres, entonces tendrás tu recompensa en los cielos.»

Hilel se levantó sobre los cojines y miró a Lucano con gesto de ruego.

—Médico, ¿puedes comprender lo increíble que aquello fue? ¿Por qué me pediría que me transformase en un mendigo?

Lucano miró al mar, que podía ver a través de la ventana y dijo suavemente:

—Pide que cada hombre le entregue lo que tiene por más valioso en este mundo y es evidente de que tú consideras el dinero lo más, valioso sobre todas las cosas.

Hilel gimió y volvió a echarse.

—Es cierto. Lo comprendo ahora. Me alejé de Él abrumado. Vio mi tristeza y me dijo muy amablemente en voz baja: «Ven, sígueme.»

Hilel pasó su mano sobre su rostro.

—Me pidió que le siguiese, que me hiciese uno de sus seguidores sin hogar. Yo, Hilel ben Haram, me dije que era una locura. Él entonces, volviéndose hacia sus seguidores, dijo con tono apesadumbrado: «Qué difícil será para aquellos que tienen riquezas entrar en el reino de los cielos.»

Se puso de pie y volvió a hablar de nuevo a aquellos que le rodeaban y yo volví a mi carro y me alejé de allí.
Lucano y Arieh habían permanecido en silencio. Hilel miró a uno y a otro implorantemente.

—Fui educado en Atenas y Roma. Soy hombre de sabiduría, poder, influencia y riqueza, soy un hombre de mundo. Soy Hilel ben Haram y me pidieron lo imposible.

—Comprendo. Comprendo lo increíble que esto te pudo parecer. —Dijo Lucano suspirando—, porque yo mismo le odié y le desprecié cuando Él me arrebató lo más querido de mi corazón y juré vengarme de Él. No sabía, como tú tampoco sabías, que Él tan sólo toma para luego volver a dar. Castiga para después consolar, ciega a fin de que el hombre pueda ver su luz. ¿Quién soy yo para reprocharte a ti, Hilel ben Haram?

Señaló a Arieh con su mano.

— ¿Quién puede conocer los misterios de Dios? Busqué a este joven durante más de veinte años y el lo devolvió a mis manos. Ahora sé que cuando Él me dio a Arieh para librarme de mi odio fue para atraerme hacia Él.

Hilel le miró. Luego contempló como Arieh reclinaba su cabeza sobre el hombro de Lucano. Arieh dijo:

—Bendito sea Aquél porque nos ha visitado.

Lucano extendió su mano hacia Hilel.

—Veo que nunca le has olvidado, que Él ha perseguido tu vida y tus sueños y que no puedes huir de Él. Ahora descansa y ten paz porque has sufrido mucho. Él te ha perdonado y sólo te pide que le sigas y nunca más le dejes. Ven con nosotros a Israel, donde le encontraremos otra vez, porque sin duda que Él no está muerto sino que vive.

CAPÍTULO XLIII

HILEL ben Haram se levantó de la cama fuerte y joven como si no hubiese pasado ninguna enfermedad. No estaba dispuesto a permitir que Lucano y Arieh le dejasen. Pero los dos médicos tuvieron que volver al barco donde prestaban sus servicios a la tripulación y Hilel siguió al navío con su magnifica embarcación, esperando que el contrato de Lucano expirase. Luego arreglaron que una vez quedasen libres de sus compromisos embarcarían en el barco de Hilel y se dirigirían a Israel juntos.

—Estaba muerto y me habéis devuelto la vida —exclamó Hilel dirigiéndose a Lucano y abrazándole.

Cuando se detenían brevemente en algún puerto Hilel insistía en compartir las casas de Lucano con el médico y Arieh. Se acostaba en un camastro sobre el suelo y participaba en las frugales comidas de Lucano y acompañaba a Arieh hasta el lugar donde los pacientes esperaban sus cuidados. Pero la paciencia y sacrificio de Arieh asombraba a los humildes pacientes que atendía... Por la noche, de sobremesa, Hilel contaba a sus amigos todo cuanto había oído acerca de Jesús de Nazareth. Su hermoso y marfileño rostro brillaba, sus ojos se iluminaban reflejando el gozo que sentía.

—Supe por mis criados que los seguidores del Maestro se dispersaron después de la crucifixión por temor a los romanos; desde entonces están considerados hombres peligrosos porque incitan al pueblo a la revuelta. Os llevaré a mi casa de Jerusalén e invitaré a que ellos vengan también. Allí podremos hablar bien con ellos.

Lucano escuchaba con profunda atención los relatos de Hilel. Cuando a última hora de la noche quedaba sólo. Empezó a escribir aquellos relatos. Escribía con la precisión, la brillantez, la fuerza y exactitud de un erudito griego aunque también con la calma de un filósofo, pero a la vez con apasionada elocuencia. Le parecía haber presenciado con sus propios ojos todos aquellos acontecimientos. A medida que escribía veía las escenas, oía las voces de la gente, y así empezó su Gran Evangelio, un relato universal, destinado a todos los hombres, porque tenía la perfecta clarividencia, ausente en Hilel, de que Dios se había vestido en carne mortal no sólo para los judíos sino también para los gentiles.

—Como tú sabes, Lucano, las profecías han predicho durante siglos que el Mesías descendería de la casa de David y se dice que Jesús desciende del tronco del gran rey. He oído decir que su madre recibió la visita de Gabriel y que el ángel le anunció el nacimiento del Mesías prometido. Pero debes verificar estas cosas personalmente cuando estemos en Israel.

Lucano pensó en la Madre del Mesías, que Hilel no sabía ni como se llamaba. Una noche recordó que José ben Gamliel le había hablado de Ella. Cuando su Hijo era tan sólo un niño había visitado a los ancianos y eruditos en el Templo. La más dulce y tierna de las emociones se apoderó de Lucano. Empezó a pensar en Ella como la representación de todas las mujeres que había conocido y había amado: Iris, su madre, Rubria y Sara, su inteligente e infantil hermana Aurelia, que amaba a todas las cosas creadas. Deseó llegar a la presencia de María, aunque no conocía entonces ni siquiera su nombre. Ansiaba oír de sus propios labios la historia del nacimiento de su Hijo, su infancia, juventud y mayoría de edad. Sin duda Ella le podría contar más cosas que ninguno de sus seguidores. Ella le había llevado en su vientre, le había amamantado, enseñado sus primeros pasos, tejido sus vestidos, cosido y lavado. Si alguna vez había estado enfermo le había cuidado y velado sus noches. Ella había oído sus primeras palabras y visto su primera sonrisa. Mientras Lucano pensaba en María empezó a sentir un apasionado deseo de estar en su presencia, oír su voz. Empezó a amarla. Ella era el Gran Misterio, era mujer y las mujeres siempre le habían confiado sus más profundos secretos.

—Cuando sepamos lo que Ella pensó e hizo, sabremos todo cuanto hay que saber, absolutamente todo —dijo Arieh a Hilel.

—Fue un simple instrumento de Dios —respondió Hilel.

—Fue su Madre y ¿acaso no saben las madres todo respecto a sus hijos? —Preguntó Lucano—. ¿Por qué fue ella escogida para ser su Madre? Ha debido existir una razón para que fuese escogida entre todas las mujeres y ella podrá decírmela.

— ¿Acaso no aman los hombres a sus madres? —Dijo Arieh—. ¿Acaso no la amó Él más que a ninguna otra criatura y la obedeció dulcemente de niño, joven y cuando fue hombre?

—No hay duda de que será bendecida por todas las edades —dijo Lucano.

El griego escribió la historia del centurión Antonio y de su criado. La de Ramus que había visto al Mesías resucitar a un joven de entre los muertos y devolverle a su madre. Pero la primera parte de su Evangelio la dejó en blanco para cuando pudiese ver a María.

Lucano se sentía turbado acerca de una cosa y un día dijo a Hilel:

—Me has dicho que cuando el Mesías fue por última vez a Jerusalén el populacho judío se alineó a su paso y extendieron ramas de palmeras ante Él y su asno, y le aclamaron como al Altísimo, se apiñaban a su alrededor para besar sus vestiduras, elevaban sus niños para que Él los viese y los bendijese. Cuando le condujeron al lugar de la crucifixión, su pueblo llenaba la carretera llorando; una mujer enjugó su rostro cuando cayó a causa de los latigazos de los soldados romanos y un pobre y miserable judío llevó su cruz. ¿Por qué si el pueblo le amaba así permitió su muerte, le denunciaron y dispersaron a sus seguidores después de lo que en su misericordia había hecho por ellos?

Hilel respondió:

—Existe una situación precaria, llena de tirantez, en las relaciones de judíos y romanos. Los sumos sacerdotes y los hombres sabios de Israel realizaron bien su labor. Actuaron como mediadores entre su pueblo y Roma asegurando a ésta que no habría revueltas sangrientas contra su poder, que no permitirían la presencia de ningún agitador entre la gente del pueblo, porque temían que si ocurrían cosas así en Israel el país sería destruido por Roma como había destruido a otras naciones. Por otra parte estaba el grupo de jóvenes Esenios, muy devotos y entregados a ruegos durante meses en los desiertos esperando la venida del Mesías y la liberación de Israel del yugo de Roma. Se decía que Jesús era uno de ellos, aunque no sé si esto es cierto o no. Por otro lado estaban los fariseos, hombres grises y avinagrados que se habían erigido por su cuenta en defensores de la ley. Son mercaderes, banqueros y hombres de leyes. No viven con alegría ni dejan que los demás la tengan, desprecian a los pobres, a los humildes, a los desheredados y a los amuratzem o campesinos. Se han atrevido incluso a sugerir que los amuratzem tuviesen prohibido acercarse a los altares porque son analfabetos y van mal vestidos. Además estaba la plebe, el populacho callejero que no siente amor ni por su patria ni por su Dios, los petulantes, la multitud inconsecuente que aflige a todas las ciudades y naciones, mendigando siempre, ansiosos, avariciosos y en busca continua de diversiones, incapaces de aprender nada, llenos de apetitos bestiales, camorristas, siempre inquietos, contenciosos y egoístas. ¿No existe esta plebe en Roma y acaso no acarrea la ruina al imperio, a causa de las cargas que imponen sobre sus mejores para mantener su holgazanería?

Cuando el Mesías produjo tan gran conmoción en toda Judea, dirigiéndose a los humildes, los trabajadores, la gente sencilla, prometiéndoles que Dios no les abandonaría nunca sino que les amaba, curando sus males con ternura, asegurando que aunque careciesen de dinero Dios no les despreciaba como los fariseos hacían, afirmando que eran más valiosos a los ojos del Todopoderoso que un fariseo, rey o sacerdote vestido de seda, despertó la ira de los fariseos. Más aún a los fariseos les pareció que el Mesías se tomaba ciertas libertades con la ley, interpretándolas para sus seguidores y la gente no como ellos la interpretaban. A los ojos de los fariseos el Mesías rebajaba a Dios a un nivel inferior, proclamando herejías que destruirían la fuerza espiritual de Israel. Cuando sus seguidores le aclamaron como Mesías, los fariseos se sintieron enfurecidos, porque creían que el Mesías vendría a los judíos como el más poderoso de los reyes, revestido de gloria y poder, rodeado por una hueste angélica y que al instante libraría a Israel del poder de los romanos haciéndoles huir para siempre. Sin embargo, allí estaba aquel hombre humilde, miembro de la clase de los amuratzem de Galilea, desconocido por todos hasta hacía tres años escasos, un hombre sin renombre, calzado con sandalias de esparto y vestido toscamente, que hablaba el lenguaje del pueblo como un campesino, y ¡de tal Hombre se decía abiertamente que era el Mesías! ¿No era aquello una blasfemia contra Dios y la profecía? Pero además, Él no negaba que no fuese el Mesías. Sus seguidores y el pueblo se sintieron confundidos. Allí estaba el Mesías, pero no manifestaba odio contra Roma, incluso condescendía a curar a algunos romanos. Sin embargo, sus seguidores y el pueblo que había recibido por sus palabras la libertad y la alegría, le amaban, le conocían y le aceptaban. Éstos fueron los que le aclamaron en el camino a Jerusalén y lloraron mientras llevaba su cruz al Calvario. Esperaban hasta el último momento que cuando los romanos clavasen el primer clavo en sus pies los cielos se abrirían airados y descenderían sobre la tierra.

Además, los sacerdotes, muchos de los cuales pertenecían a la secta de los fariseos, se horrorizaron por sus enseñanzas. Temían también que los romanos usasen al Mesías y sus enseñanzas como excusa para emplear la supresión, derramar sangre e imponer leyes opresoras lo cual destruiría todo el trabajo que ellos habían realizado para aplacar a Roma y mantener ciertas libertades en su patria.

«De modo que por un lado estaban los sacerdotes que temían por su pueblo su fe, por otro los que se habían erigido en guardianes de la Ley, los fariseos, que despreciaban a los humildes; luego la despreciable plebe siempre deseosa de encontrar una víctima. Y estaba Roma, siempre atenta a cualquier señal de rebelión

contra su poder. Considerando todos estos factores es una maravilla que pudiese vivir lo que vivió. Pero, por fin, fue denunciado a los oficiales romanos y aquello fue el final. O el principio —añadió Hilel.

Luego suspiró.

—Me han dicho que mucho antes de Su muerte, Él la había profetizado. Afirmó que había nacido para morir en la cruz. Dios le había decidido desde el principio del tiempo, le había escogido para reconciliar al mundo con Él, para demostrar que nunca le había abandonado, que le amaba y estaba dispuesto a morir por él, a fin de que pudiese ver la luz de la Verdad y de la vida y gozar de ellas eternamente gracias a Su misericordia. Por eso se vistió de carne mortal a fin de demostrar que no hay nada imposible para Dios. Los hombres que le mataron eran, por lo menos, sus instrumentos elegidos. Sin Su muerte y sin Su vida las profecías no hubiesen sido cumplidas.

Lucano mantuvo silencio por un largo tiempo, asintió una y otra vez mientras pensaba y luego dijo:

— ¿Sabes que ocurrió después de Su muerte?

Hilel vaciló.

—No..., pero sus seguidores decían que resucitaría de entre los muertos porque así lo había afirmado.

Lucano sonrió.

—Ha resucitado —dijo—, tenlo por seguro, querido amigo; ha resucitado de entre los muertos. Lo sé con certeza en el fondo de mi alma.

Sus días estaban llenos de gozo y limpia confianza. Parecía haberse rejuvenecido y se sentía henchido de palabras y buenas nuevas. Miraba a su alrededor y le parecía como si nunca hubiese visto el mundo, igual que si por primera vez disfrutase de la vista y oído, con una profunda comprensión desconocida hasta entonces. La oscuridad y la tristeza desaparecieron de su vida como una tormenta que pasa. Cuando sonreía a sus amigos o a sus pacientes parecía como si el sol brillase en su rostro. Palpaba la cruz que llevaba siempre colgada del cuello y sobre el pecho y escribía su Evangelio.

Tenían el proyecto de desembarcar en Joppa, pero una tempestad les alejó de su rumbo y les condujo hasta Cesárea. Lucano, Hilel y Arieh, permanecían juntos reclinados sobre la barandilla del barco mientras contemplaban la costa de Judea a medida que se acercaban a ella. Lucano pensó: «He ahí mi hogar, el lugar de donde siempre he huido.» El puerto de Cesárea estaba formado por una larga hilera de rocas negras que se adentraban en el mar. Hilel explicó que en uno de los lados del puerto cargaban y descargaban los galeones romanos y en el otro embarcaban y desembarcaban los pasajeros. Dijo sonriendo:

—Tengo un amigo muy querido, un oficial romano, que fue destinado a esta región hace tres años. Te será simpático. Es un hombre agudo e irónico, lleno de ilusiones.

Tras el maravilloso barco de Hilel se empezaba a formar una tenebrosa nube negra que se alzaba sobre el fondo como una gran torre, destacada a causa del abrasador y dorado sol poniente. El mar brillaba como líquidos rubíes. Marte, como una estrella de ámbar, brillaba sobre el nuboso edificio. El barco se deslizó hacia el concurrido rompeolas. Varios galeones y otros barcos menores se mecían suavemente con las anclas echadas. Sus velas brillaban bajo la luz escarlata del sol poniente. Una cordillera de montañas de poca elevación se extendían más allá del puerto, desnudas y terrosas; la brisa llegaba cargada con los olores característicos del Oriente.

Hilel señaló hacia las montañas y dijo con un deje de amargura:

—Los romanos han despoblado nuestra tierra de cipreses para construir sus barcos.

Los ojos azules de Arieh brillaban con expresión aguda y penetrante al contemplar la tierra de sus antepasados; le temblaban los labios a causa de la emoción. Hilel, al darse cuenta, colocó su mano sobre el brazo del joven y le apretó afectuosamente. Hilel tenía una hermosa hermana de quince años, Lea, dispuesta para el matrimonio, Empezó a planear la boda entre Lea y Arieh, el hijo de Elazar ben Salomón, un nombre noble en Israel.

El barco, hábilmente manejado, se deslizó hacia el muelle con todos sus alegres gallardetes desplegados, las velas desplegadas al viento de aquel cielo amenazador del atardecer. Los demás barcos le saludaron y Hilel devolvió los saludos con el rostro sonriente. Los marineros gritaban sobre los mástiles. El muelle estaba colmado de apresurada actividad. Antes de que cerrase la noche comenzaron a aparecer luces en el crepúsculo que daba rápido paso a la noche. Varios soldados romanos contemplaban ociosos la actividad reinante y su oficial bajaba corriendo hacia el muelle mientras el barco de Hilel echaba el ancla.

— ¡Hilel! —Gritó con sonora y alegre voz— ¡Saludos!

Su yelmo brillaba como el fuego reflejando la luz del atardecer que iluminaba a la vez con tonos rojos su viril rostro. De pie sobre el muelle empezó a reír; tenía los dedos pulgares metidos en su ancho cinturón, las piernas desnudas separadas, la túnica ondeando a causa de la ligera brisa. Luego, cuando fue echada la plancha, subió al barco, saltó sobre él y corrió sobre el puente riendo. Hilel le recibió con los brazos abiertos y se estrecharon en un cariñoso abrazo.

— ¿Cómo sabías que atracaríamos aquí? —preguntó Hilel.

El romano hizo un guiño picaresco simulando no ver a Lucano ni a Arieh que estaba cerca de ellos.

— ¿Qué como lo supe? Puesto que eres un místico judío me gustaría que creyeses que un ángel me lo dijo volando hasta mi oído, o que un sacerdote lo descubrió al examinar las entrañas de un animal sacrificado. Pero no, mi obligación es saber por donde has andado durante los dos últimos meses y quién has tenido a bordo contigo.

Al decir esto dejó de sonreír. Se volvió de pronto hacia Lucano que le contemplaba con interés.

— ¿No me conoces, Lucano, hijo de Diodoro Cirino? —preguntó con gravedad y decepción.

Lucano abrió los ojos con asombro. Retiró los codos de la barandilla y exclamó:

— ¡No, no puedes ser Plotio! —cogió a Plotio por los brazos incapaz de pronunciar palabra.

Hilel les miró con asombro. Plotio le dijo:

—Estos griegos son muy emotivos, aunque pretenden lo contrario, sus duros ojos de soldado se habían humedecido—, así que por fin estás aquí, nos volvemos a encontrar. Estaba en Joppa hace dos días y allí oí que el barco atracaría aquí —hizo una pausa—, Lucano —dijo con profunda emoción—, nunca nos hemos escrito pero siempre he sabido donde has estado porque el César te tiene bajo su protección.

—No puedo creerlo —respondió Lucano—, pero me siento muy feliz. Eres realmente tú, Plotio, mi querido amigo; nos vemos de nuevo después de tantos años —se echó a reír ligeramente para ocultar lo emocionado que estaba. Ante sus ojos bailaban las brillantes y rojas linternas.

—Juro por Castor y Pólux que no has cambiado— apoyó las manos sobre los hombros de Lucano inclinándose para examinar mejor su rostro—, todavía eres un joven aunque tienes edad bastante como para poseer una barba gris —miró a Hilel y le dijo:

—Este es nuestro querido Hermes, que huyó de los brazos de Julia, acerca de lo cual te he hablado otras veces —y al decir esto se echó a reír de nuevo.

—Tú tampoco has cambiado —dijo Lucano con cierta mordacidad, porque Plotio estaba más grueso y ancho que en la época que evocaban y mostraba los fuertes rasgos de un hombre de cuarenta y seis años. Las negras cejas que aparecían bajo el yelmo estaban surcadas por hebras grises.

—Ja —dijo Plotio—, los dioses no me han dado el secreto de la eterna juventud como a ti, mi querido Lucano. Bajo este yelmo tengo la cabeza pelada. Rara vez me lo quito porque temo que si lo hiciese un águila podría confundir mi cabeza con una piedra y echar una tortuga sobre ella. Prefiero recordar que también Pericles era calvo y por esa razón nunca se quitaba el yelmo.

Lanzó una carcajada que resonó sobre la superficie del agua. Abrazó de nuevo a Lucano golpeándole la espalda afectuosamente; Lucano le presentó a Arieh.

—Sí, sí, comprendo —dijo Plotio cordialmente—; he oído hablar de Arieh ben Eleazar. Los abogados de Jerusalén no hacen más que hablar de él. Sabía que estaba con vosotros en este barco. Me habían informado también, que estabas enfermo, Hilel, pero me siento encantado de ver que no es así.

—Estoy muy bien —respondió Hilel—, y ahora debes buscarnos alojamiento para pasar la noche, Plotio, porque tenemos intención de permanecer aquí unos cuantos días.

El rostro de Plotio sufrió un brusco cambio, se ensombreció e hizo inescrutable. Volvió un poco la cabeza hacia un lado y dijo sin mirar a Lucano:

—Está todo arreglado por que sabía que llegaríais aquí. Poncio Pilatos ha ofrecido amablemente su casa para que dispongáis de ella ya que él permanecerá en Jerusalén durante algunas semanas. Creo que desea volver a Roma. Su esposa ha estado... inquieta... durante algún tiempo.

—Tu propia casa nos servirá —dijo Hilel, y frunció el ceño—. Prefiero no ser huésped de Poncio Pilatos.

—Vendí mi casa hace poco porque estoy agregado a la casa de Pilatos. No debes ofender al procurador, aunque sé que nunca te ha gustado ir a su casa, querido Hilel.

—Quien no me gusta es Herodes, que fue quien construyó esta hermosa casa para él —respondió Hilel con vehemencia.

Plotio le contempló con astucia.

—Lo que quieres decir es que ya no quieres tratos con los romanos —respondió—. ¡Si es así vete a una taberna, rígido saduceo, y goza allí de las pulgas y los perros!

Hilel vaciló. Miró a Lucano y Arieh, y luego se encogió de hombros.

—Muy bien, si mis amigos no tienen nada que objetar iremos a casa de Pilatos aunque sea a disgusto.

—Yo prefiero ir donde tú vayas —dijo Lucano.

Plotio le miró con un gesto extraño y dijo:

—No creo que lo hagas cuando te diga que tu hermano adoptivo, Prisco, está en la villa de Pilatos sobre aquellas montañas y te espera.

— ¡Prisco! Hace mucho que no tengo noticias suyas; creí que estaba en Jerusalén.

Lucano, al recibir aquella noticia, se sintió doblemente encantado.

—Allí estaba hasta hace unas semanas —dijo Plotio con una voz que delataba un sentimiento raro y contenido—, es amigo de Pilatos que le ha visitado —el soldado hizo una pausa—. El aire de aquí es más sano que el de Jerusalén y tu hermano ha estado un poco enfermo.

Hilel percibió la reserva y ambigüedad en la voz de Plotio, pero Lucano, lleno de alegría por la presencia de su viejo amigo y la noticia de la presencia de su hermano, no se dio cuenta de ello. Los tres montaron en la gran cuadriga de Plotio arrastrada por cuatro caballos negros. Una luz moribunda iluminaba la tierra, y Lucido, a medida que la cuadriga avanzaba contempló el paisaje con profundo interés.

Apenas si podía ver nada a causa de la oscuridad creciente excepto el ocasional parpadeo de una luz en la vasta fortaleza, alguna lámpara en las casas o la sombra de un grupo de cipreses seguidos como lanzas que amenazaban a la creciente luna amarilla. Muchachos y muchachas corrían ante la cuadriga arreando rebaños de ovejas de cabezas negruzcas y gritaban con roncos sonidos guturales; conducían sus ganados, ovejas o cabras, hacia los establos. Lucano dedujo por el olor del polvo que la tierra estaba reseca y agrietada. La

ciudad de poca altura. Las azoteas de las casas brillaban bajo la luz de la luna; las tortuosas calles parecían moverse inquietas a causa de luces de mano y los portalones de las casas reflejaban una luz dorada. Poco se podía ver en la creciente oscuridad del anochecer, sin embargo Lucano sentía una profunda emoción, mayor que la que nunca había experimentado. No le conmovían los pesados, penetrantes y cálidos olores que la brisa arrastraba, evocadores de perfumes e incienso y especies que parecían proveer de la misma tierra, ni tampoco los picantes perfumes desprendidos de los árboles, ni la hierba reseca, ni el polvo. Conocía demasiado bien Oriente. Los olores en aquel lugar eran más intensos que en Alejandría, El Cairo, Tebas o Siria. No eran aquellas sensaciones lo que conmovía a Lucano sino el pensamiento de que aquella era la tierra de los profetas, en la que habían vivido los hombres sabios, patriarcas y hombres poderosos como Moisés, David, Saul, Elías, Goliat, Samuel, Salomón, tierra de reyes y guerreros. Allí había sonado el trueno de los siglos; por aquella tierra había andado Dios en medio de un terremoto. En ella estaba el Sinaí sobre el que había resonado el trueno y al que el relámpago había azotado con latigazos cegadores y sobre él fueron dados a los hombres los Diez Mandamientos. Sobre aquella tierra había nacido la idea de que el hombre es algo más que mero hombre porque se le había ordenado que fuese así. En aquella pequeña tierra los gigantes, los Titanes, habían surgido de la tierra y el choque de sus voces había resonado como un eco en el silencio. Allí había más sabiduría que toda la que Grecia había concebido, más grandeza que la que Roma había acumulado bajo el sol. Ni una pulgada de terreno en aquel país dejaba de ser bendito, ni un solo árbol que no recordase hechos asombrosos. Era el suelo sobre el que habían vivido los héroes del espíritu cuyas sombras caminaban por todos los senderos. Era allí donde una doncella había llevado a Dios en su seno y donde Él había elegido manifestarse al hombre. Allí había vivido, muerto y hablado a los hombres como hombre.

Estoy en mi hogar, pensó en Lucano, y un profundo sentimiento de éxtasis se apoderó de él. Dios ha hecho su propio hogar en este pequeño rincón del mundo, entre aquellos que Él ha escogido para que oigan sus palabras.

Los jinetes que cabalgaban ante la cuadriga llevaban antorchas encendidas cuyas llamas brillaban cual rojizos penachos, reflejando de cuando en cuando la figura de un árbol, unas piedras de la rocosa carretera, o los rostros y lomos de los caballos. Lucano vio que ascendían hacia dos impresionantes palacios. Plotio señaló a uno de ellos.

—Pilatos —dijo. Luego señaló al otro— el de su querido amigo el tetrarca de Jerusalén, Herodes Antipas.

La blancura de los edificios y sus columnatas brillaban a la luz de la luna. El palacio de Herodes estaba rematado por una cúpula dorada. Empezaron a ver legiones romanas alineadas a lo largo de la carretera presentando armas.

La ciudad se extendía a sus pies. Las plateadas terrazas aparecieron entonces iluminadas por antorcha y linternas. Desde algún lugar desconocido llegó hasta ellos el quejido de una mujer.

—Mañana te mostraré uno de nuestros mayores templos —dijo Plotio con orgullo—. Tiene dos enormes estatuas, una de Zeus hecha en mármol, la de Apolo de porfirio rojo. Esta es una tierra muy extraña. Los judíos desprecian nuestros templos en cualquier sitio que estén, evitan verlos pese que son el pueblo más religioso del mundo. Te aseguro que es imposible comprender a los judíos. Lo peor de ellos es que escupen cuando pasamos. Muchos de nuestros soldados se han casado con hermosas doncellas judías pero no sin antes haber pasado por la más dolorosa circuncisión, y con prolongados lamentos de las madres y atroces amenazas de los padres de las novias. Nos hacen pensar que somos peores que los salvajes del Africa negra.

—Desean preservar la ley y a sí mismos sin mácula —dijo Hilel con sequedad. Plotio hizo un guiño a Lucano.

—Te aseguro —repitió— que son muy extraños. Detestan a Herodes incluso cuando va al Templo de Jerusalén para cubrirse la cabeza de cenizas y ofrecer sacrificios. Miran sus lágrimas con desdén; ¡ah, tienen la cabeza muy dura! —Azotó a los caballos con el látigo—. Pero esta tierra ejerce sobre mí una curiosa fascinación. Prisco tendrá mucho que contarte. Tendrás que armarte de paciencia porque no parece el mismo.

— ¿Por qué no? —preguntó Lucano alarmado por primera vez y elevando la voz por encima del ruido de la cuadriga.

Plotio se encogió de hombros.

—Estuvo de servicio como oficial al mando de los Soldados que crucificaron a un miserable judío y es muy posible que lanzasen sobre él algún hechizo. Los judíos poseen gran número de encantamientos y ya te he dicho que odian a los romanos. Me alegro de que estés aquí. Te reirás y alejarás de él todas estas supersticiones al instante.

Su voz sonó de nuevo con un tono peculiar.

Lucano miró a Hilel y a Arieh y estos le devolvieron la mirada en medio de la silenciosa danza de antorchas.

—Como sabes —prosiguió Plotio, conduciendo con habilidad sus poderosos caballos— la familia de Prisco no está con él y hasta el día de la crucifixión Prisco fue el más alegre y robusto de los hombres y mi oficial favorito. Frecuentaba también la compañía de las más caras y presumidas rameras, y alborotaba en las tabernas. Sin embargo —añadió—, recuerdo que con cierta frecuencia sufría ataques de melancolía y quedaba sumido en sus pensamientos incluso antes de la crucifixión. Discutía conmigo sobre Roma y pretendía convencerme de que nuestra patria no está corrompida y depravada. ¡Cómo si yo no recordase a mi tío, el senador que murió por su patria como un general en el campo de batalla aunque en vano! Pero debo decirte que Prisco ha cambiado.

— ¿En qué?

La voz marcial de Plotio se hizo evasiva.

— ¿Soy yo médico? Le traje a Cesárea porque le amo como si fuese mi hijo. No te alarmes —dijo Plotio con amabilidad—, puede que no sea nada. Tanto Pilatos como Herodes han enviado a sus mejores médicos para que le cuiden respondiendo a mi solicitud. Dos están con él ahora y podrás hablar con ellos. A mí no me dicen gran cosa. Pasan mucho tiempo junto a su cama y al parecer tu hermano tiene dificultades para comer. Con frecuencia estalla en un incomprensible llanto pero los médicos no me permiten que le pregunte. Estos médicos tienen mucha arrogancia y se toman libertades incluso con las soldados —golpeó cariñosamente sobre el brazo de Lucano con la empuñadura de su látigo—. ¡Ah, te he producido intranquilidad! Ten la seguridad que los amigos de Prisco le tratamos como a un sátrapa de Persia. Le curarás, como hermano y médico, por medio de razonamientos lógicos.

Lucano se sintió alarmado por las ambiguas palabras de Plotio pero sabía que el soldado era obstinado y no deseaba discutir con él. Por lo tanto dijo:

—El día de la crucifixión, ¿se produjo aquí una oscuridad anormal?

—Sí. Dicen que incluso vieron a muchos muertos por las calles y en las casas. Esta gente es muy supersticiosa. El sol se oscureció y no pudimos verlo durante algún tiempo. Pero sólo fue una tormenta de polvo —vaciló un momento—. Prisco podrá contártelo si le persuades a que te hable. Llora como una mujer cuando le hablo, en las pocas ocasiones que tengo para acercarme a él.

— ¿Y por qué llora? —murmuró Lucano con insistencia.

Plotio le sonrió con desesperación.

—Me cuesta decírtelo, mi querido amigo, porque temo que te rías de mí. Asegura que era Dios, o quizá Zeus, Hermes, Osiris o Apolo; me refiero al que murió en aquella cruz criminal. No te rías de mí, te lo ruego, sólo repito lo que tu hermano me ha dicho.

Lucano permaneció en silencio y Plotio le contempló irónicamente.

—No te sientas turbado —dijo con cierto aire de preocupación—, estoy seguro de que no está loco sino que es víctima de algún hechizo y de su propia imaginación.

— ¿Y por qué está aquí? —preguntó Lucano.

Plotio vaciló de nuevo.

—Lo sugerí yo mismo. Vivía como si estuviese alejado, por algún tiempo, en Jerusalén. La tropa se dio cuenta de ello. Todos vieron su palidez y modales distraídos, sus repentinos estallidos en sollozos. ¿Iba yo a permitir que semejante escándalo fuese conocido en Roma y contado a Tiberio, que se ha transformado en un salvaje que odia a todo el mundo y cuyo carácter va de mal en peor? No deseaba que Prisco cayese en desgracia, que volviese a Roma para ser castigado por un comportamiento perjudicial a su reputación de soldado de Roma. En Jerusalén las cosas no marchan muy bien, te lo aseguro. Desde la crucifixión han surgido muchos tumultos e incluso muchos de nuestros soldados participan en ese histerismo estúpido. Pilatos se vio obligado a perseguir a los seguidores de aquel rabbí crucificado a fin de restaurar la tranquilidad y finalmente huyeron de la ciudad. Pero las cosas siguen muy amenazadoras. La multitud choca con frecuencia con quien manifiestan que sin duda alguna el Rabbí era un Dios judío. El populacho callejero está en todas partes y, ¡por Marte!, sólo desean revueltas y alboroto porque tienen almas de bestias irracionales y aman la excitación sin importarles la causa. En el anonimato el tumulto les brinda la oportunidad de portarse como hombres y ser importantes, aunque no sea más que frente a la ley a la que odian por naturaleza.

La voz de Plotio expresaba una irritación contenida y por lo tanto Lucano no quiso volver a hablar. Comprendió que la ira no estaba encaminada hacia él sino contra la plebe de] mundo entero. Plotio murmuró enfurecido:

— ¡Ah, si nos dejasen a nosotros los soldados entendernos con la plebe! En cierta ocasión nos dejaron intervenir y dimos un escarmiento ejemplar. Pero la plebe tiene el privilegio universal de que la mimen, alimenten, diviertan y cobijen, porque es terrorífica. Sin embargo, ¿quién tiene la culpa de que sea así? Políticos venales que quieren su apoyo y...; ¡malditos sean!

Lucano empezó a darse cuenta que atravesaban lujosos jardines al percibir dulces olores que todo lo invadían y la, fragancia resinosa de los árboles. Vio distantes fuentes iluminadas por la luz de la luna como náyades danzando en la solitaria noche. Oyó las monótonas pisadas de los soldados y vio el brillo de los yelmos y desnudas espadas ante las puertas del palacio. La dorada cúpula de la casa de Herodes rivalizaba con la luz de la luna. Los jinetes y los carros atravesaron la última puerta y la casa de Pilatos apareció ante ellos deslumbrante como alabastro.

Cuando estuvieron en el maravilloso e iluminado vestíbulo, lleno de estatuas y muebles, Plotio sugirió que sus huéspedes se retirasen a sus habitaciones y descansasen hasta la hora de la cena. Lucano adivinó que su amigo estaba inquieto y turbado a causa de pensamientos secretos y deseaba librarse de él por algún tiempo. Luego dijo colocando su mano sobre el fuerte brazo de Plotio:

—Plotio, no estoy cansado. Quisiera celebrar consulta con los médicos de Prisco porque estoy muy preocupado. Además no he visto a mi hermano desde hace mucho tiempo.

—Sin duda, mi querido Lucano —dijo Plotio cordialmente—, considera esta casa, en ausencia de Pilatos, como la tuya propia. —Sonrió a Hilel y le dio unos golpecitos sobre los hombros—, te he echado de menos —aseguró. Miró a Arieh y le hizo un guiño—, no hay nada como una buena fortuna para atraer a los perdidos al hogar. Los esclavos os conducirán a vuestras habitaciones, queridos amigos, y después en la cena descansaremos y podremos hablar de muchas cosas.

Metió los pulgares en el cinturón, y se quitó el yelmo. Estaba completamente calvo pero la calvicie aumentaba su aire de virilidad. Posó una mano sobre el hombro de Lucano pero evitó sus ojos.
—Vamos —dijo—, los médicos están ahora con Prisco y podrán decirte muchas cosas que yo desconozco.

CAPÍTULO XLIV

ANDUVO silencioso junto a Lucano mientras le conducía a través de las habitaciones del palacio, la última de las cuales era siempre más bella que la anterior. En algún lugar escondido cantaban esclavas jóvenes acompañadas por los dulces sones de la flauta y el arpa. Sonaban risas contenidas tras las cortinas. La luz de las lámparas se reflejaba sobre mármoles y columnas multicolores. Las paredes estaban cubiertas de murales deslumbradores en los que las criaturas representadas parecían poseer vida y movimiento propio. Los suelos eran de mármoles grises y toda la casa estaba perfumada. Lucano pensó que Herodes había construido una casa espléndida para su amigo el procurador de Israel. En todos los lugares brillaban los reflejos del oro y la plata. Las lámparas estaban construidas con cristales de Alejandría. Hasta las habitaciones que los amigos cruzaban en silencio, llegaba la olorosa y penetrante brisa del mar. Lucano vio, en cierto momento, la dorada cúpula de la casa de Herodes a través de las suaves columnas, oyó el sonido de voces distantes y el monótono grito de alerta de los soldados de la guardia. Aparte de aquellos sonidos, una intensa quietud reinaba en la atmósfera del palacio.

Llegaron frente a una elevada puerta de bronce y Plotio dio sobre ella unos golpes en forma de contraseña. Inmediatamente fue abierta por un esclavo armado que se inclinó ante ellos. Plotio le dijo:

—El noble Lucano, huésped de Poncio Pilatos, desea consultar a los médicos del capitán Prisco. Llévale ante ellos.

Hizo un ligero saludo a Lucano y le dirigió una leve sonrisa. Luego se retiró apresuradamente, igual que si fuese perseguido. Lucano le vio marchar y frunció el ceño. El esclavo le condujo a una antecámara y le indicó una silla tapizada de oro, una de las muchas que allí había. Luego le sirvió vino de un jarro de plata. Las copas estaban adornadas con gemas incrustadas de varios colores. Lucano bebió el vino con gratitud y descubrió que tenía un sabor exquisito a rosas y miel. Las elegantes lámparas que iluminaban aquella habitación vacilaban ligeramente a causa de la brisa. Los pies de Lucano se hundían en una rica y multicolor alfombra persa. La tentación de abandonarse a la languidez ejercía allí un poder casi irresistible a causa de la belleza del lugar y la fuerza del vino. Pero Lucano estaba demasiado preocupado para abandonarse. Miró hacia una puerta de ciprés profusamente tallada y esperó a los médicos con impaciencia.

Por fin aparecieron y le saludaron con una inclinación de cabeza digna, con el saludo dirigido a un colega. Lucano, a su vez, correspondió levantándose y haciéndoles también una reverencia. Eran hombres de mediana edad y Lucano percibió que uno de ellos era judío y el otro griego. Se presentaron a sí mismos. El griego dijo:

—Me llamo Niceas y mi colega es el médico Josua.

El griego tenía un aire sutil y frío que denotaba una naturaleza impersonal. El judío era más bajo, pero en sus ojos brillaba una tranquila inteligencia y viveza. Ambos iban vestidos con elegantes togas azules, bordadas de oro y los dos llevaban el anillo distintivo de los médicos montado sobre brillantes joyas. Era evidente que eran hombres importantes y considerados y que se sentían sorprendidos ante los humildes vestidos de Lucano.

Se sentaron junto a Lucano acercando sus sillas a la de él, con el gesto inmemorial de médicos que están a punto de celebrar consulta sobre la situación de un paciente importante. Bebieron el vino que trajeron los esclavos y miraron frente a ellos con gesto reflexivo. Lucano esperó. Los doctores de importancia no se apresuraban porque consideraban que las prisas eran Cosas del vulgo. Tenían que mantener una posición y por lo tanto se daban gran tono.

Niceas preguntó por Atenas y Lucano se vio obligado a responderle cortésmente. Niceas mencionó a Isócrates que, al parecer, era su filósofo favorito y Lucano respondió demostrando poseer un profundo conocimiento de aquel filósofo. El griego se sintió complacido. Josua inclinó la cabeza hacia adelante para escuchar mejor.

—He oído que fuiste educado en Alejandría, Lucano —dijo Josua con tono paternal—, creo que Alejandría ha perdido algo de reputación en los últimos cien años. Yo fui educado en Tarso. ¿Qué opinas de las rivalidades entre los médicos de las dos escuelas?

Lucano, devorado por la ansiedad, respondió, sin embargo, con forzada calma. Comprendía que aquellos hombres le estaban examinando a fin de comprobar si carecía de conocimientos y cultura antes de confiar en él y antes de decidir si era o no digno de su completa confianza. Lucano pensó que aquello era como una majestuosa danza sagrada en la que es iniciado un extraño y durante la que se determinará si podrá ser admitido en el ritual.

—Os aseguro, mis nobles colegas —dijo al final con gran exasperación— que puedo comprender nuestra jerga de médicos, que tengo una gran experiencia y conozco los tratamientos más modernos. Por lo tanto os ruego que comprendáis mi natural ansiedad. Decidme qué aqueja a mi hermano.

Durante unos momentos los dos médicos parecieron sentirse muy ofendidos. Los ojos del judío parpadearon con nerviosismo. Lucano, inquieto, creyó percibir un guiño en ellos, pero no estaba seguro porque el rostro del médico permaneció grave y circunspecto como correspondía a su profesión, clásico a lo largo de

las edades: cabeza adelantada y pensativa, el codo derecho apoyado sobre el brazo de la silla y el dedo índice tapando parcialmente la boca.

Niceas vaciló mientras reflexionaba. Después Josua, con una rápida mirada a su colega griego, decidió aparentemente que ya había habido bastantes formalidades. Dejó caer la mano y dijo:

—Comprendemos tu ansiedad, Lucano. Permíteme explicar con brevedad el asunto.

Niceas le dirigió una helada y desconcertante mirada.

—Tu hermano tiene un cáncer en el estómago. La enfermedad ha invadido gran parte del hígado. Nos has pedido que hablemos y, por lo tanto, te lo he dicho con claridad porque yo no creo en las vaguedades. En estas condiciones no puede vivir mucho. Hemos hecho cuanto hemos podido. Le hemos recetado alimentos muy sazonados para despertar su apetito, todo el vino que desea tomar, y calmantes para el terrible dolor que sufre.

Lucano quedó petrificado y lleno de desesperación. Josua le miró compasivamente. Niceas contempló sus blancos dedos que reposaban sobre su regazo.

—Puede vivir un mes —dijo— o quizá dos, pero, sin ningún género de dudas, no mucho más.

Parecía que estuviese discutiendo tranquilamente el estado del tiempo con dos amigos aristócratas y el asunto no fuese de importancia personal. Lucano, luchando con su ansiedad les odió con furor. Se dirigió a Josuá, en quien percibía un poco de interés y preocupación más humana.

— ¿Durante cuanto tiempo ha estado mi hermano enfermo? —preguntó con voz temblorosa.

Josuá se encogió de hombros con un gesto expresivo.

—Estaba ya muy enfermo cuando le trajeron aquí. Creo que ha debido estar sufriendo esa enfermedad por lo menos desde hace ocho meses. Esto explica su pereza, su falta de atención, la pérdida de peso, el tono gris de su aspecto, su aversión por la carne, las infrecuentes pero agotadoras hemorragias del estómago, sus espasmos, la inflamación de las articulaciones. Está en los últimos grados de la enfermedad. No podemos hacer nada por él, sino intentar aliviar su dolor y consolarle. Comprenderás que la enfermedad ha causado trastornos en su carácter que explican su frecuente llanto, porque aún no sabe cuán mortalmente está enfermo, el cuerpo envía a su cerebro señales de preocupación y presentimientos de muerte.

Niceas dijo con voz fría y reprochadora:

—Que el cerebro recibe señales somáticas, Josuá, es una teoría tuya que no puede demostrarse. Estoy firmemente convencido de que el corazón es el asiento de las emociones y los presentimientos. Prefiero las teorías de Aristóteles, aunque en algunos sectores se me considere anticuado por ello.

Los «sectores» eran, aparentemente, el propio Josuá y los ojos del médico se cerraron por un momento para ocultar su combate interior.

— ¡Oh...! —Exclamó Lucano fuera de sí—. ¿Debemos discutir de teorías ahora? Dijiste, Josuá, que mi hermano tenía cáncer. ¿Estás cierto?

—Sin ninguna duda —respondió Josuá sin sentirse ofendido —sus ojos expresaron simpatía—. ¿Deseas examinarle tú mismo?

Los tres médicos se levantaron. Niceas arqueó sus pálidas cejas al ver el tosco y barato estuche de médico que llevaba Lucano, en el que tintineaban frascos de medicinas como en los de un médico rústico. Niceas abrió la puerta de cedro con un aire de suave resignación ante las inoportunidades de los hombres de baja condición.

El dormitorio que había detrás era magnífico, amueblado con los mejores muebles y una cama de oro. Cuatro esclavos velaban junto a ella vestidos de blanco. Lucano corrió hacia la cama gritando:

— ¡Mi querido Prisco! ¡Por fin estoy aquí!

Se apoderó de una lámpara de mesa y la alzó sobre el lecho. Prisco yacía allí, y Lucano se sintió abrumado al contemplar el aspecto que tenía, y casi fue incapaz de reconocer en aquel gris y abatido joven a su amado hermano. Los párpados permanecían cerrados sobre unos ojos hundidos, la boca estaba contraída sobre los dientes. Por un momento terrible Lucano pensó que su hermano estaba muerto, porque no parecía ni respirar.

—Duerme bajo la influencia de nuestras drogas —dijo Josuá lleno de piedad y puso su mano sobre el hombro de Lucano—, por el momento, goza de una paz temporal y por eso debemos dar gracias de ello a Dios misericordioso. Sufre mucho.

Prisco movió la cabeza entre las almohadas.

Las lágrimas inundaron los ojos de Lucano mientras examinaba a su hermano a la luz de la lámpara que tenía levantada. Allí yacía uno que le era más querido que su hermano y hermana de sangre, porque él había dado a Prisco la vida cuando estaba muerto. El hermano de su amada Rubria, a punto de expirar como ella había muerto, el preferido del corazón de Iris, el hijo de Diodoro, aquel valeroso y virtuoso guerrero cuyo nombre nunca sería olvidado. Allí yacía en la casa de Diodoro, el hijo idóneo y valioso para perpetuar el nombre del soldado muerto, mucho más apropiado que Cayo, que se estremecía ante la vista de espadas o banderas. Aquel era el alegre y moreno Prisco, un tanto inconsciente en su alegría pero reflexivo, que gozaba de la vida y amaba su patria y a sus dioses. Recordó el temperamento de Prisco, afectuoso y considerado, amable y sin embargo firme, alegremente activo y afanoso, amante, inteligente y risueño. Lucano no podía soportar verle así. Puso lentamente la lámpara sobre la mesa y se cubrió los ojos con las manos para no contemplar aquella visión dolorosa.

—Sí, es triste —dijo Josuá suspirando.

Niceas se acercó al lecho, moviéndose como un majestuoso dios, y miró a Prisco como si contemplase un teorema. Prisco se estremeció. Lucano, con los ojos aún tapados oyó la débil voz, estremecida por el deleite.

— ¡Lucano... eres tú! ¡He estado esperando...!

Lucano cayó sobre las rodillas y extendió la mano para coger la descarnada mano de su hermano. Estaba fría, seca al tacto y el pulso latía irregular. Vio los ojos de Prisco cubiertos de dolor y agotamiento, aunque animados con el gozo de su presencia.

—Querido Prisco —exclamó Lucano luchando por controlar la agonía que le poseía—, sí, he venido. ¿Sufres?

Los descarnados dedos apretaron la mano de Lucano como los de una momia. Prisco mojó sus secos labios y miró a Lucano con resolución.

—Dolor —dijo en un murmullo con esfuerzo— es lo que todos los hombres sufren. Esto me dijiste en cierta ocasión Lucano. Un soldado comprende el dolor y no lo rechaza. Pero el dolor del espíritu..., ¿has recibido noticias de casa? —dijo la palabra casa, en tono de desesperada ansiedad.

—Todo va bien —respondió Lucano deshaciendo el nudo que se había formado en su garganta.

Prisco no vería de nuevo su hogar, nunca más jugaría con sus niños sobre las rodillas; nunca más besaría a su esposa ni se acostaría con ella abrazando sus largos rizos oscuros, besando su boca, sus mejillas y sus pechos. Nunca más vería sus huertos y sus campos, sus ganados y sus caballos. Nunca más nadaría de nuevo en el verde cristal de la corriente o bebería el vino de sus viñedos. Los placeres sencillos y agradables que los hombres aceptan y consideran naturales no serían nunca más suyos porque estaba muriendo y Lucano comprendió esto al instante. El corazón del médico se estremeció. Luego, instantáneamente, sonrió porque Prisco le contemplaba ansiosamente.

— ¿Todo va bien? —preguntó el joven soldado.

—Todo va bien —repitió Lucano.

Prisco suspiró y cerró los ojos contento por un instante. Lucano empezó a examinarle suavemente, y su última esperanza de un diagnóstico falso murió. Encontró la enorme masa palpable en el área derecha del estómago, que podía fácilmente ser apreciada a través de la escasa carne semi-extinguida. Los dedos de Lucano se movieron hacia arriba y pudo apreciar que la inflamación se extendía también allí. Las glándulas linfáticas periféricas estaban tremendamente hinchadas en la zona supra-clavicu1ar. El examen costó a Prisco dolor insufrible pese a haber sido realizado con suavidad, pero como soldado se mantuvo quieto y rígido. Sus ansiosos ojos no abandonaron el rostro de Lucano, sin una expresión de alivio pero con el gozo de contemplarle. Sabía, en su alma, que no le quedaba mucho para vivir. Dijo débilmente:

—Mi madre, mi esposa, mis niños. Debes decírselo —y no pudo contener un estremecimiento cuando Lucano encontró un lugar particularmente tortuoso— que he muerto en paz, de un accidente quizá y rápidamente; ah, —suspiró cuando Lucano retiró sus manos—, ¿comprendes?

—Sí. Comprendo. —Puso su palma contra la mejilla enfebrecida con gesto paternal y su pecho se agitó. Trató de sonreír—. Pero no todo está perdido —añadió con el tono consolador y mecánico de un médico.

— ¡Todo está perdido! —dijo suavemente.

—Hay que tener esperanza —dijo Josuá.

—No deseo vivir más —suspiró Prisco con sencillez—. Hablas de mi cuerpo, buen Josuá. No me preocupa mi cuerpo puso la mano en la de Lucano, como un niño exhausto—, debo hablarte, hermano mío a solas. Tengo mucho que decirte antes de partir para el último viaje.

—Comprendo —dijo Josuá envuelto en su propia tristeza, porque había llegado a amar a Prisco, como todos cuantos le conocían—, pero no debes cansarte.

—A menos que me libere de mi carga no podré unirme a mi padre, mi madre y mi hermana en paz —dijo Prisco—, tengo poco tiempo.

—Sólo los dioses saben esto —dijo Niceas fríamente.

Hizo una inclinación de cabeza y Josué le siguió fuera de la habitación y tras ellos los esclavos. Prisco contempló como se marchaban y luego con un esfuerzo dijo a Lucano.

—Levántame sobre las almohadas, querido hermano, a fin de que pueda hablar con más facilidad.

Lucano le alzó y se sintió abrumado por la ligereza del cuerpo del soldado y su delgadez. Pero sonrió con un gesto de consuelo. La cabeza de Prisco descansaba sobre los alzados cojines y jadeó débilmente durante algunos momentos. Cerró los ojos.

—Debo hablar —dijo con algo del ímpetu de Diodoro—. No debes decirme que no me canse; debo decir cuanto he de decir.

—Sí —dijo Lucano. La mano de Prisco se aferró a la suya y sonrió débilmente.

—Es una historia terrible —dijo después de unos momentos. Y su rostro cambió, ensombreciéndose como si acabase de morir entre tortura y entonces empezó su historia.

Las lámparas vacilaban o se animaban a causa de la brisa exterior que se filtraba entre las columnas. Los olores de Oriente llenaban el aire junto con el sonido de las tintineantes fuentes. Prisco habló sin parar, con un ansia surgida de su última fuerza. Y Lucano no le interrumpió ni una sola vez.

Hacia tiempo que Plotio permanecía en Jerusalén. Había encontrado la ciudad fascinadora y llena de excitación. Los judíos eran un pueblo extraño pero nunca fláccidos o poco interesantes. Miraban a los romanos fríamente y les evitaban, excepto los ricos mercaderes, políticos y propietarios de buques de carga. El pueblo menor y humilde les despreciaba, pero los sumos sacerdotes, cuyas familias estaban dedicadas al comercio y hacían fortuna con los romanos, no.

—El pueblo es a la vez realista y práctico, como nosotros los romanos —dijo Prisco—, y sin embargo están llenos de piedad y misticismo incluso los más groseros y despreciables mercaderes y fabricantes abandonan las preocupaciones mundanas en los días santos y son tan poco mundanos como las sombras, olvidando todo por completo. El templo se llena con los sacrificios y de los perfumes de incienso, suenan gemidos y llantos durante ciertos días, gozo y baile en otros. Los judíos lloran eternamente, incluso cuando sonríen y hablan de un Mesías que les librará alguna vez de Roma y que pondrá su pie sobre el postrado pecho de Roma y nunca la permitirá volverse a alzar.

Prisco, joven y lleno de curiosidad, había oído mucho de la religión de los judíos porque deseaba ser amigo de aquellos que rechazaban su amistad. Pero nadie discutía de religión con él, ni siquiera los mercaderes y amigos comerciantes. Ante aquel asunto retrocedían, sus gruesas caras de color de vino se oscurecían y se hacían reservados. Empezaron a correr rumores sobre un extraño Rabbí del campo, sin ninguna educación, procedente de las montañas de Galilea, de una gente despreciada en Jerusalén por los hombres cultos y mundanos. Era un hombre sin familia ni riqueza. No tenía nada más que los pobres vestidos que llevaba puestos y las sandalias de esparto en sus pies; no poseía ni caballo ni litera, ni siquiera el más indigno de los asnos. Sin embargo, cuando iba a Jerusalén, era rodeado por las multitudes, cuando avanzaba, ellos avanzaban también, escuchándole. Se rumoreaba que había curado enfermos y resucitado muertos. Los sacerdotes al principio, se reían, luego se enfurecieron. Para Prisco aquello no tenía ningún significado porque nunca comprendía a los judíos, sus muchas y rivales sectas, su insistencia sobre ciertos rituales, sus constantes argumentos acerca de pequeñeces respecto al significado de los profetas antiguos, incluso la plebe de la calle discutía y peleaba acerca de aquellas cosas. Seguían su religión con rigor y devoción y la observaban meticulosamente. Y era así tanto para el hombre más ruin como para el más alto y más honrado. Carecían de duras supersticiones cínicas acerca de su religión, como tenían los griegos, y no tenían las vulgares de los romanos. Aquello, sin duda, explicaba la excitación acerca del Rabbí, del que se rumoreaba que había resucitado muertos, curado enfermos y realizado otros muchos milagros. También explicaba la ira de los sumos sacerdotes que despreciaban a la gente común y encontraban incluso sus sacrificios indignos. El Rabbí estaba invadiendo sus sagrados privilegios y distrayendo al pueblo de sus deberes. Casi tan malo como esto, se rumoreaba que incitaba al pueblo contra Roma y aquello era mucho más peligroso.

Se rumoreaba, por fin, con inmensa excitación, que Él, era el Mesías. Él rescataría a su pueblo, Israel, del poder de Roma, y con legiones de ángeles alejaría a las legiones romanas de las paredes de Jerusalén. Por primera vez a partir de la aparición de aquel rumor, Poncio Pilatos, que nunca se metía en los asuntos de los judíos, porque era un hombre discreto, empezó a preocuparse. Que los judíos luchasen entre ellos mismos como hacían interminablemente sobre alguna doctrina no le preocupaba, en tanto que sus luchas no amenazasen la autoridad de Roma. El tetrarca, Herodes medio griego y medio judío, fue abordado por los sumos sacerdotes que declararon que los judíos peligraban a causa de las enseñanzas de aquel miserable Rabbí, que no sólo había afirmado que Él había llegado para cumplir la ley de los profetas y que los sacerdotes estaban engañando y oprimiendo al pueblo, sino que causaba confusión y peligroso desvío en las relaciones pacíficas entre los judíos y sus señores romanos. Herodes discutió el asunto con Pilatos que visitaba Jerusalén aunque no le gustaba la ciudad, y se sentía violento porque aquella visita era forzosa. Llamó a Plotio y a Prisco ante él y les interrogó. Plotio se encogió de hombros y declaró que los sacerdotes estaban siempre frenéticos y no se les debía escuchar seriamente. Prisco habló a Pilatos de los rumores de milagros y Pilatos se echó a reír. Pilatos se preocupó más por un posible alzamiento de los judíos que del Rabbí como persona.

—No estoy seguro de lo que ocurrió a continuación —dijo Prisco con voz monótona y débil, mirando con unos ojos agudos y lívidos a su hermano—, los asuntos de los judíos no significaban nada para mí. Me dijeron que los sumos sacerdotes solicitaban la muerte del errante y descalzo Rabbí y que fue llevado ante Pilatos para ser juzgado. Pilatos no encontró en él ninguna culpa pero la multitud aulló pidiendo su muerte, no porque no les gustase particularmente sino porque deseaban excitación. Era la Pascua de los judíos y yo estaba allí encargado de mantener la paz. En la Pascua los judíos se dirigen a nosotros como egipcios y esto es incomprensible e insultante. Mis amigos judíos se apartaban de mí durante este período. Ocurrió en la víspera de la Pascua, la excitación en la ciudad acerca del Rabbí crecía de una forma incontenible. Varios grupos luchaban en las calles y maldecían a los soldados que les separaban.

Entonces Prisco recibió órdenes de ejecutar al Rabbí con dos ladrones que habían sido condenados a muerte. Era tan sólo una tarea desagradable y Prisco cumplió las órdenes que había recibido.

Era costumbre bajo la ley romana que aquellos criminales condenados a muerte en la cruz por más viles, fuesen azotados antes de la ejecución.

Prisco había ordenado a dos de sus oficiales inferiores que actuasen en aquella ocasión, el Rabbí estaba en la prisión esperando su último castigo. Él esperaba la hora en que debía conducir a sus soldados y a los verdugos al lugar acostumbrado, un monte conocido con el nombre de Gólgota o lugar de la Calavera. Permaneció sentado en su caballo, aburrido hasta la fatiga, porque había pasado varias horas en su taberna favorita la noche anterior y estaba inquieto por causa de aquella tarea tan insignificante que le había sido encomendada. El criminal era tan sólo un desgraciado judío, comido de pobreza e indigno de la atención de un oficial como él. Miró a su alrededor a los turbulentos y excitados movimientos con un gesto ligeramente curioso. Pero los judíos estaban siempre excitados y con frecuencia por las cosas más insignificantes. Oyó las maldiciones contenidas que le eran lanzadas y permaneció sentado en su caballo entre sus oficiales; pero los judíos especialmente cuando se acercaban sus días santos maldecían frecuentemente a los romanos aún

cuando en otras ocasiones se sentían amistosos con ellos. No era que importase. Incluso se echó a reír divertido e intercambió chistes con sus oficiales y bostezó de hastío.

La multitud se había reunido a lo largo de la estrecha calle que conducía desde la prisión al lugar de la Calavera. Prisco se sintió repentinamente abatido por la expresión de aquella gente. Los volátiles judíos permanecían en forma rara, rápida y silenciosa. Cientos de mujeres lloraban abiertamente, otras sostenían a sus pequeños hijos en alto, como hacen las madres que desean que ellos vean el paso de un príncipe o un alto potentado. Muchos hombres retorcían sus manos, lloraban en silencio o se daban golpes en el pecho. Un extraño aire de ruina se cernía sobre la ciudad y sobre la gente. Una cálida y misteriosa luz bañaba la tierra, era como si el sol hubiese perdido su color dorado natural y se hubiese transformado en un furioso incandescente. Ante esta luz los colores de los vestidos de la gente tenían un vívido resplandor; rojo y azul, rayado de rojo y blanco, amarillo y negro, rosa y esmeralda brillaban de tal forma que parecía que iban a estallar en lágrimas. Los rostros se hicieron inminentes, las facciones, las caras, las líneas de nariz y boca, el color de los ojos, el brillo de la frente y de la barbilla, incluso de aquellos más distantes, poseía una perfilada claridad y vehemencia. El olor de sudor impregnaba el ambiente. No había sacerdotes en aquella confusión y sin embargo sorprendente multitud había realizado su tarea, estaban en el templo preparándose para la Pascua. Prisco miró hacia el inquieto cielo. Sobre los montones bronceados, éste tenía un color muy peculiar. Era como si una parte estuviese ardiendo más allá del lugar de las calaveras, lanzando al aire un vapor rojo pálido y púrpura que ascendía al infinito. Prisco llamó la atención al oficial más cercano. Éste era un joven supersticioso y miró aquel movimiento maligno y coloreado con desmayo.

— ¿Quiénes son los que vamos a ejecutar? —preguntó. Prisco había respondido:

—Tan sólo tres criminales.

El joven oficial había tocado un amuleto y movido su cabeza murmurando:

—No me gusta esto. Aquí hay portentos.

Prisco se había reído de él, pero se inquietó en su caballo. Respiró el aire tan fiero, llameante y lleno de polvo cálido amarillo. Bajo su armadura sudaba.

Después de un movimiento alborotado se percibió una gran algarabía ante las puertas de la prisión. Un rugiente grito llegó a sus oídos y el profundo gemido de los quejidos. Prisco y sus oficiales cabalgaron hasta sus puertas. Un hombre era arrastrado hacia adelante por los soldados. Era un hombre alto, de dorado cabello y barba recia. Parecía postrado. Llevaba puesto un vestido blanco rasgado y sobre él una capa color de tela muy pobre. Sobre su alta cabeza una corona de espinas había sido colocada y su pálido rostro estaba bañado de sangre.

— ¿Qué es esto? —murmuró el joven oficial a Prisco. Pero Prisco no podía responder.

Vio el rostro del criminal que, a pesar de la suciedad y la sangre, era de una nobleza más allá de toda imaginación, tranquila y amable y parecía irradiar una luz propia, mayor incluso que la furiosa luz del sol. Su compostura era la de un Rey, majestuosa y santa, libre de todo miedo. Un frío horror que no se pudo explicar se apoderó de Prisco. Aquel no era un criminal, aquel era un hombre de la más alta sangre. Sus vestidos tomaron un tono de magnífica púrpura. La corona de espinas era una corona de oro. El horror aumentó en Prisco. ¿Era aquél el desgraciado Rabbí, en verdad? ¿Era aquél el campesino sin familia y sin riqueza? Parecía increíble. Tenía el aspecto de un Emperador, aunque los soldados le empujasen y golpeasen riéndose de Él, en la forma más grosera que acostumbraban y le escupiesen en el rostro.

—¡Salve, oh rey de los judíos! —gritaban los soldados. La multitud callejera aullaba. Pero cientos de mujeres cayeron sobre sus rodillas y extendieron hacia adelante sus brazos, cientos de hombres gimieron y sus ojos se inundaron de lágrimas, deseando ser niños para llorar abiertamente. La escena era demasiado caótica para un solo par de ojos y los de Prisco se alocaron tratando de abarcarlo todo. Pero finalmente no pudo ver más que al condenado, que vacilaba bajo los golpes de los soldados.

Prisco condujo su caballo y sus manos temblaron cogidas a las riendas. Hizo un gesto a sus oficiales y empezaron a andar hacia las puertas de la ciudad que estaban completamente abiertas. Prisco se dijo a sí mismo: « ¿Quién es este que está a punto de morir?» Miró hacia atrás. Una cruz había sido colocada sobre los hombros del débil Rabbí y vacilaba desesperadamente bajo su peso, tratando de mantenerse firme bajo los brutales golpes de los soldados. El horror se profundizó en Prisco. Metió la mano bajo su propia armadura y tocó su amuleto, un talismán contra el mal, pero el metal ardía en sus dedos y estaba húmedo a causa del sudor.

A su alrededor oía los más ensordecedores rugidos, lamentos, gritos y sollozos. La luz era insufrible, era como si el resplandor del sol se hubiera multiplicado. Su fulgor traspasaba sus párpados e inflamaba su frente. El olor humano y el ácido sabor que se elevaba le producían náuseas al joven romano. Empezó a dolerle fuertemente la cabeza, sus huesos temblaban y se estremecía, era demasiado fuerte para él. Tuvo que cerrar sus ojos para escapar de la furia y resplandor de la fiera luz. Los edificios, aún los más lejanos, danzaban salvajemente ante él, olas de color se extendían sobre todas las cosas, dándoles aspecto de locura e inestabilidad. Y más allá del Gólgota, las nubes rojas y púrpura llenaban el cielo como llameantes lenguas, encendiéndose sobre los cielos al rojo vivo, saltando tras el cobre del monte.

Un grito todavía mayor surgió de la multitud; de nuevo Prisco miró hacia atrás. El criminal había caído en el polvo; una mujer joven, con el rostro cubierto de lágrimas, limpiaba su rostro. Un soldado había gritado terminantemente a un mirón y el hombre, negro de piel y enorme corpulencia se acercó al instante y alzó la cruz sobre los hombros del condenado. Con ayuda de los soldados colocó la cruz sobre sus propios hombros y

permaneció en posición inclinada y con una profunda sonrisa jugueteando en sus labios. Miró al cielo, las lágrimas y el sudor empezaron a correr por su carne bronceada por el sol. Avanzó dócilmente, como quien está sometido a un sueño extático, con fuerza y sin vacilaciones. Era como si llevase con orgullo sobre sus hombros la litera de un rey. Tras él avanzó el criminal tropezando, sus labios se movían silenciosos. El populacho le siguió como un río multicolor, gritando y gimiendo, agitando sus puños en el aire. Y sobre todo aquello caía una estremecida y ultraterrena luz.

Entonces Prisco oyó una voz, hablando en un arameo cerrado, pero pura, segura y firme como la voz de un rey:

—Hijas de Jerusalén... no lloréis por mí, sino por vuestros hijos. Porque he aquí que días vendrán que los hombres dirán: «Benditas sean las estériles y los vientres de las que nunca parieron y los pechos que nunca amamantaron». Luego dirán a las montañas: «Caed sobre nosotros», y a las colinas: «cubridnos.»

Prisco se sintió asombrado por aquella voz y las extrañas palabras que había pronunciado. Era como si mil oráculos hubiesen hablado, era como si Apolo, conmovido por la agonía de los hombres, hubiese llorado por ellos, era como si Zeus hubiese lanzado sus rayos sobre ellos, y el pueblo tan clamoroso, tan estremecido y roto de dolor quedó silencioso por un momento.

— ¿Quién es Él? —preguntó el joven soldado a Prisco, pero Prisco no pudo responder.

El ardiente y tortuoso camino se extendía ante ellos, ascendiendo hasta el Gólgota. Prisco se dijo a sí mismo en una inexplicable desesperación:

«No debo mirar hacia atrás otra vez.» No podía cerrarse ante la conciencia de una tremenda lamentación que se mezclaba con aquella luz, el lamento que seguía al condenado como una marea de tristeza y desesperación. Y sobre toda aquella marea se alzaban los gritos de la plebe callejera, ansiosa, como siempre, con su instinto de odio y amenaza para la víctima.

Las murallas amarillas de la ciudad quedaron atrás y el estrecho camino se alzó empinado hacia el monte Gólgota, cuyo bronceado color ardía y semejaba el humo de un fuego devorador. Las piedras rodaban bajo los cascos del caballo de Prisco que retrocedía tropezando. Podía oír el repiqueteo de los cascos de sus seguidores y sus aterrorizadas y contenidas maldiciones. Sorprendido, miró a su alrededor; el paisaje abrasaba por el calor, las montañas con terrazas sobre las que descansaban cipreses y olivos, eran trozos de jardines verdes. Pero todo tenía un brillo siniestro de pesadilla. El sudor descendía por el rostro de Prisco que se quitó su yelmo para secarse la frente y el rostro. Su respiración se hizo pesada con profundo esfuerzo. «No debo pensar —exclamó para sí—. Estoy enfermo, veo con ojos de enfermo. Esto no tiene importancia, es sólo la ejecución de un criminal para Roma, un incitador de la multitud contra su autoridad.

El terror de aquella situación continuaba oprimiendo su carne, su mente y su alma. Se sintió abrumado ante el tono del cielo sobre el monte; las llamas encendidas se elevaron más y más como devorándolo todo. Podía en realidad, sentir su palpitación. Su espíritu romano supersticioso se acobardó. Las lamentaciones llenaban el aire.

Prisco dijo al oficial que tenía ante sí:

—Haced retroceder a la muchedumbre. Que no cubran la cima del monte, han de permanecer abajo. ¿Quién sabe lo que pueden hacer con nosotros? Somos pocos y ellos son miles, crecidos por la excitación y la emoción.

Los oficiales dieron media vuelta y en sus caballos, que se resistían; descendieron contra la multitud, pero Prisco no miró hacia atrás, jadeante, dejó caer la cabeza contra su pecho y esperó. Después de un poco, le pareció que los gritos y los quejidos disminuían ligeramente y sus oficiales y soldados hicieron retroceder con fuerza a la gente para evitar que siguieran ascendiendo. Entonces Prisco vio que dos cruces estaban siendo levantadas contra el amenazador y humeante cielo, dejando un lugar entre ellas. Pudo ver los hombres desnudos claramente, aunque estaban abajo y a cierta distancia. Eran rostros oscuros y contorsionados, sus brazos extendidos en agonía sobre las cruces, uno de ellos gimiendo.

Sus oficiales volvieron de nuevo a su alrededor y el más joven de ellos dijo:

—Les hemos hecho retroceder, no se entrometerán, porque nuestros hombres tienen las espadas desenvainadas.

Entonces Prisco se sintió impelido a mirar hacia atrás. El pueblo cubría los lugares inferiores del monte como un bosque turbulento de muchos colores, se movía constantemente, estremeciéndose y agitándose en todas partes. Ante ellos pasaba la pequeña procesión del portador de la cruz; unos pocos soldados y el condenado. El Rabbí ascendía con movimientos débiles y la cabeza inclinada. Sin embargo, todo su aspecto era real, era un rey cautivo que esperaba la ejecución. Prisco le miró con una terrible intensidad y en aquel momento Jesús alzó el rostro y los ojos azules brillaron con ardor. Su manto rojo pendía de sus hombros como un manto real.

A pesar de las precauciones, ya había un grupo esperando en la cima del monte, unas pocas mujeres silenciosas; un joven o dos vestidos pobremente y, para la inexpresable ira de Prisco unos cuantos fariseos y escribas a quien él reconoció. Llevado de toda su fuerza, Prisco ascendió el último trozo difícil y dijo a los fariseos con voz ronca:

— ¿Qué estáis haciendo aquí, ante la ejecución romana de criminales bajos?

Uno de ellos se inclinó servilmente y respondió:

—Estamos aquí como testigos, porque corre el estúpido, rumor de que este turbulento desgraciado, Jesús, no morirá, sino que vivirá y descenderá de la cruz y conducirá al pueblo a la anarquía y levantamiento contra la paz. Nosotros debemos decir al pueblo después lo que hemos contemplado y esto será el fin de todo.

Prisco, no supo por qué, dijo en alta voz:
—No, no será el fin. Nunca será el fin.
Y golpeó el puño contra su espada, mientras el sudor empapaba su rostro.
Los fariseos fruncieron el ceño y se consultaron unos a otros; luego se encogieron de hombros mientras los escribas respiraban fuerte. Pero Prisco, respirando pesadamente ante el temeroso silencio en la cima del monte, volvió su atención hacia las mujeres. Sin embargo, tan sólo vio a una en realidad. Una mujer ligera, de edad indeterminada, porque su pálido y liso rostro podía ser el rostro de una muchacha como el de una mujer madura, serena pero rígida a causa del dolor. Pensó para si mismo: « ¿Es ella su hermana, su esposa, su madre? No, es imposible que ella sea su madre, porque tiene el aspecto de la eterna juventud y es muy hermosa, más hermosa incluso que mi madre adoptiva Iris o mi hermana Aurelia.» La mujer le miró como si oyese sus pensamientos, volviendo el profundo azul de su rostro hacia él, un rizo o dos, dorados a la luz del sol, se habían escapado del velo azul oscuro y se mecían sobre su blanca frente movidos por un repentino viento. Su boca era dulce y sin color, llena de ternura. Pero tenía una serenidad que impresionó a Prisco, la firmeza de su cuerpo juvenil, la paz de su importante belleza. Estaba vestida de lienzo tosco, y en sus hombros pendía una túnica azul de la misma tela. Prisco deseaba hablar con ella, porque ella tenía una quietud tan noble y un aspecto de pacífico dolor. No supo por qué, desmontó y se acercó hasta ella. Ella vio cómo se acercaba, su condolido rostro se volvió hacia él. Prisco intentó que su voz sonase ruda:
— ¿Quién eres y quiénes son los que están contigo?
Ella respondió amablemente:
—Soy María, su madre, y éstos son nuestros amigos.
Deseó ordenarle que descendiese. Luego vaciló. Ella continuó mirándole con tranquilidad, penetrándole con sus ojos. Sus manos estaban cruzadas juntas, dos mujeres permanecían junto a ella como doncellas de una reina. Lloraban, pero ella no lloraba. Una profunda dignidad la rodeaba.
— ¿Eres tú su madre? —dijo Prisco entristecido y el pensamiento de Iris y de la madre que nunca conoció, y se sintió lleno de la tristeza de todas las madres del mundo.
María inclinó su cabeza, sus ojos azules continuaron inmutándole. Él hizo un gesto de incertidumbre.
—No será una misión agradable para una mujer.
—Yo lo he sabido desde hace mucho tiempo.
Él la miró parpadeando, ella sonrió un poco, y de nuevo pensó incoherentemente en la compasiva sonrisa de Iris. ¿Cómo era posible que aquella mujer se entristeciera por él, el verdugo romano de su hijo? Deseó hablar más con ella, pero sus ojos le habían dejado, dirigiéndose hacia su hijo, que llegaba en aquel momento hasta la cima y un estremecimiento como el reflejo en el agua, recorrió todo su cuerpo, dio un paso hacia adelante con las manos extendidas en la eterna actitud de una madre. Las demás mujeres pusieron sus brazos alrededor de ella y la hicieron retroceder. Los colores llameantes de fuego, rosa y púrpura, iluminaron su rostro.
Los oficiales de Prisco miraron asombrados a su superior desmontado, que se había dignado acercarse a una pobre mujer judía. Vieron su expresión miserable, su incertidumbre, sus ojos llenos de desesperación y se asombraron más con intranquilidad. El joven oficial murmuró para sí su encantamiento contra los acontecimientos adversos. Los fariseos y los escribas permanecían aparte, los fariseos fríos de aspecto y silenciosos, los escribas murmurando entre ellos. Entonces Prisco, mirando al silencioso prisionero que permanecía; de pie ante él y viendo las gotas de sangre que descendían sobre su rostro, procedentes de las espinas de la corona y su absoluto sufrimiento, exclamó:
— ¡Terminemos con el asunto, en nombre de todos los dioses!
Se volvió hacia un lado con gesto desordenado y vacilante.
— ¿Dónde hay vino y una copa? —dijo a uno de sus oficiales que le miró cegado por un momento, quien se dirigió a su saco colgante de la silla y trajo un recipiente de soldado que contenía vino y una tosca copa. Desmontó y lo puso en las temblorosas manos de Prisco.
—Opio también —murmuró Prisco deseando dar al condenado algo de insensibilidad para el dolor. Sin hablar, el oficial sacó de una caja de madera un poco de opio y lo vertió en el vino.
La amenazadora y tremenda luz aumentó como la temible luz del Olimpo. Prisco se acercó al condenado y todo el monte quedó en silencio. Las mujeres dejaron de sollozar. Entonces Prisco permaneció ante Jesús y le miró de lleno el rostro, su voz apenas salía de su garganta. Los ojos divinos le miraron directamente como si penetrasen hasta su alma y Prisco pensó con terrible asombro: « ¿Quién es Él?»
—Bebe —dijo—. Te ayudará.
Pero Jesús movió la cabeza ligeramente rehusando, sin embargo, inclinó la cabeza agradecido. Entonces, la mirada que hizo a Prisco era más tierna, más allá de toda la ternura que pudiese ser imaginada, más gloriosa y más increíblemente amable y gentil. Prisco retrocedió ante aquella mirada. Sumido en mayor terror y asombro que antes, hasta que tropezó Contra su caballo.
—Que se consume —exclamó—; terminemos de una vez. —Y escondió su rostro sobre el cuello de su caballo, temblando. Prisco permaneció junto al caballo con los ojos cerrados. Desde abajo en la lejanía, como el sonido de un doloroso mar, surgían quejidos y lamentos. Pero ante ellos, Prisco no se atrevía a volverse. Llegó el sonido de los martillos. ¿Por qué todo estaba allí tan silencioso? ¿Por qué no gritaba el condenado cuando los clavos atravesaban su carne?
Y entonces Él habló en voz alta:
«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

Prisco sintió un horrible estremecimiento recorrer toda su carne y su caballo se agitó bajo su presión. ¿Está implorando a Dios?, se preguntó Prisco a sí mismo en medio de la turbia confusión de su mente. ¿Por qué deben los dioses perdonar, y a quién deben ellos perdonar? ¿A mí? ¿Al pueblo? ¿A los verdugos? ¿Qué locura es esta? ¿Por qué debe cualquier hombre perdonar a sus enemigos o implorar a los dioses que lo hagan, cuando está sufriendo y la agonía y la muerte están sobre él?

El joven soldado deseó que la oscuridad descendiese sobre él y desmayarse para no ver nada más. Pero la terrible luz penetraba a través de sus párpados y alzó su cabeza retirándola del cuello del caballo y se sintió impelido a mirar. Los verdugos habían terminado su tarea, el condenado había sido atado desnudo, excepto por un ligero lienzo alrededor de su cintura. Los hombres empezaban a alzar la cruz para colocarla entre los dos ladrones, contra el estremecedor cielo. La cruz era mayor que la de los otros y en contraste con la oscura y tosca madera, el cuerpo del hombre que colgaba, era blanco y suave como el alabastro y semejaba brillar. Parecía no darse cuenta de su angustia, sus ojos tranquilos contemplaron a la mujer, su madre, y le sonrió amorosamente como para consolarla y darle seguridad. Luego los separó de ella y miró hacia abajo a la inquieta multitud que se extendía en la parte superior del monte y luego contempló a la ciudad a lo lejos, sus retorcidas paredes amarillentas bañadas en aquella luz ultraterrena, sus tejados y cúpulas iluminadas. Suspiró con un gran y profundo suspiro y momentáneamente cerró sus ojos.

Entonces un silencio atemorizador se extendió allí. María se había sentado sobre una gran roca con el rostro cubierto por las manos, las mujeres arrodilladas ante ella consolándola, sus amigos, tan pobres como Él, permanecían en un grupo sin dejar de mirar al condenado. Eran jóvenes, evidentemente muy jóvenes, sus pequeñas barbas se movían en sus mejillas por el más ligero de los vientos y sus rostros estaban cubiertos de lágrimas.

Un joven oficial, un centurión, tocó el hombro de Prisco en tono de pedir disculpas.

—Los soldados esperan tu señal, noble Prisco —murmuró—, Como sabes, la ley les permite que se dividan los bienes de aquellos condenados a la muerte.

Prisco le miró distraído porque todo se movía ante él. Los impacientes soldados se dividieron los vestidos de Jesús y se quejaron entre ellos de que fuesen tan pobres y de que no hubiese ninguna bolsa de dinero o algo de más valor. Descontentos, y después de haber bostezado, se apartaron un poco y se arrodillaron para jugar a los dados. Pasaría algún tiempo antes de que pudiesen marcharse. Aquellos que eran crucificados morían lentamente. Era tedioso. Las mujeres permanecieron sentadas como estatuas. Entonces Prisco vio que sobre la cabeza del moribundo había sido clavada una inscripción que estaba escrita en letras griegas, romanas y hebreas: «Este es el Rey de los judíos».

Un golpe de aplastante ira invadió el corazón de Prisco ante aquella burla. Apretando sus puños se obligó a sí mismo a acercarse a la cruz y miró al crucificado. Sus dientes castañetearon. Trató de hablar. Los ojos misteriosos le miraron con una sonrisa azul que contenía compasión y agonía. Prisco colocó su mano contra la parte inferior de la cruz y se sintió lleno del deseo de caer al suelo y llorar. Se volvió hacia un lado y vio que su mano estaba manchada de sangre y miró a la brillante escarlata estupefacto. Como un ruido de violento choque de huesos podía oír el juego de los dados de los soldados y la excitación de sus apuestas. Un grupo de escribas y fariseos se acercó también a la cruz. Uno de los fariseos miró hacia arriba al moribundo y dijo severamente:

—Que se salve a sí mismo si es el Cristo, el elegido de Dios.

La atención de los soldados que apostaban fue atraída por su voz y ellos estallaron en risas. Uno de ellos, un joven, se acercó a la cruz con una copa de vino en su mano. Con gesto incierto, pero no hostil, sino más bien estúpido. Alzó la copa a Jesús y dijo casi en tono amistoso:

—Si tú eres realmente el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.

Pero el moribundo no habló. Un pálido velo azul había cubierto sus ojos, parecía haberse sumido en una insondable contemplación.

Uno de los ladrones gemía terriblemente. Volvió su ruidosa y torturada cabeza hacia Jesús y sus oscuros rasgos estaban contorsionados. Trató de escupir al rostro heroico, pero su saliva cayó en el polvo. Luego exclamó:

—Si tú eres el Cristo, sálvate y sálvanos.

Y cayó en un gemido y ahogado maldecir.

Prisco se movió convulsivamente, deseó elevar su espada y cortar los labios del ladrón. Pero antes de que pudiese desenvainarla el otro ladrón decía con voz débil y reprochadora:

— ¿No temes ni siquiera ahora a Dios, viendo que estás bajo una misma sentencia? Y ciertamente con justicia, porque recibimos lo que nuestros actos merecen. Pero este hombre no ha hecho ningún mal.

Prisco quedó transfigurado, su mano cayó de la espada. El segundo ladrón volvió la cabeza a Jesús y sus burdos rasgos temblaron mientras las lágrimas caían de sus atormentados ojos. Su pecho se agitaba y sus brazos se retorcían sobre la cruz. Sollozó en alta voz. Luego dijo humildemente:

—Señor, acuérdate de mí cuando entres en tu reino.

Y se inclinó hacia Jesús como si su miserable alma fuese impelida por una tremenda fuerza y como si todo su espíritu se sintiese atraído hacia su compañero. Jesús no pareció oírle durante algunos momentos. Luego levantó la cabeza y de su penetrante contemplación que se extendía hacia abajo de la sollozante multitud habló. Su voz era aún más fuerte, clara, amable. Miró al segundo ladrón con una compasión ultraterrena y sonrió:

—Amén, te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.
De nuevo miró a su madre y de nuevo una luz recorrió su espectral figura sobre la cual la sangre corría como rubíes. Como si hubiese oído una orden, alzó su caída cabeza y madre e hijo se miraron otra vez y hablaron juntos en una lengua que no fue oída por ningún hombre. Prisco les contemplaba y su corazón latía de temor con un furioso deseo.
Un tiempo incontable transcurrió. Prisco había caído en un estado de semisueño. Creyó que había permanecido siempre en aquella forma, su cabeza apoyada contra el cuello del caballo, su enfermedad siempre apoderada de él. Pensó que no había conocido otra cosa toda su vida, que el brillo de aquella luz sobre los yelmos de los soldados, mientras permanecían arrodillados jugando, sus llameantes manos y la iluminación que parecía danzar sobre sus armaduras. Había visto por siempre aquellas hirvientes nubes coloreadas como vapor, ascendiendo inflamadas hacia el cielo rojiblanco. Y por siempre su vista había estado fija en aquellas tres cruces y había contemplado la blanca figura contra la oscura madera, congelada eternamente, y nunca dejaría aquel lugar o nunca sabría nada más de nada.
Los jóvenes amigos de Jesús se habían acercado hacia la cruz y cayendo ante ella, como si un rayo hubiese caído sobre ellos, sus posturas abandonadas e inmóviles de dolor, sus cabezas inclinadas contra la madera y las mujeres permanecían sentadas aparte. María mirando ante ella, como si mirase a las edades venideras, su noble cabeza elevada por encima de la de las demás mujeres.
El joven centurión se acercó de nuevo a Prisco. Estaba muy pálido y murmuró:
—Prisco, no me gusta esto. Hay algo amenazador aquí. Prisco humedeció sus enfebrecidos labios.
—Dame vino —dijo.
El capitán centurión le dio vino, vertido cuidadosamente. Pero sus ojos continuaron contemplando el cielo. Prisco tomó la copa y bebió de un tirón, era un Vino pobre y ácido, que le enfermó. Vertió el resto en el suelo y se sintió estremecer.
Era la hora sexta. La atronadora luz vibraba más cegadora que antes, como si estuviese tomando fuerza para transfigurarse, en una enorme conflagración. Prisco pasó sus manos sobre su rostro, encontrando corrientes de agua. Los dos ladrones crucificados antes habían caído en la inconsciencia de la muerte. Pero Jesús aún contemplaba la ciudad como si pensase y no se diese cuenta de que estaba muriendo.
Y de pronto la luz se fue. Había desaparecido tan completamente como si la noche se hubiese extendido sobre la tierra. Los soldados arrodillados que apostaban en su juego, saltaron y se pusieron en pie con un grito de terror. El centurión, con renovado pánico, se agarró a los hombros de Prisco como buscando protección. De la multitud que se extendía debajo surgió un poderoso gemido. En aquel instante la tierra se estremeció como un barco agitado por una gigantesca ola y el sonido como de un trueno recorrió las tinieblas. La tierra vaciló y se retorció como si en sus entrañas surgiese un enorme quejido del fondo del mundo y del cielo.
— ¡Es cierto! ¡Es cierto! —exclamó Prisco.
Pero no sabía qué es lo que quería decir. Se agarró fuertemente al cuello de su caballo aferrándose. El débil pensamiento de que tenia que inspirar valor a sus hombres se le acudió, pero sus piernas vacilaban.
Entonces todo el aire se llenó por una poderosa voz, alzándose firme y llena de gozo.
—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.
La oscuridad se hizo más profunda. Los soldados se agruparon temerosos. Los fariseos y los escribas retrocedieron hacia abajo murmurando silenciosamente y cogiéndose los brazos unos a otros. Pero Prisco miró a la cruz central con ojos desolados. La figura sobre ella era la única luz en aquella aterradora oscuridad y era como un fuego blanco que parecía tender y elevarse hasta el mismo cielo por encima del monte. La temblorosa tierra, trémula y agitada, se calmó y permaneció quieta.
Prisco oyó la voz de su joven oficial, el centurión, hablando débil y estremecido.
—Ciertamente este era un hombre justo.
Y cayó sobre sus rodillas y los demás soldados igualmente abatidos cayeron también a su alrededor implorando a sus dioses que les ayudasen y les salvase. Una poderosa náusea se apoderó de Prisco. Se retiró de su caballo con pasos débiles, se acercó a la cruz y a su brillante figura. Jesús estaba muerto, su cabeza yacía sobre el pecho. Las gotas de sangre se deslizaban negras sobre su carne en aquella profunda tenebrosidad.
Prisco miró a las silenciosas figuras de los amigos de Jesús, su cabeza estaba llena de dolor. Después volvió a apoyar su mano sobre 1a cruz y lloró.

Lucano se inclinó más cerca hacia su hermano sosteniendo su fría mano. No se había dado cuenta del tiempo, la luz de la lámpara brillaba sobre el rostro descarnado de Prisco por el que corrían abundantes gotas de sudor. Pasó un largo tiempo. Prisco cerró sus oscurecidos ojos y todo quedó en silencio. Lucano le miró como un hombre sumido en un sueño. Ni él ni Prisco se habían dado cuenta de que los criados habían penetrado en el dormitorio para anunciar la hora de la cena. No se dieron cuenta que finalmente el propio Plotio había entrado, alarmado y luego viendo a los dos con sus cabezas juntas y oyendo que Prisco estaba hablando y no podía ser interrumpido, se había retirado frunciendo sus cejas y secando sus labios.
Lucano levantó la cabeza. Estaba lleno de asombro y tristeza, pero también lleno de gozo y seguridad. Tocó con su mano la frente de Prisco y éste abrió sus ojos.
—No hay nada más... —dijo Prisco con voz moribunda—, los rumores de que en el tercer día se levantó de entre los muertos, pero estos rumores fueron suprimidos y sus seguidores temerosos, huyeron de la ciudad.

Fue en aquel tiempo que caí enfermo, empecé a vagabundear y comenzó el dolor de mi estómago y supe que Él me había condenado a muerte por mi parte en su ejecución.

Pero Lucano sonrió alegremente y colocó sus palmas contra la mejilla gris y descarnada de su hermano. Luego exclamó:

—No, ¿cómo podría Dios condenarte? Estaba profetizado desde hacía siglos que Él moriría de aquella manera para la salvación de todos los hombres. No sólo de los judíos. Lo he sabido siempre también. ¿Te odió él? No, Él te amó. Has hablado de su mirada compasiva hacia ti. Desea que tú te acerques más a Él, que descanses en su corazón y que seas uno con Él. Escucha, te aseguro que Él te ama y está siempre contigo.

Los ojos hundidos de Prisco adquirieron brillo. Inclinó su mejilla contra la mano de Lucano, las lágrimas empezaron a manar de sus ojos.

— ¿Es cierto? —Preguntó con ansiedad—, ¿es cierto?

—Sí, es cierto, y Él ha resucitado. Sin duda alguna. Él ha resucitado.

— ¿Y era sin duda Dios?

—Sin duda. Él era Dios.

Lucano se inclinó hacia adelante y besó la frente de su hermano. Los ojos de ambos estuvieron cerca, los oscuros y los azules. Lucano sonrió amoroso y con fuerza. Prisco murmuró, y acurrucó su marchito cuerpo más cerca de su hermano y repentinamente quedó dormido en completo agotamiento. Parecía no respirar. Una expresión de paz y contento se extendió por sus moribundos rasgos y era como si hubiese llegado al hogar después de un terrible viaje a través del cual ha sido amenazado por tremendos monstruos. Era como uno que ha sido exilado en un fiero desierto y a quien se le ha ordenado regresar.

Lucano se levantó y contempló al durmiente enfermo. Juntó sus manos y murmuró:

—Oh, Tú que me has atraído de los desiertos desolados, de la oscuridad, de la esterilidad, por causa de Tu amor y Tu eterna misericordia. Oh, tú que eres compasivo más allá de toda imaginación, Tú que has perseguido mi vida para llevarme a Ti. Tú que conoces el sufrimiento de los hombres porque Tú lo has sufrido. Oh, bendito eres en mi alma y yo te imploro que aceptes mi vida para que pueda servirte a Ti. Siempre te he amado incluso cuando contendía contigo a causa de mi falta de comprensión. Sé misericordioso para mi un pecador, un hombre sin importancia. Oye mi voz que te implora. Ten misericordia de mi pobre hermano, a quien le fue concedido el mérito de verte en carne, él te ama y te conoce. Tráele la paz, líbrale del dolor. Si debe morir concédele una muerte tranquila sin más angustia. ¿No eres Tú compasivo para con todos tus hijos? ¿Acaso imploran a Ti en vano? No. Nunca apelan a Ti sin que Tú les ayudes y les consueles. Aquí está mi hermano que te ama, ten misericordia de él y condúcele a Ti.

Prisco durmió como un niño cansado. El sudor se secó en su rostro. Lucano se inclinó y le besó dulcemente. Luego redujo las lámparas y salió de la habitación.

Entró en el comedor, donde estaban sentados Niceas, Josuá, Arieh, Hilel y Plotio. Él no lo sabía, pero su aspecto brillaba como la luna y ellos abrieron los ojos para contemplarle. Miró a Arieh y a Hilel y exclamó:

—He escuchado a mi hermano durante todo este tiempo y os aseguro que él conoció a Dios, le vio crucificado y es bendito y sin duda, como se ha dicho, Dios ha resucitado. Sin duda Él ha resucitado, bendito sea su nombre.

Los otros permanecieron sentados como estatuas y palidecieron. Después Josuá se levantó y extendió su mano hacia Lucano y dijo:

—Lo sabía. Desde el principio lo sabía.

Arieh y Hilel se levantaron y extendieron sus manos hacia Lucano y sonrieron, él vio sus lágrimas, pero Plotio, turbado, frunció el ceño y secó sus labios.

CAPITULO XLV

MUCHO después que todos los demás durmiesen, excepto los guardianes encargados de la entrada, Lucano escribió su evangelio de la crucifixión. Las puertas de su dormitorio estaban abiertas y la brisa procedente del mar, cargada de sonidos y aromáticos perfumes de los jardines, llegaba hasta allí. Algunas veces, medio soñando con su estilo en la mano, alzaba su dorada cabeza para escuchar el silvestre y dulce estremecimiento de los pájaros de la noche y el incesante rumor de las fuentes. A su alrededor ardían lámparas de oro, plata y cristal y con frecuencia ignorándolo contemplaba los murales de las paredes.

¿Cuántas cosas, pensó, le había dicho Prisco? ¿Y cuanto había visto espiritualmente a través de los moribundos ojos de su hermano? Prisco no era un joven que tuviese un gran poder descriptivo, sin embargo había influido en Lucano a través de aquellas horas de grandeza y terror en el Gólgota, de tal forma que Lucano podía contemplarlas por sí mismo como si estuviese presente. Fue él quien tocó la cruz, quien había visto al hombre sobre ella; había recibido su dulce y misteriosa sonrisa, había mirado a María y se había sentido desgarrado a causa de su dolor, había escuchado los aullidos y lamentos del pueblo. ¿Qué significaba aquel grito que Dios había lanzado sobre la cruz, que Prisco recordaba pero que no pudo traducir? Lucano se detuvo pensativo. Como griego era preciso no poner nada en su evangelio excepto lo que Prisco había visto y recordaba, y lo que, a través de sus ojos, misteriosamente, él por sí mismo había discernido. Mientras Lucano escribía, sus ojos se llenaban con frecuencia de lágrimas y su corazón se inflamaba de adoración. Algunas

veces era incapaz de sufrir su emoción, se levantaba y caminaba inquieto de arriba abajo en su habitación, percibía el cansancio, de cuando en cuando, bebía un poco de vino dulce de Judea o comía un dátil o un trozo de pan. No sentía entonces tristeza por Prisco. El joven soldado estaba a salvo, había visto a Dios con sus propios ojos, la tristeza que Lucano sentía era por Iris, su madre, y por aquellos otros que amaban a Prisco y que se lamentarían por él. «Pero yo no puedo lamentarme. Él ha sido bendecido»

Los pájaros de la noche quedaron silenciosos repentinamente y el aire frío del amanecer trajo los cánticos de otros pájaros y las fuentes sonaron con un sonido más cercano. El evangelio de la crucifixión quedaba terminado. Había otras partes que añadir, después de hablar con María y los apóstoles. Una ligera luz sonrosada, débil y tenue se proyectó a través de la puerta; Lucano se levantó y salió a la blanca columnata más allá de la puerta.

Nunca había visto una vista más hermosa ni llena de paz, sobre la montaña. El mar hacia occidente, tenía el color de las uvas maduras, moviéndose hacia oriente de donde procedía la luz. El puerto estaba lleno de grandes galeones, sus mástiles blancos más altos parecían tocados ligeramente con un sonrosado fugitivo. El cielo se inclinaba purpúreo y en sus más bajos lugares las estrellas fulgían ligeramente como si descendiesen tras una turba de tierra.

La pálida luz de la luna las seguía, hundiéndose para descansar. Cesárea apenas si se había despertado; la ciudad se extendía sobre el mar y la montaña sobre la que se elevaba el palacio de Pilatos, apretadas masas de tejados blancos relumbraban como nieve. Todo alrededor de aquel monte en particular se elevaba; plateados olivares, murmurantes con las voces de las palmeras y los cipreses, aunque algunos de ellos estaban tan desnudos como el bronce. Pero los jardines descendiendo ligeramente de los palacios mellizos de Pilatos y Herodes aparecían de un verde nuevo llenos de senderos curvados de piedra roja machacada o blancas piedras deliciosas con nuevos planteles y parterres de fragantes flores con árboles resinosos. El aire puro bañaba todos los alrededores, claro y transparente a medida que la tierra se iluminaba y las blancas estatuas esparcidas a través de los jardines empezaban a brillar débilmente.

Lucano suspiró con placer y plenitud. Un ligero viento se elevó desde el mar y las crestas del agua quedaron cubiertas en un delicado color rosa. Lucano miró al cielo oriental, ancho y púrpura, estremecido de luz escarlata, y sobre este lago de fuego tembloroso los cielos habían tomado un tinte de jade insondable e intenso. Abandonó la columnata y volvió al palacio andando suavemente sobre los senderos engravillados. Y entonces frunció el ceño. Ninguna ventana se asomaba al otro lado de la montaña y en consecuencia se veía desnuda y amarilla, incluso la luz que empezaba a emerger, tenía allí un tono de limón fuerte, como si el desierto y el aire que se alzaba de ella fuese pesado y cálido. Allí instantáneamente surgía la belleza de la fealdad. Tuvo conciencia, por primera vez de estar cansado y sus ojos parpadearon. Descendió la colina durante un buen trecho, sintiendo la pesadez de aquella tierra amarilla bajo sus sandalias, escuchando el resbalar de pequeñas piedras que se extendían a sus pisadas. Era un lugar desolado aquél, y la desolación había sido creada por el hombre. Se sentó en un tronco suspirando y frotando sus ojos, miró las cimas de los montes que lo rodeaban, que adquirían un mayor contorno momento tras momento. En pocos minutos el sol surgiría tras el monte oriental más alejado como un guerrero revestido de armadura de oro.

Lucano oyó el rodar de las piedras y mirando hacia abajo vio un perro amarillo del color de la misma tierra. El perro viendo su mirada se detuvo y le miró fijamente. Era un animal de tamaño mediano, y cada pelo de su rizada pelambrera parecía poseer un extraño brillo que destacaba en aquella atmósfera aguda y seca Tenía un aspecto sinuoso, fiero, tímido y muy agresivo, su cabeza plana echada hacia adelante, olfateando, y sus ojos brillantes como salvajes rubíes. Lucano sintió su desconfianza y le sonrió. No era un perro de raza, mimado o alimentado con delicadezas de una mesa de patricios. Aparentemente había sido castigado, porque miró a Lucano con fiereza, y éste pudo ver los rápidos movimientos de sus costillas mientras jadeaba un poco.

Lucano amaba profundamente a los animales, silbó suavemente, extendió sus manos y chascó sus dedos. El perro dio unos cuantos pasos hacia atrás sin apartar sus ojos de él. De pronto se quedó muy quieto, su cabeza aún inclinada hacia adelante, contemplándole como sorprendido. Tras él había unos matorrales polvorientos y secos. Lucano sonrió otra vez al ver un grupo de cuatro cachorrillos emerger gruñendo, y rodear al animal que aparentemente era su madre.

—Ven —murmuró Lucano, extendiendo su mano y chasqueando sus dedos con un tono de confianza.

El animal alzó sus orejas y de su garganta surgió una pregunta esperanzadora. Entonces su boca se abrió mostrando sus dientes en una sonrisa casi humana de afecto, se inclinó hacia el monte, descendió la colina y saltó, maloliente, pestilente y polvoriento sobre su pecho. Sus agudas patas se apoyaron en su hombro, olfateó su cuello, su rostro y le lamió las mejillas como dándole besos fervientes.

Él no se sintió molesto por el olor de carroña. La sostuvo en sus brazos y le habló como un padre. « ¡Pobre criatura!» Recordó que Dios había bendecido a los animales de la tierra mucho tiempo antes de que hubiese creado al hombre. El excitado corazón palpitaba contra el de Lucano como en un ardiente deseo de amor. Los cachorros ascendieron la colina perezosamente y contemplaron a su madre con asombro y examinaron a Lucano olfateando sus pies, luego suspirando se echaron a sus plantas y reclinaron sus pequeñas cabezas contra su carne. Él continuó acariciando a la madre y ella se mantuvo junto a él como si desease mezclarse con él. De su garganta surgía un desolado e inexpresable murmullo de ruego. Qué consoladores eran los animales. Nunca eran malos. Vivían sin hipocresía de acuerdo con su naturaleza. Cazaban, no por deporte sino para alimentarse. Poseían una inocencia salvaje y un encantador jugueteo, y sus lealtades eran seguras y sin malicia. Los griegos habían afirmado que no tenían alma, pero sin duda que esto no era cierto. Tenían

almas de niño, simples y sin malicia, e incluso sus pasiones eran infantiles y no corrompidas como las de los hombres. ¿Conocían a Dios? ¿Quién podría contestar a esta pregunta con seguridad? Incapaces de tener virtudes, eran por lo tanto libres de culpa verdadera. Incluso el audaz tigre, el fiero león, el poderoso elefante, las multicolores serpientes eran incapaces de malicia real como era el hombre. Por lo tanto no les impedía amar a Dios.

El animal repentinamente olfateó en los brazos de Lucano. Alzó su cabeza rígidamente, luego gruñó y saltó de sus brazos cayendo al suelo con un aullido que era a la vez familiar para él. Lo había oído en Siria, en los alrededores de Alejandría, en las plateadas montañas de Grecia y se sintió aturdido. El perro aulló a sus cachorros y éstos se pusieron en pie apartándose de Lucano, rodearon a su madre y huyeron con ella hacia los matorrales y desaparecieron allí inmediatamente. Eran chacales, los más odiosos y despreciables animales, los portadores de rabia, los comedores de carroña, los despreciados de bestias y hombres. Lucano no les había visto nunca antes porque eran criaturas nocturnas. Miró sus manos que habían estado en contacto con los chacales, donde habían yacido y se sintió lleno de asombro y sorpresa, porque supo que odiaban y temían al hombre y le evitaban como a la misma muerte.

Miró hacia atrás, arriba a lo lejos de la colina, amarilla, cálida y polvorienta, y vio un grupo de soldados petrificados, entre ellos Plotio y Josuá, el médico, y un hombre que nunca había visto y a quien reconoció como romano; estaba vestido con una toga blanca y tenía un severo rostro pálido y una nariz aquilina, su cabeza estaba calva y únicamente alrededor de sus oídos, se veía una línea de cabello negro y escaso. Sus brazos desnudos estaban cubiertos con oro y en sus dedos brillaban anillos con la primera luz diurna. Todos aquellos hombres estaban absolutamente silenciosos y tenían expresiones de asombro. Lucano se levantó. Se sintió un poco embarazado de haber sido descubierto allí en aquella colina. Empezó a descender. Entonces Plotio se adelantó con un extraño aspecto.

—Eran chacales, Lucano —dijo en un tono raro mirando profundamente a los ojos del otro hombre.

—Sí, lo sé —dijo Lucano—, debo lavarme las manos al instante. Son portadores de la rabia.

La extraña expresión de Plotio se intensificó.

—Estaban sentados a tu alrededor, y la madre estaba en tus brazos. Nunca he oído de una cosa semejante antes de ahora.

Se encogió de hombros y continuó mirando a Lucano con una mirada de asombro.

—De momento no supe que eran chacales —dijo Lucano como si buscase una excusa.

Plotio colocó su brazo alrededor de su hombro y le abrazó. Entonces Lucano vio que había lágrimas en los ojos del soldado. Lucano quedó asombrado.

—Prisco —exclamó—. Prisco.

Plotio sonrió de una forma muy peculiar.

—No, no está muerto. Está mucho mejor.

Parecía estar abstraído a medida que ascendían juntos. Entonces Josuá destacándose del grupo llegó a su encuentro, sus rojizos ojos estaban humedecidos y extendió su mano para que Lucano la tomase y le ayudó a ascender la cima en silencio. El extranjero esperó y miró a Lucano curiosamente.

Josuá dijo una cosa misteriosa.

—No me asombro por los chacales. No me asombro de que no huyesen de él, sino que le abrazasen.

—Ni yo tampoco —dijo Plotio.

Lucano se echó a reir y dijo:

—Pobres criaturas...

Deseó acudir al instante junto a su hermano para ver si necesitaba de su ayuda. Pero entonces vio el rostro del extranjero. Plotio se dirigió a él.

—Noble Poncio Pilatos, éste es nuestro buen amado médico, Lucano, hijo de Diodoro Cirino.

Entonces Poncio Pilatos, el terrible Procurador de Israel hizo una cosa insospechada. Extendió sus brazos y los apoyó sobre los hombros de Lucano. Los otros permanecieron contemplándole porque aquel frío y austero hombre, acostumbrado a la adulación nunca hablaba excepto impersonalmente, con brevedad, a todo el mundo, como si ningún hombre fuese digno de su consideración,

Lucano pensó: Aquí está el hombre que intentó salvar a Jesús, pero la plebe callejera, asesina como siempre, no se lo permitió. ¿Se habrá también él sentido emocionado como Prisco?

Pilatos le sonreía y las pálidas arrugas de su rostro se profundizaron.

—He oído muchas cosas de ti, procedentes del César —dijo—, en cierta ocasión César me dijo: He encontrado sólo un hombre justo, incorrupto y bueno, sin malicia ni avaricia, su nombre es Lucano y es médico. Le recuerdo en mis momentos más oscuros.

Lucano se ruborizó cortado.

—César me hace un gran honor, pero no es cierto. He sido el más ciego de los hombres, el más amargo, el menos reconciliado y sin méritos.

Pilatos tomó su mano y examinó el anillo de Tiberio.

—Has tenido esto durante mucho tiempo pero nunca se lo has enviado al César y nunca le has pedido nada. Esto solo es de por sí una maravilla.

Examinó después el anillo de Diodoro.

—Llevas este anillo dignamente, Lucano. —Luego suspiró.

—He enviado a mi esposa a Roma porque está enferma del espíritu; —Hizo una pausa—.

Pero yo soñé hace dos noches que debe volver aquí. Creo en los sueños. Mi esposa tuvo un sueño muy extraño mucho antes y yo debía haberla escuchado, pero no lo hice.
—El sueño habla la verdad, noble Pilatos —dijo Josuá.
Tomó a Lucano de un brazo y le dijo amablemente:
—Vamos. Acudamos junto a tu hermano que desea hablar contigo.
La ansiedad de Lucano volvió y olvidó el preguntar acerca de las palabras de Pilatos.
— ¿Ha dormido durante la noche? ¿Sufre dolores?
—Ha dormido durante la noche. No sufre dolores —dijo Josuá en un tono ambiguo. Miró largamente a los ojos de Lucano como si buscase algo en ellos.
Lucano empezó a andar rápidamente y ahora era de nuevo el médico quien actuaba. Josuá dijo a medida que ascendían las amplias escaleras de mármol de la casa:
—Niceas está sentado junto a tu hermano, sin hablar y llorando
— ¿Por qué? —exclamó Lucano con temor.
—Lo verás. Vuelvo a asegurarte que tu hermano está mucho mejor.
Lucano empezó a correr y Josuá le siguió jadeante exclamando:
—No somos jóvenes, y yo no soy un atleta como tú, mi querido Lucano.
Pero Lucano corrió como el viento a través de las habitaciones brillantemente iluminadas por el sol y llegó ante la habitación de Prisco. Cuando un esclavo abrió la puerta, Lucano se precipitó adentro rápidamente, pasó a la antecámara y luego al dormitorio. Corrió a la cama de Prisco esperando encontrar un cadáver, pero encontró, asombrado, que Prisco estaba sentado sobre sus cojines y disfrutando de su desayuno. Junto a él, sentado en silencio estaba Niceas, con la cabeza inclinada sobre su pecho como si meditase:
—Bienvenido, bienvenido —dijo Prisco, dejando un enorme tazón de leche de cabra.
—Querido hermano Lucano. Me has ayudado, he dormido como un niño la pasada noche y me he despertado sin dolor y tan solo hambriento.
Lucano le miró boquiabierto y estupefacto. El rostro descarnado de Prisco estaba liso y matizado con un ligero color rosa, sus humildes ojos brillaban juveniles. Extendió sus brazos.
—Puedo levantarme de la cama ahora, porque estoy bien. Mírame, ¿tengo el aspecto de un hombre enfermo? Pero debo permanecer aquí dicen estos tontos doctores, cuando la salud recorre mi cuerpo fuerte, pulsante.
Niceas se levantó e hizo una profunda reverencia a Lucano.
— ¡Oh, Esculapio —murmuró el médico—, has consumado un milagro!
Alcanzó la mano de Lucano y la besó humildemente.
Sus ojos estaban llenos de lágrimas.
—No hice nada, excepto rogar por él —murmuró Lucano.
—Fue bastante —dijo Niceas—. ¿Acaso los dioses niegan algo a sus hermanos?
—Fue bastante —dijo Josué—. ¿Acaso niega Dios algo a sus elegidos?
Prisco prorrumpió en un profundo sollozo seco e inclinó su cabeza contra el brazo de Lucano.
—En mis sueños me dijeron que cuando mi hermano viniese me vería libre de dolor.
Lucano puso la cabeza junto a su frente y la frotó cariñosamente.
—No comprendo —murmuró.
Luego apartó las ropas del cuerpo de su hermano y se inclinó sobre su estómago e hígado palpando sus glándulas. Los amenazadores tumores habían desaparecido. La carne estaba delgada y libre y el pulso era firme.
Lucano se levantó.
—No es posible. —Miró a Niceas y a Josuá en tono implorante—. Hemos cometido un error.
—No —dijeron sonriéndole.
—Por tu mediación, Dios obró el milagro, como testimonio nuestro —dijo Josué—, como Él cura a los hombres por su toque o por su palabra, así Él ha curado a tu hermano oyendo tus ruegos. Bendito seas Lucano, porque eres uno de Él, y hemos visto con nuestros ojos y hemos oído con nuestros oídos y alabamos su nombre.
Lucano se sentó abruptamente y le miró. Luego se levantó de nuevo y examinó cuidadosamente a Prisco. Ninguna señal de tumor podía descubrir con sus dedos.
Prisco cogió un racimo de uvas y las comió con apetito, pero sus ojos miraban con suavidad a Lucano.
—Sabía que podías ayudarme —repitió—, conocía mi enfermedad y era mortal. Pero me has curado.
Lucano se sentó y ocultó su rostro, y se sintió conmovido por las lágrimas.
— ¡Oh!, que me hayas escogido a mí, a mí, que te odié. ¡Oh!, que hayas condescendido hasta mí cuando yo te había rechazado. ¡Oh!, que hayas andado conmigo, cuando te había rehuido a través de todos los años de mi vida. Perdóname, Padre, porque no sabía lo que hacía.
Volvió su rostro hacia los médicos y dijo:
—No fui yo quien curó a mi hermano, sino sólo Dios. No soy yo quien tengo mérito, sino sólo Dios. Alabadle a Él porque es bueno y misericordioso; escucha a sus hijos y no aflige a los hombres sin razón.
Josuá humedeció sus dedos en vino y dibujó la figura de un pez sobre la mesa de mármol.
—En griego. ¿Qué es esto? —preguntó a Lucano como si se tratase de un anagrama.
—Cristo —dijo Lucano.

—Es el signo de los cristianos —dijo Josué—, les encontrarás buscando este signo.

CAPITULO XLVI

AUNQUE Poncio Pilatos un romano de rango ecuestre, era invariablemente cortés con Hilel ben Hamram y Arieh ben Elazar, era evidente para el sensitivo Lucano que no sentía ningún amor hacia los judíos. Esto era aparente en su expresión de alivio cuando los dos jóvenes judíos partieron para Jerusalén, a recoger noticias para Lucano, respecto a los expatriados cristianos. Dijo a Lucano:

—Soy amigo de Herodes, que es medio griego. Pero a los judíos no los comprendo. Cuando construí un acueducto muy necesario para su uso, al no haber dinero, confisqué los tesoros del templo. Los dioses, incluso ese Dios judío, deben inclinarse ante las necesidades humanas. Con esta confiscación cometí el más vil de los crímenes. Hubo alborotos que me vi obligado a aplastar rudamente y muchos murieron. Nosotros los romanos aceptamos a nuestros dioses con realismo, también con alguna ironía. Pero sonreiros satíricamente al omnipotente Dios y los judíos caerán sobre vuestra garganta. Incluso vuestros propios amigos. No bromean con Él, como nosotros bromeamos con nuestros dioses en forma civilizada, su ley está por encima de todas las leyes humanas por sensibles que sean. He estado diez años con los judíos y estoy desesperadamente aburrido de su fanatismo, de su devoción por Dios. Hablan de Él y riñen a causa de Él. Están llenos de sectas donde divergen sus opiniones.

—Tomemos a los judíos como intelectuales —dijo Pilatos con impaciencia—, ¿discuten ellos la filosofía del mundo, las artes, o las ciencias? ¿Aman los comentarios? No. Son eruditos. Sin embargo te juro, mi buen Lucano, que sus discusiones se centran exclusivamente sobre lo que uno de sus profetas... quería decir cuando interpretó la más insignificante ley de su Dios. Están locos, completamente locos. Desprecian a nuestros dioses, llamándoles espíritus malos, nos denuncian como adoradores idólatras. Yo no me siento particularmente ofendido porque es una ofensa a Roma. Si su Dios fuese tan poderoso, ¿por qué no les libra de nuestras manos? He llamado la atención sobre esto a los sacerdotes y me miran con ojos fieros y permanecen silenciosos.

Lucano escuchaba sin decir nada. Pilatos suspiró de nuevo, jugueteó con un pliegue de su toga inquieto. He pedido a Tiberio que me releve y espero que lo haga. Mi pobre esposa Prócula, está actualmente en Roma, casi fuera de sí misma. Tuvo un sueño acerca del hombre que ordené fuese ejecutado. Un Rabbí judío, el Maestro que estaba levantando a la gente contra Roma. No encontré ninguna falta en él, pero Herodes estaba enloquecido. Él y sus sumos sacerdotes me aseguraron solemnemente que estaba incitando al pueblo y que había otros testigos de una secta judía, los fariseos, que son hombres respetuosos afirmando esto. Por mi parte creí que tan sólo estaba despreciando a los sacerdotes, a quienes había ofendido a causa de algunas libertades suyas en la interpretación de la ley. ¡Qué ley la suya!... Están dispuestos a morir por su Dios y a abandonarlo todo por Él y esto conduce a la locura.

—No te preocupes —dijo Lucano suavemente—, ha sido profetizado desde todas las edades que moriría así. Tú tan sólo has sido su instrumento.

Pilatos le miró curiosamente. Luego movió su cabeza.

—Mi querido Lucano, no debes escuchar a esos judíos. Ésta es sólo otra de sus múltiples y peleadoras sectas, estos hombres que se llaman a sí mismos cristianos. Hace dos semanas me vi impelido a ordenar la ejecución de algunos judíos cuando ofrecían sacrificios, invocaban a su Dios para que destruyese Roma y librase su tierra santa de ella. Nosotros tenemos nuestras propias leyes y deben ser respetadas.

Lucano le miró con horror.

— ¿Un asesinato?

Pilatos se encogió de hombros.

—Ya te he dicho antes que los judíos están locos. Están llenos de sentimientos de insurrección y creen completamente que ese Rabbí suyo, a quien tuve que ejecutar, había lanzado su encanto sobre mi esposa y por lo tanto ella tuvo sus sueños especiales.

— ¿Qué hay de los cristianos ahora? —preguntó Lucano en voz baja.

Pilatos se movió enfurecido en su tallada silla.

—Los he proscrito en toda Judea. La gente me mira sobriamente en todo Jerusalén, porque debido a esta nueva secta y a su dirigente ejecutado amenazan con sus puños a mis espaldas y me profetizan cosas malas. He dado órdenes de que sus seguidores, quienes se llaman a sí mismos cristianos, porque declararon a Él el Cristo esperado a través de todas las edades, sean cazados, apresados y destruidos. Son un peligro para Roma.

Lucano se levantó y miró hacia las columnas brillantes, hacia Cesárea, resplandeciente al cálido sol y más allá de su puerto, el purpúreo mar con sus cegadoras crestas de luz. El muelle estaba lleno de actividad. Pero, aquí, sobre los jardines se estaba fresco y tranquilo, las abejas zumbaban alrededor de las flores, mientras las fuentes parecían danzar.

—Es un alivio —dijo Poncio bebiendo un poco de vino, luego frotándose sus manos débilmente sobre su pálida y arrugada faz—, hablar con un hombre sencillo, insensible y no con un judío. He oído mucho de tu

milagro en favor de tu hermano, a quien amo entrañablemente. Estoy enfermo, Lucano y la carne pesa en mi cuerpo. Mi alma está en trabajo no sé por qué razón, yo lo desconozco.

— ¿De qué le sirven a los hombres los dioses? Es presuntuoso pensar de otra manera. Sin embargo, siento con certeza que Apolo te ha tocado y te ha dado su misterioso poder de curar.

— ¿Deseas que te cure? —preguntó Lucano sin volverse hacia él.

—Te aseguro que ya no duermo. No te rías de mí. Pero veo el rostro de aquel Rabbí que apareció ante mí como un hombre amable, incapaz de hacer daño, excepto su incitación al pueblo. ¿Acaso lanzó un encanto contra mí cuando miré su rostro?

Lucano volvió hacia Pilatos y se sentó junto a él mirándole con piedad.

—Te haré una poción, Pilatos, que te permitirá dormir esta noche. Me alegro de que vuelvas a Roma porque algo te oprime aquí.

—Así es —suspiró el Procurador, luego se reanimó olvidando los actos de los judíos y a su Mesías—. Hablemos de cosas más importantes y eruditas. ¿Sabes cuanto tiempo hace que he tenido una conversación inteligente con alguien? He estado estudiando la teoría aristotélica del origen espiritual de todas las cosas. Esta teoría me divierte, ¿por qué no son nuestros dioses aún más espirituales que importantes? Los romanos que son voluptuosos prefieren la teoría de los epicúreos en sus explicaciones mecánicas del universo.

«La teoría atómica del origen de toda materia es más realista, aparece y atrae a la mente racional. Nuestra virtud romana es de gran moral y una cualidad social. Recordarás que nuestro emperador Augusto dijo: « ¿Quién se atreverá a comparar estos poderosos acueductos con las inútiles pirámides o las famosas obras de los griegos?»

—Estoy de acuerdo con él..., como romano prefiero nuestra virtud al incomprensible arte de los griegos, que buscan y exigen una excelencia de mente y espíritu más allá de la capacidad humana.

Lucano sonrió abstractamente.

—Debo estar en desacuerdo, porque soy griego. El hombre es algo más que un animal. Los romanos son ciertamente epicúreos naturalistas y por lo tanto han inventado la democracia que trae como consecuencia, la semilla de la discordia.

Los ojos exhaustos de Pilatos brillaron con un nuevo interés. Se levantó.

—Pero se dice que los griegos inventaron la democracia, mi querido amigo.

Lucano movió su cabeza.

—No la democracia romana. Fue la democracia de la mente, el limitado encuentro del hombre intelecto y no la simple y mera cuestión del encuentro de los cuerpos físicos de la multitud para su propio interés. La explotación de los que son sus mejores intelectuales. No siempre estoy de acuerdo con Platón, pero recordarás su consejo de que la ciudad caerá cuando el hombre de bronce abra las puertas. El mundo está guardado por hombres de bronce. Mucho después de que Roma haya caído, la sabiduría de los griegos continuará iluminando la mente de los hombres, porque las cosas del espíritu son más importantes para ellos que las cosas del cuerpo.

Pilatos le miró incrédulo.

— ¿Hablas en serio?

—Ciertamente. Sin embargo, no temas por Roma —Lucano sonrió secamente— siempre habrá naciones materialistas siguiéndola a través de las edades y su virtud continuará dominándola. La creencia de que los acueductos y los departamentos de sanidad, los edificios públicos y el pan, la ciencia, los circos y las carreteras, pueden satisfacer las necesidades del alma humana. La lucha fue iniciada hace muchos siglos entre los hombres que reverencian el espíritu humano y los hombres groseros que no sólo declaran que no existe el espíritu sino, que las alcantarillas y los conductos de los negocios prósperos del comercio, son las únicas cosas que tienen importancia en la vida.

Poncio reflexionó. El pálido brillo de su inquietud se reflejaba en su rostro. Bebió algo más de vino, luego dijo:

—No soy un obtuso y un hombre completamente materialista. Creo en la mente humana, aunque perezca con el cuerpo. Creo más en el bienestar físico de la gente.

Su intranquilidad aumentó. Sus delgados rasgos se tensaron mientras pensaba —no puedo alejar aquel hombre de mi mente— dijo inquieto, como si él y Lucano no hubiesen hablado de otra cosa—. Recibiré con gusto tus pociones.

Miró a Lucano de lado.

—La cura de tu hermano no fue ciertamente de una forma ordenada y corriente, en la forma inteligente de los médicos. ¿Puedes curarme sin pociones, Lucano?

Lucano se inclinó hacia él y en su rostro brillaba una fuerza tan vívida, que Poncio crujió supersticiosamente y tocó el amuleto que tenía bajo su túnica.

—Si, —dijo Lucano sintiendo un poder sobrenatural en él. Extendió el anillo de Tiberio hacia el elegante romano—. Debes retirar la proscripción contra los cristianos al instante.

—Estás loco —exclamó contemplando el magnífico anillo—. Vuelvo a decirte que no conoces a esos enloquecidos del Dios judío. Ni sabes tampoco en lo que ha venido a parar Tiberio. Es ahora un hombre salvaje y terrible. Me ha dado tan solo una orden. Mantener la paz en Judea. Te aseguro que es terrible. La plebe le ha corrompido fieramente. Si quitase esa prohibición contra los cristianos judíos, habría de nuevo el desorden y el alboroto y Tiberio me trataría con severidad. ¿Qué significa esta gente para ti, un griego, el hijo adoptivo de un noble romano?

—Me llevaría una vida contestarte —dijo Lucano—, pero siento algo doloroso extraño de ti. Me has dicho que Jesús te persigue en tus sueños y que no te deja en paz. Crees que tendrás nunca la paz hasta que abandones la persecución de su pueblo y de sus seguidores. Te aseguro que no.

Se quitó el anillo del dedo y lo puso en al palma de la mano de Pilatos.

—Envía esto a César. Escríbele que he solicitado que tus órdenes contra los cristianos fuesen retiradas. Dile que te he rogado esto y ante la presencia de su anillo no tenías derecho a rehusar mi petición.

Pilatos movió el anillo en la palma de su mano reverentemente pero con temor. Estaba en un dilema. Luego dijo:

—Volverán los alborotos. Estos judíos lo harán y yo recibiré los reproches —luego vaciló, sin embargo éste es tu ruego y aunque es incomprensible para mí, ¿quién soy yo para desobedecer los deseos de César implícitos en este maravilloso anillo?

Puso el anillo en su bolsa y se tranquilizó en su silla como un hombre enfermo se siente aliviado después de una buena medicina.

—Francamente —dijo—, no me siento feliz acerca de mis órdenes contra los cristianos. Me disgusta esta lucha a causa de la religión que es una cosa sin importancia. Los dioses romanos se ríen. El Dios judío nunca se ríe.

Se levantó.

—Me siento aliviado ya. Mi depresión y mi melancolía están desapareciendo; por anticipado disfruto del disgusto que tendrá Herodes.

Hablaba de Herodes con maliciosa intención.

—Hubo un desgraciado judío que llegó a Jerusalén, uno llamado Juan el Bautista, que gritaba había venido como mensajero delante de Dios. Exclamaba que estaba anunciando al Mesías judío. Herodes oyó esto y su espíritu judío brilló con excitación, aunque lo es todo menos un hombre religioso. Es un hombre muy realista. Interrogó a Juan. Aparentemente había un acusado desacuerdo entre los dos, Herodes, el culto Tetrarca de Jerusalén, y ese salvaje, ignorante asceta del desierto. El por qué Herodes condescendió incluso a preguntarle, está más allá de mi comprensión, excepto de que Herodes tiene las supersticiones judías en su cabeza. En cualquier caso, hizo prudentemente destruir a Juan. Yo estaba en Roma en aquel tempo y hasta Herodes rehúsa todavía discutir el asunto de Juan que a mí me divierte. Sin embargo comprendo que Herodes se sintió desilusionado posteriormente por Jesús, aunque también le interrogó a él. Su desilusión alcanzó el extremo de una ira furiosa.

— ¿Quieres saber lo que pienso? Herodes había esperado, en la parte de su alma que permanece sombría, que allí ciertamente estaba el Mesías judío, llegado para librar a Judea de las manos de Roma y levantar a su pueblo como reyes sobre el mundo.

Para entonces Pilatos había recobrado su buen humor. Sintió la vuelta de su salud, la ligereza de su cuerpo y la tranquilidad de su mente. Sirvió una copa de vino para Lucano y brindó con él.

—Fue un buen día cuando tú me visitaste —dijo—, y ahora sé por qué he tenido mis sueños.

—Yo también —dijo Lucano con una sonrisa enigmática.

Hilel ben Hamram escribió a Lucano desde Jerusalén. «He encontrado a María, la madre de Jesús, mora dentro de las murallas de Jerusalén y vive con un joven llamado Juan que es para ella como un hijo. He oído de un tal Pedro, que es seguidor de Jesús de Nazareth, está en Hople escondido, ven.»

«Te alegrarás de saber, mi querido Lucano, que Arieh ben Eleazar ha mirado con buenos ojos a mi hermana Lea. Hay muchas festividades aquí, desde que Arieh llegó para heredar el patrimonio de su padre. Únete a nosotros y sé feliz.

CAPÍTULO XLVII

LUCANO permaneció en la casa de Pilatos hasta que estuvo seguro que su hermano estaba completamente recobrado. La salud de Prisco volvió rápidamente, su cuerpo consumía alimentos en una proporción enorme. Su rostro volvió a recobrar su antigua alegría morena. Brillaba con entusiasmo, él y Plotio practicaban la esgrima en el pórtico exterior y el joven no parecía tener bastantes ejercicios atléticos. Lucano estaba lleno de felicidad. Prisco volvería a sus posesiones y a su familia. Iris se alegraría.

—No tengo mucha fe en mis capataces —dijo Prisco sobriamente—, permaneceré por lo menos un año, si César lo permite, antes de aventurarme a una campaña.

Intentó persuadir a Lucano de que volviese con él, pero Lucano se negó con la cabeza.

—Tengo mucho que hacer aquí —replicó, y no dio más explicaciones aunque Prisco y Plotio le miraron con curiosidad.

Cuando Prisco insistió de nuevo en que por lo menos volviese durante algún corto tiempo, Lucano cambió de conversación. Él, Prisco y Plotio disfrutaban del brillante aire del atardecer tan fresco en aquella montaña. Lucano se puso en pie y dijo:

—Estoy cansado de contemplar vuestras luchas de gladiadores inhábiles.

Apartó su ropa y permaneció cubierto únicamente con su túnica, mientras flexionaba sus músculos. Aunque una considerable cantidad de gris cruzaba el oro de su cabello, sus rasgos griegos tenían una forma ascética, era corporalmente como un joven. Prisco se acercó a él, tomó la postura de luchador mientras Plotio les contemplaba sonriendo. Prisco se acercó a Lucano y extendió su arco para cogerle. Lucano esperó que sus dedos tocaran su hombro. Luego se inclinó hacia atrás rápidamente y Prisco salió volando por encima de sus hombros y cayó con un golpe sordo sobre la hierba. Plotio se sintió sorprendido..., no pudo ni siquiera aplaudir, Prisco yacía sobre la hierba parpadeando y agitando su cabeza mientras Lucano se reía.

—Un rayo me ha herido —exclamó Prisco levantándose.

Corrió de nuevo hacia Lucano y éste apenas sin moverse lo derribó de nuevo. Esto excitó enormemente a Plotio. Solicitó una lucha con Lucano y sufrió la misma clase de vuelo por el aire. Los dos se sintieron muy excitados. Lucano explicó como intentando justificarse.

—Es muy sencillo. No podéis imaginaros cuanto me ha servido cuando he tenido que tratar con rufianes y ladrones en las ciudades. Me lo enseñó un maestro chino en Alejandría después de que yo juré que guardaría el secreto.

Sin embargo, deseaba revelar su secreto en el arte de lanzar el disco, boxeo, esgrima, así como el salto a distancia. Incluso derrotó al diestro Plotio en esgrima.

—Vaya, exclamó Plotio —secando el sudor en su rostro con su fuerte brazo—, eres como un joven.

—No es cuestión de fuerza —dijo Lucano que estaba disfrutando mucho—. Es cuestión de gastar tu fuerza hábilmente y gastar tan poca como sea posible.

Prisco y Plotio desearon llevarle al circo cerca de Cesárea, pero Lucano no sentía ningún amor por los juegos y la brutalidad de los gladiadores. Entonces Pilatos anunció que él debía volver a Jerusalén y se ofreció a llevar a Lucano con él a lo que el médico asintió inmediatamente. Había llegado la hora de su partida. Abrazó al desconsolado Prisco y le dio amorosos recados para su familia en Roma. Luego acompañando a Pilatos y a Plotio partió de Cesárea despidiéndose de Josuá, el médico, a quien él había llegado a amar no sólo como un colega, sino como a un hermano. Plotio insistió en que Lucano visitase el templo de Apolo y de Zeus en la ciudad, a medida que la caravana de caballos y carrozas descendían del monte. Herodes había construido el enorme templo, para su amigo Pilatos y el Procurador se sentía orgulloso de .él. Una doble columnata de gigantescas columnas conducían hasta el templo, alternando el mármol blanco y el rojo oscuro porfidio, lo cual le daba una apariencia exótica. El techo elevado de la columnata estaba decorado con bajos relieves de dioses, diosas, centauros, ninfas y sátiros, como voluptuosos miembros mezclándose juntos, sus rostros sonrientes y maliciosos. El aire brillante les daba una apariencia viva. El suelo estaba pavimentado de mármol multicolor, rojo y azul con círculos blancos. Pero el elevado templo, amplio y cuadrado, era sorprendentemente austero y allí se revelaba el incierto espíritu griego de Herodes, porque no había frescos, ni bajos relieves, sobre las deslumbrantes paredes y blancos techos. Dos enormes estatuas se alzaban una frente a otra, una de ellas sentada, tres veces mayor que el tamaño de un hombre, Zeus, con su barba de blanco mármol y Apolo de Rojo. Se miraban uno a otro con frías y ultraterrenas caras, las manos reposando sobre sus rodillas como si se retasen. Delante de ellos se alzaban altares con incienso humeante y allí estaba el altar plano sobre el que había una lámpara de oro y sobre la que se había inscrito: Al Dios Desconocido.

Lucano permaneció meditando ante la lámpara que descansaba sobre el desnudo altar. Pilatos colocó su dedo reflexivamente sobre sus labios y miró a la gran y sencilla piedra. Plotio deslizó unas cuantas monedas en una caja de bronce que reposa a unos pies de Zeus. La luz del sol penetraba en el templo y un vasto silencio le llenaba. El menor movimiento, incluso la respiración despertaba ecos en el techo y las paredes, hasta el débil siseo de la lámpara podía ser oído.

Lucano volvió la cabeza y contempló la enorme figura de Zeus, con su barba, sus rígidos rasgos, sus ojos profundos. El griego recordó a Moisés y sonrió tristemente acordándose de Herodes, aquel hombre rasgado entre dos mundos y dos religiones. El rostro de Apolo, aunque remoto, tenía una expresión más inquieta; las cuencas de sus ojos daban un aspecto volátil a sus rasgos a la vez que retadores. Era como si en la propia escultura de sus vestidos, en la alzada de su tremenda cabeza, estuviese a punto de alzarse y solicitar una lucha con Zeus para controlar a la humanidad. Y Zeus en una actitud de olímpico reposo se sentaba divinamente grandioso. Lucano estaba seguro, en aquella radiante y rápida luz. Una ligera sonrisa jugueteaba en sus carnosos labios. El séquito tomó la estrecha carretera cerca del antiguo mar, que tenía un color que excitaba la vista. Muy tranquilo, yacía como un cielo azul extendido hacia el horizonte, sobre el que barcos con sus blancas velas flotando se deslizaban majestuosamente. Los caballos aceleraron la marcha en la carretera, porque era largo camino hasta llegar a Jerusalén, el aire era puro, aunque un polvo amarillo se alzaba de nuevo porque allí la tierra era arenosa. A la izquierda de los viajeros se elevaban las montañas bajas, desnudas por el incandescente calor, otras marcadas con múltiples terrazas de piedra que incluían trozos de tierra cultivada, color esmeralda y oro. Campos de olivos como vieja plata, elevaban sus retorcidas ramas en el aire, las ovejas bebían o pacían bajo ellos, dejando que su fecundo estiércol fuese aprovechado por los árboles. Grupos de palmeras datileras se elevaban en las laderas; entre sus polvorientos fondos podía ser visto el cálido oro de su brillante

fruto. Los viñedos se tostaban al sol sobre las terrazas inclinadas y los árboles frutales se apoyaban contra amarillentas piedras y los cipreses permanecían en grupos de centinelas, oscuros y vigilantes, sus ramas inconmovibles. En las partes inferiores de la montaña, frescas y brillantes, pacía el ganado y pequeñas fuentes surgían de la tierra burbujeando como una rápida plata. Los niños las guardaban perezosamente; un rebaño de

patos comía esparcidos y reñían entre ellos. Allí y allá una baja capa se alzaba en los trozos verdes, rodeada de pastos y flores; las mujeres hilaban y levantaban sus cabezas para contemplar el ruidoso séquito que pasaba por allí cerca. Algunos perros ladraban. Era una hora temprana de la mañana, pero los pájaros estaban silenciosos en sus nidos.

Lucano se sintió lleno de paz en aquel pacífico paisaje, el mar a su derecha, la montaña a la izquierda. Permanecía sentado en la carroza de Plotio; hombres a caballo marchaban ante ellos, llevando los estandartes, las águilas y las banderas de Roma, sus anchas espadas colgadas de su costado, sus yelmos brillando al sol. Plotio empezó a cantar canciones propias de los soldados. Poncio Pilatos se sentaba en su propia carroza esculpida de bronce, pálido y silencioso, su cabeza inclinada como si estuviese dormido. Un esclavo permanecía de pie junto a él con un parasol de rica seda para preservarle del sol. Iba vestido de negro. Los campesinos caminaban a lo largo de 1a carretera llevando cestos de fruta en sus cabezas o manojos de vegetales en la mano. Se apartaban silenciosamente para dejar paso al importante cortejo y miraban tras ellos, con oscuros, fieros y resentidos ojos. Un hombre golpeaba a su burro rebelde que seguía a 1os carros con una cadena de juramentos y su compañero sonreía tímidamente.

Y siempre, esparcidas por doquier, estaban las férreas fortalezas de Roma, sobre cuyos tejados estaban los soldados que saludaban con la mano en señal de reverencia. Las banderas adormecidas en el tranquilo aire de la mañana. Un agudo olor se alzaba de los bosques de pino, donde los campesinos los estaban sangrando para obtener su resina. De cuando en cuando aparecían grupos de muchachas que llenaban sus jarros en los pozos, miraban a los carros y a los jinetes con ojos oscuros y repudiantes, los pliegues de los paños de la cabeza llenos de un polvo sucio y sus morenos pies desnudos. Así pensó Lucano, que no es tan pacífico como yo creí. El pueblo odia a los romanos, este pueblo sencillo de la tierra. En forma distinta a sus hermanos más sofisticados que, en las ciudades hacen buenos negocios con el enemigo y se ríen y lloran con él. El cortejo se paraba para comprar higos o dátiles de algún campesino, que silenciosamente los alargaba sobre anchas hojas verdes, o se detenía para beber en un fresco manantial y estirar sus piernas. Posteriormente se sentaron en un pinar para comer una excelente comida de aves frías, carnes, aceitunas, granadas, lenguas preparadas de cordero y vino.

—Detesto viajar —se quejaba Poncio Pilatos limpiando sus manos fastidiosamente en una blanca servilleta de lino—, y especialmente en esta tierra extraña. El vino es abominable.

Pero para los labios de Lucano era dulce, meloso y suave. El rostro de Pilatos estaba sofocado y suspiraba. Dijo a Lucano con una mirada afectuosa:

—He dormido como un niño, gracias a ti, mi querido Lucano, y aunque mis pensamientos son algunas veces pesados ya no me siento deprimido. He enviado el anillo al César y él te lo devolverá por correo.

Continuaron su camino. Las montañas reverdeaban con calor. Cruzaron pequeñas agrupaciones de casas construidas de barro amarillo, protegidas por grupos de oscuros cipreses. La tierra parecía danzar en olas de calor, el mar brillaba como un fuego azul. Aquí y allá las montañas tomaban un aspecto cuadrado, furioso, sulfuroso y áspero. Blancas paredes a lo largo de la carretera danzaban mostrando flores rosadas o purpúreas. En cierta ocasión oyeron el fuerte tronar de una estrecha catarata que saltaba en un lado de la montaña. Pequeños valles de un verde lívido se extendían como dedos entre los montes.

Allí, a lo largo de aquella carretera, dirigiéndose hacia su hogar, creyó haber caminado muchas veces, pensó Lucano. Conocía aquel polvo, aquellas aldeas donde se detenía para refrescarse, aquellas voces, aquellos pozos, aquellos cipreses, aquellas flores, aquellos diminutos prados. ¿Acaso Él se sentó en alguna de aquellas piedras hablando a sus cansados seguidores? ¿Acaso se acercó para tomar unos racimos de dátiles en aquel lugar? ¿Acaso comió un puñado de aquellas aceitunas negras, que destilaban amargor? ¿Acaso sonrió a aquellas ovejas? ¿Acaso miró al deslumbrante mar? ¿Acaso disfrutó de una roja granada? Había allí un pozo que parecía un espejo azul. ¿Se bañó sus cansados pies en él? Y..., ¿qué dijo, en su amabilidad, a aquellas muchachas que estaban en el pozo? ¿Qué pensó de las redondas o cuadradas fortalezas romanas alzadas en el suelo de su país? Debió haber mirado a sus torreones y soldados reflexionando. El aire era luminoso y silencioso allí. « ¿Escuchó el eco de los cascos de los caballos romanos y de las ruedas de sus carrozas como las oigo yo ahora?» Lucano se sentía lleno de asombro y humildad.

Salvaron el flanco de una elevada montaña y un llano cubierto de rojas amapolas se extendió a su derecha, mezclado con extrañas flores amarillas, ardiendo bajo el sol. Era un campo de trigo, puro oro, meciéndose ligeramente, mientras los campesinos recogían la cosecha, llamándose unos a otros en un arameo tosco. Detuvieron su trabajo por unos momentos para contemplar el paso de la comitiva y su silencio era amenazador. Pero el llameante cielo se arqueaba sobre las montañas y la luz era impresionante sobre las abrasadas colinas. Pilatos aprobaría su desnuda desolación. ¿Acaso los romanos no necesitaban los cipreses para sus barcos? El que ellos hiciesen que las montañas estuviesen desoladas no importaba. Entonces oyeron un lamento o cántico de lo más doloroso.

—El Señor es mi pastor —exclamaban roncas voces en hebreo—, no temeré ningún mal. En pastos verdeantes me dará reposo. Me conducirá a aguas tranquilas.

La tierra estaba agrietada y reseca y el aire lleno de un polvo amarillento y las montañas peladas oscureciéndose lentamente, alzaban sus cabezas a poca distancia.

—Un funeral judío —dijo Plotio señalando hacia la derecha con su látigo.

—Contemplémosle —rogó Lucano, y Plotio detuvo su carro al instante, porque no podía negar nada a Lucano, incluso aquella tontería.

Los viajeros avanzaron el paso, luego detuvieron los caballos y esperaron curiosamente. El carro de Poncio Pilatos se advino con el de Plotio y dijo:

— ¿Qué es lo que no va?

—Un funeral judío —repitió Plotio—. Lucano ha querido verlo.

Pilatos frunció el ceño con un gesto de incredulidad.

Cansados y barbudos hombres vestidos de oscuro llevaban un ataúd negro, sus mujeres vestidas de gris les seguían llorando. Una de ellas permanecía aparte cantando el salmo de David con un gorro negro sobre su cabeza, sus manos unidas y sus ojos elevados al cielo. La escena era infinitamente dolorosa en aquel lugar polvoriento y seco; un pobre cementerio rodeado de un silencio ardiente. Los plañideros no se daban cuenta de que los romanos se habían detenido para contemplarles. Se deslizaban sobre la abrasada tierra en una línea patética. El cantante exclamó:

—Él no rechazará mi alma. Me conducirá por senderos rectos por amor a Su Nombre. Aunque ande en el valle de sombra de la muerte no temeré mal alguno porque Tú estarás conmigo y tu vara y tu cayado me darán aliento.

Los demás hombres se unieron a él débilmente, los portadores se inclinaban bajo el peso del ataúd porque eran viejos, las mujeres elevaron desesperadas voces en tono más alto y golpeaban a sus pechos mientras seguían a los hombres. Entonces Lucano vio que un hombre permanecía aparte, un joven que no miraba al cielo, sino fijamente al suelo y que no se unía al resonante cántico. Su rostro era terrible y pétreo, parecía no darse cuenta de nada; los pocos presentes no le miraban excepto el cantor, el Rabbí que miró hacia él con gesto de reproche y elevó su voz más alta todavía.

—Sólo la bondad y la magnanimidad me seguirán todos los días de mi vida.

El joven abrió entonces los ojos, miró temeroso a su alrededor salvajemente y colocó las manos sobre su rostro. Un rasgado grito surgió de él, repentino y agudo, después quedó silencioso de nuevo.

Lucano no supo porqué descendió de la carroza y quedó de pie sobre el polvo frente a la gente del funeral.

— ¿Qué es lo que le pasa? —preguntó Pilatos con alguna petulancia.

Los soldados, a caballo, contemplaron a Lucano y permanecieron en grupo.

El Rabbí cantante murmuraba entonces algunas oraciones y de pronto vio como Lucano se acercaba a él. Lucano con su túnica bordada en oro y su firme y hermoso rostro. El viejo Rabbí parpadeó confundido; sus ojos enrojecidos estaban irritados por el polvo y la tristeza. Luego una mirada de fría afrenta cruzó su rostro oscuro y vio a los demás en la carretera, los soldados romanos arrogantes, con sus fases coronadas de águilas, sus ricas carrozas, sus excelentes caballos, sus yelmos, espadas y banderas.

— ¿Debes tú entrometerte en esto? —preguntó el Rabbí a Lucano.

Su rostro se movía desesperadamente. Luego exclamó:

—Dejadnos romanos, adoradores de espíritus malignos. Alejaos de este lugar donde nuestros sagrados muertos duermen en el polvo. Lucano alzó su mano y dijo con mucha amabilidad en arameo:

—La paz sea contigo, Rabbí.

Ante este saludo judío, el Rabbí quedó silencioso. Estudió el rostro de Lucano y sólo vio amabilidad, simpatía y amor en él. ¿Era aquel hombre también judío? ¿Estaba emocionado en su corazón por un pequeño funeral de los pobres? Los ojos del Rabbí se llenaron de lágrimas. Miró a los portadores del féretro que se habían detenido ante una ruda fosa en la ocre tierra.

—La paz sea contigo también —respondió el Rabbí. Luego murmuró:

—Es mi hija, mi única hija, la que ha muerto. Mi pequeña, mi corderito de mi ancianidad, que era muy hermosa. Murió esta mañana al dar a luz y más allá está su joven esposo que no podrá ser reconciliado y que maldice a Dios en su corazón.

Lucano miró al joven esposo, tan abatido, silencioso, cubriendo sus ojos con las manos; era alto y esbelto, iba vestido de negro y estaba solo, como están aquellos que sufren la muerte de los que aman.

—El está desolado Rabbí. —dijo Lucano, y pensó en Rubria.

El Rabbí golpeó su pecho y las lágrimas corrieron a través de sus curtidas mejillas.

— ¿No estoy yo también desolado, señor, yo, su padre, viudo, que no tengo ya más que un débil nieto? Sin embargo alabo a Dios y me inclino ante su voluntad y sé que Él da y Él quita. Pero en cuanto al esposo de Rebeca hay esperanza, porque es joven y tiene aún a sus padres, se casará de nuevo a pesar de sus juramentos, sus exclamaciones de odio contra Dios y toda su desesperación.

Pero Lucano no podía creer aquello, porque la postura del abatido esposo era la de su ilimitada agonía. Vaciló, luego lentamente se acercó al joven y puso la mano sobre su hombro. El joven no se movió, tan sólo murmuró incoherentemente:

— ¡Oh, si tan sólo Él estuviese aquí! Él que se detuvo para hablar y ella se levantaría y volvería a mis brazos.

Lucano miró a su alrededor en aquella fiera luz. Los portadores habían dejado el féretro al borde de la tumba y esperaban. Las mujeres permanecían junto a la tumba esperando. Todos ellos miraban entonces al Rabbí, a Lucano y al esposo inmóviles de dolor. Lucano dijo al joven marido:

—Ella no ha muerto, sino que vive. No está sorda, sino que oye. No se ha ido, sino que está entre nosotros.

Su cabeza empezó a brillar con el calor y la luz, pero un lento éxtasis le envolvía en su corazón.

—Vayamos a la tumba —dijo, y tomó al esposo del brazo. Pero el joven se resistió como una piedra.

—Te lo he dicho —dijo el Rabbí— que no será reconciliado, no se inclinará ante la voz de Dios.

El viejo lloró amargamente.

— ¡Reconcíliate, David!
—Ten esperanza David —dijo Lucano, y de nuevo extendió su brazo hacia el esposo.
David dejó caer sus manos, volvió hacia Lucano su rostro tan seco como el mismo polvo, delgado y pálido y sin embargo hermoso. Sus ojos brillaban como el fuego.
— ¿Esperanza? —exclamó en voz terrible—. No amaba a nadie, sino a mi esposa y éramos como dos niños juntos y ahora ella no es más que arcilla y su espíritu ha huido de mí.
Lucano empezó a temblar sin saber por qué. Todo parecía expandirse y contraerse ante él y todas las cosas tenían un áurea cristalina ante sus ojos y dentro de sí percibió una orden, como una gran voz imperativa.
—Vayamos a la tumba —repitió.
Los mordidos labios de David se estremecieron. Sus ojos se fijaron ciegamente en Lucano, pero dejó de resistir. Tropezando anduvo tras el griego con la cabeza inclinada. Los otros les contemplaron avanzar seguidos por el Rabbí que oraba. Permanecieron junto a la tumba cerca del féretro.
Lucano permanecía silencioso. Miró al féretro y sintió una convulsión dentro de sí mismo y una orden más fuerte, de forma que sus oídos no oyeron nada más. Luego dijo:
—Abrid el féretro para que pueda ver a la muchacha.
El rostro de David quedó repentinamente inundado de lágrimas. Se inclinó hacia el hombro de Lucano.
—Le habéis oído —dijo con voz sencilla—, yo soy su esposo. Abrid el féretro. Veré su rostro por última vez.
Los barbudos hombres miraron desolados al Rabbí, cuyos labios continuaban moviéndose. Pero él dijo débilmente:
—Él es su esposo, yo tan sólo soy su padre. Abrid el féretro porque él no quiso mirar a su rostro antes.
Ellos abrieron el féretro, golpeando su negra delgadez. Los clavos surgieron protestando y la tapa se abrió. Lucano se inclinó y vio en la profundidad de la ruda madera a una joven muchacha que no tendría más de quince años, yaciendo envuelta en un sudario, sus manos cruzadas sobre su pecho. Lucano retiró la tela que cubría su rostro. Un olor de hierbas y aceites olorosos se elevó en el aire cálido. David cayó sobre sus rodillas, sollozando en alta voz y se abrazó al féretro mirando a su esposa difunta.
Ella era encantadora. Su rostro era remoto y sereno como si durmiese. Su carne estaba pálida y traslucida como el alabastro. Su cabello negro yacía alrededor como una capa y sus labios inocentes sonreían débilmente. Era imposible creer que estuviera muerta. Lucano pensó: «Los judíos enterraban a sus muertos antes de la puesta del sol o de que el día muriese.» Se inclinó más cerca sobre el féretro. El joven pecho no respiraba, los labios estaban fríos e inmóviles, las narices inmóviles también. Sintió una tremenda sacudida en sí mismo. ¿Seria posible que la muchacha no estuviese muerta, sino tan solo sumida en una catalepsia? Sus ojos de médico exploraron ansiosamente los rasgos tranquilos. Alargó su mano y tocó la suave y blanca mejilla, estaba tan fría como el mármol, pero no rígida. Pero ella había muerto tan sólo aquella mañana y el calor del día rechazaba el rigor. La voz imperiosa sonó más fuerte dentro de él y entonces oyó unas palabras.
«Toma a esa mujer por la mano y levántala.»
—Sí, Señor —dijo en voz alta.
Tomó la mano de la muchacha que estaba helada en aquel calor feroz. Lucano vaciló de nuevo. Luego mientras sostenía la pequeña y fláccida mano sintió el familiar vacío dentro de sí, como si alguna virtud fluyese de él hacia afuera.
A una enorme distancia oyó el llanto de David y los gemidos de las mujeres. Algún poder se estaba concentrando en él que le mantenía fuera de sí. Luego dijo:
—Despierta, Rebeca, porque tú no estás muerta, únicamente dormida.
Ante estas misteriosas y profundas palabras los demás dejaron de llorar y David, arrodillado junto al féretro, dejó caer sus manos y miró a Lucano. Una gran luz brillaba en su rostro.
La mano quieta que reposaba en la de Lucano se caldeó rápidamente. Las narices empezaron a dilatarse y los labios a estremecerse. El joven pecho se alzó en un profundo suspiro. Los ojos se abrieron oscuros, velados y confundidos mirando a Lucano. Él sonrió hacia ella tiernamente; tirando de su mano la levantó del féretro y ella se sentó echando su cabello negro hacia atrás como alguien que estaba soñando y es despertado súbitamente.
Ante esto, los plañideros alzaron sus voces en un temeroso grito y retrocedieron espantados. Pero el Rabbí y David permanecieron junto al féretro, sin habla. El viejo inclinado como una seca rama sobre su hija. Fue solo David quien se arrojó a los pies de Lucano y presionó su frente junto a ellos y los cubrió de besos.
El Rabbí estalló en un himno ensalzado, uniendo sus manos y alzando su barbudo rostro hacia el cielo.
—Ella estaba muerta y Tú me la has restituido, ¡Oh Rey de Reyes, bendito sea el nombre del Señor!
Lucano se inclinó y levantó a David. El joven se quedó junto a él.
—Él nos la ha enviado —exclamó—. Oh, bendito eres tú que nos has visitado en su nombre. Alabad al Señor porque Él hizo esto y no yo porque Él es la resurrección y la vida.
Se volvió sonriendo como en éxtasis pero débil en todo su cuerpo. Tan sólo miró hacia atrás una vez. Las mujeres ayudaban a la muchacha a salir del féretro, el esposo estaba besando sus manos y el anciano rogaba. Todo el aire vibraba ahora con regocijo y exclamaciones confusas.
Los hombres de la comitiva habían visto todo con terror y contemplaron a Lucano acercarse. Él les sonrió infundiéndoles seguridad.
—La muchacha no estaba muerta —dijo—, tan sólo dormía.
Y subió a la carroza. Continuaron avanzando por la carretera en silencio.

Entonces Pilatos inclinándose de su carroza dijo a Lucano con un estremecimiento trémulo y descompuesta voz:
—Los judíos entierran a sus muertos antes de la puesta del sol, ¿Es que ella no estaba muerta?
—No estaba muerta.
Pero Plotio le dirigió una larga mirada y su rostro de soldado estaba profundamente emocionado y reverente. Lucano de repente se durmió, como alguien que ha quedado tremendamente exhausto.

Lucano se despertó cuando cambiaron su propio caballo. El aire del atardecer estaba frío; Plotio le había cubierto con su tosco manto de soldado. A la derecha el mar era como un enorme y llameante plano de luz, demasiado brillante para poderlo contemplar por mucho tiempo y sin ningún color. El cielo se había transformado en un arco; el tono amarillo había desaparecido en la fuerza de una llama blanca. El paisaje había cambiado, contra los pálidos y ardientes cielos se elevaban las frías montañas de un reflejo negruzco, cubiertas con pesadas piedras. Altos cactus bordeaban la carretera, soportando maduros y espinosos frutos y polvorientos bordes corrían sobre los campos de luna tan faltos de vida como los campos de la muerte. Incluso los cipreses habían desaparecido, ni los olivos ni palmeras aliviaban la tierra en las montañas. Aquí y allá las amargas colinas mostraban blancuzcas y rotas piedras, casas planas de un color de tierra repleta, permanecían silenciosas y abandonadas. Lucano miró la desolación que los romanos habían operado al talar los cipreses y pensó que hasta la misma tierra parecía estar maldita. Incluso las ocasionales charcas pedruscos donde bebían las cabras aparecían sin vida, de un color pétreo. Aquel era el progreso del que había hablado Poncio Pilatos, la devastación desoladora, aquella soledad, aquel desierto árido. Donde el hombre penetraba, avariento y rapaz, la muerte le seguía y el terreno era arrasado.
—Un lugar odioso —dijo Poncio Pilatos, y Lucano respondió:
—No era odioso hasta que el hombre llegó aquí. La fealdad marca, sus pasos, deforma todo lo que ve y toca.
Pilatos frunció el ceño ante aquella respuesta aguda. Luego dijo:
—Encontrarás que Jerusalén no tiene ningún encanto y es muy peculiar. Siento que no quieras estar conmigo en mi casa; has dicho que serás huésped de Hilel ben Hamram que te espera. Mi querido Lucano, los judíos pueden contarte las más extrañas historias, estarás bañado en misticismo.
Lucano respondió:
—Me he preguntado por qué Dios escogió nacer entre la gente judía y no entre los griegos con su cultura o los romanos con su poder. Pero ahora lo sé.
Se estremeció bajo el manto que Plotio había puesto sobre él y se adormeció de nuevo porque su cansancio era muy grande, pero en su sueño su mente estaba activamente ocupada y triste. Pensó en los dos mil judíos de Siria a quienes el legado romano había crucificado por predicar la rebelión contra Roma; pensó en los terrenos de ejecución cerca de Cesárea, donde los judíos eran regularmente crucificados por «incitar contra el imperio». Pensó en los miles e incontables crímenes que el hombre cometía contra sus semejantes a través de todas las edades y en los gemidos que incesantemente llegaban a los oídos de Dios. Se preguntó a sí mismo en su adormecimiento por qué Dios no destruye a esta raza humana, devastadora, este horror sobre la tierra brillante, este odio entre hermanos de todas las cosas inocentes, este paria del que todos los animales sin pecado huyen temen y maldicen, este abrasador de sus propias ciudades y civilizaciones, este saqueador, este guerrero y el más terrible de los criminales, este hipócrita embustero, este asesino traidor, este inquieto espíritu malvado que camina, como Lucifer, de arriba abajo sobre la tierra mirando a quien y qué puede destruir. Pero yo no estoy sin mérito porque fue en un tiempo cuando creía que era contra el hombre con quien se pecaba y no el hombre quien pecaba.
Lucano abrió sus ojos. La carroza en la que marchaba ascendía un dificultoso y ennegrecido monte. Allí se detuvo y Plotio señalando con su látigo dijo: ¡Jerusalén!
Allí permanecía Jerusalén sobre el monte Sión, al Oeste, una sombra de la tierra en aquel atardecer, una polvorienta línea azul contra el sonrosado horizonte que doblase sobre la ciudad. Alrededor del monte de Sión se alzaban otros montes, de un marrón blancuzco, cubiertos de tierra o de estrechas terrazas como pisos que se alejaban sobre los que crecían los cipreses, laureles, olivos, palmeras, viñedos, ganados y árboles amarillos o verdes de coloreadas frutas. En lo alto del monte Jerusalén parecía una parte de él, de un marrón pálido, parecía convulsamente empujado desde la tierra más bien que haber sido edificado por el hombre. Las tortuosas paredes y fortificaciones, amenazadoras y toscas, se retorcían protectoramente alrededor de la ciudad; sus puertas y torres guardadas, con los pendones de Roma flotando sobre las cimas elevadas. Unos escalones de un gris amarronado se alzaba hasta las paredes brillantes. Las caravanas habían acampado ya para pasar la noche bajo las murallas, los fuegos habían sido encendidos y las inquietas linternas se movían alrededor. Nadie podía entrar en la ciudad después de la puesta de sol. Aquellos que llegaban al atardecer levantaban sus tiendas, establecían a su alrededor un pequeño pueblo temporal, hacían acostarse a sus caballos y camellos y esperaban la mañana. Las puertas estaban cerradas, los senderos escarpados y las escaleras hacia las murallas, vacías.
Incluso cuando Lucano contempló la rápida noche descender como un agua oscura sobre la ciudad y sus montañas, el rojo reflejo de las antorchas se elevaba dentro de las murallas y las linternas brillaban dentro de ellas. Una luna cobriza se elevó tras el monte de color oscuro y Marte parecía una joya de topacio cerca de ella. El color abandonó las pocas montañas que eran aún fértiles y estaban plantadas; toda la escena era amarillenta y marrón bajo el cielo que se volvía purpúreo y rojizo. Lucano pensó que nunca había visto un

espectáculo tan desolador, tan contenido, tan gris, tan falto de vida excepto los fuegos de los campamentos, las linternas y las antorchas. Un frío viento procedente de las montañas, vacío de perfume y fragancia golpeó su rostro. Acostumbrado a ciudades despiertas durante la noche y resonantes de risas y voces, Lucano percibió un pesado silencio desde la ciudad, como si se hubiese tragado todos los ecos y todos los clamores. Desde lo alto podía ver por encima de las murallas y observar las estrechas y retorcidas calles sombreadas rojizamente por las antorchas y llenas de multitudes silenciosas y allí, alto, ancho e impresionante se elevaba el templo, de mármol amarillo; pacífico, con sus torres doradas, rodeado por inmóviles jardines y más allá de ellos por una multitud de casas de techos planos construidos con el amarillento color de la tierra y de las montañas. Sólo ocasionalmente cimas de oscuros cipreses aparecían unidos en la ciudad como para protegerse.

—Compara esto con Cesárea, que nosotros hemos edificado —dijo Poncio Pilatos con voz fría y disgustada.

Pero Lucano comprendió que la ciudad se había retirado para protegerse contra el conquistador y si muchas de sus montañas estaban muertas, los romanos habían hecho aquel mal avaricioso. La ciudad antigua había repudiado a sus dueños y su aire estaba incubado de desesperación.

La comitiva descendió rápidamente por la montaña; los legionarios cabalgando delante con sus banderas y sus fastos. La actitud del polvo de los siglos penetraba en la nariz de Lucano. Trozos de luz brillaban en los contrafuertes de las murallas que ahora se alzaban ante ellos. Las carrozas y los caballos cabalgaron sin ninguna cortesía a través de los campamentos; por el brillo de las antorchas cerca de las tiendas se podía contemplar repentinamente la blancura de los ojos, hundidos y vigilantes; asnos, caballos y camellos estaban unidos lejos de la compañía, rebuznando y protestando. Grupos de niños se habían reunido para contemplar la comitiva. De las lejanas montañas procedía el eco de los agudos aullidos de los chacales, veladores y ultraterrenos. La luna era una calavera amarilla en el oscuro cielo.

Los jinetes y las carrozas tenían alguna dificultad en ascender la empinada montaña que conducía a la ciudad, pequeñas piedras rodaban tras ellos. Una puerta fue abierta y una trompeta romana sonó en saludo, despertando agudos y resonantes ecos. Penetraron en la ciudad por en medio de filas de soldados que saludaban en las polvorientas y estrechas calles cuyas tiendas estaban cerradas y cuya gente estaba silenciosa. La marcha de tos caballos y carrozas resonaba sobre los oscuros cantos de las calles. Grupos de familias aparecían sobre los tejados planos; volvían sus rostros sin mirar a los romanos. Las puertas brillaban en el oscuro atardecer, las ventanas palidecían a falta de la luz de las lámparas. Era una ciudad cercada, silenciosa y airada, orgullosa de su polvo. Para Lucano, acostumbrado al colorido de Oriente, Jerusalén no le pareció una ciudad oriental, porque carecía de alegría, música, pasos rápidos que se deslizasen y voces alegres. Había pensado que el tiempo se había establecido allí como piedra de una tumba y no podía ser nunca movido y que las antorchas arrojadas en los hoyos disminuían más bien que elevaban el ritmo de vida de la ciudad. Las rojas sombras se deslizaban sobre las paredes como fantasmas de una conflagración ardiendo en las habitaciones de los muertos.

—Es más viva durante el día —dijo Plotio, como sintiendo los pensamientos de Lucano—, los judíos no se alegran por la noche, son un pueblo sombrío.

Descendieron a una calle más ancha, llena con la luz de las antorchas y la amarillenta luz de la luna, guardada por altas paredes. Entonces Lucano pudo percibir la fragancia de los jardines y la voz de las gentes, pudo oír una que otra vez, el sonido de una flauta o una lira resonando tímidamente en la quietud de la noche. Allí vivían los administradores romanos y los judíos pudientes que colaboraban con los romanos y se habían contagiado algo de las costumbres romanas. La comitiva se detuvo ante una puerta y Plotio dijo:

—La casa de Hilel ben Hamram, tu amigo. Nosotros seguimos adelante con el noble Poncio Pilatos hasta su propia casa.

Una negra puerta de hierro giró y Hilel apareció sonriente y vestido con una hermosa túnica blanca.

—Saludos, amigos míos —dijo—, os esperaba más pronto.

—Lucano tuvo que parar para asistir a un funeral judío —dijo Pilatos—, afortunadamente fue capaz de evitar que una mujer fuese enterrada viva. Qué ansiosos estáis los judíos de libraros de vuestros muertos antes de la puesta del sol. A menudo me pregunto: ¿cuántos desgraciados se despiertan en la tierra? y reflexiono en su terror antes de que mueran asfixiados en la oscuridad.

El rostro de Hilel cambió súbitamente a causa del insulto, pero permaneció sonriente. Dirigió a Pilatos una mirada afectuosa e invitó a la compañía que se uniesen a él para tomar un poco de vino. Pero Pilatos dijo que estaba cansado; se movía inquieto en su carroza, Hilel alargó la mano y ayudó a Lucano a descender; su apretón era cálido y lleno de aviso, porque percibía la ira del griego.

Plotio dirigió a Hilel una llameante mirada y saludó. La comitiva continuó adelante, Sosteniendo aún la mano de Lucano, Hilel le condujo a un gran jardín lleno de fuentes con la fragancia del jazmín y de las flores que se abren durante la noche. La gran casa de mármol en medio del jardín reflejaba la luz de la luna corno plata. Lucano suspiro con placer, consciente de su cansancio. Entonces Arieh ben Eleazar salió de prisa descendiendo los sombreados escalones hacia ellos; extendiendo sus manos y gritando el nombre de Lucano con deleite; cuando llegó hasta él se abrazaron. Los dos jóvenes condujeron a Lucano al gran recibidor y miró a su alrededor con interés, Hilel era un cosmopolita, las paredes de mármol de muchas tonalidades, estaban recubiertas con las mejores y más variadas tapicerías, brocados y sedas; tejidos enjoyados, relumbrando y luciendo a la luz dé muchas lámparas altas y candelabros de bronce corintio puestos sobre talladas mesas de mármol, ébano y limonero. Grandes jarrones persas y de catay permanecían en los rincones, de los que brotaban altos y fragantes lirios, rosas, ramas de jazmín y brillantes hojas oscuras. Exóticos tiestos orientales

decoraban las ventanas, grabados en oro, plata y marfil; por ellas penetraba la fresca y perfumada brisa de los jardines; sillas cubiertas de brocados y sedas teñidas, estaban puestas sobre pequeñas alfombras persas. Lucano había entrado en muchas casas lujosas antes, pero pensó que aquella era la más confortable. Sin embargo no vio ninguna suerte de estatuas. En el centro del amplio recibidor una argentina fuente murmuraba y caía sobre una redonda balsa llenando el aire de perfume. Los tres hombres se sentaron sobre un suave diván romano de color granate y un criado les trajo vino romano y un plato de dátiles, higos rellenos de almendras y otros dulces delicados.

Lucano se estiro con cansancio y placer. Sus amigos le miraron con afecto. Arieh dijo:

—Mi hogar, que era el de mi padre, es más humilde que éste, pero dentro de unos días deberás ser mi huésped también. Su mano aún sostenía la de Lucano como un hijo.

—No estoy aquí para ser mimado —dijo, pero sonrió—, debéis recordar que ya no soy muy joven y tengo mucho que aprender y hacer.

Hilel le estudió con preocupación.

—Antaño —dijo Lucano—, yo no tenía esperanza, el mundo era completamente corrompido y sin Dios. Vivía con amargura y desesperación. Pero como mi hermano Prisco me ha dicho, la revelación ha sido dada al hombre por Dios y nunca más será el mundo lo mismo. La esperanza y el gozo ha sido concedido sobre él, una nueva edad ha empezado llena de portentos. He sido llamado para ayudar a aumentarla y para llevar las buenas nuevas a todos aquellos con quienes me encuentre.

Hilel vaciló.

—He estado en Joppa. He visto a Pedro, uno de los apóstoles de Cristo, el principal de ellos. Es un hombre de unos treinta y cuatro años, impetuoso, ardiente y un tanto enigmático. Su habla es ruda y locuaz. Tendrás que recordar que él ha tenido poco contacto con los gentiles; es un pescador de Galilea, un campesino; era un judío muy devoto, de poca sabiduría acerca del mundo. Sin embargo, impresiona mucho y está lleno de fuego. Está escondido en una pequeña casa de Joppa y pasa el tiempo en la azotea, mirando hacia el mar rogando.

Hilel vaciló de nuevo y luego se echó a reír un poco.

—Cuando llegué no me miró amablemente. Durante varios días no quiso verme porque es muy suspicaz. Luego me reprochó con su lenguaje galileo; me dijo en la cara que yo era un judío corrompido, tenía familiaridad con los griegos, los romanos y otra gente abominable. ¿Qué sabía yo de los libros santos? Era evidente, declaró, mirando a mis vestidos despectivamente, que vivía para el placer y era muy posible que los mandamientos sólo fuesen palabras para mí. Era un hombre de riqueza. ¿Cómo era posible para mí comprender a los pobres y bs humildes? El Señor no había venido a morir para los que son como yo. Su mensaje me sería incomprensible. Sin embargo, después que le dejé desahogarse en sus reproches y desprecios, escuchó mi historia, aunque se mantuvo mirando significativamente a mis anillos y mis sandalias de plata. Finalmente se suavizó; me recordaba como el hombre rico que hablaba con el Señor. Luego empezó a llorar y dijo: ¿Por qué debo reprocharte yo, que le negué tres veces y huí cuando le apresaron y crucificaron?

Hilel sirvió más vino a Lucano.

—Luego entre cortados tonos siguió: «Cuando volvió a nosotros y moró aquí, nos dijo que debíamos llevar las buenas nuevas a todas las naciones. Confieso que sentí horrorizarme. Somos pocos y somos judíos, sin dinero y sin amigos. Hemos sido proscritos por el Procurador romano. ¿Qué pueden entender los gentiles de Él? Para nosotros han sido abominables; la ley declaró que debíamos permanecer aparte y no ser corrompidos por los gentiles. Los circuncisos viven sin ley, son impuros, sus maneras no son nuestras maneras. Débiles y sin poder, debemos ir entre los extranjeros con sus ídolos, sus viles dioses y sus inexpresables costumbres. Debemos contarles acerca de nuestro Mesías, que nosotros creemos vino tan sólo para su pueblo. Vine a Joppa no sólo para esconderme de la ira de los romanos que nos declaran insurreccionistas, sino para rogar y tratar de comprender. Todas las noches he permanecido en esta azotea; he estado pensando y he tenido visiones. Debo hacer lo que nos ha mandado, pero aún hay enfermedad en mi corazón y me escondo de los gentiles y de sus obras, de sus crueldades y abominaciones.

Hilel sonrió con buen humor.

—Aunque nunca he considerado a los gentiles con un tono tan despectivo como el de aquel humilde y enfático hombre, comprendí. Le hablé de ti, le dije que habías venido a hablar con él. Tú eres griego, un pagano, has adorado a dioses falsos; hablas una lengua extranjera; no estás circuncidado. Entonces volvió a caer en llantos y se reprochó a sí mismo confesando que él también había cometido el pecado del orgullo y el desprecio. Ha consentido en verte. Antes de dejarle me bautizó, no es el más amable de los hombres y podrás encontrarle rudo e incluso insultante y con el lenguaje de un campesino.

—He encontrado también a dos apóstoles más, Santiago y Juan, hermanos, hijos de un tal Zebedeo también galileo. Son llamados los hijos del trueno y les describe exactamente. Viven dentro de la muralla; la madre de Cristo vive con ellos como su madre, porque así lo mandó Dios. Son muy jóvenes y poseen una cierta fiereza y una dedicación fanática. Incluso hay un tono de venganza en ellos. He oído que dejaron que Cristo hiciese descender fuego del cielo sobre una ciudad de Samaria que mostró poco interés en escucharles. Desde que fueron reprochados, aún respiran llamas. No te considerarán amablemente, aunque les he persuadido para que te vean.

Hilel suspiró.

—Incluso ante los santos, entre aquellos que comieron, anduvieron y durmieron con Él y oyeron sus palabras hay ahora disensiones. Algunos de ellos insisten vehementemente que antes de que un hombre pueda hacerse

cristiano debe ser primero admitido al judaísmo y que debe ser circuncidado. Estos son los más viejos, que se mantienen aferrados ferozmente a la ley de los siglos, los más jóvenes dicen que no es necesario. Tienen sus propias interpretaciones. Los ancianos creen que cuando Cristo habló de la misión a la ciudad de Israel quería hablar literalmente. Los más jóvenes creen firmemente que significa a todos los hombres. No sólo están aparte, escondidos a causa del mandato de Poncio Pilatos, sino que se mantienen separados de sus opiniones. Me siento muy pesimista.

—Yo no —dijo Lucano con firmeza—, debéis recordar que los apóstoles no son más que hombres y los hombres difieren de opinión. Iré a ver a Pedro tan pronto como sea posible.

Una joven muchacha se deslizó en el recibidor, vestida con una túnica blanca y con una trenza alrededor de su cabeza. Debía tener unos quince años y era extremadamente comedida, con un tono gracioso en su figura, hermosos ojos azules bajo sus estrechas cejas, una piel tan blanca como la nieve y un cuello tan esbelto como una columna. Su boca era una rosa; bajo su trenza fluía una masa de oscuros cabellos rizados en olas. Tenía una expresión tímida pero coqueta, aparentemente era consciente de su belleza. Hilel se levantó y la tomó de la mano.

—Ah, Lea —dijo afectuosamente. La trajo hasta Lucano y dijo:

—Esta es mi hermana a quien yo he desposado con Arieh. ¿No está él afortunado?

Miró a Lea con orgullo. Muchos enjoyados brazaletes tintineaban en las muñecas de la joven y un pesado collar de gemas ornaba su garganta y sus sandalias eran de plata. Lucano se sintió tiernamente divertido. Lea aunque joven, mimada y guardada cuidadosamente, tenía un aire de mucha mundanidad. Le respondió suavemente en griego, que hablaba con precisión.

Arieh permaneció de pie junto a ella, sus oscuros ojos azules brillaban de amor. Ella aceptó no darse cuenta de su presencia, aunque un ligero rubor había aparecido en sus mejillas. Habló a su hermano con la arrogancia de una joven consentida.

— ¿Por qué no está nuestro huésped en sus habitaciones descansando? Eres poco delicado Hilel.

—Es verdad —respondió él. Palmeó con sus manos y el encargado entró en el recibidor al instante—. Conducirás al noble Lucano a sus habitaciones, Simón —dijo. Reflexionó por un momento—, te presentaré a mi esposa a la hora de la cena. Los niños están acostados. Mis padres, no se unirán a nosotros porque son viejos y han tenido fiebre.

Lucano comprendió al instante que los padres de Hilel no querían que su hijo recibiese a gentiles y los tuviese bajo su techo. Asintió gravemente.

—Espero que su salud mejore —dijo. Y no pudo evitar el añadir con un poco de malicia:

— ¿Me dejarás examinarlos y si es necesario recetarles algo?

Hilel dijo con cierta prisa.

—Gracias, mi querido amigo, pero no deseo abusar de ti. Además sólo confían en nuestro médico de familia. Hay que seguir el humor de los ancianos; tienen sus rarezas.

—Son muy pesados —dijo Lea en tono mimoso—, nunca me hablan sin desapruebo y reproches. Creen que vivimos en los tiempos antiguos cuando las muchachas eran recluidas y guardadas aparte y vestidas a la moda de los viejos; escondido su cabello hasta después de que fuesen casadas —acarició sus bellos rizos—, nuestro mundo es un mundo moderno y debemos comportamos de forma moderna, que son más agradables y más cultas.

Hilel rompió a reír y tiró de uno de sus rizos afectuosamente.

—Recuerda honrar a tus padres, Lea —dijo. Ella retiró su rizo exasperada.

—Es muy bueno para ti, hermano —dijo—, que tienes libertad para no pasar toda la tarde escuchando las admoniciones como yo he de hacerla. Yo soy modesta, no estoy versada en la ley de los profetas, no tengo respeto por los patriarcas; seré una esposa como una romana y mis niños serán negligentes y no serán enseñados en sus santos deberes. Y en cuanto a tu esposa, Débora, ella es casi tan mala, con su escondido cabello y sus ojos inclinados y en silencio ante la presencia de los hombres. Si tú no existieses, no aparecería ni siquiera a nuestra mesa, sino que comería sola y humildemente. Para ellos yo soy una Jezabel.

—Márchate, niña —dijo Hilel—, has dicho bastante.

—No sabes lo que sufro —exclamó Lea, pateando sus pequeños pies. Además, tú eres un hombre y yo una niña.

—Tus modales son deplorables —dijo Hilel con un poco de severidad—. Se comprende que abusan mucho de ti y simpatizamos contigo, pero no canses a nuestro huésped.

Lea salió del recibidor acariciando su cabeza. Hilel explicó a Lucano en tono de excusa:

—Es la niña de mis ancianos padres, pero ha sido excesivamente mimada. Sólo ellos deben ser reprochados. Les encanta su belleza, pero están temerosos por su alma. Se transformará en una matrona judía apropiada cuando se case y sin duda reprochará a sus propios hijos y sentirá agonía por ellos.

—Es un gozo para mis ojos —dijo Arieh—, me ha estado instruyendo en la ley y suspira sobre mi ignorancia. Es la más dulce de las mujeres.

Cuando Lucano estuvo en sus habitaciones miró a su alrededor con placer. Salió a un balcón y miró a Jerusalén, que brillaba con linternas de antorchas. Lavó sus manos en agua perfumada y tomó unas blancas servilletas de un criado. Vestiduras limpias y frescas del más blanco lienzo, habían sido preparadas para él con mucho tacto y pudo cambiarse sus toscos vestidos que estaban polvorientos y sucios del viaje. Se calzó unas sandalias de la mejor clase de cuero. Miró a la rica cama nostálgicamente. De algún lugar de la casa oyó un

arpa distante y sospechó que la música alegre estaba siendo tocada por Lea, desafiante. Por alguna razón oyendo aquella música danzarina su corazón se animó. Tenía una inocencia. Una afirmación. Creía en la vida y la abrazaba ansiosamente.

Un criado le condujo a través de habitaciones lujosas y luego al comedor donde Hilel, Arieh, Lea y Débora, la esposa de Hilel, le esperaban. Débora era joven, una mujer rellena, vestida muy modestamente con una túnica pálida. Un velo azul cubría su cabello completamente. Sus brazos y cuello estaban escondidos. Su redondo rostro recordó a Lucano el de Aurelia, y sus castaños ojos que se alzaron rápidamente una vez para contemplar su rostro, miraron luego hacia abajo, eran lívidos a pesar de su comedimiento. Un hoyuelo se formaba junto a sus llenos labios y hablaba con una alegría que sin duda ella reservaba para su esposo. No usaba joyas; se sentó al pie de la lujosa mesa cerca de Lea; no había hablado ni una sola vez. Lea la miró con impaciencia, luego ignoró su presencia. La muchacha impúdicamente se unió a la conversación, demostró su desacuerdo, rió, hizo broma y en conjunto se comportó como una bella joven estropeada de acuerdo con la moda moderna. Débora demostraba desaprobación. Lea gruñó, acarició sus cabellos y tintineó sus brazaletes.

—Tenéis una excelente cocinera —dijo Lucano descubriendo que tenía hambre.

Los peces rellenos estaban sazonados y suculentos, el cordero asado, jugoso, los vegetales y las ensaladas bien condimentados. Había pasteles rellenos de uvas pasas, ciruelas secas y dátiles. El vino era romano y de primera calidad. Velas en candelabros de plata brillaban sobre un mantel blanco en el que la plata deslumbraba. Las cucharas y cuchillos estaban grabados profusamente, y las copas de oro eran macizas e incrustadas con gemas, los platos de sal y las fuentes estaban asimismo engalanadas.

—Vivimos como campesinos —dijo Lea con descontento—. No es que yo desee lo que es impuro. Pero preferiría más elegancia y variación. La mesa de mi mejor amiga es deliciosa.

—Tranquilidad, niña —dijo Hilel automáticamente—. Lucano a veces deseo que tuviésemos las antiguas costumbres y las mujeres fuesen excluidas de la comida con los hombres.

—Es joven —dijo Arieh. Volvió sus ojos hacia su desposada y preguntó gravemente—: Me has dicho que soy ignorante y es así. Repíteme las leyes de Moisés en relación con los templos y sacrificios.

Lea alzó su cabeza orgullosamente y con voz severa empezó a instruir a Arieh. Lucano escuchaba con diversión afectiva y Arieh con un aspecto de humildad. Débora no hablaba pero una o dos veces Lucano la vio sonreír. La felicidad de aquella joven familia afectó a Lucano profundamente. Oyendo a Lea y viendo su inocencia; sus rosadas mejillas y el brillo de sus ojos y la belleza de su cuello y brazos desnudos, pensó en Rubria y en Sara, las muertas que él amó con tanta ternura, y se dijo a sí mismo que en realidad no existía la edad ni el cansancio, ni el dolor ni la desesperación, ni la separación ni la muerte. El mundo y los planetas, los incontables soles, vibraban con juventud inmortal y las constelaciones se alegraban en ella. Se sintió inundado de exaltación. Todo lo que había amado estaba con él para siempre.

Antes de quedarse dormido aquella noche oyó el aullido de los chacales fuera de las puertas y le pareció que eran las voces y gritos del desierto que esperaban consuelo y admisión entre la compañía de los que habían sido bendecidos.

CAPITULO XLVIII

LUCANO recibió una invitación para cenar con Poncio Pilatos y estaba a punto de rechazarla impaciente cuando Hilel dijo:

—Fuiste su huésped en su casa de Cesárea. Por alguna razón le obsesionas. Es un hombre muy inquieto desde la crucifixión de Cristo. ¿Te costará mucho el darle algún alivio?

—Tú, mi amigo, que me alojas en tu casa, no has sido invitado. Esto es una gran falta de cortesía.

Hilel sonrió.

—Concedamos que sea así. Pero los romanos son descuidados en la cortesía hacia aquellos a quienes han conquistado. Estabas a punto de decir que a él no le gustan los judíos. Si fuésemos intolerantes con la intolerancia seríamos también arrogantes.

—Esto es un sofismo —dijo Lucano. Pero aceptó la invitación.

Hilel le atavió en forma elegante.

—Los romanos, tan materialistas, están sumidos con vestiduras ricas y apropiadas —dijo Hilel—, desprecian la simplicidad, aman el alarde de riqueza.

Lucano se vistió una túnica azul y sobre ella una toga del más delicado, aunque pesado tejido, bordada de oro. Sus sandalias eran de oro, con una hebra de piel, cuajadas de gemas sobre el empeine Hilel colocó enjoyados brazaletes alrededor de sus brazos.

—Estás ciertamente magnífico —dijo amablemente—, pareces la más noble de las estatuas griegas.

Ordenó una litera a la puesta del sol y Lucano fue llevado a casa de Poncio Pilatos; una casa grande, levantada dentro de los altos muros y ricos jardines florecientes, animada con fuentes que danzaban en el rojo aire del sol poniente. Pero una brisa turbia soplaba de la calle que toda la fragancia de árboles, hierbas y flores era incapaz de superar. Pilatos dijo arrugando su nariz:

—La pestilencia es abominable.

Lucano recordando que debía ser amable, se contuvo de comentar los malos olores de Roma y especia1mente aquellos que procedían del Trans-Tiber cuando cambiaba el viento. Pilatos tenía un aspecto preocupado y condujo a Lucano a un recibidor más lujoso que el de Hilel. Lucano quedó abrumado por el esplendor, que aparecía demasiado amontonado con mal gusto. La fuente central estaba fuertemente perfumada y el olor era asfixiante. La casa aparecía llena de hermosas esclavas, que sentadas sobre cojines extendidos sobre el deslumbrante suelo blanco, tocaban el arpa o el laúd y acariciaban sus largos rizos.

—Iremos a la terraza —dijo Pilatos—, donde el aire es fresco y podemos disfrutar de una buena vista de la ciudad. Estoy esperando a otros invitados. —Su rostro ausente sonrió fríamente— Nada menos que Herodes Antipas en persona y su hermano. Desea hablar contigo y debes comprender que esto es una gran condescendencia. Hubo un tiempo cuando nos aborrecíamos uno a otro; ahora somos los mejores amigos. Es una cuestión de diplomacia.

— ¿Has hablado a Herodes de mí?

Pilatos se sintió turbado.

—Sí. A propósito, se siente ofendido a causa de mi retirada de la proscripción contra la secta que se llama a sí misma cristiana. Está preparado para no verte con buenos ojos.

Se echó a reír con repentino buen humor y condujo a su huésped a través de varios pisos de una escalera de mármol ancha, cubierta con alfombras persas. Lucano pudo vislumbrar ricas habitaciones durante su ascenso. La música les siguió. La terraza era muy ancha y larga, guardada por parapetos de madera tallada en intrincados dibujos, el suelo completamente adornado con alfombras, las sillas bajas y divanes cubiertos con fundas de seda rayadas de muchos colores; las mesas separadas sobre las que descansaban brillantes lámparas. Las esclavas les siguieron e incitaron una nueva música.

Lucano quedó interesado por la vista de la ciudad desde aquella altura. La rojiza llama de sol poniente se extendía sobre los pétreos o cultivados montes que permanecían alrededor de la ciudad, dándoles el aspecto de estar ardiendo. Las retorcidas y reforzadas murallas amarillas de Jerusalén tenían un aspecto sombrío; un tinte escarlata polvoriento se había extendido sobre las estrechas y concurridas calles como el reflejo de un fuego, Un monótono murmullo subía de las calles susurrando y murmurando. Lucano podía contemplar el fuero romano, sus blancas paredes y columnas brillando sobre la nieve en la tenue luz y también el teatro romano. Los palacios se elevaban sobre el interminable plano de las casas más pequeñas; las terrazas débilmente iluminadas por un baño rojo. Dominándolo todo estaba el templo, alto y firme entre sus propias murallas, sus doradas torres incandescentes, sus muros sonrosados. Quedaba al este de la casa de Pilatos y el cielo que se extendía tras él, tenía las tonalidades de la cola de un pavo real, contrastando con los llameantes cielos del Oeste. En la distancia se percibía un amplio bosque de negros y altos cipreses, amontonados juntos o esparcidos en un gran jardín verde.

—Getsemaní —dijo Pilatos notando el interés de Lucano.

Su voz sonó con una nota peculiar. Él y Lucano se habían sentado bajo un toldo y bebían vino. Pilatos quedó silencioso, como si pensase. La música se alzó a su alrededor y una muchacha cantó dulcemente, Lucano escuchó; la carencia le era poco familiar, llorosa e insistente. La canción era cantada en arameo.

Qué misericordioso es el Señor nuestro Dios.
Su merced es más ancha que el mar.
Su amante cariño abraza la tierra y el cielo,
y sus palabras son gozo para mi corazón.
¿Quién puede conocer al Señor en sus anchos pensamientos?
¿Le conocen a El los montes o las grises montañas?
¿O los vastos desiertos donde el hombre no habita?
¿O el tigre en su búsqueda, o el árbol sólo en su majestad?
¿O la muerte que duerme como un bebé en su pecho?
¿O el moribundo solitario y dolorido?
¿O los dorados ríos que corren hacia los océanos, o los jardines
en el amanecer?
En el más secreto lugar, El es conocido.

Lucano miró a la muchacha; sus grandes ojos negros brillaron bajo sus pestañas y su rostro era suave y pálido. Quedó sorprendido ante las palabras de la canción y miró a Pilatos que aparentemente no escuchaba. El codo del romano descansaba sobre el brazo de la silla, y sus meticulosos dedos tapaban su rostro. Estaba sumido en sus pensamientos, olvidando a su huésped, luego dijo sin quitar la mano de su rostro y como dirigiéndose a sí mismo:

—Es imposible que se levantase de entre los muertos, sus seguidores se lo llevaron, le curaron y le han escondido, porque fue quitado de la cruz demasiado pronto.

Lucano esperó sin hablar. La música cambió a un tono más suave y menos molesto; Pilatos dijo con voz distante:

—No me sorprendería nada que ese viejo sinvergüenza, José de Arimatea haya tenido que ver en este asunto. Es un consejero y se dice que es justo y bueno. Le he recibido a pesar de mi escepticismo y no he sido capaz de igualar sus sofismos o su mundanidad. Fue José quien me pidió su cuerpo para ponerlo en una tumba. He oído suficientes rumores de ese hombre quien, ante mis ojos, no tenía culpa alguna. Fue el sumo sacerdote, Caifás, no hay nadie que se oponga a los sacerdotes sin correr un gran peligro personal; pueden hacer mucho daño. A mí me ordenaron el mantener la paz en este país a toda costa. ¿Puedo ser reprochado por esto?

Entonces miró a Lucano agudamente.

—No —dijo el griego con vacilación.

Pilatos añadió:

—José es un hombre muy rico. Es posible que el soborno entre en esto de alguna manera y que Jesús fuese quitado de la cruz mientras estaba aún vivo y llevado a casa de José para ser curado y sanado. El Tribuno romano se movió inquieto a causa de los rumores que corrían de que Él resucitaría de entre los muertos el tercer día coloqué guardias en las puertas de la tumba a fin de que no fuese usado ningún truco. El sumo sacerdote había solicitado esto de mí. —Se detuvo. Volvió el rostro a fin de que Lucano no pudiese ver su cara. Lucano continuó esperando. Luego el Procurador suspiró...

—Los hombres son muy supersticiosos, son también histéricos. Mis guardias me informaron después y yo les escuché incrédulamente. Hablaban con la máxima incoherencia. Habían mantenido fuegos ardiendo alrededor de la tumba, bebido vino y jugado a los dados explicando chistes. ¿Acaso su vino fue drogado por ese hombre sinvergüenza, José? Me juró solemnemente que esto no había sido hecho. Sin embargo mis hombres declaran con juramentos y aterrorizados que, antes del amanecer del tercer día una gran luz brilló alrededor de la tumba y cayeron sin sentido sobre el suelo. Cuando se despertaron, la piedra maciza y pesada, había sido retirada del sepulcro; allí dentro no había nada sino vestidos, un banco de piedra vacío y el olor de especies y ungüentos.

Miró a Lucano con mirada implorante.

— ¿Puede un hombre sensible creer que esto sea sobrenatural? Fue un chiste de mal gusto, ciertamente, con la idea de engañar y producir asombro en los pechos de los simples; una pretensión de que la profecía había sido cumplida. Mira, Lucano, soy un hombre educado de una familia noble. Esperas que yo crea estas insensateces acerca de un miserable e inculto Rabbí de Galilea. ¿Quién podría inspirar menos a los dioses?

— ¿Qué deseas que te diga? —preguntó Lucano en voz baja.

—Dime lo que creas acerca de estas estupideces.

Pilatos se inclinó hacia él y Lucano vio que estaba aturdido y furioso en su turbación. Lucano palpó dentro de sus vestiduras y mostró a la luz del rojizo sol la cruz que colgaba de su cuello. Pilatos la miró con asombro.

—Hace muchos siglos —dijo Lucano—, este hombre fue profetizado por los caldeos y los babilonios y después por los judíos. Los egipcios decoraron sus paredes con este signo; los griegos alzaron altares al Dios Desconocido. Las escrituras de los judíos escritas hace siglos nos hablan de Él, de su misión, de su nacimiento, de su vida y de su muerte.

Pilatos se sintió asombrado. La luz rojiza del último sol caía sobre su rostro. Miró a Lucano penetrantemente.

— ¿Crees esto? —preguntó con una voz asombrada.

—Sí, lo creo. Lo sé.

Pilatos quedó silencioso por algún tiempo. Luego dijo con voz contenida:

—Entonces, ¿qué acerca de mí que le entregué a la muerte?

—Tú fuiste sólo un instrumento.

—Los dioses son vengativos.

Él no es vengativo.

Pilatos meditó.

—Curaste a tu hermano que estaba moribundo...

—No. Dios le curó. Yo también fui tan sólo su instrumento.

—Dime lo que debo hacer... —exclamó Pilatos repentinamente turbado. Miró a Lucano temeroso—. He pensado mucho acerca de todo esto. Aquella mujer que iba a ser enterrada, ¿no estaba muerta?

—Te lo he dicho, no estaba muerta. No existe la muerte.

—Hablas con misterios, como los oráculos délficos.

—Los hombres hacen misterio de todo y de las cosas más sencillas, Poncio.

—Estoy perdido —dijo Pilatos en tono desesperado.

Pero el supersticioso corazón del romano batió rápidamente.

— ¿Quién eres tú, Lucano? —preguntó.

Lucano frunció el ceño.

—Yo soy quien tú sabes que soy.

—Pero tú tienes poderes misteriosos.

—No, no tengo ningún poder ni ningún mérito. Sólo Dios los tiene.

—Él, entonces, ¿te los ha concedido?

Lucano movió su cabeza. Pero en aquel momento un esclavo llegó para anunciar la llegada de Herodes Antipas, el Tetrarca de Jerusalén y su hermano Herodes Felipe. Las esclavas iniciaron una música triunfante y otras muchachas corrieron hacia la terraza llevando cestos de hojas de rosa, que como sonrosada nieve esparcieron sobre el suelo y aún otras vertieron perfume en el aire. Pilatos acudió a recibir a sus huéspedes y

mientras las lámparas de la terraza eran encendidas rápidamente, Lucano miró curiosamente a los dos hombres. Antipas le recordó instantáneamente a una zorra rojiza, tenía un rostro estrecho e irritable y era brusco e impaciente de movimientos. Llevaba una corta barba roja y Lucano recordó que Antipas se dejaba crecer la barba a causa de los cercanos festejos judíos y que se la afeitaba inmediatamente después; pero Felipe, hombre más joven, más alto y de más noble expresión, poseía hermosos y nítidos ojos oscuros, un rostro clásico como una estatua y unos modales pacíficos y dignos. Parecía estar sumido en sombríos pensamientos. Antipas devolvió el saludo a Lucano e hizo una pequeña reverencia con una palabra corta y una mirada de disgusto. Pero Felipe le sonrió y preguntó por su salud e interrogó cortésmente qué le parecía Jerusalén.

Los hombres se sentaron y bebieron más vino. La noche cubrió la ciudad y las antorchas fueron encendidas abajo y las linternas empezaron a brillar. Antipas estaba aparentemente de muy mal humor; se limitó a una insulsa conversación con Pilatos, habían sido antes enemigos, pero ahora eran amigos. El aire de Antipas hacia Pilatos era a la vez arrogante y lo más servil. Felipe le miraba pasionalmente y sus negras cejas se fruncían. Habló amablemente con Lucano y le contó que había oído hablar mucho de él. A esto Antipas miró hacia atrás amenazadoramente a Lucano y dijo con voz aguda y severa:

—Sí. Queremos hablar de esto.

Volvió su delgado hombro vestido con un brocado azul y se frotó la barba. Antes de volverse de nuevo a Pilatos, dirigió una venenosa mirada a su hermano, que la recibió imperturbable.

Un gong sonó y se levantaron, pasando al comedor que relumbraba con colgaduras engemadas, mármol y ricas lámparas. La comida fue de lo más lujosa. Antipas comió poco y bebió en forma abstemia. Se quejaba de muchas cosas insignificantes al poderoso romano. Nada le complacía ni en Jerusalén, ni sus propios asuntos privados. Su rostro se suavizó cuando habló de su esposa, Herodías, al hacerlo Felipe se puso rígido en la silla y miró a su hermano con encendidos ojos y su boca tomó un aspecto duro y amargo.

—Cómo me gustaría vivir en Roma —exclamó Antipas—. Allí uno sólo encuentra la civilización y el realismo, pero aquí todo es Dios, todo son observaciones religiosas, discusiones tedias. Incluso el Sumo Sacerdote sólo puede hablar de los comentarios. Para los judíos nada existe excepto Dios.

Lucano dijo:

—Demócrito escribió, hace unos cuatrocientos años: «Si uno escoge los bienes del alma, escoge la proporción divina, si los bienes del cuerpo, simplemente la mortal.»

—Esto está muy bien —dijo Antipas en tono desagradable y con una sonrisa perversa—, pero el hombre es también mortal, y lo mortal debe ser alimentado.

Hizo una pausa. Luego dijo casi amenazadoramente:

—He oído extrañas cosas acerca de ti, Lucano. Corren rumores de que realizas milagros.

Se echó a reír un poco.

—No —dijo Lucano, empezando a sentir un pequeño estremecimiento de disgusto—, no realizo milagros. Sólo Dios hace esto.

Sus mejillas se colorearon a causa de la afrenta.

— ¡Ja! —Exclamó Antipas—. Esto es excelente. Hemos tenido bastantes hacedores de milagros en Judea, o charlatanes. Confío en que no estés aquí para excitar al pueblo. O para aclamar que tienes una misión única recibida de Dios.

—Estoy aquí sólo para encontrar la verdad y escribirla —dijo Lucano con ira.

Pilatos empezó a sonreír. Felipe escuchaba con una copa de vino junto a sus labios y sus ojos abiertos alerta, brillantes hacia Lucano.

—Y yo estoy aquí para establecer la paz y el orden entre mi pueblo —dijo Antipas—. Seré despiadado con los revoltosos.

Sus ojos brillaron amenazadores.

—Estas aceitunas, si es que se me permite decir tal cosa en mi propia mesa —dijo Pilatos—, ¿qué pasa, Lucano? Pareces tener poco apetito. Mi cocinero es excelente, este cerdo asado está delicioso.

—Quizá tu honrado visitante no gusta de la carne de cerdo —dijo Antipas con una desagradable sonrisa.

Lucano rehusó responder a esta grosería. Permitió que un esclavo le sirviese un poco de aquella carne. Empezó a preguntarse por qué Antipas estaba tan evidentemente agitado e irritable. El Tetrarca puso un puñado de pequeñas aceitunas saladas en su boca y las empezó a masticar ruidosamente, escupiendo luego los huesos. Luego dijo:

— ¿De manera que estás aquí para descubrir la verdad y escribirla? Dime, ¿eres cristiano?

—He sido cristiano desde el día del nacimiento de Cristo —dijo Lucano.

Antipas casi dejó caer la copa con la sorpresa. Su boca quedó abierta.

— ¿Qué es lo que dices? —preguntó incrédulamente.

Felipe se inclinó hacia adelante en su silla y la sutil sonrisa en el rostro de Pilatos desapareció.

—Estás loco —exclamó Antipas golpeando con su mano sobre la mesa—. Nadie ha oído de los cristianos hasta hace cuatro años. Aquel galileo apareció por primera vez en aquel tiempo.

—Sin embargo, yo le conocía desde el día en que nació. Fue mi propia falta de mérito lo que me hizo olvidarle durante muchos años; mi propia obstinación e ira.

Lucano miró de frente a Antipas, que estaba estupefacto. Sacó una vez más la cruz y se la enseñó a Antipas, que repentinamente se estremeció. Lucano le habló de Keptah, de los caldeos y babilonios, de los egipcios y

de los griegos, de sus antiguas profecías. Les habló de los magos de la gran cruz en el templo secreto de Antioquía. Les contó que la estrella había sido vista por él cuando era un muchacho, en su movimiento hacia el Este. Muchos de los esclavos, a lo largo de las paredes, se inclinaban ansiosamente para oír, y en algunos de ellos aparecían las lágrimas inundando sus ojos.

—Estaba en Atenas el día de la crucifixión —dijo Lucano en tono apresurado—. El sol desapareció, sonaron ecos de gemidos y terremotos. He oído muchos rumores en mis vagabundeos de que esto ocurrió en todo el mundo conocido. ¿Crees que es una coincidencia?

El rojizo rubor en la estrecha cara de Antipas desapareció; fue reemplazado por un tinte lívido. Permaneció silencioso, cerró sus ojos, que iban de un sitio para otro como buscando refugio; se remojó los labios con la lengua. Poncio permaneció pensativo, su mano jugaba con una copa. Felipe sonrió y alzó su cabeza como si hubiese llegado a una profunda resolución.

Antipas empezó repentinamente a temblar como poseído por un frío interior. Por fin dijo en aguda y furiosa voz:

—Todo esto es una insensatez. Hablé con Jesús personalmente. Había esperado que Él fuese el Mesías. Desee ver sus pretendidos milagros por mi cuenta. —Dirigió una furtiva mirada a Pilatos—. Conozco las profecías del Mesías, las he oído durante toda mi vida. —De nuevo humedeció sus labios con la lengua y volvió a mirar a Pilatos—. El Mesías iba a librar a los judíos de los opresores. ¿Me perdonarás, Poncio? Esto era la profecía real. Pero Jesús declaró que no era de este mundo, que las cosas del César no le concernían. Le hice traer a mí.

Hizo una pausa... Sus temblores se hicieron más perceptibles.

—A pesar del Sumo Sacerdote, que le acusaba no sólo de violar la ley, sino de incitar al pueblo contra la autoridad, y provocarle a la rebeldía. Para conservar la seguridad del pueblo judío, le hice traer a mí para interrogarle. Si hubiese sido el Mesías se hubiese manifestado en toda su gloria y milagros a mí; hubiese quedado transformado ante mis ojos. Pero para mí gran desilusión, era tan sólo un miserable mal vestido campesino de Galilea; le interrogué, le imploré que se revelase si era realmente el Mesías. Pero permaneció ante mí en silencio y no contestó. Ante mí, el Tetrarca de Jerusalén. Tan sólo me miró como si no me hubiese oído.

Había sido informado de que él me había llamado «esa zorra.» Estaba dispuesto a perdonarle si él hubiese sido en verdad el Mesías, porque los dioses no tienen reverencia para los hombres, ni siquiera para los reyes.

Por primera vez Antipas bebió largamente de su vino y extendió su copa solicitando más. Movió la cabeza negando una y otra vez.

—Un desgraciado Galileo. ¡Qué imprudencia la suya asegurando que era el Mesías de los siglos! Allí permaneció y sólo me miraba sin contestarme. ¿Por qué no me contestó? Era bastante voluble entre sus seguidores y ante su pueblo. He llegado a la única conclusión. Enfrentado con la majestad de la autoridad y lleno de temor, él no pudo hablar. Perdió su lengua. Por lo tanto comprendí que aquél no era el Mesías, sino tan sólo un insurrecto. Era un pobre campesino que había engañado a los ignorantes y sencillos de mente. Me enfurecí profundamente, tanto contra la blasfemia como contra la insurrección que había instigado. Y por lo tanto le dije: «Tú no eres el Mesías. Eres un farsante y un mentiroso. No.» No puedo deciros la ira y la desilusión que me embargó contemplando su gris mirada hacia mí. Por lo tanto le entregué a la justicia y me burlé de sus pretensiones colocando un manto llamativo sobre sus hombros y despachándolo.

Felipe dijo:

—También te enfureciste contra uno llamado Juan el Bautista.

Habló contra ti a causa de tu esposa Herodías. Permitiste su muerte a requerimiento de tu esposa.

Los ojos de los dos hermanos se encontraron como el choque violento de dos espadas. Luego Antipas miró a su hermano con odio y dijo:

—No soy ambicioso. Soy el Tetrarca de Jerusalén y amigo de Poncio Pilatos.

Felipe se encogió de hombros.

—Hablas de aquellos que son crédulos. Sin embargo, esperabas que Juan fuese Elías nacido de nuevo.

Antipas dejó de mirarle y dirigió su rojiza y malévola mirada hacia Lucano.

—Y por lo tanto, debo aconsejarte, a pesar de que seas huésped de mi querido amigo Poncio Pilatos y un ciudadano romano, que no permitiré más desorden entre mi pueblo ni más incitación. Busca la verdad que quieras, pero no entre los ignorantes y los engañados. Te he dicho la verdad. Que esto te baste.

—No hay nada tan laudable como la franqueza —dijo Pilatos sonriendo.

—Lucano, como todos los griegos, es supersticioso —contestó Antipas con otra mirada de odio.

—Sin embargo, buscaré la verdad —dijo Lucano mirando a Herodes fríamente—. ¿Quién puede impedírmelo?

Las narices de Antipas se disten dieron y respiró pesadamente.

—Soy un hombre civilizado. Conozco mis deberes como huésped de Poncio Pilatos. La cortesía se espera de un huésped. Pero tengo una cuestión contigo, mi noble Lucano. —Y respiró hondo—. A mi petición, Poncio proscribió a los cristianos. Es un hombre justo, un administrador de la ley romana. Ahora tú le has influenciado para que levante esta proscripción, a pesar de mi solicitud y de mis argumentos. Esto incitará de nuevo las revueltas y los desórdenes peligrosos. Estoy preparado para tratarles.

Poncio sonrió.

—Obedezco al César. Tiberio dio a Lucano un magnífico anillo. Lucano me pidió que levantase la proscripción. Puso el anillo en mi mano. Tiberio tiene una gran consideración por él y yo no podía hacer otra cosa sino obedecer su petición.

Parecía estar pasándolo muy bien.

Herodes Antipas dijo:

—Honro al César, pero incluso los Césares pueden ser engañados.

—Cierto —dijo Pilatos, y jugó perezosamente con una gema de su copa.

Lucano apretó los labios. Estaba a punto de hablar con calor cuando vio a Pilatos y a Herodes que intercambiaban duras y significativas miradas y que la mano de Felipe se cerraba crispada sobre la copa de plata. Entonces Pilatos movió su cabeza ligeramente, como si negase, y alzó la palma de su mano en un gesto con el que pedía paciencia. Antipas habló directamente a Lucano:

—Te he dicho la verdad. ¿Qué puedes aprender de otra manera, excepto de Pilatos y de mí? Sólo pueden ser mentiras. ¿A quién preguntarás? ¿A los despreciables seguidores de Jesús? Viniste armado con supersticiones. Los niños imaginan muchas cosas y nos has dicho que fuiste enseñado en tu niñez; puede haber sido una fantasía por tu parte, o los influjos de criaturas llenas de creencias en brujerías y magia. Recuerdo cuando yo era niño. ¡Soñé que con mis propios ojos vería al Mesías!

—Y así ha ocurrido —contestó Lucano.

Antipas golpeó la mesa de nuevo con una exasperación completa. Apeló a Pilatos con sus ojos volátiles como diciendo: « ¿Qué puede hacerse con semejante idiota?» Luego dijo:

—Comprendo que eres un hombre erudito. Maravillosamente educado en el arte de curar. Eres un graduado en la Universidad de Alejandría. Has viajado. Sin duda has encontrado a hombres sabios y eruditos. Sin embargo, tú que nunca viste al Galileo, vienes aquí con una creencia obstinada. Muy bien, es mucho más de lo que un hombre inteligente puede sufrir.

Se volvió hacia Pilatos.

—Te ruego que vuelvas a imponer la proscripción contra aquellos que se llaman a sí mismo cristianos, en nombre de la paz del imperio, en nombre del César.

—No tengo posibilidades de elegir —dijo Pilatos blandamente, extendiendo sus manos con un gesto de rendición—. Existe el anillo de Tiberio. El significado del anillo es que el propietario puede usarlo en nombre del César, como si el propio César estuviese hablando en persona. Comprende esto mi querido Antipas.

Antipas quedó pensativo. Sus pequeños dientes amarillentos mordieron su delgado labio. Sus ojos chispearon, profundos, con un brillo extraño. Finalmente habló a Lucano en un tono que había adoptado en forma de ruego.

—Perdóname si parece que te haya amenazado. Trata de comprender. He oído que tienes un profundo amor por el pueblo judío. ¿Deseas ver alboroto y desorden aquí de nuevo y la muerte de los ignorantes? ¿Deseas ver la mano de Roma sobre esta pequeña tierra que ha sufrido tanto, que sufre tanto? ¿Qué tiene que ver Israel contigo si fuese destruido?

—No vine a destruir —dijo Lucano—. He venido como un hombre que busca la verdad.

—Sí —dijo Antipas impacientemente—, no hablaba de esto. Pero has prevalecido sobre Poncio Pilatos para levantar la proscripción contra los ignorantes y los desordenados cristianos, que poseen considerable fiereza y has abierto la puerta para que aparezca de nuevo la turbulencia. Los judíos son un pueblo persistente y luchan entre ellos por una opinión respecto a la ley; manifiestan furiosos desacuerdos. La proscripción ha esparcido a los cristianos y los ha mantenido aparte y ha permitido que peleasen con sus discípulos los judíos. Ahora aparecerán de nuevo y todo estará perdido.

—Espero que no —dijo Lucano con seriedad—. Sin duda que Él era un hombre de paz; a su tiempo sus seguidores comprenderán esto.

—No —dijo Antipas—. Tú no conoces a los judíos.

Entonces Felipe habló.

—Ni tú tampoco. No has sido amigo de tu pueblo, has sido su enemigo.

Un gran silencio cayó sobre la mesa. Todos permanecieron sentados como estatuas. Antipas miraba sólo a su hermano y Lucano y Pilatos les miraban a ellos. Después, tras un largo momento, Antipas dijo suavemente:

— ¿Te atreves a hablarme así, Felipe?

—Sí. Me atrevo —dijo Felipe en voz baja—. Eres un pequeño hombre vicioso. Te digo esto en la cara. Careces de moral, no tienes honestidad, ni dignidad, ni presencia. Este es el fin.

Miró a su hermano con desprecio.

Antipas estalló en una carcajada débil, alzando al aire su barba. Luego exclamó:

—Ajá. No me has perdonado por haberte quitado tu esposa Herodías. Me has insultado en presencia de mi amigo, pero perdono tu falta de buenos modales. Me has llamado pequeño; si hubiese sido de mayor estatura no hubiese podido quitarte la esposa. ¿Quién es entonces el hombre mayor?

Sus ojos bailotearon malignamente sobre Felipe.

Los labios de Felipe estaban blancos, pero habló en voz baja.

—No tengo ningún resentimiento contra Herodías. La había amado y si ella me hubiese amado, no hubiese existido posibilidad de que tú la sedujeses. No me siento ofendido porque nadie puede ofender a otro sin su propio consentimiento. Hablas de buenos modales; eres tú quien carece de ellos.

Lucano se sintió violento. No estaba acostumbrado a insultos y discusiones tan crudas, especialmente entre dos hombres de una misma sangre.

Entonces Pilatos intervino, hablando placenteramente.

—Estás equivocado, Antipas, cuando buscas una corona. Nunca busques una corona de un César. Has caído en desgracia para él. Precisamente hoy he recibido una carta de él sugiriendo que desaparezcas secretamente. Los Césares no sugieren con frecuencia, ordenan ¿Esperas tú su orden?

Antipas se quedó tan blanco como la muerte y su rojiza barba resaltaba prominentemente sobre el tono pálido de su carne. Luego murmuró:

—Estás bromeando.

—No —dijo Pilatos suavemente—. César mira con buenos ojos a tu hermano.

Bebió vino mientras Antipas se aferraba al borde de la mesa y se inclinaba hacia él jadeando.

—Os llamé aquí esta noche a ti y a Felipe. Tú tienes a Herodías; tienes una enorme riqueza. Sugiero, sin embargo, que abandones Judea. Será más agradable para todos.

Lucano casi se compadeció del exaltado Antipas y desvió su mirada de él. Su humillación no debía haber ocurrido delante de un extraño como él.

—Apelaré a Agripa —dijo Antipas con voz aguda y sofocada.

—Te aconsejo que no lo hagas. No te mirará con favor.

—Creía que eras mi amigo, Poncio.

—Es como amigo tuyo que te doy este mensaje. Si fuese tu enemigo te hubiese enviado una orden perentoria y destituido públicamente, ante las despectivas miradas de tu pueblo.

Antipas se volvió hacia su hermano y su mano se deslizó hasta su daga.

Felipe le miró con desdén.

—Tú has hecho esto —exclamó Antipas—. Me has traicionado. Has conspirado contra mí para vengarte.

—Sugiero —dijo Pilatos— que ningún daño ocurra a Felipe. En realidad he nombrado a mi oficial principal, Plotio, para que guarde la casa de Felipe, en caso de que fueses lo bastante indiscreto para violar los deseos de Tiberio y para evitar que Felipe sufriese... un accidente.

Lucano se levantó. Luego dijo fríamente:

—Me encuentro muy cansado. Debo rogarte, generoso Pilatos, qué me dispenses.

Antipas volvió su ira contra él. Señaló con un dedo a Lucano y lo agitó contra él.

—Has sido tú, buscando el anillo del César, que has conseguido no sólo que Pilatos levantase la proscripción contra los cristianos sino que sufriese mi exilio a fin de proteger a tus haraposos amigos.

Pilatos alzó una mano en tono de aviso.

—Nadie te ha traicionado, Antipas, ni tu hermano ni yo. Terminemos con estas acusaciones.

Hizo un gesto a un esclavo y ordenó una litera para Lucano. El griego se inclinó ante los que estaban en la mesa y abandonó la casa.

—Y también sugiero —dijo Pilatos a Antipas— que ningún daño le ocurra a Lucano. Está bajo la protección de Tiberio y sabes lo sangriento que se ha vuelto últimamente.

CAPÍTULO XLIX

LUCANO contó a sus amigos Hilel y Arieh lo que había ocurrido en casa de Pilatos. Escucharon con profundo interés. Luego Hilel dijo con alegría:

—Demos gracias a Dios de que Herodes Antipas haya sido destituido.

—Sin embargo, Pilatos no debiera haberle humillado ante mí.

—Es un hombre inescrutable y tiene sus razones.

Hilel continuó hablando y dijo que María, la madre de Cristo había regresado junto a sus familiares para hacer una visita a Nazareth. Alguien había muerto entre sus parientes.

—La visitaré allí —dijo Lucano. Hilel comentó que era un viaje muy largo. Sin embargo añadió:

—Podrás ver Galilea, donde Él enseñó por primera vez. Es un lugar hermoso. Pero hay una pequeña ciudad llamada Tiberías, construida por Herodes en honor a César. Los judíos la consideran una abominación y no debes visitarla. Tampoco lo hizo Cristo. Habló sobre un monte que está cerca de allí, en la sinagoga, que es sencilla y humilde como es el suelo. Pero no hay vida. ¿Permanecerás hasta que Lea y Arieh se casen?

—Debo atender mis ocupaciones— dijo Lucano con tono de justificación.

—Entonces esperaremos a que vuelvas.

Cuando estuvo solo, aquella noche Lucano escribió lo que había oído de Poncio Pilatos y Herodes Antipas. No puso sus opiniones, sino la información que había recibido. Su evangelio iba aumentando. Algunas veces una nostalgia abrumadora se apoderaba de él. Si él hubiese podido tan sólo ver a Cristo personalmente. Si hubiese podido tan sólo mirar a sus maravillosos ojos. No le hubiese abandonado cuando sus seguidores le abandonaron con temor.

A la mañana siguiente, muy temprano, fue en una litera a la casa de Santiago y Juan, fuera de las murallas. Hilel había enviado un mensajero a los dos jóvenes hermanos que se habían mostrado conformes, un tanto sobriamente, en recibir a Lucano. Hilel les había escrito que si no fuese por Lucano, la proscripción contra ellos

hubiese permanecido. Una vez fuera de las murallas, tras el monte de Sión, Lucano miró hacia atrás a través del cálido y pegajoso polvo. Aunque era temprano, las murallas amarillas de Jerusalén brillaban en medio de una terrible luz; un relumbrar de aguda incandescencia iluminaba las piedras de las paredes y las curvas y pedregosas montañas. Incluso las colinas cultivadas estaban envueltas en luz, doblez sobre doblez de amarga desolación.

Las apiñadas casas fuera de las murallas ascendían por las laderas, amari1lentas y grises, ardiendo en luz. La mayoría de ellas eran pobres, con pequeños jardines polvorientos y deshechos, palmeras, pinos, olivos y árboles frutales plantados a su alrededor. Nunca había visto Lucano una tierra tan atroz, tan seca, tan polvorienta. Los criados que llevaban la litera empezaron a jadear cuando ascendieron las colinas y finalmente se detuvieron ante una pequeña casa amarillenta más pobre que todas las demás. Un joven permanecía sobre los escalones, con una expresión sombría, en silencio. Debió hacer un comentario, porque tras él apareció otro joven con una cara afilada y pálida, fieros ojos negros, una boca llena aunque dura, una masa de rizos castaños sobre su alta cabeza. El primer hombre iba vestido de gris y se cubría con una capa oscura; el segundo usaba una vulgar túnica amarilla. Los dos parecían muy pobres. No dijeron nada a Lucano cuando éste descendió de la litera. Simplemente permanecieron de pie mirándole.

—Soy Lucano, huésped de Hilel ben Hamram —dijo Lucano tratando de sonreír ante el rostro y la formidable mirada que los otros le dirigían—. ¿Me esperabais?

Los dos hombres se miraron uno a otro. El rostro del mayor no era tan estrecho como el de su hermano, pero tenía una nariz larga y delgada, barba y cabello oscuro y una boca más fina. Poseía un aire menos salvaje que el hermano más joven, menos fanatismo y aspecto de rebelión. Dijo en arameo y con acento galileo:

—Te esperábamos. —No dirigieron a Lucano ningún otro saludo—. Soy Santiago, hijo de Zebedeo de Cafarnaum, y éste es mi hermano Juan.

Santiago señaló el rostro del joven delgado y grandes ojos vengativos que tenían la fijeza de un temperamento extático. ¡Los hijos del trueno! ¡Qué bien les iba la descripción! Lucano sintió su intensa hostilidad y resistencia incluso a hablar con ellos por causa de su apasionada y manifiesta desconfianza.

—Soy cristiano —dijo dirigiéndose hacia ellos y esperando suavizarles.

Pero ellos no le contestaron. Con un gesto de cabeza Santiago indicó a Lucano que debía seguirle y le condujeron, en silencio, a la parte trasera de la pequeña y miserable casa, donde las paredes proyectaban un poco de sombra en medio de aquella luz violenta. No había ningún jardín allí; sólo polvo y tierra. Dos bancos de madera permanecían cerca de la casa. Los hermanos se sentaron en uno de los bancos y continuaron su escrutinio de Lucano. Suspiró..., aquellos hombres empezaban a ser difíciles. Él era un extranjero, un incircunciso impuro. Si tenían vino o pan, no parecían estar dispuestos a ofrecerle nada, ni siquiera darle las gracias por haberles salvado de la proscripción.

Había pensado hablarles de Keptah, de los caldeos, de los babilonios, de José ben Gamliel, de los griegos y su Dios Desconocido y de las profecías que habían sido transmitidas a través de las edades, no sólo por medio de los judíos, sino a través de otros pueblos. Pero supo al instante que ellos no le escucharían sino que se sentirían más resentidos que antes y más incrédulos. Mirándoles con gravedad se preguntó si aquellos que habían caminado con Dios podían ser tan inhóspitos, tan sin caridad para un extranjero, tan duros y fieros.

Bajo las dos miradas poco amistosas Lucano habló con vacilación del evangelio que estaba escribiendo. Les dijo que en su viaje había oído mucho del Mesias. Tan sólo deseaba que ellos le dijesen lo que sabían a fin de poder continuar su trabajo.

—Yo nunca le vi, pero le he amado durante muchos años —dijo con suavidad.

Juan habló por vez primera con voz perentoria.

—Diremos lo que hemos visto con nuestros ojos. —Aspiró una profunda bocanada de aire y el frío y salvaje éxtasis de sus ojos acentuó su concentración—. Pero no comprenderás. ¿Le conocías? ¿Le oíste? Sin esto no puedes saber nada.

«Si, pensó Lucano, le conocisteis vosotros y le oísteis, pero su amabilidad y su amor no están en vosotros, ni su caridad. Haréis buenos evangelios, pero habrá poca misericordia, ternura o amabilidad en lo que digáis o hagáis.»

Santiago dijo con voz grave:

—Si hubiese destruido esta ciudad cuando se atrevieron a rechazarle. ¿Por qué no hizo descender la ira del cielo sobre ella?

Lucano no respondió. Colocó sus manos sobre sus rodillas y esperó. Los hermanos cruzaron otra mirada..., no eran mellizos, pero era aparente de que eran inseparables y se comunicaban el uno al otro por medio de miradas y tenían poca necesidad de hablar para entenderse. El terrible calor penetraba incluso en aquella polvorienta sombra. Lucano se secó la frente y rostro con un pañuelo. Los otros continuaron mirándole y entonces, por primera vez, apareció curiosidad en sus fervientes rostros. La calma de Lucano, su gravedad, su belleza y su convencimiento, la serenidad de sus ojos azules, había empezado a impresionarles y a mitigar algo su natural enemistad ante un extranjero. Fue Juan quien empezó a hablar en frases cortas y cortantes. Pero después de un poco se sintió transportado por una incontrolable pasión..., sus ojos adquirieron una luz interna vívida y se quedó contemplando al fiero cielo. Su voz se hizo elocuente.

—En el principio era el verbo, y el verbo era con Dios y el verbo era Dios. ¡Bendito sea su nombre! Él era la vida y la vida era la luz de los hombres.

Juan habló de los milagros de Cristo, sus enseñanzas, de Juan el Bautista. Cuando hablaba del silvestre y vehemente Bautista, su voz adquiría un tono lírico y enfático. No había otro a quien él realmente pudiese comprender. Allí había habido uno que hablaba de la ira y de la venganza de Dios hacia los incrédulos, del juicio que se aproximaba, de los merecidos castigos, allí había habido uno que aconsejaba, que había avisado, que no habló de misericordia. El apasionado anacoreta del desierto, el que se alimentaba de miel silvestre y de langostas, el medio desnudo y barbudo gritador ante el Señor, estaba más cerca del corazón de Juan. Apretó sus delgadas manos sobre sus rodillas..., se estremeció con gozo y deleite.

—He oído grandes revelaciones —exclamó golpeando sus rodillas con los puños— del día del juicio, de las terribles cosas que tendrán lugar, de los humeantes pozos del infierno en los cuales las almas de los malos caerán como copos de nieve. De los vengativos serafines y querubines, de los buenos y los malos que quedarán eternamente divididos por la ira de Dios y de los condenados para siempre. Te escribiré estas cosas personalmente.

—Sí, sí —dijo Lucano suavemente—. Pero yo he venido para enterarme de Sus palabras, de Sus milagros.

No le gustaba el amenazador brillo en los ojos del joven.

Las narices de Juan se distendieron. Veía las más amenazadoras visiones con su vista interna y se regocijaba en ellas con un gozo profundo. Miró, cuando Lucano habló, y le contempló casi sin verle. Santiago dijo:

—Nuestro visitante ha preguntado por las palabras de Dios y los milagros entre los hombres. Fuimos sus testigos. Continúa.

De esta forma Juan, le contó a Lucano lo que éste deseaba saber. El transcurrir del tiempo se hizo irrespirable de calor y polvo acre. Lucano escuchó con toda su alma. La voz de Juan adquirió las notas de una triunfante trompeta y de un gran júbilo. Mientras que otros, al hablar de Cristo, hablaban con amor y con tierna alegría, Juan hablaba con una exaltación creciente. Algunas veces no podía refrenarse a sí mismo. Se levantaba y andaba de un lado para otro fervientemente, su rostro delgado abrasado. Parecía crecer de estatura y fuerza, caminando desde el extremo de la sombra hasta la luz brillante, sus rasgos iluminados u oscurecidos alternativamente, sus manos en un momento sombreadas y seguidamente encendidas como fuego. A pesar de sí mismo, Lucano se sintió fascinado, tanto por lo extraño del joven evangelista como por las historias que contaba. Algunas veces Santiago intervenía, cuando Juan, cansado, se detenía por un momento para aclarar una palabra o una historia. Y Juan le miraba impaciente con unos ojos expectantes. Durante las pausas Lucano escribía rápidamente con su estilo, a fin de que todo quedase perfectamente registrado. Una o dos veces pensó: «Este hombre descorazonaría a los reflexivos, amables y compasivos. Pero será como un pilar de fuego amenazador para los lánguidos, los débiles, los egoístas, los escépticos, los apáticos y para aquellos que son incapaces de excitarse por visiones de desprecio y castigo. Será el terror de los materialistas. Apela a las pasiones y puede despertarlas en los más complacientes.» Cuando Juan contaba lo que había visto y oído no era con el asombro, la felicidad y la tristeza que otros habían usado al expresarse a Lucano. Contaba las historias con un aire de furioso desafío, como retando a la incredulidad y presto a lanzarse sobre ella.

Contó la crucifixión sin el miedo o tristeza de Prisco, pero con ira y agonía en su rostro que se hizo incluso más vengativo. Algunas veces Santiago se movía intranquilo, no en desacuerdo con su hermano, sino a la vista de sus brillantes ojos y el tono de su voz y algunas veces Juan miraba a Lucano con una fiereza que indicaba que casi creía que el propio Lucano había clavado los clavos en la carne sagrada. Lucano pensó que permanecía ante él, condenado como un malvado gentil que había destruido el cuerpo de Cristo y aparentemente creyendo que estaba destinado para siempre a su terrible infierno.

El mediodía llegó con una luz intolerable sobre la pobre casa y la sombra se acortó. Juan estaba exhausto y cayó sobre el banco, cubrió su sudoroso rostro con las manos y sollozó en voz alta. Luego murmuró una y otra vez.

—El día del juicio eterno. Lo dice mi alma; mi alma tiembla temerosa y sin embargo se siente exaltada.

Dos cabras llegaron cerca de la casa buscando la frescura de la sombra y las últimas briznas de hierba. Santiago entró en la casa y trajo un recipiente de bronce y ordeñó a los inquietos animales. Volvió a entrar el recipiente en la casa y de nuevo salió con tres vasos de barro y un plato en el que había pan negro y un trozo de queso. Puso estas cosas ante él sobre el brazo y miró con cariño a su hermano.

—Comamos y descansemos —dijo.

—Gozoso el día cuando no habrá más comida ni más bebida —dijo Juan con voz temblorosa.

Sin embargo, bajó sus manos; su rostro estaba cansado con la desesperada presión de sus dedos. Miró a las tres tazas, a la humeante leche de cabra y su voz salió como para decir que no estaba aún preparado para comer y beber fácilmente con el gentil, o aceptar su presencia con igualdad. Pero su hermano tomó una de las tazas y la dio a Lucano presentándole el plato de pan y queso. Lucano le sonrió agradecido y el rostro de su hermano tomó un aspecto de humilde intranquilidad.

—Comprenderás que el alma de mi hermano aún no está reconciliada con los acontecimientos —le dijo.

Juan frunció el ceño implacable. Tomó también en silencio una taza, pero rehusó comer.

—Se nos ha ordenado que llevemos las buenas nuevas a todas las naciones del mundo —dijo como mostrando desacuerdo.

—Yo soy uno de las naciones del mundo —dijo Lucano un tanto con piedad y un tanto vejado por aquel profundo desprecio de aquel hombre apasionado.

Juan bebió sobriamente. Sus pensamientos habían ya dejado a Lucano..., era como si estuviese hablando consigo mismo; interiormente rezaba con un fervor cada vez mayor. Pero Santiago miró a Lucano con más y más incertidumbre, como si su opinión sobre él estuviese cambiando y lamentase su anterior falta de hospitalidad. Finalmente dijo:

—No nos consideres desagradecidos por lo que has hecho por nosotros.

Juan alzó la cabeza y dijo agresivamente:

—El Señor no hubiese permitido que fuésemos perseguidos por largo tiempo.

Lucano no hizo ningún comentario. Su litera llegó para recogerle, y se levantó dando las gracias a Santiago por la buena leche y los alimentos. Santiago se levantó también y le siguió a la parte delantera de la casa. Pero Juan permaneció en su banco, la cabeza inclinada sobre su agitado pecho. Cuando Lucano entró en la rica litera y alzó su mano en señal de saludo, Santiago vaciló, luego alzó su propia mano diciendo adiós. Volvió hacia la casa rápidamente. Lucano sintió piedad por los dos hermanos. Se les había exhortado a realizar una tarea gigantesca entre extraños y en su espíritu la temían; sin embargo, debían obedecerla.

Cuando los portadores de la litera ascendieron las cálidas escaleras blancas que conducían a las puertas de Jerusalén se detuvieron para descansar un momento y desde allí Lucano pudo ver la pequeña ciudad de Belén en la distancia, brillantes sus casas, cubiertas de techos planos. Allí Jesús había nacido, en aquel polvoriento lugar, y allí, en los montes cercanos, había brillado la gran estrella y los pastores habían oído las voces de los ángeles trayéndoles el mensaje de los siglos. Una tierra de portentos, una tierra muy extraña y de contrastes.

Hilel le esperaba en el jardín, donde las fuentes proporcionaban un gran frescor a la temperatura. Lucano miró a su alrededor con placer. De las paredes cubiertas con flores, se derramaba una nube de púrpura. Paseos recortados se extendían alrededor de piscinas cuadradas en las que peces dorados nadaban y brillantes matorrales amarillos estaban cuajados de flores. Florecientes chumberas mostraban rojos floridos en sus gruesas hojas verdes. Setos de crisantemos y rosas blancas, rodeados por senderos rojizos o marrones estaban primorosamente cuidados. Altas y delgadas palmeras datileras cubiertas con ricos frutos, y árboles de laurel prestaban sombra al ambiente. El tintineo y salpicado de las fuentes proyectaba el agua sobre la hierba, que brillaba vívidamente con un verde casi imposible. Lucano bebió algo de vino helado y le contó a Hilel su visita a Santiago y Juan.

—Hombres así, hacen difícil la paz —comentó Hilel moviendo su hermosa cabeza—. Mañana partiré para Nazareth y Galilea. La retirada de la proscripción contra los cristianos ha despertado mucha excitación en Jerusalén —dijo Hilel—. A propósito, Poncio partió repentinamente para Roma esta mañana. Me envió un rápido mensaje de placer. Nunca se ha preocupado por Judea. Un grupo de centuriones entregaron un mensaje para ti de Tiberio, con tu anillo.

Devolvió a Lucano el maravilloso anillo y Lucano volvió a colocarlo en su dedo y luego abrió la carta de César.

«Saludos al noble Lucano, hijo de Diodoro Cirino. Fue con alegría que recibí el anillo que te di en cierta ocasión y que de nuevo te devuelvo. Soy ahora un anciano y estoy muy cansado. Durante muchos años esperaba únicamente recibir este anillo en muchas ocasiones. Pero los años pasaron y mantuviste silencio. Cuando el anillo llegó nuevamente de Poncio Pilatos con la petición que tú hiciste de cierta proscripción que él había promulgado, de que una pequeña secta fuese levantada por él, me sentí sorprendido. No habías pedido nada para ti. Reflexioné. He pensado en ti muchas veces, mi querido Lucano. He oído muchas cosas de ti de la casa de Diodoro Círino. Te sentirás feliz de saber que tu casa está bien. Tu hermano Prisco ha sido reclamado aquí para un largo permiso. He oído decir que le curaste de una monstruosa enfermedad. Te sorprenderá saber que no siento escepticismo acerca de esto. Acepté la historia por completo. En mis horas más oscuras vuelvo mis pensamientos a ti. Algunas veces me siento tentado a ordenarte que vuelvas a Roma, para hablar contigo y contemplar tu rostro. Luego sé que no querrías, aunque obedecieses. No mando a hombres como tú, ni incluso para mi propio placer. Les considero como los romanos consideraron tiempo atrás a sus propios dioses. No son dignos, ni los propios Césares tienen bastante poder para ordenarlos.

«Habrás oído sin duda las más terribles historias acerca de mi crueldad en estos últimos años. No las niego, incluso a ti. Son ciertas. Estoy lleno de odio y mi odio aumenta con el tiempo. Me vengo sobre aquellos que han corrompido el pueblo de Roma y a sus criaturas, los senadores y los tribunos, los políticos y todos los avarientos e inconscientes rapaces que me rodean. En cierta ocasión tuve el sueño de hacer que Roma fuese otra vez Roma, llena de virtud, paz, justicia y honor, como tu padre lo soñó. Pero, ¿puede el César prevalecer sobre su pueblo? Le conducen. Cierran su púrpura hasta las cloacas. Ensordecen sus oídos con sus hambrientas demandas. Deshonrar su honor con sus apetitos.»

«Mellan sus espadas con sus lenguas esclavizantes. Estoy perdido. Piensa en mí con amabilidad, si quieres, porque te amo como un padre.»

Lucano no pudo evitar el echarse a llorar después de haber leído aquella carta y se la dio a Hilel para que la leyese. Hilel empezó a leerla fríamente y terminó muy emocionado.

—Pobre hombre —murmuró por fin—. Qué amargado y turbado debe estar para confiarse así a ti.

Luego añadió:

—A pesar del consejo de Pilatos a Herodes Antipas, éste ha apelado a su cuñado Agripa en Roma. Agripa tiene mucha influencia, por lo tanto se retrasará la partida de Antipas de Jerusalén, hasta que se decida el poder que tiene Agripa con César. Los retrasos son las armas formidables de los príncipes. No habrá una

inmediata persecución de los cristianos aquí..., pero no se puede hablar del futuro. Depende de su propia discreción. El sumo sacerdote está enfurecido y envía constantes mensajes a Agripa. ¿Quién sabe lo que el futuro traerá? Podemos estar tan sólo seguros de una cosa. Se producirá un cambio, bueno o malo. —Hilel continuó diciendo:

—Tengo amigos en muchos lugares del mundo. Los cristianos judíos están intentando hacer prosélitos en Damasco Y allí hay mucha ira contra ellos también. Así lo he oído hoy. Parece que algunos de los más jóvenes creyentes de Cristo han vuelto de nuevo a la ciudad y predican y exhortan constantemente llevando sus nuevas a los muy piadosos judíos que allí residen. He recibido esta mañana una carta de mi buen amigo, Saulo de Tarso, un ciudadano romano, miembro de una casa judía de gran importancia, y además oficial romano. Va a Damasco a terminar con la insurrección y los desórdenes de la ciudad; toma sus deberes romanos muy seriamente. Había intentado visitarme aquí, pero un asunto de última hora en el tribunal de justicia, impidió que lo hiciese. Saulo es un hombre de no pequeño poder y es muy rígido. Siento temor por los cristianos de Damasco.

Lucano consideró esto con ansiedad. Luego, mientras reflexionaba se sintió, repentinamente exaltado y misteriosamente consolado.

—No te preocupes —dijo maravillándose ante sus propias palabras—. Todo irá bien. —No me gustan los consuelos engañosos —dijo Hilel— porque soy un hombre de bastante rigor lógico y no muy optimista. Pero cuando dices «todo irá bien», entonces siento que hablas con el lenguaje de los ángeles y no con el de los hombres.

CAPITULO L

HILEL deseó proporcionar a Lucano una escolta para acompañarle a Nazareth y Galilea. Pero Lucano rehusó la oferta con agradecimiento. Tan sólo necesitaba un buen caballo, firme y poderoso, capaz de escalar pendientes. Dormiría muchas noches en las tabernas de las carreteras, Hilel se sintió horrorizado. Aun, conociendo a Lucano como le conocía, le parecía increíble que un ciudadano romano de noble familia, un médico de considerable valía, un amigo del César, viajase como un hombre humilde.

Lucano respondió a sus objeciones sonriendo.

—No pretendo ser humilde —dijo—. Sólo quiero moverme con rapidez y sin dificultades y, además, ver el país.

El caballo que Hilel le proporcionó era árabe, de carácter tranquilo y acostumbrado a largos viajes, al polvo y a las montañas. Lucano ató a la silla su cartera de médico, una manta y los bártulos de pintura. Hilel insistió en ofrecerle un cesto de excelentes alimentos y vinos. Lucano envolvió su cabeza con un lienzo para protegerse contra el sol abrasador y llevó un pesado manto para cubrirse las piernas. Con mucha aprensión Hilel le dijo adiós con una inclinación de cabeza. Lucano se alejó agitando la mano hacia su amigo en un gesto de despedida. Era muy temprano cuando dejó Jerusalén y sin embargo el aire era ya caluroso. El caballo trotaba con agilidad. Cruzaron el puente de piedra sobre el río Cedrón. Las profundas tonalidades doradas se reflejaban en reberberos y sombras sobre las tranquilas y escasas aguas. Las orillas del río estaban guardadas por negros y puntiagudos cipreses.

Lucano deseaba visitar primero Galilea. Hilel, habíale aconsejado seguir por el camino de Betania y Jericó.

Pronto se encontró Lucano en el desierto, desolado, rojizo, sin árboles, sólo cubierto de grandes cardos, rodeado de bajas y planas colinas de metálico color, reverberando calor.

La carretera estrecha y tosca estaba vacía puesto que era muy poco frecuentada ya que la mayoría de los viajeros preferían seguir la ruta más larga de la Vía Mare a lo largo del mar. De cuando en cuando Lucano pasaba junto a una solitaria fortaleza romana desde cuyas cimas los soldados le contemplaban con curiosidad. Ante una de ellas fue detenido por un celoso oficial que no podía comprender como un hombre vestido con tanta sencillez y en aquella carretera pudiese poseer tan excelente caballo. Cuando Lucano reveló su identidad, el oficial se sintió aún más asombrado que antes, aunque respetuoso. Invitó a Lucano a tomar un vaso de vino con él y éste, que estaba sediento, penetró en las frescas profundidades de la fortaleza, se sentó en un banco de piedra y bebió vino con el joven oficial. Contestando a una de sus preguntas, Lucano le dijo que iba a visitar Tiberías.

Al ver los espléndidos anillos del viajero, el oficial le dijo:

—Aunque nunca intentará robarte ningún judío, ni tan siquiera los bárbaros samaritanos, encontrarás en el camino caravanas de hombres miserables que no vacilarían en cortarte el cuello por estos anillos.

Ante aquella advertencia, Lucano se los quitó guardándolos en su cartera.

Cuando estuvo otra vez de camino encontró una o dos caravanas de camellos, asnos y hombres de rostros oscuros y fieros que miraban codiciosos su caballo. Pero él les devolvía las miradas; era alto y de su cinto colgaba una espada y sus ojos azules miraban fríos y sin Llegó temor a Betania envuelto en oleadas de calor. Una nube de polvo amarillo flotaba sobre las estrechas y empinadas calles de la población y en ellas gentes de rostros sufridos y curtidos por el sol con las cabezas cubiertas por telas negras blancas o marrones, de igual color que sus vestidos polvorientos, transitaban ruidosamente, hablando y discutiendo. Las distintas tiendas de las calles hervían de gente; todos parecían estar irritados, se oían ladridos de perros; los niños jugaban en los

escalones de las empinadas calles y mujeres con jarras sobre sus cabezas se detenían a charlar. Un fuerte olor de carne asada, vino agrio, hierbas, ajo y estiércol se extendía sobre todo el pequeño pueblo. Lucano se sintió feliz cuando se alejó de allí. Un poco después se encontró de nuevo en el desierto. Las montañas del color de la tierra cocida cambiaron su fisonomía, salpicadas tan sólo por pequeñas agrupaciones de blancuzcos pedruscos. La llanura que atravesaba era desolada, vacía y llena de infinita soledad. De vez en cuando una polvorienta y tiesa palmera que luchaba por sobrevivir sobre el árido y rojizo suelo salpicado de negros peñascos rompía la monotonía, algunas malezas y matorrales medio secos se entremezclaban con los cardos, las hileras de cactus sólo servían para aumentar la melancolía del paisaje. Además el sol como una abrasadora esfera derramaba cataratas de luz insoportable.

Al mediodía Lucano llegó de pronto a un remanso de agua intensamente azul, alimentado por una fuente subterránea. Encantado descubrió un grupo de jóvenes sauces amarillo-verdosos meciendo sus doradas ramas en el cálido aire. Ató su caballo después de haberle dejado calmar la sed con el agua fresca del remanso y le dio un saco de avena. Luego se sentó a la sombra de los sauces y abrió el cesto de la comida. Comió un ave deliciosamente asada, rellena de hierbas y cebollas, unos cuantos pastelillos de cebada que recubrió con miel y dos pasteles. Bebió del excelente vino que le había proporcionado Hilel, después de sumergirlo durante un rato en el agua del remanso. Era como estar sentado en el centro de un espejismo rodeado por una tierra salvaje y desolada y las pedregosas montañas humeando a dstancia. No se divisaba ser viviente alguno, un profundo silencio se extendía sobre la tierra y las montañas. Le invadió un bienestar soñoliento y sin dejarse dominar por él se levantó y ágilmente volvió a montar su caballo.

Tuvo cuidado en seguir la carretera que bordeaba Jericó, pero pudo contemplar la ciudad desde lejos, abigarrada, con sus casas de dos pisos entremezcladas con grupos de cipreses, reverberando en el calor y llegó hasta él la algarabía distante de sus gentes.

A partir de allí, empezó a encontrar rebaños de ovejas, paciendo la escasa hierba, pastores de rostros sombríos, cabras guardadas por sudorosos y ruidosos chiquillos.

Hilel le había hablado de una posada junto al río Jordán y dirigió su caballo hacia allí. La noche se acercaba. Imperceptiblemente la tierra cobraba un aspecto más fértil. Sobre algún monte había terrazas con hierba verde, palmeras, olivos e incluso algunos árboles frutales. El aire cálido y seco se llenaba con la fragancia de los viñedos. Ascendió un desolado monte; a su alrededor las piedras rodaban estruendosamente. Alcanzó la cima, a sus pies discurría el estrecho y retorcido Jordán de intenso color verde bordeado de sauces y altos árboles que proyectaban sombras acogedoras. Sintiendo la proximidad del agua el caballo descendió a galope.

Cuando llegó a las elevadas orillas del río desmontó; hombre y caballo descendieron resbalando sobre la cálida y húmeda tierra hasta el agua. El caballo bebió ansiosamente; Lucano se bañó la cabeza, manos y rostro. Sobre las aguas esmeraldas del río parecía reposar una dulce fertilidad que se torcía en una curva aguda en la distancia. Cerca de sus orillas se alzaban pequeñas granjas, cuyas blancas casas se destacaban claramente en el solo quedaban protegidas bajo la sombra de cipreses y otros árboles. Desde aquel lugar las montañas presentaban un aspecto menos fatídico y terrible.

Una niña de grandes ojos negros que conducía una manada de patos se le acercó mirándole inquisitiva. Lucano saludó a la pequeña con amabilidad; ella vaciló, luego contestó en arameo con el acento de los samaritanos. Él le hizo un gesto para que se acercase deseando ofrecerla un dulce de su cesto, pero la niña no se movió. Le creyó de Judea y los samaritanos estaban reñidos con los judíos; considerándoles demasiado cultos, superiores y haciéndoles malas pasadas durante las festividades, tales como encender fuego en los montes para confundir a los sacerdotes. La pequeña se echó de pronto a reír, le sacó la lengua y se fue corriendo seguida por los gansos que alborotaban tras ella.

Lucano montó de nuevo siguiendo las tortuosidades increíbles del río, refrescando sus sentidos en la contemplación de las pequeñas granjas desdibujadas en el crepúsculo. Escuchando el mugir del ganado y las ovejas, el parloteo de innumerables pájaros de brillantes colores cobijados en los verdes árboles, los dorados campos de trigo, centeno y cebada y las pequeñas casas cuadradas y blancas rodeadas de alegres jardines. Y las mil tonalidades de las vertientes de las montañas parecían gigantescas alfombras persas.

La luz declinaba rápidamente, un dorado tono de oro discurría entre las orillas del río cambiando su color; el cielo se convirtió en escarlata y jade sobre las montañas y el aire fresco.

Lucano encontró la posada cerca del río. Tenía un patio empedrado de brillantes piedras negras; era pequeña pero limpia, y el posadero le saludó con placer, dándose cuenta de la estampa de su caballo. Ni siquiera su arameo sin acento le sorprendió, haciendo estremecer su corazón de samaritano. No albergaba con frecuencia a viajeros con caballos como aquél y los modales de su huésped, aseguraron al posadero que no era un hombre pobre. Se sintió tan complacido de tener un visitante que decidió no cobrarle más del triple del precio regular de comida y hospedaje. Le introdujo en una pequeña y limpia habitación que daba sobre el río asegurándole que encontraría una cama cómoda y libre de pulgas o piojos. Lucano miró el desnudo suelo de madera blanca y asintió.

Estaba cansado y se sentó sobre el lecho bostezando. Llenaban la posada voces roncas de hombres y estrepitosas risas. Los caballos pateaban en el establo, el sonido de pisadas retumbaba sobre las piedras del patio, una muchacha de servicio reía alegremente. A través de las toscas cortinas que cubrían la pequeña ventana, ascendía inundando la habitación un perfume de tierra fértil, uvas y abono, acompañado por el excelente olor de carne asada, pan en el horno, y un fuerte y grueso olor de sopa con especies. La criada, sin

llamar a la puerta, trajo a Lucano un jarro de agua caliente, una palangana y una tosca toalla de lienzo marrón. Le dio una moneda y ella se sintió tan sorprendida y encantada que le favoreció con una reverencia examinándole con mayor interés. Su apariencia le gustó, aunque su blanca piel estaba caliente y roja por las quemaduras del sol. Hizo un saludo, le dejó, y bajó a la cocina para hablar del extraño caballero que le había regalado una moneda tan valiosa.

Lucano abrió las cortinas y contempló el cielo escarlata sobre las montañas, oyó la murmurante voz del arcio, que hablaba como a sí mismo deslizándose por entre los árboles y los sauces. Lavó cuidadosamente su rostro, parpadeando, y luego cubrió su carne ardiente con un ungüento. Después descendió la empinada escalera de piedra hasta el comedor común, donde unos diez viajeros estaban ya sentados. El enorme hogar de piedra crepitaba con madera encendida, la carne se cocía lentamente sobre el asador, mientras una muchacha la bañaba con la grasa que escurría de ella. El suelo de la habitación estaba cubierto con una alfombra y las paredes estaban pintadas de blanco. Los demás viajeros quedaron silenciosos al contemplar a Lucano, sus rostros curtidos reflejaban una viva curiosidad mientras trataban de situarle como judío, galileo o samaritano. Habían dejado a un lado sus turbantes y su cabello había sido peinado con descuido, sus ojos brillaban extrañamente por la mezcla de luz procedente de las lámparas y del fuego.

Lucano les saludó atentamente en arameo. Al principio no le contestaron, se encogieron de hombros y sus miradas se cruzaron, luego respondieron con hostilidad. Los galileos eran casi tan rubios como él y también muchos judíos, pero a pesar de su acento perfecto su aspecto no era judío, la mirada de los huéspedes reflejaba desconfianza. Les sonrió pero ellos no le sonrieron a su vez. Pensó ansiosamente en la cartera que tenía en su habitación y sus anillos. Había cerrado la puerta, pero a los ladrones nunca les detenían las cerraduras. Recordó al viejo Cusa y sonrió de nuevo. Los hombres permanecieron callados durante un rato, sintiendo entre ellos la presencia de un extranjero. Se sintieron sorprendidos al examinar sus pobres vestidos, tenía un aire de segura tranquilidad a pesar de la sencillez de sus atuendos. Habían oído ya de su excelente caballo. Era un hombre misterioso, con unos modales principescos y a ellos no les gustaban los misterios.

El silencio se adueñó de lo que había sido antes una mesa vociferante. La sopa era espesa y buena, cargada de especies y hierbas, llena de trozos de carne cocida y harina. Los viajeros comieron en un silencio morboso, mirando de cuando en cuando a Lucano que estaba disfrutando de la comida. Los criados que habían oído de su generosidad, le sirvieron a él primero con deferencia, esperando de su largueza alguna cosa. Recibió los trozos más tiernos de la cabra asada y los pedazos más jugosos del ave cocida. El vino era malo, pero su copa fue continuamente llenada. Su plato era constantemente rellenado con los dátiles más maduros, muchas pequeñas y saladas olivas, y vegetales cocidos. Una de las criadas, con una sonrisa, abrió un higo chumbo y elaboradamente extrajo su suave interior para él a fin de que el misterioso huésped no hiriese su piel con las espinas. Todos los viajeros advirtieron estas preferencias con una mezcla de resentimiento, mayor hostilidad y sospecha. Lucano comió con apetito. Al final de la comida abrió su bolsa y depositó sobre la mesa junto a su plato lo que fue considerado una enorme suma. Los viajeros se estremecieron e intercambiaron significativas miradas.

Uno de ellos, un hombre barbudo y arrogante, con enfurecidos ojos habló rudamente.

— ¿Quién eres tú, señor?

— ¿Yo? —Dijo Lucano sorprendido—, soy un médico, cuyo nombre es Lucano.

— ¿Romano? —la pregunta estaba llena de desprecio.

—No. Griego —Lucano sonrió.

—Hablas arameo muy bien, señor.

—Hablo muchas lenguas —por primera vez Lucano se dio cuenta de la hostilidad.

—Llevas una espada. ¿Es costumbre que los médicos lleven espada?

—Es un país pacífico —añadió otro.

Lucano miró a su espada y luego a los rostros amenazadores.

—Soy un excelente espadachín y el mejor atleta en Alejandría. Nadie le respondió, pero todos se sintieron atraídos por él. Por fin uno de ellos habló, intranquilo ante la azul fijeza en los ojos de Lucano.

—Nosotros somos un pueblo pacífico, nos disgustan las armas.

Lucano se encogió de hombros.

—Duermo con la espada en mi mano —y se levantó.

Tuvo la idea de vagabundear un poco después de la comida. Pero abandonó su idea. Fue a su habitación y la atrancó cuidadosamente, corrió las cortinas, extrajo la espada de su funda y la colocó sobre la cama. De repente se sintió exhausto. Se echó e instantáneamente quedó dormido. La lámpara quedó ardiendo.

Se levantó un poco después del amanecer, y ganó el corazón del hostelero no protestando ante la exagerada factura; el hombre le vio partir con una bendición en alta voz y las muchachas se reunieron en el patio para decirle adiós.

Siguió el río siempre que pudo, pero algunas veces la carretera torcía alejándole de él y se encontraba de nuevo en el desierto durante un corto tiempo. Por allí, muchas de las montañas estaban rotas y tenían el rojizo color de la tierra contra el ardiente y blanco cielo y devolvían el eco del trote de su caballo. Se sintió solo en un mundo de vasta desolación. Algunas veces podía ver las casas sobre las montañas, con algún ciprés polvoriento; entonces se preguntaba cómo sería posible que ningún ser humano viviese en aquel lugar tan amenazador. Cuando la carretera volvía de nuevo al río, brillante, alegre, sentase alegre de nuevo y descendía a sus orillas para bañar sus ardientes brazos y piernas. Al mediodía comió el contenido de un paquete que

halló al fondo de su cesto y bebió algo más de vino mientras jadeaba en medio de un calor insoportable. Trozos de río de color esmeralda ardían entre los árboles. Pero sus manos estaban frescas y limpias.

Atravesó pequeñas poblaciones, los perros le siguieron ladrando y galopando tras su caballo. Se encontraba entonces en la provincia de Decápolis y la gente empezaba a parecer más rubia y alta, de ojos azules o grises, con cabellos y barbas de moreno claro. Cuando pasaba un rebaño de cabras por la carretera, el campesino le miraba, sonriéndole y le saludaba con su cayado. Al atravesar un pueblo, pasó junto a una pequeña casa de un carpintero. El hombre estaba rodeado por sus cuatro hijos y ellos hablaban mientras trabajaban sobre un trozo de madera tosca que desprendía un olor resinoso. Lucano pensó en Jesús y en su padre. Así Él había trabajado, con el martillo, la escarpa y el serrucho, dando forma al sencillo mobiliario del campo. Así le había aconsejado para clavar un clavo torcido. Y se sintió más cerca de Cristo estando cerca de los carpinteros que en Jerusalén o con Juan y Santiago. Una mujer salió de la casa con un jarrón de leche y unas tazas; padre e hijos dejaron de trabajar para beber con fruición. La mujer sostenía el jarro con sus manos, sonriendo a Lucano. ¿Habría aparecido la madre de Cristo así, para refrescar a su hijo y a su esposo?

Debía continuar hasta el mar de Galilea pero el crepúsculo empezó a extenderse sobre la provincia de Galilea. Encontró una pequeña posada precisamente cuando la noche se echó encima. Estaba en el país de Jesús y cuando se envolvió en su manta y miró a su alrededor en aquel lugar pobre, tuvo la sensación de haber llegado a casa.

CAPÍTULO LI

AL seguir adelante la siguiente mañana, Lucano se sintió impresionado por el gran cambio del paisaje y las gentes de Galilea. Pasó a través de una pequeña aldea de pequeñas casas blancas, brillante cual luz cegadora bajo el sol de la mañana, rodeada por fértiles jardines y granjas y más allá de ellas, las montañas tenían su peculiar aspecto de aridez, resaltando sobre un cielo incoloro de ardientes fulgores. Los vestidos de hombres y mujeres que se divisaban al pasar por la carretera o atendiendo al ganado o las ovejas de caras negras, eran allí más alegres, y entre el púrpura oscuro y las ropas negras, vio algunas amarillas, rojas y azules. La gente era más alta que en Decápolis o en Judea y extremadamente rubios, con cabellos dorados o rojos y brillantes ojos azules o grises; su piel era pálida ligeramente sonrosada. Los hombres usaban hoces sobre los cardos y cactus, dispuestos a recobrar tierra para el trigo y los árboles, y a su alrededor brillaba un ambiente sencillo y rústico lleno de amable alegría. Los niños cuidaban de pequeños corderos a la vez que jugueteaban en pequeñas comentes azules que se deslizaban del Jordán y reían al salpicarse en el agua y lanzar piedras al río. Las mujeres se sentaban en los escalones de las casas amamantando a sus hijos, hilando o riñendo a los revoltosos pequeños. Una paz profunda sobre el campo junto con el calor descendía de las montañas.

Lucano abandonó el río para seguir la carretera que ascendía por un monte negro y pedregoso recubierto por pedruscos del mismo tono. Alcanzó la cima y se detuvo para que su caballo respirase, mientras contemplaba el valle y todo lo que le rodeaba. La escena le dejó boquiabierto y asombrado. Era como si hubiese estado laborando trabajosamente sobre una oscura montaña del infierno y se encontrase repentinamente frente al paraíso, inundado por un brillo inefable.

Porque en el fondo de una copa formada por montañas inclinadas, amarillentas con heliotropo, se extendía el mar de Galilea, brillante y con una quietud absoluta, celestialmente azul con oscuras sombras en su plana e incandescente superficie. Allí no solamente reinaba la calma, sino una paz ultraterrena, más que un completo silencio. Incluso mientras él miraba, el valle de las montañas se abrillantó y pareció enroscarse sobre el mar como un pitón protector, con anillos llenos de oro de deslumbrante luz. Las silenciosas y purpúreas sombras sobre el mar se acentuaron sobre la azul extensión.

El río Jordán de un verde esmeralda y rodeado por ricos y fértiles sauces y árboles, sombras y cálida tierra fecunda se retorcía alejándose del mar. Ninguna voz o movimiento rompía la completa quietud aunque sobre la negruzca ladera, campos de olivos y palmeras habían sido plantadas, así como viñas y árboles frutales. El follaje de los olivos tenía el aspecto de plata labrada, las verdes palmeras no se mecían en el aire inmóvil y puro, los granados soportaban sobre sus ramas cual joyas su roja fruta. Las ovejas dormían alrededor de los olivos, su lana parecía pálido oro. No se oía el menor grito de ningún pájaro en medio de aquella refulgencia aureolada. La paz más allá de toda comprensión, la luz que nunca permanecía sobre la tierra o el mar, parecía haber sido apresada allí eterna e inm6vil en un deslumbrante cristal.

Lucano permaneció sobre su caballo como una estatua por largo tiempo, respirando el nítido aire y la encajonada y suspensa paz. Luego vio Tiberías, sobre el borde del agua, una pequeña ciudad construida por Herodes Antipas en honor a Tiberio, maldecida y evitada por los judíos, porque había sido levantada sobre el terreno de un antiguo cementerio que había sido llamado Rakkath. El negro basalto de las montañas había sido usado para construir la fortaleza romana que guardaba la ciudad, y muchas de las casa, aunque aquellas que estaban en el centro eran blancas y azafranadas con brillantes tejados planos.

Lucano pensó: «Esto es lo que Él había conocido, y aquí es donde Él anduvo y enseñó y atrajo a los hombres hasta Él sin preguntar. Conocía este mar turquesa y estas montañas ambarinas sombreadas de violeta.»

Empezó el lento descenso hacia el valle y el mar, por la pequeña y áspera carretera. Había llegado justamente al fondo cuando oyó sonido de cascos. Seis soldados con un centurión galopaban hacia él desde la fortaleza, armados y cubiertos con yelmos y las lanzas de sus manos reflejaban la luz como una llama. El centurión cabalgaba en cabeza y le sonrió

—Saludos al noble Lucano, hijo de Diodoro Cirino —dijo en latín, disfrutando con la sorpresa de Lucano.

Era un hombre escuálido, de mediana edad con un rostro de águila romana y unos ojos duros y una piel bronceada por el sol.

—Soy Aulo, el comandante de la fortaleza.

—Saludos, Aulo —dijo Lucano—, ¿pero cómo supiste que yo llegaba?

—Tu amigo, Hilel ben Hamram, me escribió y me pidió que se te fuese dado todo honor y comodidad.

Lucano, aunque agradecido por la solicitud de Hilel, se sintió un poco violento. Había esperado encontrar una pequeña posada donde permanecer algunos días, meditando en aquel lugar santo, vagabundeando por donde él quisiese y explorando el territorio. Pero no podía elegir, decidió sonreír con gratitud a Aulo que le estaba contemplando. Aulo dijo, y su rostro duro se suavizó:

—Fui un joven subalterno bajo el heroico Diodoro y le amé como un padre, porque era un gran hombre lleno de virtud. Me encanta ahora poder contemplar a su hijo adoptivo.

Los soldados rodearon a Lucano y al centurión y trotaron hacia la pequeña ciudad, llegando a las puertas de la fortaleza. Se introdujeron en ella conduciéndole a un pequeño comedor donde les esperaban refrescos. Aulo ceremoniosamente separó una silla para su huésped. Reinaba una sombra azulada y gran frescura dentro de las negras paredes pétreas.

—No puedo ofrecerte alas de avestruz o las puntiagudas de faisanes, tales como se comen en Roma —dijo Aulo—, pero tenemos un excelente pescado de mar, pan húmedo moreno, un pato, frutas y vino del país —hizo una pausa y un guiño—. ¿Quieres que tomemos primero una copa de este excelente whiskey sirio? Es un portento y hace al hombre olvidar sus cargas.

Lucano pensó que era temprano para whiskey pero aceptó con cortesía. El licor de color ámbar en la copa tenía un gusto acre y ardiente que quemaba la garganta y la lengua. Sin embargo, después de unos cuantos sorbos, se sintió excitado y rió y bromeó con el centurión. Su rostro enrojecido por el sol se puso más rojo, sus ojos azules chispearon, pareció de nuevo joven. Aulo le dijo que había contratado habitaciones para él en la mejor posada de Tiberías, sobre la costa salpicada de basalto que daba al mar, donde estaría cómodo.

—Eres el huésped de Roma —dijo el centurión—. Es bien sabido que estás bajo la protección de César.

Aulo hizo una pausa.

En su carta Hilel había mencionado que Lucano se sentía atraído por el país como viajero y como médico, interesándole la medicina judía y que deseaba visitarlo. Debajo de su firma, Hilel había dibujado un diminuto pez. El sol se reflejaba en los pequeños ojos del centurión, que volvió a llenar la copa de su huésped y simuló hacer lo mismo con la suya. Había observado la misteriosa reserva de Lucano y sabía que no hay mejor que un buen vino para soltar la lengua de un hombre.

Éste alabó el pequeño pez fresco que había sido asado sobre las brasas sintiéndose encantado con el bien guisado pato relleno con hierbas y cebollas: la ensalada, la fruta y el queso eran sencillas pero frescas y de excelente sabor. El profundo silencio azul que les rodeaba y la comida disminuyó algo la normal taciturnidad de Lucano. Miró a Aulo con afecto.

—Nunca había comido una comida tan espléndida —dijo inclinándose hacia atrás en el banco para beber vino y disfrutar de la sensación de total bienestar.

Aulo sonrió; se preguntaba cuál sería la verdadera razón de Lucano para visitar aquel tranquilo lugar. Lucano había sido huésped de Poncio Pilatos, aquel vacilante y acosado patricio. Había comido con Herodes Antipas y sido un protegido de Tiberio. Era rico, el hijo adoptivo de una casa noble. Aulo no creía que estaba haciendo una simple visita turística y que buscase allí algo interesante para la medicina. Podía ocurrir que fuese un poderoso, hermoso espía. Aulo se rascó la barbilla y reflexionó. No solamente tenía que protegerse a sí mismo, sino a varios de sus soldados que le amaban.

Perezosamente Aulo introdujo su dedo en su copa y como si pensase en otra cosa, movió lentamente su húmedo dedo sobre la mesa y dibujó un tosco pez. Luego miró rápidamente a Lucano con sus agudos y penetrantes ojos negros. Lucano vio la húmeda imagen dibujada con vino. Sorprendido su rostro cambió dulcificándose; devolvió la mirada de Aulo y luego deliberadamente mojó su propio dedo y trazó la misma imagen. Aulo extrañado y suspicaz: frunció el ceño. Luego dijo:

— ¿Han vuelto las cosas a la normalidad en Jerusalén? Creo que hubo allí ciertos desórdenes desde la muerte de aquel galileo, Jesús.

Lucano miró a la pared pensativamente. Él también se sentía suspicaz. Luego abrió su bolso y extrajo sus anillos poniéndolos en los dedos. Los anillos reverberaron en la fría penumbra del pequeño comedor, y Aulo los miró con admiración.

—Este anillo me fue dado por César, cuando yo era joven. Nunca lo había usado hasta hace tres meses, cuando se lo di a Poncio Pilatos para que lo enviase al César. —Se detuvo un momento—. Pilatos había proscrito a los cristianos que son hombres inocentes. Le pedí que la proscripción fuese suprimida y así fue. ¿Has oído de la supresión de aquella proscripción?

—Sí —dijo Aulo. Cruzó sus fuertes brazos sobre la mesa y sus ojos se encontraron directamente con los de Lucano—. No sabía que tú habías sido la causa de ello. —Lucano miró hacia abajo a los dos dibujos de los peces que se habían secado dejando su huella roja sobre la madera—. ¿Puedo preguntar por qué lo hiciste?

Pero Lucano dijo:

— ¿Cuando Jesús estuvo en Galilea, le oíste tú personalmente?

—Le oí. .

El rostro del centurión era inescrutable.

—Yo le oí cuando era niño, el día que nació.

Y le contó brevemente lo que había conocido observándole detenidamente mientras hablaba. El rostro de Aulo cambió lentamente y la exaltación empezó a brillar en sus ojos. Cuando hubo terminado, Lucano le mostró la cruz de oro que colgaba de una cadena alrededor de su cuello, Aulo se mantuvo silencioso durante algún tiempo, luego susurró:

—Que la paz sea contigo, Lucano.

—Y contigo, Aulo.

Viendo la expresión de Lucano supo que no tenía necesidad de temer por más tiempo. Se levantó e hizo un gesto indicándole que le siguiese, salieron a la luz deslumbrante. Aulo señaló un monte no lejano sobre el que se alzaba una pobre sinagoga hecha de basalto y rojas tejas en el plano techo. Con las puertas pintadas de blanco.

—Allí habló Él con frecuencia. Yo, por supuesto, no podía entrar, pero escuchaba desde la puerta. Él, seguido por sus discípulos, permanecía de pie sobre la cuesta y hablaba a la gente. En cierta ocasión estaba sobre el monte abierto; yo permanecí entre la gente, los pobres hombres y mujeres de la región, y le escuché.

—Te digo, Lucano, que era imposible escucharle sin sentir el corazón emocionado. ¿Quién es Él?, me pregunté. ¿Qué dioses hablaron nunca como Aquél? ¿Nuestros venales caprichosos y crueles dioses? ¿Qué esperanza, paz, gozo o promesa trajeron jamás a los hombres, en su corrupción, y en el hundimiento de sus propios placeres divinos? Pero aquél hombre habló de la bondad de Dios, de su misericordia, del amor por sus hijos, de su incansable cuidado, de su vida eterna y bendita; de la piedad de Dios y de su deseo que el hombre fuese hacia Él, no solamente para alabarle y postrarse ante Él temeroso, sino para gozarse con Él a través de toda la eternidad, participando de su propia felicidad. ¿Qué clase de hombre era aquél? me preguntaba a mí mismo. ¿Por qué hablaba con tal autoridad como quien trae un mensaje de un gran rey?, ¿por qué el pueblo le escuchaba con tanto gozo y amor, en silencio a fin de no perder una de sus palabras? ¿Por qué una multitud le seguía y permanecía a su alrededor sólo por tocar sus vestidos y mirar su rostro? En brazos de sus madres los niños reían llenos de alegría. Él les sonreía, su rostro resplandecía como el sol. Sin embargo, ¿por qué su apariencia podía estremecer a uno? Usaba los vestidos de un campesino galileo, con pobres sandalias de esparto y carecía de dinero, de esclavos y andaba a pie. Todo en Él era sencillez pero desde el momento que apareció aquí todo se llenó de esta paz que observas. Esta profunda y santa paz que nunca ha abandonado esto. Un día, amigo mío, yo estaba escuchándole mezclado en la multitud, y Él enseñó a la gente una oración que debemos decir.

«Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga tu reino. Danos nuestro pan cotidiano y perdónanos nuestros pecados, porque nosotros también perdonamos a cuantos nos deben, y no nos dejes caer en la tentación.»

—Su voz resonó sobre las montañas como un trueno de verano y el pueblo oró con El. Y cuando terminaron la plegaria, sus ojos repentinamente me encontraron, interrogantes y misericordiosos, me sonrió sobre las cabezas de la gente. Desde aquel momento fui suyo y hubiese muerto por El con gozo. Pero no puedo explicar por qué razón, yo soy romano y El judío galileo y carpintero. Aquel milagro no me ocurrió sólo a mí. Algunos de mis soldados le escucharon también y El tomó sus corazones en sus manos.

Aulo suspiró.

—Fui transformado. El mundo de Roma dejó de ser importante para mí. Mis ansiedades y preocupaciones desaparecieron. Quedé en paz, lleno de gozo. La tierra ya no estaba poblada de enemigos sino de amigos. Sólo tenía el deseo de reformarme a mí mismo a fin de ser digno de yacer a sus pies y contemplarle para siempre. ¿Cómo puede esto ser explicado? Uno ha del experimentarlo por sí mismo. Pero puedo decir esto: Ha dado, reflejado, su propia luz en todas las cosas. A mis ojos nunca había sido tan intenso el plateado brillo de la luna, ni tan radiante el sol. Los hombres, para mí, dejaron de pertenecer a clases; uno no debía de honrar a los hombres por la simple posición o riqueza sino por su virtud. Más aún, todos los hombres son mis hermanos, incluso los más bajos. Algunas veces me pregunto: ¿Pero eres romano, el dueño del mundo? Y esto no significa ya nada para mí. De nuevo me recuerdo a mi mismo: Poseemos la dirección de toda la tierra. Y una voz en mi alma responde: La nación que busca la dirección de la tierra está condenada a morir, porque es una nación mala, sin que importen sus suaves pretensiones; los hombres que buscan la dirección sólo para dominar y esclavizar a todos los demás.

Contemplaron el escenario que les rodeaba. La luz había cambiado. Las montañas, al morir el día, se bañaban en las diversas tonalidades de un púrpura profundo.

El cielo tenía el brillo del enamel y el mar había adquirido el color del agua marina rayada con cobalto. Lucano percibió toda su emanación espiritual profunda, vasta e incambiable como si invisibles seres celestiales se inclinasen sobre ellos cubriendo con sus alas el sol.

—Un día —dijo Aulo en voz baja—, trajeron bastantes leprosos, hombres, mujeres y niños llorosos, pidiéndole misericordia; el pueblo se le alejó con temor. Pero El les tocó poniendo sus manos sobre ellos y fueron curados instantáneamente; llenó se de gozo la gran multitud y los que anteriormente habían estado afligidos por la enfermedad cayeron a sus pies y le besaron. Lo vi con mis propios ojos, debes creerme.

—Te creo —dijo Lucano amablemente.

Aquella tarde Lucano escribió todo cuanto el centurión le había contado durante aquellas largas horas, todas las palabras que Cristo había pronunciado en Galilea, todas las cosas gloriosas que Él había dicho y hecho. Lucano recordó la piedra que había sido quitada mis misteriosamente del sepulcro donde Él había yacido después de su crucifixión, y como aquella piedra había sido removida, no por manos humanas. La piedra que había cerrado un corazón muerto sólo podía ser movida por el amor de Dios, y así volver de nuevo a la vida el corazón.

— ¡Hazme digno de escribir de ti, de seguirte y concédeme tu gracia, oh, Padre! —rogó humildemente.

Cuando Herodes había construido Tiberias en honor de Tiberio, los judíos no entraban en aquel lugar despreciado. Pero Herodes había hecho coger a muchos galileos obligándoles a servir en las casas de la ciudad. Eran los desgraciados que habían visto, conocido y amado a Jesús, igual que aquellos de Canaan, Magdala y Cafarnaun, ciudades cerca del mar. Qué alivio y gozo trajo sin duda a aquellas pobres y trabajadas vidas. Había hecho el destino soportable a aquellos que batallaban con el negro y tostado suelo, moviendo las sombrías piedras de la región, los cuales eran oprimidos por los romanos y por sus propios dueños.

La posada a la que Aulo llevó a Lucano era muy grande y agradable, y el posadero era un hombre amable que se sentía orgulloso de su sencilla mesa y de la limpieza sus habitaciones. El edificio se alzaba sobre la orilla del mar, salpica de negras piedras de basalto que rodaban hasta el agua azul en suave desnivel. Grandes sauces de blancuzcos troncos se inclinaban sobre las pequeñas y desmayadas olas. Una terraza se extendía ante él. Se sentó en una silla. A su alrededor los otros huéspedes bebían y comían en pequeñas mesas; reinaba la ansiedad en su voz y en sus gestos. Muchos eran mercaderes. Se sintió complacido cuando se levantaron y entraron en fonda para la comida de la tarde. Podía contemplar con tranquilidad las montañas cuyo tono púrpura era cada vez más intenso reflejando inmóviles destellos en el mar. Momento tras momento la escena se hizo más silenciosa, más grande, más inminente. Oscurecido el cielo hasta convertirse en un violeta intenso, el agua cambió. El sol abandonó la tierra, una luna creciente, deslumbrante y blanca, se alzó detrás un monte, reflejando su imagen en el agua, y las estrellas danzaban no sólo en el cielo sino sobre el mar. Desde una pequeña sinagoga del monte llegó hasta Lucano el cántico de oraciones, intensificado por la serenidad del ambiente. Dios había visto y oído todo aquello. Había rezado en aquella pequeña sinagoga, había contemplado aquella misma luna, aquel agua color jacinto reverberando con las estrellas, aquellos sauces y los negros cipreses, aquellos matorrales y sus amarillas flores parecidas al lirio, aquellos ganados cerca del río color jade, aquellas palmeras y olivos rodeando Tiberias, aquel valle gentil.

—Bendito soy yo, a quien Tú has dado vida suficiente para conocerte —dijo Lucano en su corazón—. No soy indigno, ten misericordia de mí, pobre pecador.

CAPÍTULO LII

LUCANO permaneció en Tiberias sólo unos cuantos días. Durante aquel tiempo vagabundeó por las montañas y la sinagoga y escuchó las oraciones de la gente en su interior. Estuvo en pie donde Cristo había permanecido y miró hacia el mar de Galilea, siempre cambiante, intensamente azul y tranquilo. Luego partió hacia Nazaret, buscando a María. Ansiaba a ver a la que había llevado a Dios en sus entrañas y le había nutrido y mimado sobre su regazo, le había llevado a los maestros al templo y, amándole sobre todas las cosas, le había visto expiar con la muerte horrible de un asesino. La reverenciaba en su corazón y mientras se dirigía hacia ella lleno de alegría, pensaba: «Bendita seas sobre todas las mujeres de todas las generaciones.»

Aulo se separó de él con tristeza.

—Si no nos encontramos de nuevo en la tierra, entonces nos reuniremos en el cielo —dijo abrazando a Lucano.

A medida que su caballo ascendía la pedregosa colina, Lucano miró tras sí al mar y pensó que sólo en el Paraíso podría encontrar de nuevo un lugar de tan vasta tranquilidad azul, de tan sonriente calma. Al alcanzar la cima del monte contempló en la distancia, rodeado por el marrón claro de las colinas salpicadas de trozos verdes y blancas piedras rotas, Nazareth. Sus casas de planos techos brillaban al sol sombreadas por escasos y anchos árboles; en el cielo despejado y caluroso destacaban las sombras oscuras del ciprés. La pequeña población estaba como colgada allí, en una eternidad, como para no ser nunca movida o perdida. Más allá de la población las distantes montañas ascendían una sobre otra en pliegues oscuros, como una barrera. Oleadas de calor relumbraban sobre la grandiosa escena, dándole una apariencia ultraterrena. Lucano descendió del monte hasta un pequeño valle salpicado de gruesos pedruscos de basalto negro, entre los que crecía una hierba escasa y blanqueada por el sol. Allí pacían las ovejas guardadas por pastores sentados sobre cantos. Los hombres con las cabezas cubiertas por telas medio colgadas sobre sus curtidos rostros contemplaban con curiosidad a Lucano. Les saludaba al pasar, ellos le devolvían el saludo, llenos de curiosidad. Él les miraba y pensaba: ellos le conocieron, le vieron y hablaron con Él. Quizá muchos jugaron con Él en su niñez.

A medida que avanzaba por el monte hacia Nazareth una gran excitación se apoderó de él. El sol le hacía sudar y las gotas le caían dentro de sus ojos. Nubes de un polvo caluroso y blanco le envolvían asfixiándole, forzándole a toser. Pero mantuvo sus ojos en Nazareth y ansiando una sombra espoleó su caballo. Las montañas devolvieron en el eco de las pisadas del cuadrúpedo, sus tropezones y el sonido de las piedras que rodaban a su paso. Finalmente, llegó a las afueras de Nazareth, una empinada calle estrecha, envuelta en polvo, tórrida, con niños que jugaban y bordeada con pequeños bazares donde se vendía cordero asado, carnero, salchichas y vino barato, utensilios de cocina, sandalias y vestidos multicolores. Después del silencio de las montañas, el clamor de allí era casi un alivio para Lucano. Cabalgó a través de las estrechas callejuelas cubiertas de una sombra purpúrea ocasionalmente proyectada por un roble, un árbol de caoba, un pino o un ciprés, una acacia o un grupo de polvorientas palmeras datileras. En el centro de una redonda y empedrada plaza, hecha del abundante basalto que se encontraba en la región, había un pozo y unas muchachas que charlaban y llenaban sus jarros; las poleas del pozo crujían derramando brillantes gotas en el sol. Las doncellas miraron a Lucano, abrieron asombradas sus ojos azules, grises o ligeramente marrones, le examinaban bajo los pañuelos multicolores de su cabeza. Era un lugar pobre. Allí no había casas buenas ni jardines con puentes, ni paredes altas cubiertas de flores rojas o de color clavel, ni literas, ni carros, ni figuras de hombres y mujeres bien vestidos. Tras algunas de las casas crecían pequeñas plantas, o las parras colgaban de los pórticos. Todas las calles resonaban llenas con ladridos de los perros y rebuznos de los burros, estos últimos cargados, mejor abarrotados, con los productos de las tiendas. Se detuvo en el pozo y preguntó a las muchachas si le podían decir donde estaba la casa de María, la madre de Jesús.

Las muchachas contemplaron la alta y rubia figura sobre su excelente caballo negro y su porte les hizo adoptar una actitud tímida y hostil; titubearon mirándose unas a otras. Luego una, sin decir ni una palabra, señaló a una calle que partía de la plaza. Lucano siguió adelante, dejando que las muchachas hablasen excitadamente. En aquella calle situada al final de la aldea y aún más pobre que las demás sólo se alzaban algunas casas. Estas eran extremadamente bajas, con cortas escaleras que conducían a las terrazas planas donde la gente buscando el frescor del atardecer, se reunía después de la puesta del sol. A través de las puertas abiertas, Lucano podía ver los escalones por los que descendían durante el calor del día y donde tomaban sus comidas.

Detuvo su caballo y miró a su alrededor con vacilación. El caballo se movió impacientemente, espantado con cabeza y cola a las pesadas moscas. Con la cegadora luz del mediodía la pequeña y empinada calle tenía un aire infinitamente desolado, el polvo planeaba sobre ella. Nadie la transitaba. Lucano eligió la casa más cercana, desmontó y se acercó a la puerta mirando al interior de los escalones que conducían a las habitaciones inferiores de los sótanos. Había unos pocos, muy pobres, muebles, en una pequeña habitación al final de los escalones; una silla o dos, un banco y una mesa. Las paredes estaban encalanadas y brillaban con reflejos del sol exterior. Del sótano inferior llegó el agradable sonido de agua corriente. Lucano llamó, y al no recibir respuesta, penetró a través de la estrecha puerta y miró hacia abajo. Pudo ver un pozo en el suelo empedrado de la cueva, algunos cacharros de hierro, una chimenea blanca. Llamó de nuevo y entonces oyó el roce de vestidos y una mujer apareció en el fondo mirándole silenciosamente.

—Busco a María, la madre de Jesús —dijo—, he recorrido un largo camino por venir a hablar con ella.

Sin decir una palabra subió los peldaños. Vio por el reflejo de la luz que era joven y delgada, sus ropas eran baratas, un sencillo vestido azul y un pañuelo blanco anudado en la cabeza; mientras ascendía los escalones pudo ver su rostro, era extremadamente hermosa, suavemente pálida, poseía una elegante barbilla y una nariz delicada y pálidos labios rojos; tenía los ojos azules más encantadores que él había visto. Un rizo de dorado cabello se escapaba rebelde de su tocado. Tenía el aspecto y la esbeltez de una muchacha joven, sus pies estaban desnudos y eran blancos.

Luego ella permaneció junto a él y con simple dignidad dijo:

—Soy yo.

Lucano se sintió asombrado. Por lo que había oído, María debía tener ahora unos 48 años, sin embargo tenía el aspecto de la juventud y de una joven princesa patricia infinitamente dulce. Ninguna arruga estropeaba su piel. Sonrió intuitivamente a Lucano; sus pequeños dientes parecían pequeñas y perfectas perlas. Sin embargo a medida que él miraba un sutil cambio apareció en ella, pareció más vieja, más llena de tristeza y pesadumbre, un poco inclinada. Pero de nuevo, misteriosamente fue joven, esbelta, tranquila como una estatua de serena sosegada frente.

Sin comprender porqué, Lucano empezó a temblar. Se sintió sofocado, lleno de reverencia y amor. Deseó arrodillarse a sus pies y besar sus manos gastadas por el trabajo. Ella le miró sin curiosidad y sus ojos azules parecieron penetrar hasta lo más profundo de su ser.

—Soy Lucano, un médico griego —murmuró—. He recorrido un largo camino para verte, porque amo y sirvo a Tu hijo, aunque nunca le vi, excepto en mis sueños.

Sin sorprenderse, ella le dirigió una dulce sonrisa, le habló. Su voz era cálida y suave cual sonido de arpa.

—Sentémonos tras la casa, en la sombra, Lucano —dijo.

Y le mostró el camino tras la casa a un banco arrimado contra la pared. Todos sus movimientos estaban llenos de gracia, tan suaves como un velo, y una noble aristocracia emanaba de ella. Se sentaron uno junto a otro y la mirada soñadora de María se perdió en la distancia. De pronto a Lucano le inundó la certeza de que ella sabía su vida, sus pensamientos, todo cuanto a él se refería. Pero no podía decir de qué forma lo había averiguado.

Tres o cuatro cabras mordisqueaban ávidamente pequeños cardos y blanqueadas hierbas. Algunas aves picoteaban en el fondo, y más allá las viñas, enrollándose sobre estacas, llenaban el cálido y seco aire con su perfume. María se sentó con sus manos dobladas sobre sus rodillas y su perfil era encantador y exquisitamente tranquilo.

Lucano empezó a hablar. Le explicó su vida. Habló de su maestro, de Diodoro, de su madre, de sus estudios. Le confió su honda amargura y su larga búsqueda. Le contó las historias que había oído de Jesús y su visita a Santiago y a Juan. Ella, de momento, no le interrumpió; su perfil emanaba una dulzura y suavidad que provenían de sus recuerdos. La pequeña sombra azul se alargó, una cabra llegó hasta María y puso la cabeza en sus rodillas con un gesto cariñoso; las gallinas picoteaban a sus pies. En la distancia los pálidos montes adquirieron un tono dorado oscuro bajo el sol.

Al terminar su historia, Lucano quedó en silencio. Miró el perfil de María y en él recordó todos los rasgos de las mujeres que había amado. Su madre Iris, Rubria y Sara. Su serenidad le invadió y sintióse lleno de paz. Olvidó que sólo era una pobre mujer galilea, la viuda de un pobre carpintero. Tenía en sus menos todos los siglos, era una reina entre las mujeres. Y de nuevo aquel misterioso cambio apareció imperceptible sobre sus facciones, convirtiendo en un segundo a la muchacha casi niña, virgen pura e intocada por nada, en una mujer de aspecto dolorido y viejo.

—Quieres saber de mí —dijo al final muy suavemente—, y de mi hijo. Yo te contaré pero antes debes tomar algo —añadió con ternura maternal.

Se levantó y dirigiéndose a las parras arrancó dos racimos de uvas que ofreció a Lucano. Eran grandes y redondas de un rojo ambarino y púrpura, brillando como joyas; él las tomó de sus manos y comenzó a comer. El jugo era cálido y dulce, la miró agradecido, era como si le hubiese dado la vida con aquella fruta. María se sentó otra vez, su rostro brillaba en la penumbra, le sonrió. Luego empezó a hablar, el cálido ambiente que les rodeaba quedó lleno por la musicalidad de su voz. Habló de su prima Isabel, cuyo esposo, Zacarías, era sacerdote. No tenían hijos, lo cual les llenaba de tristeza. Vivían en una pequeña población de Judea y sentían gran predilección por la joven María, que entonces tenía 14 años. Cuando iba, junto con sus padres, a Jerusalén para las fiestas santas ella les visitaba a menudo y ellos les acompañaban el resto del viaje. También y siempre con sus padres, venía su desposado esposo, un carpintero llamado José, que era hombre bueno y amable.

Un día, mientras Zacarías oficiaba como sacerdote en el templo de su pequeña ciudad, un ángel apareció ante él cerca del altar mientras quemaba incienso, sólo en el lugar del sacerdote. La gente esperaba fuera del recinto, orando en aquella hora. Zacarías al ver al ángel se sintió muy turbado y lleno de temor pero el ángel le dijo:

—No temas, Zacarías porque tu ruego ha sido oído y tu esposa Isabel tendrá un hijo al que llamaréis Juan. Tendréis el gozo y la alegría y muchos se alegrarán en su nacimiento. Porque Él será grande ante el Señor. No beberá vino ni bebidas fuertes, y será lleno del Espíritu Santo, incluso en el seno de su madre, y él traerá al Señor su Dios a muchos de los hijos del Señor. Y él acudirá ante su presencia con el espíritu y el poder de Elías para volver el corazón de los padres a sus hijos y de los incrédulos a la sabiduría de los justos para preparar para el Señor un pueblo perfecto.

Pero Zacarías replicó en voz alta:

— ¿Cómo sabré yo esto? Soy un hombre viejo y mi esposa de edad avanzada.

—El ángel entonces le respondió: «Yo soy Gabriel, que permanezco en la presencia de Dios, y Él me ha enviado para hablarte y para traerte estas buenas nuevas.»

Entonces Gabriel pareció enfadado por la duda de Zacarías y exclamó:

—Te quedarás mudo e incapaz de hablar hasta el día en que estas cosas ocurran, porque no has creído mis palabras que serán cumplidas a su debido tiempo.

El ángel permaneció allí unos segundos, palpitante, lleno de luz, dobladas sus poderosas alas. Luego desapareció y Zacarías quedó solo ante el humeante altar y su espíritu quedó lleno de temor y asombro.

Cuando salió del recinto no pudo hablar y las lágrimas rodaban por sus viejas mejillas y el pueblo supo que había tenido una visión.

—Las visiones no eran raras para aquellas sencillas y piadosas gentes; leyendas, apariciones de ángeles y portentos, circulaban en sus conversaciones. Interrogaron excitadamente a Zacarías, pero él sólo pudo hacer gestos mudos y nerviosos.

—Zacarías era un hombre pobre, a pesar de ser sacerdote, y volvió a su pobre y miserable casa, miró a su esposa llorando silenciosamente. Posteriormente, para su gran y casi increíble gozo, ella, en su ancianidad, concibió, y se escondió durante cinco meses diciendo:

—«Así me ha tratado el Señor en los días cuando Él decidió librarme de mi vergüenza ante los hombres.»

María hizo una pausa y miró a Lucano; sus azules ojos llenos de lágrimas brillaban sonrientes. Era como si de nuevo se gozase en las cosas de su prima Elizabeth, en aquel milagro recordando sus palabras de ternura y compasión.

Se acercaba el tiempo de su propia boda con José, con quien estaba desposada, y al que amaba. Tenía catorce años y estaba preparada para el matrimonio, pero algunas veces se sentía turbada preguntándose si ella podría ser una buena esposa para aquel hombre amable. Era única hija de sus padres que la habían mimado cariñosamente y le habían legado todo cuanto habían poseído con devoción y amor. Su madre le había ahorrado mucho trabajo, ella no tenía los mismos conocimientos de esposa y ama de casa que las otras

muchachas. Podía hilar, coser y guisar con sencillez; también cultivar un jardín de una forma discreta. Sus padres se habían preocupado de su piedad más que de sus humildes deberes, porque eran muy devotos del Señor su Dios al que tenían en sus corazones y de quien hablaban siempre. El rostro de María cambió mientras hablaba; miró al cielo con tranquilo éxtasis. Desde que era una niña, apenas capaz de andar, había conocido y amado a Dios. Él había llenado su vida como el sol. Ella le había hablado cuando permanecía echada sobre su camastro; su corazón se había gozado en Él con fe apasionada y santa alegría. Apenas podía pensar en otra cosa que en Él. Toda su vida estaba absorbida en adoración. Los árboles y la tierra le hablaban de Él. Él estaba en todas las primaveras, en cada flor; su presencia brillaba desde el cielo en los corazones de las frutas. Ella veía su sombra en la noche cuando había luna nueva. Pensaba, respiraba y vivía en Él. Algunas veces su alma se llenaba de insufrible exaltación y tenía que alejarse de sus padres, amigos y parientes para meditar acerca de Él. Todas las piedras, árboles, estrellas, poseían un nimbo de oro, porque Él estaba allí. A menudo no podía evitar el llorar sin saber por qué, y su corazón se estremecía. Su espíritu se ensanchaba y expandía; sólo deseaba servirle y emplear su vida pensando en Él.

Sabía muy poco de los deberes de la casa. Algunas veces su madre la reprochaba suavemente y luego se reprochaba a sí misma por no haber sido mejor maestra para aquella muchacha tan joven. Finalmente María se sintió también turbada pensando en la bondad de José, preguntándose si ella podría ser, como se esperaba, una buena matrona judía, cuidando de la casa, observando todos los detalles meticulosos de las leyes sanitarias y dietéticas, y siendo la honra de su hogar.

Así un atardecer, ascendió por la escalera hasta la terraza de la casa donde había nacido para rogar al Señor su Dios y pedirle su consuelo y su luz. El sol tenía el color de las ciruelas maduras; el calor de la pequeña ciudad había desaparecido y bajo las estrellas reinaba la paz. Una gran luna de oro relumbraba sobre todas las cosas, reflejando su amarillenta luz sobre paredes y árboles, trazando intrincados dibujos de oro el suelo. Un suave viento soplaba desde las montañas; el aire estaba lleno del perfume del jazmín. María, ante aquellas cosas, se asombró porque el tiempo había sido caluroso y marchitado las flores. Después la brisa quedó llena de perfumes de lirios y rosas, elevándose como incienso. Aumentó el brillo de la luna. Las montañas quedaron bañadas por una luz cobriza y con el oro de su reflejo temblaron los tejados a su alrededor. Ella no supo porqué pero contuvo su respiración estremeciéndose.

Momento tras momento el aire se hizo más transparente bajo la luna. María permaneció en pie, con sus manos unidas, orando inocentemente. Un sentimiento de portento la invadió. A causa de su intenso gozo podía haber llorado en voz alta. Volvió la cabeza; un poderoso ángel, más brillante que la luna, permanecía junto a ella; sus blancas vestiduras deslumbraban con rayos de luz, las recogidas alas desprendían plateadas chispas, su rostro era más hermoso que el de ningún mortal. El corazón de María titubeó, con una mezcla de temor y veneración; sus labios quedaron helados. Pensó que se desmayaría allí mismo. Hizo un movimiento para cubrirse el rostro con las manos, porque del ángel surgía un insoportable esplendor. Luego Él doblando, reverente, sus manos llenas de luz, dijo muy suavemente:

«Salve llena de gracia. El Señor es contigo. Bendita tú entre todas las mujeres.»

Las manos de María quedaron paralizadas en el aire a causa de aquel saludo. Notó la turbación de todo su cuerpo. ¿Qué significaban aquellas palabras? Contuvo la respiración. Por fin pudo respirar con un sollozo alto y seco. Era muy joven, había soñado con los ángeles y ahora uno de ellos permanecía ante su presencia; se sintió llena de terror. Pero el ángel dijo, con dulzura:

«No temas, María, porque has encontrado gracia cerca del Señor. He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz a un hijo, al cual pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David. Y Él será rey sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin.»

María, aquella joven muchacha, no pudo hablar. Miró vagamente, con asombro a su alrededor. Se le ocurrió que aquello era un sueño y que sus meditaciones lo habían inspirado. Pero la pequeña ciudad, color naranja, yacía a sus pies y la fragancia de las flores llenaba sus sentidos. Notaba la tosca superficie bajo sus pies; un viento ligerísimo acariciaba su rostro. No soñaba; mirando de reojo podía ver la palpitante presencia cerca de ella, su corazón se estremeció. Pensó en sus palabras. Concebiría en su seno y daría a luz un hijo… Su cabeza moviese lentamente en humilde negación.

«Cómo ocurrirá esto, si no conozco a ningún hombre —aventuró.»

El ángel sonrió y su sonrisa fue como el repentino brillar del sol. María involuntariamente retrocedió, cerrando sus ojos.

«El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del supremo te hará sombra y he aquí que el Santo de los Santos nacerá y será llamado Hijo de Dios.»

María humedeció sus secos labios. Pensó en las profecías del Mesías, alzó sus pequeñas manos y las miró con profunda excitación, vio las señales del trabajo sobre ellas, vio la tosca tela de sus vestiduras, recordó que sólo era una muchacha de 14 años, la hija de un campesino de Galilea. ¿Cómo podía ser que una como ella fuese la elegida y no una princesa de Israel rodeada de trompetas, columnas de mármol, fuentes perfumadas y criados? Su confundida mente lucho con estas reflexiones. Miró al ángel y se preguntó débilmente por qué la miraba, con tal reverencia, a ella, una muchacha ignorante y sin importancia, y porqué mantenía sus manos unidas como ante una reina. Las lágrimas brotaron de sus ojos. El ángel inclinó la cabeza como ante la presencia de la Majestad.

«He aquí, Isabel, tu prima, ha concebido un hijo a su edad, anciana y ella, que fue llamada estéril, está ahora en su sexto mes, porque nada es imposible para Dios.»

María reflexionó. Luego fue como si una gran ola de luz la hubiese invadido, llenando todo su ser y todas las cosas de claridad. En voz alta y gozosa exclamó:

«He aquí la sierva del Señor, sea hecho conforme a su palabra.»

El ángel inclinó su rodilla ante ella y antes de que pudiese mirarle desapareció. Pero donde había permanecido quedó una luz como el reflejo de la luna, que se movió y se acercó cual niebla luminosa por algunos momentos hasta que lentamente desapareció. Ella cubrió su rostro con las manos y lloró. No sabía si eran lágrimas de gozo o de temor. Ambos sentimientos se mezclaban en ella. Primero pensó en sus palabras. Descendió la escalera, entrando en la pequeña casa. Joaquín y Ana dormían, podía oír en la oscuridad su respiración. Deseó despertarles y hablarles de la visitación. Sus mejillas se ruborizaron cálidamente. ¿La creerían? ¿Comprenderían? ¿O sonreirían con amabilidad y le dirían como tantas veces le habían dicho, que había soñado? Pensó en José su desposado esposo: Sintió el impulso de correr a su casa con la extraña revelación. Luego todo su espíritu se concentró. Se apoyó en la oscura pared y reflexionó. Debía ir junto a Isabel al instante, aquella vieja prima, tan extrañamente encinta, debía ser la primera en saberlo. Con paso alado María se deslizó silenciosamente atravesando la habitación de sus padres y se refugió en la suya. Allí les escribió brevemente, diciéndoles que iba al instante a casa de Isabel y que no temieran por ella pues volvería con seguridad.

Sola a través de la silenciosa ciudad, donde todos dormían excepto ella, partió a pie para su largo camino, sin vacilación sintiéndose guardada y protegida. Nunca había andado durante la noche a no ser acompañada. Pero las pequeñas calles brillaban llenas de amarillenta, luz. Podía ver con claridad las cimas de los cipreses resaltando bajo la claridad de la luna y el sólo movimiento de una sombra estremecida se proyectaba sobre el suave y aterciopelado polvo. Se sintió inundada de paz y seguridad. Ningún perro ladraba a su paso por las oscuras calles.

Rezó, alzando su rostro suave, nimbado de luminosa aureola. Al salir de la ciudad, echó a correr llena de juventud y de fuerza. ¿Cómo encontraría, sin dinero ni comida, el distante camino hasta Ain Karim, en Judea?

Era un largo viaje incluso cuando se hacía a espaldas de los burros. Tan sólo supo que llegaría, que estaba protegida y que ningún mal le ocurriría. Con confianza dejó Nazareth, y tomó la estrecha carretera que conducía al sur llena de puntiagudas piedras que la claridad de la luna agrandaba.

Anduvo incansablemente durante mucho tiempo, sin encontrarse con nadie en el camino. A veces veía a los pastores durmiendo en las laderas de resecas montañas, descansando entre sus ovejas. Atravesó una o dos aldeas, que dormían. Las negras y desoladas colinas parecían presionar al cielo incandescente. Repentinamente sintió sed. Miró a su alrededor, hacia el vasto y silencioso campo. Allí las montañas más cercanas estaban cultivadas; vio campos de olivos que bajo la luna parecían adornados de plata y palmeras meciendo sus ramos en el aire cálido de media noche. Luego oyó el murmullo de una pequeña corriente y la encontró, discurriendo su dorado chorro entre las negras piedras. Entonó una canción para sí misma, se arrodilló en la orilla y bebió con sus manos ansiosamente y fue como si bebiese un vino fortalecedor. Ascendió por el tronco de una joven palmera y alcanzó un racimo de cálidos dátiles maduros con lo que satisfizo su apetito. Continuó su camino, cantando suavemente, sus aniñados pies brillando bajo su pobre vestidura levantaban el polvo tras ella. Algunas veces apenas podía contener su gozo, otras meditaba sencillamente en su corazón. Todas las dudas habían desaparecido; el pulso de su cuerpo palpitaba fuerte y rítmico, era como si hubiese adquirido un nuevo y vigoroso corazón.

Decidió descansar aunque no sentía ningún cansancio. Encontró un grupo de fuertes robles y se echó bajo ellos sobre la hierba e instantáneamente quedó dormida, acurrucada como un niño, con la mejilla apoyada en su mano. Cuando despertó el cielo estaba cubierto de escarlata y perla y las ocres montañas ardían. Encontró agua corriente, bebió y lavó la cara y las manos. Apartándose del camino se dirigió a un grupo de granados; comió sus frutos con apetito. Metió alguno en su bolso para refrescarse posteriormente, luego continuó su camino cantando, entonces en alta voz.

Unas pocas horas después cuando el sol estaba alto, una caravana llegó tras ella; una pobre caravana de uno o dos camellos y asnos cargados con productos de las ciudades. Los hombres de la caravana, tres, tenían los oscuros y salvajes rasgos de las gentes de las montañas de lugares remotos. Sin embargo, uno de ellos, al verla, desmontó al instante y sin hablar la ayudó a subir a su cabalgadura. A ella le pareció aquello muy natural y sencillo; una o dos veces se adormeció. Cuando se despertaba encontraba que la morena mano del hombre la sostenía. Nadie le hizo ninguna pregunta. Cuando la caravana se detenía para descansar, los taciturnos hombres compartían su pan y su vino con ella, tratándola con gran deferencia. Sus inquietos ojos no demostraban curiosidad ni asombro de que aquella muchacha, tan rubia y sonriente, anduviese sola y sin protección. Durmieron sobre la carretera por la noche y extendieron una manta en el suelo para ella. Permaneció echada durante algún tiempo, escuchando las quejas de los camellos arrodillados, el pateo de los burros, el distante ulular de los chacales; un pequeño fuego danzaba en el centro del campamento. Se durmió llena de alegría.

Y así siguió adelante. Algunas veces los hombres sombríos cantaban oraciones y ella, sobre las espaldas del burro, se unía a ellos tímidamente. Otras veces contemplaban su pacífico rostro de niña y le sonreían como padres. Le traían vejigas llenas con agua fresca y dulce. Cogían alguna fruta para ella. Atravesaban entonces un país salvaje y los pocos hombres que encontraron creyeron que era hija de alguno de ellos o de algún pariente.

Por fin llegaron a Ain Karim, la pequeña población, y como si ya lo supiesen, los hombres la ayudaron a bajar del burro. Vacilando, uno de los hombres tocó su cálida mejilla tiernamente con el dorso de su mano; ella deseó darles las gracias pero la saludaron y se alejaron.

Encontró el camino a casa de Zacarías e Isabel; una pobre casa que colgaba de una colina rota entre cipreses y otros árboles. Apenas había amanecido. María llamó a la cerrada puerta y entró. Isabel estaba ya despierta, ocupada en las tareas de la casa, vio a María con gran sorpresa un gran temblor la estremeció; extendió los brazos y lloró en voz alta con una voz extraña.

—Bendita seas tú entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre. ¿Cómo he merecido que la madre de mi Señor venga ante mí?, porque he aquí que en el momento que tu saludo llegó a mis oídos, el niño en mis entrañas saltó con gozo. Bendita es aquella que ha creído, porque las cosas que le han sido prometidas por el Señor serán cumplidas.

Parpadeó, su arrugado rostro habíase transformado, sus ojos ardían. Extendió los brazos a María y ambas se abrazaron, como madre e hija, llenas de compasión, sin preguntas. Se besaron mutuamente murmurando palabras cariñosas con las mejillas juntas. El gozo las inundó. El éxtasis humedeció sus ojos. Luego María se inclinó y separándose de los brazos de su prima la miró alegremente.

En su voz pura e inocente el éxtasis cantó como en una canción: «Mi alma magnífica al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque Él ha mirado la bajeza de su sierva. Y he aquí que desde ahora todas las generaciones me llamarán bendita. Porque Él, que es poderoso, ha realizado grandes cosas en mí y santo es su nombre y su misericordia es de generación en generación para todos y aquellos que le temen. Ha mostrado el poder de su brazo, ha rechazado los orgullosos con el desprecio de su corazón. Ha humillado a los poderosos en sus tronos y ha ensalzado a los humildes. Ha llenado a los hambrientos de buenas cosas y a los ricos les ha enviado vacíos. Ha dado ayuda a Israel, su siervo, que recuerda su misericordia. Incluso mientras habló a nuestros padres, a Abraham y a su posterioridad para siempre.»

Lucano escuchó, inmóvil sobre el banco. La voz de María se había elevado como el desgrane de dulces campanas mientras recordaba aquellos días. Y como había ocurrido entre él y su hermano Prisco se preguntó cuanto había aprendido de las palabras de María y cuanto su vocación mística le proporcionaba, a través de sus ojos y de su hablar.

El rostro de María, mientras miraba al cielo, estaba lleno de un vivo gozo; alzó las manos en tal forma que sus palmas brillaron con luz. Lucano la contempló con amor y asombro; aquella era la mujer que había llevado a Dios bajo su pecho de niña y que le había dado a luz en un establo. Se inclinó hacia ella, que bajó las manos y le miró sonriente. Él pensó que nunca había visto un rostro tan gracioso y noble, ni tan dotado de belleza no terrena. Luego vaciló; después tomó una de sus manos y dijo:

—Feliz yo que he oído estas cosas de tus labios, Señora. No merezco esta felicidad.

La miró con reverencia y pensó: «Ciertamente aquí está ante mí la que carece de pecado, que ha sufrido el mal pero nunca ha sido tocada por él. Ha conocido el dolor pero no la culpa. Ha llorado pero no por las perversiones propias. Ha amado y su amor ha sido tan puro como la luz de la luna. Ha caminado entre el terror y la tristeza, pero no hay sombras en su espíritu ni sus manos están sucias. Bendita entre todas las mujeres.»

—Sólo Dios puede juzgar si eres digno o no de su felicidad —dijo María amablemente—, has sufrido mucho y Él te ha llevado junto a sí.

Las sombras del atardecer se alargaron rápidamente; un cálido y árido viento levantó polvo. Las cabras empezaron a balar. María se levantó y dijo:

—Ordeñaré a estos animales y si quieres puedes beber y comer conmigo.

—Déjame ayudarte —dijo Lucano y ambos se inclinaron sobre el terreno reseco y ordeñaron a las cabras, mientras el cálido líquido humeaba en los recipientes.

Luego María sacó platos de pan y queso, pequeñas aceitunas negras, unos pocos pasteles pequeños que había cocido anteriormente y un plato de madera lleno de fruta; se sentaron en silencio y comieron.

Luego Maria empezó a hablar de nuevo; contó a Lucano como había permanecido con Isabel hasta el nacimiento del pequeño Juan que desde el mismo momento que nació estaba inquieto y como en el mismo instante que Juan emergió del seno de su madre, su padre habló de nuevo.

—Zacarías había levantado sus manos al cielo mientras sus amigos se llegaron hasta él una a uno y besaban su barba felicitándole y el viejo había exclamado en voz alta:

—«Bendito sea el Señor, Rey de Israel, porque Él ha visitado y obrado la redención de su pueblo y ha levantado un cuerno de salud para nosotros en la casa de David, su siervo, como Él lo prometió por boca de sus santos, los profetas antiguos; la salvación de nuestros enemigos y de la mano de aquellos que nos odian para mostrar misericordia a nuestros padres y a los que recuerdan y cumplen su santo pacto; el juramento que juró Abraham, nuestro Padre que Él nos salvaría y que nos libraría de las manos de nuestros enemigos si les servíamos sin miedo y con santidad y justicia ante Él en todos nuestros días.»

Exaltado y lleno de Espíritu Santo exclamó de nuevo mientras sus amigos boquiabiertos y asombrados permanecían a su alrededor:

—«Y tú, niño —y puso sus marchitas manos sobre su cabeza—. Serás llamado profeta del Más Alto porque irás delante del Señor para preparar su camino, para dar a su pueblo conocimiento de su salvación por medio del perdón de sus pecados, por el amor de nuestro Dios, porque el Oriente desde lo alto nos ha visitado, para brillar sobre aquellos que permanecen en oscuridad y en la sombra de muerte para guiar nuestros pasos por el camino de la paz.»

María relató a sus padres y a José, que estaba turbado, lo que había visto. Contó a Lucano su boda con José y el precepto del Augusto César de que todos sus súbditos del orbe entero debían ser empadronados. Su viaje con José a Betlem. Vacilando entonces, y hablando quedamente con voz temblorosa, le contó el nacimiento de su hijo, que los ángeles se aparecieron a los pastores en los montes, los cuales se sintieron llenos de temor al ver la estrella y como fueron conducidos a un establo donde su Señor permanecía en el pesebre. Mucho de esto lo había oído Lucano de otros, pero lo escuchó con la atención de uno que escucha la historia por primera vez. Porque la dulce y cristalina voz de María era como música para él. Las colinas alrededor de Nazareth se cubrieron del color de limones maduros, el cielo adquirió un tono dorado sobre ellos, y el clamor de la pequeña ciudad llegó entonces hasta aquella y descuidada calle.

María se cansaba; una pálida sombra apareció sobre sus suaves mejillas, sus ojos azules se oscurecieron con cansancio. De modo que mientras el sol comenzaba a ponerse abruptamente, bañando toda la tierra con una repentina y fiera luz como una conflagración, Lucano se puso en pie y de nuevo besó la mano de María.

—Permíteme volver mañana un rato, deseo conocer cosas acerca de la niñez de tu Hijo. Entretanto encontraré una pensión.

—Sólo hay una posada en el pueblo —dijo María mientras el viento del atardecer movía sus vestidos— y es muy pobre.

—No me preocupa el lujo —dijo Lucano.

María le acompañó a la puerta de la casa y se sintió de nuevo impresionado por la polvorienta desolación de la pequeña calle, donde las cabras vagabundeaban sobre las pequeñas piedras, las aves de presa planeaban sobre los ardientes cielos y los niños alborotaban dentro de casas cerradas. María dirigió a Lucano hacia la fonda. Descendió la calle, miró hacia atrás; ella alzó su mano y le sonrió.

La posada, como María había temido, era ciertamente abominable; una pequeña y tosca casa con un pozo abierto en el patio cubierto de piedras negras. Lucano era el único huésped, y el posadero, un viejo de barba rojiza y grisácea, le sa1udó con gratitud mostrándole la mejor de las cuatro habitaciones, diminuta, con un suelo gastado, una cama pequeña y estrecha, una silla y la lámpara que colgaba de una pared de madera. Más tarde Lucano se sentó solo en el destartalado comedor colectivo, pero el propietario orgullosamente le sirvió cerveza fría y vino, un plato de cordero asado, frío y cubierto de aceite, un ave a medio cocer, dura y correosa cubierta de grasa amarilla, algunos nabos escuálidos y un plato de granadas, dátiles y uvas.

—La cerveza es de Egipto —dijo el hostelero permaneciendo de pie junto al codo de Lucano—, hacen la mejor cerveza del mundo; los romanos son pobres imitadores —y tosió en tono de excusa.

—No soy romano —dijo Lucano sonriendo—, ¿quieres unirte a mí para tomar una copa de cerveza? Tiene una espuma excelente.

El hotelero dijo con picardía, poniendo un dedo a lo largo de su nariz.

—Ah, tengo una cosa mejor, que ésta —hizo un guiño como un conspirador—, tengo un excelente whiskey.

Lucano dirigió su pensamiento a la mezcla de cerveza y whiskey. Pero estaba cansado y lleno de un extraño sentimiento de exaltación.

—Si quieres unirte a mí —dijo con cortesía.

El hostelero se sintió encantado, pero era un hombre honrado y viendo las ropas sencillas de Lucano vaciló.

—El precio del whiskey es muy alto. Quizás no puedas permitirte el tomarlo, buen señor. Cuesta tres shekels la botella. Esto es debido a los elevados impuestos que los romanos ponen sobre él; ellos con sus infernales impuestos. No se puede vivir, te lo aseguro. Si lo exportamos, los aduaneros están allí con sus manos extendidas y con muchas hojas de papiros; si lo importamos, y la gente pobre debe importar mucho, están los aduaneros de nuevo con más papel burocrático y la mano extendida y sus sellos.

—Los burócratas están con nosotros siempre —dijo Lucano con un suspiro de simpatía—, pero tomemos un poco de whiskey y olvidemos el gobierno, sus impuestos y sus oficiales que devoran las ganancias del pueblo.

El hostelero trajo reverentemente una polvorienta botella.

—Lo hemos importado de Siria —dijo—, porque nuestro pueblo no mira con gusto las bebidas fuertes. Pero te sentirás sorprendido si supieses cuanto se importa y cuanto se bebe. Mira el sello y las marcas sobre él, es verdadero whiskey, no ilícito, hecho por hombres furtivos en las montañas.

Lucano cortésmente examinó el sello y asintió. El hostelero trajo dos pequeñas copas; Lucano las llenó y el hostelero se quedó moviendo la cabeza ante la cantidad pero no emitió ni una sola palabra de protesta ni lo rechazó. Se sentó junto a Lucano brillándole sus ojos rojizos. Luego dijo:

—El whiskey es la sangre de la ancianidad y yo soy un viejo y necesito calor, incluso en este clima. Puesto que estamos cerca de Siria, mucho más cerca que Jerusalén... —y volvió a toser.

Lucano sonrió.

—Te he dicho que no soy romano. Soy griego y como griego admiro a los contrabandistas.

—Engañar a un gobierno opresivo no es engañar —dijo el hostelero con una mirada de sabiduría—. ¿Cómo puede un hombre vivir de otra manera? Además, ¿quién se lleva el dinero que ganamos, el gobierno o nosotros? Habría que recordar al gobierno uno de los grandes mandamientos: «No robarás.» Pero, ¿ha habido alguna vez en toda la historia del mundo un gobierno que no fuese ladrón?

—Nunca —respondió Lucano—, los gobiernos son ladrones por naturaleza.

Bebió con cuidado el whiskey. No era el mejor producto y tenía un gusto áspero que hacía arder el estómago. El hostelero lo bebió con placer y dijo:

—Ah...

Pero él y Lucano bebieron rápidamente un buen trago de cerveza. El anciano tenía una sombra en los ojos, que le daba una apariencia aguda. Dijo:

—Si no hubiese impuestos no habría dinero para los soldados, y si no hubiese soldados no habría guerras ni conquistas y si no hubiese guerras y conquistas, la gente hubiese aprendido a vivir en paz; pero no es esto lo que los gobiernos quieren. Hacen la guerra debido a su avaricia y con el propósito de beneficiarse.

Había sacado prudentemente otro plato y se sirvió de la comida de su huésped que el médico no encontraba especialmente apetitosa. El viejo continuó lanzando inventivas contra los gobiernos y comentó que Samuel había aconsejado al pueblo de no poner nunca un rey sobre ellos porque les acarrearía el desastre. El hostelero no era solamente viejo, sino pobre, sin embargo tenía una mente inteligente y Lucano le escuchaba con interés. Los simples, pensó, son con frecuencia una fuente de sabiduría y los delicados intelectuales de las ciudades les podían escuchar con provecho.

—Me llamo Isaac —dijo el hostelero expansionándose y haciendo que sus marchitas mejillas se ruborizasen—. Soy también viudo. No es frecuente el tener huéspedes y algunas veces les canso— ajustó el negro gorro de algodón sobre su cabeza.

—A mí no me cansas —dijo Lucano.

Bebió más whiskey, esta vez no le pareció tan áspero. Su estómago se sintió calentado; las pocas lámparas de la habitación parecían más brillantes. De nuevo bebieron los dos más cerveza. Lucano decidió que un trozo del ave, un pastel, algunas aceitunas y un puñado de dátiles era bastante. Después de haber probado el ave se dedicó a los pasteles, rellenos con semillas y con pasas, aceitunas y frutas. Empezaba a sentirse descansado. El whiskey tenía entonces un gusto ciertamente intrigante. Lucano no creyó ya que procedía de Siria; había sido destilado cerca de Nazareth.

Isaac comió el cordero con apetito, luego dijo:

—Tienes un estómago delicado, señor.

—Muy delicado —replicó Lucano gravemente. El cordero no me sienta bien.

Bebieron con placer. Isaac le contó un par de chistes judíos y picantes, Lucano se rió. El médico se encontró de pronto estudiando fascinado, dos grandes grietas en la cal de las paredes. Parecían dos ríos sinuosos; manchas a ambos lados tomaban el aspecto de diminutas poblaciones. Lucano dejó su copa violentamente, de pronto; Isaac se habla vuelto pesado. Sus chistes ahora rayaban la obscenidad, como suelen hacer los viejos.

—Ah —dijo como excusándose—, cuando un hombre no es ya potente debe divertirse a sí mismo con palabras asquerosas. Esto engaña al que escucha y cree así que está ante un hombre lujurioso. David se procuró una esposa joven para que le mantuviese caliente. Yo prefiero el whiskey.

—Un macho cabrío es muy potente —dijo Lucano—, pero, ¿tiene el animal sentido en la vejez? No, va a la cazuela o al fuego.

Isaac empezó a amarle. Sus ojos se humedecieron y puso su sarmentosa mano sobre el brazo de Lucano.

— ¡Cuánto comprendes! —exclamó.

Lucano bebió más cerveza. Apoyó sus codos sobre la tosca mesa.

—Estoy haciendo algunas investigaciones —comentó suavemente—, estoy interesado en un tal Jesús que fue hijo de María y José, el carpintero. ¿Puedes hablarme de ello?

Instantáneamente los rasgos de Isaac se cerraron e hicieron vigilantes. Miró a Lucano con sospecha. Luego dijo con indiferencia:

—Oh, María, José y Jesús.

—No soy un espía —dijo Lucano—. No soy romano.

Isaac no estaba tan excitado como Lucano había esperado ni su lengua se soltó lo bastante. Sus astutos ojos contemplaron a Lucano y dijo con un tono sorprendido:

— ¿Quién habla de espías? ¿Por qué iban a venir espías a esta pequeña y oscura aldea y con qué misión? Una familia humilde judía, Jesús, María y José. ¿De qué importancia iban a ser ellos para el mundo? El padre y el hijo eran carpinteros. Sencillos, honrada gente, como todos en Nazareth —se rascó su barba y miró más agudamente a Lucano. Luego añadió:

— ¿Dijiste que María te había enviado a esta posada? Puedes darle las gracias cuando la veas porque es una prima mía distante y me quiere bien.

Repentinamente golpeó la mesa con sus sarmentosas manos y un joven moreno entró al instante y dijo:

—Sí, abuelo.

Isaac habló un hebreo tan perfecto y culto que Lucano se sorprendió. Comprendió que no debía demostrar que entendía, él, un médico viajero, griego, no podía saber la lengua erudita. Isaac dijo:

—Ezequiel, vete al instante a casa de mi prima María y pregúntale si en verdad envió a este extranjero, a este griego, y si se puede confiar en él y que desea que le contemos. Puede que él esté mintiendo. Mírale con cuidado para que puedas describírselo. Su nombre, según declara, es Lucano y es médico. También posee un excelente caballo árabe y al parecer no necesita dinero. Debemos tener mucho cuidado y recordar a Pilatos y Herodes.

Ezequiel estudió a Lucano con interés, memorizando sus rasgos, mientras él bebía más cerveza y comía un puñado de uvas simulando no comprender el hebreo. El joven dijo:

—Lleva hermosos anillos, tiene modales civilizados.

Lucano sonrió para sí mismo. El joven abandonó la habitación e Isaac con aire inocente dijo:

—Como te he dicho, somos gente sencilla. Hablé a mi nieto, en uno de nuestros dialectos, mandándole que, como la noche es fría, busque otra manta para ti.

—Eres muy amable —dijo Lucano—. ¿Está mi caballo debidamente albergado?

—Ah, sí, señor, también advertí a Ezequiel que le llevase agua fresca.

Bebían sus cervezas en cómodo silencio. Isaac distraídamente terminó el cordero. Luego dijo:

—Tengo una habitación donde duermo y vivo. Me gustaría mostrártela ahora, señor.

Se puso en pie; sus vestiduras colgaban como las ropas de un rey, a pesar de su pobre calidad. Condujo a Lucano hasta una pequeña habitación detrás del comedor. Encendió una linterna sobre la pared. La habitación, un estrecho dormitorio, estaba amueblada con sencillez; unas sillas, una gran mesa, un armario; todo brillaba. Isaac dijo:

—Observa estos muebles. No están esculpidos ni incrustados de oro ni tampoco son especialmente elegantes. Pero están excelentemente trabajados, suaves y pulidos. José y Jesús hicieron estas cosas para mí. No ha habido nunca mejores carpinteros en toda Galilea. José ahora está muerto y también Jesús, desgraciadamente. Ahora debemos comprar nuestros muebles construidos por artesanos de menor habilidad.

Lucano colocó su mano sobre ellos y pensó: «El hizo esto, El, el Señor de todo. No desdeñó ser un carpintero. El que había creado las galaxias y las constelaciones y los soles que brillan a través de la eternidad. El cepilló esta madera y así brilla como la seda; dio forma a esta mesa y a esta cama y sin duda se sintió tan orgulloso en su construcción como en la creación de las pléyades.»

El médico deseó no solamente poner sus manos sobre aquellos muebles, sino sus labios sobre aquella sencilla y tranquila habitación que había conocido las manos de Dios. Sus ojos se humedecieron. Se sentó sobre una silla; Isaac le contempló. Vio la emoción de Lucano. Frunció el ceño sorprendido.

—Había otros hombres de este lugar —dijo Lucano—, he hablado con Santiago y Juan; pronto veré a Pedro.

—Oh, sí —dijo Isaac descuidadamente— les conozco bien.

Se sentó también. Unos pocos momentos después volvió Ezequiel, sus ojos brillaban con excitación y dijo:

—Abuelo, María declara que puedes hablar a este hombre libremente, porque ama a nuestro Señor y está escribiendo acerca de El y ha venido desde muy lejos para oír de Él.

—María nunca puede ser engañada —dijo Isaac respirando con alivio dirigiéndose a su nieto.

Se dirigió a Lucano y dijo con interés:

—Pregúntame lo que quieras de Jesús. María es una prima lejana mía y la he amado desde que era niña, una niña encantadora, una muchacha preciosa. Tiene una inocencia eterna y una sabiduría ultramundana. Conocerla es estar lleno de la dulzura de la miel. Yo dije a mi esposa cuando María nació: «Ha sido concebida y ha nacido sin pecado.» Simplemente hay que mirar a su rostro para saberlo.

Apoyó sus retorcidas viejas manos sobre las rodillas y reclinó su barbudo rostro sobre su pecho.

—María y José eran de la casa de David. Las profecías que nosotros conocemos del Mesías hablaban de esto; también han declarado que el Redentor de Israel nacería en Bethlem, y moriría como murió Él en Jerusalén. Esto ha sido conocido durante siglos, sin embargo cuando las profecías fueron cumplidas, la gente rehusó aceptarlas, excepto los humildes y desesperanzados.

Isaac habló durante largo tiempo, mucho de lo que dijo, también lo sabía Lucano, pero hubo mucho que él no conocía. La lámpara se reflejaba sobre la pared. Los insectos con agudos zumbidos entraban en la habitación y volvían a salir de ella; fuera cantaban los grillos y algunas veces se oía la voz de algún pájaro nocturno. Isaac contó a Lucano del tiempo de la purificación de María, después del nacimiento de Cristo, de acuerdo con la ley de Moisés, y como le había llevado a Jerusalén para la presentación a Dios. José era un hombre pobre y amable y tenía poco dinero para dedicar al acostumbrado sacrificio y todo lo que podía permitirse era un par de palomas que llevó a Jerusalén en una jaula.

—Él no podía pagar los precios que regían en el Templo —dijo Isaac con alguna amargura—, ¿cómo es posible que el hombre sea tan avariento que quiera hacer dinero en un asunto santo?

Habló del viejo Simeón que había sido muy devoto y quien cuando en el Templo llegó a la hora de la presentación, miró al Niño Redentor se sintió instantáneamente lleno del poder del Espíritu Santo. Le había sido revelado que no moriría hasta que viese al Cristo. Había tomado al Infante en sus brazos y entre rezos y lágrimas exclamó: «Ahora Tú, oh Dios, puedes despedir a Tu siervo, de acuerdo con Tu palabra, por que mis ojos han visto Tu salvación, la cual has preparado frente al rostro de todos los pueblos, una luz de revelación a los gentiles y gloria para tu pueblo, Israel.»

Simeón había bendecido a María y José y había dicho a la joven madre: «He aquí que este Niño será causa de caída y alzamiento de muchos en Israel, porque será un signo de contradicción. Y tu propia alma, María, será atravesada por una espada para que los pensamientos de muchos corazones puedan ser revelados.»

—Yo estaba allí —dijo Isaac extendiendo sus manos—, oí aquellas palabras con mis propios oídos. ¿Se sintió María asombrada o aterrorizada? No. Parecía saber todo, aunque su joven rostro se ensombreció de tristeza ante las palabras de Simeón.

— ¿Y cuándo los tres volvieron de Jerusalén? —preguntó Lucano amablemente.

—Se transformaron en lo que la gente había esperado. Una buena madre y ama de casa. Así era María. Un concienzudo carpintero. Así era José. Un muchacho hermoso y tranquilo; así era Jesús. Eran con sus vecinos. ¿Has oído hablar de los zelotes? Sí. Tan sólo deseaban librar su sagrada tierra de las manos de Roma. Han circulado secretas conversaciones de insurrección, de expulsar a los romanos de nuestro país, con sus arrogancias y sus impuestos. Galilea se sentía entusiasmada con estos planes porque todo es fácil para los

simples. Los galileos no quieren darse cuenta de que Roma es la dueña del mundo, que cuenta con cientos de legiones armadas y poderosas. Para los galileos que ven a pocos romanos, era un asunto sin complicaciones, soñar que empujaban a las legiones hacia el mar y libraban la tierra santa. Sólo necesitaban algunos cuchillos cortantes, piedras y voluntad. Los judíos habían sido liberados de Babilonia y Egipto. Podrían, con el poder de Dios, librarse de Roma.

—Todos nuestros zelotes eran jóvenes. Intentaron atraer a Jesús, el joven carpintero, hacia el partido, pero Él no se sentía interesado. Sus ojos contemplaron soñadores la distancia. Esto ofendió a los patriotas. ¿Cómo podía un joven desligarse de la preocupación de expulsar a los paganos de su país? purificando así los lugares sagrados Jesús se hizo impopular. Hubo quien aseguró que María tenía ambiciones para su único hijo. Ella le envió a la escuela de Shamai. En cierta ocasión dijo a los más vehementes que le fueron a visitar a su casa y la de María y José: «Mi Reino no es de este mundo.» Y esto era incomprensible. ¿Un reino para un galileo? Aquel joven estaba loco. Los zelotes se sintieron despectivos; los más viejos movieron las cabezas, María educaba a su hijo para algo más allá de su posición, y destino. Era un ser extraño, vagabundeaba por el campo y sonreía a las flores, a las bestias, a los pájaros. Algunas veces se sentaba en un pedrusco y meditaba bajo el sol. Te digo Lucano que ningún hombre es tan aborrecido como aquel que se dferencia de sus vecinos. Se sienten violados y aterrorizados si alguien se atreve a ser como ellos no son. Cuando se vive en comunidad hay que conformarse con sus ideas y costumbres, de otra forma se es un perro paría que ha ofendido y herido mortalmente lo que ellos aceptan. Y debe peinarse cabeza y barba en la forma acostumbrada, debe hablar como hablan los demás. El indiferente a lo aceptado es un enemigo. La gente es estúpida. ¿No es verdad señor?

—Se han cometido más crímenes a causa de la estupidez, que por medio del ejército —dijo Lucano—, debiéramos compadecemos de los estúpidos, sino fuesen tan invencibles, tan vociferantes, tan positivos. Pero son terribles en su poder universal.

— ¿Pero, es que se les puede compadecer, señor?

Lucano reflexionó y luego movió la cabeza.

—A menos que un hombre nazca con un defecto en la mente, no puede ser perdonado porque sea idiota o estúpido, o tan completamente igual a su prójimo como le sea posible.

Isaac se tiró de la barba.

—No es que Jesús violase ninguna de las leyes ceremoniales levíticas o molestase a sus maestros con preguntas heréticas, o expresase dudas sobre las regulaciones de los fariseos. Sin embargo, incluso para el ojo más descuidado, no era como los demás. De ahí el sentimiento de vejación de muchos de sus vecinos. Recitaba las oraciones y los salmos de la sinagoga con fervor, devoción y lágrimas en los ojos. José le enseñó la costumbre de su tribu y de su casa.

—Le enseñó a ser carpintero, porque los judíos de costumbres antiguas creen que no es suficiente cultivar la mente. Se debe aprender a usar las manos también, porque es una buena cosa saber un oficio a la vez que conocer los libros. En estas cosas Jesús saber observó la costumbre meticulosamente. Quizá existía una mirada lejana en sus ojos, sus modales, sus leyes, sus sonrisas, en la forma en que Él andaba. Cuando niño jugaba como un niño y tenía una risa fuerte, clara y juvenil. Y sin embargo, no era como los demás.

—Éramos muy pocos los que comprendíamos las profecías y su nacimiento, o para qué estaba destinado; por eso no lo encontramos extraño. Pero los vecinos se sintieron ofendidos por Él. ¿Acaso no era el más hermoso joven de su edad? Esto es difícil de responder. Sólo sé que mirarle hacía estremecer el corazón, incluso aquellos que no sabían quien era. Turbaba a todos los que le observaban y los hombres no se sienten muy a gusto cuando son turbados.

Una luz amarilla penetraba en la habitación, algún animal roedor escarbaba en las piedras del patio. Isaac contó la aparición de Juan el Bautista en el valle del Jordán donde gritaba: «Yo ciertamente os bautizo con agua. Pero uno más poderoso que yo viene tras mí, del cual no soy digno de desatar los cordones de sus sandalias. Él os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego.»

—Juan era un hombre de temperamento furioso. Jesús le conocía como miembro de su familia. Juan no usaba túnicas como los fariseos, ropajes púrpuras con largos flecos, ni cubría su cabeza con el puntiagudo gorro de los levitas. Era un hombre salvaje del desierto, con barba de bronce, rostro oscuro, voz fuerte y que inspiraba temor. Algunas veces, cuando estaba enfurecido, lo que sucedía con frecuencia, rugía como un toro. Se vestía con pieles de animales. El pueblo le oía porque hablaba con autoridad e incluso los romanos que se encontraban con él. Su fervor era tan impresionante como el sol. Hablaba constantemente del redentor, que estaba al llegar. La gente empezó a inquietarse. El día de los romanos había llegado, el Cristo lanzaría a todos ellos al mar, libraría a su pueblo, Israel, se sentaría a si mismo en un trono de oro y el mundo al mirarle diría: «Que poderoso es el Rey y qué poderoso es Israel.» El Sinaí volvería a tronar ardiendo; la ley sería de nuevo proclamada sobre toda la tierra y los arcángeles permanecerían en el cielo sobre el templo de Jerusalén. El corazón del pueblo palpitaba con esperanza y gozo cuando escuchaban a Juan, aunque no decía nada de lo que ellos esperaban. Lo creían en su espíritu porque, ¿de qué otra forma podrían ellos reconocer al santo? Olvidaron todas las profecías.

Isaac continuó:

—Mi nieto Ezequiel descendió al Jordán para ser bautizado por Juan. Una gran multitud estaba junto al río y sobre el murmullo contenido podían ser oídos los gritos de Juan exhortando a que fuesen bautizados, exigiendo penitencia y prometiendo el perdón de los pecados. En los intervalos de estos discursos insertaba

sus opiniones acerca de la humanidad en general, que era muy baja y cándida. El último de sus gritos al pueblo era: « ¡Generación de víboras!, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que vendrá? Traed por lo tanto frutos dignos de arrepentimiento y no empecéis a decir: Tenemos a Abraham por padre, porque os digo que Dios puede levantar hijos de Abraham de estas mismas piedras. Porque ahora el hacha está junto a la raíz de los árboles. Todo árbol que no traiga fruto será cortado y echado al fuego.» Las mujeres lloraban y los hombres golpeaban sus pechos, los niños gemían y todos avanzaron hasta la orilla del río para ser bautizados y confesar. ¡Qué miserables pecadores eran! No tengo ninguna duda de que sintieron el deseo de santidad y limpieza porque estaban terriblemente excitados ante la venida del Salvador que iba a hacerles príncipes en Israel colocándoles a su derecha. Algunos eran de Nazareth, entre ellos mi nieto.

—Juan estaba en el medio de otra y más furiosa condenación de los crímenes de la humanidad, porque era un hombre que no tenía paciencia, incluso con el más pequeño de los pecados, y tenía poca compasión en su alma, cuando repentinamente Jesús apareció en la orilla. ¿Qué es lo que hizo que todo el pueblo alzase sus cabezas instantáneamente contemplándole con un repentino silencio? Incluso los naturales de Nazareth, que le conocían, permanecieron en silencio. Se mantuvo de pie sobre la orilla del río, mirando hacia Juan, sobre su dorada cabeza brillaba el sol, contemplaba al pueblo con sus ojos azules y compasivos.

—Ezequiel me dijo que tenía la majestad de un rey, el esplendor de un gran potentado, la gloria de un profeta, la austeridad de un Moisés, mientras permanecía allí, vestido con sus ropas de campesino, y descalzo. Se percibía que la Visitación había aparecido, e incluso aquellos que le conocían se sintieron asombrados, porque nunca le habían visto revestido de tal sobrenatural poder.

—Al otro extremo Juan detuvo su discurso de reproches y lloró alzando la mano hacia su pariente. Y entonces Jesús, en medio de la inexplicable tranquilidad, se dirigió hasta la orilla y pidió a Juan que le bautizara. Juan se sintió horrorizado; quitó sus zapatos, después de haber tocado su frente con los dedos. Luego dijo con voz débil: « ¿Quién soy yo para que deba bautizarte a ti?»

—Jesús le sonrió tiernamente, miró los rostros de la gente e inclinó la cabeza. Penetró en las aguas del río y esperó con calma. La gente se apiñaba en las orillas. Algunos de los nazarenos murmuraron entre sí. «Pero si este es Jesús, nuestro vecino, nuestro carpintero, el hijo de María y José a quien conocemos.» Miraron hacia abajo a los dos hombres en el río, uno de tan salvaje apariencia y otro tan silencioso y lleno de majestad. Y así Juan le bautizó, alzando las verdes aguas en sus manos temblorosas, su rostro maravillosamente humilde, y con lágrimas en sus ojos. Los gruesos árboles y matorrales proyectaban una luz esmeralda sobre ellos, sin embargo la barba y cabeza de Jesús permanecía dorada.

—Fue inmediatamente después del bautizo que ocurrió una cosa extraña, aunque los detalles han sido causa de discusión. Jesús quedó repentinamente iluminado, como si los árboles hubieran sido separados para dar paso al sol en toda su intensa luz y fulgores excesivos para mirarle. Un pájaro blanco apareció desde no se sabe donde y reposó sobre su hombro y una voz profunda fue oída desde el cielo. «Éste es mi hijo amado en el cual tengo puesta mis complacencias.»

—Ezequiel jura que esto ocurrió, querido Lucano —dijo Isaac, y secó las lágrimas de sus ojos con su vieja manga—, y Ezequie1 no ha mentido en su vida. Volvió a Nazareth muy agitado y me contó todo esto en medio de sollozos. «He oído la voz de Dios», dijo una y otra vez, tapándose sus oídos como para evitar oír aquel sonido. Estaba fuera de sí en un rapto de temor. Es un joven muy comedido.

—Cuando nuestros convecinos de Nazareth volvieron a casa, muchos de ellos estaban en las mismas condiciones que mi nieto. Se amontonaron alrededor de la humilde casa de Jesús y María, donde ellos vivían solos, porque José ya había muerto. Gritaron para que Jesús saliese a ellos y finalmente Él surgió en los escalones de la puerta, y ellos cayeron sobre su rostro, postrándose a sí mismos mientras Él les bendecía, sonriendo con su amable y compasiva sonrisa. Conocía a su pueblo; sabía que eran pobres, despreciados por los levitas y fariseos, oprimidos por los impuestos de Roma y que vivían desesperanzados. Les amaba, eran los suyos.

—Pero algunos de los nazarenos estaban secretamente furiosos y molestos. Declararon que no habían visto ningún milagro en el Jordán. ¿Que aquel carpintero con sus aires y gracias, aquel hijo de María que era aún más pobre que ellos? ¡Qué pretensión! Nunca habían conocido a un profeta de Nazareth, ni le habían visto iluminado, ni el pájaro blanco posado sobre su hombro, ni oído la voz del cielo, todo aquello era una blasfemia.

—Injuriosas discusiones surgieron entre amigos, entre padres e hijos, entre madres e hijas, entre vecinos y vecinas. Un poco después Jesús partió de Nazareth y se dijo que se había ido al desierto para meditar. «Es un zelote», dijeron algunos. «Nos causará dificultades con Roma. ¿No es acaso nuestra vida lo bastante dura sin poseer más aflicciones? ¿Recordáis lo que ocurrió cuando los romanos persiguieron y cazaron a los zelotes hace unos pocos meses?»

Las horas pasaban veloces e Isaac, aunque exaltado, era viejo y cansado. Lucano no había dormido en toda la noche, pero viendo el rostro de su posadero exhausto, se levantó, dio las buenas noches y se dirigió a su habitación.

Una vez solo escribió su evangelio. La luz de la amarilla luna caía sobre su hombro y la lámpara parpadeaba. Un solitario perro ladraba, los distantes chacales respondían con sus salvajes aullidos. Escribía rápidamente, sin pausar, hasta que concluyó la historia oída en boca de Isaac por completo. El alba tiñó el cielo con tono perla y los pájaros empezaron a piar saludando al aún invisible sol. Entonces se acostó, oró y quedó pacíficamente dormido. Soñó que permanecía en el río Jordán y que Aquél estaba en el río, vestido de luz,

emergiendo hacia él; y él caía ante sus rodillas. Se sintió bañado en un esplendor difuso y colocó las manos sobre los ojos.

CAPÍTULO LIII

A la mañana siguiente Ezequiel llamó a su puerta. Al abrirla, Lucano vio su rostro lleno de una insegura incertidumbre y, entregándole un paquete que llevaba en las manos, dijo:

—Este paquete lo han traído de Tiberias para ti, esta mañana, por un soldado romano.

—No temas —dijo Lucano amablemente tocando al muchacho en sus hombros—, sencillamente son cartas para mí de un gran amigo de Jerusalén, Hilel ben Hamram.

Se sentó en la cama y leyó las cartas que habían sido enviadas a la casa de Hilel. Había una carta de Iris, otra de Aurelia, su hermana, otra de Prisco y otra más de Plotio. Las leyó todas con amor. Algunas veces suspiraba. ¿Vería alguna vez a aquéllos que tenían su cariño? Su madre era vieja, pero por primera vez no le rogó que volviese a Roma. Le había escrito en los términos siguientes:

«Querido hijo: Debes hacer lo que tu espíritu te ordena y yo lo comprenderé. He tenido un sueño en el que se me decía que no pertenecías a tu familia y que Dios te había llamado para que le obedecieses. Pero recuérdanos con amor porque ciertamente tú estás siempre en nuestros corazones.»

Alegrose con las buenas nuevas que recibió de su familia. Pero Tiberio César caía y Roma secretamente esperaba su muerte, porque se había transformado en un ser terrible y cruel, carente de piedad y comprensión. Sus crímenes eran innumerables. Era como si estuviese vengándose de su imperio y de su pueblo. Lucano suspiró. Que la gente se diese cuenta del peligro de sus gobernantes, pensó, porque ellos son culpables de sus excesos.

Leyó después la carta de Hilel con un interés cada vez más profundo. Primero que nada esperaba que Lucano volviese a fin de seguir adelante con los planes de la boda de Arieh ben Aleazar y Lea.

Tenía un visitante en la casa. «Recordarás, mi querido Lucano, que una vez te escribí acerca de Saulo de Tarso, o Gallo Julio Pablo como es conocido en su ciudadanía romana. Es fariseo, y anteriormente había tenido las más estrechas convicciones religiosas. Era estricto observador de la ley a pesar de su alcurnia y su alta posición como administrador y abogado. Era también un hombre orgulloso y arrogante, de lengua aguda, como la mayoría de los abogados, y de opiniones incambiables; lo cual se debía en parte a su temperamento. Es propenso a fuertes entusiasmos y dogmatismos, y arranques de ira. No permitía que nadie olvidase que a la vez que romano y judío descendía de una noble e influyente familia y no toleraba la insolencia, que debía ser castigada al instante. Pese a su juventud era rígido y de honrado orgullo. En los juzgados temían y admiraban su genio forense.

«Sobre todas las cosas, fue siempre un devoto judío. Odiaba a aquellos que se atrevían a poner en tela de juicio El Torah en el más mínimo detalle. Cuando oyó hablar de Jesús, el humilde Nazareno, y los rumores de que Él era el Hijo de Dios, se sintió personalmente insultado.»

«Nada bueno salió nunca de Nazareth», me escribió. «Cuando Dios nos envíe nuestro Mesías, llegará como un rayo, entre una compañía de arcángeles, y con las trompetas del Señor nuestro Dios, todos le conocerán y las .naciones del mundo se inclinarán ante Él. ¿Cómo se atreve ese campesino, ese carpintero, hijo de Nazareth, a ser proclamado el Salvador por los ignorantes? Es una blasfemia ante el rostro de Jehová. Estoy lleno de ira, y justo enfado. La ley ha sido violada por las tontas e ignorantes masas. Sabes que siempre he despreciado a los ignorantes, que cantan sus oraciones por rutina y no saben nada de la verdadera ley y de sus implicaciones. Si pudiese salirme con la mía les confinaría a los patios exteriores del Templo, porque su olor y grises rostros son una afrenta ante la gloria de Dios. Y sus sacrificios debieran ser rechazados.»

«Temo, Lucano, que mis cartas a él sólo sirvieron para aumentar su ira. ¿Cómo podía yo, Hilel ben Hamram, de una gran familia, un erudito, un hombre de posición honrado en el Templo ser engañado por los rumores de aquel Jesús, aquel hombre de las áridas montañas y gargantas de Nazareth? Sobre mí había caído un embrujo. Era intolerable. Y entonces los esparcidos cristianos empezaron a producir turbulencias en Damasco, peleando con sus prójimos, desafiando a la ley, declarando que el Mesías había nacido de una virgen, en una familia humilde, había predicado a través de todo Israel, violentando a los sacerdotes y a los escribas de la ley, hablando contra los fariseos que administraban la ley y llamándoles «generaciones de víboras e hipócritas.» y había sido crucificado, por incitar a Roma, para su mortal daño.

«Como administrador romano había marchado para cumplir este deber legal en Damasco y suprimir lo que los romanos llamaban insurrección, pero a lo que él llamaba blasfemia. Cabalgaba con su compañía de abogados y un cortejo de soldados romanos, sedientos de venganza y llenos de furia. Tan enfadado estaba que no se detuvo en ninguna posada para pasar la noche, sino que cabalgó adelante como un torbellino hacia Damasco.

«Y ahora, como amigo mío y huésped de mi casa, me cuenta la más maravillosa y extraña de las historias.»

«Está lleno de pasión y excitación y repite la historia como si yo fuese un incrédulo y él un evangelista que debiera convencerme.

«Cabalgaba todo el rato a la cabeza de su cortejo, camino de Damasco, con sus vestidos y cabello ondeando al viento.»

«Repentinamente el caballo se encabritó y Saulo tuvo que dominar a la bestia. Su cortejo frenó tras él, luchando con sus caballos y maldiciendo; se agitaron en medio de la carretera castigando con sus fustas a las cabalgaduras porque los cascos delanteros de los animales batían el aire en un tremendo movimiento mientras los arneses dorados por la luna brillaban como agitada plata.»

«Entonces, ante Saulo, apareció una tremenda luz, como un nuevo sol y en medio de ella vio una figura radiante, coronada de espinas y vestida con una túnica de deslumbrante blancura. La figura, alzando sus heridas manos, dijo a Saulo con voz profunda y amable: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»

«Saulo contempló la figura, medio cubriendo sus ojos para protegerlos de la luz. Un asombroso temblor se apoderó de él, un sentimiento de la más devastadora de las culpas. No sabía qué hacer, o qué responder. Su alma se sintió traspasada y estremecida. Aquel era el Mesías, a quien estaba a punto de perseguir, cuyos seguidores estaban a punto de destruir. Miró a la gloriosa faz y su corazón saltó con gozo. La carne humana no podía soportar aquella visión. Saulo sufrió un ataque y cayó inconsciente de su caballo.»

«Algunos en su séquito no habían visto nada. Otros declararon que habían percibido la luz cegadora y que se habían sentido llenos de terror. En cualquier caso, Saulo volvió a Jerusalén, un hombre nuevo, cambiado, lleno de lágrimas, de gozo y angustia mezcladas en un apasionado amor. Había visto al resucitado. Toda su naturaleza vehemente aceptó lo que la misma naturaleza había rechazado no hacía mucho tiempo con desprecio y contención.

«Ahora está en mi casa. Asegura que irá al instante a ver a Pedro en Joppa, para ser bautizado y recibir instrucciones. Luego se marchará a su misión. A mí me ha dicho: «Él, nuestro Señor, no sólo vino a los judíos sino a los gentiles.»

«Me transformaré en una voz para los gentiles y les conduciré a la salvación.» Recuerda esto del perseguidor Saulo.»

«Le he persuadido a que espere hasta que tú vuelvas de tu visita a María en Galilea. Es aún un hombre muy impaciente, y al principio rehusó. No podía perder ni un momento en realizar sus proyectos. Le he dicho todo lo que sé acerca de ti, mi querido amigo, y ahora declara que iréis juntos a ver a Pedro. No sé lo que Pedro hará de él, Pedro, el pobre galileo, el humilde pescador. Saulo es un hombre tan temperamental. Ni siquiera ahora puede olvidar que es judío de casa noble y un ciudadano romano. Está lleno de entusiasmo y oración ¿Reñirá con Pedro y Pedro con él? Saulo cree que ha recibido una dispensación especial de nuestro Señor, incluso admitió, que era mucho mayor que la gracia concedida a los apóstoles. ¿Será arrogante con Pedro? La humildad es difícil para él. Él lo vio y creyó. Saulo no vio al Señor en la carne, pero ahora cree con tal excitación que algunas veces intimida. Incluso me amonesta a mí, me aconseja a mí, que intenté tantas veces convencerle antes. Es como tener una tempestad en casa; anda por la noche, murmurando para sí y rogando.»

«Ayer me dijo: Estoy interesado en Lucano y las historias que me has contado acerca de él. Pero es un gentil, y debe ser conducido por mí, porque los gentiles tienen corazones testarudos, y a mí se me ha otorgado el llevarles a la fe.» Contuve mis sonrisas. Algunas veces me convence de que soy harto ignorante, de que no he acabado de darme cuenta del mensaje del Mesías.

«Y ahora, mi querido Lucas, te esperamos.»

Aquella era la primera vez que Lucano había sido llamado por el cariñoso diminutivo. Leyó y releyó la carta de Hilel. Y su excitación creció. Tenía la impresión de que él y Saulo se comprenderían uno al otro porque ninguno de los dos había visto el Mesías en la carne. Le habían visto sólo en su espíritu; y sin duda que la visión del espíritu era más pura que la de los ojos mortales. Pensó en Saulo con un repentino afecto, lo cual le pareció inexplicable. Sonrió mientras consideraba a aquel hombre vehemente y orgulloso, ciudadano romano como él mismo. Saulo realizaría grandes cosas. Hablaría con enfática autoridad. Sería el acicate de los apóstoles que aun sospechan de los gentiles y les temían. Pero también sería un acicate para los gentiles.

Lucano sacó sus utensilios de pintura después de haber comido en su habitación. Pintaría a María para las edades venideras. Pensó en sus hermosos y tranquilos rasgos, su majestad, su gracia, su sereno y ultra terreno aspecto. Pensó en sus penetrantes aunque amables ojos, su heroica sonrisa, su dulce compostura. Empezó a trabajar. Pero María se le escapaba. Era a la vez vieja e inmortalmente joven, sencilla y profunda. ¿Cómo podrían los simples pigmentos representarla, a ella, la madre de Dios?

CAPÍTULO LIV

LUCANO fue a pie para ver a María por última vez. La desolada y desierta calle donde ella vivía le deprimía. El suelo estaba lleno de baches en los que un ardiente polvo blanco se acumulaba. Las cerradas ventanas y puertas, huyendo del calor, parecían mirarle. Unas cuantas cabras y gallinas polvorientas se apartaron corriendo de su paso. Las montañas grises parecían danzar en oleadas de calor bajo un cielo abrasador. Estaba contento de que María partiese pronto para Jerusalén par quedar con el joven Juan a cuyo cuidado la había confiado Su Hijo. Juan había hablado de ella con los ojos llenos de lágrimas y una profunda devoción, su voz temblorosa, y por lo tanto Lucano no temía que Juan descuidase a María.

María respondió a su llamada abriendo la puerta y sonriendo amablemente; luego le condujo por el tramo de escaleras a la habitación inferior, que parecía una cueva, donde reinaba la frescura. Le había preparado una comida que estaba dispuesta sobre la mesa de madera: rebanadas de pan con miel, panecillos crujientes, fruta, queso, leche de cabra y vino. Una luz difusa iluminaba la habitación en la que María se movía como una sombra. Mientras él comía ella permaneció sentada contemplándole, las manos reposando sobre el regazo, su hermoso rostro lleno de tranquilidad. Lucano había pintado su retrato sobre madera pero mientras la miraba se sintió lleno de frustración. Había creído, al final, que había conseguido una imagen de ella bastante aproximada. Pero María había cambiado de nuevo; era otra vez la tímida doncella, digna y llena de compostura, su mirada ensoñadora y lejana. Parecía emitir luz de su propia carne en tal forma que reinaba a su alrededor un halo de luminosidad.

Lucano dijo:

—Señora. ¿Supo tu Hijo siempre quién era? ¿Desde Su niñez?

María reflexionó y luego dijo:

—Creo que sí; sé que sí. Incluso en la cuna que José, mi esposo, hizo con sus propias manos, lleno de amor, parecía estar siempre meditando. Era el más amable y encantador de los bebés; nunca lloraba, ni siquiera cuando tenía hambre. Parecía conocemos desde el mismo instante de Su nacimiento. Algunas veces, durante las noches, levantaba yo sobre su cuna una lámpara para asegurarme de que estaba bien y dormía. Invariablemente abría sus ojos y me sonreía infundiéndome confianza.

Era un muchacho fuerte y vigoroso, obediente y con frecuencia silencioso. Se sentía dichoso con los juguetes que José le hacía; jugaba como juegan los demás muchachos. Pero a veces en pleno juego, se quedaba quieto, como si pensase o reflexionase. Era esto lo que molestaba a los demás niños, igual que Sus repentinas partidas a fin de quedarse solo.

Nosotros no hablábamos con el de su nacimiento ni de su misión. Existía entre nosotros un tácito entendimiento. En cierta ocasión me encontró llorando, porque yo presentía confusamente Su último destino, por las profecías y por lo que Simeón me había dicho en el Templo. Soy madre, Lucano. Mi Hijo era para mí más que la misma vida y algunas veces mi corazón casi se rompía y me atrevía a preguntar si la humanidad era digna de Él. Cuando me vio llorar, tendría entonces unos dez años, vino hasta mí, me abrazó contra su pecho de muchacho, tranquilo y consolador. No me hizo ninguna pregunta. Secó mis lágrimas cariñosamente y yo rompí en mayores sollozos. Finalmente me dijo: «No debes llorar, madre mía, porque estaré contigo siempre.»

María hizo una pausa y aunque sonreía, sus ojos estaban llenos de lágrimas y sus tranquilas manos empezaron a temblar.

—Cuando me dejó, después de que Juan le hubo bautizado, y se retiró por cuarenta días, parecía como si toda luz hubiese desaparecido de mi vida, porque comprendí que ya no me pertenecía y que desde aquel momento era de Dios y del mundo. José había muerto. Seguí a mi hijo por el campo con mucha frecuencia y Él se sentía preocupado por mí porque yo ya no era joven. Algunas veces, cuando el pueblo le rodeaba, escuchándole, yo permanecía en los límites de la multitud, sin querer turbarle con mi presencia. Pero sus ojos me encontraban invariablemente y algunas veces se ponían tristes. Siempre existió entre nosotros la mayor comprensión, amor y devoción. A menudo, cuando estaba más lejos de mí, se me aparecía en sueños, lleno de ternura y consuelo. Sabía que yo era mujer y madre, que sufría por Él y que siempre, por encima de todo, pensaba en Él como la carne de mi carne y el más querido de mi corazón.

Cerró los ojos poseída por un profundo dolor y Lucano comprendió que pensaba en la crucifixión, porque su rostro palideció y quedó transido. Después de algún tiempo empezó a hablar de nuevo en voz baja.

—Recuerdo un extraño atardecer, cuando Él tenía catorce años. Había trabajado todo el día en el taller, porque era un carpintero maravilloso y siempre tenía numerosos encargos. Estaba cansado. Pero aquella noche, a la puesta del sol, dejó la casa y subió a la colina que se alzaba tras nuestro hogar. Nadie estaba en la calle o alrededores de la aldea, porque era la hora de la cena. Nunca había visto yo un cielo tan rojo, como si el firmamento estuviese ardiendo. Incluso los montes parecían llamear como ardientes rocas. No sé por qué le seguí. Permanecí un poco alejada, en la ladera de la colina, sobre un pequeño sendero rocoso, y contemplé su lejana figura. Iba vestido con una túnica blanca que yo misma había tejido y cosido para Él. Contra el enrojecido cielo parecía una estatua. Permaneció quieto, como si esperase algo. La escena era tan impresionante, tan llena de majestad, tan inflamada de tonos violentos, que por un momento cerré los ojos. Cuando los abrí de nuevo Él no estaba solo. Un gran ángel negro, poderoso y majestuoso se hallaba ante Él y percibí al instante que aquel ángel era todo maldad, pese a que su rostro era sombríamente hermoso. Parecía estar envuelto en fuego y noche y sus poderosas alas reflejaban la última luz del sol como talladas rocas de basalto. Él y mi hijo se contemplaron en silencio y mi corazón se sintió sobrecogido al verles enfrentados. ¿Hablaron entre ellos? No lo sé. Aunque reinaba un profundo silencio no pude oír ningún sonido. Mi hijo era muy joven, pero era alto y esbelto y no manifestaba sentir ningún temor ante el terrible ángel de rostro apesadumbrado y sombrío, pero que respiraba invencible orgullo. Luego, mientras los contemplaba vi como el ángel se inclinó y tomó un puñado de crujiente tierra entre sus manos y se la mostraba a mi hijo y entonces oí una débil y despectiva carcajada. No sé como lo llegué a comprender, pero me di cuenta que mostraba a mi hijo lo despreciable de la condición humana. Arrojó luego la tierra y puso uno de sus pies sobre ella y entonces oí el ahogado retumbar de un trueno que procedía de abajo del ángel mismo. Luego mi hijo cogió un puñado de tierra, la sostuvo entre sus manos con amor, haciéndola deslizar entre sus dedos. Era una tierra seca y sin

vegetación, pero mientras Él la sostenía brotaron de ella repentinamente jugosas matas de hierba verde salpicadas de pequeños lirios que se inclinaban sobre sus manos. Incluso desde donde yo estaba pude percibir la fragancia de las flores que se extendían por el aire. El ángel contempló aquel florecer milagroso y retrocedió cubriendo sus rostros con las manos. Luego, con un terrible grito desapareció y mi hijo volvió a estar solo. Corrí a casa antes de que Jesús volviese y al poco rato Él también regresó. Me miró escrutadoramente, luego me rodeó con uno de sus brazos y me besó en la mejilla. Me acogí a Él sin decir nada y sin que Él tampoco hablase. Después nos sentamos y cenamos.

Lucano volvió a contemplar el rostro de aquella maravillosa mujer que había visto tanto y había sufrido tanto. Sonreía débilmente como si de nuevo estuviese sumida en sus sueños. No pudo resistir el deseo de caer de rodillas a sus pies y besarlos con profunda reverencia y amor. Ella hacia abajo contemplándole mientras su rostro se iluminaba y colocó una de sus manos sobre la cabeza de Lucano mientras los pensamientos de éste volaban irresistiblemente hacia su propia madre Iris.

Maria volvió a llenar su copa de vino y se la ofreció. Lucano, de rodillas aún, bebió el vino y se sintió maravillosamente reconfortado. Luego ella dijo:

—Mi querido niño, no llores. ¿Acaso no soy la más afortunada de todas las mujeres? Alégrate conmigo de que Él sea mi hijo.

Ascendieron las escaleras de piedra juntos y salieron a la calle plenamente iluminada por la luz del medio día que hacía que la calle apareciese incluso más desolada todavía.

—Debo dejarte ahora, Señora —dijo Lucano—, porque tengo mucho que hacer ante mí. Ella asintió con un gesto.

—Lo sé. Que la paz sea contigo, Lucano.

Lucano partió, descendiendo lentamente por la estrecha callejuela. Cuando llegó al final se volvió y contempló de nuevo a María.

Permanecía de pie con un paisaje de fondo ardoroso de luz y calor que parecía hacer arder los montes tras ella, ya Lucano le pareció como si ella hubiese crecido, alta, elevada, vestida en una luz purísima y que su rostro brillaba como la luz de una luna llena. Su aspecto era increíblemente hermoso, lleno de paz, intrépido y la calle parecía haber perdido toda su desolación.

Alzó sus manos hacia él en un gesto de despedida y bendición.

(Continúa en la Santa Biblia, el Evangelio de San Lucas y Los Hechos de los Apóstoles).

FIN

* * *

Este libro fue digitalizado para distribución libre y gratuita a través de la red
Digitalización: Belkis A. - Revisión y Edición Electrónica de Hernán.
Rosario - Argentina
25 de Septiembre 2003 – 14:51